

Wilkie Collins

Sin nombre

Lectulandia

Una imprevista tragedia familiar, que descubre la ilegitimidad del nacimiento de las hermanas Vanstone, las deja privadas de todo derecho a recibir su herencia. Solas, sin posición, sin fortuna, sin nombre, estas dos hijas de nadie afrontarán con desigual talante su inesperado destino. Mientras la mayor, Norah, acepta su destino con resignación, Magdalen, la menor, se rebela contra él y encara un peligroso camino. Sin nombre es una extraordinaria novela que combina una trama familiar de venganzas con una denuncia social: en realidad Wilkie Collins pretendía criticar una absurda ley que se aplicaba en aquella época a los hijos de padres no casados.

Lectulandia

Wilkie Collins

Sin nombre

ePUB v1.1

Oxobuco 16.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *No name*
Wilkie Collins, 1864.
Traducción: Gema Moral
Diseño/retoque portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0 a v1.1)
Corrección de erratas: Oxobuco
ePub base v2.0

*Para
Francis Carr Beard
(Miembro del Real Colegio de Cirujanos de
Inglaterra)
En recuerdo de la época en que se escribieron
las últimas escenas de esta historia*

NOTA AL TEXTO

Sin nombre se publicó por primera vez, por entregas en la revista de Charles Dickens *All The Year Round* entre marzo de 1862 y enero de 1863. Su primera aparición en forma de libro, en tres volúmenes, fue en 1862. Fue reeditado en 1863 y luego, en un solo volumen y con correcciones editoriales, al año siguiente. Sobre esta edición de 1864 se basa nuestra traducción.

PREFACIO

El propósito principal de esta historia es despertar el interés del lector por un tema que han tratado algunos de los más grandes escritores, vivos o muertos, pero que ni ha sido agotado ni podrá agotarse nunca, pues se trata de un tema que interesará siempre a la humanidad. Aquí se presenta otro libro que describe la lucha de un ser humano bajo las influencias opuestas del Bien y del Mal, influencias que todos hemos sentido, que todos conocemos. En mi ánimo estaba convertir a «Magdalen», que personifica esta lucha, en un personaje patético incluso en su terquedad y su error, y he intentado con todas mis fuerzas obtener ese resultado por el medio menos importuno y menos artificial de todos: ateniéndome estrictamente, durante todo el libro, a la verdad tal como es en la Naturaleza. No ha sido fácil cumplir con este propósito, y me ha servido de gran aliento (durante la publicación de la historia en forma periódica) saber, con la autoridad que dan sus muchos lectores, que el objetivo que me había marcado puede considerarse conseguido hasta cierto punto.

Alrededor de la figura central del relato se hallarán agrupados otros personajes vividamente contrastados; contrastes, en su mayor parte, en los que me he esforzado por hacer del humor el elemento predominante. He querido conceder este alivio a los pasajes más serios del libro, no sólo porque me creía justificado por las leyes del Arte para hacerlo, sino también porque la experiencia me ha enseñado (cosa que la experiencia de mis lectores sin duda confirmará) que no existe un fenómeno moral como la tragedia pura en el mundo que nos rodea. Allá donde miremos, los hilos tristes y alegres se entrecruzan incesantemente en la textura de la vida humana.

Pasando de los personajes a la historia, el lector verá que la narración contenida en estas páginas se ha construido sobre un plan que difiere del plan seguido en mi última novela ^[1] y en algunas obras mías publicadas anteriormente. El único enigma que contiene este libro se revela hacia la mitad del primer volumen. A partir de ese momento, he prefigurado deliberadamente los acontecimientos principales de la historia antes de que se produjeran con el fin de despertar el interés del lector por seguir la sucesión de circunstancias que conducen a esos acontecimientos ya previstos. El hecho de que quiera probar este nuevo terreno no supone dar la espalda al terreno ya pisado porque dude de él. Mi único objetivo al seguir esta nueva trayectoria es el de ampliar la gama de mis estudios en el arte de la ficción literaria, así como variar la forma en que puedo llamar la atención del lector del modo más atrayente posible.

No es necesario añadir más a estas líneas de introducción. Me he esforzado en hacer que el libro diga por mí lo que hubiera deseado decir aquí.

HARLEY STREET,

noviembre de 1862.

LA PRIMERA ESCENA

Combe-Raven, Somersetshire

CAPÍTULO I

Las manecillas del reloj del vestíbulo señalaban las seis y media de la mañana. El lugar era una casa solariega en West Somersetshire llamada Combe-Raven. El día era el cuatro de marzo; el año, el mil ochocientos cuarenta y seis.

Ningún sonido, salvo el tictac regular del reloj y el pesado ronquido de un gran perro, echado en una estera junto a la puerta del comedor, perturbaba la misteriosa quietud matinal del vestíbulo y la escalinata. ¿Quiénes eran los durmientes ocultos en las zonas superiores? Dejemos que la casa desvele sus propios secretos y que, uno a uno, a medida que abandonen sus lechos para bajar las escaleras, los durmientes se descubran a sí mismos.

Cuando el reloj señalaba las siete menos cuarto, el perro despertó y se sacudió. Tras aguardar en vano al lacayo, que acostumbraba dejarlo salir, el animal deambuló, nervioso, por la planta baja de una puerta cerrada a otra y, regresando a su estera sumido en una gran perplejidad, apeló a la familia dormida con un aullido largo y melancólico.

Antes de que se hubieran apagado las últimas notas de la protesta perruna, las escaleras de roble crujieron en las zonas altas de la casa bajo el peso de unos pies que descendían lentamente. Un minuto más tarde aparecía la primera de las criadas con un sucio chal de lana sobre los hombros, pues la mañana era desapacible y el reumatismo y la cocinera eran viejos amigos.

Tras recibir las primeras demostraciones cordiales del perro con el peor humor posible, la cocinera abrió despacio la puerta del vestíbulo y dejó salir al animal. La mañana amenazaba tormenta. Sobre una amplia extensión de césped y tras una negra plantación de abetos, el sol se abría camino entre grises nubarrones; caían gruesas gotas de lluvia de vez en cuando; el viento de marzo se estremecía por las esquinas de la casa y los árboles mojados se mecían cansinamente.

Dieron las siete, y los signos de vida doméstica empezaron a sucederse con mayor rapidez.

Bajó la camarera; alta y esbelta, con la temperatura primaveral escrita en rojo en la nariz. Le siguió la doncella de la señora; joven, espabilada, regordeta y soñolienta. A continuación apareció la pinche de cocina; afectada de un tic doloroso en la cara y sin pretender disimular sus sufrimientos. En último lugar bajó el lacayo, bostezando desconsoladamente; imagen viviente de un hombre que sentía que le habían robado su justo descanso nocturno.

La conversación de los sirvientes, cuando se reunieron ante el fuego de la cocina, que prendía lentamente, se refirió a un reciente acontecimiento familiar y principió con esta pregunta: ¿Había tenido Thomas, el lacayo, ocasión de oír el concierto de Clifton, al que habían acudido el amo y las dos señoritas la noche anterior? Sí,

Thomas había asistido al concierto; le habían dado dinero para que se sentara en el gallinero; fue un concierto muy sonoro; fue un concierto muy caldeado; en la cabecera de los programas lo describían como grandioso; si merecía la pena recorrer veinticinco kilómetros de ida en ferrocarril, con la dificultad adicional de volver treinta kilómetros por carretera a la una y media de la madrugada, era una cuestión que dejaría que decidieran el amo y las señoritas; mientras tanto, en su propia opinión y sin dudar, no, no la merecía. Nuevas preguntas por parte de todas las criadas, una tras otra, no obtuvieron información adicional de ningún tipo. Thomas no podía tararear ninguna de las canciones ni describir ninguno de los vestidos de las damas. Su público, por tanto, lo dejó por imposible, y la conversación intrascendente de la cocina volvió a sus cauces habituales hasta que el reloj dio las ocho y sobresaltó a los sirvientes reunidos, que se separaron para realizar sus tareas de la mañana.

Las ocho y cuarto y no ocurrió nada. Las ocho y media, y aparecieron más signos de vida procedentes de los dormitorios. El siguiente miembro de la familia que bajó las escaleras fue el señor Andrew Vanstone, el dueño de la casa.

Alto, corpulento y erguido, con brillantes ojos azules y un saludable cutis colorado, vestía una chaqueta de cazador afelpada con los botones mal abrochados; su pequeño y zorruno terrier escocés ladraba tras él sin ser reprendido; con una mano metida en el bolsillo del chaleco y la otra palmeando la barandilla alegremente mientras bajaba tarareando una melodía, el señor Vanstone mostraba sin reservas su carácter a sus semejantes, tanto por su actitud como por su aspecto. Era un caballero amable, campechano, bien parecido y de buen talante, que caminaba por el lado más optimista de la vida y que no pedía nada mejor que encontrarse también en ese lado con todos sus compañeros de viaje en el mundo. Estimando su edad en años, había cumplido los cincuenta. Juzgándolo por la ligereza de su corazón, la fortaleza de su constitución y su capacidad para divertirse, no era mayor que la mayoría de los hombres con los treinta recién cumplidos.

—¡Thomas! —gritó el señor Vanstone, cogiendo su viejo sombrero de fieltro y su grueso bastón de la mesa del vestíbulo—. Esta mañana el desayuno a las diez. No es probable que las señoritas bajen pronto después del concierto de anoche. A propósito, ¿qué te pareció el concierto a ti, eh? ¿Te pareció grandioso? Muy cierto, lo era. No era más que pim pam con algún que otro pam pim; todas las mujeres vestidas casi a riesgo de sus vidas; un calor asfixiante, gas ardiente y nada de espacio; sí, sí, Thomas, grandioso es la palabra exacta, y cómodo ¿no?. —Tras este comentario, el señor Vanstone silbó a su terrier zorruno, agitó el bastón en la puerta del vestíbulo desafiando alegremente la lluvia y emprendió su paseo matinal contra viento y marea.

Las manecillas señalaban las nueve menos diez en su firme recorrido por la esfera del reloj. Otro miembro de la familia apareció en las escaleras: la señorita Garth, la institutriz.

Ningún ojo observador se habría posado en la señorita Garth sin darse cuenta de inmediato de que era una mujer del campo y además del norte. Su rostro de duras facciones, su disposición masculina y su decisión de movimiento, su obstinada sinceridad en la mirada y las maneras, todo delataba que había nacido y se había educado en la frontera con Escocia. Pese a tener poco más de cuarenta años, sus cabellos eran completamente grises, y los cubría con la sencilla cofia de una vieja. Ni cabellos ni tocado desentonaban con el rostro, que aparentaba más años y llevaba el grueso trazo de las penurias pasadas profundamente grabado en él. El dominio de sí misma que demostraba en su descenso y el aire de autoridad habitual con el que posaba su mirada en derredor revelaba la posición que ocupaba en la familia del señor Vanstone. Era evidente que no se trataba de esa clase de institutrices desesperadas, acuciadas por la necesidad y penosamente dependientes. Teníamos aquí a una mujer que vivía en términos seguros y honorables con sus señores; una mujer que parecía capaz de poner en su sitio a cualquier padre inglés que no la considerara en su justo valor.

—¿El desayuno a las diez? —repitió la señorita Garth cuando el lacayo contestó a la llamada y mencionó las órdenes del amo—. ¡Ja! Ya sabía yo lo que saldría de ese concierto de anoche. Cuando la gente que vive en el campo patrocina entretenimientos públicos, los entretenimientos públicos le devuelven el cumplido trastornando la vida familiar durante varios días. Tú estás trastornado, Thomas, ya lo veo. Tienes los ojos rojos como los de un hurón y parece que hayas dormido con el corbatín puesto. Trae la tetera a las diez menos cuarto y si no mejoras en el transcurso del día, ven a verme y te daré un remedio. Es un muchacho bienintencionado, si se le deja en paz —continuó la señorita Garth en soliloquio, cuando Thomas ya se había retirado—, pero no es lo bastante fuerte para irse a oír conciertos a treinta kilómetros. Querían que fuera con ellos. Sí, sí, ¡ya pueden esperarme sentados!

Dieron las nueve; y el minuterero tuvo que avanzar otros veinte minutos antes de que se oyeran más pasos en la escalera. En ese momento aparecieron dos señoras que descendían juntas hacia el comedor: la señora Vanstone y su hija mayor.

Si el atractivo personal de la señora Vanstone en una época más temprana de su vida había dependido sólo de los encantos genuinamente ingleses de su cutis y su frescura, debía de hacer mucho tiempo que se perdieron los últimos vestigios de belleza. Pero su hermosura, cuando era joven, había sobrepasado la media nacional y conservaba aún la ventaja de sus cualidades personales más sobresalientes. Pese a que tenía cuarenta y cuatro años, pese a que había sufrido en tiempos pretéritos la pérdida prematura de más de un hijo, y largas enfermedades después a causa de aquellas pérdidas, sus rasgos conservaban las hermosas proporciones de delicadeza sutil, en otro tiempo asociadas al resplandor y la frescura de la belleza que la habían abandonado para siempre. La hija mayor, que bajaba las escaleras a su lado, era el

espejo en el que podía mirar hacia atrás y ver de nuevo el reflejo de su propia juventud. Allí, en gruesos tirabuzones, ostentaba la cabeza de su hija la espesa cabellera negra que en la madre encanecía rápidamente. Allí, en las mejillas de la hija, relucía el tono rojo oscuro que se había desvanecido de las mejillas maternas y que no volvería a florecer. La señorita Vanstone había alcanzado ya la primera madurez como mujer; había cumplido los veintiséis años. Habiendo heredado el oscuro carácter majestuoso de la belleza de su madre, no poseía, sin embargo, todos sus encantos. Pese a que el óvalo del rostro era el mismo, las facciones no eran tan delicadas ni sus proporciones tan exactas. No era tan alta como ella. Tenía los mismos ojos castaños, penetrantes y suaves, con el brillo perenne que habían perdido los de la señora Vanstone, y sin embargo había menos interés, menos distinción y menos profundidad de sentimiento en su expresión, que era afable y femenina, pero ensombrecida por cierta reserva silenciosa de la que el rostro de su madre carecía por completo. Si osáramos acercarnos más aún, ¿no observaríamos que la fuerza moral del carácter y las más elevadas facultades intelectuales de los padres a menudo parecen desvanecerse misteriosamente en el proceso de transmisión a los hijos? En estos tiempos de dañino agotamiento psíquico y enfermedades nerviosas de sutil propagación, ¿no es posible que pueda aplicarse la misma regla, con mayor frecuencia de la que estamos dispuestos a aceptar, también a los dones corporales?

La madre y la hija descendían lentamente por la escalinata; la primera con un vestido marrón oscuro y un chal indio sobre los hombros; la segunda sencillamente ataviada de negro, con cuello, puños y una cinta naranja sobre la pechera del vestido. Mientras atravesaban el vestíbulo en dirección al comedor, la señorita Vanstone no hablaba de otra cosa que del absorbente tema del concierto de la víspera.

—Siento muchísimo, mamá, que no vinieras con nosotros —decía—. Has estado tan fuerte y tan bien desde el verano pasado, te sentías más joven, como tú misma decías, que estoy segura de que no hubiera supuesto un esfuerzo excesivo.

—Quizá no, cariño, pero es mejor prevenir que curar.

—Desde luego —señaló la señorita Garth, apareciendo en la puerta del comedor—. Fíjese en Norah (buenos días, querida), fíjese, digo, en Norah. Es un auténtico desecho, una prueba viviente de su sensatez y la mía al quedarnos en casa. El infame gas, el aire viciado, trastrochar, ¿qué puede esperarse? No es de hierro y sufre las consecuencias. No, querida, no lo niegues. Se nota que te duele la cabeza.

Una sonrisa iluminó el hermoso rostro moreno de Norah, y luego su acostumbrada reserva volvió a ensombrecerlo ligeramente.

—Un dolor de cabeza muy leve, ni siquiera suficiente para hacerme lamentar el concierto —dijo, y se alejó en dirección a la ventana.

En el extremo más apartado del jardín y del potrero se veía un arroyo, más allá unas cuantas granjas y la entrada de un desfiladero rocoso y arbolado (al que en

Somersetshire se da el nombre de combe) que allí se abría paso hendiendo las colinas que ocultaban el horizonte. Un tramo de sinuosa carretera era visible a una cierta distancia, no excesiva, en medio de las lomas, a campo abierto, y caminando por ese tramo se reconocía fácilmente la figura robusta del señor Vanstone, que regresaba a casa tras su paseo matinal. Agitó el bastón alegremente al ver a su hija mayor en la ventana. Ésta asintió y saludó a su vez con la mano, demostrando una gracia exquisita, pero en sus maneras había una anticuada formalidad que parecía extraña en una mujer tan joven, poco acorde con el saludo dirigido a un padre.

El reloj del vestíbulo dio la hora señalada para el desayuno aplazado. Cuando el minuterero registró un lapso de tiempo de cinco minutos más, se oyó un portazo en los dormitorios y una voz joven y clara que cantaba alegremente; unos pasos rápidos y ligeros resonaron en las escaleras superiores, aterrizaron de un salto en el descansillo y volvieron a sonar más rápidos que antes al iniciar el último tramo. Instantes después, la menor de las dos hijas del señor Vanstone (y únicas supervivientes de su progenie) apareció a la vista en las viejas y deslustradas escaleras de roble de la misma manera imprevista que un relámpago, y, salvando los tres últimos escalones de un salto hasta el vestíbulo, se presentó sin aliento en el comedor para completar el círculo familiar.

Por uno de esos extraños caprichos de la Naturaleza que la ciencia aún no ha explicado, la menor de las hijas del señor Vanstone no se parecía a ninguno de sus progenitores. ¿De dónde habían salido aquellos cabellos?, ¿de dónde aquellos ojos? Incluso sus padres se hicieron tales preguntas cuando la niña se convirtió en jovencita, y su honda perplejidad les impedía responderlas. Su cabello era de ese tono castaño claro puro, libre del amarillo y el rojo, que se ve más a menudo en el plumaje de un ave que en la cabeza de un ser humano. Era suave y abundante, y caía desde su frente baja en una cascada de ondas; pero, a gusto de algunos, era apagado y muerto por su absoluta falta de brillo, por la monótona pureza de su color claro. Tenía las cejas y las pestañas apenas más oscuras que el cabello y parecían hechas expresamente para esos ojos entre violeta y azul que muestran su encanto más irresistible cuando se unen a una tez blanca. Pero era ahí exactamente donde la promesa de su rostro fallaba del modo más estrepitoso. Los ojos, que deberían haber sido oscuros, eran de una incomprensible y discordante claridad; tenían ese gris casi incoloro que, pese a ser poco atractivo en sí mismo, se compensa con el raro mérito de interpretar las más pequeñas gradaciones del pensamiento, los cambios más leves de las emociones y los más profundos trastornos de la pasión con una sutil transparencia expresiva que los ojos más oscuros no pueden igualar. Esta singular contradicción de la parte superior de su rostro respecto al concepto establecido sobre la armonía no era menos evidente en la parte inferior. Los labios poseían una

auténtica delicadeza femenina en la forma, sus mejillas tenían la encantadora redondez y suavidad de la juventud, pero la boca era demasiado grande y firme, el mentón demasiado cuadrado y fuerte para su sexo y su edad. El cutis compartía la monotonía de matices puros que caracterizaba sus cabellos; era todo él de un suave y cálido tono blanco sin un matiz de color en las mejillas, salvo cuando realizaba un desacostumbrado ejercicio físico o experimentaba una súbita perturbación mental. Todo su rostro —tan extraordinario por sus características diametralmente opuestas— resultaba más llamativo si cabe por su increíble movilidad. Los grandes ojos eléctricos de color gris claro no conocían prácticamente el reposo; todas las variedades de expresión se sucedían unas a otras en el semblante moldeable y cambiante, con una rapidez vertiginosa que, en la carrera, dejaba atrás el frío análisis. La exuberante vitalidad de la joven se manifestaba en todo su cuerpo, de los pies a la cabeza. Su figura —era más alta que su hermana, más alta de lo normal en una mujer; poseedora de una flexibilidad tan seductora y sinuosa, con una gracilidad tan ligera y juguetona, que sus movimientos sugerían, con toda naturalidad, los movimientos de una gata joven—, su figura estaba tan perfectamente desarrollada que, viéndola, nadie imaginaría que tuviera tan sólo dieciocho años. Exhibía la rotunda madurez física de los veinte años o más; una plenitud natural e irresistible en concordancia con una salud y una fuerza incomparables. Ahí estaba el auténtico origen de esta organización extrañamente constituida. Su impetuoso descenso por las escaleras de la casa; la brusca actividad de todos sus movimientos; la chispa incesante de su fisonomía; la alegría contagiosa que tomaba al asalto los corazones de las personas más tranquilas; incluso el deleite irreflexivo en los colores brillantes que se traslucía en el vistoso vestido matinal de rayas, en las cintas ondeantes, en las grandes escarapelas escarlata de sus elegantes y pequeños zapatos; todo emanaba por igual de la misma fuente, de la desbordante salud física que fortalecía cada uno de sus músculos y nervios, y que hacía vibrar la sangre joven y cálida en sus venas como la sangre de un niño en edad de crecer.

Al entrar en el comedor recibió la habitual amonestación que su frívola indiferencia por la puntualidad solía provocar en las sufridas autoridades de la casa. Citando la frase favorita de la señorita Garth: «Magdalen nació con todos los sentidos, excepto el sentido del orden».

¡Magdalen! ¿Era un nombre extraño para ella? Extraño en verdad y, sin embargo, elegido en circunstancias de lo más corrientes. Era el nombre de una de las hermanas del señor Vanstone que había muerto muy joven, y éste se lo había puesto a su segunda hija como afectuoso recuerdo, del mismo modo que había llamado Norah a su hija mayor en honor a su mujer. ¡Magdalen! ¿No era evidente que el magnífico y antiguo nombre bíblico —que sugería una dignidad triste y sombría, y se asociaba en

un principio con lúgubres ideas de penitencia y aislamiento— se había otorgado en este caso inapropiadamente, a la luz de los acontecimientos posteriores? ¡Era obvio que aquella contradictoria joven había consumado perversamente una contradicción más al desarrollar un carácter totalmente en desacuerdo con su propio nombre!

—¡Otra vez llegas tarde! —dijo la señora Vanstone, al recibir el beso de una Magdalen sin resuello.

—¡Otra vez llegas tarde! —intervino la señorita Garth, cuando Magdalen se acercó a ella—. ¿Y bien? —continuó, sujetando familiarmente la barbilla de la joven con una atención entre satírica y cariñosa que delataba que la hija pequeña, pese a sus defectos, era la preferida de la institutriz—. ¿Y bien? ¿Qué efecto ha tenido el concierto sobre ti? ¿Qué forma de sufrimiento ha infligido la disipación en tu organismo esta mañana?

—¡Sufrimiento! —repitió Magdalen, recobrando el aliento y el uso del habla—. No conozco el significado de esa palabra. Si algo me pasa, es que estoy demasiado bien. ¡Sufrimiento! Estoy dispuesta a asistir a otro concierto esta noche, y a un baile mañana, y a una obra de teatro al día siguiente. ¡Oh! —exclamó Magdalen, dejándose caer en una silla y cruzando las manos con entusiasmo sobre la mesa—. ¡Cómo me gusta el placer!

—¡Vaya! Desde luego eso sí que es explícito —dijo la señorita Garth—. Creo que Pope debía estar pensando en ti cuando escribió sus famosos versos:

*De los hombres, unos aman el trabajo, otros el placer,
pero en el fondo una libertina es toda mujer.*

—¡El diablo es! —exclamó el señor Vanstone entrando en la habitación a mitad de la cita, seguido de los perros—. Bueno, vivir para ver. Si todas ustedes son unas libertinas, señorita Garth, es que los sexos se han intercambiado de verdad, y a los hombres no les quedará más remedio que permanecer en casa zurciendo calcetines. Vamos a desayunar.

—¿Cómo estás, papá? —dijo Magdalen, rodeando el cuello del señor Vanstone con tanto ímpetu como si su padre perteneciera a un tipo más grande de perro Terranova y sirviera sólo para que ella retozara a su antojo—. Yo soy la libertina a la que se refiere la señorita Garth y quiero ir a otro concierto, o a una obra de teatro si quieres, o a un baile si lo prefieres, o a cualquier otra diversión que me permita estrenar vestido, me sumerja en una multitud de gente y me ilumine con abundante luz y me haga sentir un hormigueo de emoción por todo el cuerpo, de los pies a la cabeza. Cualquier cosa servirá mientras no nos envíe a la cama a las once.

El señor Vanstone se sentó tranquilamente mientras seguía el torrente de palabras de su hija, como hombre acostumbrado a semejantes inundaciones verbales.

—Si se me permite escoger el tipo de diversión la próxima vez —dijo el digno

caballero—, creo que una obra de teatro me satisfaría más que un concierto. Las chicas disfrutaron de lo lindo, querida —continuó, dirigiéndose a su mujer—. Más que yo, debo confesar. Superó por completo mi capacidad de aguante. Tocaron una pieza que duró cuarenta minutos. Se interrumpió tres veces, por cierto, y todos pensamos que había concluido cada vez y aplaudimos, contentos de librarnos por fin, pero entonces vuelta a empezar, con gran sorpresa y mortificación por nuestra parte, hasta que nos rendimos de pura desesperación, deseando hallarnos en Jericó. ¡Norah, querida!, cuando estuvimos escuchando pim pam durante cuarenta minutos, con tres pausas, por cierto, ¿cómo lo llamaron?

—Sinfonía, papá —contestó Norah.

—Sí, querido y viejo godo, ¡una sinfonía del gran Beethoven! —añadió Magdalen—. ¿Cómo puedes decir que no te divertiste? ¿Has olvidado a la mujer extranjera de piel amarilla con un nombre impronunciable? ¿No recuerdas las caras que ponía al cantar y el modo en que hacía reverencias sin parar hasta que engañó a los estúpidos para que gritaran pidiendo más? ¡Mira, mamá, mire, señorita Garth!

Magdalen cogió un plato vacío de la mesa con el que representó una partitura, lo sostuvo ante ella en la posición acostumbrada en los conciertos y realizó una imitación de las muecas y reverencias de la infortunada cantante con tal precisión y fidelidad al original que su padre prorrumpió en carcajadas, e incluso el lacayo (que entraba en ese momento con la bolsa del correo) volvió a salir precipitadamente de la habitación y cometió la falta de decoro de hacerse eco audible de la risa de su amo al otro lado de la puerta.

—Cartas, papá. Dame la llave —dijo Magdalen, pasando de la imitación junto a la mesa del desayuno a la bolsa del correo del aparador con la brusca soltura que caracterizaba todas sus acciones.

El señor Vanstone buscó en sus bolsillos y meneó la cabeza. Aunque su hija menor no se pareciera a él en nada más, era fácil ver de dónde procedían las anárquicas costumbres de Magdalen.

—Creo que me la he dejado en la biblioteca con las demás llaves —dijo el señor Vanstone—. Ve a por ella, querida.

—Deberías controlar a Magdalen —intervino la señora Vanstone, dirigiéndose a su marido, cuando su hija abandonó la habitación—. Está adquiriendo la costumbre de hacer imitaciones y te habla con una ligereza que resulta absolutamente escandalosa.

—Eso mismo digo yo. Estoy harta de repetirlo —comentó la señorita Garth—. Magdalen trata al señor Vanstone como si fuera un hermano menor.

—Eres bueno con nosotras en todo lo demás, papá, y te muestras indulgente con la gran vitalidad de Magdalen, ¿verdad? —dijo la sosegada Norah, poniéndose de parte del padre y la hermana con tan escasa muestra de resolución en la superficie que

pocos observadores hubieran tenido perspicacia bastante para detectar la auténtica esencia subyacente.

—Gracias, querida —dijo el bonachón señor Vanstone—. Gracias por tan bonitas palabras. En cuanto a Magdalen —continuó, dirigiéndose a su esposa y a la señorita Garth—, es una potra sin domar. Dejadla que patee el suelo y que haga cabriolas en el potrero si es feliz así. Tiempo habrá de acostumbrarla al arnés cuando sea un poco mayor.

Se abrió la puerta y regresó Magdalen con la llave. Abrió la bolsa del correo y desparramó las cartas, que cayeron en montón. Las clasificó alegremente en menos de un minuto, se acercó a la mesa del desayuno con las manos llenas y repartió las cartas con la eficiente rapidez de un cartero de Londres.

—Dos para Norah —anunció, empezando por su hermana—. Tres para la señorita Garth. Para mamá ninguna. Una para mí. Y las otras seis para papá. Mi querido y viejo perezoso, odias contestar cartas, ¿verdad? —prosiguió Magdalen, dejando el personaje de cartero para asumir el de hija—. ¡Cómo refunfuñarás y te impacientarás en el estudio! ¡Y cómo desearás que no existan en el mundo esas cosas llamadas cartas! ¡Y cómo se pondrá de roja esa bonita y vieja calva tuya por la preocupación de redactar las respuestas, y cuántas de ellas acabarás dejando para mañana! El teatro de Bristol ha iniciado la temporada, papá —susurró de repente y de forma furtiva en la oreja de su padre—. Lo he visto en el periódico cuando he ido a por la llave. ¡Vamos mañana por la noche!

Mientras su hija parloteaba, el señor Vanstone clasificaba las cartas mecánicamente. Dio la vuelta sucesivamente a las cuatro primeras y miró los remites con indiferencia. Cuando llegó a la quinta, su atención, que se había desplazado entonces hacia Magdalen, se fijó de repente en el matasellos.

Inclinándose sobre él, con la cabeza sobre su hombro, Magdalen vio el matasellos con tanta claridad como su padre: Nueva Orleáns.

—¡Una carta de América, papá! —exclamó—. ¿A quién conoces en Nueva Orleáns?

La señora Vanstone dio un respingo y miró con expresión anhelante a su marido en cuanto Magdalen pronunció aquellas palabras.

El señor Vanstone no dijo nada. Se quitó tranquilamente del cuello el brazo de su hija, como si deseara librarse de cualquier interrupción. Magdalen regresó a su silla. Con la carta en la mano, su padre aguardó un poco antes de abrirla, mientras su madre lo miraba con una ansiosa expectación que atrajo la atención de la señorita Garth y la de Norah, así como la de Magdalen.

Tras unos instantes más de vacilación, el señor Vanstone abrió la carta.

Su faz mudó de color en cuanto leyó las primeras líneas; sus mejillas pasaron a un apagado tono marrón amarillento, que hubiera sido palidez cenicienta en un hombre

menos rubicundo, y su expresión se entristeció y ensombreció en un momento. Norah y Magdalen, que lo contemplaban con ansiedad, no vieron más que el cambio experimentado por su padre. Sólo la señorita Garth observó el efecto que ese cambio producía en la atenta señora de la casa.

No era un efecto que hubiera podido esperar la señorita Garth, ni cualquier otra persona. La señora Vanstone parecía ilusionada más que alarmada. Un leve rubor le cubrió las mejillas, los ojos se le iluminaron, removía el té una y otra vez con una impaciencia y un nerviosismo que no eran naturales en ella.

En su calidad de niña mimada, Magdalen fue, como de costumbre, la primera en romper el silencio.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó.

—Nada —respondió el señor Vanstone con brusquedad, sin alzar la vista.

—Estoy segura de que ocurre algo —insistió Magdalen—. Estoy segura de que en esa carta americana hay malas noticias, papá.

—En la carta no hay nada que te concierna —dijo el señor Vanstone.

Era el primer desaire directo que Magdalen recibía de su padre. Lo miró con incrédula sorpresa, que hubiera sido irresistiblemente absurda en otras circunstancias menos serias.

Nada más se dijo. Por primera vez, quizá, en sus vidas, los miembros de la familia desayunaron en medio de un penoso silencio. El excelente apetito matutino del señor Vanstone se esfumó junto con su excelente humor matinal. Con aire ausente partió unos trozos de tostada del plato que tenía al lado, con aire ausente terminó su primera taza de té y luego pidió una segunda que dejó sin probar en la mesa.

—Norah —dijo después de un intervalo—, no es necesario que me esperes. Magdalen, querida, puedes irte cuando quieras.

Sus hijas se levantaron de inmediato y la señorita Garth tuvo la delicadeza de seguir su ejemplo. Cuando un hombre de carácter bonachón se hace valer en su familia, lo insólito de su demostración tiene su efecto invariablemente y la voluntad de ese hombre bonachón es ley.

—¿Qué habrá ocurrido? —susurró Norah, cuando cerraron la puerta del comedor y atravesaron el vestíbulo.

—¿A qué ha venido que papá se enfadara conmigo? —exclamó Magdalen, irritada porque se sentía dolida.

—¿Puedo preguntarte qué derecho tenías a curiosear en los asuntos personales de tu padre? —replicó la señorita Garth.

—¿Derecho? —repitió Magdalen—. Yo no tengo secretos para papá, ¡con qué derecho tiene él secretos para mí! Me considero insultada.

—Si te consideras debidamente reprendida por entrometerte en asuntos ajenos —dijo la franca señorita Garth—, estarás un poquito más cerca de la verdad. ¡Ah!, eres

como todas las jóvenes de hoy en día. Ni una sola en un centenar sabe dónde están sus límites.

Las tres señoras entraron en la salita, y Magdalen respondió al reproche de la señorita Garth dando un portazo.

Transcurrida media hora, ni el señor Vanstone ni su esposa habían abandonado el comedor. El criado, ignorante de lo que había ocurrido, entró para quitar la mesa, halló a sus amos sentados juntos y en íntima conversación, y volvió a salir inmediatamente. Otro cuarto de hora pasó antes de que se abriera la puerta del comedor y la entrevista privada entre marido y mujer tocara a su fin.

—Oigo a mamá en el vestíbulo —dijo Norah—. Quizá venga a decirnos alguna cosa.

La señora Vanstone entró en la salita mientras hablaba su hija. Tenía las mejillas arreboladas y en sus ojos brillaban aún las lágrimas a medio enjugar; su paso era más vivo y sus movimientos más bruscos de lo habitual.

—Traigo noticias, queridas mías, que os sorprenderán —dijo a sus hijas—. Vuestro padre y yo nos vamos a Londres mañana.

Magdalen cogió a su madre por el brazo, muda de asombro; la señorita Garth dejó caer su labor sobre el regazo; incluso la reposada Norah hizo ademán de levantarse y repitió, atónita, las palabras: «¡A Londres!».

—¿Sin nosotras? —añadió Magdalen.

—Vuestro padre y yo iremos solos —dijo la señora Vanstone—. Tal vez nos quedemos hasta tres semanas, pero no más. Vamos a —vaciló—, vamos a ocuparnos de un importante asunto familiar. No me sujetes, Magdalen. Es inesperado, pero necesario. Tengo muchas cosas que hacer hoy, muchas cosas que arreglar antes de mañana. Vamos, vamos, cariño, suéltame.

La señora Vanstone apartó el brazo, besó apresuradamente a su hija menor en la frente y abandonó la estancia sin más. Incluso Magdalen comprendió que no iba a persuadir a su madre de que escuchara ni respondiera a más preguntas.

La mañana avanzaba lentamente y el señor Vanstone no aparecía. Con la curiosidad irreflexiva de su edad y su carácter, Magdalen desafió la prohibición de la señorita Garth y las protestas de su hermana, resuelta a ir al estudio en busca de su padre. Cuando probó a abrir la puerta, la halló cerrada desde dentro.

—Soy yo, papá —dijo, y aguardó.

—Ahora estoy ocupado, querida —fue la respuesta—. No me molestes.

A su manera, la señora Vanstone se mostró igualmente inaccesible. Permaneció en su habitación rodeada de las criadas de la casa, inmersa en interminables preparativos para la inminente partida. Los criados, poco acostumbrados a decisiones repentinas y órdenes inesperadas, obedecieron las instrucciones confusas y con torpeza. Corrían de una habitación a otra innecesariamente y perdían tiempo y paciencia empujándose

unos a otros en las escaleras. Si hubiera entrado un extraño en la casa ese día, habría podido imaginar que había acaecido en ella un inesperado desastre en lugar de una imprevista necesidad de marcharse a Londres. La rutina diaria se desbarató por completo. Magdalen, que solía pasar la mañana al piano, deambuló con nerviosismo por escaleras y pasillos, entrando y saliendo de la casa cuando se vislumbraba el buen tiempo. Norah, cuya afición por la lectura habíase convertido en proverbial, cogía un libro tras otro de mesas y estantes y volvía a dejarlos, incapaz de concentrarse. Incluso la señorita Garth acusó la influencia omnipresente de la desorganización doméstica y no se movió de su asiento junto al hogar de la salita, dejando la labor a un lado y sacudiendo la cabeza con un gesto ominoso.

«¿Asuntos familiares? —Se dijo la señorita Garth, reflexionando sobre la vaga explicación de la señora Vanstone—. Hace doce años que vivo en Combe-Raven y éstos son los primeros asuntos familiares que se han interpuesto entre padres e hijas, según mi experiencia. ¿Qué significarán? ¿Cambios? Supongo que me hago vieja. No me gustan los cambios.»

CAPÍTULO II

A las diez de la mañana siguiente, Norah y Magdalen se hallaban solas en el vestíbulo de Combe-Raven contemplando la partida del carruaje que llevaría a sus padres al tren de Londres.

Hasta el último momento, ambas hermanas habían esperado recibir alguna explicación sobre aquellos misteriosos «asuntos familiares» a los que la señora Vanstone tan brevemente había aludido el día anterior. No se la habían ofrecido. Ni siquiera el nerviosismo de la despedida en circunstancias absolutamente nuevas para la vida hogareña de padres e hijas había quebrantado la resuelta discreción de los señores Vanstone. Se habían marchado con los más cálidos testimonios de afecto, repitiendo abrazos de despedida una y otra vez, pero sin dejar caer una sola palabra sobre la naturaleza de su asunto.

Cuando el chirrido de las ruedas del carruaje cesó de repente en una curva de la carretera, las hermanas se miraron, dejando traslucir cada una a su modo la terrible sensación de que sus padres les habían negado su confianza por primera vez. La habitual reserva de Norah se convirtió en hosco silencio; se sentó en una de las sillas del vestíbulo y miró hacia fuera a través de la puerta abierta, con el entrecejo fruncido. Magdalen, como era su costumbre cuando se enojaba, expresó su descontento en los términos más directos.

—No importa que se enteren. ¡Creo que las dos hemos sido tratadas de manera vergonzosa! —Tras estas palabras, la joven siguió el ejemplo de su hermana sentándose en una silla del vestíbulo y mirando sin objeto a través de la puerta abierta de la casa.

Prácticamente en aquel mismo momento la señorita Garth salió de la salita al vestíbulo. Su rápida capacidad de observación le mostró la necesidad de intervenir con un propósito práctico, y su despierto sentido común le indicó de inmediato cuál debía ser.

—Alzad la vista las dos, si me hacéis el favor, y escuchadme —dijo—. Si hemos de vivir a gusto y felices las tres ahora que estamos solas, tenemos que respetar nuestras costumbres de siempre y seguir adelante con normalidad. Éste es el estado de cosas, en pocas palabras. Aceptad la situación, como dicen los franceses. Aquí estoy yo para daros ejemplo. Acabo de ordenar que sirvan una comida excelente a la hora acostumbrada. A continuación me dirijo al botiquín en busca de la medicina para la pinche, una muchacha enfermiza cuyo tic no es más que un problema estomacal. Mientras tanto, Norah, querida, encontrarás tu trabajo y tus libros en la biblioteca, como siempre. Magdalen, ¿qué te parece si en lugar de hacer nudos en tu pañuelo, utilizas los dedos sobre las teclas del piano? Comeremos a la una y luego sacaremos a los perros. Quiero veros a ambas tan activas y animadas como yo. Vamos, levantaos

inmediatamente. Si vuelvo a ver esos rostros lúgubres, como me llamo Garth que dejaré un aviso de despido para vuestra madre y me volveré con mis familiares en el tren mixto [2] de las doce cuarenta.

Concluyendo su discurso de amonestación en estos términos, la señorita Garth condujo a Norah a la puerta de la biblioteca, empujó a Magdalen a la salita y se encaminó con rostro serio al lugar donde se hallaba el botiquín.

A su particular manera, medio en broma medio en serio, estaba acostumbrada a mantener una suerte de autoridad amistosa sobre las hijas del señor Vanstone, una vez que sus funciones como institutriz habían llegado necesariamente a su fin. Ni que decir tiene que Norah había dejado de ser su pupila desde hacía mucho tiempo, y también Magdalen había completado ya su educación. Pero la señorita Garth había vivido demasiado tiempo bajo el techo del señor Vanstone y de un modo demasiado íntimo para separarse de ella por cuestiones puramente formales, de manera que la primera insinuación sobre su marcha que había considerado un deber formular fue desechada con tan cálidas y afectuosas protestas que jamás volvió a repetirla, a no ser en broma. A partir de aquel momento se dejó en sus manos la dirección de todos los asuntos domésticos; a esos deberes era libre de añadir la ayuda amistosa que pudiera prestar a las lecturas de Norah y la amistosa supervisión que pudiera aún ejercer sobre la música de Magdalen. Tales eran las condiciones en las que la señorita Garth residía en el seno de la familia Vanstone.

A primera hora de la tarde el tiempo mejoró. A la una y media el sol brillaba con fuerza, y las señoras abandonaron la casa acompañadas por los perros para emprender su paseo.

Cruzaron el arroyo y ascendieron por el pequeño desfiladero rocoso hacia las colinas del otro lado, luego giraron a la izquierda y regresaron por un camino que atravesaba la aldea de Combe-Raven.

Cuando tuvieron a la vista las primeras casitas, pasaron por delante de un hombre que deambulaba por el camino y que miró atentamente, primero a Magdalen y luego a Norah. Ellas se limitaron a observar que era de baja estatura, que vestía de negro y que era un completo desconocido; luego continuaron el paseo sin pensar más en el caminante que habían encontrado merodeando de vuelta a casa.

Tras dejar atrás la aldea y entrar en el camino que conducía directamente a la casa, Magdalen sorprendió a la señorita Garth anunciando que aquel desconocido vestido de negro se había dado la vuelta al pasar ellas y que las seguía.

—Se mantiene en el lado del camino por el que va Norah —añadió maliciosamente—. No soy yo quien le atrae; no me echéis la culpa.

Que el hombre las siguiera o no carecía de importancia, pues se hallaban cerca ya de la casa. Cuando llegaron a la casa del guarda y traspasaron la verja, la señorita Garth miró hacia atrás y vio que el desconocido avivaba el paso con la intención

aparente de trabar conversación. Viendo esto, ordenó de inmediato a las jóvenes que entraran en la casa con los perros, mientras ella aguardaba los acontecimientos junto a la verja.

Tuvieron el tiempo justo de llevar a cabo este discreto arreglo antes de que el desconocido llegara a la casa del guarda. Cuando la señorita Garth se dio la vuelta, la saludó cortésmente quitándose el sombrero. ¿Qué aspecto tenía de cerca? Tenía el aspecto de un clérigo en apuros.

Su retrato, de los pies a la cabeza, comenzaba con un sombrero de copa rodeado por una ancha banda de luto de crespón arrugado. Bajo el sombrero había un rostro largo y enjuto de piel cetrina, picado de viruelas y caracterizado del modo más extraordinario por unos ojos de diferente color, uno verde bilioso y el otro marrón bilioso, ambos de una penetrante inteligencia. Sus cabellos eran de un gris acerado, cuidadosamente cepillados hacia atrás en las sienes. Su mentón y sus mejillas mostraban el tono más azul de un buen afeitado; tenía una corta nariz romana; sus labios eran largos, delgados y flexibles, curvados hacia arriba en las comisuras en una sonrisa de sorna. Llevaba un alto corbatín blanco, rígido y sucio; el cuello de su levita, más alto, más rígido y más sucio, proyectaba sus puntas a ambos lado del mentón. Más abajo, la figura ágil y menuda del hombre estaba cubierta enteramente de sobrio y raído negro. La levita se ceñía a la cintura y se abría majestuosamente en el pecho. Sus manos estaban cubiertas por unos guantes de algodón de dedos pulcramente zurcidos; el paraguas, de cuya tela apenas quedaban unos milímetros alrededor de la contera, lo llevaba, no obstante, protegido por una funda de hule. De frente parecía más viejo; viéndolo cara a cara, su edad podía estimarse en cincuenta años o más. Caminando detrás de él, su espalda y sus hombros eran casi lo bastante jóvenes para que pasara por tener treinta y cinco. Sus modales se distinguían por una serenidad grave. Cuando abría la boca, hablaba con una sonora voz de bajo, de una fácil verborrea, y una atención estricta a la elección declamatoria de palabras con más de una sílaba. Sus labios levemente curvados destilaban persuasión y, andrajoso como iba, los brotes perennes de la cortesía florecían en todo él.

—¿Estoy en lo cierto al pensar que ésta es la residencia del señor Vanstone? —empezó, señalando la casa con un gesto circular de la mano—. ¿Tengo el honor de dirigirme a un miembro de la familia Vanstone?

—Sí —contestó la directa señorita Garth—. Se dirige usted a la institutriz del señor Vanstone.

El persuasivo caballero retrocedió un paso, admiró a la institutriz del señor Vanstone, avanzó de nuevo un paso y prosiguió la conversación.

—Y las dos señoritas —continuó—, las dos señoritas que paseaban con usted son sin duda las hijas del señor Vanstone, ¿me equivoco? He reconocido a la más morena, y la mayor a lo que creo, por el parecido con su bella madre. Supongo que la más

joven...

—¿Debo entender que conoce usted a la señora Vanstone? —dijo la señorita Garth, interrumpiendo el caudal de frases de aquel desconocido, que en su opinión y teniendo en cuenta las circunstancias, empezaba a desbordarse. El desconocido recibió la interrupción con una de sus corteses inclinaciones de cabeza y sumergió a la señorita Garth en su siguiente frase como si no hubiera ocurrido nada.

—Supongo que la más joven —continuó— se parece al padre. Le aseguro que su rostro me ha sorprendido. Observándolo con mi amistoso interés por la familia, me ha parecido realmente extraordinario. Encantador, característico, memorable, me he dicho a mí mismo. No se parece al de su hermana, ni al de su madre. ¿Es, pues, la imagen de su padre?

Una vez más, la señorita Garth intentó contener el flujo verbal de aquel hombre. Era evidente que no conocía al señor Vanstone, ni siquiera de vista, de lo contrario, jamás habría cometido el error de suponer que Magdalen se parecía a su padre. ¿Conocía mejor a la señora Vanstone? No había contestado a su pregunta en ese sentido. En nombre de todo lo extraño, ¿quién era? ¡Fuerzas de la desvergüenza!, ¿qué quería?

—Puede que sea usted un amigo de la familia, aunque yo no le recuerdo —dijo la señorita Garth—. ¿Qué le ha traído hasta aquí?, si me hace el favor. ¿Ha venido a visitar a la señora Vanstone?

—Esperaba ciertamente tener el placer de comunicarme con la señora Vanstone —respondió aquel hombre inveteradamente evasivo y cortés—. ¿Cómo está?

—Como de costumbre —dijo la señorita Garth, que notaba que sus reservas de cortesía se estaban agotando.

—¿Se halla en casa?

—No.

—¿Estará fuera mucho tiempo?

—Se ha ido a Londres con el señor Vanstone.

La larga cara del hombre se hizo más larga de repente. Su ojo marrón bilioso la miraba con desconcierto y el ojo verde bilioso siguió su ejemplo. Sus maneras delataron la impaciencia de forma manifiesta y eligió sus palabras con mayor cuidado aún.

—¿Es probable que la ausencia de la señora Vanstone se extienda a un prolongado intervalo de tiempo? —inquirió.

—Se extenderá a tres semanas —respondió la señorita Garth—. Creo que ya me ha hecho suficientes preguntas —prosiguió, dejándose llevar por la cólera—. Le ruego que tenga la amabilidad de decirme su nombre y el asunto que le trae. Si quiere dejar algún mensaje para la señora Vanstone, yo voy a mandarle una carta en el correo de esta noche y podría transmitírselo.

—¡Mil gracias! Una sugerencia muy valiosa. Permítame que la aproveche inmediatamente.

No se hallaba afectado en lo más mínimo por la expresión severa de la señorita Garth ni por sus graves palabras; sencillamente le había aliviado su propuesta y lo demostró con una sinceridad absolutamente seductora. Esta vez fue su ojo verde bilioso el que tomó la iniciativa y dio ejemplo de cómo recobrar la serenidad al ojo marrón bilioso. Sus labios volvieron a curvarse hacia arriba en las comisuras; se metió el paraguas bajo el brazo rápidamente y sacó una cartera negra, grande y anticuada, del bolsillo del pecho de su levita. De la cartera sacó un lápiz y una tarjeta; vaciló y reflexionó unos instantes; escribió rápidamente en la tarjeta y depositó ésta en la mano de la señorita Garth con la diligencia más cortés.

—Me sentiré muy agradecido si me hace el honor de incluir esta tarjeta en su carta —dijo—. No es necesario que la moleste además con un mensaje. Mi nombre bastará para recordar un pequeño asunto familiar a la señora Vanstone que sin duda ha escapado a su memoria. Acepte mis más sinceras gracias. Hoy ha sido un día de agradables sorpresas para mí. Los alrededores me han parecido extraordinariamente bonitos; he visto a las dos encantadoras hijas de la señora Vanstone; he conocido a una honrada preceptora de la familia del señor Vanstone. Me congratulo. Pido disculpas por haber dispuesto de su valioso tiempo. Le suplico acepte de nuevo mi agradecimiento. Le deseo buenos días.

Alzó el sombrero de copa. Su ojo marrón brilló, su ojo verde brilló, sus labios curvados dibujaron una sonrisa meliflua. En seguida giró sobre sus talones. Mostró la juvenil espalda que tanto le favorecía y sus cortas y activas piernas lo llevaron con paso ligero en dirección a la aldea. Uno, dos, tres, y llegó a la curva del camino. Cuatro, cinco, seis, y había desaparecido.

La señorita Garth miró la tarjeta que tenía en la mano y volvió a alzar la vista con mudo asombro. El nombre y la dirección de aquel desconocido con aspecto de clérigo (ambos escritos a lápiz) eran los siguientes:

Capitán Wragge
Oficina de correos, Bristol.

CAPÍTULO III

Cuando regresó a la casa, la señorita Garth no hizo el menor esfuerzo por ocultar su desfavorable opinión sobre el desconocido vestido de negro, cuyo propósito era sin duda obtener ayuda pecuniaria de la señora Vanstone. Lo que parecía menos inteligible era la naturaleza de su reclamación, a menos que fuera la de un pariente pobre. ¿Había mencionado alguna vez la señora Vanstone, en presencia de sus hijas, el nombre del capitán Wragge? Ninguna de ellas recordaba haberlo oído antes. ¿Se había referido la señora Vanstone en alguna ocasión a algún familiar pobre que dependiera de ella? Al contrario, en los últimos años había expresado la duda de que le quedara algún pariente con vida. Sin embargo, el capitán Wragge había manifestado claramente que el nombre de su tarjeta traería «un asunto familiar» a la memoria de la señora Vanstone. ¿Qué significaba? ¿Que el desconocido mentía sin una razón manifiesta, o bien un segundo enigma relacionado con el misterioso viaje a Londres?

Todas las probabilidades parecían apuntar a una conexión oculta entre los «asuntos familiares» que tan súbitamente habían alejado a los señores Vanstone de su hogar y el «asunto familiar» asociado al nombre del capitán Wragge. Las dudas de la señorita Garth volvieron a aguijonear su curiosidad mientras sellaba su carta a la señora Vanstone con la tarjeta del capitán incluida.

La respuesta llegó a vuelta de correo.

Madrugadora como siempre entre las mujeres de la casa, la señorita Garth se hallaba en el comedor cuando le llevaron la carta. Un primer vistazo a su contenido la convenció de la necesidad de leerla en privado con mayor detenimiento, antes de que le formularan preguntas embarazosas. Dejó dicho a la criada que se encargara Norah de hacer el té esa mañana y subió de inmediato a la soledad y seguridad de su dormitorio.

La carta de la señora Vanstone era extensa. La primera parte se refería al capitán Wragge y ofrecía sin reservas las obligadas explicaciones sobre aquel hombre y los motivos que lo habían llevado hasta Combe-Raven.

Según se afirmaba en la carta, la madre de la señora Vanstone había estado casada dos veces. El primer marido era un tal doctor Wragge, un viudo con hijos pequeños, uno de los cuales era el capitán de aspecto tan poco militar cuya dirección se limitaba a la oficina de correos de Bristol. La señora Wragge no había tenido hijos de su primer marido y después se había casado con el padre de la señora Vanstone. De ese segundo matrimonio era la señora Vanstone el único descendiente. A ambos los había perdido cuando era aún joven y, en el transcurso de los años, todos los familiares de su madre (que eran entonces los parientes más cercanos que le quedaban) habían ido muriendo uno tras otro. En el momento en que esto escribía, no tenía un solo pariente

vivo en el mundo, salvo quizá ciertos primos a los que nunca había visto y de cuya existencia, ni siquiera en aquel momento, tenía la certeza.

En tales circunstancias, ¿qué vínculo familiar tenía el capitán Wragge con la señora Vanstone?

Ninguno en absoluto. Como hijo del primer marido de su madre con su primera esposa, ni siquiera la cortesía mejor entendida podría haberlo incluido en época alguna en la lista de los parientes más lejanos de la señora Vanstone. Perfectamente consciente de ello (continuaba diciendo la carta), el capitán Wragge había insistido, sin embargo, en imponerse como una especie de pariente, y ella había tenido la debilidad de sancionar la intrusión, únicamente por miedo a que, en caso contrario, se presentara a sí mismo al señor Vanstone y se aprovechara sin vergüenza ninguna de su generosidad. Con el natural deseo de evitar que su marido fuera molestado, y seguramente engañado también, por una persona que reclamaba una relación de parentesco con ella, y pese a lo ridícula que resultara esta pretensión, hacía muchos años que había adoptado la práctica de asistir al capitán de su propio peculio, con la condición de que no se acercara jamás a su casa y de que no se tomara la libertad de recurrir al señor Vanstone en modo alguno.

Tras admitir sin ambages la imprudencia de tal proceder, la señora Vanstone proseguía explicando que tal vez se había sentido inclinada a mantenerlo por haberse acostumbrado desde su juventud a ver al capitán viviendo a expensas de uno u otro miembro de la familia de su madre. Poseedor de talentos que pudieran haberlo distinguido en casi cualquier carrera que hubiera elegido, había sido, empero, una vergüenza para todos sus parientes desde sus años juveniles. Lo habían expulsado del regimiento de la milicia ^[3] en el que en otro tiempo disfrutara de un destino. Había probado un empleo tras otro y había fracasado en todos de forma indigna para acabar viviendo de su ingenio en el sentido más bajo y ruin de la frase. Se había casado con una pobre mujer ignorante que había servido como moza de taberna y que había entrado inesperadamente en posesión de una pequeña suma de dinero. Esta pequeña herencia la había despilfarrado sin compasión hasta el último cuarto de penique. Hablando claro, era un sinvergüenza incorregible y acababa de añadir una más a la larga lista de sus fechorías infringiendo con total desfachatez las condiciones bajo las cuales le había asistido la señora Vanstone hasta entonces. Ésta había escrito de inmediato a la dirección indicada en la tarjeta en tales términos y con tal resolución que le impedirían, eso esperaba y creía ella, volver a aventurarse cerca de la casa nunca más. De este modo concluía la señora Vanstone la primera parte de su carta, referida exclusivamente al capitán Wragge.

Aunque su declaración, así presentada, implicaba una debilidad de carácter en la señora Vanstone que, tras muchos años de íntima comunicación, la señorita Garth jamás había detectado, aceptó la explicación como algo natural, recibéndola de buen

grado en tanto que podía comunicarse, en esencia y sin faltar al decoro, para aplacar la irritada curiosidad de las jóvenes. Por esta razón, sobre todo, leyó atentamente la primera parte de la carta con una agradable sensación de alivio. Muy diferente fue la impresión que experimentó cuando pasó a la segunda y cuando la hubo leído hasta el final.

La segunda parte de la carta estaba dedicada al asunto del viaje a Londres.

La señora Vanstone empezaba por referirse a la larga e íntima amistad que había existido entre la señorita Garth y ella. Sentía que en honor a esa amistad debía explicarle en confidencia el motivo que la había inducido a abandonar el hogar con su marido. La señorita Garth había tenido la delicadeza de no demostrarlo, pero lógicamente su sorpresa debía de haber sido grande, y aún lo era sin duda, por el misterio que había envuelto su partida, y era indudable que debía de haberse preguntado qué relación tenía la señora Vanstone con asuntos familiares que (en su posición independiente en lo que a parientes se refería) por fuerza habían de concernir sólo al señor Vanstone.

Sin mencionar esos asuntos, lo cual no era deseable ni necesario, la señora Vanstone procedía a decir que despejaría todas las dudas de la señorita Garth de inmediato, en lo que a ella atañía, con una sencilla declaración. Había acompañado a su marido a Londres con el propósito de visitar a cierto médico de gran prestigio, a fin de consultarle un asunto muy delicado y angustioso relacionado con el estado de su salud. Más claro aún: el motivo de su angustia era ni más ni menos la posibilidad de volver a ser madre.

Cuando se le había planteado la duda por primera vez, la señora Vanstone la había considerado un mero error. El largo intervalo de tiempo transcurrido desde el nacimiento de su último hijo, la grave enfermedad padecida tras la muerte de ese niño en la infancia, su edad, todo la indujo a desechar la idea tan pronto como acudió a su cabeza. Pero la idea volvía una y otra vez a su pesar. Había sentido entonces la necesidad de consultar a la más alta autoridad médica y, al mismo tiempo, había temido que sus hijas se alarmaran si llamaba a un médico de Londres a su casa. Esa opinión médica había sido obtenida en las circunstancias antes mencionadas. Su duda se había convertido en certeza, y el resultado, que se produciría hacia el final del verano, era, a su edad y con las peculiaridades de su constitución, una fuente de gran inquietud futura, por no decir otra cosa. El médico había hecho lo posible por animarla, pero ella había comprendido el significado de sus preguntas mejor de lo que él suponía y sabía que veía el futuro con serias dudas.

Tras haber revelado estos detalles, la señora Vanstone requería de la señorita Garth que los mantuviera en secreto. No había querido comentar con ella sus sospechas hasta que se confirmaran y ahora sentía una reticencia aún mayor a permitir que sus hijas se alarmaran en modo alguno por su causa. Lo mejor sería

olvidar el asunto por el momento y aguardar con esperanza a que llegara el verano. Mientras tanto, confiaba en que se reunirían todos felizmente el veintitrés del mes corriente, día que el señor Vanstone había fijado para su regreso. Con esta indicación y los mensajes acostumbrados, la carta llegaba a su fin de manera brusca y confusa.

En los primeros minutos, una simpatía natural hacia la señora Vanstone fue el único sentimiento del que fue consciente la señorita Garth después de haber leído la carta. Al poco, sin embargo, en su pensamiento creció una sombra de duda que la dejó perpleja y consternada. ¿Era realmente la explicación que acababa de leer tan satisfactoria y completa como pretendía ser? Contrastándola con los hechos, desde luego que no.

Indiscutiblemente, la mañana de su partida, la señora Vanstone había abandonado la casa muy animada. A su edad y con su estado de salud, ¿era compatible aquel estado de ánimo con la visita al médico que pensaba hacer? Además, ¿no tenía nada que ver aquella carta de Nueva Orleans que había hecho necesario el viaje del señor Vanstone con la partida de la esposa? ¿Por qué, si no, había alzado la vista con tal vehemencia al oír el comentario de su hija sobre el matasellos? Admitiendo el motivo alegado para su viaje, ¿acaso la actitud de la señora Vanstone la mañana en que se abrió aquella carta, y de nuevo la mañana de la partida, no sugería la existencia de algún otro motivo que su carta seguía ocultando?

Si así era, la conclusión que se derivaba resultaba muy dolorosa. Sintiéndose obligada por la larga amistad que la unía a la señorita Garth, la señora Vanstone le había otorgado en apariencia su máxima confianza sobre un tema para así mantener la más estricta reserva sobre otro sin que ella sospechara. De talante franco y abierto por naturaleza en sus propios asuntos, la señorita Garth evitó llevar claramente sus dudas hasta ese punto; el mero hecho de que se le hubiera ocurrido parecía implicar una falta de lealtad hacia una estimada amiga digna de confianza.

Guardó bajo llave la carta en su escritorio, se levantó con decisión para atender los efímeros intereses del día y bajó de nuevo al comedor. Entre múltiples incertidumbres, al menos tenía una cosa clara: los señores Vanstone volvían el veintitrés del mes corriente. ¿Quién podía decir que su regreso no aportaría nuevas revelaciones?

CAPÍTULO IV

Su regreso no aportó nuevas revelaciones; ninguna expectativa asociada a su vuelta se vio cumplida. Sobre el tema prohibido del motivo de su visita a Londres no cedieron ni el señor ni la señora de la casa. Fuera cual fuese su propósito, lo habían llevado a cabo con éxito según todos los indicios, pues ambos regresaron en perfecta posesión de su aspecto y actitud cotidianos. La animación de la señora Vanstone había descendido hasta su tranquilo nivel natural; el señor Vanstone había recuperado su imperturbable campechanía, tan espontánea e indolente como siempre. Éste era el resultado visible de su viaje, éste y ninguno más. ¿Había seguido ya su curso la revolución familiar? ¿Se hallaba el secreto, pues, oculto de manera impenetrable, oculto para siempre?

Nada en este mundo permanece oculto para siempre. El oro que yace ignorado durante siglos bajo tierra aparece un día en la superficie. La arena se vuelve traidora y delata la huella que la ha pisado; el agua devuelve a la superficie reveladora el cuerpo que ha sido sumergido. El fuego mismo deja escrita la confesión en las cenizas de la sustancia que consumió. El odio fuerza el secreto de su prisión en los pensamientos a través de la puerta de los ojos, y el amor encuentra al Judas que lo traiciona con un beso. Allá donde posemos nuestra mirada, la inevitable ley de la revelación es una de las leyes de la Naturaleza: el secreto duradero es un milagro que aún está por ver.

¿De qué forma estaba destinado el secreto todavía oculto a revelarse por sí mismo en Combe-Raven? ¿De qué suceso venidero en las vidas cotidianas del padre, la madre y las hijas iba a valerse la ley de la revelación para iniciar el camino fatídico hacia el descubrimiento? El camino se abrió (invisible para los padres e insospechado para las hijas) a causa del primer acontecimiento acaecido tras el regreso de los señores Vanstone, un acontecimiento que, en su superficie, no presentaba mayor trascendencia que la trivial ceremonia social de una visita matutina.

Tres días después de que el señor y la señora de Combe-Raven hubieran vuelto, los miembros femeninos de la familia se hallaban casualmente reunidos en la salita. Las ventanas daban al jardín y la arboleda, esta última protegida del exterior por una cerca; allí se abría un portillo al que se accedía desde el exterior por un camino. Durante una pausa en la conversación, la atención de las señoras se vio súbitamente atraída hacia ese portillo debido al brusco sonido del pestillo de hierro encajando en su cerradero. Alguien había llegado por el camino y se había adentrado en la finca. Magdalen acudió al punto a la ventana para ser la primera en ver al visitante a través de los árboles.

Al cabo de unos minutos se hizo visible la figura de un caballero en el punto en

que la senda de la arboleda se cruzaba con el sinuoso sendero del jardín que conducía a la casa. Magdalen lo observó con atención; en un principio no pareció reconocerlo. Cuando el caballero se acercó, sin embargo, Magdalen dio un respingo, asombrada, y volviéndose rápidamente hacia su madre y hermana, declaró que el caballero del jardín no era otro que el «señor Francis Clare».

El visitante así anunciado era el hijo del más antiguo amigo del señor Vanstone y su vecino más próximo.

El señor Clare padre habitaba en una pequeña casa de campo sin pretensiones situada justamente al otro lado de la cerca de seto vivo que marcaba los límites de la finca de Combe-Raven. Como miembro de la rama más joven de una familia de antiquísimo raigambre, la única herencia de cierta importancia que había recibido de sus antepasados era la posesión de una magnífica biblioteca, que no sólo llenaba las habitaciones de su modesta morada, sino también las escaleras y los pasillos. Los libros del señor Clare eran el mayor objeto de interés en su vida. Hacía muchos años que se había quedado viudo y no ocultaba su filosófica resignación por la pérdida de su esposa. Como padre, consideraba que sus tres hijos eran un mal doméstico necesario que amenazaba de continuo la santidad de su estudio y la seguridad de sus libros. Cuando los chicos se fueron al colegio, el señor Clare les dijo «adiós» y pensó «gracias a Dios» para sus adentros. En cuanto a sus reducidos ingresos y su aún más reducido servicio doméstico, contemplaba ambas cosas desde el mismo punto de vista satíricamente indiferente. Se daba a sí mismo el nombre de mendigo con alcurnia. Abandonó enteramente la dirección de su casa en las manos de la anciana desaseada que era su única sirvienta, con la condición de que, en todo el año, jamás se acercara a sus libros con un plumero en ellas. Sus poetas favoritos eran Horacio y Pope; sus filósofos predilectos, Hobbes y Voltaire. Hacía ejercicio y tomaba el aire fresco a regañadientes, y siempre caminaba la misma distancia sin excepción, por la carretera más horrorosa del contorno. Encorvado de espaldas y de genio vivo, era capaz de digerir los rábanos y de dormir después de tomar té verde. Sus opiniones sobre la naturaleza humana eran las de Diógenes, atemperadas por las de Rochefoucault. Sus hábitos privados eran muy descuidados y gustaba de alardear sobre todo de que había sobrevivido a todos los prejuicios humanos.

Tal era aquel hombre singular en sus aspectos más externos. Nadie había descubierto hasta entonces las cualidades más nobles que pudiera poseer bajo la superficie. Cierto es que el señor Vanstone mantenía con firmeza que «el lado peor del señor Clare era su lado externo», pero era el único en expresar tal opinión entre sus vecinos. La relación entre estos dos hombres tan dispares duraba desde hacía años y era casi lo bastante íntima para llamarse amistad. Habían adquirido la costumbre de reunirse para fumar ciertas veladas durante la semana en el estudio del cínico filósofo y de discutir allí sobre cualquier tema imaginable: el señor Vanstone como firme

portador de la antorcha de la afirmación, respondiendo el señor Clare con las afiladas armas de los sofismas. Por lo general se peleaban de noche y se encontraban en el terreno neutral de la arboleda para reconciliarse a la mañana siguiente. El vínculo establecido de tan curiosa manera se veía reforzado por un interés sincero del señor Vanstone por los tres hijos de su vecino, interés cuyos beneficios eran tanto más importantes para ellos, dado que uno de los prejuicios a los que su padre había sobrevivido era el prejuicio en favor de los propios hijos.

—Observo a esos chicos —solía decir el filósofo— con total imparcialidad; excluyo de toda consideración el insignificante accidente de su nacimiento y los encuentro por debajo de la media en todos los aspectos. La única excusa que tiene un caballero pobre para atreverse a existir en el siglo diecinueve es la excusa de una extraordinaria habilidad. Mis chicos han tenido poco seso desde la infancia. Si dispusiera de capital para colocarlos, haría de Frank un carnicero, de Cecil un panadero y de Arthur un tendero, puesto que son las únicas vocaciones humanas de las que sé que habrá siempre demanda. Tal y como están las cosas, no tengo dinero con que ayudarlos y ellos no tienen cerebro para ayudarse a sí mismos. A mí me parecen tres seres humanos superfluos con chaquetas sucias y botas ruidosas, y a menos que se aparten de la comunidad dándose a la fuga, no puedo decir que sepa qué hacer con ellos.

Por fortuna para los chicos, las opiniones del señor Vanstone estaban aún firmemente aprisionadas por los prejuicios al uso. Por intercesión suya y gracias a su influencia, Frank, Cecil y Arthur ingresaron en una prestigiosa escuela de segunda enseñanza ^[4]. Durante las vacaciones, gracias a Dios, se les permitía utilizar el potrero del señor Vanstone, y dentro de la casa, la relación con la señora Vanstone y sus hijas sirvió para humanizarlos y mejorar sus modales. En tales ocasiones, el señor Clare se acercaba a veces desde su casa (en batín y zapatillas) y contemplaba a los chicos, con aire desesperanzado por la ventana o por encima de la cerca, como si fueran tres animales salvajes a los que su vecino intentara domesticar.

—Usted y su esposa son excelentes personas —solía decirle al señor Vanstone—. Respeto con todo mi corazón sus honorables prejuicios en favor de esos chicos míos, pero están ustedes tan equivocados, ¡tan rotundamente equivocados! No es mi intención ofenderle, le hablo con total imparcialidad, pero fíjese en lo que le digo, Vanstone, los tres acabarán mal, pese a todo cuanto usted haga por evitarlo.

Años después, cuando Frank había alcanzado la edad de diecisiete años, se produjo el más absurdo de los ejemplos sobre este curioso cambio en la relativa posición de padre y amigo, respectivamente, que ocupaban ambos vecinos. Un ingeniero civil del norte de Inglaterra que debía ciertos favores al señor Vanstone expresó su disposición a tomar a Frank bajo su supervisión en unas condiciones sumamente favorables. Cuando recibió esta propuesta, el señor Clare echó primero,

como de costumbre, su papel de padre de Frank sobre los hombros del señor Vanstone y luego aplacó el entusiasmo paternal de su vecino desde el punto de vista de un espectador imparcial.

—Es la mejor oportunidad que podía presentársele —exclamó el señor Vanstone en un arrebatado de entusiasmo paterno.

—Mi buen amigo, no la aprovechará —replicó el señor Clare con el frío aplomo de un amigo indiferente.

—Pues claro que la aprovechará —insistió el señor Vanstone.

—Usted supone que Frank tiene una mente matemática —prosiguió el señor Clare—, que es aplicado y que posee ambición y firmeza de carácter. ¡Bah! ¡Bah! No lo ve usted con imparcialidad como yo. Yo le digo que ni matemáticas, ni aplicación, ni firmeza de carácter. Frank es un compendio de negaciones, y ahí están.

—¡A la porra con sus negaciones! —gritó el señor Vanstone—. Me importan un rábano las negaciones, y las afirmaciones también. Frank dispone de una espléndida oportunidad y aceptaré cualquier apuesta que tenga usted a bien hacer porque sabrá aprovecharla.

—No soy lo bastante rico como para tener la costumbre de apostar —dijo el señor Clare—, pero creo que tengo una guinea en algún lugar de la casa, y le apuesto esa guinea a que Frank vuelve a nuestras manos como un chelín falso.

—¡Hecho! —dijo el señor Vanstone—. ¡No, espere un momento! No pienso cometer la injusticia de respaldar el carácter del muchacho cubriendo la apuesta. ¡Le apuesto cinco contra uno a que Frank tendrá éxito en este asunto! Debería usted avergonzarse de hablar de él como lo hace. No sé cuál es su truco, pero siempre termina consiguiendo que me ponga de parte del chico, como si fuera yo su padre en lugar de usted. ¡Ah, sí! Si le dejo, querrá defenderse. No voy a dejarle; no quiero escuchar uno de sus peculiares alegatos. Según usted, el negro es blanco. No me importa, es negro a pesar de todo. Ya puede hablar por los codos, yo pienso escribir a mi amigo y decirle que sí, en beneficio de Frank, con el correo de hoy.

Tales fueron las circunstancias que ocasionaron la partida del señor Francis Clare al norte de Inglaterra a la edad de diecisiete años, para empezar una nueva vida como ingeniero civil.

De vez en cuando, el amigo del señor Vanstone le comunicaba a éste noticias sobre su nuevo pupilo. Alababa a Frank como un muchacho tranquilo, caballeroso e interesante, pero también decía que era bastante lento en adquirir los rudimentos de la ciencia de la ingeniería. Otras cartas posteriores indicaban que mostraba una excesiva propensión a desanimarse, que había sido enviado, por ese motivo, a una nueva obra ferroviaria por ver si el cambio de escenario lo espabilaba, y que había salido beneficiado por el experimento en todos los aspectos, salvo quizá en lo que concernía a sus estudios profesionales, que seguían avanzando, pero con lentitud.

Comunicaciones subsiguientes anunciaron su partida hacia Bélgica, al cuidado de un capataz de confianza, para realizar ciertas obras públicas; mencionaban los beneficios generales que parecían derivarse del nuevo cambio; alababan su excelente educación y sus modales, que eran de gran ayuda para facilitar la comunicación comercial con extranjeros, y pasaba por alto, en ominoso silencio, la cuestión principal de sus progresos reales en la adquisición de conocimientos. El amigo de Frank presentó concienzudamente todos estos informes, y muchos otros similares, a la atención del padre de Frank. En cada una de tales ocasiones, el señor Clare celebraba su triunfo sobre el señor Vanstone y el señor Vanstone se peleaba con el señor Clare.

—Uno de estos días, deseará usted no haber hecho esa apuesta —decía el cínico filósofo.

—Uno de estos días, tendré la bendita satisfacción de embolsarme su guinea —exclamaba su optimista amigo.

Dos años habían transcurrido entonces desde la marcha de Frank. Al cabo de otro año, los resultados hablaron por sí mismos y pusieron fin a la disputa.

Dos días después de su regreso de Londres, el señor Vanstone tuvo que ausentarse de la mesa del desayuno antes de tener tiempo de echar un vistazo a las cartas que le habían llegado con el correo de la mañana. Se las metió en uno de los bolsillos de su chaqueta de caza y volvió a sacarlas en un puñado para leerlas cuando tuvo ocasión más tarde. El puñado incluía toda la correspondencia con una excepción; esa excepción era un informe final del ingeniero civil, por el que le notificaba el final de la relación entre su pupilo y él, y el regreso inmediato de Frank a la casa paterna.

Mientras este importante anuncio yacía insospechado en el bolsillo del señor Vanstone, el objeto del mismo viajaba de vuelta al hogar con la velocidad de que era capaz el ferrocarril. A las diez y media de la noche, el señor Clare estaba sentado en la soledad de su estudio con sus libros, su té verde y su gato negro favorito haciéndole compañía, cuando oyó ruido de pisadas en el pasillo; la puerta se abrió, y Frank apareció ante él.

Un hombre normal se hubiera sorprendido, pero el aplomo del filósofo no iba a alterarse por una nimiedad tal como el regreso inesperado de su primogénito. No hubiera alzado la vista con más calma de su erudito volumen de haber estado ausente su hijo tres minutos en lugar de tres años.

—Exactamente lo que yo había pronosticado —dijo el señor Clare—. No me interrumpas con explicaciones y no asustes al gato. Mira si hay algo de comer en la cocina y luego acuéstate. Puedes ir a Combe-Raven mañana y darle este mensaje al señor Vanstone de mi parte: «Saludos de mi padre, señor, y he vuelto a sus manos como un chelín falso, como él siempre afirmó que ocurriría. Se guarda su guinea y se lleva las cinco de usted, y espera que la próxima vez prestará más atención a lo que él diga». Ése es el mensaje. Cierra la puerta cuando salgas. Buenas noches.

Bajo tan desfavorables auspicios hizo su aparición el señor Francis Clare a la mañana siguiente en los jardines de Combe-Raven y, dudando de la recepción que le aguardaba, se acercó lentamente a la casa.

No fue de extrañar que Magdalen no lo reconociera a simple vista. Frank había partido siendo un torpe muchacho de diecisiete años y volvía como un joven de veinte. Su esbelta figura había adquirido fuerza y gracia, y había crecido hasta alcanzar una estatura media. Sus facciones pequeñas y regulares, que supuestamente había heredado de su madre, se habían llenado y redondeado sin perder su extraordinaria delicadeza de formas. Su barba se hallaba aún en la infancia y las incipientes líneas de sus patillas trazaban apenas un modesto camino por las mejillas. Sus ojos castaños, afables e inquietos, hubieran favorecido más a un rostro de mujer; les faltaba carácter y firmeza para encajar en la cara de un hombre. Sus manos tenían la misma costumbre inquieta que sus ojos; constantemente cambiaban de posición, constantemente se retorcían y daban vueltas a cualquier objeto perdido del que pudieran apoderarse. Sin duda alguna Frank era apuesto, elegante, bien educado, pero no había observado atento que pudiera mirarlo sin sospechar que la antigua y robusta estirpe familiar había empezado a debilitarse en las últimas generaciones y que el señor Francis Clare tenía más de la sombra de sus antepasados que de la sustancia.

Cuando se desvaneció en parte el asombro causado por su aparición, se inició la búsqueda del informe perdido. Se halló en el más recóndito hueco del holgado bolsillo del señor Vanstone, y dicho caballero lo leyó en el acto.

Los hechos puros y simples, tal como los presentaba el ingeniero, eran en resumen los siguientes. Frank no poseía la capacidad necesaria para la profesión y era inútil perder el tiempo manteniéndolo en un empleo para el que carecía de vocación. Con este convencimiento por ambas partes después de tres años de prueba, el maestro había considerado que el camino más honrado para su pupilo era volver a casa y presentar sus resultados con toda sinceridad ante su padre y sus amigos. En otra profesión para la que estuviera más capacitado y por la que sintiera algún interés, sin duda desplegaría el trabajo y la perseverancia que se había sentido demasiado desalentado para practicar en la profesión ahora abandonada. Personalmente, era estimado por todos cuantos le conocían, y los múltiples amigos que había dejado en el norte le deseaban de todo corazón una futura prosperidad. Tal era la esencia del informe y así concluía.

Muchos hombres hubieran considerado que el ingeniero expresaba sus opiniones con excesiva diplomacia y, sospechando que intentaba presentar bajo la luz más favorable un caso perdido, hubieran albergado serias dudas en cuanto al futuro de Frank. El señor Vanstone era demasiado bondadoso y optimista —y también estaba demasiado inquieto por no ceder ante su viejo antagonista ni un centímetro más de lo necesario— para contemplar la carta desde tan desfavorable punto de vista. ¿Era

culpa de Frank que no tuviera talento natural para ser ingeniero? ¿Acaso no había tenido ningún otro joven un mal comienzo en la vida? Muchos empezaban así y lo superaban, y luego conseguían maravillas. Mientras hacía estos comentarios sobre la carta, el bondadoso caballero palmeaba a Frank en el hombro.

—¡Anímate, muchacho! —dijo el señor Vanstone—. Un día de éstos saldaremos cuentas con tu padre, ¡aunque esta vez ha ganado la apuesta!

El ejemplo que así daba el señor de la casa fue seguido al punto por la familia, con la única excepción de Norah, cuya formalidad y reserva incurables se manifestaron de manera muy poco cortés en su distante actitud hacia el visitante. El resto, guiado por Magdalen (que había sido la compañera de juegos favorita de Frank en tiempos pretéritos) adoptó con él sin esfuerzo la misma familiaridad de siempre. Era «Frank» para todos salvo para Norah, que insistía en llamarle «señor Clare». Ni siquiera cuando comentó el recibimiento que le había dispensado su padre la noche anterior, animado por los demás, consiguió alterar la gravedad de Norah. Ésta permaneció sentada con el rostro vuelto, los ojos bajos y el vivo tono de sus mejillas más cálido y encendido de lo habitual. Los otros, incluida la señorita Garth, hallaron absolutamente irresistible el discurso de bienvenida del viejo señor Clare a su hijo. El jolgorio había alcanzado su punto álgido cuando el criado entró y dejó muda a la concurrencia anunciando el nombre de las visitas que aguardaban en el salón.

—El señor Marrable, la señora Marrable y la señorita Marrable; Evergreen Lodge, Clifton.

Norah se levantó con presteza, como si los recién llegados fueran un alivio para su espíritu. La señora Vanstone fue la siguiente en abandonar su silla. Ambas salieron primero para recibir a las visitas. Magdalen, que prefería la compañía de su padre y de Frank, rogó con insistencia que le permitieran quedarse, pero, tras concederle cinco minutos de gracia, la señorita Garth la tomó por su cuenta y la hizo salir de la habitación. Frank se levantó para despedirse.

—No, no —dijo el señor Vanstone, deteniéndole—. No te vayas. Esa gente no se quedará mucho tiempo. El señor Marrable es un comerciante de Bristol. Lo he visto una o dos veces, cuando las chicas me obligaron a llevarlas a fiestas en Clifton. Son meros conocidos, nada más. Ven a fumarte un cigarro en el invernadero. ¡A la porra con las visitas! No hacen más que molestar. Me presentaré en el último momento con una disculpa y tú me seguirás a una distancia prudente como prueba de que estaba realmente ocupado.

Tras proponer esta ingeniosa estratagema en un susurro confidencial, el señor Vanstone cogió a Frank por el brazo y lo condujo a la parte posterior de la casa. Los primeros diez minutos de aislamiento en el invernadero transcurrieron sin incidentes de ningún tipo. Al cabo de ese tiempo, una veloz figura vestida con brillantes colores apareció ante los ojos de los dos caballeros como un relámpago al otro lado del

crystal, la puerta se abrió de golpe, cayeron unos tiestos de flores en homenaje a las enaguas que los rozaban al pasar, y la hija menor del señor Vanstone corrió hacia él impetuosamente con toda la apariencia de haber perdido el seso de forma repentina.

—¡Papá!, el sueño de toda mi vida se ha realizado —exclamó, tan pronto como pudo hablar—. Saldré volando a través del tejado del invernadero si alguien no me sujeta. Los Marrable han venido con una invitación. Adivina, papaíto, ¡adivina lo que van a hacer en Evergreen Lodge!

—Un baile —dijo el señor Vanstone sin vacilar.

—¡Una función de teatro! —profirió Magdalen, y su clara voz juvenil resonó en el invernadero como una campana; las holgadas mangas de su vestido cayeron hacia atrás, dejando al descubierto sus redondeados brazos blancos hasta los codos con hoyuelos, cuando Magdalen dio una palmada al aire, extasiada—. *Los rivales* es la obra, papá, *Los rivales* del famoso como se llame ^[5], ¡y quieren que yo actúe en ella! Lo que más deseaba en todo el universo. Todo depende de ti. Mamá menea la cabeza, y la señorita Garth me lanza miradas fulminantes, y Norah pone mala cara como siempre, pero si tú dices que sí, las tres tendrán que ceder y dejarme hacer mi voluntad. Di que sí —rogó, arrimándose con mimo a su padre y apretando sus labios con cariñosa suavidad en la oreja de su progenitor para susurrar las palabras siguientes—. Di que sí, y seré una buena chica el resto de mi vida.

—¿Una buena chica? —repitió el señor Vanstone—. Supongo que quieres decir una alocada. ¡A la porra con esa gente y sus funciones de teatro! Tendré que volver a entrar y ver de qué se trata. No es necesario que tires el cigarro, Frank. Este asunto no te concierne y puedes quedarte aquí.

—No, no puede —dijo Magdalen—. Él también está metido en este asunto.

Hasta ese momento, el señor Francis Clare había permanecido en un modesto segundo término, del que surgió entonces con expresión de mudo asombro.

—Sí —continuó Magdalen, respondiendo a su mirada interrogativa con perfecto aplomo—. Vas a actuar. La señorita Marrable y yo tenemos talento para la organización y lo hemos arreglado todo en cinco minutos. Quedaban dos papeles en la obra por asignar. Uno era el de Lucy, la doncella, que será mi personaje, con el permiso de papá —añadió, pellizcando maliciosamente a su padre en el brazo—, y no va a decir que no, ¿verdad? Primero, porque es un amor; segundo, porque yo le quiero y él me quiere; en tercer lugar, porque nunca hay diferencia de opiniones entre nosotros dos (¿no es cierto?); en cuarto lugar, porque le doy un beso, lo que naturalmente le cierra la boca y resuelve la cuestión. Dios mío, me estoy enredando. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!, explicaba a Frank...

—Discúlpame —empezó Frank, intentando en este punto intercalar su protesta.

—El segundo personaje de la obra —prosiguió Magdalen sin prestarle la menor atención— es Falkland, un amante celoso, con una fácil verborrea. La señorita

Marrable y yo hemos charlado sobre Falkland en privado en el asiento junto a la ventana mientras los demás hablaban. Es una joven deliciosa, tan impulsiva, tan sensible, tan carente por completo de afectación. Se ha confiado a mí. Me ha dicho: «Una de nuestras tragedias es que no conseguimos encontrar a un caballero que quiera luchar con las espantosas dificultades de Falkland». Por supuesto yo la he tranquilizado. Por supuesto le he dicho: «Yo conozco al caballero, y él querrá luchar inmediatamente». «¡Oh, cielos!, ¿quién es?» «El señor Francis Clare.» «¿Y dónde se halla?» «Aquí mismo en este momento.» «¿Sería usted tan encantadora, señorita Vanstone, de ir a buscarlo?» «Iré a buscarlo, señorita Marrable, con el mayor placer.» He abandonado el asiento de la ventana, he ido corriendo a la salita, he olido el humo de los cigarros, he seguido el olor y aquí estoy.

—Sé que es un cumplido que me pidan que actúe —dijo Frank, muy turbado—. Pero espero que la señorita Marrable y tú me excusaréis...

—Por supuesto que no. Tanto la señorita Marrable como yo nos distinguimos por la firmeza de nuestro carácter. Cuando afirmamos categóricamente que el señor Mengano va a hacer el papel de Falkland, lo decimos realmente en serio. Ven dentro, que te presentaré.

—Pero yo no he actuado nunca. No sé cómo se hace.

—No tiene la más mínima importancia. Si no sabes cómo, pregúntame a mí y yo te enseñaré.

—¿Tú? —exclamó el señor Vanstone—. ¿Qué sabes tú de eso?

—¡Papá, por favor, sé serio! Tengo la firme convicción de que podría interpretar cualquier papel de la obra, incluido el de Falkland. No me hagas repetírtelo, Frank. Ven dentro para que te presente.

Magdalen se cogió del brazo de su padre y se dirigió con él a la puerta del invernadero. Al llegar a los escalones, se dio la vuelta y miró hacia atrás para ver si Frank la seguía. Fue un movimiento breve, pero en ese momento la natural firmeza de su voluntad hizo acopio de todos sus recursos, se reafirmó con la influencia de su belleza, ordenó, y conquistó. Estaba encantadora: sus mejillas tenían un suave arrebol; el placer radiante brillaba y centelleaba en sus ojos; la posición de su figura, súbitamente vuelta de cintura para arriba, delataba su delicada fuerza, su ágil firmeza, su gracia serpentina y seductora.

—¡Ven! —dijo, con un coqueto movimiento de la cabeza—. ¡Ven, Frank!

Pocos hombres de cuarenta años se hubieran resistido en aquel momento. Frank sólo había cumplido los veinte. En otras palabras, arrojó al suelo el cigarro y salió del invernadero en pos de Magdalen.

Cuando se dio la vuelta para cerrar la puerta —en el instante en que dejó de verla —, se reavivó su reticencia a verse relacionado con la función teatral privada. Se detuvo de nuevo al pie de las escaleras de la casa, arrancó una ramita de una planta

cercana, la rompió con la mano y miró en derredor con gesto nervioso, hacia un lado y también hacia el otro. El sendero de la izquierda conducía a la casa de su padre, tenía franca la huida. ¿Por qué no aprovecharse?

Mientras él seguía dudando, el señor Vanstone y su hija habían alcanzado el final de las escaleras. Una vez más, Magdalen se dio la vuelta para mirar, para mirar con su irresistible belleza, con su sonrisa arrolladora. Volvió a hacer un gesto con la cabeza, y de nuevo él la siguió escaleras arriba y luego traspasó el umbral. La puerta se cerró tras ellos.

Así, con un insignificante gesto de invitación por un lado, con un insignificante acto de obediencia por el otro; así, sin conocimiento por parte de él ni pensamiento por parte de ella sobre el secreto que aún guardaba el viaje a Londres, tomaron el camino que conducía al descubrimiento de ese secreto, a través de numerosos vericuetos más tenebrosos que aún estaban por llegar.

CAPÍTULO V

Las preguntas del señor Vanstone sobre el espectáculo teatral propuesto en Evergreen Lodge hallaron respuesta en el relato de una serie de verdaderos desastres, en los cuales la señorita Marrable personificaba la causa inocente y sus padres representaban el papel de víctimas principales.

La señorita Marrable era el más despiadado de los tiranos: una hija única. Jamás había otorgado un privilegio constitucional a sus oprimidos padres desde la época en que le salió el primer diente. Pronto iba a cumplir los diecisiete años, había decidido celebrarlo con la representación de una obra teatral, había dado las órdenes oportunas y sus dóciles padres las habían acatado incondicionalmente, como de costumbre. La señora Marrable cedió su salón para que fuera arrasado y convertido en escenario y teatro. El señor Marrable se hizo con los servicios de un respetable profesional para que instruyera a las señoritas y los caballeros, y para que aceptara las responsabilidades inherentes a la creación de un mundo teatral a partir de un caos doméstico. Tras haberse acostumbrado a que rompieran muebles y mancharan paredes, a golpes, caídas, martilleos y gritos, con continuos portazos y constantes carreras arriba y abajo, los señores nominales de la casa creían sinceramente que sus mayores preocupaciones habían concluido. ¡Inocente y fatal engaño! Una cosa es montar un escenario privado y elegir la obra, y otra muy distinta encontrar a los actores que la representen. Hasta el momento, en Evergreen Lodge sólo habían tenido ocasión de padecer las pequeñas molestias preliminares de rigor. Aún tenían que llegar los auténticos quebraderos de cabeza.

Habiendo elegido *Los rivales*, la señorita Marrable se apropió, de forma natural, del papel de Lydia Languish. Uno de sus galanes predilectos se reservó el papel del capitán Absolute y otro se apoderó violentamente del de sir Lucius O'Trigger. A estos dos les siguió una complaciente solterona de la familia, que aceptó la pesada carga dramática de la señora Malaprop, y ahí el proceso teatral llegó a una pausa. Quedaban nueve papeles hablados por asignar, y con esa ineludible necesidad, empezaron los verdaderos problemas.

De repente, todos los amigos de la familia demostraron su inconstancia por primera vez en la vida. Tras alentar la idea de la obra, rechazaron el sacrificio personal de actuar en ella, o aceptaron interpretar un personaje y abandonaron luego ante el esfuerzo de aprenderse el papel, o se ofrecieron para representar los personajes que ya sabían comprometidos y rehusaron los que estaban libres, o estaban aquejados de una débil constitución y se obstinaban en caer enfermos cuando los necesitaban en los ensayos, o tenían parientes puritanos a sus espaldas y, tras meterse en sus papeles alegremente al principio de la semana, se desprendían de ellos, arrepentidos, al final de ésta, bajo la fuerte presión familiar. Mientras tanto, los

carpinteros martilleaban y se levantaban los decorados. La señorita Marrable, que era de un temperamento sensible, se puso histérica bajo la tensión de una perpetua ansiedad; el médico de la familia no quiso hacerse responsable de las consecuencias nerviosas si no se hacía algo. Se redoblaron los esfuerzos por doquier. Se buscaron actores y actrices con desesperada indiferencia hacia toda consideración sobre las aptitudes personales. La necesidad, que no conoce ley, ni en el teatro ni fuera de él, aceptó a un muchacho de dieciocho años para representar a sir Anthony Absolute; el regidor acordó proporcionar las arrugas necesarias gracias a los recursos inagotables del arte teatral. Una dama de edad desconocida y de aspecto corpulento —pero que tenía el corazón en su sitio— se ofreció para interpretar el papel de la sentimental Julia, aportando como recomendación dramática su costumbre de llevar peluca. Gracias a estas enérgicas medidas, la obra halló al fin sus intérpretes, exceptuando siempre los intratables personajes de Lucy, la doncella, y Falkland, el celoso amante de Julia. Acudían los caballeros, veían a Julia en los ensayos, observaban su corpulencia y la peluca, no se fijaban en dónde tenía el corazón, se arredraban ante las perspectivas, se disculpaban y se iban. Las señoras leían el papel de Lucy, notaban que aparecía en buena parte de la primera mitad de la obra y que se desvanecía completamente en la segunda parte, les molestaba desaparecer de la atención del público de esa manera, cuando todos los demás gozaban de la oportunidad de destacar hasta el final, cerraban el libro, se disculpaban y se iban. Quedaban ocho días para la noche de la representación, se había convencido a una falange de mártires sociales en número de doscientos para que la presenciaran, era absolutamente necesario realizar tres ensayos generales, y aún faltaban intérpretes para dos papeles. Con esta lamentable historia y con humildísimas disculpas por abusar de una amistad superficial, los Marrable aparecieron en Combe-Raven para recurrir a las señoritas en busca de una Lucy, y al universo entero en busca de un Falkland, con la pertinacia mendicante de una familia desesperada.

La exposición de estas circunstancias, dirigida a un público que incluía a un padre del carácter del señor Vanstone y a una hija del temperamento de Magdalen, produjo el resultado que podía preverse desde el principio. Bien porque malinterpretara el ominoso silencio que guardaban su esposa y la señorita Garth, bien porque no le prestara atención, el señor Vanstone no sólo dio permiso a Magdalen para ayudar a la desesperada compañía teatral, sino que aceptó la invitación para presenciar la obra en su nombre y en el de Norah. La señora Vanstone rehusó acompañarlos a causa de su salud y la señorita Garth sólo se comprometió a formar parte del público con la condición de que no la necesitaran en casa. Se entregaron los papeles de Lucy y Falkland (que la angustiada familia llevaba consigo a todas partes, como enfermedades incidentales) a sus intérpretes en aquel mismo momento. Las débiles protestas de Frank fueron rechazadas sin ser oídas; los días y las horas de los ensayos

fueron anotados cuidadosamente en las tapas de los libros, y los Marrable se despidieron con una explosión de gracias al unísono: padre, madre e hija sembraron expresiones de agradecimiento por doquier, desde la puerta del salón hasta la verja del jardín.

Tan pronto como desapareció el carruaje, Magdalen se presentó a la observación general bajo un aspecto enteramente nuevo.

—Si vienen más visitas hoy —dijo, con la mayor seriedad en la expresión y la actitud—, no estoy en casa. Éste es un asunto mucho más serio de lo que suponéis todos. Vete solo a algún lugar, Frank, y léete tu papel, y no dejes que tu atención se desvíe si puedes evitarlo. No estaré disponible hasta más tarde. Si vuelves, con permiso de papá, después de cenar, mis opiniones sobre el papel de Falkland estarán a tu disposición. ¡Thomas!, que el jardinero haga lo que quiera menos ruidos floriculturales bajo mi ventana. Voy a sumergirme en el estudio durante el resto de la tarde y cuanto más silenciosa esté la casa, más se lo agradeceré a todo el mundo.

Antes de que la batería de reproches de la señorita Garth pudiera abrir fuego, antes de que el primer estallido de carcajadas del señor Vanstone pudiera escapar de sus labios, Magdalen inclinó la cabeza con imperturbable gravedad, subió las escaleras de la casa caminando por primera vez en su vida en lugar de correr y se retiró en aquel mismo instante a su dormitorio. El asombro impotente de Frank ante su desaparición añadió un nuevo elemento de absurdo a la escena. Se apoyó primero en una pierna y luego en la otra, enrollando y desenrollando su parte y mirando con aire lastimero los rostros de sus amigos.

—Sé que no puedo hacerlo —dijo—. ¿Puedo venir después de cenar y escuchar las opiniones de Magdalen? Gracias. Vendré hacia las ocho. No le cuente nada a mi padre sobre esto, por favor; no me dejaría en paz. —Éstas fueron las únicas palabras que tuvo ánimos para pronunciar. Se alejó en dirección a la arboleda sin saber adonde iba, con el papel colgando abierto de la mano, el más inepto de los Falklands, el más desvalido de los seres humanos.

La marcha de Frank dejó a la familia a solas y fue la señal para un ataque contra la inveterada negligencia del señor Vanstone en el ejercicio de su autoridad paterna.

—¿En qué estabas pensando, Andrew, al darle permiso? —dijo la señora Vanstone—. Creía que mi silencio sería advertencia más que suficiente para que dijeras que no.

—Una equivocación, señor Vanstone —interpuso la señorita Garth—, hecha con la mejor intención, pero equivocación al fin y al cabo.

—Puede que sea una equivocación —dijo Norah, poniéndose de parte de su padre, como de costumbre—. Pero de verdad que no veo cómo papá, ni ningún otro, podía rehusar, dadas las circunstancias.

—Muy cierto, querida —observó el señor Vanstone—. Las circunstancias, como

tú dices, estaban totalmente en mi contra. Por un lado, ahí estaba esa pobre gente en un apuro, y por el otro, teníamos a Magdalen muriéndose de ganas de actuar. No puedo decir que tuviera objeciones metódicas; no tengo nada de metódico. ¿Qué otra excusa podía ofrecer? Los Marrable son personas respetables y se relacionan con la mejor sociedad en Clifton. ¿Qué daño puede sufrir Magdalen en su casa? Si de prudencia y de ese tipo de cosas se trata, ¿por qué no habría de hacer Magdalen lo que hace la señorita Marrable? ¡Vamos, vamos!, dejemos a las pobrecitas que actúen y se diviertan. También nosotros tuvimos su edad, y no vale la pena armar tanto alboroto, y eso es todo lo que tengo que decir al respecto.

Con aquella característica defensa de su propia conducta, el señor Vanstone se dirigió pausadamente al invernadero para fumarse otro cigarro.

—No se lo he dicho a papá —dijo Norah, cogiéndose del brazo de su madre de vuelta a la casa—, pero el perjuicio que puede resultar de la representación, a mi modo de ver, es la familiaridad que sin duda alentará entre Magdalen y Francis Clare.

—Estás predispuesta en contra de Frank, cariño —dijo la señora Vanstone.

Los suaves y secretos ojos color avellana de Norah se clavaron en el suelo; no dijo nada más. Sus opiniones eran inalterables, pero jamás discutía con nadie. Tenía el gran defecto de una naturaleza reservada, el defecto de la obstinación, y un gran mérito, el mérito del silencio. «¿Qué rumia tu cabeza ahora?» —pensó la señorita Garth, lanzando una mirada penetrante al rostro moreno de Norah, que aún seguía bajo—. «Eres de esas personas impenetrables. Prefiero a Magdalen con todos sus caprichos; a través de ella veo la luz del día. Tú eres tan oscura como la noche.»

Transcurrieron las horas y Magdalen continuaba encerrada en su habitación. No se oyeron pisadas inquietas en las escaleras, ni una ágil lengua parlotando aquí y allá y por todas partes, desde el desván a la cocina; la casa no parecía la misma, toda vez que el elemento que siempre perturbaba la serenidad familiar se había retirado súbitamente. Impaciente por contemplar con sus propios ojos la realidad de una transformación que la experiencia pasada seguía induciéndola a negar, la señorita Garth subió al dormitorio de Magdalen, llamó dos veces a su puerta y, no recibiendo respuesta, la abrió y se asomó a su interior.

Allí estaba Magdalen, sentada en una butaca ante el largo espejo de pie, con los cabellos sueltos, absorta en el estudio de su papel y cómodamente arrebujada en su bata de mañana hasta que fuera la hora de vestirse para cenar. Y a su espalda estaba sentada la doncella, peinando lentamente los largos y espesos bucles de su señorita, con la resignación adormilada de una mujer que ha estado ocupada en ese mismo menester durante varias horas. El sol brillaba y los verdes postigos de la ventana estaban cerrados. La tenue luz caía delicadamente sobre las dos serenas figuras; sobre la pequeña cama blanca con los nudos de cinta rosa que recogían sus cortinajes y el alegre vestido dispuesto para la cena encima de ella; sobre la bañera pintada de vivos

colores y su puro revestimiento de esmalte blanco; sobre el tocador, con sus dijes centelleantes, sus frascos de cristal, su campanilla de plata con un Cupido por mango, con esos pequeños lujos desordenados que adornan el altar del dormitorio de una mujer. La espléndida tranquilidad de la escena; la fría fragancia a flores y perfumes en la atmósfera; la actitud arrobada de Magdalen, abstraída en su lectura; la monótona regularidad de movimientos de la mano y el brazo de la doncella al pasar suavemente el peine por los cabellos de su señorita, una y otra vez; todo ello transmitía la misma sensación apaciguadora de quietud somnolienta y deliciosa. A un lado de la puerta estaba la luz del día y las realidades cotidianas de la vida. Al otro lado se hallaba el país de los sueños de la serenidad elísea, el santuario del imperturbable reposo.

La señorita Garth se detuvo en el umbral y contempló la habitación en silencio.

La curiosa afición de Magdalen a que la peinaran a todas horas del día y en cualquier estación del año se contaba entre las peculiaridades de su carácter, que eran notorias para todos los de la casa. Una de las chanzas favoritas de su padre consistía en decir que, en tales ocasiones, le recordaba a un gato al que acariciaban el lomo y que siempre le parecía que, si continuaban peinándola el tiempo suficiente, acabaría oyéndola ronronear. Por exagerado que pareciera, la comparación no era del todo inadecuada. El ardiente temperamento de la joven intensificaba el placer esencialmente femenino que sienten la mayoría de las mujeres al pasar el peine por sus cabellos, al punto de ensimismarse en una lujuria de sensaciones cuyo disfrute, tan serenamente expresivo, tan perezosamente profundo, sugería en realidad el de un gato doméstico bajo las caricias de una mano. Pese a que la señorita Garth estaba enterada de esta peculiaridad de su pupila, era la primera vez que la veía confirmarse asociada a un esfuerzo mental. Sintiendo la consiguiente curiosidad por saber cuánto tiempo habían ido de la mano el peinado y el estudio, aventuró la pregunta, primero a la señorita y (al no recibir contestación) después a la doncella.

—Toda la tarde, señorita, a ratos —fue la cansada respuesta—. La señorita Magdalen dice que calma sus emociones y le aclara las ideas.

Sabiendo por experiencia que toda intervención sería inútil en aquellas circunstancias, la señorita Garth giró en redondo y salió de la habitación. Sonrió cuando estuvo fuera, en el descansillo. La mente femenina consigue en ocasiones, aunque no con frecuencia, proyectarse en el futuro. La señorita Garth compadecía proféticamente al infortunado marido de Magdalen.

La cena presentó a la hermosa estudiante a la inspección familiar bajo el mismo aspecto de ensimismamiento. En cualquier otra ocasión ordinaria, el apetito de Magdalen hubiera aterrorizado a esos débiles sentimentales que fingen ignorar la influencia fundamental que la alimentación ejerce en la producción de belleza femenina. En esta ocasión Magdalen rechazó un plato tras otro con una resolución

que implicaba el más raro de todos los martirios modernos: el martirio gástrico.

—He concebido el papel de Lucy —comentó con la seriedad más recatada—. La siguiente dificultad consiste en hacer que Frank conciba el papel de Falkland. No veo dónde está la gracia, estaríais todos mucho más serios si tuvierais mis responsabilidades. No, papá, hoy no quiero vino, gracias. Tengo que mantener despierta la inteligencia. Agua, Thomas, y creo que un poco más de gelatina, antes de que te la lleves.

Cuando Frank se presentó por la noche, ignorante de los elementos básicos de su papel, Magdalen lo tomó de la mano tal como una maestra de escuela de mediana edad hubiera hecho con un alumno torpe. Los escasos intentos que hizo él por alterar la grave naturaleza práctica del pasatiempo de la velada, intercalando cumplidos de pasada, los desbarató ella con la desdeñosa seguridad de una mujer con el doble de sus años. Literalmente, Magdalen metió a Frank en su papel a la fuerza. Su padre se durmió en la silla. La señora Vanstone y la señorita Garth perdieron el interés por el proceso, se retiraron al extremo más alejado de la estancia y conversaron en susurros. Se iba haciendo tarde, pero Magdalen no desfallecía en su tarea, y con igual perseverancia Norah, que había estado vigilándolos durante toda la velada, siguió vigilante hasta el final. La desconfianza ensombrecía su rostro más y más mientras contemplaba a su hermana y a Frank, viéndolos sentados tan juntos, movidos por un mismo interés y trabajando con un mismo fin. El reloj de la repisa de la chimenea señaló las once y media, antes de que la resoluta Lucy permitiera al desvalido Falkland cerrar su libro de trabajo por aquella noche.

—¿A que es extraordinariamente inteligente? —dijo Frank al despedirse del señor Vanstone en la puerta del vestíbulo—. Volveré mañana para seguir escuchando sus opiniones, si no tiene usted objeción. Jamás lo conseguiré; no se lo diga a ella. En cuanto me enseña un parlamento, el anterior se me borra de la cabeza. Desalentador, ¿no es cierto? Buenas noches.

Faltaban dos días para el primer ensayo general. La noche de la víspera, la señora Vanstone mostró un ánimo muy decaído. Durante una entrevista privada con la señorita Garth, volvió a referirse *motu proprio* al tema de la carta escrita desde Londres, se reprochó a sí misma su debilidad al aceptar la desvergonzada pretensión del capitán Wragge de ser pariente suyo y luego volvió a tocar el estado de su salud y la incierta perspectiva que la aguardaba en verano, con un tono de desaliento que acongojaba escuchar. Deseosa de animarla, la señorita Garth cambió de conversación lo antes posible, se refirió a la cercana función teatral y alivió los pensamientos de la señora Vanstone de toda zozobra anunciando su intención de acompañar a Magdalen a todos los ensayos y no perderla de vista hasta que estuviera de vuelta sana y salva en la casa de su padre. Así pues, cuando Frank se presentó en Combe-Raven en aquella memorable mañana, allí estaba la señorita Garth —en el papel interpolado de

Argos—, dispuesta a acompañar a Lucy y a Falkland a la escena de la prueba. El ferrocarril los llevó a los tres a Evergreen Lodge puntualmente, y a la una dio comienzo el ensayo.

CAPÍTULO VI

—Espero que la señorita Vanstone se haya aprendido su papel —susurró con inquietud la señora Marrable a la señorita Garth en un rincón del teatro.

—Si el porte y el donaire hacen a la actriz, señora, la actuación de Magdalen nos asombrará a todos. —Con esta respuesta, la señorita Garth sacó su labor y se sentó para hacer su guardia en el centro del patio de butacas.

El regidor se instaló, libro en mano, en un taburete cerca del escenario y frente a él. Era un hombrecillo activo de carácter dulce y alegre, y dio la señal de empezar con un interés tan paciente por la representación como si antes no le hubiera dado el menor quebradero de cabeza y prometiera no causarle ninguno en el futuro. Los dos personajes que iniciaban la comedia de *Los rivales*, Fag y el cochero, aparecieron en escena poniendo de manifiesto la desproporción del decorado de fondo, que representaba una calle de Bath, con su estatura; exhibieron la acostumbrada incapacidad para dominar sus propios brazos, piernas y voces; hicieron varios mutis por los lugares equivocados y expresaron su total conformidad con los resultados de su actuación riendo a carcajadas entre bastidores.

—Silencio, caballeros, se lo ruego —los amonestó el alegre regidor—. Hablen todo lo alto que quieran en escena, pero el público no debe oírlos cuando estén fuera de ella. ¿Lista, señorita Marrable? ¿Lista, señorita Vanstone? Cuidado al subir la «Calle de Bath», ¡se está arrugando! Póngase de cara aquí, señorita Marrable; completamente de cara, por favor. Señorita Vanstone... —Se contuvo de pronto—. Curioso —dijo entre dientes—, ¡mira hacia el público espontáneamente!

Lucy abrió la escena con las siguientes palabras:

—Le aseguro, señora, que he estado buscado por media ciudad. No creo que haya biblioteca circulante en Bath en la que no haya estado.

El regidor dio un respingo en su asiento.

—¡Válgame Dios!, ¡empieza a hablar sin que se lo indiquen! —El diálogo prosiguió. Lucy sacó las novelas para la lectura privada de la señorita Lydia Languish de debajo de su capa. El regidor se levantó con gran excitación. ¡Maravilloso! Magdalen no se apresuraba con los libros, no se le caían. Miró los títulos antes de leérselos a su señora y depositó *Humphry Clinker* sobre *The Tears of Sensibility* con un sagaz y ligero golpe que ponía de relieve la antítesis ^[6]. Un instante después anunciaba la visita de Julia; otro, y ejecutaba la brusca reverencia de una doncella; un tercero, y salía de escena por el lado que indicaba el libreto. El regidor giró en redondo sobre su taburete y lanzó a la señorita Garth una mirada penetrante—. Perdone, señora —dijo—. La señorita Marrable me dijo antes de empezar que éste era el primer intento de la señorita en el teatro. Desde luego no es posible.

—Lo es —replicó la señorita Garth, reflejando la expresión de asombro del

regidor en su propia cara. ¿Acaso la incomprensible aplicación de Magdalen en el estudio de su papel procedía verdaderamente de un serio interés en aquella actividad, un interés que implicara un talento natural?

El ensayo prosiguió. La señora corpulenta con peluca (y un corazón excelente) encarnó a la sentimental Julia desde un inveterado punto de vista trágico y utilizó el pañuelo distraídamente en la primera escena. La pariente solterona se tomó los errores lingüísticos de la señora Malaprop tan en serio, y se esforzó de forma tan extraordinaria en sus pifias, que éstas acabaron sonando como ejercicios de declamación más que como otra cosa. El desafortunado muchacho que encarnaba la última esperanza de la compañía, en el papel de sir Anthony Absolute, expresó la edad y la irascibilidad de su personaje entrechocando las rodillas de continuo y golpeando incesantemente el escenario con el bastón. Despacio y con torpeza, con interrupciones constantes y errores interminables continuó arrastrándose el primer acto hasta que apareció Lucy para terminarlo en soliloquio, con la confesión de su fingida simplicidad y la alabanza de su propio ingenio.

Aquí el artificio escénico de la situación ofrecía dificultades con las que Magdalen no había tenido que enfrentarse en la primera escena, y aquí su absoluta falta de experiencia la llevó a cometer más de una equivocación palpable. El regidor intervino inmediatamente para corregirla, con un ansia que no había demostrado en ningún otro caso con los demás miembros de la compañía. En un momento dado, Magdalen tenía que hacer una pausa y dar una vuelta por el escenario; lo hizo. En otro, debía detenerse, menear la cabeza y mirar al público con insolencia; lo hizo. Cuando sacara el papel para leer la lista de los regalos que había recibido, ¿podía darle un golpecito con el dedo? (Sí.) ¿Podía leer los diferentes objetos lanzando al final de cada frase una mirada astuta y directa al patio de butacas? (Sí, directa al patio de butacas, y todo lo astuta que usted quiera.) El animado rostro del regidor se llenó de satisfacción. Se metió la obra bajo el brazo y aplaudió alegremente; los caballeros, apiñados entre bastidores, siguieron su ejemplo; las señoras se miraron unas a otras empezando a dudar si no habrían hecho mejor en dejar a la neófita en el retiro de la vida privada. Demasiado absorta en su trabajo sobre las tablas para prestar atención a ninguno de ellos, Magdalen pidió permiso para repetir el soliloquio y asegurarse de que había mejorado. Lo repitió de pe a pa, esta vez sin errores; el regidor celebró la atención dispensada a sus instrucciones con un estallido de aprobación profesional, que se le escapó a su pesar.

—¡Sabe seguir las indicaciones! —exclamó el hombrecillo con una sonora palmada sobre el libro del apuntador—. ¡Es una actriz nata, si es que ha habido alguna!

—Espero que no —dijo la señorita Garth para sus adentros, reemprendiendo la labor que había dejado caer sobre su regazo y mirándola con cierta perplejidad. Sus

peores temores sobre los resultados de la empresa teatral habían presagiado cierta ligereza de comportamiento con algunos de los caballeros; con aquello no había contado. En su calidad de joven irreflexiva, Magdalen era comparativamente fácil de manejar. En su carácter de actriz nata, amenazaba con plantear serias dificultades en el futuro. El ensayo prosiguió. Lucy regresó al escenario para sus escenas del segundo acto (el último en el que aparece) con sir Lucius y Fag. Aquí, una vez más, la inexperiencia la traicionó y, una vez más, su determinación al atacar y vencer sus propios errores asombró a todos. «¡Bravo!», profirieron los caballeros entre bastidores, cuando Magdalen enmendó con firmeza un error tras otro. «¡Ridículo! —exclamaron las señoras—, con un papel tan pequeño como el suyo». «¡Que Dios me perdone! —pensó la señorita Garth, aceptando de mala gana la opinión general—. Casi desearía que fuéramos papistas y tener un convento donde meterla mañana mismo.» Uno de los criados del señor Marrable entró en el teatro cuando la institutriz dejó escapar ese desesperado anhelo. Al momento envió al hombre entre bastidores con un mensaje: «La señorita Vanstone ha terminado su parte en el ensayo; pídale que venga aquí a sentarse conmigo». El criado regresó con una disculpa cortés: «Todo el afecto de la señorita Vanstone, y pide ser excusada; está apuntando al señor Clare». Le apuntó con tal resolución que Frank consiguió realmente decir su papel. Las interpretaciones de los otros caballeros fueron de una imbecilidad presuntuosa. La de Frank fue un grado mejor; era modesto en su incapacidad y salía ganando en comparación.

—Gracias a la señorita Vanstone —comentó el regidor, que había oído cómo le apuntaba Magdalen—. Ella ha sido su acicate. Vamos a desinflarnos mucho la noche de la representación, cuando caiga el telón tras el segundo acto y el público ya no la vea más. ¡Es una auténtica pena que no tenga un papel mejor!

—Es una auténtica bendición que no tenga que hacer más de lo que ya ha hecho —dijo la señorita Garth entre dientes, oyendo su comentario—. Tal como están ahora las cosas, no será fácil que la gente le haga perder la cabeza con sus aplausos. Estará fuera de la obra a partir del segundo acto, ¡es un consuelo!

No hay cabeza bien regulada que extraiga sus conclusiones con prisas; el entendimiento de la señorita Garth estaba bien regulado; por lo tanto, desde un punto de vista lógico, la señorita Garth no debería haber cedido a la debilidad de precipitarse en sus deducciones. Sin embargo, dadas las circunstancias, cometió ese error. En pocas palabras, la consoladora reflexión que había acudido a su pensamiento daba por supuesto que por fin la obra había sobrevivido a todos sus desastres para entrar en una carrera de triunfos largamente aplazada. La obra no había hecho nada parecido. Las desgracias y la familia Marrable no habían de separarse aún.

Cuando terminó el ensayo, nadie observó que la gruesa señora de la peluca

abandonaba la compañía por su cuenta, y cuando después la echaron de menos en la mesa del refrigerio que la hospitalidad del señor Marrable había dispuesto en una habitación cerca del teatro, nadie imaginó que hubiera una razón seria para su ausencia. Tuvieron que esperar a que las señoras y los caballeros se reunieran en el siguiente ensayo para comprender el verdadero alcance de la situación. No hubo Julia alguna a la hora prevista. La señora Marrable se acercó al escenario en su lugar con aire sombrío y una carta abierta en la mano. Era por naturaleza una dama de una educación exquisitamente afable, dueña de todos y cada uno de los amables convencionalismos de la lengua inglesa, pero desastres y dramáticas influencias se habían combinado de tal manera que incluso aquella inofensiva matrona hubo de perder finalmente los papeles. Por primera vez en su vida, la señora Marrable se permitió gesticular con vehemencia y utilizar un lenguaje subido de tono. Extendió el brazo en toda su longitud para entregar la carta a su hija con gran severidad.

—Querida —dijo con espantoso aplomo—, nos persigue una maldición. —Antes de que la atónita compañía teatral pudiera pedir explicaciones, dio media vuelta y abandonó la estancia. El ojo profesional del regidor la siguió con una mirada respetuosa; parecía aprobar el mutis desde un punto de vista teatral.

¿Qué nueva desgracia había caído sobre la obra? La última y peor de todas ellas la había asaltado. La señora corpulenta había renunciado a su papel.

Lo había hecho sin malicia. Su corazón, que había estado en el lugar adecuado desde el principio, seguía ocupándolo inflexiblemente. Su explicación de las circunstancias así lo demostraba al menos. La carta empezaba con una declaración: Durante el último ensayo, había oído (de un modo totalmente casual) comentarios personales de los que ella era objeto. Quizá se referían a ella o quizá no, a sus cabellos y su... figura. No quería afligir a la señorita Marrable repitiéndolos. Tampoco quería mencionar nombres, porque ella no era dada a echar leña al fuego. Su amor propio le dictaba un único camino y era el de renunciar a su papel. Lo adjuntaba por tanto a la carta, disculpándose profusamente por el atrevimiento de acometer un personaje joven con lo que un caballero se había complacido en llamar su edad y con lo que dos señoras habían tenido la grosería de calificar como sus cabellos y su figura inconvenientes. Sin duda hallarían fácilmente una intérprete más joven y más atractiva para Julia. Mientras tanto, todas las personas involucradas tenían su perdón incondicional, a lo que tan sólo rogaba que le permitieran añadir sus mejores y más afectuosos deseos sobre el éxito de la función.

Cuatro noches quedaban para que se representara la obra. Si alguna vez una empresa humana necesitó de buenos deseos para ser llevada a cabo, ¿no cabe duda de que esa empresa era la función teatral en Evergreen Lodge!

Se dio permiso para colocar una butaca en el escenario; en ella se desplomó la señorita Marrable, preámbulo de un ataque de histeria. Magdalen se acercó a la

primera convulsión, le arrancó la carta de la mano y detuvo la inminente catástrofe.

—Es una vieja fea, calva y malévola —dijo Magdalen, rompiendo la carta en pedazos y arrojándolos sobre las cabezas de los presentes—. Pero una cosa puede dar por segura, no va a arruinar la función. Yo haré de Julia.

—¡Bravo! —profirió el coro de caballeros, siendo el anónimo caballero que había contribuido al desaguizado (es decir, el señor Francis Clare) el más ruidoso de todos.

—Si quieren saber la verdad, no me asusta admitirlo —continuó Magdalen—. Yo soy una de las señoras a las que se refiere. Yo dije que tenía la cabeza como una fregona y la cintura como una columna, y es cierto.

—Yo soy la otra señora —añadió la pariente solterona—. Pero sólo dije que era demasiado corpulenta para el papel.

—Yo soy el caballero —intervino Frank, acicateado por la fuerza del ejemplo—. No dije nada, me limité a mostrarme de acuerdo con las señoras.

Aquí la señorita Garth aprovechó la oportunidad para dirigirse al escenario en voz alta desde el patio de butacas.

—¡Basta!, ¡basta! —dijo—. Ésta no es manera de resolverlo. Si Magdalen hace de Julia, ¿quién hará de Lucy?

La señorita Marrable volvió a desplomarse en la butaca y se vio sacudida por una segunda convulsión.

—¡Tonterías! —exclamó Magdalen—, es bien sencillo. Yo haré de Julia y de Lucy a la vez.

Se consultó al regidor de inmediato. Los únicos cambios de importancia, necesarios para realizar el proyecto de Magdalen, parecían limitarse a suprimir la primera entrada de Lucy y convertir el corto diálogo sobre las novelas en un soliloquio de Lydia Languish. Las dos escenas en las que hablaba Lucy al final del primero y segundo actos estaban lo suficientemente alejadas de las escenas en las que aparecía Julia, para dar tiempo a las necesarias transformaciones de atuendo. Ni siquiera la señorita Garth pudo oponer nuevos obstáculos, pese a sus denodados esfuerzos por encontrarlos. La cuestión se resolvió en cinco minutos y el ensayo prosiguió con Magdalen aprendiendo las posiciones de Julia en el escenario, libro en mano. Más tarde, durante el camino de vuelta a casa, anunció que tenía la intención de permanecer levantada toda la noche para estudiar su nuevo papel. Inmediatamente Frank expresó su temor de que a Magdalen no le quedara tiempo para ayudarle a superar sus dificultades teatrales. Ella le dio coquetamente unos golpecitos en el hombro con su papel.

—Tonto, más que tonto, ¿cómo voy a arreglármelas sin ti? Tú eres el amante celoso de Julia, el que siempre está haciéndola llorar. Ven esta noche y hazme llorar a la hora de la cena. Ahora ya no tienes que actuar con una malévola vieja con peluca. Es mi corazón el que tienes que romper y, por supuesto, yo te enseñaré a hacerlo.

El intervalo de cuatro días transcurrió ajetreadamente en ensayos continuos, públicos y privados. Llegó la noche de la función; los invitados se congregaron; el gran experimento dramático se acercaba a la hora de la verdad. Magdalen había aprovechado al máximo sus oportunidades; había aprendido cuanto el regidor había podido enseñarle en aquel tiempo. La señorita Garth la dejó cuando se inició la obertura para sentarse aparte en un rincón entre bastidores, seria y silenciosa, con su frasco de sales en una mano y su libreto en la otra, preparándose resueltamente para soportar la dura prueba que se avecinaba hasta el final.

La obra dio comienzo con el acompañamiento propio de una función teatral en un círculo privado: con una apretujada multitud, una temperatura africana, el estallido de los cristales recalentados de las lámparas y dificultades para subir el telón. Fag y el cochero, que abrieron la escena, se despidieron de su memoria en cuanto pisaron el escenario; olvidaron la mitad del diálogo; se detuvieron en seco; el invisible regidor les instó a «hacer mutis», y mutis hicieron, más tristes y sabios en todos los aspectos que cuando empezaron. La siguiente escena reveló a la señorita Marrable como Lydia Languish, graciosamente sentada, muy guapa, elegantemente vestida y dueña sin la menor vacilación de cada una de sus frases; poseedora, en suma, de todo tipo de recursos personales, excepto el de la voz. Las damas la admiraron, los caballeros aplaudieron. Nadie oyó nada, salvo las palabras: «Hable más alto, señorita», susurradas por la misma voz que había incitado antes a Fag y al cochero a «hacer mutis». En respuesta, unas risas disimuladas surgieron entre los espectadores más jóvenes, contenidas rápidamente por magnánimos aplausos. El público empezaba a caldearse, pero aún no habían perdido el sentido nacional del juego limpio.

A mitad de la representación, Magdalen hizo tranquilamente su primera entrada como Julia. Vestía de modo muy sencillo en tonos oscuros, y sin peluca; se habían reservado todos los complementos y alteraciones escénicas (excepto un levísimo toque de *rouge* en las mejillas) para disfrazarla de manera más efectiva en su segundo papel. La gracia y simplicidad de su atuendo, el firme dominio de sí misma con el que contempló los rostros ansiosos alzados hacia ella, arrancaron un murmullo de aprobación expectante. Magdalen habló (tras contener un temblor momentáneo) expresándose con una claridad total que llegó a todos los oídos y que confirmó de inmediato la impresión favorable que su aparición había producido. El único miembro del público que la miró y escuchó con frialdad fue su hermana mayor. Antes de que la estrella de la función llevara más de cinco minutos en escena, Norah había detectado con asombro indescriptible que Magdalen había individualizado audazmente la débil afabilidad del carácter de Julia inspirándose nada menos que en ella misma como modelo. Norah vio tantas pequeñas peculiaridades de sus propios modales y movimientos reproducidos desvergonzadamente, e incluso el tono de su

voz tan bien imitado de vez en cuando, que se sobresaltó a veces creyendo que se oía hablar a sí misma y que el eco le respondía desde el escenario. El efecto que esta fría apropiación de la identidad de Norah con fines teatrales causó en el público (que sólo veía los resultados) se manifestó en un estallido de aplausos con el mutis de la nueva actriz. Magdalen había obtenido dos triunfos incontestables en su primera escena. Mediante una diestra imitación, había convertido en una realidad viva uno de los personajes más insípidos de la producción teatral inglesa; y había entusiasmado a un público de doscientos exiliados de las bendiciones del aire puro que hervían juntos en su propio calor animal. En estas circunstancias, ¿dónde está la actriz profesional que lo hubiera hecho mejor?

Pero el acontecimiento de la noche aún estaba por llegar. La reaparición de Magdalen disfrazada al final del acto, representando a Lucy —con peluca, cejas postizas, el cutis maquillado y las mejillas coloradas, un vestido que ostentaba los colores más llamativos y una vivacidad chillona en la voz y en las maneras—, dejó al público boquiabierto. Todos repasaron el programa, en el que la intérprete de Lucy figuraba con un nombre supuesto, volvieron a mirar el escenario, vieron más allá del disfraz y dieron rienda suelta a su asombro con otra salva de aplausos, más sonoros y sinceros incluso que los anteriores. Ni siquiera Norah pudo negar esta vez que su hermana merecía aquel tributo. Allí, abriéndose paso con seguridad pese a los defectos de la inexperiencia; allí, claramente visible incluso para el espectador más torpe, se hallaba la rara facultad de la interpretación, manifestándose en cada una de las miradas y acciones de aquella joven de dieciocho años, que pisaba las tablas por primera vez en su vida. Aun fracasando en muchos requisitos menores de la doble tarea emprendida, triunfó en la necesidad más importante de mantener las diferencias principales entre los dos personajes. Todos comprendieron que la mayor dificultad estaba ahí; todos vieron esa dificultad superada; todos se hicieron eco del entusiasmo del regidor durante los ensayos, que la había aclamado como actriz nata.

Cuando el telón cayó por primera vez, Magdalen había concentrado en su persona todo el interés y la atracción de la obra. El público aplaudió cortésmente a la señorita Marrable, como correspondía a los huéspedes reunidos en su casa, y animó al resto de la compañía con buen humor, queriendo ayudarlos a realizar una tarea para la que todos eran, en mayor o menor grado, manifiestamente incapaces. Pero, a medida que se desarrollaba la obra, nada despertaba una auténtica expresión de interés si Magdalen estaba fuera de escena. No había modo de disfrazar los hechos: la señorita Marrable y sus amigos íntimos habían sido arrojados a la sombra sin remisión por culpa de la más reciente incorporación, a la que habían invitado a ayudarlos como última esperanza. ¡Y todo ello ocurría en el cumpleaños de la señorita Marrable!, ¡y en la casa de su padre!, ¡y después de seis semanas de indescriptibles sacrificios! De todos los desastres domésticos que la inclemente función teatral había infligido a la

familia Marrable, el éxito de Magdalen fue el colmo de las desgracias.

Al concluir la obra, la señorita Garth dejó al señor Vanstone y a Norah entre los invitados del comedor y fue entre bastidores, en apariencia impaciente por comprobar si podía ser de utilidad; dispuesta, en realidad, a averiguar si a Magdalen se le había subido el triunfo a la cabeza. No se habría sorprendido de descubrir a su pupila en el acto de llegar a un acuerdo con el regidor para una actuación inminente en un teatro público. Lo cierto es que encontró a Magdalen en el escenario, recibiendo con sonrisas corteses una tarjeta que el regidor le ofrecía con una inclinación de cabeza muy profesional. Notando la mirada muda e inquisitiva de la señorita Garth, aquel amable hombrecillo se apresuró a explicar que la tarjeta era suya y que simplemente pedía a la señorita Vanstone el favor de su recomendación en cualquier oportunidad futura.

—Ésta no es la última vez que nuestra joven señorita participará en una función teatral privada, yo respondo de ello —dijo el regidor—. Y si se necesita un supervisor en la próxima ocasión, ha tenido la amabilidad de prometerme que hablará bien de mí. En esa dirección saben siempre dónde encontrarme, señorita. —Diciendo estas palabras, volvió a inclinarse y desapareció discretamente.

Vagas sospechas asaltaron el pensamiento de la señorita Garth, impulsándola a insistir en ver la tarjeta. Jamás había cambiado de manos un pedazo de cartulina más inofensivo. La tarjeta no contenía más que el nombre del regidor y, debajo, el nombre y la dirección de un agente teatral de Londres.

—No vale la pena guardarla —dijo la señorita Garth.

Magdalen le cogió la mano antes de que pudiera tirar la tarjeta, se apoderó de ella al instante y se la metió en el bolsillo.

—He prometido recomendarle —dijo—, y ésa es una razón para guardar esta tarjeta. Cuando menos me recordará la noche más feliz de mi vida, y ésa es otra. ¡Vamos! —exclamó, abrazando a la señorita Garth con euforia—, ¡felicítame por mi éxito!

—Te felicitaré cuando lo hayas superado —dijo la señorita Garth. Media hora más tarde Magdalen se había cambiado de vestido para unirse a los invitados y elevarse a una nube de felicitaciones, lejos del alcance de cualquier influencia y control que la señorita Garth pudiera ejercer sobre ella. Frank, lento en todas sus acciones, fue el último de la compañía teatral en abandonar la zona del escenario. No hizo esfuerzo alguno por acercarse a Magdalen en el comedor, pero estaba preparado en el vestíbulo, con su capa en las manos, cuando se pidieron los carruajes y la velada concluyó.

—¡Oh, Frank! —dijo ella, mirando hacia atrás mientras él le ponía la capa sobre los hombros—. ¡Siento tanto que se haya acabado todo! Ven mañana por la mañana y charlaremos de todo esto los dos solos.

—¿En la arboleda a las diez? —preguntó Frank en un susurro.

Magdalen se echó la capucha de la capa sobre la cabeza y asintió alegremente. La señorita Garth, que estaba cerca, observó las miradas que se intercambiaron, aun cuando el ruido que hacían los invitados al partir le impidió oír las palabras. Había una dulce ternura implícita en la fingida actitud bulliciosa de Magdalen; había una súbita seriedad en su rostro, una soltura confidencial en su mano, cuando se colgó del brazo de Frank y salió para subir al carruaje. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso su interés pasajero por él, como pupilo en el arte dramático, había plantado traicioneramente la semilla de un interés más profundo en Frank, como hombre? ¿Acaso el frívolo entretenimiento teatral tendría que responder, una vez terminado, de resultados más graves que una dañina pérdida de tiempo? Las arrugas del rostro de la señorita Garth se hicieron más profundas y duras; permaneció inmóvil, perdida en medio de la multitud que revoloteaba alrededor de ella. Le vino a la memoria la advertencia de Norah, dirigida a la señora Vanstone en el jardín, y entonces, por primera vez, se le ocurrió la idea de que Norah había sabido ver las auténticas consecuencias.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente temprano, la señorita Garth y Norah se encontraron en el jardín y hablaron en privado. El único resultado visible de esta conversación, cuando se presentaron en la mesa del desayuno, fue el marcado silencio que ambas mantuvieron sobre el tema de la representación teatral. Todo lo que la señora Vanstone oyó sobre el entretenimiento de la velada se lo debió enteramente a su marido y a su hija menor. Era evidente que la institutriz y la hija mayor habían resuelto olvidar ese asunto.

Después del desayuno, Magdalen no se contaba entre las señoras que se reunieron en la salita como de costumbre. Sus hábitos eran tan irregulares que la señora Vanstone no se sorprendió ni sintió inquietud alguna por su ausencia. La señorita Garth y Norah intercambiaron una mirada de entendimiento y aguardaron en silencio. Transcurrieron dos horas, y Magdalen seguía sin aparecer. Norah se levantó cuando el reloj daba las doce y abandonó la habitación sin decir nada para ir en su busca.

No estaba arriba quitándole el polvo a sus joyas y desordenando sus vestidos. No estaba en el invernadero ni en el jardín; no estaba en la cocina chanceándose de la cocinera, ni en el patio jugando con los perros. ¿Por ventura había salido con su padre? En la mesa del desayuno, el señor Vanstone había expresado su intención de realizar una visita matinal a su viejo amigo, el señor Clare, y de despertar la indignación sarcástica del filósofo con el relato de la representación teatral. Ninguna de las otras señoras de Combe-Raven se aventuraba jamás a ir a la casa del señor Clare, pero la irreflexiva Magdalen era capaz de cualquier cosa, y quizá se encontrara allí. La idea se le ocurrió cuando se adentraba por el sendero de la arboleda.

En el segundo recodo, donde el sendero entre los árboles se alejaba serpenteando y no se veía ya desde la casa, Norah se encontró de repente cara a cara con Magdalen y Frank; paseaban cogidos del brazo, con las cabezas muy juntas, aparentemente conversando en susurros, y parecían sospechosamente hermosos y felices. Ambos se sobresaltaron cuando apareció Norah y detuvieron sus pasos. Frank alzó el sombrero con aire aturdido y dio media vuelta en dirección a la casa de su padre. Magdalen avanzó para reunirse con su hermana, balanceando despreocupadamente su sombrilla cerrada, tarareando despreocupadamente la melodía de la obertura que la víspera había precedido a la subida del telón.

—¡La hora de comer ya! —dijo, consultando su reloj—. No es posible.

—¿Habéis estado tú y el señor Francis Clare solos en la arboleda desde las diez?
—preguntó Norah.

—¡El señor Francis Clare! Qué ridículamente formal eres. ¿Por qué no le llamas Frank?

—Te he hecho una pregunta, Magdalen.

—¡Dios mío, qué sombría estás esta mañana! Supongo que he caído en desgracia. ¿Aún no me has perdonado por mi actuación de anoche? No pude evitarlo, cariño; no habría conseguido hacer nada con Julia si no te hubiera tomado como modelo. Es una mera cuestión artística. Yo en tu lugar me hubiera sentido halagada por la elección.

—Yo, en el tuyo, Magdalen, me lo hubiera pensado dos veces antes de imitar a mi hermana delante de un público compuesto por desconocidos.

—Precisamente por eso lo hice, porque eran desconocidos. ¿Cómo iban a saberlo? ¡Vamos, vamos!, no te enfades. Eres ocho años mayor que yo, deberías darme ejemplo de buen humor.

—Te daré ejemplo de hablar con franqueza. ¡No tengo palabras para expresar cuánto siento encontrarte aquí, Magdalen, como acabo de encontrarte!

—¿Qué vendrá ahora?, me pregunto. Me has encontrado en la arboleda de casa, charlando sobre una función privada con mi viejo compañero de juegos, al que conozco desde que no era más alta que esta sombrilla. Y eso es una indecencia manifiesta, ¿no? *Honi soit qui mal y pense*. Hace un momento querías una respuesta, ahí la tienes, querida, en el más selecto francés normando.

—Hablo en serio, Magdalen...

—No lo dudo. Nadie puede acusarte de que estés de broma alguna vez.

—Lamento seriamente...

—¡Dios mío!

—Es completamente inútil que me interrumpas. Mi conciencia me dicta que te diga, y te lo diré, que lamento ver la forma en que está aumentando vuestra intimidad. Lamento ver que se ha establecido ya un entendimiento secreto entre el señor Francis Clare y tú.

—¡Pobre Frank! Cómo debes de odiarle. ¿Qué rábanos te ha hecho para ofenderte tanto?

El dominio que tenía Norah de sí misma empezaba a flaquear. Sus morenas mejillas enrojecieron, sus delicados labios temblaron antes de que volviera a hablar. Magdalen prestaba más atención a su sombrilla que a su hermana. La lanzó al aire y la atrapó.

—¡Uno! —dijo, y volvió a lanzarla—. ¡Dos! —Y la lanzó aún más alto—. ¡Tres! —Antes de que pudiera recogerla por tercera vez, Norah la aferró impetuosamente por el brazo y la sombrilla cayó al suelo entre las dos.

—Eres cruel conmigo —dijo—. ¡Qué vergüenza, Magdalen, qué vergüenza!

El estallido incontenible de una naturaleza reservada, obligada a una franca agresividad a su pesar, es, de todas las fuerzas morales, la más difícil de resistir. Magdalen calló, sorprendida. Por un momento, las dos hermanas, tan extrañamente distintas en carácter y en apariencia, se miraron cara a cara sin que mediara palabra entre ellas. Por un momento, los oscuros ojos castaños de la mayor y los claros ojos

grises de la más joven se escudriñaron fijamente sin que ninguna de las dos cediera. El rostro de Norah fue el primero en cambiar; la cabeza de Norah fue la primera en volverse. Norah dejó caer en silencio el brazo de su hermana. Magdalen se agachó y recogió su sombrilla.

—Intento controlar mi genio —dijo—, y me llamas cruel por ello. Siempre has sido dura conmigo y siempre lo serás.

Norah enlazó con fuerza sus temblorosas manos.

—¡Dura contigo! —dijo en tono bajo y lastimero, y suspiró amargamente.

Magdalen se echó hacia atrás y limpió de polvo la sombrilla de forma mecánica con el bajo de su capa de paseo.

—¡Sí! —prosiguió obstinadamente—. Dura conmigo y dura con Frank.

—¡Frank! —repitió Norah, avanzando hacia su hermana y palideciendo tan repentinamente como antes había enrojecido—. ¿Hablas de Frank y de ti como si vuestros intereses ya fueran uno solo? ¡Magdalen! Si te hiero a ti, ¿lo hiero también a él? ¿Tan cercano y tan querido es para ti?

Magdalen retrocedió más y más. La capa se le enganchó en la rama de un árbol cercano. Se volvió con irritación, quebró la rama y la arrojó al suelo.

—¿Qué derecho tienes a interrogarme? —espetó de pronto—. ¿Qué te importa a ti si me gusta o no me gusta Frank? —Diciendo estas palabras avanzó de repente para pasar junto a su hermana de vuelta a la casa.

Cada vez más pálida, Norah le cerró el paso.

—Si te retengo a la fuerza —dijo—, te detendrás y me oirás. He observado a Francis Clare; lo conozco mejor que tú. Es indigno de que pienses seriamente en él ni por un momento; es indigno del interés de nuestro querido y bondadoso padre. Un hombre con unos mínimos principios, con honor, con sentido de la gratitud, no hubiera vuelto como ha vuelto él, deshonorado. ¡Sí!, deshonorado por la falta de energía y la negligencia demostradas en el cumplimiento de su deber. Observé su rostro mientras el amigo que ha sido más que un padre para él le consolaba y le perdonaba con una bondad que no merecía; observé su rostro, y no vi vergüenza ni congoja en él; no vi nada más que una expresión de alivio insensible y desagradecido. Es un egoísta, es un ingrato, carece de generosidad, tiene sólo veinte años y muestra ya los peores defectos de un viejo mezquino. Y ése es el hombre con el que te encuentro citada en secreto, ¡el hombre que ha conseguido hasta tal punto hacerse con tu favor que te ha vuelto sorda a la verdad sobre él, incluso de mis propios labios! ¡Magdalen!, esto acabará mal. ¡Por amor de Dios, piensa en lo que te he dicho y domínate antes de que sea demasiado tarde! —Se interrumpió, vehemente y sin aliento, y buscó con ansia la mano de su hermana.

Magdalen la miró con asombro no disimulado.

—Te portas de una forma tan violenta —dijo— y tan ajena a ti que no te

reconozco. Cuanto más paciente soy, más duras palabras recibo como recompensa a mis esfuerzos. Se ha adueñado de ti un odio perverso hacia Frank y sientes un enojo irracional hacia mí porque yo no le odio también. ¡Norah, no!, me haces daño en la mano.

Norah soltó su mano con desprecio.

—Jamás le haré daño a tu corazón —dijo, y de repente dio la espalda a su hermana mientras hablaba.

Se produjo una pausa momentánea. Norah se mantuvo en su posición. Magdalen la miró con perplejidad, vaciló, luego se alejó sola hacia la casa. Se detuvo en el recodo del sendero entre los árboles y miró hacia atrás con inquietud.

«¡Dios mío, Dios mío! —pensó—. ¿Por qué no se habrá ido Frank cuando se lo he dicho?» Vaciló y retrocedió unos cuantos pasos. «Ahí está Norah, insistiendo en su dignidad, tan obstinada como siempre.» Se detuvo de nuevo. «¿Qué será lo mejor? Odio las peleas; creo que haré las paces.» Se acercó a su hermana y la tocó en el hombro. Norah no se movió un ápice. «No se exalta a menudo —se dijo Magdalen, tocándola otra vez—, pero cuando lo hace, ¡cuánto le dura!»

—¡Vamos! —dijo—, dame un beso, Norah, y hagamos las paces. ¿No dejarás que me acerque a ninguna otra parte de ti más que a tu nuca, querida? Bueno, es un cuello muy bonito, merece más ser besado que el mío, ¡y ahí está el beso, mal que te pese!

Magdalen cogió a Norah con fuerza por detrás e hizo realidad sus palabras con una total indiferencia hacia todo lo ocurrido poco antes que su hermana estaba lejos de emular. Apenas hacía un minuto que el corazón de Norah había estallado en una intensa efusión, superando todos los obstáculos. ¿Había vuelto a enfriarla ya su helada reserva? Era difícil decirlo. No habló, no cambió de posición, tan sólo buscó su pañuelo precipitadamente. Cuando lo sacaba, se oyeron pasos acercándose desde la parte más densa de la arboleda. Un terrier escocés apareció correteando y una alegre voz cantó los primeros versos del coro en *Como gustéis*.

—¡Es papá! —exclamó Magdalen—. Ven, Norah. Vamos a buscarlo.

En lugar de seguir a su hermana, Norah se echó el velo de la pamelita sobre la cara, giró en dirección opuesta y volvió presurosa a la casa.

Allí corrió escaleras arriba hasta su dormitorio y se encerró en él. Lloraba amargamente.

CAPÍTULO VIII

Cuando Magdalen y su padre se encontraron en el sendero de la arboleda, el rostro del señor Vanstone dejaba traslucir que algo le había complacido desde que había abandonado su casa por la mañana. Respondió de inmediato a la pregunta que la curiosidad de su hija le dirigió comunicándole que acababa de visitar la pequeña casa del señor Clare y que, en aquel lugar tan poco prometedor, había recogido una noticia sorprendente para la familia de Combé-Raven.

Al entrar en el estudio del filósofo esa mañana, el señor Vanstone lo había hallado demorándose aún en su tardío desayuno con una carta abierta al lado en lugar del libro que, en otras ocasiones, tenía al alcance de la mano durante sus comidas. El señor Clare alzó la carta en cuanto su visitante entró en la estancia e inició la conversación bruscamente preguntando al señor Vanstone si estaba bien de los nervios y si se sentía lo bastante fuerte para la conmoción de una sorpresa abrumadora.

—¿Nervios? —repitió el señor Vanstone—. Gracias a Dios, que yo sepa a mis nervios no les pasa nada. Si tiene algo que decirme, con conmoción o sin ella, suéltelo sin más.

El señor Clare alzó un poco más la carta y frunció el entrecejo a su visitante desde el otro lado de la mesa del desayuno.

—¿Qué le he dicho siempre? —preguntó, con la expresión y las maneras más agrias y solemnes.

—Muchas más cosas de las que puedo conservar en la memoria —respondió el señor Vanstone.

—Y tanto en presencia de usted como sin usted delante —continuó el señor Clare —, siempre he sostenido que el fenómeno más importante de la sociedad moderna es... la enorme prosperidad de los tontos. Muéstreme a un tonto cualquiera y yo le mostraré una sociedad que dará a ese personaje altamente favorecido nueve oportunidades de cada diez y que, en la décima, hará rechinar los dientes ante el hombre más sabio que exista. Allá donde mire, en todos los grandes cargos hay siempre un asno, instalado fuera del alcance de todos los grandes intelectos de este mundo para que no puedan derribarlo. La imbecilidad complaciente es el soberano supremo que rige nuestro sistema social; apaga la luz inquisitiva de la inteligencia con total impunidad y ulula como una lechuza ante cualquier forma de protesta: «¡Fijaos en lo bien que nos desenvolvemos todos en la oscuridad!». Un día de éstos esa audaz afirmación será rebatida en la práctica y todo el podrido sistema de la sociedad moderna se desplomará con un estallido.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó el señor Vanstone, mirando en derredor como si el estallido estuviera a punto de producirse.

—¡Con un estallido! —repitió el señor Clare—. Ésa es mi teoría, en pocas palabras. Pasemos ahora a la notable aplicación de la misma, que esta carta sugiere. Ahí tenemos al patán de mi hijo...

—¡No me diga que Frank va a tener otra oportunidad! —exclamó el señor Vanstone.

—Ahí tenemos a ese bobo sin remisión de Frank —prosiguió el filósofo—. Jamás ha hecho nada en la vida para ayudarse a sí mismo y, como consecuencia necesaria, la sociedad trama una conspiración para encumbrarlo. Apenas ha tenido tiempo para echar por la borda esa oportunidad que le brindó usted cuando llega esta carta y pone la pelota a sus pies una segunda vez. Mi primo rico (que intelectualmente es digno de estar a la cola de la familia y, por lo tanto, claro está, se halla a su cabeza) ha tenido la amabilidad de recordar que existo y ha ofrecido sus influencias para ayudar a mi hijo primogénito. Lea esta carta y luego fíjese en la serie de acontecimientos. Mi primo rico es un bobo que medra con los bienes raíces; ha hecho algo para otro bobo que medra en política y que, a su vez, conoce a un tercer bobo que medra en el comercio y que puede hacer algo por un cuarto bobo, que por el momento no medra con nada, cuyo nombre es Frank. Así sigue girando la rueda. Así las mejores recompensas humanas las disfrutan los tontos en interminable sucesión. Mañana despacharé a Frank. A su debido tiempo, volverá a nuestras manos como un chelín falso; otras oportunidades se cruzarán en su camino como consecuencia necesaria de su meritoria imbecilidad. Pasarán los años, puede que yo no viva para verlo, ni tampoco usted; no importa, el futuro de Frank es igualmente cierto; métele en el ejército, en la Iglesia, la política, lo que prefiera, y deje que lo arrastre la corriente: acabará siendo general, obispo o ministro, gracias al gran mérito moderno de no hacer nada en absoluto para merecer ese puesto. —Con este resumen de las perspectivas mundanas de su hijo, el señor Clare arrojó la carta con desprecio al otro lado de la mesa y se sirvió otra taza de té.

El señor Vanstone leyó la carta con ávido interés y placer. Estaba escrita en un tono de cordialidad algo empalagoso, pero las ventajas prácticas que ofrecía a Frank estaban fuera de toda duda. El que escribía tenía medios para aprovechar el interés de un amigo en una gran firma mercantil de la City (un interés fuera de lo común), y había ejercido dicha influencia de inmediato en favor del primogénito del señor Clare. Frank sería recibido en la empresa en condiciones muy distintas a las de un vulgar oficinista; se le «daría un empujón» a la más mínima oportunidad, y la primera «cosa buena» que pudiera ofrecer la casa, tanto en el país como en el extranjero, se pondría a su disposición. Si poseía aptitudes y mostraba una cierta diligencia en aplicarlas, su fortuna estaba hecha, y cuanto antes fuera enviado a Londres para empezar, mejor para sus intereses.

—¡Qué maravillosa noticia! —exclamó el señor Vanstone, devolviendo la carta

—. Estoy encantado. Tengo que volver y contarlo en casa. Esta oportunidad es cincuenta veces mejor que la mía. ¿Qué demonios quería decir usted con eso de los abusos de la sociedad? La sociedad se ha portado extraordinariamente bien, en mi opinión. ¿Dónde está Frank?

—Escondido —dijo el señor Clare—. Una de las intolerables peculiaridades de los patanes es que siempre andan escondiéndose por ahí. No he visto a mi patán esta mañana. Si lo encuentra en alguna parte, déle un puntapié y dígame que quiero verle.

La opinión del señor Clare sobre los hábitos de su hijo podría haber sido expresada con mayor cortesía en su forma, pero en cuanto al contenido, resultó estar en lo cierto aquella mañana en particular. Tras dejar a Magdalen, Frank había aguardado entre los árboles a distancia segura con la esperanza de que abandonara la compañía de su hermana y volviera junto a él. La aparición del señor Vanstone inmediatamente después de la partida de Norah no le animó a mostrarse, sino que le resolvió a regresar a su casa. Volvió caminando con descontento, y así cayó en las garras de su padre, totalmente desprevenido ante el anuncio, por parte de tan formidable autoridad, de que partía para Londres.

Mientras tanto el señor Vanstone había comunicado la noticia, en primer lugar a Magdalen y luego, de vuelta en casa, a su esposa y a la señorita Garth. Era un hombre demasiado despistado para observar que Magdalen parecía extrañamente sobresaltada y la señorita Garth extrañamente aliviada por el anuncio de la buena fortuna de Frank. Charló sobre él sin recelar nada en absoluto, hasta que sonó la campana del almuerzo y entonces, por primera vez, notó la ausencia de Norah. Ésta envió recado abajo, cuando ya se habían sentado a la mesa, diciendo que un dolor de cabeza le impedía salir de su habitación. Cuando la señorita Garth subió poco después para comunicarle la noticia de Frank, cosa extraña, Norah no pareció demasiado aliviada al oírla. El señor Francis Clare se había ido ya en una ocasión anterior (señaló) y había regresado. Podía volver de nuevo, y antes de lo que ellos creían. No dijo más sobre ese tema; no hizo referencia a lo que había ocurrido en la arboleda. Su inquebrantable reserva parecía haberse fortalecido desde su arrebato de la mañana. Se encontró con Magdalen más tarde como si nada hubiera ocurrido; no se produjo reconciliación formal entre ellas. Una de las peculiaridades de Norah era que huía de reconciliaciones ratificadas abiertamente y se refugiaba con timidez en las reconciliaciones silenciosas e implícitas. Magdalen comprendió, por su expresión y su actitud, que su hermana había hecho su primera y última protesta. Fuera por orgullo, malhumor, o poca confianza en sí misma, o porque desesperara de obtener algún bien, el resultado no ofrecía lugar a dudas: Norah había decidido seguir siendo pasiva en el futuro.

Esa tarde, el señor Vanstone sugirió un paseo en coche a su hija mayor como el mejor remedio para su dolor de cabeza. Ella aceptó de buena gana acompañar a su

padre, quien propuso entonces, como de costumbre, que Magdalen fuera con ellos. No la encontraron por ninguna parte. Por segunda vez aquel día se había adentrado sola en los jardines. En esta ocasión la señorita Garth —que, tras adoptar las opiniones de Norah, había pasado del extremo de no hacer el más mínimo caso a Frank al otro extremo de creerle capaz de planear una fuga en cinco minutos— se ofreció a salir inmediatamente y hacer todo lo posible por encontrar a la joven desaparecida. Tras una prolongada ausencia, volvió sin éxito, con la absoluta certeza de que Magdalen y Frank se habían encontrado en secreto en alguna parte, pero sin haber descubierto el menor indicio que confirmara sus sospechas. Para entonces el carruaje se hallaba en la puerta y el señor Vanstone no deseaba esperar más. Él y Norah se fueron juntos, y la señora Vanstone y la señorita Garth se sentaron en casa con sus respectivas labores.

Media hora más tarde Magdalen entró en la habitación tranquilamente. Estaba pálida y deprimida. Recibió las reconvenciones de la señorita Garth con cansada distracción; explicó con indiferencia que había estado deambulando por el bosque; eligió unos libros y volvió a dejarlos; suspiró con impaciencia y subió a su habitación.

—Creo que Magdalen está acusando la reacción de ayer —dijo la señora Vanstone serenamente—. Es tal como pensábamos. Ahora que se ha terminado la diversión teatral, le preocupa que no haya más.

Se presentaba aquí la oportunidad de iluminar a la señora Vanstone con la luz de la verdad, demasiado favorable para desperdiciarla. La señorita Garth consultó con su conciencia, vio la ocasión y la aprovechó al punto.

—Olvida —dijo— que cierto vecino nuestro se marcha mañana. ¿Le digo la verdad? Magdalen está preocupada por la partida de Francis Clare.

La señora Vanstone alzó la vista de su labor con una leve sonrisa de sorpresa.

—No es posible —dijo—. Es natural que Frank se sienta atraído por Magdalen, pero no creo que Magdalen corresponda a ese sentimiento. Frank es tan distinto a ella, tan tranquilo y reservado, tan aburrido e incapaz, pobrecillo, en algunas cosas... Es apuesto, lo sé, pero es tan completamente distinto a Magdalen que no lo creo posible, desde luego que no.

—¡Mi querida y buena señora! —exclamó la señorita Garth con gran asombro—, ¿supone de verdad que las personas se enamoran unas de otras por las similitudes de su carácter? En la gran mayoría de los casos es justamente lo contrario. Los hombres se casan con las últimas mujeres, y las mujeres con los últimos hombres, que sus amigos hubieran creído posible que les gustaran. Ninguna frase acude con mayor frecuencia a nuestros labios que ésta: «¿Qué le habrá encontrado el señor Tal a esa mujer para casarse con ella?», o «¿Cómo ha podido la señora Tal echarse a perder casándose con ese hombre?». ¿Todavía no le ha enseñado toda su experiencia del

mundo que las chicas se encaprichan obcecadamente de hombres que son totalmente indignos de ellas?

—Muy cierto —dijo la señora Vanstone serenamente—. Lo había olvidado. Aun así, parece inexplicable, ¿no cree?

—¡Inexplicable, porque ocurre todos los días! —exclamó la señorita Garth en tono de chanza—. Conozco a muchas personas excelentes que argumentan en contra de esta experiencia evidente del mismo modo que leen los periódicos por la mañana y niegan por la noche que la vida moderna ofrezca romanticismo alguno sobre el que puedan trabajar escritores o pintores. En serio, señora Vanstone, le doy mi palabra, gracias a esa desdichada función teatral Magdalen está siguiendo con Frank el mismo camino que muchas jovencitas han recorrido antes que ella. Frank es completamente indigno de ella; es, casi en todos los aspectos, su opuesto, y por esa misma razón, sin saberlo, se ha enamorado de él. Magdalen es decidida e impetuosa, inteligente y dominante; no es una de esas mujeres modélicas que quieren un hombre a quien respetar y que las proteja; su pretendiente ideal (aunque quizá ella no lo haya pensado) es un hombre al que pueda dominar. ¡Bueno!, es un consuelo que haya hombres mucho mejores, incluso de esa índole, que Frank. Es una suerte que se vaya antes de que tengamos que inquietarnos más por ellos y de que el daño sea irreparable.

—¡Pobre Frank! —dijo la señora Vanstone con una sonrisa compasiva—. Lo conocemos desde que iba en pantalón corto y Magdalen llevaba delantales. No nos rindamos todavía con él. Puede que lo haga mejor esta segunda vez.

La señorita Garth alzó la vista, atónita.

—Y suponiendo que lo haga mejor —dijo—, ¿qué pasará?

La señora Vanstone cortó un hilo suelto de su labor y rió de buena gana.

—Mi buena amiga —dijo—, hay un viejo proverbio que nos recomienda no vender el choto antes de parir la cabra. Esperemos un poco antes de vender el nuestro.

No era fácil hacer callar a la señorita Garth cuando ésta hablaba bajo la influencia de una firme convicción, pero esta réplica selló sus labios. Reanudó su labor y pensó cosas inexpresables que se reflejaron en su fisonomía.

El comportamiento de la señora Vanstone era ciertamente extraordinario en aquellas circunstancias. Por un lado se encontraba una joven —con un gran atractivo personal, con perspectivas pecuniarias poco habituales, con una posición social que hubiera justificado la propuesta de matrimonio del mejor caballero de la vecindad— arrojándose tercamente en brazos de un joven perezoso sin dinero, que había fracasado en su primer comienzo en la vida y que, aun triunfando en su segundo intento, no se hallaría en los años venideros en posición de casarse con una señorita de fortuna en condiciones de igualdad. ¡Y por el otro, se encontraba la madre de la joven, libre de toda angustia ante la perspectiva de una unión que estaba lejos de ser

deseable, por no decir otra cosa, y que no estaba segura en absoluto, a juzgar por sus propias palabras y expresiones, de que el matrimonio entre la hija del señor Vanstone y el hijo del señor Clare no fuera un resultado para la intimidad entre los dos jóvenes tan satisfactorio como los padres de ambos pudieran haber deseado! Era muy desconcertante. Era casi tan incomprensible como aquel otro misterio —el misterio ya olvidado— del viaje a Londres.

Frank hizo su aparición por la noche y anunció que su padre le había sentenciado cruelmente a abandonar Combe-Raven en el tren parlamentario ^[7]de la mañana siguiente. Mencionó esta circunstancia con un aire de resignación sentimental y escuchó las ruidosas expresiones de júbilo del señor Vanstone acerca de sus nuevos proyectos con una leve y silenciosa sorpresa. La suave melancolía de esta actitud aumentó considerablemente sus encantos personales. A su modo afeminado, estaba más apuesto que nunca aquella noche. Sus dulces ojos castaños vagaron por la habitación con una inefable ternura; llevaba los cabellos bellamente peinados; sus delicadas manos colgaban de los brazos de la silla con gracia lánguida. Parecía un Apolo convaleciente. Jamás en ninguna ocasión anterior había practicado con mayor éxito el arte social que solía cultivar: el arte de presentarse en sociedad en el papel de un íncubo bien educado y hacer que sus congéneres se sintieran agradecidos por permitirles sentarse a sus pies. Fue innegablemente una velada aburrida. El señor Vanstone y la señorita Garth llevaron todo el peso de la conversación. La señora Vanstone acostumbraba guardar silencio; Norah se mantenía obstinadamente en un segundo término; Magdalen estaba más callada y menos efusiva que en ninguna otra ocasión precedente. Se mantuvo tensa y en guardia desde el comienzo hasta el fin. Las pocas miradas significativas que lanzó a Frank cayeron sobre él como relámpagos y se esfumaron antes de que ningún otro pudiera verlas. Incluso cuando le llevó el té, y cuando, al hacerlo, perdió el dominio de sí misma ante la tentación que ninguna mujer puede resistir —la tentación de tocar al hombre que ama—, incluso entonces, sostuvo el platillo con tal destreza que éste ocultó su mano. El dominio que Frank tenía de sí mismo era mucho menos disciplinado; sólo duró mientras permaneció pasivo. Cuando se levantó para marcharse, cuando notó la cálida presión de los dedos de Magdalen ciñéndole la mano y el rizo de cabellos que deslizó en ella en aquel momento, se volvió torpe y confuso. Hubiera traicionado a Magdalen y a sí mismo de no ser por el señor Vanstone, que cubrió su retirada con toda la inocencia del mundo acompañándole afuera sin dejar de palmearle el hombro.

—¡Que Dios te bendiga, Frank! —exclamó la voz amiga que jamás tenía una nota áspera para nadie—. Te aguarda la fortuna. Ve, muchacho, ve y conquístala.

—Sí —dijo Frank—. Gracias. Será bastante difícil llegar y conquistarla, al

principio. Por supuesto, como usted siempre me ha dicho, es deber de un hombre vencer sus dificultades y no hablar de ellas. Al mismo tiempo, desearía no sentirme tan inseguro a la hora de hacer cuentas. Es descorazonador sentirse inseguro a la hora de hacerlas. Oh, sí, escribiré para decirle qué tal me va. Le estoy muy agradecido por su amabilidad y lamento mucho no haber tenido éxito con la ingeniería. Creo que me habría gustado más la ingeniería que el comercio. Ahora ya no tiene remedio, ¿no? Gracias de nuevo. Adiós.

De este modo se alejó para adentrarse en un nebuloso futuro comercial, tan perdido, tan pusilánime, tan caballero como siempre.

CAPÍTULO IX

Transcurrieron tres meses. Durante ese tiempo, Frank permaneció en Londres desempeñando sus deberes y escribiendo de vez en cuando para informar al señor Vanstone, como había prometido.

Sus cartas no demostraban entusiasmo alguno por la profesión mercantil. Seguía manifestándose lamentablemente inseguro en sus cuentas. También estaba más convencido que nunca —cuando por desgracia era ya demasiado tarde— de que prefería la ingeniería al comercio. Pese a esta convicción; pese a los dolores de cabeza causados por permanecer sentado en un taburete alto, agachado sobre libros de contabilidad y en un ambiente malsano; pese a la ausencia de vida social, y a los desayunos apresurados, y las malas comidas en *chop-houses* [8], acudía regularmente a la oficina y su diligencia en el pupitre era infatigable. Remitía al señor Vanstone al jefe del departamento en el que trabajaba si aquél deseaba corroborar estas afirmaciones. Tal era el tono general de sus cartas, y el destinatario de éstas y el padre de Frank discrepaban sobre ellas de manera tan radical como de costumbre. El señor Vanstone las aceptaba como pruebas del firme progreso de ciertos principios de amor al trabajo en el que las escribía. El señor Clare adoptó su característico punto de vista opuesto.

—Estos hombres de Londres —dijo el filósofo— no dejan que los patanes les tomen el pelo. Tienen cogido a Frank por el pescuezo, él no puede desasirse y convierte en mérito el haber cedido ante la pura necesidad.

El intervalo de tres meses de prueba para Frank en Londres pasó con menor animación de lo habitual entre los habitantes de Combe-Raven.

A medida que se acercaba el verano y pese a denodados esfuerzos por dominar su estado de ánimo, la señora Vanstone se hallaba cada vez más deprimida.

—Hago todo lo posible —comentó a la señorita Garth—; doy ejemplo de alegría a mi marido y a mis hijas, pero temo que llegue el mes de julio.

Las secretas aprensiones de Norah con respecto a su hermana la volvieron más seria y menos comunicativa de lo acostumbrado a medida que avanzaba el año. Incluso el señor Vanstone perdió parte de su flexibilidad de ánimo cuando se acercó el mes de julio. Guardó las apariencias en presencia de su esposa, pero en todas las demás ocasiones su aspecto y sus maneras adquirieron una perceptible sombra de tristeza. Magdalen estaba tan cambiada desde la marcha de Frank, que contribuía al abatimiento general en lugar de aliviarlo. Todos sus movimientos se volvieron lánguidos; todos sus quehaceres habituales los desempeñaba con la misma cansada indiferencia; pasaba las horas sola en su habitación; perdió el interés por lucir hermosos y alegres vestidos; tenía los párpados pesados, los nervios irritables, su cutis había empeorado visiblemente; en una palabra, se había convertido en una

opresión y un aburrimiento para sí misma y para cuantos la rodeaban. Por más que la señorita Garth combatió estas crecientes dificultades domésticas con vigor, también su ánimo empezó a flaquear con el esfuerzo. Su memoria volvía, cada vez con mayor frecuencia, a la mañana del mes de marzo en que los señores de la casa habían partido hacia Londres y se había producido el primer cambio serio en muchos años en la atmósfera familiar. ¿Cuándo se aclararía esa atmósfera de nuevo? ¿Cuándo dejarían paso las nubes del cambio al sol de tiempos pasados más felices?

Pasó la primavera y los comienzos del verano. El temido mes de julio llegó con sus noches sin brisa, sus mañanas despejadas y sus días sofocantes.

El día quince de ese mes, ocurrió algo que tomó a todos por sorpresa salvo a Norah. Por segunda vez, sin la menor razón aparente —por segunda vez, sin una palabra de aviso por anticipado—, ¡Frank reapareció en la casa de su padre!

Los labios del señor Clare se abrieron para saludar el regreso de su hijo en el viejo papel de «chelín falso» y se cerraron de nuevo sin pronunciar una palabra. La prodigiosa compostura de las maneras de Frank delataba que la noticia que le iba a comunicar no era la de su despido. Frank respondió a la inquisitiva expresión sardónica de su padre explicándole al punto que aquella misma mañana en la oficina le habían hecho una propuesta muy importante para su futuro beneficio. Su primera idea había sido comunicarle los detalles por carta, pero los socios de la firma habían reflexionado y convenido que la necesaria decisión sería más fácil de tomar tras una entrevista personal con su padre y sus amigos. Así pues, dejando a un lado la pluma, se había encomendado de inmediato al ferrocarril.

Tras esta explicación preliminar, Frank procedió a describir la propuesta que le habían dirigido sus jefes con toda la apariencia externa de considerarla a la luz de una dificultad inaceptable.

Era evidente que la gran firma de la City había realizado exactamente el mismo descubrimiento con respecto a su oficinista que antes se vio obligado a aceptar el ingeniero en relación con su pupilo. El joven, como lo expresaron ellos cortésmente, estaba necesitado de algún estímulo especial que lo espabilara. Sus jefes (que actuaban así por sentirse obligados hacia el caballero que recomendara a Frank) habían estudiado la cuestión con detenimiento y habían decidido que el único uso prometedor que podían dar al señor Francis Clare era enviarlo inmediatamente a otro confín del globo.

Como consecuencia de esta decisión, se le proponía que entrara a formar parte de la oficina de sus agentes en la China, que permaneciera allí, familiarizándose plenamente, *in situ*, con el comercio del té y de la seda durante cinco años, y que regresara al expirar ese período a la casa central de Londres. Si hacía buen uso de sus oportunidades en la China, volvería siendo aún joven, capacitado para un puesto de confianza y un buen sueldo, y con plena justificación para esperar que en una fecha

no muy distante la firma le ayudaría a emprender un negocio por su cuenta. Tales eran los nuevos proyectos que —adoptando la teoría del señor Clare— se imponían sobre el siempre reacio, incapaz e ingrato Frank. No había tiempo que perder. La respuesta definitiva debía estar en la oficina el «lunes, veinte», ya que debían mandar una carta a sus agentes en la China en el correo de ese mismo día, y Frank habría de seguir a la carta en la siguiente oportunidad o rehusar en favor de algún otro joven más emprendedor.

La reacción del señor Clare ante esta extraordinaria noticia fue en extremo sorprendente. La gloriosa perspectiva del destierro de su hijo a la China pareció trastornar su cerebro. El firme pedestal de su filosofía se desplomó a sus pies; los prejuicios sociales volvieron a hacer presa de su mente. ¡Aferró a Frank por el brazo y lo acompañó a Combe-Raven, en el asombroso papel de visitante de la casa!

—Aquí estoy con mi patán —anunció, antes de que la atónita familia pudiera pronunciar una sola palabra—. Escuchen su historia, todos ustedes. Por primera vez en la vida, me ha reconciliado con la anomalía de su existencia. —Frank narró la propuesta china por segunda vez con tono lastimero e intentó añadirle un rosario de objeciones y dificultades de su propia cosecha. Su padre lo detuvo en la primera palabra, señaló con gesto perentorio hacia el sudeste (de Somersetshire a la China) y dijo sin la menor vacilación—: ¡Ve! —El señor Vanstone, imaginando con gozo doradas visiones en el futuro de su joven amigo, se hizo eco de aquella decisión monosilábica de todo corazón. La señora Vanstone, la señorita Garth, e incluso Norah expresaron su conformidad. Frank quedó petrificado por una absoluta unanimidad de opinión que no había previsto y, por una vez en la vida, Magdalen se vio sin recursos para oponerse.

En lo tocante a los resultados prácticos, la asamblea familiar empezó y terminó con la opinión general de que Frank debía aceptar. Las facultades del señor Vanstone se hallaban tan alteradas por la súbita llegada del hijo y la inesperada visita del padre, y por la noticia que ambos traían consigo, que pidió un aplazamiento antes de que se estudiaran con detalle las necesarias disposiciones en relación con la partida de su joven amigo.

—¿Y si lo consultamos con la almohada? —propuso—. Mañana tendremos la cabeza un poco más despejada, y aún habrá tiempo suficiente para resolver todas las dudas. —Se aceptó la sugerencia con prontitud y se aplazó toda acción hasta el día siguiente.

Ese día estaba destinado a resolver más dudas de las que el señor Vanstone imaginaba.

Por la mañana temprano, tras tomarse el té sola como de costumbre, la señorita Garth cogió su sombrilla y salió al jardín. Había dormido mal, y diez minutos al aire

libre antes de que la familia se reuniera para el desayuno tal vez ayudaran a compensar, pensó, la pérdida de una noche de descanso.

Deambuló hasta el extremo más alejado de los arriates de flores, y luego regresó por otro sendero que conducía de vuelta a la casa pasando junto a una glorieta ornamental, desde cuyo rincón se dominaba el panorama de los campos. Un ligero ruido —parecido, pero distinto al chirrido de un ave— llegó a sus oídos cuando se acercaba a la glorieta. La rodeó hasta la entrada; se asomó al interior, y descubrió a Magdalen y a Frank sentados muy juntos. La horrorizada señorita Garth vio que el brazo de Magdalen rodeaba inequívocamente el cuello de Frank y, lo que era peor aún, la posición de su rostro en el momento del descubrimiento demostraba sin lugar a dudas que acababa de ofrecer a la víctima del comercio chino el primer y mejor consuelo que una mujer puede ofrecer a un hombre. En pocas palabras, acababa de dar un beso a Frank.

En vista de la emergencia con la que se enfrentaba, la señorita Garth comprendió instintivamente que no valía la pena malgastar saliva en frases de reproche corrientes.

—Supongo —comentó, dirigiéndose a Magdalen con la implacable seguridad de una señora de mediana edad, carente de recuerdos de besos propios para la ocasión—, supongo (sean cuales sean las excusas que tengas el descaro de sugerir) que no me negarás que mi deber me obliga a contarle a tu padre lo que acabo de ver.

—Le ahorraré la molestia —respondió Magdalen con serenidad—. Se lo contaré yo misma.

Tras estas palabras, se volvió para mirar a Frank, que permanecía de pie, completamente impotente, en un rincón de la glorieta.

—Verás lo que ocurre —dijo con una radiante sonrisa—. Y también usted —añadió al pasar junto a la institutriz para volver a la casa. Los ojos de la señorita Garth la siguieron con indignación, y Frank se escabulló por su lado aprovechando aquella oportunidad favorable.

Dadas las circunstancias, una mujer respetable sólo podía tomar un camino: estremecerse. La señorita Garth manifestó su protesta de esa forma y regresó a la casa.

Cuando terminó el desayuno y la mano del señor Vanstone descendió hacia su bolsillo en busca de su cigarrera, Magdalen se levantó, miró significativamente a la señorita Garth y siguió a su padre al vestíbulo.

—Papá —dijo—. Quiero hablar contigo esta mañana, en privado.

—¡Ay!, ¡ay! —dijo el señor Vanstone—. ¿De qué, querida?

—De... —Magdalen vaciló, buscó una manera satisfactoria de expresarse y la halló—. De un asunto serio, papá.

El señor Vanstone cogió su sombrero de la mesa del vestíbulo, abrió los ojos en muda expresión de perplejidad, intentó asociar en su cabeza dos conceptos de tan

extravagante disparidad como Magdalen y «asunto serio», fracasó y se dirigió resignadamente hacia el jardín.

Magdalen se cogió del brazo de su padre y caminó con él hasta un asiento sombreado a una distancia conveniente de la casa. Limpió de polvo el asiento con su elegante delantal de seda antes de que su padre lo ocupara. El señor Vanstone no estaba acostumbrado a una atención tan extraordinaria como aquélla. Se sentó con aire más desconcertado aún que antes. Magdalen se instaló inmediatamente sobre sus rodillas y acomodó la cabeza en su hombro.

—¿Peso mucho, papá? —preguntó.

—Sí, querida, pesas —dijo el señor Vanstone—, pero no demasiado para mí. Quédate así, si quieres. ¿Bien? ¿Y cuál puede ser ese asunto tan serio?

—Empieza con una pregunta.

—¿Ah, sí? Eso no me sorprende. Los asuntos serios, con las personas de vuestro sexo, querida mía, siempre empiezan con preguntas. Dime.

—¡Papá! ¿Piensas darme permiso para casarme algún día?

El señor Vanstone abrió los ojos más y más. La pregunta, utilizando su propia expresión, lo dejó de piedra.

—¡Ése sí que es un asunto serio! —dijo—. ¡Vaya, Magdalen!, ¿qué está tramando ahora esa cabeza de chorlito que tienes?

—No lo sé exactamente, papá. ¿Quieres contestar a mi pregunta?

—Lo haré si puedo, querida; me has dejado de piedra. Bueno, no lo sé. Sí, supongo que tendré que darte permiso para casarte, uno de estos días, si podemos encontrar un buen marido para ti. ¡Qué acalorada estás! Levanta la cara y deja que el aire te refresque. ¿No? Bueno, como quieras. Si hablar de asuntos serios significa que te haga cosquillas en la mejilla con mi patilla, no tengo nada que oponer. Sigue, querida. ¿Cuál es la siguiente pregunta? ¡Al grano!

Magdalen era demasiado mujer para hacer algo por el estilo. Empezó dando un rodeo y calculó la distancia hasta su objetivo con la precisión de la anchura de un cabello.

—Ayer nos quedamos todos muy sorprendidos, ¿verdad, papá? Frank ha tenido una suerte increíble, ¿verdad?

—Es el tipo con más suerte con que me he tropezado —dijo el señor Vanstone—. Pero ¿qué tiene eso que ver con ese asunto tuyo? Tal vez tú sepas de lo que hablas, Magdalen. ¡Que me aspen si lo sé yo!

Magdalen se acercó un poco más.

—Supongo que hará fortuna en la China —dijo—. Está muy lejos, ¿no es así? ¿Te diste cuenta, papá, de que Frank parecía muy triste y abatido ayer?

—Me sorprendió tanto la noticia —dijo el señor Vanstone—, y me quedé tan atónito por la visión de la afilada nariz del viejo Clare en mi casa, que no me fijé

demasiado. Ahora que me lo recuerdas, sí. No creo que Frank aceptara gustoso su buena suerte; no, en absoluto.

—¿No te extraña, papá?

—Sí, querida, bastante.

—¿No crees que es duro que a uno lo envíen lejos durante cinco años para hacer fortuna entre salvajes abominables, y perder de vista a los amigos durante todo ese tiempo? ¿No crees que Frank nos echará terriblemente de menos? ¿No lo crees, papá? ¿No te parece?

—¡Espacio, Magdalen! Soy demasiado viejo para que bromees ahogándome con esos brazos tan largos que tienes. Tienes razón, cariño. No hay nada en este mundo que no tenga sus inconvenientes. Frank echará de menos a sus amigos de Inglaterra, qué duda cabe.

—A ti siempre te ha gustado Frank. Y a Frank siempre le has gustado tú.

—Sí, sí; es un buen muchacho; un muchacho bueno y tranquilo. Frank y yo siempre nos hemos llevado bien.

—Habéis sido como padre e hijo, ¿no es cierto?

—Cierto es, querida.

—Quizá, cuando se haya ido, pienses que será más duro para él de lo que crees ahora, ¿no?

—Es probable, Magdalen; no digo que no.

—Tal vez desearías entonces que se hubiera quedado en Inglaterra, ¿no crees? ¿Por qué no habría de quedarse en Inglaterra y hacer fortuna aquí igual que en la China?

—¡Querida mía!, en Inglaterra no tiene perspectivas. Ojalá las tuviera, por su propio bien. Deseo lo mejor para el muchacho de todo corazón.

—¿Puedo desearle yo también lo mejor, de todo corazón?

—Desde luego, cariño, es tu viejo compañero de juegos, ¿por qué no? ¿Qué ocurre? Dios me bendiga, ¿por qué llora esta niña ahora? Cualquiera diría que van a deportar a Frank de por vida. ¡No seas boba! Sabes tan bien como yo que se va a la China para hacer fortuna.

—No quiere hacer fortuna; podría hacer algo mucho mejor.

—¡Y un cuerno podría! ¿Cómo, si puede saberse?

—Me da miedo decírtelo. Tengo miedo de que te rías de mí. ¿Me prometes que no te reirás de mí?

—Cualquier cosa por complacerte, querida. Sí, lo prometo. ¡Bueno, suéltalo! ¿Cómo podría irle mejor a Frank?

—Podría casarse conmigo.

Si el panorama estival que se extendía entonces ante los ojos del señor Vanstone se hubiera metamorfoseado repentinamente en un triste paisaje invernal —si los

árboles hubieran perdido todas sus hojas y los verdes campos se hubieran vuelto blancos por la nieve en un instante—, difícilmente su rostro habría expresado un asombro mayor que el que mostraba cuando la voz titubeante de su hija pronunció esas tres últimas palabras. Intentó mirarla, pero ella le negó esa posibilidad con firmeza, manteniendo el rostro oculto en su hombro. ¿Hablabas en serio? La mejilla del señor Vanstone, húmeda aún por las lágrimas de Magdalen, respondió por ella. Se produjo una larga pausa; Magdalen aguardó, con desacostumbrada paciencia, a que él hablara. Su padre salió de su asombro y dijo tan sólo estas palabras:

—Me sorprendes, Magdalen; me sorprendes más de lo que puedo expresar.

Oyendo el tono alterado de su voz —el tono de una tranquila seriedad paternal—, Magdalen lo abrazó con más fuerza que antes.

—¿Te he decepcionado, papá? —preguntó débilmente—. ¡No me digas que te he decepcionado! ¿A quién iba a contarle mi secreto sino a ti? No dejes que se vaya, ¡no!, ¡no! Le romperás el corazón. Tiene miedo de decírselo a su padre; incluso teme que tú te enojas con él. Nadie hablará por nosotros, excepto..., excepto yo. ¡Oh, no dejes que se vaya! ¡No, por su propio bien, no! —susurró sus siguientes palabras en un beso—. ¡Por mi propio bien, no!

El rostro afable de su padre se ensombreció; el señor Vanstone suspiró y palmeó su rubia cabeza con cariño.

—Silencio, cariño —dijo, casi en un susurro—, ¡silencio! —Poco sospechaba ella que con cada palabra y cada acción suya, los ojos de su padre se abrían a una nueva revelación. Magdalen había hecho de él su compañero de juegos adulto, desde la infancia hasta ese mismo día. Había retozado con él cuando llevaba vestidos cortos y también cuando los cambió por otros largos. El señor Vanstone no había estado nunca separado de ella el tiempo suficiente para darse cuenta de los cambios externos que se habían producido en su hija. Su cándida experiencia paterna le había enseñado que era más alta en los últimos años, y poco más. Y en ese momento, en un intenso instante, la convicción de que era una mujer barrió su pensamiento. Lo notaba en el movimiento de su seno apretado contra él; en la excitación nerviosa de los brazos enlazados en torno a su cuello. ¡La Magdalen de su inocente experiencia, una mujer, con el corazón preso ya de la pasión dominante en las de su sexo!

—¿Has pensado bien en ello, querida? —preguntó en cuanto pudo hablar con serenidad—. ¿Estás segura...?

Magdalen respondió a la pregunta antes de que pudiera formularla.

—¿Segura de amarle? —dijo—. ¡Oh, qué palabras pueden afirmarlo tal como yo quisiera! ¡Le amo...! —Su voz se quebró suavemente, y su respuesta terminó en un suspiro.

—Eres muy joven. Tú y Frank, cariño, sois muy jóvenes.

Magdalen alzó la cabeza del hombro de su padre por primera vez. La idea y su

expresión surgieron de ella al mismo tiempo.

—¿Somos mucho más jóvenes de lo que erais mamá y tú? —preguntó, con una sonrisa entre las lágrimas.

Intentó volver a colocar la cabeza en la antigua posición, pero mientras hablaba su padre la cogió por la cintura —la obligó, antes de que ella se diera cuenta, a mirarlo a la cara—, y le dio un beso en un súbito arranque de cariño, que hizo afluir de nuevo abundantes lágrimas a los ojos de Magdalen.

—No mucho, hija mía —dijo, en voz baja y temblorosa—, no mucho más jóvenes de lo que éramos tu madre y yo. —La apartó de sí y se levantó del asiento, y volvió la cara rápidamente—. Espera aquí y sosiégate; yo iré dentro y hablaré con tu madre. — Su voz temblaba al decir estas palabras de despedida, y la dejó sin volverse a mirarla una sola vez.

Magdalen aguardó; aguardó hasta cansarse, y él no volvía. Por fin, su ansiedad creciente la impulsó a entrar también en la casa. Su pecho palpitaba lleno de una turbación desconocida al acercarse vacilante a la puerta. Jamás había visto las profundidades de la sencilla naturaleza de su padre alteradas hasta el punto en que las había alterado su confesión. Casi temía su siguiente encuentro con él. Paseó en silencio de un lado a otro del vestíbulo con un aturdimiento que no sabía explicar, con el terror de ser descubierta y de que su hermana o la señorita Garth le dirigieran la palabra, lo que originó en ella una susceptibilidad nerviosa a los más leves ruidos de la casa. La puerta de la salita se abrió mientras se hallaba de espaldas a ella. Dio un violento respingo cuando miró hacia atrás y vio a su padre en el vestíbulo; su corazón latió cada vez más deprisa y notó que se ponía pálida. Una segunda mirada a su padre, que se acercaba, la tranquilizó. El señor Vanstone volvía a mostrarse sereno, pero no tan alegre como de costumbre. Magdalen se fijó en que avanzaba y se dirigía a ella con una amabilidad indulgente, que era más bien la actitud que adoptaba con su madre que la que solía adoptar con su hija menor.

—Entra, cariño —dijo el señor Vanstone, abriéndole la puerta que acababa de cerrar—. Cuéntale a tu madre lo que acabas de contarme a mí, y más, si más tienes que decir. Está mejor preparada de lo que lo estaba yo. Nos tomaremos el día de hoy para reflexionar, Magdalen, y mañana sabrás, y Frank sabrá, lo que decidamos.

Los ojos de Magdalen se animaron al mirar el rostro de su padre y ver en él la decisión ya tomada, con la doble perspicacia de su feminidad y su amor. Feliz, y hermosa en su felicidad, se llevó la mano de su padre a los labios y entró sin vacilar en la salita. Allí las palabras de su padre le habían allanado el camino; allí la conmoción primera de la sorpresa había pasado ya, y sólo quedaba el placer de sentirla. Su madre había tenido su edad; comprendería cuan grande era su afecto por Frank. Así imaginaba Magdalen la entrevista, y —salvo por el hecho de que la señora Vanstone pareció recibirla con un extraño comedimiento— imaginaba bien. Al cabo

de un rato, las preguntas de la madre surgieron cada vez más espontáneas de la dulce e inolvidable experiencia de su corazón maternal, reviviendo su juventud de amor y de esperanza en las réplicas de Magdalen.

A la mañana siguiente, la trascendental decisión fue anunciada. El señor Vanstone llevó a Magdalen a la habitación de su esposa y allí le expuso el resultado de la deliberación del día anterior y de la reflexión subsiguiente durante la noche. Habló con gran afabilidad y dominio de sí mismo, pero con menos palabras y más serias que de costumbre, y sostuvo la mano de su esposa con ternura durante toda la entrevista.

Comunicó a Magdalen que ni su madre ni él hallaban motivo para censurar el cariño que sentía por Frank. Había sido, en parte quizá, la consecuencia natural de una familiaridad infantil entre ellos, y en parte también, el resultado de una mayor intimidad que la función teatral había producido inevitablemente. Al mismo tiempo, era su deber de padres poner a prueba ese cariño convenientemente y por ambas partes; por el bien de Magdalen, porque su felicidad futura era lo que más les importaba; por el bien de Frank, porque estaban obligados a darle la oportunidad de mostrarse digno de la confianza depositada en él. Ambos eran conscientes de sentir una gran predilección por Frank. La excéntrica conducta del señor Clare había convertido al muchacho en objeto de su compasión y cuidados desde la infancia. Él (y sus hermanos menores) habían llenado casi el lugar de los hijos que ellos habían perdido. Aunque creían firmemente que su buena opinión era fundamentada, aun así, en bien de la felicidad de su hija, era necesario poner a prueba esa opinión fijando ciertas condiciones e interponiendo un año de plazo entre el posible matrimonio y el momento presente.

Durante ese año, Frank habría de permanecer en la oficina de Londres; sus jefes serían informados de que ciertas circunstancias familiares le impedían aceptar su oferta de empleo en la China. Frank debería considerar esta concesión como el reconocimiento de la relación que existía entre Magdalen y él, sólo en ciertos aspectos. Si durante el año de prueba no justificaba la confianza que recibía —una confianza que había inducido al señor Vanstone a aceptar sin reservas toda la responsabilidad sobre sus perspectivas futuras—, los planes de matrimonio habrían de darse por anulados desde ese momento. Si, por otro lado, el resultado que el señor Vanstone esperaba con confianza se producía realmente —si el año de prueba demostraba que Frank tenía derecho a la más preciada carga que podía depositarse en sus manos—, sólo entonces la propia Magdalen habría de recompensarle con todo lo que una mujer puede entregar, y el futuro que los jefes de Frank le habían presentado como resultado de una estancia de cinco años en la China se realizaría en un solo año gracias a la dote de su joven esposa.

Mientras su padre describía así el futuro, Magdalen no pudo contener la gratitud que pugnaba por manifestarse en ella. Estaba profundamente conmovida; habló desde

lo más hondo de su corazón. El señor Vanstone aguardó hasta que su mujer y su hija recobraron la calma, y luego añadió las últimas explicaciones que le quedaban por dar.

—Supongo que comprendes, cariño —dijo—, que no espero que Frank viva ociosamente de la fortuna de su mujer. Mi plan es que siga aprovechando el interés que muestran por él sus actuales jefes. Gracias a su experiencia en los negocios de la City, pronto pondrán a su disposición la posibilidad de asociarse ventajosamente, y tú aportarás el dinero de inmediato. Yo limitaré la suma, querida, a la mitad de tu fortuna; y la otra mitad haré que te la asignen a ti. Todos estaremos vivos y sanos, espero —miró cariñosamente a su esposa al decir estas palabras—, todos vivos y sanos a final de año. Pero, aunque me haya ido, Magdalen, nada habrá cambiado. Mi testamento, redactado mucho antes de que pensara siquiera en tener un yerno, divide mi fortuna en dos partes iguales. Una parte la heredará tu madre, y la otra se dividirá a partes iguales entre mis hijas. Recibirás tu parte el día de tu boda (y Norah recibirá la suya cuando se case) de mi propia mano, si vivo, y por testamento, si muero. ¡Vamos, vamos, nada de caras tristes! —dijo, recuperando momentáneamente su cotidiano buen humor—. Tu madre y yo tenemos intención de vivir para ver a Frank convertido en un gran comerciante. Te dejo a ti, querida, la tarea de comunicar al hijo nuestros nuevos proyectos, mientras yo me acerco a su casa...

Se interrumpió, frunció un poco el entrecejo y miró vacilante a la señora Vanstone.

—¿Qué has de hacer en su casa, papá? —preguntó Magdalen, tras haber esperado en vano a que terminara la frase espontáneamente.

—He de consultar con el padre de Frank —contestó—. No debemos olvidar que aún nos falta el consentimiento del señor Clare para zanjar esta cuestión. Y dado que el tiempo apremia y que no sabemos qué dificultades pueda plantear, cuanto antes vaya a verlo mejor.

Dio esta respuesta en voz baja y con el tono alterado, y se levantó de su silla con una actitud entre reticente y resignada, que Magdalen observó con secreta alarma.

Miró inquisitivamente a su madre. Al parecer, también a la señora Vanstone le había alarmado aquel cambio. Parecía preocupada y nerviosa; volvió el rostro sobre el almohadón del sofá; lo volvió de repente, como si sintiera algún dolor.

—¿No te encuentras bien, mamá? —preguntó Magdalen.

—Perfectamente, cariño —respondió la señora Vanstone, seca y sucinta, sin girar la cara—. Déjame sola un rato. Sólo necesito descansar.

Magdalen salió con su padre.

—¡Papá! —susurró con inquietud mientras bajaban por las escaleras—. Tú no creerás que el señor Clare va a decir que no.

—No puedo asegurártelo —respondió el señor Vanstone—. Espero que diga que

sí.

—No hay ninguna razón para que diga lo contrario, ¿verdad?

Formuló la pregunta débilmente, mientras él iba en busca de su bastón y su sombrero, sin que pareciera oírla. Con la duda de si debía repetir o no la pregunta, le acompañó hasta el jardín de camino hacia la casa del señor Clare. Allí él la detuvo y la envió de vuelta a casa.

—Llevas la cabeza al descubierto, querida —dijo—. Si quieres quedarte en el jardín, no olvides que hace mucho sol; no salgas sin sombrero.

Él siguió caminando hacia la casa del señor Clare.

Magdalen aguardó unos instantes y miró a su padre. Echó de menos el acostumbrado movimiento de su bastón; vio a su pequeño terrier escocés, que había salido corriendo detrás de él, ladrando y haciendo cabriolas a su alrededor sin conseguir llamar su atención. Su padre estaba decaído, extrañamente decaído. ¿Por qué sería?

CAPÍTULO X

De regreso a la casa, Magdalen notó de repente que le tocaban el hombro por detrás cuando atravesaba el vestíbulo. Dio media vuelta y se encontró con su hermana. Antes de que pudiera hacerle pregunta alguna, una alterada Norah le dirigía estas palabras:

—Te pido perdón; te pido que me perdones.

Magdalen miró a su hermana con asombro. Todo recuerdo de las duras palabras que habían intercambiado en la arboleda había sido borrado por los nuevos intereses que la absorbían; tan completamente borrados como si la airada entrevista no se hubiera producido jamás.

—¡Perdonarte! —repitió, atónita—. ¿Por qué?

—Me he enterado de tus nuevos planes —prosiguió Norah, hablando con una sumisión mecánica que parecía casi descortés—. Quería hacer las paces contigo; quería decirte que siento lo ocurrido. ¿Podrás olvidarlo? ¿Podrás olvidar y perdonar lo que ocurrió en la arboleda? —Intentó continuar, pero su inveterada reserva (o quizá una obstinada confianza en sus propias opiniones) la hizo callar tras esas últimas palabras. Su rostro se ensombreció de repente. Antes de que su hermana pudiera responder, se dio la vuelta bruscamente y corrió escaleras arriba.

La puerta de la biblioteca se abrió antes de que Magdalen pudiera seguir a su hermana y la señorita Garth se acercó a ella con el propósito de manifestar los sentimientos más adecuados para la ocasión.

No eran los sentimientos maquinalmente sumisos que Magdalen acababa de oír. Norah había combatido la enraizada desconfianza que le inspiraba Frank por respeto a la decisión irrefutable de sus padres en su favor, y había reprimido la franca expresión de su antipatía aunque el sentimiento en sí permaneciera incólume. La señorita Garth no hizo tal concesión a los dueños de la casa. Hasta entonces había ocupado una posición de gran autoridad en todos los asuntos familiares, y se negaba rotundamente a bajarse del pedestal por respeto a cambio alguno en las circunstancias familiares, por asombroso o inesperado que fuera ese cambio.

—Te ruego que aceptes mis felicitaciones —dijo, rebosando toda ella de objeciones implícitas contra Frank—; mis felicitaciones y mis disculpas. Cuando te sorprendí besando al señor Francis Clare en la glorieta, no tenía la menor idea de que vuestras actividades estuvieran en consonancia con las intenciones de tus padres. No voy a dar mi opinión al respecto. Me limito a lamentar mi aparición accidental en el papel de obstáculo en el curso del verdadero amor, que parece fluir gratamente en las glorietas pese a lo que Shakespeare pueda aducir en sentido contrario. En el futuro, ten la amabilidad de considerarme un obstáculo superado. ¡Que seas muy feliz! — Los labios de la señorita Garth se cerraron como una trampa con esta última frase y

sus ojos contemplaron el futuro del matrimonio llenos de ominosas profecías.

Si las preocupaciones de Magdalen no hubieran sido demasiado serias para permitir el libre uso de su lengua, como era su costumbre, habría tenido a punto la adecuada réplica satírica. En aquel momento, la señorita Garth sólo consiguió irritarla.

—¡Bah! —exclamó, y corrió escaleras arriba en dirección al dormitorio de su hermana.

Llamó a la puerta y no obtuvo respuesta. Probó a abrirla, y se resistió. La hosca e intratable Norah se había encerrado en su cuarto.

En otras circunstancias, Magdalen no se hubiera limitado a llamar a la puerta; hubiera llamado a su hermana en voz cada vez más alta hasta molestar a toda la casa y conseguir su objetivo. Pero las dudas y miedos de la mañana la habían desanimado ya. Bajó de nuevo despacio y cogió su sombrero del velador del vestíbulo.

—Me ha dicho que me ponga el sombrero —dijo para sí, con una blanda docilidad filial que era completamente ajena a su carácter.

Salió al jardín por el lado de la arboleda y aguardó allí el regreso de su padre. Transcurrió media hora, luego cuarenta minutos, y finalmente le llegó su voz desde la lejanía de los árboles.

—¡Ven aquí! —le oyó gritar al perro. Magdalen palideció.

—¡Está enfadado con *Snap*! —exclamó en un susurro. En aquel momento apareció su padre, caminando deprisa, con la cabeza gacha y *Snap* pegado a sus talones, caído en desgracia. Mientras Magdalen observaba estos signos funestos, el súbito aumento de su alarma reavivó su energía natural y la desesperación la impulsó a enterarse de lo peor cuanto antes.

Caminó resueltamente al encuentro de su padre.

—La respuesta está escrita en tu cara —dijo débilmente—. El señor Clare ha sido tan cruel como siempre. ¿Ha dicho que no el señor Clare?

El señor Vanstone se volvió hacia ella con una repentina severidad, tan desconocida hasta la fecha que Magdalen dio un respingo de puro terror.

—¡Magdalen! —dijo—; cuando vuelvas a hablar de mi viejo amigo y vecino, que no se te olvide esto: el señor Clare acaba de hacerme un favor que recordaré con agradecimiento el resto de mi vida. —El señor Vanstone se detuvo de pronto tras pronunciar estas extraordinarias palabras. Viendo que había sobresaltado a su hija, su natural bondad le impulsó de inmediato a suavizar el reproche y poner fin a la incertidumbre que a todas luces atormentaba a Magdalen—. Dame un beso, cariño —prosiguió—, y a cambio te diré que el señor Clare ha dado su consentimiento.

Magdalen quiso darle las gracias, pero el súbito placer del alivio fue demasiado para ella. Sólo pudo rodearle el cuello en silencio. Él notó que temblaba de pies a cabeza y dijo unas cuantas palabras para calmarla. Al oír el tono alterado de la voz de

su amo, el sumiso rabo de *Snap* surgió con fuerza de entre sus patas y sus pulmones pusieron modestamente a prueba su situación con un breve ladrido experimental. Aquel modo extrañamente apropiado que tuvo el perro de reafirmarse en su antigua posición fue, entre todos, el paréntesis que más convenía para que Magdalen volviera a ser la de antes. Alzó en brazos al lanudo y menudo terrier y acto seguido lo besó.

—¡Cielito mío! —exclamó—. ¡Estás casi tan contento como yo! —Se volvió de nuevo hacia su padre con una mirada de cariñoso reproche—. Me habías asustado, papá —dijo—. Estabas tan raro...

—Volveré a estar bien mañana, querida. Hoy estoy un poco trastornado...

—No será por mi causa...

—No, no.

—¿Es por algo que has oído en casa del señor Clare?

—Sí; nada por lo que debas alarmarte; nada que no se pueda haber disipado mañana. Ahora deja que me vaya, querida, tengo que escribir una carta y quiero hablar con tu madre.

Se separó de ella para entrar en la mansión. Magdalen permaneció un rato en el jardín para embeberse de toda la felicidad de sus nuevas sensaciones; luego se dirigió a la arboleda para disfrutar del placer aún mayor de transmitir las. El perro la siguió. Magdalen silbó y dio unas palmadas.

—¡Encuétralo! —dijo con la mirada radiante—. ¡Encuentra a Frank! —*Snap* se adentró correteando en la arboleda con un gruñido sanguinario. ¿Había malinterpretado quizá a su joven ama y se consideraba su emisario en la búsqueda de una rata?

Mientras tanto el señor Vanstone entraba en la casa. Se encontró con su esposa, que descendía lentamente por la escalinata y se acercó para ofrecerle el brazo.

—¿Cómo ha terminado todo? —preguntó con inquietud, mientras él la conducía hasta el sofá.

—Felizmente, tal como esperábamos —respondió su marido—. Mi viejo amigo ha hecho justicia a la opinión que tenía de él.

—¡Gracias a Dios! —dijo la señora Vanstone con fervor—. ¿Te ha sido muy difícil, cariño? —preguntó mientras su marido le arreglaba los cojines del sofá—. ¿Te ha dolido tanto como yo temía?

—Tenía un deber que cumplir, querida, y así lo he hecho.

Tras responder de esta guisa, vaciló. Aparentemente tenía algo más que decir; algo, quizá, sobre el desasosiego pasajero que era consecuencia de su entrevista con el señor Clare y que las preguntas de Magdalen le habían obligado a confesar. Una mirada a su esposa resolvió sus dudas en sentido negativo. Se limitó a preguntarle si estaba cómoda y luego dio media vuelta para abandonar la estancia.

—¿Tienes que irte? —preguntó ella.

—He de escribir una carta, querida.

—¿Algo sobre Frank?

—No, ya habrá tiempo para eso mañana. Una carta al señor Pendril. Quiero que venga inmediatamente.

—Por negocios, supongo.

—Sí, querida, negocios.

El señor Vanstone salió y se encerró en la pequeña habitación junto a la puerta principal que llamaba su estudio. Él, que por naturaleza difería siempre al máximo la redacción de sus cartas, manifestó en aquel momento la incongruencia de abrir el secreter y sacar la pluma sin un momento de dilación. Se extendió a lo largo de tres páginas de papel de cartas; escribió con una soltura de expresión y una rapidez en la mano que raras veces caracterizaban su proceder cuando se ocupaba de la correspondencia ordinaria. Escribió la dirección como sigue: «Entrega inmediata: Señor William Pendril, Serle Street, Lincoln's Inn, Londres», luego apartó la epístola lejos de sí y se sentó en la mesa, trazando líneas sobre el papel secante con la pluma, sumido en meditaciones.

«No —se dijo—, nada más puedo hacer hasta que llegue Pendril.» Se levantó; su rostro se iluminó cuando pegó el sello en el sobre. La redacción de la carta le había aliviado considerablemente; su porte lo demostraba cuando salió del estudio.

En el umbral de la puerta halló a Norah y a la señorita Garth que se disponían a salir juntas de paseo.

—¿En qué dirección vais? —preguntó—. ¿Pasaréis cerca de la oficina de correos? Quiero que entregues esta carta por mí, Norah. Es muy importante; tan importante que no quiero confiársela a Thomas como de costumbre.

Norah se hizo cargo de la carta sin tardanza.

—Si te fijas, querida —continuó su padre—, verás que he escrito al señor Pendril. Espero que esté aquí mañana por la tarde. ¿Querrá usted dar las instrucciones necesarias, señorita Garth? El señor Pendril dormirá aquí mañana por la noche y se quedará hasta el domingo. ¡Espere un momento! Hoy es viernes. ¿No es cierto que tenía un compromiso el sábado por la tarde? —Consultó su libreta y leyó una de las entradas con expresión de fastidio—. Molino de Grailsea, tres en punto, sábado. Justo la hora en que llegará Pendril, y he de estar en casa para verle. ¿Cómo voy a arreglarlo? El lunes será demasiado tarde para el asunto de Grailsea. Iré hoy y con un poco de suerte pillaré al molinero a la hora de comer. —Miró el reloj—. No me da tiempo a ir en carruaje; tendré que coger el tren. Si salgo ahora mismo encontraré el tren que vuelve de Londres en la estación y me iré en él hasta Grailsea. Ocupate de la carta, Norah. Habré vuelto para la cena; si el tren de regreso no me va bien, pediré prestada una calesa.

Cogía su sombrero cuando Magdalen apareció en la puerta tras su entrevista con

Frank. La premura de movimientos de su padre atrajo su atención y le preguntó adonde iba.

—A Grailsea —respondió el señor Vanstone—. Tu asunto, Magdalen, se ha interpuesto en el mío, y el mío ha de cederle el paso.

Pronunció estas palabras de despedida con sus antiguas maneras campechanas e inició su marcha con el característico movimiento de su fiel bastón.

—¡Mi asunto! —dijo Magdalen—. Creía que mi asunto estaba zanjado.

La señorita Garth señaló con gesto significativo la carta que sostenía Norah.

—Tu asunto, sin la menor duda —dijo—. El señor Pendril vendrá mañana, y el señor Vanstone parece singularmente impaciente por que llegue. ¡Ya tenemos aquí a la ley y los problemas que comporta! Las institutrices que se asoman a las glorietas no son el único obstáculo en el curso del verdadero amor; el papeleo es a veces un obstáculo. Espero que encuentres el papel tan flexible como yo; espero que todo salga bien. ¡Vamos, Norah!

La segunda pulla de la señorita Garth resultó tan inofensiva como la primera. Magdalen había regresado a casa algo disgustada, tras haber visto interrumpida su entrevista con Frank por culpa de un mensajero del señor Clare, a quien habían encargado llamar al hijo a la presencia del padre. Aunque se había acordado durante la conversación privada entre el señor Vanstone y el señor Clare que las cuestiones debatidas esa mañana no se comunicarían a los hijos hasta que concluyera el año de prueba —y aunque en tales circunstancias el señor Clare no tenía nada que decir a Frank que Magdalen no pudiera transmitirle de un modo mucho más agradable—, no por ello estaba menos resuelto el filósofo a informar personalmente a su hijo sobre la concesión paterna que lo salvaba del exilio chino. El resultado era la súbita orden de que se presentara en casa, cosa que sobresaltó a Magdalen, pero que no pareció tomar a Frank por sorpresa. Su experiencia filial desveló el misterio de los motivos del señor Clare con total sencillez.

—Cuando mi padre está de buen humor —dijo malhumoradamente—, se complace avasallándome por mi buena suerte. Ese mensaje significa que quiere avasallarme ahora.

—No vayas —sugirió Magdalen.

—He de hacerlo —replicó Frank—. De lo contrario no me dejará en paz. Está cebado y cargado y tiene la intención de explotar. Explotó una vez, cuando me aceptó el ingeniero; explotó una segunda vez, cuando me aceptó la oficina de la City, y va a explotar la tercera vez, ahora que tú me has aceptado. De no ser por ti, desearía no haber nacido. Sí, tu padre ha sido bueno conmigo, lo sé, y habría tenido que irme a la China de no ser por él. Estoy seguro de que he de estarle muy agradecido. Por supuesto, no teníamos derecho a esperar nada más; aun así, es descorazonador que nos hagan aguardar un año, ¿verdad?

Magdalen le cerró la boca mediante un procedimiento sumarisimo al que incluso Frank se sometió con agrado. No obstante, no olvidó interpretar su descontento a la luz más favorable. «¡Cuánto me quiere! —pensó—. Un año de espera es todo un suplicio para él.» Magdalen regresó a casa lamentando secretamente no haber oído más quejas halagadoras de Frank. La sátira sutil de la señorita Garth, dirigida a ella cuando se hallaba en semejante estado de ánimo, fue malgastar saliva. ¿Qué le importaba a ella la sátira? ¿Qué otra cosa importa a la juventud y al amor salvo ellos mismos? Esta vez, Magdalen ni siquiera soltó un «¡Bah!». Dejó a un lado su sombrero en sereno silencio y se encaminó lánguidamente hacia la salita para hacer compañía a su madre. Durante la comida, se alimentó de terribles presagios sobre una pelea entre Frank y su padre, con alguna interrupción accidental en forma de pollo frío y pastelillos de queso. Dedicó media hora al piano y tocó, en ese tiempo, selecciones de las canciones de Mendelssohn, las mazurcas de Chopin, las óperas de Verdi y las sonatas de Mozart; las cuales se combinaron en aquella ocasión para producir una única obra inmortal titulada «Frank». Cerró el piano y subió a su estancia para pasar las horas soñando plazeramente con escenas de su futuro matrimonio. Se cerraron los postigos verdes, se colocó el butacón frente al espejo, se llamó a la doncella, como de costumbre, y el peine ayudó a la señorita en la meditación a través de sus cabellos, hasta que el calor y la pereza aunaron sus efectos narcóticos y Magdalen cayó en brazos de Morfeo.

Pasaban de las tres cuando se despertó. Al bajar de nuevo, encontró a su madre, a Norah y a la señorita Garth sentadas juntas, disfrutando de la sombra y el fresco bajo el porche de la fachada de la casa.

Norah tenía el horario de trenes en la mano. Habían estado comentando las posibilidades de que el señor Vanstone cogiera el tren de vuelta y llegara pronto. Este tema las había llevado a continuación al asunto que debía despachar en Grailsea: una obra de caridad, como siempre, en favor del molinero, que era su antiguo sirviente en la granja, y que se veía apremiado por serias dificultades pecuniarias. De ahí pasaron sin darse cuenta a un tema que se repetía a menudo entre ellas y no se agotaba nunca: las alabanzas al propio señor Vanstone. Cada una tenía una experiencia que relatar sobre su naturaleza sencilla y liberal. La conversación parecía resultar dolorosa para la señora Vanstone. El momento de la verdad estaba demasiado cerca para no sentirse nerviosa y sensible con respecto al asunto que ocupaba siempre el lugar predominante en su corazón. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando Magdalen se unió al pequeño grupo bajo el porche; tembló su frágil mano cuando indicó a su hija menor que ocupara la silla vacante a su lado.

—Hablábamos de tu padre —dijo en voz baja—. Oh, querida, ojalá tu vida de casada fuera tan feliz como... —Se le quebró la voz; rápidamente se llevó el pañuelo

a la cara y apoyó la cabeza en el hombro de Magdalen. Norah lanzó una mirada suplicante a la señorita Garth, que recondujo de inmediato la conversación al tema más trivial del regreso del señor Vanstone.

—Nos preguntábamos —dijo, con una significativa mirada a Magdalen—, si tu padre abandonará Grailsea a tiempo para coger el tren, o si lo perderá y se verá obligado a volver en calesa. ¿Qué opinas tú?

—Yo creo que papá perderá el tren —contestó Magdalen, captando la insinuación de la señorita Garth con la acostumbrada rapidez—. Lo último a lo que atenderá en Grailsea será el asunto que lo ha llevado hasta allí. Siempre que tiene que hacer algo, lo aplaza hasta el último momento, ¿no es cierto, mamá?

La pregunta reanimó a su madre tal y como Magdalen pretendía.

—No cuando se trata de una obra caritativa —dijo la señora Vanstone—. Ha ido a ayudar al molinero en un momento de acuciante necesidad.

—¿Y no sabes ya lo que hará? —insistió Magdalen—. Jugará con los hijos del molinero, cotilleará con la madre y charlará con el padre. En el último momento, cuando le queden cinco minutos para coger el tren, dirá: «Vamos a la oficina a echar un vistazo a los libros de cuentas». Hallará los libros terriblemente complicados; sugerirá que se soliciten los servicios de un contable y arreglará el problema al punto, prestando el dinero mientras tanto; volverá al trote cómodamente en la calesa del molinero y nos contará lo agradable que estaban los caminos en el frescor de la noche.

La pequeña caracterización esbozada por sus palabras era demasiado parecida al natural para que no lo reconocieran. La señora Vanstone mostró su aprobación con una sonrisa.

—Cuando vuelva tu padre —dijo—, pondremos a prueba tu relato sobre su proceder. Creo —continuó, levantándose lánguidamente de la silla— que será mejor que me meta en casa y descanse en el sofá hasta que vuelva.

El pequeño grupo del porche se separó. Magdalen se alejó hacia el jardín en busca de Frank para que le relatara la entrevista con su padre. Las otras tres señoras entraron juntas en la casa. Cuando la señora Vanstone estuvo cómodamente instalada en el sofá, Norah y la señorita Garth la dejaron reposando y se retiraron a la biblioteca para echar una ojeada al último paquete de libros procedente de Londres.

Era un apacible día de estío sin nubes. Una ligera brisa del oeste atemperaba el calor; las voces de los braceros que trabajaban en un campo cercano llegaban alegremente hasta la casa; el reloj de la iglesia de la aldea dio los cuartos, que llegaron flotando en el viento con un repicar más limpio y una melodía más sonora de lo habitual. Por las ventanas abiertas se filtraron los dulces olores de la campiña y del jardín, llenando la casa de su fragancia, y las aves de la pajarera que Norah tenía arriba lanzaron al sol trinos de felicidad exultante.

El reloj de la iglesia daba las cuatro y cuarto cuando se abrió la puerta de la salita y la señora Vanstone atravesó sola el vestíbulo. En vano había intentado sosearse. Estaba demasiado agitada para descansar y para dormir. Por un momento, dirigió sus pasos hacia el porche, luego dio media vuelta y miró alrededor sin saber adonde ir ni qué hacer. Mientras aún dudaba, la puerta medio abierta del estudio de su marido atrajo su atención. La estancia parecía hallarse en un estado de lamentable desorden. Los cajones estaban abiertos; chaquetas y sombreros, libros de cuentas y papeles, pipas y cañas de pescar se mezclaban por todas partes en un batiburrillo. Entró y empujó la puerta a su espalda, pero tan suavemente que volvió a dejarla abierta. «Me distraeré ordenando su habitación —pensó—. Me gustaría hacer algo por él antes que guardar cama como una inválida.» Empezó arreglando los cajones, y en uno de ellos encontró abierta la libreta de su banquero. «Pobre cariño mío, ¡qué descuidado es! Los criados podrían haberse enterado de todos sus asuntos, si no se me hubiera ocurrido asomarme.» Ordenó los cajones; luego pasó a los diversos objetos esparcidos sobre una mesa auxiliar. Entre los papeles vio un pequeño y viejo libro de música con su nombre escrito en tinta descolorida. La alegría del hallazgo la hizo ruborizarse como una jovenzuela. «¡Qué bueno es conmigo! Se acuerda de mi pobre y viejo libro de música y lo guarda para mí.» Cuando se sentó junto a la mesa con el libro abierto, el tiempo pasado volvió a ella con toda su ternura. El reloj dio la media, dio los tres cuartos, y ella seguía sentada allí con el libro de música sobre el regazo, reviviendo felizmente en sueños las viejas canciones, pensando con agradecimiento en la época dorada en que la mano de su marido pasaba las páginas para ella, en que su voz le susurraba las palabras que la memoria de una mujer jamás olvida.

Norah se despegó del volumen que estaba leyendo y miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea de la biblioteca.

—Si papá vuelve en tren —dijo—, estará aquí dentro de diez minutos.

La señorita Garth se sobresaltó y alzó los ojos soñolientos del libro que acababa de caérsele de la mano.

—No creo que vuelva en tren —replicó—. Volverá trotando, como ha comentado Magdalen irrespetuosamente, en la calesa del molinero.

Alguien llamó a la puerta de la biblioteca mientras pronunciaba estas palabras. Apareció el lacayo y se dirigió a la señorita Garth.

—Una persona desea verla, señora.

—¿Quién es?

—No lo sé, señora. Un desconocido para mí; un hombre de aspecto respetable; y ha manifestado el deseo expreso de hablar con usted.

La señorita Garth salió al vestíbulo. El lacayo cerró la puerta de la biblioteca y se retiró bajando por la escalera de la cocina.

El hombre se hallaba junto a la puerta principal, sin salir del felpudo. No cesaba de mover los ojos, estaba pálido, parecía enfermo, parecía asustado. Manoseaba su gorro con nerviosismo y lo movía hacia atrás y hacia delante, pasándoselo de una mano a otra.

—¿Quería usted verme? —preguntó la señorita Garth.

—Le ruego me disculpe, señora. Usted no es la señora Vanstone, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Soy la señorita Garth. ¿Por qué lo pregunta?

—Trabajo en la oficina del jefe de la estación de Grailsea...

—¿Sí?

—Me han encomendado...

Se interrumpió de nuevo. Su mirada errante se posó en el felpudo y sus manos inquietas estrujaron el gorro con mayor fuerza. Se humedeció los secos labios y volvió a intentarlo.

—Me han encomendado que le transmita una grave noticia.

—¿Grave para mí?

—Grave para todos en esta casa.

La señorita Garth dio un paso hacia él; le miró a los ojos con firmeza. Se le heló la sangre en pleno calor veraniego.

—¡Alto! —dijo con súbita desconfianza, y lanzó una mirada de preocupación a la puerta de la salita. Estaba cerrada—. Dígame lo peor; y hable bajo. Ha habido un accidente. ¿Dónde?

—En la vía férrea. Cerca de la estación de Grailsea.

—¿El tren en dirección a Londres?

—No, el que volvía a la una cincuenta...

—¡Que Dios Todopoderoso nos asista! ¿El tren en que el señor Vanstone se dirigía a Grailsea?

—El mismo. Me han enviado aquí en el tren que va a Londres; han despejado la vía justo a tiempo para que pueda circular. No han querido dar la noticia por escrito; me han dicho que debía ver a «la señorita Garth» y contárselo. Hay siete pasajeros gravemente heridos y dos...

La siguiente palabra murió en sus labios; alzó la mano en el más absoluto silencio. Con los ojos desorbitados por el horror, alzó la mano y señaló por encima del hombro de la señorita Garth.

Ésta se volvió a medias y miró hacia atrás.

Frente a ella, en el umbral de la puerta del estudio, se hallaba la dueña de la casa. Llevaba su viejo libro de música apretado con ambas manos, con fuerza maquina. Era un espectro de sí misma. Con una espantosa vaciedad en la mirada, con una espantosa serenidad en la voz, repitió las últimas palabras del hombre:

—Siete pasajeros gravemente heridos y dos...

Sus torturados dedos aflojaron la presa, el libro cayó; ella se desplomó hacia delante pesadamente. La señorita Garth la cogió antes de que cayera; la cogió y se volvió hacia el hombre con el cuerpo desmayado de la esposa en los brazos para oír el destino fatal del marido.

—El mal ya está hecho —dijo—, puede hablar. ¿Está herido o muerto?

—Muerto.

CAPÍTULO XI

El sol descendió en el cielo; la brisa del oeste filtraba su frescor en el interior de la casa. A medida que avanzaba la tarde, el alegre repicar del reloj de la aldea se acercaba cada vez más. Campos y jardín notaron el influjo de la hora y despidieron sus más dulces fragancias. Las aves de la pajarera de Norah tomaban el sol en la quietud del atardecer y cantaban su adiós agradecido al día agonizante.

Detenida sólo por un momento, la implacable rutina de la casa se reanudó horriblemente como todos los días. Los criados, presas del pánico, se refugiaron ciegamente en los deberes propios de la hora. El lacayo, sin hacer ruido, puso la mesa para cenar. La doncella aguardó sentada, sumida en una duda absurda, con las jarras de agua caliente para los dormitorios alineadas como de costumbre junto a ella. El jardinero, a quien habían ordenado que se presentara ante su señor con los recibos de un dinero que había pagado de más, contraviniendo las instrucciones, afirmó que le tenía un gran afecto y dejó los recibos a la hora convenida. La costumbre, que jamás cede, y la muerte, que a nadie perdona, se encontraron en el naufragio de la felicidad humana, y la muerte le cedió el paso.

Las negras y tormentosas nubes de la tristeza pendían sobre la casa; ya eran negras, pero habían de serlo más aún. A las cinco había golpeado la calamidad dejando su conmoción. Antes de que hubiera pasado una hora, el descubrimiento de la súbita muerte del marido fue seguido por la incertidumbre del peligro mortal en que se hallaba la mujer. Una desvalida señora Vanstone yacía en su lecho de viuda; su vida y la vida del hijo no nacido pendían de un hilo.

Sólo una persona mantuvo la posesión de sus facultades mentales; sólo un espíritu guía supo moverse con utilidad en medio del luto.

Si en sus primeros años la señorita Garth hubiera gozado de la calma y la felicidad de los últimos en Combe-Raven, tal vez se habría desplomado bajo las crueles necesidades que exigía la circunstancia. Pero la señorita Garth había visto su juventud puesta a prueba por las desgracias familiares, y se enfrentó con sus terribles deberes con la valentía de una mujer que había aprendido a sufrir sin desfallecer. Ella sola pasó por el amargo trance de decir a las hijas que habían perdido a su padre. Ella sola se esforzó luego por sostenerlas cuando la espantosa certeza de su pérdida se grabó por fin en su espíritu.

Le preocupaba menos la hermana mayor. La agonía de la congoja se manifestó exteriormente en Norah con el alivio natural de las lágrimas. No fue así con Magdalen. Muda y con los ojos secos, Magdalen se sentó en la habitación en la que había recibido la noticia de la muerte de su padre; su rostro se hallaba petrificado de forma antinatural por el dolor estéril de una edad más avanzada, vacío, blanco, inmóvil, horrible de ver. Nada la sacó de este estado, nada consiguió ablandarla. Sólo

dijo: «No me habléis; no me toquéis. Dejádme sufrirlo en silencio» y calló de nuevo. La primera aflicción grave que había ensombrecido la vida de las jóvenes parecía haber alterado ya su carácter habitual.

Cayó el crepúsculo y se difuminó, y la noche estival llegó cuajada de estrellas. Cuando se encendió la primera luz, cuidadosamente atenuada en la habitación de la enferma, llegó el médico de Bristol al que habían llamado para consultar con el médico de la familia. No pudo ofrecerles el menor consuelo, únicamente decirles: «Sólo nos queda esperar. El golpe recibido al oír la noticia de la muerte de su marido la ha privado de las fuerzas en el momento en que más las necesita. No se escatimarán esfuerzos para salvar su vida. Me quedaré aquí toda la noche».

Mientras hablaba, abrió una de las ventanas para que entrara más aire. La ventana daba al sendero de entrada de carruajes y a la carretera. Unas cuantas personas en pequeños grupos contemplaban la casa desde la verja. «Si esas personas hacen ruido —dijo el médico—, deben advertirles que se vayan.» No hubo necesidad de advertirles; eran tan sólo los braceros que trabajaban en la finca del difunto, y aquí y allá algunas mujeres y niños de la aldea. Todos pensaban en él —algunos hablaban de él— y sus cerebros perezosos se estimulaban viendo la casa. Los señores de los alrededores eran buenos con ellos en su mayor parte (decían los hombres), pero no había nadie como él. Las mujeres comentaban en susurros los modales tranquilizadores que mostraba cuando visitaba sus humildes hogares. «Era un hombre alegre, pobre; y también era muy atento con nosotros: no entraba nunca y se quedaba mirando durante las comidas; los demás nos ayudan y nos regañan; lo único que él nos decía era: irá mejor la próxima vez.» De este modo continuaron hablando de él y contemplando su casa y su jardín, y se alejaron torpemente en grupos de dos y de tres, con la vaga sensación de que su agradable rostro no volvería a servirles de consuelo. El más lerdo entre ellos supo esa noche que las penurias de la pobreza serían más duras de sobrellevar ahora que el señor se había ido.

Un poco más tarde llegó a la puerta del dormitorio la noticia de que el señor Clare padre había llegado solo a la casa y aguardaba en el vestíbulo para informarse de la opinión del médico. La señorita Garth no pudo bajar en persona y envió un mensaje. El señor Clare dijo al criado: «Volveré a preguntar dentro de dos horas», y se fue caminando lentamente. Al contrario que otros hombres en circunstancias parecidas, la repentina muerte de su viejo amigo no había producido ningún cambio visible en él. Los sentimientos que implicaba el haberse desplazado para inquirir por la señora Vanstone constituyeron la única muestra de compasión humana que dejó entrever aquel viejo rudo e impenetrable.

Volvió cuando expiró el plazo de dos horas, y esta vez la señorita Garth salió a recibirlo.

Se estrecharon la mano en silencio. Ella aguardó; hizo acopio de energías para

oírle hablar del amigo perdido. No; el señor Clare no mencionó en ningún momento el trágico accidente, jamás aludió a la espantosa muerte. Pronunció estas palabras:

—¿Está mejor o peor? —Y no dijo más. ¿Estaba el tributo de su pesar por el marido severamente contenido bajo la expresión de su inquietud por la mujer? La naturaleza de aquel hombre, inflexible antagonista del mundo y sus costumbres, podía muy bien justificar tal interpretación de su conducta. Repitió la pregunta—: ¿Está mejor o peor?

—Mejor no —respondió la señorita Garth—; si algún cambio hay es para peor.

Intercambiaron estas frases junto a la ventana de la salita que se abría al jardín. El señor Clare hizo una pausa tras escuchar la respuesta a su pregunta, salió al sendero del jardín, luego se volvió de repente y volvió a hablar:

—¿La ha desahuciado ya el médico? —preguntó.

—No nos ha ocultado que su vida corre peligro. Sólo nos queda rezar por ella.

El viejo posó la mano sobre el brazo de la señorita Garth mientras ésta le respondía y la miró atentamente a la cara.

—¿Cree usted en las plegarias? —dijo.

La señorita Garth se apartó de él con pesadumbre.

—Podría usted haberme ahorrado esa pregunta, señor, en un momento como éste.

Él no hizo caso de su respuesta; seguía con la mirada fija en su rostro.

—¡Rece! —dijo—. Rece como no ha rezado jamás hasta ahora, por la vida de la señora Vanstone.

El señor Clare se fue. Su voz y su actitud daban a entender algún indecible temor sobre el futuro que sus palabras no habían confesado. La señorita Garth lo siguió hasta el jardín y lo llamó. Él la oyó, pero no se dio la vuelta; aligeró el paso, como si quisiera evitarla. Ella lo contempló alejarse bajo la luz de la luna del cálido verano. Vio sus manos blancas y arrugadas, las vio de repente recortadas sobre el fondo negro de la arboleda, alzadas, retorciéndose por encima de su cabeza. Las dejó caer; los árboles lo sumieron en la oscuridad; se había ido.

La señorita Garth regresó junto a la enferma con la carga de una preocupación más sobre sus hombros.

Pasaban entonces de las once. Había transcurrido un buen rato desde que viera a las hermanas y hablara con ellas. Con las preguntas que dirigió a una de las criadas sólo consiguió extraer la información de que ambas se hallaban en sus respectivas habitaciones. Demoró su vuelta junto al lecho de la madre para decir las últimas palabras de consuelo a las hijas antes de que éstas se retiraran a dormir. La habitación de Norah era la más cercana. La señorita Garth abrió la puerta con suavidad y se asomó al interior. La figura arrodillada junto al lecho le sugirió que la ayuda de Dios había acudido a la hija huérfana en aquel momento de aflicción. Lágrimas de gratitud acudieron a sus ojos mientras la miraba; suavemente cerró la puerta y continuó hasta

la habitación de Magdalen. Allí la duda detuvo sus pasos en el umbral y aguardó unos instantes antes de entrar.

Su oído captó un sonido en la estancia —el monótono frufnú del vestido de una mujer, ahora distante, ahora cercano, sonando sin cesar por el suelo—, un sonido que le indicó que Magdalen se paseaba de un lado a otro en la intimidad de su cuarto. La señorita Garth llamó a la puerta. El frufnú cesó, la puerta se abrió y el triste rostro juvenil apareció ante ella, encerrado en su fría desesperanza; los grandes ojos claros la miraron como un autómatas, tan vacíos y secos como antes.

Esa mirada le partió el corazón a la fiel mujer que había sido su maestra y la había amado desde que era niña. Abrazó a Magdalen con ternura.

—Oh, cariño mío —dijo—, ¡aún sin lágrimas! ¡Oh, si pudiera verte a ti como he visto a Norah! Háblame, Magdalen; prueba a hablar conmigo.

Magdalen lo intentó y habló:

—Norah no siente remordimientos. Papá no atendía a sus intereses cuando fue al encuentro de la muerte, sino a los míos.

Después de tan terrible respuesta, posó los fríos labios sobre la mejilla de la señorita Garth.

—Déjeme sufrir a solas —dijo, y cerró la puerta despacio.

Una vez más la señorita Garth se quedó esperando en el umbral, y de nuevo el frufnú del vestido se oyó de un lado a otro —ahora lejos, ahora cerca— con una regularidad mecánica y cruel que enfriaba la más cálida compasión y desalentaba la esperanza más osada.

Pasó la noche. Se había acordado que, si por la mañana no había muestras de mejoría, se llamaría para el día siguiente al médico de Londres a quien la señora Vanstone había consultado unos meses atrás. No hubo mejoría, y se envió a buscar al médico.

Avanzada la mañana, llegó Frank para hacer averiguaciones. ¿Había confiado el señor Clare a su hijo el deber que él personalmente había cumplido el día anterior, reacio a volver a ver a la señorita Garth después de lo que le había dicho? Tal vez. Frank no pudo arrojar luz sobre el asunto; su padre no se lo había comunicado. Frank estaba pálido y desencajado. Sus primeras preguntas sobre Magdalen mostraron hasta qué punto su débil naturaleza había flaqueado ante la desgracia. No era capaz de formular sus propias preguntas, las palabras vacilaban en sus labios y lágrimas fáciles brotaban de sus ojos. La señorita Garth lo miró con simpatía por primera vez. El dolor tiene en sí esta nobleza: acepta toda compasión, provenga de donde provenga. Animó al joven con unas cuantas palabras amables y le estrechó la mano al despedirse.

Frank regresó con un segundo mensaje antes del mediodía. Su padre deseaba saber si se esperaba al señor Pendril en Combe-Raven ese mismo día. En caso de que

aguardaran la llegada del abogado, Frank tenía instrucciones de ir a recibirlo a la estación y llevarlo a la casa del señor Clare, donde tendría una cama a su disposición. Este mensaje tomó a la señorita Garth por sorpresa. Demostraba que el señor Clare conocía el propósito de su difunto amigo de convocar al señor Pendril. ¿Era la hospitalaria oferta del viejo señor Clare otra expresión indirecta de la natural y humana aflicción que él se empeñaba en ocultar?, ¿o tal vez conocía la secreta necesidad que suponía la presencia del señor Pendril y que la desconsolada familia ignoraba por completo? La señorita Garth estaba demasiado abatida y desesperada para detenerse a pensar en ello. Dijo a Frank que esperaban al señor Pendril a las tres y le envió a su casa dándole las gracias.

Poco después de su partida, toda la inquietud que en aquellos momentos podía sentir por Magdalen recibió el alivio de una noticia mejor de lo que su experiencia de la pasada noche le habría inducido a esperar. Norah había ejercido su influencia para ayudar a su hermana, y esa paciente comprensión de Norah le había hecho liberar el dolor contenido. Magdalen había sufrido grandemente —había sufrido lo inevitable en una naturaleza como la suya— con ese esfuerzo que la aliviaba. Las reparadoras lágrimas no habían brotado con suavidad; habían surgido en un torrente con vehemencia torturadora y apasionada, pero Norah no se había apartado de su lado hasta que, concluida la lucha, había llegado la calma. Estas nuevas animaron a la señorita Garth a retirarse a su dormitorio y procurarse el descanso que tanto necesitaba. Exhaustos el cuerpo y la mente, se durmió de puro agotamiento; durmió pesadamente, sin soñar, durante unas horas. Eran entre las tres y las cuatro de la tarde cuando la despertó una de las criadas. La mujer llevaba una nota en la mano; una nota que había dejado el señor Clare hijo con el deseo de que se la hicieran llegar a la señorita Garth de inmediato. El nombre escrito en la esquina inferior del sobre era «William Pendril». El abogado había llegado.

La señorita Garth abrió la nota. Tras unas cuantas breves frases de condolencia, el abogado anunciaba su llegada a casa del señor Clare y luego continuaba, aparentemente en su calidad de abogado, formulando una sorprendente petición.

«Si —escribía—, se produjera alguna mejoría en el estado de la señora Vanstone —tanto si es una mejoría pasajera, como si es la mejoría permanente que todos esperamos—, en cualquier caso, le ruego que me lo hagan saber de inmediato. Es de la máxima importancia que la vea en el caso de que recobre las fuerzas suficientes para prestarme su atención cinco minutos y la capacidad de firmar al cabo de ese tiempo. ¿Puedo rogarle que transmita mi petición, de manera estrictamente confidencial, a los médicos que la atienden? Ellos comprenderán y usted comprenderá la importancia vital que concedo a esa entrevista cuando le diga que por su causa he aplazado cualquier otro asunto que reclamase mi atención y que estoy preparado para acudir a su llamada a cualquier hora del día o de la noche.» De esta

forma concluía la carta. La señorita Garth la leyó dos veces de cabo a rabo. En la segunda lectura, la petición que le hacía el abogado y las palabras de despedida que habían escapado de los labios del señor Clare el día anterior se relacionaron vagamente en sus pensamientos. Existía algún otro grave asunto pendiente que conocían el señor Pendril y el señor Clare, aparte del interés primero y principal, que era el restablecimiento de la señora Vanstone. ¿A quién afectaba? ¿A las hijas? ¿Se hallaban éstas amenazadas por alguna nueva calamidad que la firma de su madre podría detener? ¿Qué quería decir eso? ¿Quería decir que el señor Vanstone había muerto sin testar?

La angustia y la confusión no permitían a la señorita Garth discurrir como hubiera hecho en tiempos mejores. Se dirigió presurosa a la antecámara del dormitorio de la señora Vanstone y, tras explicar la posición del señor Pendril en la familia, depositó su carta en manos de los médicos. Ambos ofrecieron idéntica respuesta sin titubeos. El estado de la señora Vanstone hacía totalmente imposible la entrevista que el abogado deseaba. Si salía de su postración, la señorita Garth sería informada de inmediato. Mientras tanto, la respuesta al señor Pendril podía resumirse en una sola palabra: imposible.

—¿Comprenden ustedes la importancia que atribuye el señor Pendril a la entrevista? —dijo la señorita Garth.

Sí, ambos médicos lo comprendían.

—Estoy perdida y confusa, caballeros, por la incertidumbre. ¿Adivina alguno de ustedes por qué se necesita la firma, o cuál puede ser el motivo de la entrevista? Yo sólo he visto al señor Pendril cuando ha venido aquí en alguna otra ocasión; no tengo derecho a interrogarle. ¿Quieren volver a leer la carta? ¿Creen ustedes que da a entender que el señor Vanstone no hizo testamento?

—Creo que difícilmente puede dar a entender eso —dijo uno de los médicos—. Pero aun suponiendo que el señor Vanstone hubiera muerto sin testar, la ley se hace cargo de los intereses de su viuda y sus hijos...

—¿Sería así —interpuso el otro médico—, si los bienes resultaran ser bienes raíces?

—No estoy seguro. ¿Sabe usted por casualidad, señorita Garth, si los bienes del señor Vanstone consistían en tierras o en dinero?

—En dinero —respondió la señorita Garth—. Se lo oí decir en más de una ocasión.

—Entonces puedo calmar su inquietud hablando por experiencia propia. Si ha muerto sin testar, la ley otorgará un tercio de su propiedad a su viuda, y dividirá el resto entre sus hijos a partes iguales.

—Pero ¿y si la señora Vanstone...?

—Si la señora Vanstone muriera —continuó el médico, completando la pregunta

que la señorita Garth no había tenido ánimos para acabar por sí misma—, creo estar en lo cierto al afirmar que por ley los bienes pasarían a los hijos. Sea cual sea el motivo para la entrevista que solicita el señor Pendril, no veo razón alguna para relacionarlo con la suposición de que el señor Vanstone haya muerto sin testar. Pero no dude en formular la pregunta al propio señor Pendril para quedarse más tranquila.

La señorita Garth renunció a seguir directamente el consejo del médico. Tras comunicar al señor Pendril la decisión médica que por el momento le negaba la entrevista que pedía, añadió un breve resumen de la cuestión legal que les había planteado e insinuó con delicadeza la natural impaciencia que sentía por conocer los motivos que habían llevado al abogado a hacer su petición. Recibió una respuesta extremadamente precavida, que no le proporcionó una impresión favorable del señor Pendril. El abogado confirmaba la interpretación de la ley que hacían los médicos sólo en términos generales; expresaba su intención de aguardar en casa del señor Clare con la esperanza de que una posible mejoría le permitiera ver a la señora Vanstone y concluía la carta sin la menor explicación de sus motivos y sin una sola palabra referente a la cuestión de la existencia o inexistencia del testamento del señor Vanstone.

La apreciable cautela de la respuesta del abogado mantuvo a la señorita Garth sumida en la zozobra hasta que el tan esperado acontecimiento de aquel día hizo que todos sus pensamientos se concentraran en la preocupación por la señora Vanstone.

Al anochecer llegó el médico de Londres. Contempló a la enferma durante largo rato; consultó con sus colegas durante un intervalo más largo aún; volvió a la habitación de la enferma antes de que la señorita Garth pudiera convencerle de que le comunicara la opinión que se había formado.

Cuando el médico salió a la antecámara por segunda vez, se sentó en silencio junto a ella. La señorita Garth le miró a la cara y su última y débil esperanza murió en ella antes de que el médico abriera los labios.

—Debo decirle la cruda realidad —dijo amablemente—. Todo lo que podía hacerse se ha hecho. En las próximas veinticuatro horas como máximo se despejará la incertidumbre. Si la naturaleza no hace un esfuerzo en ese tiempo, lamento tener que decirle que ha de prepararse para lo peor.

Esas palabras lo dijeron todo; fueron proféticas.

Pasó la noche, y ella sobrevivió. Llegado el día siguiente, aguantó hasta que el reloj señaló las cinco. A esa hora la noticia de la muerte de su marido había asestado el golpe mortal. Cuando volvió a ser esa misma hora, la misericordia de Dios permitió que la señora Vanstone se reuniera con su marido en el otro mundo. Sus hijas se hallaban arrodilladas junto a su lecho en el momento de fallecer. Las dejó sin ser consciente de su presencia; por fortuna y por misericordia, fue insensible al dolor del último adiós.

Su hijo le sobrevivió hasta el final de la tarde, cuando el crepúsculo brillaba tenuemente en el silencioso cielo de occidente. Al anoecer, la luz de aquella vida frágil y menuda —débil desde el principio— vaciló y se extinguió. Los restos mortales de la madre y el hijo yacieron esa noche sobre la misma cama. El Ángel de la Muerte había cumplido su espantosa tarea, y las dos hermanas quedaron solas en el mundo.

CAPÍTULO XII

La mañana del jueves veintitrés de julio, más temprano de lo habitual, apareció el señor Clare en la puerta de su casita y salió a su pequeño jardín.

Había dado a solas unas cuantas vueltas de un lado a otro, cuando apareció un hombre delgado y tranquilo de cabellos grises cuya apariencia estaba desprovista de personalidad alguna, cuyo rostro inexpresivo y cuyos modales, de una calma convencional, no tenían nada que atrajera la aprobación de los demás, aunque tampoco nada que inspirara desagrado. Aquél era el señor Pendril; aquél era el hombre de cuyos labios pendía el futuro de las huérfanas de Combe-Raven.

—Se acerca la hora —dijo, mirando hacia la arboleda, cuando se reunió con el señor Clare—. Estoy citado con la señorita Garth a las once; sólo faltan diez minutos.

—¿Se entrevistará con ella a solas? —preguntó el señor Clare.

—Dejé que lo decidiera la señorita Garth, después de advertirle, sobre todo, de que las circunstancias que estoy obligado a revelar son de una gravísima naturaleza.

—¿Y qué ha decidido?

—Me ha enviado una nota diciendo que ha mencionado mi cita a las dos hijas y les ha repetido la advertencia que le di. La mayor de las dos no se ve con ánimos (¿y a quién puede extrañar?) de mantener una conversación relacionada con el futuro apenas un día después del funeral. La más joven, al parecer, no ha expresado su opinión. Según creo, se deja guiar pasivamente por el ejemplo de su hermana. Mi entrevista, por tanto, se llevará a cabo únicamente con la señorita Garth; y para mí es un gran alivio saberlo.

Pronunció las últimas palabras con mayor énfasis y energía de lo que parecía habitual en él. El señor Clare se detuvo y miró a su invitado con detenimiento.

—Es usted casi tan viejo como yo, señor —dijo—. ¿Aún no le ha endurecido su larga experiencia como abogado?

—No era consciente de lo poco que me había endurecido —respondió el señor Pendril tranquilamente— hasta que regresé ayer de Londres para asistir al funeral. No me habían avisado de que las hijas habían decidido acompañar a sus padres a la tumba. Creo que su presencia hizo que la escena última de esta espantosa calamidad fuera doblemente dolorosa y conmovedora. Usted vio cómo se emocionó todo el mundo, tantas personas como concurren, y eso que ellas ignoraban la verdad; nada sabían de la cruel necesidad que me lleva a la casa esta mañana. El sentido de esa necesidad, y la visión de esas pobres muchachas en unos momentos en que mi arduo deber para con ellas me resulta muy doloroso, me trastornó como por ninguna causa de angustia presente ni incertidumbre futura le suele ocurrir a un hombre de mis años y de mi estilo de vida. No me he recuperado aún; todavía no me siento seguro de mí mismo.

—El aplomo de un hombre, cuando se trata de un hombre como usted, le llega cuando lo necesita —dijo el señor Clare—. Seguramente habrá tenido antes que cumplir a su manera con deberes tan penosos como el que le aguarda esta mañana.

El señor Pendril meneó la cabeza.

—Muchos deberes igualmente serios; muchas historias más románticas. Ningún deber tan penoso; ninguna historia tan desesperada como ésta.

Tras estas palabras se separaron. El señor Pendril abandonó el jardín para entrar en el sendero de la arboleda que conducía a Combe-Raven. El señor Clare volvió a entrar en la casa.

Entrando en el pasillo, miró por la puerta abierta de su pequeño gabinete y vio a Frank sentado allí en ociosa aflicción, con la cabeza apoyada pesadamente en la mano.

—He recibido respuesta de tus jefes de Londres —dijo el señor Clare—. En consideración a lo ocurrido, aceptan mantener la oferta que te hicieron durante un mes más.

Frank mudó de color y se levantó de la silla con nerviosismo.

—¿Han variado mis perspectivas? —preguntó—. ¿No se van a llevar a cabo los planes que tenía el señor Vanstone para mí? Le dijo a Magdalen que en su testamento aseguraba su porvenir. Magdalen me repitió estas palabras, me dijo que debía conocer cuanto la bondad y la generosidad de su padre había hecho por nosotros dos. ¿Por qué su muerte habría de cambiar las cosas? ¿Ha ocurrido algo?

—Espera a que el señor Pendril vuelva de Combe-Raven —contestó su padre—. No me preguntes a mí, pregúntale a él.

Lágrimas prontas afluyeron a los ojos de Frank.

—No serás duro conmigo, ¿verdad? —suplicó débilmente—. No esperarás que vuelva a Londres sin ver antes a Magdalen...

El señor Clare miró a su hijo pensativamente y reflexionó antes de contestar.

—Puedes secarte las lágrimas —dijo—. Volverás a ver a Magdalen antes de marcharte.

Abandonó la habitación después de responder y se retiró a su estudio. Los libros le aguardaban al alcance de la mano, como siempre. Abrió uno de ellos y se dispuso a leer como acostumbraba. Pero se distraía y apartaba la vista del libro de vez en cuando hacia la silla vacía que tenía delante, la silla en la que se había sentado su viejo amigo y compadre para discutir con él festivamente durante tantos años. Tras luchar consigo mismo, cerró el libro.

—¡Maldita silla! —dijo—, hablará de él, y tendré que escucharla. —Cogió su pipa de la pared y la llenó de tabaco con gesto mecánico. Le temblaba la mano, sus ojos se desviaron de nuevo hacia la silla y se le escapó involuntariamente un hondo suspiro. Aquella silla vacía era el único razonamiento terrenal para el que no tenía

respuesta: su corazón reconoció la derrota y le humedeció los ojos a su pesar—. Por fin me ha vencido —dijo el arisco anciano—. Tenía aún un punto débil, y él lo ha encontrado.

Mientras tanto, el señor Pendril entraba en la arboleda y seguía el sendero que conducía al jardín solitario y la casa desolada. En la puerta le recibió el criado, que aparentemente aguardaba allí su llegada.

—Tengo una cita con la señorita Garth. ¿Está preparada para verme?

—Absolutamente preparada, señor.

—¿Está sola?

—Sí, señor.

—¿En la habitación que era el estudio del señor Vanstone?

—En esa habitación, señor.

El criado abrió la puerta y el señor Pendril entró.

La institutriz estaba sola junto a la ventana del estudio. Hacía un calor sofocante; estaba subiendo la hoja inferior de la ventana de guillotina para que entrara más aire en la estancia cuando llegó el señor Pendril.

Se saludaron inclinando la cabeza con cortés formalidad, traicionando ambos una incómoda sensación de reserva. El señor Pendril era uno de esos hombres cuyo aspecto externo sufre las peores consecuencias cuando ha de dominar una intensa agitación mental. La señorita, por su parte, no había olvidado los términos cautelosos y descorteses con que el abogado había contestado a su misiva, y en la inquietud natural que había sentido con respecto a la entrevista no había el alivio posible de una opinión favorable sobre el hombre que la solicitaba. Cuando se miraron el uno al otro en el silencio de la mañana estival —ambos vestidos de negro; las duras facciones de la señorita Garth demacradas y macilentas por la pena; el rostro frío e incoloro del abogado carente de toda expresión, quizá un azoramiento profesional y nada más— habría resultado difícil hallar dos personas menos capaces externamente de atraer las simpatías de nadie que aquellas dos que se habían reunido allí, una para contar, la otra para escuchar, los secretos de los muertos.

—Lamento sinceramente, señorita Garth, molestarla en un momento como éste. Pero las circunstancias, como ya he explicado, no me dejan otra alternativa.

—¿Quiere tomar asiento, señor Pendril? Según tengo entendido quería usted verme en esta habitación.

—Sólo porque los papeles del señor Vanstone están guardados aquí y puede que sea necesario que me refiera a algunos de ellos.

Tras este intercambio formal de comentarios, se sentaron a ambos lados de una mesa situada cerca de la ventana. Uno esperaba para hablar; la otra, para escuchar. Se produjo un silencio momentáneo. El señor Pendril lo rompió refiriéndose a las

jóvenes con las preguntas habituales y las habituales expresiones de condolencia. La señorita Garth le respondió con igual ceremonia, en el mismo tono convencional. Hubo una segunda pausa. El zumbido de las moscas entre los arbustos de siemprevivas que crecían bajo la ventana penetró perezosamente en la habitación y el ruido de los pesados cascos de un caballo de tiro que avanzaba con dificultad por la carretera que se extendía más allá del jardín era tan audible en medio del silencio como si fuera de noche.

El abogado hizo acopio de valor y se ciñó al tema cuando volvió a tomar la palabra.

—Tiene usted motivos, señorita Garth —empezó—, para no sentirse del todo satisfecha con mi pasada conducta en una cuestión en concreto. Durante la fatal enfermedad de la señora Vanstone, me dirigió usted una carta en la que formulaba ciertas preguntas, a las cuales, mientras ella vivía, me era imposible responder. Su lamentable muerte me libera de la reserva que me había impuesto a mí mismo y me permite o, mejor dicho, me obliga, a hablar. Sabrá usted ahora las graves razones que tenía para aguardar día y noche con la esperanza de obtener la entrevista que desgraciadamente jamás se llevó a cabo; y, haciendo justicia a la memoria del señor Vanstone, sus propios ojos serán testigos de que hizo testamento.

Se levantó, abrió una pequeña caja fuerte que había en un rincón de la estancia y regresó a la mesa con varias hojas de papel dobladas, que extendió bajo la mirada de la señorita Garth. Cuando ella hubo leído las primeras palabras, «En el nombre de Dios, amén», volvió la hoja y señaló el final de la página siguiente. La señorita Garth vio la firma que tan bien conocía: «Andrew Vanstone». Vio las firmas habituales de los dos testigos y la fecha del documento, datado hacía más de cinco años. Habiéndola convencido de esta forma de la legalidad del testamento, el abogado intervino antes de que pudiera hacerle preguntas, dirigiéndose a ella con las siguientes palabras:

—No quiero engañarla —dijo—. Tengo motivos personales para mostrarle este documento.

—¿Qué motivos, señor?

—Los oirá. Cuando conozca usted la verdad, puede que estas páginas sirvan para que conserve el respeto a la memoria del señor Vanstone...

La señorita Garth dio un respingo en la silla.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con grave franqueza.

Él no prestó atención a la pregunta; prosiguió como si no le hubiera interrumpido.

—Tengo un segundo motivo —continuó— para enseñarle el testamento. Si puedo convencerla de que lea ciertas cláusulas bajo mi supervisión, descubrirá por sí misma las circunstancias que he venido a desvelar; circunstancias tan penosas que no sé cómo comunicárselas de mis propios labios.

La señorita Garth le miró abiertamente.

—¿Circunstancias, señor, que afectan a los padres muertos o a las hijas vivas?

—Que afectan a los muertos y a los vivos por igual —respondió el abogado—. Circunstancias, lamento decir, que conciernen al futuro de las desventuradas hijas del señor Vanstone.

—Aguarde —dijo la señorita Garth—, aguarde un momento. —Se apartó los mechones grises de las sienes y se esforzó por superar la angustia, la espantosa debilidad del terror que se habría adueñado de una mujer más joven o menos resuelta. Sus ojos oscurecidos por la vigilia, cansados por el dolor, buscaron el rostro impenetrable del abogado—. ¿Sus desventuradas hijas? —repitió para sí, distraídamente—. Habla de ellas como si existiera una calamidad peor que la que las ha convertido en huérfanas. —Volvió a hacer una pausa y recobró el ánimo—. No haré su difícil tarea, señor, más dolorosa, mientras pueda evitarlo —prosiguió—. Muéstreme las cláusulas del testamento. Déjeme leerlas y saber lo peor.

El señor Pendril volvió a la primera página y señaló cierto lugar en las apretadas líneas de escritura.

—Empiece aquí —dijo.

Ella intentó leer, intentó seguir el dedo como lo había seguido antes hasta las firmas y las fechas. Pero sus sentidos parecían compartir la confusión de su cabeza; las palabras se entremezclaban y las líneas bailaban ante sus ojos.

—No puedo seguirle —dijo—. Tendrá que decírmelo o leérmelo. —Apartó la silla de la mesa e intentó dominarse—. ¡Deténgase! —exclamó cuando el abogado cogió los papeles con vacilación y reticencia evidentes—. Primero una pregunta. ¿Se asegura el porvenir de las hijas en este testamento?

—El testamento lo aseguraba cuando se hizo.

—¿Cuando se hizo? —Algo de su natural aspereza surgió en su tono cuando repitió la respuesta—. ¿Lo asegura ahora?

—No.

La señorita Garth le arrancó el testamento de las manos y lo arrojó a un rincón.

—Su intención es buena —dijo—; quiere usted ayudarme, pero está perdiendo el tiempo y malgastando mis fuerzas. Si el testamento es inútil, que se quede donde está. ¡Dígame la verdad, señor Pendril, dígamela con claridad, ahora mismo, con sus propias palabras!

El abogado pensó que sería una crueldad innecesaria resistirse a esa súplica. No había alternativa más misericordiosa que responder de inmediato.

—Debo remitirla a la primavera de este año, señorita Garth. ¿Recuerda usted el cuatro de marzo?

La atención de la señorita Garth volvió a desviarse; una idea parecía haberla asaltado en el momento en que él hablaba. En lugar de responder a la pregunta,

formuló otra.

—Permítame que me dé yo misma la noticia —dijo—; permítame adelantarme a usted si puedo. El testamento inservible, el modo en que habla de sus hijas, la duda que parece usted albergar en cuanto a que conserve el respeto a la memoria del señor Vanstone, me han abierto los ojos a una nueva perspectiva. El señor Vanstone estaba arruinado; ¿es eso lo que tenía que decirme?

—Todo lo contrario. El señor Vanstone ha dejado una fortuna de más de ochenta mil libras, una fortuna invertida en excelentes valores. Vivía de acuerdo con sus ingresos, pero jamás por encima de ellos, y la suma de todas sus deudas no alcanzaría las doscientas libras. De haber estado arruinado, yo lo hubiera lamentado profundamente por sus hijas, pero no hubiera vacilado en contarle a usted la verdad como vacilo ahora. Permítame repetirle una pregunta que no ha oído, creo, cuando se la he hecho por primera vez. Retroceda hasta la primavera de este año. ¿Recuerda el cuatro de marzo?

—Mi memoria para las fechas es mala en el mejor de los casos —dijo la señorita Garth, meneando la cabeza—. Estoy demasiado confusa para ejercitarla de improviso. ¿No podría plantear la pregunta de otra forma?

El señor Pendril preguntó en la forma siguiente:

—¿Recuerda algún acontecimiento familiar en la primavera de este año que pareciera afectar al señor Vanstone más de lo habitual?

La señorita Garth se inclinó y miró al señor Pendril con vehemencia.

—¡El viaje a Londres! —exclamó—. ¡Desconfié del viaje a Londres desde el principio! ¡Sí! Recuerdo que el señor Vanstone recibió una carta; recuerdo que la leyó y se alteró tanto que nos sorprendió a todos.

—¿Se fijó usted en que hubiera cierto entendimiento entre el señor y la señora Vanstone con respecto a esa carta?

—Sí, en efecto. Una de las chicas (fue Magdalen) mencionó el matasellos: algún lugar de América. Ahora lo recuerdo todo, señor Pendril. La señora Vanstone se mostró nerviosa e impaciente en cuanto oyó nombrar el sitio. Se fueron juntos a Londres al día siguiente; no dieron ninguna explicación a sus hijas ni a mí. La señora Vanstone dijo que el viaje estaba motivado por asuntos familiares. Sospeché que ocurría algo malo, no sabía el qué. La señora Vanstone me escribió desde Londres para decirme que el propósito del viaje era consultar a un médico sobre su estado de salud sin alarmar a sus hijas. En aquel momento la carta tenía algo que me dolió. Pensé que me estaba ocultando algún otro motivo. ¿Fui injusta con ella?

—No fue injusta con ella. Existía un motivo oculto. Al revelar ese motivo, revelo el penoso secreto que me trae a esta casa. Todo lo que podía hacer para prepararla ya está hecho. Permítame ahora que le diga la verdad en pocas y sencillas palabras. Cuando el señor y la señora Vanstone abandonaron Combe-Raven en marzo del

presente año...

Antes de que pudiera completar la frase le interrumpió un súbito movimiento de la señorita Garth. Ésta se había sobresaltado violentamente y miraba hacia la ventana que tenía a su espalda.

—Es sólo el viento que mueve las hojas —dijo débilmente—. Tengo los nervios tan alterados que las cosas más nimias me sobresaltan. ¡Hable, por amor de Dios! Cuando el señor y la señora Vanstone abandonaron esta casa, dígamelo con claridad, ¿para qué fueron a Londres?

Con claridad contestó el señor Pendril:

—Fueron a Londres para casarse.

Al tiempo que respondía, colocó una hoja de papel sobre la mesa. Era el certificado de matrimonio de los difuntos padres, fechado el veinte de marzo de mil ochocientos cuarenta y seis.

La señorita Garth no se movió ni habló. El certificado permaneció delante de sus ojos sin que se fijara en él. Tenía la vista clavada en el rostro del abogado; estaba atónita, paralizada. El señor Pendril vio que todos sus esfuerzos por amortiguar el golpe del descubrimiento habían sido en vano; comprendió la vital importancia de sacarla de aquel estado y repitió las palabras fatídicas con toda claridad y firmeza.

—Fueron a Londres a casarse —dijo—. Intente recobrase, intente asimilar primero los hechos sin adornos; la explicación vendrá después. ¡Señorita Garth, le estoy diciendo la triste verdad! En la primavera de este año salieron de esta casa; vivieron en Londres durante una quincena en la más estricta intimidad; se casaron por lo civil al final de ese período. Aquí está la copia del certificado que yo mismo obtuve el pasado lunes. Lea usted la fecha del matrimonio. Es el viernes, veinte de marzo, de marzo del presente año.

Cuando señalaba el certificado, aquel débil soplo de aire que había movido los arbustos de debajo de la ventana sobresaltando a la señorita Garth agitó las hojas una vez más. Esta vez también lo oyó él, y volvió el rostro para que la brisa lo bañara. No le llegó brisa alguna; ningún soplo de aire con fuerza suficiente para ser advertido penetró en la habitación.

La señorita Garth salió de su ensimismamiento y leyó el certificado como una autómatas. No pareció producir impresión alguna en ella; lo apartó a un lado con actitud de perplejidad.

—Doce años —dijo en voz baja, con tono de desesperación—, doce felices y tranquilos años he vivido con esta familia. La señora Vanstone era amiga mía; mi querida y apreciada amiga, mi hermana, casi podría decir. No lo puedo creer. Tenga paciencia conmigo, señor, aún no lo puedo creer.

—La ayudaré a creerlo cuando le cuente el resto —dijo el señor Pendril—. Me comprenderá mejor cuando la haga retroceder a la época de la juventud del señor

Vanstone. No pido su atención de momento. Esperemos un poco hasta que se recupere usted.

Aguardaron unos minutos. El abogado se sacó unas cartas del bolsillo, las consultó detenidamente y volvió a guardarlas.

—¿Podrá escucharme ahora? —preguntó amablemente. Ella asintió. El señor Pendril reflexionó unos instantes—. Debo advertirle una cosa —dijo—. Si el aspecto del carácter del señor Vanstone que voy a presentar ahora parece contradecirse con la experiencia que tiene usted de él, recuerde que cuando usted lo conoció, hace doce años, él era un hombre de cuarenta, y que cuando lo conocí yo era un muchacho de diecinueve.

Sus siguientes palabras descorrieron el velo y mostraron el pasado irrevocable.

CAPÍTULO XIII

—La fortuna que poseía el señor Vanstone cuando usted lo conoció —empezó el abogado— era parte, y sólo parte, de la herencia que recibió a la muerte de su padre. El señor Vanstone padre era un industrial del norte de Inglaterra. Se casó muy joven y los hijos del matrimonio fueron seis o siete, no estoy seguro. El primogénito, Michael, vive aún y es un anciano que ha cumplido los setenta. La segunda, Selina, la hija mayor, casó ya en la madurez y murió hace diez u once años. Después vinieron otros hijos e hijas cuyas muertes prematuras hacen innecesario que dé más detalles. El último de todos los hijos, y menor en muchos años, fue Andrew, al que conocí, como ya he dicho, cuando tenía diecinueve. Mi padre estaba entonces a punto de retirarse del ejercicio activo de su profesión y, al sucederle en su trabajo, heredé también su relación con los Vanstone como abogado de la familia.

»En aquella época, Andrew acababa de emprender su vida de adulto ingresando en el ejército. Tras poco más de un año de servicio en el país, su regimiento fue destinado a Canadá. Cuando abandonó Inglaterra, su padre y su hermano mayor, Michael, tenían serias desavenencias. No voy a entretenerla a usted entrando en la causa de la disputa. Baste decir que el señor Vanstone padre, pese a sus muchas y excelentes cualidades, era un hombre de carácter violento e intratable. Su primogénito le había desafiado en circunstancias que tal vez sólo hubieran irritado a un padre de carácter más suave, pero éste declaró categóricamente que no quería volver a ver a Michael nunca más. Haciendo caso omiso de mis ruegos y de los de su esposa, rompió en nuestra presencia el testamento por el que Michael recibía su parte de la herencia paterna. Tal era la situación familiar cuando el hijo menor partió para Canadá.

»Unos meses después de la llegada de su regimiento a Québec, Andrew conoció a una mujer muy atractiva que procedía, o afirmaba proceder, de uno de los estados sureños de América. De inmediato consiguió ejercer una gran influencia sobre él, utilizándola con el propósito más vil. Usted conocía la naturaleza afable, afectuosa y confiada del señor Vanstone en su madurez, no le costará nada imaginar hasta qué punto actuó de manera irreflexiva bajo los impulsos de la juventud. Huelga detenerse en esta lamentable parte de la historia. No tenía más que veintiún años, estaba ciegamente enamorado de una mujer indigna, y ella le sedujo con implacable astucia hasta que fue demasiado tarde para dar marcha atrás. En pocas palabras, cometió el error fatal de su vida: se casó con ella.

»Velando por sus propios intereses, ella tuvo la suficiente inteligencia para temer la influencia de los camaradas oficiales de Andrew y para convencerle de que guardaran secreto sobre su intención de casarse hasta el mismo día de la boda. Eso lo consiguió, pero no pudo prever los efectos de la casualidad. Apenas habían

transcurrido tres meses cuando una revelación casual puso al descubierto la vida que había llevado antes del matrimonio. Al marido no le quedaba más que una alternativa: la de separarse inmediatamente de ella.

»El efecto del descubrimiento en el desdichado muchacho, pues su disposición era aún la de un muchacho, puede juzgarse por el suceso que le siguió. Uno de los oficiales superiores de Andrew (un tal comandante Kirke, si mal no recuerdo) lo encontró en sus habitaciones escribiendo a su padre una confesión de la vergonzosa verdad, con una pistola cargada al lado. Aquel oficial salvó al muchacho del suicidio y echó tierra sobre el escandaloso asunto gracias a una solución de compromiso. Dado que el matrimonio era totalmente legal y que la mala conducta de la esposa era previa a la boda, lo que no daba derecho al marido a reclamar el divorcio, la única posibilidad consistía en favorecer los intereses de aquella mujer. Se le garantizó una considerable pensión anual con la condición de que volviera al lugar del que había salido, que no apareciera jamás en Inglaterra y que dejara de usar el apellido del marido. Se estipularon además otras condiciones. Ella las aceptó todas, y se tomaron medidas en privado para tenerla bien vigilada en el lugar de su retiro. No puedo decirle qué vida llevó allí ni si cumplió todas las condiciones que le impusieron. Sólo puedo decirle que jamás vino a Inglaterra que yo sepa, que jamás molestó al señor Vanstone y que se le pagó hasta el día de su muerte la pensión anual a través de un representante en América. Lo único que ella quería de él al casarse era dinero, y dinero fue lo que tuvo.

»Mientras tanto, Andrew había abandonado el regimiento. Nada consiguió persuadirle de que se enfrentara con sus camaradas oficiales después de lo ocurrido. Presentó la renuncia y volvió a Inglaterra. La primera noticia que le llegó a su regreso fue el fallecimiento de su padre. Vino a mi despacho de Londres antes de volver a casa y allí supo de mis propios labios cómo había terminado la disputa familiar.

»El testamento que el señor Vanstone padre había destruido en mi presencia no había sido reemplazado por otro, que yo supiera. Cuando me mandaron llamar tras su muerte, como es lo habitual, no cabía la menor duda de que la ley tendría que realizar la acostumbrada división entre la viuda y los hijos. Con gran sorpresa por mi parte, apareció un testamento entre sus papeles, correctamente redactado y legalizado, y fechado aproximadamente una semana después del día en que se había destruido el primero. El señor Vanstone padre había mantenido su afán de venganza contra el hijo mayor y había recurrido a un extraño para que le asistiera profesionalmente en lo que con sinceridad creo que le daba vergüenza pedirme a mí.

»Es innecesario que la moleste ahora detallándole las disposiciones del testamento, cuyo fin era asegurar el porvenir de una viuda y tres hijos. La viuda recibió tan sólo un interés vitalicio sobre una parte de los bienes del testador; la parte restante se dividía entre Andrew y Selina: dos tercios para el hermano y un tercio

para la hermana. A la muerte de la madre, el dinero del que saldría su renta pasaría a Andrew y Selina en la misma proporción, después de que de la suma total se dedujeran cinco mil libras que se pagarían a Michael como único legado del implacable padre a su primogénito.

»En números redondos, la división de la propiedad tal como establecía el testamento quedó como sigue. Antes de la muerte de su madre, Andrew tenía setenta mil libras, Selina tenía treinta y cinco mil libras y Michael nada. Tras la muerte de la madre, Michael tenía cinco mil libras, frente a la herencia de Andrew, que había aumentado hasta cien mil libras, y la herencia de Selina, que había alcanzado las cincuenta mil. No crea que me entretengo innecesariamente en esta parte de la historia. Cada una de mis palabras se refiere a intereses aún por desvelar que tienen una importancia capital para las hijas del señor Vanstone. A medida que vayamos pasando del pasado al presente recuerde la tremenda desigualdad de la herencia de Michael con respecto a la de Andrew. Me temo que el daño causado por aquel testamento vengativo aún no haya acabado.

»El primer impulso de Andrew cuando oyó las noticias que yo le daba fue digno de su naturaleza abierta y generosa. De inmediato propuso dividir la herencia con su hermano mayor. Pero existía un grave obstáculo en el camino. En mi despacho le aguardaba una carta de Michael, y en esa carta le acusaba de ser la causa original del distanciamiento entre el padre y su primogénito. Los esfuerzos realizados por Andrew —reconozco que de una manera demasiado directa e imprudente, pero sé que con la más pura y la mejor de las intenciones— para acabar con la disputa antes de marcharse a Canadá fueron distorsionados por la más vil tergiversación con el fin de apoyar un reproche de traición y falsedad que hubiera herido a cualquier hombre en lo más vivo. A Andrew le pareció lo mismo que a mí: que si no se retiraban aquellas imputaciones antes de que se llevaran a cabo los generosos propósitos que tenía hacia su hermano, el mero hecho de beneficiarle equivaldría prácticamente a reconocer que la acusación de Michael era justa. Escribió una carta a su hermano en los términos más indulgentes. La respuesta fue todo lo ofensiva que permiten las palabras. Michael había heredado el temperamento de su padre sin que lo compensaran sus mejores cualidades; en su segunda carta reiteraba las acusaciones de la primera y declaraba que sólo aceptaría la división propuesta como un acto de reparación por parte de Andrew. A continuación escribí a la madre para que intercediera. Ella misma se sentía agraviada por no haber recibido más que un interés vitalicio sobre parte de los bienes de su marido; se puso decididamente del lado de Michael y estigmatizó la propuesta de Andrew como un intento de sobornar a su hijo primogénito para que retirara una acusación contra su hermano que ese hermano sabía que era cierta. Tras este último rechazo nada más se podía hacer. Michael se retiró al Continente y su madre le siguió hasta allí. La madre vivió aún muchos años y ahorró el dinero

suficiente de su renta para aumentar considerablemente las cinco mil libras de su primogénito. Michael había mejorado previamente su situación pecuniaria contrayendo un matrimonio ventajoso, y ahora lo que le queda de vida lo reparte entre Francia y Suiza, viudo y con un hijo. Volveremos a él dentro de poco. Mientras tanto, y para concluir, sólo decirle que Andrew y Michael no volvieron a verse, ni se comunicaron nunca más, ni siquiera por carta. A todos los efectos, estuvieron muertos el uno para el otro desde aquella época hasta el momento presente.

»Ahora podrá calibrar usted cuál era la situación de Andrew cuando abandonó su profesión y regresó a Inglaterra. Poseedor de una fortuna, estaba solo en el mundo; su futuro destruido desde el inicio de su vida; distanciado de su madre y su hermano; con una hermana casada en la madurez cuyos intereses y esperanzas nada tenían que ver con él. En una situación como la suya, hombres de un fuste intelectual más firme tal vez hubieran hallado refugio en una absorbente actividad mental. Él no era capaz de tal esfuerzo; toda la fortaleza de su carácter estribaba en los afectos desperdiciados. Su lugar en el mundo era ese tranquilo hogar con esposa e hijos que hicieran su vida dichosa, precisamente el que había perdido para siempre. No osaba mirar hacia atrás. No podía mirar hacia delante. Desesperado, se dejó llevar por su impetuosa juventud y se sumergió en la más baja disipación de la vida londinense.

»La falsedad de una mujer le había conducido a la ruina. El amor de una mujer le salvó en los comienzos de su decadencia. No hablemos de ella con dureza, pues la depositamos ayer junto a él en la tumba.

»Usted, que sólo conoció a la señora Vanstone en los últimos años, cuando la enfermedad, la pena y la secreta preocupación la habían alterado y entristecido, no puede hacerse una idea exacta del atractivo de su persona y su carácter cuando era una joven de diecisiete años. Yo estaba con Andrew cuando se conocieron. Intentaba apartarle, por una noche al menos, de compañías y placeres degradantes convenciéndole para que me acompañara al baile que daba una de las grandes firmas de la City. Allí se vieron por primera vez. Ella le causó una honda impresión desde el momento en que la vio. Para mí, como para él, era una completa desconocida. Al conseguir que le fuera presentada de la forma habitual, supo que era la hija de un tal señor Blake. El resto se lo dijo ella misma. Fueron pareja de baile (en el atestado salón pasaron inadvertidos) durante toda la velada.

»Las circunstancias estaban en contra de ella desde el principio. Era desgraciada en su hogar. Sus familiares y allegados no ocupaban un lugar relevante en la sociedad; eran personas de baja condición, indignas de ella en todos los aspectos. Era su primer baile; era la primera vez que conocía a un hombre con la educación, los modales y la conversación de un caballero. ¿Acaso no tengo derecho a excusarla? ¡Si sentimos algo de compasión por las debilidades humanas, desde luego que sí!

»El encuentro de aquella noche decidió el futuro de ambos. Cuando se hubieron

producido otros encuentros, cuando la confesión del amor que ella le profesaba escapó de sus labios, Andrew tomó el camino (de una manera inocente, inconsciente) más peligroso de todos. Su franqueza y su sentido del honor no le permitían engañarla: le abrió su corazón y le contó la verdad. Ella era una joven generosa e impulsiva; sus vínculos familiares no eran lo bastante fuertes para retenerla; estaba apasionadamente enamorada de él, y Andrew había apelado a su piedad, que, para honra inmortal de las mujeres, es la apelación que más les cuesta resistir. La señora Vanstone (entonces señorita Blake) comprendió, con toda razón, que sólo ella se interponía entre él y la ruina. La última posibilidad de salvación dependía de su decisión. Decidió, y lo salvó.

»No me interprete mal; que no se me acuse de tratar frívolamente el grave problema social que me obliga a tratar mi narración. No defenderé la memoria de la señora Vanstone con falsos argumentos; sólo diré la verdad. Es cierto que ella lo apartó de los locos excesos que hubieran acabado en una muerte prematura. Es cierto que ella lo devolvió a esa feliz existencia hogareña que usted recuerda con afecto y que él recordó con una gratitud tal que la hizo su esposa en cuanto quedó libre. Que la moralidad estricta reclame sus derechos y condene su primera falta. Verdaderamente de bien poco me habría servido leer el Nuevo Testamento si la misericordia cristiana no puede suavizar la dura condena contra ella, si la caridad cristiana no encuentra una disculpa a su memoria en el amor y la fidelidad, en el sufrimiento y el sacrificio de toda su vida.

»Unas cuantas palabras más nos llevarán a una época posterior y a sucesos que usted misma ha conocido.

»No necesito recordarle que la posición en la que se hallaba el señor Vanstone en aquel momento no podía conducir más que a un resultado final: la revelación, más o menos inevitable, de la verdad. Se intentó mantener en secreto la desgracia de su vida para la familia de la señorita Blake y, por supuesto, esos intentos fracasaron ante el implacable escrutinio del padre y los allegados de la joven. No puedo decirle qué habría ocurrido si sus parientes hubieran sido lo que se dice «respetables». Lo cierto es que eran personas con las que se podía negociar a conveniencia (como vulgarmente se dice). El único superviviente de la familia en la actualidad es un sinvergüenza que se llama a sí mismo capitán Wragge. Cuando le diga que este capitán Wragge la extorsionó, obligándola a pagar por su silencio hasta el final, y cuando añada que su conducta no era una excepción extraordinaria a la conducta de los demás parientes cuando vivían, comprenderá el tipo de gente con el que tuve que tratar en beneficio de mi cliente y cómo fue aplacada su fingida indignación.

»Tras abandonar Inglaterra en primera instancia en dirección a Irlanda, el señor Vanstone y la señorita Blake permanecieron allí durante unos cuantos años. Pese a su juventud, ella asumió sin pestañear su posición y las necesidades que ésta implicaba.

Una vez decidida a sacrificar su vida al hombre que amaba, una vez acallada su conciencia con la convicción personal de que el matrimonio del señor Vanstone era una pantomima legal y de que ella era «su esposa a los ojos de Dios», se propuso desde un principio cumplir el objetivo primordial de vivir con él a los ojos del mundo de tal manera que jamás despertaran la sospecha de que no era su esposa legal. Pocas son verdaderamente las mujeres que no saben decidir con firmeza, planear con paciencia y actuar con prontitud cuando están en juego sus intereses más queridos. La señora Vanstone (recuerde que ahora tiene derecho a ese nombre), la señora Vanstone superaba a la mayoría de las mujeres en tenacidad y tacto, y tomó en aquellos primeros tiempos todas las precauciones necesarias que la capacidad menos despierta de su marido no tenía el arte de concebir, precauciones a las que debieron en gran medida el mantenimiento de su secreto en épocas posteriores.

»Gracias a esta protección, ni una sombra de sospecha los siguió hasta aquí cuando regresaron a Inglaterra. Primero se establecieron en Devonshire, sencillamente porque allí se hallaban más lejos del condado del norte en el que se conocía a la familia del señor Vanstone y su historia. Por parte de los parientes vivos del señor Vanstone no tenían que temer indagaciones curiosas. Se había distanciado por completo de su madre y de su hermano. El marido de su hermana (que era clérigo) le había prohibido que mantuviera ningún tipo de contacto con él desde el período de su vida en que había caído en la deplorable disipación que adoptó al volver de Canadá, como he descrito. No tenía más parientes. Cuando él y la señorita Blake abandonaron Devonshire, su siguiente residencia fue esta casa. Sin buscar ni evitar el trato; felices con su vida común, sus hijos y su tranquila vida rural; sin que los vecinos que formaban su modesto círculo de relaciones sospecharan en modo alguno que fueran más que lo que aparentaban ser, la verdad en su caso, como en el de tantos otros, siguió siendo un secreto hasta que un accidente la sacó a la luz.

»Si, por la íntima relación que tenía con ellos, le parece extraño que no se traicionaran jamás a sí mismos, le ruego que considere las circunstancias y comprenderá entonces la aparente anomalía. Recuerde que habían estado viviendo como marido y mujer a todos los efectos (salvo que no habían celebrado la ceremonia de la boda) durante quince años antes de que usted entrara en esta casa, y no olvide tampoco que no ocurrió suceso alguno que perturbara la felicidad del señor Vanstone en el presente, ni que le recordara el pasado ni le advirtiera del futuro, hasta que llegó la noticia de la muerte de su esposa en aquella carta de América que vio usted en su mano. A partir de aquel día —cuando él se vio obligado a recordar un pasado que aborrecía, cuando ella tuvo al alcance de la mano un futuro que jamás se había atrevido a esperar—, pronto se dará usted cuenta, si no lo ha hecho ya, ambos se traicionaron a sí mismos una y otra vez, y sólo el hecho de que usted y sus hijas no tuvieran la más mínima sospecha evitó que descubrieran la verdad.

»Conoce usted ahora la triste historia del pasado tan bien como yo. He tenido que decir palabras muy duras. Dios sabe que las he pronunciado con sincera compasión hacia los vivos y sincero aprecio por la memoria de los muertos.

Hizo una pausa, volvió un poco el rostro y apoyó la cabeza en la mano con la actitud serena y reservada que era propia de él. Hasta entonces la señorita Garth sólo había interrumpido su relato con alguna que otra palabra o una muda muestra de atención. No hizo esfuerzos por disimular las lágrimas, que le caían rápidas y silenciosas por las mejillas ajadas cuando alzó la vista y habló.

—Le he ofendido, señor, de pensamiento —dijo con noble sencillez—. Ahora le conozco mejor. Permítame pedirle perdón; permítame cogerle la mano.

Estas palabras y el gesto que las acompañó conmovieron al señor Pendril profundamente. Cogió la mano de la señorita Garth sin decir nada. Ella fue la primera en hablar, la primera en dar ejemplo de autodominio. Uno de los nobles instintos de la mujer es que no hay nada que la induzca a luchar contra su propia aflicción con mayor éxito que la visión de la congoja de un hombre. La señorita Garth se enjugó las lágrimas tranquilamente, y tranquilamente movió su silla para sentarse más cerca de él antes de hablar.

—Lo que ha ocurrido en esta casa, señor Pendril, ha supuesto una dolorosa conmoción para mí —dijo—; de lo contrario habría soportado lo que acaba de contarme con mayor entereza de la que he demostrado hoy. ¿Me permitirá hacerle una pregunta antes de que prosiga? Mi corazón sufre por las hijas de mi amo, ahora mis hijas más que nunca. ¿No hay esperanzas para su futuro? ¿No les queda otra perspectiva que la pobreza?

El abogado vaciló antes de contestar.

—Les queda la dependencia —dijo al fin— de la justicia y la clemencia de un extraño.

—¿Por el infortunio de su nacimiento?

—Por los infortunios que han seguido al matrimonio de sus padres.

Tras esta sorprendente respuesta se levantó, cogió el testamento del suelo y lo colocó de nuevo sobre la mesa, entre ambos.

—Sólo puedo presentarle la verdad —prosiguió— en términos sencillos. El matrimonio ha destruido este testamento y las hijas del señor Vanstone dependen ahora de su tío.

Mientras hablaba, la brisa agitó de nuevo los arbustos bajo la ventana.

—¿De su tío? —repitió la señorita Garth. Reflexionó unos instantes y de repente puso la mano sobre el brazo del señor Pendril—. ¡No se referirá a Michael Vanstone!

—Sí, a Michael Vanstone.

La mano de la señorita Garth seguía aferrando el brazo del abogado

mecánicamente. Todos sus pensamientos estaban concentrados en el esfuerzo de asimilar el descubrimiento que acababa de hacer.

—¡De Michael Vanstone! —se dijo—. Del enemigo más acérrimo de su padre. ¿Cómo es posible?

—Présteme atención unos minutos más —dijo el señor Pendril— y lo sabrá. Cuanto antes pongamos fin a esta dolorosa entrevista, antes podré ponerme en contacto con el señor Michael Vanstone y antes sabrá usted qué decide hacer por las hijas huérfanas de su hermano. Le repito que dependen por completo de él. Para que comprenda más fácilmente el cómo y el porqué, retomaremos la sucesión de acontecimientos donde la habíamos dejado: en el momento de la boda del señor y la señora Vanstone.

—Un momento, señor —dijo la señorita Garth—. ¿Estaba usted al corriente de esa boda cuando se llevó a cabo?

—Desgraciadamente, no. Me hallaba lejos de Londres, lejos de Inglaterra, en aquella época. Si el señor Vanstone hubiera podido ponerse en contacto conmigo cuando la carta de América le comunicó la muerte de su esposa, la fortuna de sus hijas no se hallaría ahora en juego.

Hizo una pausa y, antes de proseguir, volvió a echar un vistazo a las cartas que había consultado antes. Cogió una de las cartas y la colocó sobre la mesa, a su lado.

—A principios de este año —continuó—, un grave asunto relacionado con la propiedad de un viejo cliente y amigo en las Indias Occidentales requirió mi presencia, o la de uno de mis socios, en Jamaica. Uno de los dos era necesario aquí y el estado de salud del otro no le permitía viajar. No tuve más remedio que ir yo. Escribí al señor Vanstone diciéndole que habría de abandonar Inglaterra a finales de febrero y que la índole del asunto que me llevaba a las Indias Occidentales no me permitía esperar la vuelta antes de junio. No tenía ningún motivo especial para escribirle. Sencillamente me pareció lo correcto, dado que mis socios no conocían los asuntos privados del señor Vanstone como yo, advertirle de mi ausencia como una adecuada medida de precaución formal. Abandoné Inglaterra a finales de febrero sin haber recibido noticias de él. Me hallaba en alta mar cuando le llegó la noticia de la muerte de su esposa el cuatro de marzo, y no regresé hasta mediados de junio.

—Le advertió de su partida —interpuso la señorita Garth—. ¿No le advertió de su regreso?

—No lo hice personalmente. Mi pasante principal le envió una de las circulares que despachó el bufete para anunciar mi regreso. Fue lo primero que se me ocurrió para reemplazar la carta personal que no tuve tiempo de escribir debido a la presión de las innumerables ocupaciones que se me habían acumulado tras mi larga ausencia. Apenas un mes más tarde, me comunicó por carta la noticia de su boda. Estaba escrita el día del fatal accidente. Las circunstancias que le indujeron a escribirla surgieron a

raíz de un suceso por el que usted debió de tener cierto interés. Me refiero al idilio del hijo del señor Clare y la hija menor del señor Vanstone.

—Debo decir que no vi con buenos ojos ese enamoramiento en un principio —dijo la señorita Garth—. Ignoraba entonces el secreto de la familia; ahora lo comprendo.

—Exactamente. El motivo que comprende usted ahora es el que nos lleva a la cuestión principal. La joven (según me ha contado el señor Clare padre, a quien debo el conocimiento de los hechos con detalle) confesó su enamoramiento a su padre, e inocentemente le hirió en lo más hondo al referirse por casualidad a la época en que él era joven. El señor Vanstone mantuvo una larga conversación con su mujer en la cual convinieron que debían informar confidencialmente al señor Clare de la verdad antes de permitir que el enamoramiento entre los jóvenes fuera más lejos. Fue extremadamente doloroso tanto para el marido como para la mujer verse reducidos a esa alternativa. Pero estaban decididos, como personas honorables, a sacrificar sus propios sentimientos. El señor Vanstone se dirigió en el acto a la casa del señor Clare. Sin duda observó usted un extraordinario cambio en los modales del señor Vanstone ese día y comprende ahora la razón.

La señorita Garth inclinó la cabeza y el señor Pendril continuó.

—Conoce usted de sobra el desprecio del señor Clare hacia todos los prejuicios sociales —dijo— para imaginar cómo recibió la confesión de su vecino. Cinco minutos después de que se iniciara la entrevista, los dos viejos amigos se sentían tan cómodos y libres el uno con el otro como siempre. Durante su conversación, el señor Vanstone mencionó el arreglo pecuniario que había realizado en beneficio de su hija y del futuro marido, y entonces, naturalmente, se refirió al testamento que se halla ahora encima de esta mesa. Recordando que su amigo se había casado en el mes de marzo de este año, el señor Clare preguntó de inmediato cuándo se había redactado el testamento; recibió la respuesta de que se había hecho cinco años atrás, e inmediatamente dejó atónito al señor Vanstone diciéndole sin rodeos que el documento era papel mojado a los ojos de la ley. Hasta ese momento el señor Vanstone, como tantas otras personas, ignoraba por completo que el matrimonio de un hombre se considera el acontecimiento más importante de su vida, tanto a nivel social como legal, y que invalida cualquier testamento que hubiera redactado como soltero, así como hace absolutamente necesaria la reafirmación de sus intenciones testamentarias como hombre casado. La exposición de este sencillo hecho pareció abrumar al señor Vanstone. Tras manifestar que debía a su amigo un favor que recordaría hasta el día de su muerte, abandonó al punto su casa, regresó a Combe-Raven inmediatamente y me escribió esta carta.

El abogado tendió la carta abierta a la señorita Garth. Con un dolor mudo y sin lágrimas, ella leyó estas palabras:

Mi querido señor Pendril, desde que nos escribimos por última vez se ha producido un extraordinario cambio en mi vida. Aproximadamente una semana después de su partida, recibí noticia de América de que era libre. ¿Necesito decirle qué uso hice de esa libertad? ¿Necesito decirle que la madre de mis hijas es ahora mi esposa?

Si le sorprende no haber recibido noticias mías en el momento mismo en que regresó, atribuya mi silencio en gran parte, si no toda, a mi total ignorancia sobre la necesidad legal de hacer otro testamento. Hace apenas media hora que lo he descubierto (en circunstancias que le relataré cuando nos veamos) gracias a mi viejo amigo el señor Clare. Ciertas preocupaciones familiares han contribuido también a mi silencio. Mi mujer está a punto de dar a luz; además de esta grave preocupación, mi segunda hija acaba de comprometerse. Hasta que hoy he visto al señor Clare, tales asuntos ocupaban mis pensamientos hasta tal punto que ni siquiera se me ha ocurrido escribirle durante el corto mes transcurrido desde que me enteré de su vuelta. Ahora que sé que debo rehacer mi testamento, le escribo al instante. Por amor de Dios, venga el mismo día en que reciba esta carta; venga y líbreme del horrible pensamiento de que mis dos queridas hijas se hallan desamparadas en este momento. Si algo me ocurriera y mi deseo de hacer justicia a su madre acabara (debido a mi lamentable desconocimiento de la ley) dejando a Norah y a Magdalen desheredadas, ¡no podría descansar en la tumba! Venga sin demora, suyo siempre.

A.V.

—El sábado por la mañana —prosiguió el señor Pendril—, llegaron estas líneas. Al instante dejé de lado todos los demás asuntos y tomé un coche para ir a la estación. En la terminal de Londres oí la primera noticia sobre el accidente del viernes, pero los detalles sobre el número de pasajeros muertos y sus nombres eran contradictorios. En Bristol estaban mejor informados y se confirmó la terrible verdad sobre el señor Vanstone. Tuve tiempo para recobrar me antes de llegar a la estación de aquí, donde encontré al hijo del señor Clare esperando. Me llevó a la casa de su padre, y allí, sin perder un momento, redacté el testamento de la señora Vanstone. Mi propósito era garantizar la única herencia para sus hijas que era ya posible. Habiendo muerto sin testar, un tercio de la fortuna del señor Vanstone iría a parar a su viuda y el resto se dividiría entre sus parientes. Como progenie nacida fuera del matrimonio, las hijas del señor Vanstone, dadas las circunstancias de la muerte de su padre, tenían tanto derecho a una parte de sus bienes como las hijas de uno de sus labradores. La única opción posible era que su madre se recobrara lo suficiente para dejarles por testamento su tercio en herencia en caso de fallecer. Ahora sabe usted por qué le escribí para pedir la entrevista, por qué aguardé día y noche con la esperanza de recibir su llamada. Lamenté sinceramente responder a las preguntas de su nota del

modo en que me vi obligado a hacerlo. Pero mientras existiera la posibilidad de que la señora Vanstone viviera, el secreto de su matrimonio era suyo, no mío, y la delicadeza me impedía desvelarlo.

—Hizo usted bien, señor —dijo la señorita Garth—. Comprendo sus motivos y los respeto.

—Mi último intento por ayudar a las hijas —prosiguió el señor Pendril—, como usted sabe, resultó infructuoso debido a la peligrosa naturaleza de la enfermedad de la señora Vanstone. Su muerte dejó al niño que le sobrevivió unas pocas horas (el niño que, recuerde, nació dentro del matrimonio legal) como único poseedor del total de la fortuna del señor Vanstone. A la muerte del niño (aunque hubiera sobrevivido a la madre unos segundos en lugar de unas horas, el resultado hubiera sido el mismo), el dinero pasó al pariente más cercano del niño, y ese pariente es el tío paterno del niño, Michael Vanstone. La fortuna de ochenta mil libras ha pasado prácticamente a sus manos.

—¿No hay otros parientes? —preguntó la señorita Garth—. ¿No hay esperanza en algún otro lado?

—No hay parientes con los mismos derechos que Michael Vanstone —dijo el abogado—. No viven ni abuelos ni abuelas del niño muerto (ni por parte de padre ni de madre). No era probable que vivieran, considerando la edad del señor y la señora Vanstone al morir. Es una desgracia que también debemos lamentar que no vivan otros tíos o tías. Existen unos primos, el hijo y las dos hijas de esa hermana mayor del señor Vanstone que se casó con el archidiácono Bartram, y que murió, como ya le he dicho, hace unos cuantos años, pero su grado de parentesco es más lejano. No, señorita Garth, debemos enfrentarnos con la cruda realidad. Las hijas del señor Vanstone no son hijas de nadie, y la ley las deja desvalidas a merced de su tío.

—Una ley cruel, señor Pendril, una ley cruel en un país cristiano.

—Aun siendo cruel, señorita Garth, tiene la excusa de la extraordinaria singularidad de este caso. Lejos está de mi ánimo defender la ley de Inglaterra en lo que concierne a los hijos ilegítimos. Muy al contrario, considero que es una vergüenza para la nación. Castiga a los hijos por los pecados de los padres; alienta el vicio al privar a padres y madres del más importante de los motivos para expiar su culpa mediante el matrimonio, y afirma producir esos dos abominables resultados en nombre de la moralidad y la religión. Sin embargo, no es responsable de un rigor excepcional en el caso de estas desventuradas muchachas. La ley de otros países, más compasiva y cristiana, permite hacer legítimos a los hijos mediante el matrimonio de los padres, pero tampoco se compadecería de estas criaturas. El hecho de que su padre estuviera casado cuando conoció a su madre las ha convertido en parias a los ojos de la sociedad, negándoles el amparo de la ley civil en Europa. Le digo la verdad desnuda, de nada serviría disfrazarla. No hay la menor esperanza si miramos hacia el

pasado; podría haberla si miramos hacia el futuro. El mejor servicio que puedo prestarle ahora es acortar el período de incertidumbre. Volveré a Londres en menos de una hora. A mi llegada, averiguaré inmediatamente el medio más rápido de comunicarme con el señor Michael Vanstone y le haré saber a usted el resultado. Por triste que sea la situación de las hermanas en este momento, debemos verla desde su aspecto más positivo; no debemos perder la esperanza.

—¿Esperanza? —repitió la señorita Garth—. ¿Esperanza en Michael Vanstone?

—Sí, esperanza en la influencia del tiempo, ya que no de la compasión. Como ya le he explicado, el señor Vanstone es ahora un anciano; naturalmente no puede esperar vivir mucho más. Treinta años lo separan de la época en la que su hermano y él tuvieron su primera discrepancia. Qué duda cabe de que esos años son una influencia que ha de aplacar a cualquier hombre. Qué duda cabe de que el conocimiento de las increíbles circunstancias en las que ha entrado en posesión de la herencia servirán de atenuante, aunque falle todo lo demás.

—Intentaré pensar como usted, señor Pendril; intentaré esperar lo mejor. ¿Tardaremos mucho en conocer su decisión y despejar nuestras dudas?

—Confío en que no. La única demora por mi parte será la debida a la necesidad de averiguar en qué lugar del Continente reside Michael Vanstone. Creo que tengo el medio de solventar con éxito esa dificultad y lo llevaré a la práctica en cuanto llegue a Londres.

El abogado cogió el sombrero; luego regresó a la mesa donde yacía la última carta del padre y su inútil testamento, uno al lado del otro. Tras unos instantes de reflexión, depositó ambos en manos de la señorita Garth.

—Tal vez le sea más fácil desvelar la cruda realidad a las hermanas huérfanas —dijo a su modo tranquilo y contenido— si ven cómo se refiere su padre a ellas en el testamento, si leen la carta que me dirigió, la última que pudo escribir. Que sean éstas las pruebas de que su padre vivía para reparar el perjuicio causado a sus hijas. «Puede que piensen con amargura en su nacimiento —me dijo cuando redacté este testamento inútil—, pero jamás pensarán con amargura en mí. Jamás les llevaré la contraria, jamás padecerán una pena que yo pueda evitarles, ni una necesidad que yo no satisfaga». Me hizo escribir esas palabras en el testamento para que hablaran en su defensa cuando la verdad que había ocultado a sus hijas en vida les fuera revelada tras su muerte. Ninguna ley puede privar a sus hijas del legado de su arrepentimiento y de su amor. Le dejo a usted el testamento y la carta como ayuda; a usted se los confío.

El señor Pendril notó que esta su última bondad la había conmovido y tuvo la atención de apresurar la despedida. Ella cogió una de sus manos entre las suyas y musitó entrecortadamente unas palabras de gratitud.

—Puede estar segura de que haré cuanto esté en mi mano —dijo él, y dándose la

vuelta con compasiva aspereza, se fue. Había llegado bajo el sol radiante para revelar la fatídica verdad. Abandonó la casa bajo el sol radiante, una vez desvelada esa verdad.

CAPÍTULO XIV

Era casi la una de la tarde cuando el señor Pendril salió de la casa. La señorita Garth volvió a sentarse, sola, e intentó afrontar la obligación que las revelaciones de la mañana le habían impuesto.

No tuvo ánimos para ello. Procuró aliviar el nerviosismo, olvidar la situación en que se encontraba, abstraerse de sus pensamientos, al menos durante unos minutos. Después de un rato, abrió la carta del señor Vanstone y se dispuso a leerla una vez más de forma mecánica.

Una a una, las últimas palabras del difunto atrajeron su atención con firmeza creciente. La profunda soledad, el ininterrumpido silencio hicieron efecto en sus pensamientos y los abrieron a esas impresiones del pasado y del presente que más deseaba evitar. Cuando llegó a las melancólicas líneas con que concluía la carta, se encontró a sí misma —de manera insensible, casi inconsciente al principio— remontándose en la trágica cadena de acontecimientos, eslabón a eslabón hasta llegar a su inicio con el acuerdo de matrimonio entre Magdalen y Francis Clare.

Ese matrimonio había llevado al señor Vanstone a visitar a su viejo amigo con una confesión que de otro modo jamás hubiera escapado de sus labios. De esa entrevista surgió el descubrimiento que le llevó de nuevo a casa para escribir al abogado pidiéndole que acudiera. Esa petición, a su vez, había causado el inevitable adelanto del viaje del sábado al viernes, el viernes del fatídico accidente, el viernes en que se dirigió hacia la muerte. A su muerte siguió la segunda pérdida que había dejado la casa desolada; la desvalida situación de las hijas cuyo próspero futuro había sido su mayor preocupación; el descubrimiento del secreto que había abrumado a la señorita Garth por la mañana; la revelación que, más terrible aún, le habían encomendado transmitir a las hermanas huérfanas. Por primera vez vio la sucesión de acontecimientos en su conjunto, la vio tan claramente como el azul del cielo y el resplandor verde de los árboles a la luz del sol que brillaba fuera.

¿Cómo, cuándo podía decírselo? ¿Quién podía dirigirse a ellas para descubrirles su propia ilegitimidad cuando no hacía ni una semana que sus padres habían muerto? ¿Quién podía pronunciar las terribles palabras mientras las primeras lágrimas seguían húmedas en sus mejillas, cuando el primer dolor de la separación era más fuerte en sus corazones, cuando el recuerdo del funeral aún no sobrepasaba un día de existencia? No iba a ser la última amiga que les quedaba; no sería la leal mujer cuyo corazón sufría por ellas. ¡No! ¡Silencio por el momento, a toda costa, un compasivo silencio en muchos días!

Salió de la habitación con el testamento y la carta en la mano, con la natural piedad de un corazón humano que sellaba sus labios y cerraba con fuerza sus ojos al futuro. Se detuvo en el vestíbulo y escuchó. No se oía un solo ruido. Subió por las

escaleras silenciosamente y pasó por delante del dormitorio de Norah de camino a su habitación. Le llegaron voces desde el interior, las voces de las dos hermanas. Tras unos instantes de reflexión, cambió de idea, dio media vuelta y bajó por las escaleras rápidamente. Tanto Norah como Magdalen estaban al tanto de la entrevista que había mantenido con el señor Pendril, pues había considerado que era su deber mostrarles la carta del abogado en la que pedía ser recibido. ¿No despertaría entonces sus sospechas si se encerraba en su habitación tan pronto como el abogado había abandonado la casa? La mano le tembló sobre la barandilla; notaba que el rostro podía traicionarla. La desinteresada fortaleza, que no la había abandonado jamás hasta ese día, había sufrido demasiadas pruebas, había traspasado su límite al fin.

En la puerta del vestíbulo volvió a reflexionar un momento y salió al jardín, dirigiendo sus pasos hacia un banco y una mesa rústicos situados entre los árboles, fuera de la vista de la casa. En épocas pasadas se había sentado allí a menudo con la señora Vanstone a un lado, Norah al otro y Magdalen y los perros correteando por la hierba. Sola se sentó allí ahora con el testamento y la carta, de los que no se atrevía a desprenderse, con la cabeza inclinada sobre ellos y el rostro oculto entre las manos. Sola se sentó allí intentando hacer acopio de valor.

Le asaltaron dudas sobre los negros días que se avecinaban; se adueñó de ella el miedo a los peligros ocultos que su silencio podía deparar a Norah y a Magdalen en un futuro próximo. Una casualidad podía poner súbitamente la verdad al descubierto. El señor Pendril podía escribir, dirigirse personalmente a las hermanas con la natural convicción de que ella ya les hubiera informado. Podían surgirles complicaciones en cualquier momento; podían surgir necesidades imprevistas que las obligaran a abandonar la casa. La señorita Garth vio todos estos peligros, y aun así siguió faltándole el valor cruel para enfrentarse con lo peor y hablar. Al poco, el conflicto creciente de sus pensamientos buscó alivio manifestándose exteriormente tanto de palabra como de acto. Alzó la cabeza y golpeó la mesa con impotencia.

—¡Que Dios me ayude, qué voy a hacer! —exclamó—. ¿Cómo voy a decírselo?

—No es necesario decírselo —replicó una voz a su espalda—. Ya lo saben.

La señorita Garth se puso en pie sobresaltada. Era Magdalen quien se hallaba ante ella, quien había pronunciado aquellas palabras.

Sí, allí estaba la grácil figura con su vestido de mañana, con su negra y alta silueta, inmóvil sobre un fondo frondoso. Era Magdalen en persona, con una tranquilidad pétrea en su rostro pálido, con una resignación glacial en sus serenos ojos grises.

—Ya lo sabemos —repitió con voz clara y comedida—. Las hijas del señor Vanstone no son hijas de nadie y la ley las deja desvalidas a merced de su tío.

De esta forma, sin una sola lágrima, sin que se le quebrara la voz, Magdalen repitió literalmente las palabras del abogado. La señorita Garth retrocedió un paso,

tambaleante, y se agarró al banco para no caer. La cabeza le daba vueltas; cerró los ojos al sentir una momentánea debilidad. Cuando volvió a abrirlos, el brazo de Magdalen la sostenía, el aliento de Magdalen le abanicaba la mejilla, los labios fríos de Magdalen la besaban. Ella rehuyó el beso; el tacto de los labios de la joven la llenó de terror. Formuló la pregunta inevitable en cuanto fue capaz de hablar.

—Nos has oído —dijo—. ¿Dónde estabas?

—Debajo de la ventana abierta.

—¿Todo el tiempo?

—De principio a fin.

Magdalen había escuchado, aquella joven de dieciocho años en la primera semana de su orfandad había escuchado la terrible revelación de labios del abogado, palabra por palabra, ¡sin traicionarse en ningún momento! ¡Durante toda la entrevista había sido lo bastante precavida para que los únicos y leves movimientos que podían delatarla se confundieran por entre las hojas con el paso de la brisa estival!

—No intente hablar aún —dijo Magdalen con tono más suave y amable—. No me mire con esa expresión de duda. ¿Qué mal he hecho? Cuando el señor Pendril quiso hablar con usted sobre Norah y sobre mí, su carta nos dejaba elegir si queríamos estar o no presentes. ¿Cómo podía yo asistir a la entrevista, si mi hermana mayor decidía no ir? ¿Cómo podía oír mi propia historia sino como lo he hecho? Ningún mal he causado escuchando, sino un bien. La he salvado a usted de la angustia de tener que contárnoslo. Ya ha sufrido bastante por nosotras; ha llegado el momento de que aprendamos a sufrir solas. Yo he aprendido. Norah está aprendiendo.

—¡Norah!

—Sí. He hecho cuanto he podido por ayudarla, señorita Garth. Se lo he contado a Norah.

¡Se lo había contado a Norah! ¿Era aquella joven, que había tenido valor para afrontar la terrible obligación ante la que se había arredrado una mujer lo bastante mayor para ser su madre, la misma joven a la que había educado la señorita Garth, la joven cuyo carácter ella creía conocer tan bien como el propio?

—¡Magdalen! —exclamó con vehemencia—. ¡Me das miedo!

Magdalen suspiró y dio media vuelta con gesto cansado.

—Procure no pensar peor de mí de lo que merezco —dijo—. No puedo llorar. Mi corazón se ha secado.

Se alejó caminando lentamente por la hierba. La señorita Garth contempló la alta y negra figura hasta que se perdió entre los árboles. Mientras la tuvo a la vista, no pudo pensar en nada más. En cuanto desapareció, pensó en Norah. Por primera vez en su trato con las hermanas, su corazón la condujo instintivamente hacia la mayor.

Norah seguía en su dormitorio. Estaba sentada en el sofá junto a la ventana, con el viejo libro de música de su madre —el recuerdo que la señora Vanstone había hallado

en el estudio de su marido el día de su muerte— abierto sobre el regazo. Levantó la vista de él con una aflicción tan serena y señaló con tan pronta amabilidad el sitio vacío junto a ella que la señorita Garth dudó por un momento de que Magdalen le hubiera dicho la verdad.

—Mire —dijo Norah simplemente, volviendo a la primera página del libro de música—. Lleva escrito el nombre de mi madre y unos versos de mi padre en la página siguiente. Esto podremos guardarlo, aunque no podamos conservar nada más. —Rodeó los hombros de la señorita Garth con el brazo; un leve rubor se extendió por sus mejillas—. Veo la preocupación pintada en su rostro —susurró—. ¿Soy yo quien le preocupa? ¿Duda de que lo sepa? Sé toda la verdad. Puede que sienta una mayor amargura más adelante, ahora es demasiado pronto. ¿Ha visto a Magdalen? Ha salido a buscarla. ¿Dónde la ha dejado?

—En el jardín. No he podido hablarle ni mirarla. Magdalen me ha dado miedo.

Norah se levantó prestamente; se levantó sorprendida y angustiada por la respuesta de la señorita Garth.

—No piense mal de Magdalen —dijo—. Magdalen sufre en secreto mucho más que yo. Procure no afligirse por lo que ha oído sobre nosotras esta mañana. ¿Importa acaso quiénes somos o lo que conservemos o perdamos? ¿Qué podemos perder nosotras, después de perder a nuestros padres? ¡Oh, señorita Garth, ésa es nuestra única amargura! ¿Qué recordamos ayer de ellos, cuando los depositamos en su tumba? Nada más que el amor que nos dieron, el amor que no volveremos a tener. ¿Qué más podemos recordar hoy? ¡Cómo pueden el mundo y sus crueles leyes cambiar nuestra memoria de los padres más buenos que han existido jamás! —Se interrumpió, esforzándose por sobreponerse a su pena, y tranquilamente pero con decisión consiguió dominarla—. ¿Quiere esperar un momento aquí —dijo— mientras voy en busca de Magdalen? Magdalen ha sido siempre su favorita; quiero que siga siéndolo. —Dejó el libro de música gentilmente sobre el regazo de la señorita Garth y salió de la habitación.

«Magdalen ha sido siempre su favorita.»

Pese al cariño con que las había pronunciado, estas palabras sonaron como un reproche a la señorita Garth. Por primera vez en la larga amistad entre ella y sus pupilas, le asaltó la duda de si se había equivocado fatalmente, y con ella cuantos la rodeaban, en su diferente apreciación de las hermanas.

La señorita Garth había estudiado los caracteres de sus dos pupilas a la luz de una intimidad diaria de doce años. De repente esos caracteres, que ella creía haber sondeado en toda su extensión, sufrían la dura prueba de la pesadumbre. ¿Con qué resultado? ¿Con el que su experiencia anterior le había enseñado a esperar? No; en total contradicción con sus expectativas. ¿Qué implicaba aquel resultado?

Al hacerse esta pregunta, acudieron a ella dudas que a todos en alguna ocasión nos han sorprendido y entristecido.

¿Existe en todo ser humano, bajo ese carácter externo y visible al que dan forma las influencias sociales que nos rodean, una naturaleza interna e invisible que forma parte de nosotros mismos y que la educación puede modificar indirectamente, pero no cambiar por completo? ¿Es acaso la filosofía que lo niega y que afirma, por el contrario, que nacemos con una naturaleza como una hoja de papel en blanco, una filosofía incapaz de advertir que no nacemos con rostros inexpresivos, una filosofía que jamás ha comparado a dos criaturas de apenas unos días de vida y que jamás ha observado que esas criaturas no nacen con un temperamento virginal para que lo moldeen a voluntad sus madres y niñeras? ¿Existen fuerzas innatas hacia el Bien o hacia el Mal en todos nosotros, de infinita variedad según cada individuo y tan enraizadas que no hay estímulo ni represión en este mundo que pueda alterarlas? ¿Un Bien y un Mal ocultos, a merced ambos por igual de la oportunidad liberadora o de la tentación precisa? Dentro de esos límites terrenales, ¿son siempre la clave las circunstancias mundanas? ¿Acaso no hay vigilancia humana que pueda avisarnos de antemano sobre las fuerzas encerradas en nuestro interior y que podrían ser desatadas por esa clave?

Por primera vez tuvo la señorita Garth tales pensamientos, que se alzaron oscuramente como posibilidades sombrías y terribles. Por primera vez asoció esas posibilidades a ciertas conductas pasadas y a su carácter, así como a la vida y fortuna futuras de las hermanas huérfanas.

Escudriñando en ambas naturalezas como en un oscuro cristal, la señorita Garth tanteó el camino, duda a duda, de una posible verdad a otra. Pudiera ser que hasta entonces sólo hubiera visto claramente la superficie de los caracteres de Norah y Magdalen. Pudiera ser que la discreción y la reserva poco atrayentes de una hermana y la atractiva sinceridad y animación de la otra estuvieran más o menos relacionadas con ciertas causas físicas que dan como consecuencia ciertos resultados morales. Pudiera ser que bajo la superficie así formada —una superficie que hasta aquel momento, en la vida feliz, próspera y sin incidentes de las hermanas, nada había perturbado— hubieran permanecido ocultas unas fuerzas innatas que la conmoción de la primera calamidad de su vida hubiera ahora arrojado a la luz. ¿Era así? ¿Brillaba una promesa de futuro con luz profética a través de la superficie sombría de la reserva de Norah, y se ensombrecía con oscuridad profética bajo el resplandor superficial del animado carácter de Magdalen? Si la vida de la hermana mayor estaba destinada a partir de entonces a ser el terreno abonado para el Bien que había en ella sin sembrar, ¿estaba condenada la vida de la más joven a ser el campo de batalla de un conflicto mortal con las fuerzas del Mal que surgían de su interior?

Una consternada señorita Garth rehuyó tan terrible conclusión cuando estaba a

punto de llegar a ella. Tenía un corazón de mujer. Recurrió al convencimiento que elevaba a Norah en su estima y rechazó la duda que amenazaba con degradar a Magdalen. Se levantó y paseó por la habitación con impaciencia; con súbito enojo desechó la cadena de ideas que había construido apenas hacía unos instantes. ¿Qué más daba si en la firmeza del carácter de Magdalen había elementos peligrosos? ¿No era su deber acaso ayudar a la joven a combatirlos? ¿Cómo había cumplido con ese deber? Se había dejado gobernar por sus primeros temores e impresiones; jamás se había detenido a considerar si la acción que Magdalen había realizado esa mañana y confesado abiertamente implicaba una fortaleza abnegada que prometía los más nobles y duraderos efectos para el futuro. Había dejado que Norah pronunciara aquellas palabras de cariñoso, reproche que ella debería haber dicho primero. «¡Oh! —pensó con amargura—, ¡cuánto he vivido en este mundo y qué poco he sabido de mis debilidades y maldades hasta hoy!»

La puerta de la habitación se abrió. Norah entró tal como había salido, sola.

—¿Recuerda haber dejado algo sobre la mesita del jardín? —preguntó tranquilamente.

Antes de que la señorita Garth pudiera responder a la pregunta, Norah le tendió el testamento y la carta de su padre.

—Magdalen volvió después de que usted se fuera —dijo— y ha encontrado estas últimas reliquias. Oyó decir al señor Pendril que eran su legado y el mío. Cuando he salido al jardín, estaba leyendo la carta. No ha sido necesario que le hablara; nuestro padre le ha hablado desde la tumba. ¡Vea cómo le ha escuchado!

Señaló la carta. Las huellas de unas grandes lágrimas emborronaban las últimas líneas del difunto.

—Sus lágrimas —dijo Norah en voz baja.

La señorita Garth dejó caer la cabeza al ver la revelación muda de que Magdalen había recobrado lo mejor de sí misma.

—¡Oh, no dude de ella nunca más! —le imploró Norah—. Ahora estamos solas, tenemos un duro camino que recorrer en el mundo con toda la paciencia de que seamos capaces. Si Magdalen vacilara alguna vez y se diera la vuelta, ayúdela en recuerdo del amor de otros tiempos, ayúdela a luchar contra sí misma.

—¡Con todas mis fuerzas y todo mi corazón, como hay Dios que me ha de juzgar, con mi vida entera! —Con tal fervor se expresó la señorita Garth. Tomó la mano que Norah le tendía y se la llevó a los labios con arrepentimiento y humildad—. ¡Oh, cariño mío, perdóname! He estado completamente ciega, ¡jamás te he valorado como merecías!

Norah le impidió con gentileza que siguiera hablando.

—Venga conmigo al jardín —susurró afablemente—, venga y ayude a Magdalen a aguardar el futuro con paciencia.

¡El futuro! ¿Quién podía vislumbrarlo siquiera? ¿Quién podía ver más que la siniestra figura de Michael Vanstone acechando sombríamente el presente y ocultando toda perspectiva más allá de sus límites?

CAPÍTULO XV

Dos días después, por la mañana, se recibieron noticias del señor Pendril. Había averiguado el lugar del Continente en el que residía Michael Vanstone. Vivía en Zurich, adonde le había enviado una carta el mismo día en que se obtuvo la información. Se esperaba respuesta en el curso de la semana; su contenido se comunicaría inmediatamente a las señoras de Combe-Raven.

Pese a su brevedad, el intervalo de tiempo se hizo aburrido. Diez días pasaron antes de recibir la esperada respuesta y, cuando por fin llegó, resultó no ser una respuesta en el sentido estricto. Indicaba meramente al señor Pendril un agente en Londres que tenía instrucciones de Michael Vanstone. Se habían descubierto ciertas dificultades en relación con esas instrucciones, por lo que había sido necesario volver a escribir a Zurich. Y ahí se habían detenido una vez más, de momento, «las negociaciones». Un segundo párrafo de la carta del señor Pendril transmitía una información totalmente nueva. El hijo del señor Michael Vanstone (hijo único), el señor Noel Vanstone, había llegado a Londres recientemente y se había instalado en casa de su primo, el señor George Bartram. Consideraciones profesionales habían inducido al señor Pendril a visitarle. El señor Bartram le había recibido con gran amabilidad, pero el mismo caballero le comunicó que su primo no se hallaba en condiciones de recibir visitas. Hacía unos cuantos años que el señor Noel Vanstone padecía una fastidiosa y pertinaz enfermedad; había vuelto a Inglaterra expresamente para consultar a los mejores médicos y el viaje lo había fatigado hasta el punto de tener que guardar cama. En tales circunstancias, el señor Pendril no tuvo más remedio que marcharse. Una entrevista con el señor Noel Vanstone podría haber resuelto parte de las dificultades que presentaban las instrucciones de su padre. Tal como se presentaban las cosas, no quedaba sino esperar unos cuantos días más.

Los días pasaron, días vacíos de soledad e incertidumbre. Por fin una tercera carta del abogado anunció la tan demorada conclusión de la correspondencia. Había recibido la respuesta final de Zurich, que el señor Pendril comunicaría personalmente en Combe-Raven el día siguiente por la tarde.

El día siguiente era miércoles, doce de agosto. El tiempo había cambiado por la noche; amaneció un sol pálido entre nubes y brumas. Al mediodía el cielo estaba completamente cubierto, la temperatura había bajado sensiblemente y caía una fina cortina de lluvia sobre la tierra sedienta. Hacia las tres de la tarde, la señorita Garth y Norah entraron en la salita para esperar la llegada del señor Pendril. Poco después se unió a ellas Magdalen. Media hora más tarde llegó a sus oídos, desde la cerca de la arboleda, el golpe familiar del pestillo de hierro en su cajetín. El señor Pendril y el señor Clare aparecieron por el sendero del jardín caminando bajo la lluvia, cogidos del brazo y protegidos por el mismo paraguas. El abogado inclinó la cabeza cuando

pasaron junto a las ventanas; el señor Clare siguió caminando derecho, sumido en sus propios pensamientos, sin reparar en nada.

Tras una espera que pareció interminable, tras frotar cansinamente los pies mojados en la alfombrilla del vestíbulo, tras un enigmático y murmurante intercambio de pregunta y respuesta en el umbral de la puerta, los dos entraron en la casa con el señor Clare al frente. El anciano se dirigió directamente a la mesa sin saludar y miró a las tres mujeres que se hallaban al otro lado con una compasión grave pintada en su rostro arrugado y de duras facciones.

—Malas noticias —dijo—. Soy enemigo de prolongar la incertidumbre innecesariamente. La franqueza es bondad en un caso como éste. Quiero ser amable con ustedes y se lo digo francamente: malas noticias.

El señor Pendril se acercó. Estrechó la mano de la señorita Garth y de las dos hermanas en silencio y se sentó a su lado. El señor Clare se instaló en una silla junto a la ventana. La luz gris del día lluvioso caía con suavidad y tristeza sobre los rostros de Norah y Magdalen, que estaban sentadas juntas frente a él. La señorita Garth se había sentado un poco atrás, sumida parcialmente en las sombras, y la faz serena del abogado se veía de perfil desde allí. Así se mostraban los cuatro ocupantes de la habitación al señor Clare desde su apartado rincón; los largos dedos semejantes a garras entrelazados alrededor de la rodilla; sus negros y vigilantes ojos escudriñando, ora un rostro, ora otro. El goteo susurrante de la lluvia entre las hojas y el claro e incesante tictac del reloj sobre la repisa de la chimenea hicieron indescriptiblemente opresivo el minuto de silencio que siguió al acomodo de cada cual. Fue un alivio para todos que el señor Pendril hablara.

—El señor Clare les ha dicho ya —empezó— que soy portador de malas noticias. Lamento tener que decirle, señorita Garth, que las dudas que expresó en nuestra anterior entrevista estaban mejor fundadas que mis esperanzas. Tal como era aquel despiadado hermano mayor en su juventud, continúa siéndolo ahora en la vejez. En toda mi desafortunada experiencia sobre el lado más oscuro de la naturaleza humana, jamás había conocido a un hombre tan cerrado a toda idea de piedad como Michael Vanstone.

—¿Quiere usted decir que se quedará con el total de la fortuna de su hermano y no asegurará en modo alguno el porvenir de sus hijas? —preguntó la señorita Garth.

—Ofrece una suma de dinero para emergencias inmediatas —respondió el señor Pendril— tan mezquina y vergonzosamente insuficiente que me avergonzaría mencionarla.

—¿Y nada para el futuro?

—Nada en absoluto.

Al oír esta respuesta, la señorita Garth y Norah tuvieron un mismo pensamiento. Aquella decisión, que privaba a ambas hermanas por igual de los recursos de la

fortuna, no acababa ahí, sin embargo, para la más joven, la cruel resolución de Michael Vanstone había dictado prácticamente la sentencia que exiliaba a Frank a la China y que destruía la esperanza inmediata de boda para Magdalen. Cuando aquellas palabras salieron de los labios del abogado, la señorita Garth y Norah miraron a Magdalen con inquietud. El rostro de ésta palideció un tanto, pero no movió un solo músculo ni pronunció una sola palabra. Norah, que aferraba la mano de su hermana, notó que le temblaba un momento y que luego se volvía fría; eso fue todo.

—Permítanme que les explique claramente los pasos que he dado —prosiguió el señor Pendril—. Mi anhelo es que no crean que he escatimado esfuerzos. Cuando escribí a Michael Vanstone en primera instancia, no me limité a la acostumbrada exposición formal. Sometí a su consideración con toda franqueza y seriedad todas y cada una de las circunstancias que le han llevado a entrar en posesión de la fortuna de su hermano. Cuando me llegó su respuesta, remitiéndome a las instrucciones escritas que obraban en poder de su abogado de Londres, y cuando depositaron en mis manos una copia de dichas instrucciones, me negué tajantemente, al conocerlas, a considerar que la decisión del que las había escrito fuera definitiva. Induje al abogado de la otra parte a concedernos un aplazamiento, intenté ver al señor Noel Vanstone en Londres con el propósito de obtener su intercesión y, al no conseguirlo, escribí personalmente a su padre por segunda vez. La respuesta me remitía de forma breve e insolente a las instrucciones ya transmitidas, manifestaba que tales instrucciones eran definitivas y se negaba a seguir manteniendo correspondencia conmigo. Ése fue el principio y el final de la negociación. Si he pasado por alto algún modo de conmover a ese hombre despiadado, díganmelo y lo probaré.

Miró a Norah. Ésta apretó la mano de su hermana para darle ánimos y respondió por ambas.

—Hablo por mi hermana y por mí —dijo con un leve rubor y una tristeza serena y resignada que empañaba apenas la natural gentileza de sus maneras—. Ha hecho usted cuanto podía hacerse, señor Pendril. Hemos intentado no confiar demasiado en nuestras esperanzas. Le estamos inmensamente agradecidas por su bondad en unos momentos en que ambas estamos muy necesitadas de ella.

La mano de Magdalen devolvió la presión a la de su hermana, se retiró, se entretuvo un momento en arreglar el vestido con impaciencia, luego acercó la silla a la mesa. Apoyando un brazo en ella (con el puño apretado), Magdalen miró al señor Pendril. Su rostro, siempre destacable por su ausencia de color, causaba ahora asombro al mirarlo por su extrema palidez. Pero la luz brillaba con la fuerza de siempre en sus grandes ojos grises y su voz, aunque en tono bajo, tenía un acento claro y decidido cuando se dirigió al abogado en los siguientes términos:

—Entiendo por lo que usted dice, señor Pendril, que el hermano de mi padre había enviado sus órdenes escritas a Londres y que usted recibió una copia. ¿La ha

conservado?

—Desde luego.

—¿La lleva consigo?

—Sí.

—¿Puedo verla?

El señor Pendril vaciló y miró con inquietud a Magdalen y a la señorita Garth y de nuevo a Magdalen.

—Le ruego que me haga el favor de no insistir en su petición —dijo—. Sin duda es suficiente con que conozca el resultado de dichas instrucciones. ¿Para qué alterarse sin necesidad leyéndolas? Están expresadas con tanta crueldad, muestran una carencia de sentimientos tan abominable, que realmente no creo que deba permitirle leerlas.

—Aprecio su bondad, señor Pendril, al desear ahorrarme sufrimiento, pero puedo soportarlo. Prometo no afligir a nadie. ¿Me perdonará si repito mi petición?

Extendió la mano, la suave y blanca mano virginal que aún no había tocado nada que la manchara o endureciera.

—¡Oh, Magdalen, piénsalo bien! —dijo Norah.

—Afliges al señor Pendril —añadió la señorita Garth—, nos afliges a todos.

—No conseguirá nada —siguió rogando el abogado—, perdóneme por decírselo. Realmente no servirá a ningún propósito útil que le muestre las instrucciones.

(«¡Estúpidos! —dijo el señor Clare para sí—. ¿Es que no ven que está decidida a salirse con la suya?»)

—Algo me dice que existe un propósito —insistió Magdalen—. Ésta es una decisión muy seria. Es más seria para mí... —Miró hacia atrás al señor Clare, que la observaba detenidamente, y de inmediato volvió a mirar hacia delante con la primera muestra de emoción externa que se le escapaba—. Es aún más seria para mí —prosiguió—, por razones personales, que para mi hermana. Nada sé todavía sino que el hermano de nuestro padre nos ha despojado de nuestra fortuna. Debe de tener algún motivo para semejante conducta. No es justo para él ni para nosotras que se mantenga oculto ese motivo. Deliberadamente ha robado a Norah y me ha robado a mí; creo que tenemos derecho, si así lo deseamos, a saber por qué.

—Yo no lo deseo —dijo Norah.

—Yo sí —dijo Magdalen, y una vez más extendió la mano.

En ese momento, el señor Clare reaccionó e intervino por primera vez.

—Usted ya ha aliviado su conciencia —dijo, dirigiéndose al abogado—. Concédale el derecho que reclama. Está en su derecho, si así lo desea.

Lentamente, el señor Pendril se sacó las instrucciones escritas del bolsillo.

—Ya le he advertido —dijo, y alargó los papeles a Magdalen sin decir nada más. Una de las páginas tenía una esquina doblada y por esa página doblada empezaba el

manuscrito cuando Magdalen dio la vuelta a las hojas.

—¿Es éste el lugar en el que se refiere a mi hermana y a mí? —preguntó.

El señor Pendril afirmó con la cabeza y Magdalen alisó el manuscrito sobre la mesa.

—¿Te decides, Norah? —preguntó, volviéndose hacia su hermana—. ¿Lo leo en voz alta o para mí sola?

—Para ti sola —dijo la señorita Garth respondiendo por Norah, que la miraba con muda perplejidad y consternación.

—Será como quieras —dijo Magdalen. Volvió entonces su atención al manuscrito y leyó las siguientes líneas:

... Conoce usted ahora mis deseos en relación con los bienes en metálico y con la venta del mobiliario, los carruajes, los caballos y demás. El último punto pendiente sobre el que debo darle instrucciones se refiere a las personas que habitan la casa y a ciertas reclamaciones absurdas que ha presentado en su favor un abogado llamado Pendril, quien sin duda tiene sus propios motivos para dirigírmelas a mí.

Tengo entendido que mi difunto hermano ha dejado dos hijas ilegítimas, ambas jóvenes y en edad de ganarse el sustento. El abogado que las representa ha alegado diversas consideraciones, todas irregulares, con respecto a dichas personas. Tenga la amabilidad de decirle que ni usted ni yo atendemos cuestiones puramente sentimentales y luego explíqueme claramente, para su información, que mis motivos son los mismos que regulan mi conducta y que la ayuda es la que considero justificada para esas dos jovencitas. Hallará instrucciones detalladas con respecto a estos dos puntos en el siguiente párrafo.

Deseo que las personas mencionadas conozcan de una vez para siempre qué opino de las circunstancias que han hecho llegar a mis manos la fortuna de mi difunto hermano. Hágalas saber que considero esas circunstancias como una intervención de la Providencia que me ha devuelto la herencia que siempre debió ser mía. Recibo el dinero no sólo como un derecho, sino también como adecuada compensación por la injusticia a que me sometió mi padre y como adecuado castigo a mi hermano menor por las viles intrigas mediante las cuales consiguió desheredarme. Su conducta de joven fue indigna en todos los aspectos de la vida, y lo que entonces fue continuó siéndolo (según palabras de su propio representante legal) después de que yo interrumpiera toda comunicación con él. Al parecer presentó sistemáticamente en sociedad a una mujer como esposa suya, cuando no lo era, y redondeó ese insulto a la moral casándose después con ella. Semejante conducta ha hecho caer la justicia divina sobre él y sobre sus hijas. No me arriesgaré a ser castigado yo mismo ayudando a esas hijas a continuar con la impostura practicada por sus padres y a ocupar un lugar en el mundo al que no tienen derecho. Que se

ganen el pan trabajando, como corresponde a su nacimiento. Si se muestran dispuestas a aceptar su auténtica posición, las ayudaré a iniciar su vida virtuosamente regalándoles cien libras a cada una. Ésta es la suma que le autorizo a pagarles si la solicitan personalmente, con el debido acuse de recibo y con la aceptación expresa de que esa transacción, una vez completada, será el principio y el final de toda conexión entre ellas y yo. Dejo a su discreción las disposiciones pertinentes para que abandonen la casa. Sólo me queda por añadir que mi decisión en este asunto, como en todos los demás, es tajante y definitiva.

Línea a línea —sin alzar la vista de las páginas ni una sola vez— leyó Magdalen esas frases atroces sin dejarse una coma. Las otras personas presentes en la habitación, todas pendientes de ella, vieron cómo se alzaba la pechera de su vestido cada vez con mayor rapidez, vieron la mano que al principio sostenía levemente el manuscrito cerrándose inconscientemente sobre el papel y estrujándolo a medida que avanzaba hacia el final, pero no detectaron ningún otro signo externo de lo que pasaba en su interior. En cuanto terminó, Magdalen apartó en silencio el manuscrito y se tapó de repente el rostro con las manos. Cuando las retiró, las otras cuatro personas de la habitación notaron un cambio en ella. Algo se había alterado en su expresión de un modo sutil y silencioso, algo que hizo que aquellas facciones familiares parecieran extrañas de repente, incluso a los ojos de su hermana y de la señorita Garth, algo que no se olvidaría en los años posteriores en relación con ese día y que jamás sería descrito. Sus primeras palabras se dirigieron al señor Pendril.

—¿Puedo pedirle un favor más —preguntó— antes de que pase a las disposiciones?

El señor Pendril respondió ceremoniosamente asintiendo con la cabeza. La resolución de Magdalen de leer las instrucciones no parecía haber producido una impresión favorable en el abogado.

—Acaba de mencionar lo que ha sido tan amable de hacer en nuestro beneficio cuando escribió por primera vez al señor Michael Vanstone —continuó Magdalen—. Ha dicho que le hizo partícipe de todas las circunstancias. Quiero, si usted me lo permite, cerciorarme de que conocía realmente todos los hechos cuando envió estas órdenes a su abogado. ¿Sabía que mi padre había hecho testamento y que dejaba en él su fortuna a mi hermana y a mí?

—Lo sabía —dijo el señor Pendril.

—¿Le explicó usted a qué se debe que nos hallemos en esta situación de desamparo?

—Le conté que su padre ignoraba por completo la necesidad de redactar un nuevo testamento cuando se casó.

—¿Y que ese otro testamento hubiera sido redactado después de que hablara con

el señor Clare de no haber sido por el horrible infortunio de su muerte?

—También eso lo sabía.

—¿Conocía la infatigable bondad que para con nosotras dos...?

Su voz se quebró por primera vez; suspiró y se llevó la mano a la cabeza con gesto cansado. Norah le rogó encarecidamente; la señorita Garth le rogó encarecidamente; el señor Clare guardaba silencio observándola cada vez con mayor seriedad. Ella respondió a la amonestación de su hermana con una débil sonrisa.

—Mantendré mi promesa —dijo—. No afligiré a nadie. —Volviéndose de nuevo hacia el señor Pendril, reiteró su pregunta, pero con otras palabras—. ¿Sabía el señor Michael Vanstone que la mayor preocupación de mi padre era asegurar el porvenir de mi hermana y el mío?

—Lo sabía en palabras textuales de su padre. Le envié un extracto de la última carta que recibí de él.

—¿La carta en que le pedía que viniera por amor de Dios y disipara la espantosa idea de que sus hijas estaban desprotegidas? ¿La carta en la que decía que no descansaría en su tumba si nos dejaba desheredadas?

—Esa carta y esas palabras.

Magdalen hizo una pausa con la vista clavada aún en el rostro del abogado.

—Quiero grabarlo todo en mi cabeza —dijo—, antes de continuar. El señor Vanstone conocía el primer testamento, sabía qué impidió que se redactara el segundo, conocía la existencia de la carta y la leyó. ¿Qué más sabía? ¿Le habló usted de la enfermedad mortal de mi madre? ¿Le dijo que su parte de la herencia habría pasado a nosotras si hubiera sido capaz de levantar su mano de moribunda en su presencia? ¿Intentó usted hacer que se avergonzara de la cruel ley que llama hijas de nadie a las jóvenes en nuestra situación y que le permite aprovecharse de nosotras como lo está haciendo?

—Todo eso le dije. No dejé resquicio a la duda. No dejé nada en el tintero.

Lentamente Magdalen extendió la mano hacia la copia de las instrucciones y lentamente volvió a doblarla tal como se la habían entregado.

—Le estoy sumamente agradecida, señor Pendril. —Tras estas palabras, inclinó la cabeza y suavemente empujó las hojas dobladas hacia el otro lado de la mesa, luego se volvió hacia su hermana.

—Norah —dijo—, si llegamos ambas a hacernos viejas, y si alguna vez olvidas todo lo que le debemos a Michael Vanstone, acude a mí y yo te lo recordaré.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Al pasar junto al señor Clare, el anciano extendió sus dedos como garras y la cogió con fuerza por el brazo antes de que ella se diera cuenta de su presencia.

—¿Qué oculta esa máscara? —preguntó el señor Clare obligándola a inclinarse hacia él y mirándola de cerca a la cara—. ¿De qué extremo de la temperatura humana

surge tu valor, del frío glacial o del fuego al rojo?

Ella se echó hacia atrás y volvió la cabeza en silencio. Cualquier hombre la hubiera ofendido con una intrusión tan poco escrupulosa en sus propios pensamientos salvo el padre de Frank. El señor Clare dejó caer su brazo tan de repente como lo había aferrado dejando que se acercara a la ventana.

«No —se dijo—. Sea lo que sea, no es el frío glacial. Tanto peor para ella y para cuantos la quieren.»

Se hizo una pausa momentánea. Una vez más el susurro de las gotas de lluvia y el tictac regular del reloj llenaron el silencioso vacío. El señor Pendril se guardó de nuevo las instrucciones en el bolsillo, reflexionó unos instantes y, volviéndose hacia Norah y la señorita Garth, llamó su atención nuevamente sobre el perentorio y acuciante asunto del tiempo.

—Nuestra consulta se ha prolongado innecesariamente —dijo— debido a dolorosas referencias al pasado. Haríamos bien en trazar nuestras disposiciones para el futuro. Me veo obligado a regresar a la ciudad esta noche. Les ruego que me hagan saber de qué modo puedo serles de mayor utilidad. Les ruego que me digan de qué dificultades y responsabilidades puedo aliviarlas.

En un principio ni Norah ni la señorita Garth parecieron capaces de responder. La reacción de Magdalen ante la noticia que aniquilaba las perspectivas de matrimonio que había oído de labios de su propio padre apenas hacía un mes las habían dejado perplejas y consternadas por igual. Se habían armado de valor para enfrentarse a la conmoción de un dolor apasionado, o para afrontar la prueba aún más penosa de verla sumida en una desesperación muda; pero no estaban preparadas para su inquebrantable decisión de leer las instrucciones, ni para las terribles preguntas que había dirigido al abogado, ni para su inamovible determinación de grabar en su memoria las circunstancias en las que Michael Vanstone había pronunciado su decisión. Allí estaba, junto a la ventana, como un misterio insondable para la hermana de la que jamás la habían separado y para la institutriz que la había educado desde su infancia. La señorita Garth recordaba las negras dudas que la acecharon el día en que Magdalen y ella se encontraron en el jardín. Norah aguardaba con ansiedad el tiempo por venir, sintiendo el primer temor grave por su hermana. Ambas habían permanecido pasivas hasta entonces, con la desesperación de no saber qué hacer. Ambas guardaban ahora silencio con la desesperación de no saber qué decir.

El señor Pendril las ayudó con paciencia y bondad, volviendo al tema de sus planes futuros por segunda vez.

—Lamento tener que acuciarlas con asuntos prosaicos —dijo— cuando menos dispuestas están para tratarlos, pero debo regresar a Londres esta noche con sus instrucciones. En primer lugar me referiré a la vergonzosa oferta pecuniaria a la que antes he aludido. Habiendo leído las instrucciones, la menor de las señoritas Vanstone

no necesita que yo le informe. La mayor me disculpará, espero, si le digo (lo que debería avergonzarme, pero es necesario) que la disposición del señor Michael Vanstone para las hijas de su hermano empieza y termina con un ofrecimiento de cien libras a cada una.

El rostro de Norah enrojeció de indignación. Se puso en pie como si Michael Vanstone estuviera presente en la habitación y la hubiera insultado en persona.

—Comprendo —dijo el abogado, deseoso de ahorrarle molestias—. Puedo decirle al señor Michael Vanstone que rechaza usted el dinero.

—Dígale —espetó ella con vehemencia—, ¡que no tocaría ni un cuarto de penique de ese dinero aunque me muriera de hambre en una cuneta!

—¿Debo notificarle también su negativa? —preguntó el señor Pendril a Magdalen.

Ella se dio la vuelta, pero mantuvo el rostro en la sombra quedándose pegada a la ventana, de espaldas a la luz.

—Dígale de mi parte —dijo—, que lo piense dos veces antes de darme cien libras para empezar mi vida. Le daré tiempo para pensarlo. —Pronunció estas extrañas palabras con un marcado énfasis y, volviendo rápidamente el rostro hacia la ventana, lo ocultó a las miradas de cuantos se hallaban en la habitación.

—Ambas rechazan el ofrecimiento —dijo el señor Pendril sacando su lápiz para tomar nota profesionalmente de la decisión. Al cerrar su libreta miró a Magdalen con recelo. Magdalen había despertado en él una desconfianza latente, que es una segunda naturaleza en un abogado. Sospechaba de su actitud; sospechaba de su manera de hablar. La hermana parecía ejercer una mayor influencia sobre Magdalen que la señorita Garth. Decidió hablar con ella en privado antes de marcharse.

Mientras pensaba en ello, una nueva pregunta de Magdalen reclamó su atención.

—¿Es viejo? —preguntó de repente sin volverse.

—Si se refiere al señor Michael Vanstone, tiene setenta y cinco o setenta y seis años de edad.

—Hace un rato ha mencionado a su hijo. ¿Tiene otros hijos, o hijas?

—No.

—¿Sabe usted algo de su mujer?

—Hace muchos años que murió.

Hubo una pausa.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó Norah.

—Perdonadme —respondió Magdalen en voz baja—. No preguntaré nada más.

Por tercera vez, el señor Pendril volvió al motivo más prosaico de la entrevista.

—No debemos olvidar a los criados —dijo—. Se han de liquidar cuentas y despedirlos. Yo les daré las explicaciones necesarias antes de irme. En cuanto a la casa, no tienen de qué preocuparse. Carruajes y caballos, muebles, plata y demás se

dejarán simplemente en la propiedad en espera de nuevas órdenes del señor Michael Vanstone. Pero cualquier pertenencia personal de usted o de su hermana, señorita Vanstone, sus joyas y vestidos y cualquier pequeño regalo que les hayan hecho, están enteramente a su disposición. Con respecto a la fecha de su partida, tengo entendido que pasará un mes o más antes de que el señor Michael Vanstone pueda abandonar Zurich, y estoy seguro de que hago justicia a su abogado al decir...

—Perdóneme, señor Pendril —intervino Norah—. Creo comprender, por lo que usted acaba de decir, que nuestra casa y todo lo que hay en ella pertenece a... —Se interrumpió como si aborreciera el mero hecho de pronunciar el nombre de su tío.

—A Michael Vanstone —dijo el señor Pendril—. La casa pasa a ser de su propiedad con el resto de los bienes.

—¡Entonces yo, personalmente, estoy dispuesta a abandonarla mañana mismo!

Magdalen dio un respingo cuando habló su hermana y miró al señor Clare con los primeros signos evidentes de inquietud y alarma que había mostrado hasta el momento.

—No se enfade conmigo —susurró, inclinándose hacia el anciano con una súbita actitud de humildad y un repentino nerviosismo en sus maneras—. ¡No puedo irme sin ver primero a Frank!

—Lo verás —dijo el señor Clare—. Estoy aquí para hablar contigo sobre eso cuando termine este asunto.

—Es totalmente innecesario que apresure la partida como propone —continuó el señor Pendril dirigiéndose a Norah—. Puedo asegurarle sin temor a equivocarme que con una semana a partir de hoy será suficiente.

—Si ésta es la casa de Michael Vanstone —repitió Norah—, estoy dispuesta a abandonarla mañana.

Dejó su silla con un gesto de impaciencia y se sentó más lejos, en el sofá. Al poner la mano sobre el respaldo, su rostro se alteró. Allí, en la cabecera del sofá, estaban los cojines que habían sostenido a su madre cuando se echó por última vez a descansar. Allí, a los pies del sofá, se hallaba la anticuada y voluminosa butaca que había sido el asiento predilecto de su padre en días lluviosos, cuando su hermana y ella solían entretenerlo tocando sus melodías favoritas en el piano que había frente a él. Un hondo suspiro que en vano intentó contener escapó de sus labios. Oh, pensó, ¡había olvidado a estos viejos amigos! ¿Cómo voy a separarme de ellos cuando llegue el momento?

—¿Puedo preguntarle, señorita Vanstone, si su hermana y usted han trazado algún plan definido para el futuro? —inquirió el señor Pendril—. ¿Han pensado en algún lugar de residencia?

—Yo puedo responder a su pregunta por ellas, señor —dijo la señorita Garth—. Cuando abandonen esta casa, la abandonarán conmigo. Mi hogar será su hogar y mi

pan será su pan. Sus padres me honraron, confiaron en mí y me mostraron su afecto. Durante doce felices años no me permitieron jamás recordar que era una institutriz, sino que hicieron que me considerara su compañera y amiga. El recuerdo que de ellos tengo es el de una amabilidad y generosidad sin límites y mi vida estará dedicada a pagar esta deuda de gratitud a sus hijas huérfanas.

Norah se levantó presurosa del sofá; Magdalen abandonó impetuosamente la ventana. Por una vez no hubo contraste en el comportamiento de las hermanas. Por una vez el mismo impulso movió sus corazones, el mismo grave sentimiento inspiró sus palabras. La señorita Garth esperó a que pasara el primer estallido de emoción, luego se levantó y tomando a Norah y Magdalen de la mano, se dirigió al señor Pendril y al señor Clare. Habló con un total dominio de sí misma, con la fortaleza de una bondad inconsciente y sin artificio.

—Incluso una historia tan insignificante como la mía —dijo— adquiere cierta importancia en momentos como éste. Deseo que ustedes dos, caballeros, entiendan que no prometo más a las hijas de su viejo amigo de lo que puedo ofrecerles. Cuando llegué a esta casa, entré a su servicio en una situación de independencia económica poco común entre las institutrices. En mi juventud me dedicaba a la enseñanza junto con mi hermana mayor. Fundamos una escuela en Londres que creció y prosperó. La dejé para convertirme en institutriz únicamente porque la pesada responsabilidad de la escuela era más de lo que mis fuerzas alcanzaban a soportar. Mi parte de los beneficios está intacta y sigo percibiendo un interés pecuniario de nuestra institución. Ésta es mi historia en pocas palabras. Cuando abandonemos esta casa, propongo que vayamos a la escuela de Londres, que mi hermana mayor sigue dirigiendo con fortuna. Podemos vivir allí con la mayor tranquilidad hasta que el tiempo nos ayude a soportar nuestra pena mejor de lo que la soportamos ahora. Si el cambio en las perspectivas futuras de Norah y Magdalen las obliga a ganarse el sustento, yo puedo ayudarlas a ganárselo como corresponde a las hijas de un caballero. Las mejores familias del país se alegran de pedir consejo a mi hermana en lo tocante a la educación de sus hijos, y yo respondo de antemano de su sincero deseo de servir a las hijas del señor Vanstone tanto como respondo del mío. Ése es el futuro que mi gratitud hacia sus padres y mi afecto por ellas les ofrece. Si consideran, caballeros, que mi propuesta es conveniente y justa, y veo en sus caras que así es, no hagamos más penosas las necesidades de nuestra posición demorándonos inútilmente en enfrentarnos a ellas. Cumplamos con nuestra obligación, actuemos conforme a la decisión de Norah y abandonemos la casa mañana. Acaba usted de mencionar a los criados, señor Pendril; estoy dispuesta a convocarlos a todos en la habitación contigua y a ayudarle a resolver sus reclamaciones cuando usted guste.

Sin esperar la respuesta del abogado, sin dar tiempo a las hermanas para darse cuenta de su terrible situación, se dirigió al punto hacia la puerta. Había tomado la

sabia resolución de afrontar la dura prueba que las aguardaba haciendo mucho y hablando poco. Antes de que pudiera salir de la habitación, el señor Clare la siguió y la detuvo en el umbral de la puerta.

—Jamás había envidiado los sentimientos de una mujer hasta ahora —dijo el anciano—. Quizá le sorprenda oírlo, pero envidio los suyos. ¡Espere! Tengo algo más que decirle. Aún existe un obstáculo, el impenitente obstáculo de Frank. Ayúdeme a barrerlo. Llévase a la hermana mayor y al abogado con usted y déjeme aquí para poner las cosas en claro con la menor. Quiero ver de qué metal está hecha en realidad.

Mientras el señor Clare dirigía estas frases a la señorita Garth, el señor Pendril había aprovechado la oportunidad para hablar con Norah.

—Antes de volver a la ciudad —dijo—, me gustaría hablar con usted en privado. Después de lo ocurrido hoy, señorita Vanstone, me he formado un muy elevado concepto de su discreción y, como viejo amigo de su padre, quiero tomarme la libertad de hablarle sobre su hermana.

Antes de que Norah pudiera contestar, la invitaron a participar, de acuerdo con la petición del señor Clare, en la entrevista con los criados. Naturalmente el señor Pendril siguió a la señorita Garth. Cuando los tres salieron al vestíbulo, el señor Clare volvió a entrar en la habitación, cerró la puerta e indicó a Magdalen con gesto autoritario que se sentara.

Ella le obedeció en silencio. El señor Clare se paseó de un lado a otro de la habitación y volvió con las manos en los bolsillos laterales de la larga chaqueta suelta y sin forma que solía llevar.

—¿Qué edad tienes? —preguntó deteniéndose de repente para hablar en el otro extremo de la habitación.

—He cumplido los dieciocho —respondió Magdalen humildemente, sin mirarlo.

—Has demostrado un valor extraordinario para una joven de tu edad. ¿Te queda algo de ese valor?

Ella enlazó las manos y las retorció con fuerza. Unas cuantas lágrimas afluyeron a sus ojos y rodaron lentamente por sus mejillas.

—No puedo renunciar a Frank —dijo débilmente—. Yo no le importo a usted, lo sé, pero mi padre sí le importaba. ¿Intentará ser bueno conmigo por la amistad que le tenía?

Sus últimas palabras se extinguieron en un susurro; no pudo decir nada más. Hasta entonces no había sentido la capacidad ilimitada del amor de una mujer para absorber cualquier otro suceso, cualquier otra alegría o pesar de su vida. Jamás había asociado a Frank con el recuerdo de sus padres tan cariñosamente como en aquel momento. Nunca la impenetrable atmósfera de engaño a través de la cual contemplan las mujeres al hombre elegido —la atmósfera que la había cegado a todo lo que Frank tenía de débil, mezquino y egoísta— había rodeado a Frank con un halo más brillante

que entonces, cuando suplicaba al padre la posesión del hijo.

—¡Oh, no me pida que renuncie! —dijo, intentando armarse de valor, pero temblando de pies a cabeza. En el instante siguiente volaba hacia el otro extremo de la habitación con la inusitada rapidez de un rayo—. ¡No renunciaré a él! —estalló con fervor—. ¡No! ¡Ni aunque mil padres me lo pidieran!

—Soy sólo un padre —dijo el señor Clare—, y no te lo pido.

Asombrada y encantada de oír aquellas palabras inesperadas, se puso en pie, cruzó la habitación e intentó rodearle el cuello con los brazos. Fue como si intentara arrancar una casa de sus cimientos. Él la cogió por los hombros y la hizo sentarse de nuevo en su silla. Su mirada inexorable la sometió y su delgado dedo índice se movió admonitorio ante ella como si hiciera callar a un niño rebelde.

—Abraza a Frank —dijo—, no a mí. Aún no he terminado contigo; cuando lo haya hecho, podrás darme la mano si te apetece. Espera y serénate.

Se separó de ella. Volvió a meter las manos en los bolsillos y reanudó su monótona marcha de un lado a otro.

—¿Lista? —preguntó, deteniéndose después de un rato. Ella intentó contestar—. Tómame dos minutos más —dijo él y reemprendió sus paseos con la regularidad de un reloj. Éstas son las criaturas, pensó, en las que hombres, por lo demás sensatos, depositan la felicidad de su vida. ¿Hay algún otro objeto en la creación, me pregunto, que sirva peor a su propósito que una mujer?

Se detuvo ante ella una vez más. Magdalen respiraba con mayor facilidad; el intenso rubor de sus mejillas empezaba a disiparse.

—¿Lista? —repitió él—. Sí, lista por fin. Escúchame y terminemos con esto. No te pido que renuncies a Frank. Te pido que esperes.

—Esperaré —dijo ella—. Pacientemente, de buena gana.

—¿Harás esperar a Frank?

—Sí.

—¿Lo enviarás a la China?

La cabeza de Magdalen cayó sobre su pecho; sus manos volvieron a enlazarse en silencio. El señor Clare comprendió dónde estaba la dificultad y la abordó directamente sin más rodeos.

—No pretendo entrar en tus sentimientos hacia Frank, ni en los de Frank hacia ti —dijo—. Eso no me interesa. Lo que sí pretendo es establecer dos sencillas verdades. Es la pura verdad que no podéis casaros hasta que tengáis dinero suficiente para pagar el techo que os cobije, las ropas que os cubran y las vituallas que comáis. Es otra verdad que no tenéis ese dinero, que yo no tengo ese dinero y que la única posibilidad de que Frank lo tenga depende de que se vaya a la China. Si yo le digo que vaya, se sentará en un rincón a llorar. Si insisto, dirá que sí y me engañará. Si voy más allá y le acompaño personalmente hasta que se embarque, se escabullirá en el

bote del práctico y volverá a escondidas a ti. Es su carácter.

—¡No! —exclamó Magdalen—. No es su carácter, es su amor hacia mí.

—Lámalo como quieras —replicó el señor Clare—. Sea por cobardía o por cariño, es demasiado escurridizo para que lo retengan mis dedos. Que yo le cierre la puerta no le impedirá volver. Que lo hagas tú, sí. ¿Tienes valor para cerrarla? ¿Le quieres lo suficiente para no impedir su fortuna?

—¡Si le quiero! ¡Moriría por él!

—¿Lo enviarás a la China?

Ella suspiró con amargura.

—Tenga piedad de mí —dijo—. He perdido a mi padre, he perdido a mi madre, he perdido mi fortuna, y ahora voy a perder a Frank. A usted no le gustan las mujeres, lo sé, pero intente ayudarme con un poco de piedad. No digo que no sea beneficioso para él enviarlo a la China, sólo digo que es duro, muy, muy duro para mí.

El señor Clare había hecho oídos sordos al ardor de Magdalen, había sido insensible a sus caricias, ciego a sus lágrimas, pero bajo el duro integumento de su filosofía tenía un corazón que reaccionó ante aquella súplica desesperanzada, que se conmovió ante aquellas palabras.

—No niego la dureza de tu caso —dijo—. No quiero hacerlo aún más duro, sólo te pido que por el bien de Frank hagas lo que él es demasiado débil para hacer por sí mismo. No es culpa tuya, no es culpa mía, pero no es menos cierto que la fortuna que tú deberías haberle proporcionado ha cambiado de dueño.

Ella alzó la vista de repente con un brillo furtivo en los ojos, con una mirada amenazadora en los labios.

—Podría volver a cambiar de dueño —dijo.

El señor Clare vio alterarse su fisonomía y oyó el tono de su voz, pero Magdalen había pronunciado estas palabras en voz baja, como si las dijera para sí, y no llegaron al otro extremo de la habitación. El señor Clare dejó de pasearse inmediatamente y le preguntó qué había dicho.

—Nada —respondió Magdalen, volviendo la cabeza hacia la ventana para mirar la lluvia como una autómatas—. Sólo mis propios pensamientos.

El señor Clare reemprendió su paseo y volvió a su tema.

—Debe irse —prosiguió—, no sólo en beneficio suyo, sino también en el tuyo. En la China podría ganar dinero suficiente para casarse contigo; aquí no puede. Si se queda aquí, será la ruina de ambos. Cerrará los ojos a toda prudencia y te acosará hasta que te cases con él, y cuando haya conseguido su objetivo, será el primero en arrepentirse y en quejarse de que eres una carga para él. ¡Escúchame bien! Tu estás enamorada de Frank, yo no, y le conozco. Juntaos el tiempo suficiente, dale el tiempo suficiente para abrazar, lloriquear, acosar y suplicar, y te diré cuál será el resultado: te casarás con él.

Por fin había pulsado la tecla correcta, que sonó antes de que pudiera añadir una palabra más.

—Usted no me conoce —dijo Magdalen con firmeza—. No sabe lo que puedo llegar a sufrir por el bien de Frank. Jamás me casaré con él hasta que sea para él lo que mi padre dijo que debería ser: su fortuna. No recibirá ninguna carga cuando me tome a mí, ¡se lo prometo! Seré su ángel de la guarda; no me casaré con él sin aportar un penique para arrastrarle a la ruina. —Dejó su asiento de pronto, avanzó unos cuantos pasos hacia el señor Clare y se detuvo en medio de la habitación. Los brazos le cayeron con impotencia a los lados y rompió a llorar—. Se irá —dijo—. ¡Aunque se me rompa el corazón al hacerlo, mañana le diré que debemos decirnos adiós!

El señor Clare se acercó a ella inmediatamente y le tendió la mano.

—Yo te ayudaré —dijo—. Frank sabrá todo lo que se ha dicho aquí. Cuando venga mañana, sabrá de antemano que viene para decirte adiós.

Magdalen cogió su mano entre las suyas, vaciló, lo miró, y la apretó contra su pecho.

—¿Puedo pedirle un favor antes de que se vaya? —preguntó tímidamente. Él intentó desasirse, pero ella conocía sus ventajas y la sujetó con fuerza—. Suponga que se produce un cambio para mejor —prosiguió—. Suponga que pudiera ser para Frank lo que mi padre dijo que debería ser...

Antes de que pudiera completar la frase, el señor Clare hizo un segundo esfuerzo y retiró su mano.

—¿Lo que tu padre dijo que debería ser? —repitió, mirándola atentamente.

—Sí —respondió ella—. A veces ocurren cosas extrañas. Si esas cosas extrañas me ocurren a mí, ¿dejará usted que Frank vuelva antes de que se cumplan los cinco años?

¿Qué quería decir? ¿Se aferraba acaso desesperadamente a la esperanza de ablandar el corazón de Michael Vanstone? El señor Clare no consiguió sacar ninguna otra conclusión de lo que acababa de oír. Al principio de la entrevista la hubiera desengañado con rudeza. Al final de ésta, dejó compasivamente que siguiera engañada.

—Tu esperanza es en vano —dijo—, pero si eso te da valor, sigue esperando. Si esa imposible buena fortuna te llegara, dímelo y Frank volverá. Mientras tanto...

—Mientras tanto —le interrumpió ella con tristeza—, tiene usted mi promesa.

Una vez más los penetrantes ojos del señor Clare examinaron su rostro atentamente.

—Confiaré en tu promesa —dijo—. Verás a Frank mañana.

Ella volvió a su silla pensativamente y se sentó de nuevo en silencio. El señor Clare se dirigió a la puerta antes de que pudieran intercambiar una despedida formal. «¡Impenetrable! —pensó, volviéndose a mirarla antes de salir—. ¡Sólo tiene

dieciocho años y es impenetrable para mí!»

En el vestíbulo encontró a Norah, que aguardaba con impaciencia para enterarse de lo ocurrido.

—¿Ha terminado todo? —preguntó—. ¿Se irá Frank a la China?

—Ten cuidado en cómo diriges a esa hermana tuya —dijo el señor Clare sin prestar atención a la pregunta—. Tiene una gran desgracia contra la que luchar: no está hecha para la rutina ordinaria de la vida de una mujer. No alcanzo a ver el fondo de su bondad o su maldad. Tan sólo te aviso de que su futuro será fuera de lo común.

Una hora después, el señor Pendril abandonó la casa; con el correo de esa noche, la señorita Garth despachó una carta a su hermana de Londres.

Fin de la Primera Escena

ENTREACTO

Desarrollo de la historia a través del correo

I

De Norah Vanstone al Señor Pendril

Westmoreland House, Kensington,
14 de agosto de 1846

Querido señor Pendril:

La fecha de esta carta le demostrará que se ha producido la última de un largo número de despedidas dolorosas. Hemos abandonado Combe-Raven; hemos dicho adiós a nuestro hogar.

He estado pensando seriamente en lo que me dijo el miércoles antes de que volviera a la ciudad. Estoy completamente de acuerdo con usted en que la señorita Garth se ha alterado más de lo que ella misma está dispuesta a admitir con lo que ha sufrido por nuestra causa, y en que es mi deber, en el futuro y en la medida de lo posible, ahorrarle cuantas inquietudes se refieran a mi hermana y a mí. Será hacer muy poco por nuestra más querida amiga, nuestra segunda madre. En cualquier caso, lo haré con todo mi corazón.

Pero permíteme por decirle que sigo discrepando por completo de usted en lo tocante a Magdalen. Soy tan consciente de la importancia de su ayuda en la situación de desvalimiento en que nos hallamos y estoy tan deseosa por merecer el interés del fiel consejero y más antiguo amigo de mi padre que me siento sinceramente decepcionada conmigo misma por discrepar de usted; sin embargo, discrepo. Magdalen es muy extraña e inexplicable para quienes no la conocen íntimamente. Comprendo que ella misma le ha engañado de manera involuntaria y que se ha mostrado, quizá, bajo su aspecto menos favorable; pero que la clave de su lenguaje y su conducta el miércoles pasado se halle en el sentimiento hacia el hombre que nos ha arruinado, tal como usted insinuó, es algo que no puedo ni quiero creer de mi hermana. Si usted conociera como yo la naturaleza tan noble que tiene, no se sorprendería por esta obstinada resistencia mía en contra de su opinión. ¿Intentará usted cambiarla? No me importa lo que diga el señor Clare; él no cree en nada. Pero concedo una grandísima importancia a lo que usted dice y, aun conociendo la nobleza de sus motivos, me aflige pensar que comete usted una injusticia con Magdalen.

Tras haber aliviado mi espíritu con esta confesión, puedo pasar ahora al motivo real de mi carta. Prometí que, si usted no disponía de tiempo libre para visitarnos hoy, le escribiría para contarle lo que ocurrió después de que se marchara. El día de hoy ha pasado sin que le hayamos visto, así pues, abro mi estuche de papel de cartas y cumplo con mi promesa.

Lamento decir que tres de las sirvientas —la camarera, la pinche de cocina e

incluso nuestra doncella personal (hacia la que estoy segura de haber mostrado siempre nuestra bondad)— se aprovecharon de que usted les había pagado el salario para hacer las maletas y marcharse tan pronto como les volvió la espalda. Vinieron a despedirse con tanta ceremonia y tan poca sinceridad como si abandonaran la casa en circunstancias normales. La cocinera, pese a su carácter violento, se comportó de manera muy diferente: nos envió mensaje de que se quedaría a ayudarnos hasta el final. Y Thomas (que nunca ha estado en ninguna otra casa aparte de la nuestra) habló con tanta gratitud de la invariable bondad de mi querido padre hacia él y pidió con tanta vehemencia que le permitiéramos seguir sirviéndonos mientras duraran sus pequeños ahorros, que Magdalen y yo olvidamos toda formalidad y le estrechamos la mano. El pobre muchacho salió llorando de la habitación. Le deseo lo mejor; espero que encuentre un buen amo y una buena colocación.

La noche larga, tranquila y lluviosa —nuestra última noche en Combe-Raven— fue una triste prueba para nosotras. Creo que el tiempo invernal hubiera pesado menos en nuestro ánimo: las cortinas cerradas, las lámparas encendidas y los amigables fuegos nos hubieran ayudado. En la casa sólo quedábamos cinco personas en total, ¡cuando éramos tantos en otro tiempo! No tengo palabras para expresar lo triste que era la tenue luz del día hacia las siete de la tarde con las habitaciones vacías y la escalera silenciosa. Sin duda la preferencia por las largas tardes estivales debe de ser un prejuicio de las gentes felices. Hicimos lo que pudimos, manteniéndonos ocupadas con la ayuda de la señorita Garth. La perspectiva de prepararlo todo para nuestra partida, que tan terrible nos había parecido por la mañana, se transformó en un refugio donde huir de nosotras mismas a medida que avanzaba la tarde. Al principio intentamos preparar el equipaje por separado, cada una en su propia habitación, pero no pudimos soportar la soledad. Llevamos abajo todas nuestras pertenencias y las amontonamos sobre la gran mesa del comedor para hacer los preparativos juntas en la misma estancia. Estoy segura de que no nos hemos llevado nada que no nos perteneciera.

Después de haberle mencionado mi convicción de que Magdalen no era ella misma cuando usted la vio el miércoles, me siento tentada a detenerme aquí para darle un ejemplo que lo pruebe. El pequeño incidente ocurrió el miércoles por la noche, poco antes de que subiéramos a acostarnos.

Tras haber empaquetado nuestros vestidos y regalos de cumpleaños, nuestros libros y nuestras partituras, nos pusimos a clasificar las cartas que se habían mezclado al colocarlo todo sobre la mesa. Algunas de mis cartas estaban mezcladas con las de Magdalen y algunas de las suyas con las mías. Entre estas últimas encontré la tarjeta que le entregó un actor que había dirigido una función teatral de aficionados en la que ella tomó parte a principios de año. Ese hombre le había dado la tarjeta con su nombre y dirección en la creencia de que mi hermana sería invitada

a participar en muchos más entretenimientos de esa índole y con la esperanza de que ella le recomendaría como supervisor en futuras ocasiones. Me limito a mencionar estos detalles insignificantes para demostrarle lo poco de que podía servirnos guardar una tarjeta como ésta en circunstancias como las nuestras. Naturalmente, la arrojé lejos de mí por encima de la mesa con la intención de tirarla al suelo. Cayó a poca distancia, cerca del lugar donde se sentaba Magdalen. Ella la recogió, la miró e inmediatamente declaró que no quería perder aquella tarjeta absolutamente inútil por nada del mundo. Casi se enfadó conmigo por haberla tirado ¡y también con la señorita Garth, por preguntar para qué podía quererla! ¿Puede haber prueba más clara que ésta de que nuestras desgracias —que han caído sobre ella con mucha mayor fuerza que sobre mí— la han desquiciado y agotado por completo? No creo que debamos interpretar mal sus palabras y su actitud cuando no es dueña de sí misma para ejercer su buen juicio natural, cuando muestra la susceptibilidad de un niño sobre un asunto que carece de la más mínima importancia.

Un poco después de las once subimos con la intención de descansar.

Descorrí la cortina de mi ventana y miré al exterior. Oh, qué cruel fue aquella última noche; no había luna ni estrellas; la oscuridad era tan profunda que ni uno solo de los queridos objetos familiares del jardín me fue visible cuando los busqué; la quietud era tan total ¡que mis propios movimientos por la habitación casi consiguieron atemorizarme! Intenté acostarme y dormir, pero volvió la sensación de soledad y no pude sobreponerme. Dirá usted que con veintiséis años tengo edad suficiente para saber dominarme. No sé muy bien cómo ocurrió, pero entré sigilosamente en el cuarto de Magdalen igual que solía entrar hace muchos años, cuando éramos niñas. No estaba en la cama; estaba sentada frente a su recado de escribir, pensando. Le dije que quería pasar con ella la última noche; ella me besó, me dijo que me acostara y prometió reunirse conmigo en seguida. Me tranquilicé y me dormí. Era de día cuando me desperté, y lo primero que vi fue a Magdalen sentada aún, pensando. No se había acostado, no había dormido en toda la noche.

«Dormiré cuando hayamos abandonado Combe-Raven —dijo—. Me sentiré mejor cuando todo haya acabado y me haya despedido de Frank.» Tenía en la mano el testamento de nuestro padre y la carta que le escribió a usted; cuando terminó de hablar, me encomendó ambos. Yo era la mayor (dijo) y debía guardar esas preciosas reliquias. Intenté sugerirle que las dividiéramos, pero ella negó con la cabeza. «He copiado —fue su respuesta—, todo lo que dice de nosotras en el testamento y toda la carta». Esto fue lo que me dijo, y se sacó del pecho una bolsita de seda blanca que había confeccionado durante la noche y en la que había metido los extractos para llevarlos siempre consigo. «Esto me dice en sus propias palabras cuáles fueron sus últimos deseos para nosotras, y es lo único que quiero para el futuro», dijo.

Todo esto son nimiedades y casi me sorprende de mí misma por no avergonzarme

de molestarle con ellas. Pero desde que conozco la temprana relación que tuvo usted con mi padre y mi madre he aprendido a pensar en usted (y supongo que también a escribirle) como en un viejo amigo. Además, tengo tanto empeño en cambiar su opinión sobre Magdalen que no puedo evitar contarle las más pequeñas insignificancias sobre ella, lo cual, a mi parecer, podría hacerle llegar a pensar de ella lo mismo que yo.

Cuando llegó la hora del desayuno (el jueves por la mañana) nos sorprendió hallar una extraña carta sobre la mesa. Quizá debería comentársela por si acaso fuera precisa su intervención en el futuro. Estaba dirigida a la señorita Garth en papel con orla negra, y el que la mandaba era el mismo hombre que nos siguió un día de la primavera pasada cuando volvíamos paseando a casa: el capitán Wragge. Su propósito era, al parecer, afirmar una vez más la audaz reclamación de su parentesco con mi pobre madre con el pretexto de una carta de pésame que en semejante persona era una insolencia enviarnos. En ella expresa tanta simpatía —al descubrir nuestra desgracia en el periódico— como si realmente hubiera sido uno de nuestros íntimos y solicita saber en una postdata (ignorando evidentemente todo lo que ha ocurrido en realidad) ¿si se considera deseable que él esté presente con los demás familiares en la lectura del testamento! La dirección a la que se le pueden enviar las cartas durante la próxima quincena es «Oficina de Correos, Birmingham». Esto es todo lo que tengo que decirle sobre el asunto. Tanto la carta como el que la escribió me parecen indignos de que le prestemos la menor atención, ni usted ni nosotras.

Después del desayuno Magdalen nos dejó y se retiró a la salita. Dado que seguía lloviendo, habíamos dispuesto que Francis Clare la vería en aquella habitación cuando se presentara para despedirse. Yo estaba arriba cuando llegó y arriba me quedé más de media hora, tristemente preocupada, como bien puede usted imaginar, por Magdalen.

Al cabo de esa media hora o más, bajé. Al llegar al descansillo, oí de pronto la voz de mi hermana que se alzaba suplicante, llamando a Frank por su nombre, luego oí fuertes sollozos y después risas y chillidos aterradores, resonando al mismo tiempo por toda la casa. Al punto corrí a la salita y encontré a Magdalen en el sofá, presa de una violenta histeria, y a Frank de pie mirándola con el rostro ceñudo y enojado, mordiéndose las uñas.

Me sentí tan indignada —sin saber en realidad por qué, pues naturalmente ignoraba lo que había ocurrido en la entrevista— que cogí al señor Francis Clare por los hombros y lo saqué a empellones de la habitación. Le explico con detalle cómo actué con él y qué me impulsó a hacerlo porque tengo entendido que se ha ofendido grandemente y que es probable que mencione en otro lugar lo que él llama violencia impropia de una señorita. Si se lo comentara a usted, estoy dispuesta a

admitir que perdí la cabeza, pero espero que no crea que fue sin motivo.

Lo empujé hasta el vestíbulo dejando a Magdalen en manos de la señorita Garth por el momento. En lugar de marcharse, Frank se sentó con aire malhumorado en una de las sillas del vestíbulo. «¿Puedo preguntar por el motivo de esta extraordinaria violencia?», inquirió con expresión ultrajada. «No —le dije—. Tendrá usted la amabilidad de imaginársela por sí solo y de dejarnos inmediatamente, si no le molesta.» Él se obstinó en seguir sentado mordiéndose las uñas y reflexionando. «¿Qué he hecho yo para ser tratado de esta forma tan despiadada?», preguntó al cabo. «No quiero entrar en discusiones con usted», respondí. «Le pido sólo que se vaya. Si insiste en esperar para ver a mi hermana otra vez, iré yo misma a su casa y apelaré a su padre.» Al oír estas palabras se apresuró a levantarse. «He sido tratado de una forma infame en este asunto —dijo—. Todas las penurias y sacrificios me han tocado a mí. Soy el único entre ustedes que no tiene el corazón de piedra, incluyendo a Magdalen. En un momento me dice que me ama y al siguiente me dice que me vaya a la China. ¿Qué he hecho yo para ser tratado con tan cruel falta de lógica? Yo soy lógico (sólo quiero quedarme en casa), ¿y cuál es la consecuencia?: ¡todos están contra mí!» De ese modo bajó los escalones gruñendo y ésa fue la última vez que lo vi. Eso fue todo lo que ocurrió entre nosotros. Si a usted le ofrece otra versión, lo que diga será falso. No intentó regresar. Una hora después vino su padre solo para despedirse. Nos vio a la señorita Garth y a mí, pero no a Magdalen, y nos dijo que tomaría las medidas oportunas, con la ayuda de usted, para que su hijo sea debidamente vigilado en Londres y se ocupen de que embarque sano y salvo en el buque cuando llegue el momento. Fue una visita corta y una triste despedida. Incluso el señor Clare lo lamentaba, aunque se esforzó por disimularlo.

Apenas quedaban dos horas para la partida después de que se fuera el señor Clare. Fui a ver de nuevo a Magdalen y la encontré más calmada y mejor, aunque terriblemente pálida y exhausta, y agobiada, me pareció, por pensamientos que no tuvo ánimos de comunicarme. No quiso decirme nada entonces —y nada me ha dicho después— sobre lo que pasó entre ella y el señor Francis Clare. Cuando hablé de él airadamente (en la creencia de que había acongojado y atormentado a mi hermana en un momento en que debería haberle proporcionado todo el aliento y consuelo de que un hombre es capaz), ella se negó a escucharme. Mostró la más bondadosa indulgencia hacia él y las más cariñosas excusas, y se culpó a sí misma enteramente del horrible estado en que la había encontrado. ¿Me equivocaba al afirmar que su naturaleza es noble? ¿No cambiará usted de opinión cuando lea estas líneas?

No teníamos amigos que vinieran a decirnos adiós y los escasos conocidos vivían demasiado lejos —quizá les éramos demasiado indiferentes— para venir. Empleamos el poco tiempo de ocio de que disponíamos en recorrer la casa juntas por última vez. Nos despedimos de nuestra vieja aula, de nuestros dormitorios, de la habitación en

que murió nuestra madre, del pequeño estudio en el que mi padre solía ocuparse de las cuentas y la correspondencia, sintiendo hacia esos lugares, en nuestra triste situación, lo que otras jóvenes podrían sentir al separarse de viejos amigos. De la casa salimos al jardín durante un intervalo de buen tiempo y recogimos nuestro último ramillete de flores con el propósito de secarlas cuando empezaran a marchitarse y guardarlas como recuerdo de los días felices que se han ido para siempre. Cuando acabamos de despedirnos del jardín, sólo nos quedaba media hora. Fuimos juntas a la tumba, nos arrodillamos en silencio una junto a otra y besamos el suelo sagrado. Creí que mi corazón se partiría en mil pedazos. Agosto era el mes en que cumplía años mi madre, y el año pasado por esta época, mi padre, Magdalen y yo debatíamos en secreto qué regalo podíamos hacerle para sorprenderla en la mañana de su cumpleaños.

Si hubiera visto usted cómo sufría Magdalen, jamás volvería a dudar de ella. Tuve que llevármela del lugar de reposo eterno de mis padres casi a la fuerza. Antes de que saliéramos del cementerio, se desasió y volvió corriendo. Se dejó caer de hinojos junto a la tumba, arrancó con ardor un puñado de hierba al tiempo que decía algo en voz baja, pero aunque la seguí al instante no estaba lo bastante cerca para oírlo. Se volvió hacia mí con tal frenesí cuando intenté alzarla del suelo, me miró con una ferocidad tal, que viéndola me sentí absolutamente aterrorizada. Para mi alivio, el paroxismo la abandonó tan de repente como la había poseído. Se metió el puñado de hierba en la pechera del vestido, me cogió del brazo y salió presurosa del cementerio conmigo. Le pregunté para qué había vuelto; le pregunté qué había dicho junto a la tumba. «Una promesa a nuestro difunto padre», contestó, recuperando momentáneamente la mirada feroz y las maneras frenéticas que antes me habían sobresaltado. Temía alterarla si insistía; dejé las preguntas para un momento más apropiado y tranquilo. Por lo que le cuento, comprenderá usted cuán horriblemente sufre mi hermana, de qué modo tan extraño y enloquecido actúa cuando es presa de una violenta agitación, y no interpretará mal lo que dijo o hizo cuando la vio el miércoles pasado.

Llegamos a la casa con tiempo apenas de partir precipitadamente para no perder el tren. Quizá fuera mejor así; mejor que dispusiéramos apenas de un instante para volver la vista atrás antes de que la curva de la carretera ocultara Combe-Raven a nuestra vista. En la estación no había una sola alma conocida; nadie reparó en nosotras, nadie nos dijo adiós. La lluvia empezaba a caer de nuevo cuando ocupamos nuestros asientos en el tren. No puedo, no oso contarle lo que sentimos al ver el ferrocarril, ni los horribles recuerdos que acudieron a nuestro pensamiento sobre la calamidad que nos ha dejado huérfanas. He procurado con todas mis fuerzas evitar el tono pesimista en esta carta, pues no quería devolverle toda la bondad que nos ha mostrado apenándole con nuestro dolor. Tal vez me haya

entretenido demasiado en la pequeña historia de nuestra partida. Sólo puedo aducir como disculpa que no hay lugar en mi corazón para nada más y que lo que no está en mi corazón, no lo escribiré mi pluma.

Llevamos tan poco tiempo en nuestro nuevo domicilio que no tengo nada más que contarle, excepto que la hermana de la señorita Garth nos ha recibido con la más sincera amabilidad. Tiene el tacto de dejarnos a nuestro aire hasta que nos hallemos mejor dispuestas para pensar en nuestros planes de futuro y para hacer lo posible por ganarnos el sustento. La casa es tan grande y la posición de nuestras habitaciones ha sido tan cuidadosamente elegida que apenas noto —salvo cuando oigo las risas de las más pequeñas en el jardín— que vivimos en un colegio.

Con los mejores deseos de la señorita Garth y de mi hermana, querido señor Pendril, y mi profundo agradecimiento,

NORAH VANSTONE

II

De la Señorita Garth al Señor Pendril

Westmoreland House,
Kensington, 23 de septiembre de 1846

Mi querido señor:

Escribo estas líneas con una congoja imposible de describir con palabras. Magdalen nos ha abandonado. A hora temprana ha dejado la casa en secreto esta mañana y nada sabemos de ella desde entonces.

Quisiera verle y hablar con usted personalmente, pero no me atrevo a dejar a Norah. Debo dominarme; debo intentar escribir.

Nada ocurrió ayer que nos previniera, a mí o a Norah, sobre esta última —he estado a punto de escribir la peor— de nuestras desgracias. El único cambio que notamos en la desdichada joven fue una mejoría cuando nos deseamos buenas noches. Me dio un beso, cosa que no hacía últimamente, y rompió a llorar cuando abrazó a su hermana a continuación. Tan poco sospechábamos la verdad que tomamos estos signos de renovado cariño y afecto por una promesa de mejores perspectivas para el futuro.

Esta mañana, cuando su hermana ha entrado en su habitación, la ha encontrado vacía y sobre el tocador había una nota de su puño y letra dirigida a Norah. No he conseguido convencer a Norah de que se separe de la nota, de modo que sólo puedo enviarle la copia que le adjunto. Verá usted que no proporciona pista alguna sobre la dirección que ha tomado Magdalen.

Consciente de que el tiempo apremia en esta terrible emergencia, he examinado la habitación y (con ayuda de mi hermana) he interrogado a los criados en cuanto he sabido de la ausencia de Magdalen. Su guardarropa estaba vacío, al igual que todos sus baúles menos uno, que evidentemente se ha llevado consigo. Creemos que ha vendido sus vestidos y sus joyas en secreto, que ayer hizo sacar de la casa el único baúl que se ha llevado y que ella se ha ido esta mañana a pie. Las respuestas que nos ha dado una de las criadas son tan poco satisfactorias que estamos convencidas de que Magdalen la sobornó para que la ayudara y de que la mujer ha dispuesto todo lo necesario para la huida que a ella no le habría sido posible llevar a cabo por sí sola sin ser descubierta.

Sobre el propósito inmediato con el que nos ha abandonado, no me cabe la menor duda.

Tengo razones (que puedo explicarle en un momento más oportuno) para estar segura de que se ha ido con la intención de probar fortuna en los escenarios. Tiene en su poder la tarjeta de un actor de profesión que supervisó una función teatral de

aficionados en Clifton en la que ella tomó parte, y a él ha acudido en busca de ayuda. Yo vi la tarjeta en su momento y sé que el actor se llama Huxtable. La dirección no la recuerdo exactamente, pero estoy casi segura de que era algún lugar relacionado con el teatro en Bow Street, Covent Garden. Le suplico que no pierda un solo momento para enviar a alguien a realizar las pesquisas pertinentes; creo firmemente que el primer indicio de sus intenciones se hallará en esa dirección.

Si no tuviéramos nada peor que temer que su intento de convertirse en actriz, no sentiría la consternación y la congoja que ahora me domina. Cientos de muchachas han obrado con igual temeridad y no han acabado mal después de todo. Pero mis temores sobre Magdalen no empiezan y terminan con el riesgo que corre ahora.

Hay algo que me ronda la cabeza desde que salimos de Combe-Raven, mucho más en las seis últimas semanas que al principio. Hasta el momento en que Francis Clare abandonó Inglaterra, estoy segura de que Magdalen mantenía la secreta esperanza de que él haría lo posible por volver a verla. Desde el día en que supo que las medidas que usted había adoptado para impedirlo habían tenido éxito, desde el día en que se convenció de que el buque se lo había llevado lejos, nada ha despertado su interés. Se ha abandonado cada vez con mayor desesperación a sus propios pensamientos, pensamientos que en mi opinión se formaron por primera vez el día en que se enteró de que los planes de los que dependía su matrimonio se habían malogrado por completo. Ha trazado algún loco plan para disputar la fortuna de su padre a Michael Vanstone y ha huido para hacerse actriz únicamente como medio de librarse de toda dependencia, lo que le permitirá arrostrar cuantos peligros guste totalmente a salvo del control familiar. Dejo a usted que imagine lo que me cuesta escribirle estas palabras. Ha pasado el tiempo en que pueda importarme consideración alguna sobre mis propios sentimientos. Todo cuanto pueda decir que sirva para abrirle los ojos al auténtico peligro y refuerce su convicción de la urgente necesidad de alejarlo, lo digo a mi pesar sin vacilación ni reservas de ningún tipo.

Una palabra más y habré concluido.

La última vez que tuvo usted la amabilidad de venir a esta casa, ¿recuerda cómo nos violentó y afligió Magdalen interrogándole sobre el derecho que tenía a llevar el apellido de su padre? ¿Recuerda que insistió en sus preguntas hasta que le obligó a admitir que, legalmente hablando, ella y su hermana carecen de apellido? Me permito recordárselo porque usted tiene cientos de clientes en los que pensar y bien pudiera ser que hubiera olvidado tal circunstancia. Sin duda aquella conversación con usted barrió cualquier reticencia natural a engañarnos y a rebajarse a sí misma con la adopción de un nombre falso, que hubiese podido adoptar Magdalen. Tenemos que encontrarla mediante una descripción de su persona; no podemos seguirle el rastro de ningún otro modo.

No se me ocurre nada más que pueda orientarle en esta deplorable emergencia. Por amor de Dios, no ahorre medios ni energías. Debería recibir mi carta antes de las diez de esta mañana. Envíeme unas líneas de respuesta para asegurarme que emprenderá en seguida las acciones oportunas. Mi única esperanza de tranquilizar a Norah es mostrarle unas palabras de aliento de su pluma. Dándole las gracias, le saluda atentamente,

HARRIET GARTH

III

De Magdalen a Norah (adjunta a la carta anterior)

Querida mía:

Intenta perdonarme. He luchado contra mí misma hasta quedar rendida por el esfuerzo. Soy la más desdichada de todas las criaturas. Nuestra tranquila vida aquí me enloquece; no puedo soportarlo más, debo marcharme. Si supieras qué pensamientos tengo, si supieras cuánto los he combatido y de qué modo tan horrible han seguido obsesionándome en la solitaria quietud de esta casa, sentirías lástima por mí y me perdonarías. ¡Oh, cariño mío, no te sientas ofendida por que no te abra mi corazón como debería! No me atrevo. No me atrevo a mostrarme a ti como realmente soy.

Te ruego que no envíes a nadie a buscarme. Te escribiré y aliviaré todas tus inquietudes. Ya sabes, Norah, que tenemos que ganarnos la vida; sólo me voy para ganarme la mía del modo para el que estoy más capacitada. Tanto si lo logro como si fracaso, ningún daño puedo hacerme. No tengo posición social que perder ni apellido que envilecer. No dudes de que te quiero; no permitas que la señorita Garth dude de mi gratitud. Me voy desolada por dejaros, pero debo hacerlo. Si os hubiera querido menos, tal vez habría tenido valor para deciros esto en persona, pero ¿cómo confiar en que podría resistirme a vuestra persuasión y soportar ver vuestra congoja? ¡Adiós, querida mía! Recibe un millar de besos y todo mi amor hasta que volvamos a vernos.

IV

Del Sargento Bulmer (de la Policía) al Señor Pendril

Scotland Yard,
29 de septiembre de 1846

Señor:

Su pasante me informa de que las partes interesadas en nuestra investigación sobre la señorita desaparecida están impacientes por tener noticias de la misma. Hoy he ido a su bufete para hablar sobre este asunto. No habiéndole encontrado en él y dado que no me será posible volver a intentarlo mañana, le escribo estas líneas para evitar demoras y decirle cuál es la situación hasta el momento.

Lamento comunicarle que no se ha producido avance alguno desde mi último informe. El rastro de la señorita que descubrimos hace casi una semana sigue siendo la última pista de que disponemos. Este caso podría parecer simple para un observador externo, pero visto de cerca empeora considerablemente y se convierte, para serle sincero, en un problema de difícil solución.

La situación es como sigue:

Hemos seguido la pista de la señorita hasta el agente teatral de Bow Street. Sabemos que a hora temprana de la mañana del veintitrés llamaron al agente mientras se vestía y tuvo que bajar a hablar con la señorita que aguardaba en un coche de alquiler frente a su puerta. Sabemos que al serle mostrada la tarjeta del señor Huxtable, escribió en ella la dirección de dicho señor en el campo y oyó que la joven ordenaba al cochero que la llevara a la estación de Great Northern. Creemos que cogió el tren de las nueve. La seguimos en el tren de las doce. Hemos averiguado que llegó al alojamiento del señor Huxtable a las dos y media, que allí se enteró de que no lo esperaban hasta las ocho de la tarde, que dejó dicho que volvería a esa hora y que no regresó. El señor Huxtable afirma que la señorita y él no se han visto. La primera cuestión que se plantea es: ¿debemos creer al señor Huxtable? He hecho averiguaciones sobre su carácter; sé de él tanto o más que él mismo, y en mi opinión debemos creerle. Según mis informes, es un hombre absolutamente honrado.

Aquí, pues, estriba la dificultad del asunto. La señorita se fue con un propósito determinado. En lugar de seguir hasta cumplirlo, se detiene cuando lo tiene a su alcance. ¿Por qué se ha detenido y dónde? Desgraciadamente éstas son las preguntas para las que aún no tenemos respuesta.

Mi opinión sobre el tema es brevemente la siguiente: no creo que haya sufrido ningún accidente grave. En nueve casos de cada diez, los accidentes graves salen a la luz por sí solos. Mi teoría es que ha caído en manos de una persona o personas que están interesadas en ocultarla y que tienen la sagacidad suficiente para

conseguirlo. Por el momento no puedo decir si está con ellos de buen grado o por la fuerza. No deseo crear falsas esperanzas ni falsos temores; deseo detenerme en la opinión que ya he expresado. Con respecto al futuro, puedo decirle que he dejado allí a uno de mis hombres en comunicación diaria con las autoridades. También me he encargado de que circulen ampliamente los carteles ofreciendo una recompensa para quien dé noticia de su paradero. Finalmente, he dispuesto todo lo necesario para que se vigilen los carteles anunciadores de todos los teatros de provincias, así como a las compañías teatrales. Hace algunos años esto hubiera supuesto un gasto considerable de tiempo y dinero. Afortunadamente para el caso que nos ocupa, los teatros de provincias se encuentran en situación precaria. Excepto en las grandes ciudades, apenas queda teatro abierto, por lo que podremos vigilarlos todos con poco gasto y menos dificultades.

Éstos son los pasos que he considerado útil tomar por el momento. Si usted opina de otra manera, sólo tiene que darme sus indicaciones y yo las atenderé con la mayor diligencia. No desespero en modo alguno de encontrar a la señorita y de devolverla sana y salva a sus amigas. Le ruego que así se lo comunique a ellas. Reciba un respetuoso saludo,

ABRAHAM BULMER

V

Carta anónima dirigida al Señor Pendril

Señor:

Una llamada a la sensatez. Los amigos de cierta señorita están perdiendo tiempo y dinero inútilmente. Su pasante de confianza y su detective de la policía están buscando una aguja en un pajar.

Al día de hoy, nueve de octubre, aún no la han encontrado; antes encontrarían el paso del Noroeste ^[9]. Aleje a sus sabuesos y quizá tenga noticias sobre la seguridad de la señorita de su puño y letra. Cuanto más tiempo dediquen a buscarla, más tiempo permanecerá como está ahora: perdida.

(La carta va precedida de una nota escrita por el señor Pendril:

«No hay medio aparente de seguir —el rastro de la carta adjunta hasta su remitente. Matasellos: «Charing Cross». Marca del papel del interior del sobre, cortada. Letra, seguramente de hombre, disimulada. Quienquiera que la escribió está correctamente informado. No se ha descubierto aún pista alguna de la menor de las señoritas Vanstone».)

LA SEGUNDA ESCENA

Skeldergate, York

CAPÍTULO I

En esa parte de la ciudad de York que está situada en la orilla oeste del Ouse, hay una calle estrecha, llamada Skeldergate, que discurre paralela al curso del río casi de norte a sur. La poterna a través de la cual se accedía otrora a Skeldergate ya no existe y las pocas casas antiguas que quedan en la calle ostentan un melancólico disfraz moderno de cal y cemento. Tiendas de lo más pequeño y mísero, mezcladas aquí y allá con sórdidos almacenes y tristes residencias privadas de ladrillo rojo, componen el aspecto actual de Skeldergate. Junto a la orilla del río las casas están separadas a intervalos por callejas que discurren hacia el agua y dejan al descubierto pequeños y solitarios terrenos más allá de los cuales se alzan los mástiles de las gabarras fluviales. En su extremo sur la calle termina de repente y el caudaloso cauce del Ouse, los árboles, las praderas, el paseo en una orilla y el camino de los remolcadores en la otra se abren a la vista.

Aquí, donde termina la calle y en el lado más alejado del río, una angosta calleja asciende hasta el sendero pavimentado que corona los antiguos muros de York. La única y corta hilera de edificios que ocupa la calleja está compuesta por casas de huéspedes baratas con vistas, por la parte de atrás y a pocos pasos de distancia, a una parte del grueso muro de la ciudad. El lugar recibe el nombre de Rosemary Lane. Muy poca luz penetra en él; muy pocas personas viven allí; los residentes de Skeldergate pasan de largo y los visitantes que utilizan la triste calleja para subir o bajar del paseo de la muralla se alejan de ella lo antes posible.

La puerta de una de las casas de este rincón perdido de York se abrió suavemente la noche del veintitrés de septiembre de mil ochocientos cuarenta y seis, y un solitario individuo del sexo masculino abandonó lentamente el retiro de Rosemary Lane para entrar en Skeldergate.

Tras girar hacia el norte, esa persona dirigió sus pasos hacia el puente del Ouse y el bullicioso centro de la ciudad. Mostraba la apariencia externa de una pobreza respetable, llevaba un paraguas de guinga protegido por una funda de hule, caminaba esquivando escrupulosamente todos los puntos sucios del pavimento y lo observaba todo con ojos de diferente color: un ojo marrón bilioso al acecho de empleo y un ojo verde bilioso en apuro similar. En pocas palabras, el extraño de Rosemary Lane no era otro que el capitán Wragge.

En lo tocante a su aspecto, el capitán no había cambiado para mejor desde el memorable día de primavera en que se había presentado a la señorita Garth junto a la verja de entrada de Combe-Raven. La efervescencia por los ferrocarriles en aquel famoso año ^[10] había atacado incluso al cauteloso Wragge, apartándole de sus ocupaciones habituales y dejándole postrado al final, como a tantos otros mejores que él. Había perdido su apariencia clerical; se había secado con las hojas otoñales. La

banda de crespón de su sombrero se había puesto de luto marrón por la pérdida del negro. El sucio cuello y el corbatín blancos habían sufrido la muerte del hilo viejo, y habían establecido prolongada residencia en una fábrica de papel para revivir un día como cuadernillos en una papelería. Una chaqueta gris de caza en el último estadio de atrofia de la lana sustituía la levita negra de otros tiempos y, como fiel sirviente, protegía de miradas curiosas el oscuro secreto de la ropa interior de su amo. De los pies a la cabeza, cada centímetro cuadrado de la ropa del capitán había cambiado para peor, pero el hombre permanecía inalterable, inaccesible a toda forma de enmohecimiento moral, impermeable a la acción de la herrumbre social. Era tan cortés, tan persuasivo y tan mansamente digno como siempre. Llevaba la cabeza tan alta sin cuello de camisa como la había llevado con él. El raído pañuelo negro que rodeaba su cuello estaba dispuesto de manera impecable; sus viejos y podridos zapatos habían recibido una pulcra mano de betún; en cuestión de afeitado, la suavidad de su mentón podía compararse con la de la más alta dignidad eclesiástica de York. El tiempo, los cambios y la pobreza habían atacado al capitán a un tiempo y no habían logrado derribarlo. Recorría las calles de York como un hombre por encima de las ropas y las circunstancias, su barniz truhanesco siempre resplandeciente. Una vez en el puente, el capitán Wragge se detuvo y miró distraídamente por encima del parapeto hacia las gabarras del río. Era evidente que no tenía destino al que arribar ni nada que hacer. Mientras aún seguía ocioso, el reloj de la catedral de York dio las cinco y media. Los coches de alquiler pasaban traqueteando por el puente de camino a la estación para recibir el tren de Londres de las seis menos veinte. Tras una breve vacilación, el capitán siguió los coches de alquiler paseando tranquilamente. Cuando una de las costumbres de un hombre consiste en vivir de sus congéneres, ese hombre es siempre más o menos aficionado a merodear por las grandes estaciones de ferrocarril. El capitán Wragge espigaba en el campo humano y en aquella tarde desocupada la estación de York era tan buen lugar para echar un vistazo como cualquier otro.

Llegó al andén unos minutos después que el tren. Ningún otro lugar como York para ejemplificar de manera notable la absoluta incapacidad de idear medidas administrativas para controlar a grandes muchedumbres, que es una de las características nacionales de los ingleses en lo tocante a la autoridad. Tres líneas diferentes de trenes congregan a tres multitudes de pasajeros de la mañana a la noche bajo el mismo techo, dejando que ocasionen tumultos con toda la ayuda que los desconcertados empleados de la compañía puedan prestarles para aumentar la confusión. El habitual alboroto estaba a punto de alcanzar su punto álgido cuando el capitán Wragge se acercó al andén. Docenas de personas diferentes intentaban alcanzar docenas de objetos diferentes en docenas de direcciones distintas, todos desde un mismo punto de partida e igualmente privados de información. Un súbito

hueco en la multitud, cerca de los coches de segunda clase, atrajo la curiosidad del capitán. Se abrió paso y encontró a un hombre decentemente vestido —ayudado por un mozo de estación y un policía— intentando recoger unos carteles impresos, caídos de un paquete que sus frenéticos compañeros de viaje le habían tirado de un golpe.

Ofreciendo su ayuda en aquel accidente con la cortés diligencia que le caracterizaba, el capitán Wragge observó las sorprendentes palabras: «CINCUENTA LIBRAS DE RECOMPENSA», impresas en mayúsculas sobre los carteles que le ayudaba a recuperar, e inmediatamente se guardó a escondidas uno de ellos para examinarlo más detenidamente a la primera oportunidad. Mientras arrugaba el cartel en la palma de la mano, sus ojos bicolors se fijaron con ávido interés en el propietario del infortunado paquete. Cuando da la casualidad de que un hombre no tiene ni cincuenta peniques en el bolsillo, si tiene el corazón donde lo debe tener, le dará un vuelco, y, si su boca está convenientemente formada, se le hará agua, ante la visión de otro hombre que lleve consigo una oferta impresa de cincuenta libras esterlinas dirigida a sus congéneres.

El desdichado viajero envolvió su paquete lo mejor que pudo y se dispuso a abandonar el andén tras hacer una pregunta a la primera víctima oficial del trasiego de pasajeros del día que tenía aún ánimo suficiente para escucharle. Abandonando la estación para dirigirse a la orilla del río, que estaba cerca, el forastero entró en el transbordador junto a la poterna de North Street. El capitán, que había seguido sus pasos con cautela hasta allí, entró también en el transbordador y empleó el corto intervalo del trayecto hasta la orilla opuesta en examinar el cartel que se había guardado para informarse. De espaldas al viajero, el capitán Wragge concentró su atención en las siguientes líneas:

CINCUENTA LIBRAS DE RECOMPENSA

Falta de su casa en Londres una señorita desde primera hora de la mañana del 23 de septiembre de 1846. Edad: dieciocho años. Vestimenta: luto. Físico: cabellos castaños muy claros, cejas y pestañas más oscuras, ojos gris claro, cutis extraordinariamente pálido, parte inferior de la cara amplia y llena, figura alta y erguida, camina con extraordinaria gracia y soltura, habla con franqueza y resolución, tiene los modales y costumbres de una señorita culta y refinada. Marcas personales: dos lunares pequeños juntos en la parte izquierda del cuello. Ropa interior marcada con el nombre «Magdalen Vanstone». Se supone que ha ingresado o ha intentado ingresar con nombre falso en una compañía teatral que actuaba en York en estos momentos. Cuando dejó Londres no llevaba más equipaje que un baúl negro. Quienquiera que dé cualquier información que permita a sus allegados recuperarla recibirá la recompensa arriba mencionada. Diríjase al despacho del señor Harkness, procurador, Coney Street, York. O a los señores Wyatt, Pendril y Gwilt,

Pese a que el capitán Wragge estaba acostumbrado a mantener un dominio absoluto sobre sí mismo en todo tipo de emergencias humanas, su profundo asombro cuando la lectura de la nota le llevó al nombre marcado en la ropa interior de la señorita desaparecida se delató en una exclamación de sorpresa que sobresaltó incluso al barquero. El viajero fue menos observador; tenía fija su atención en la orilla opuesta del río y abandonó el barco apresuradamente en cuanto éste llegó al punto de ataque. El capitán Wragge se recobró, se metió el cartel en el bolsillo y siguió a su guía por segunda vez.

El forastero encaminó sus pasos a la calle más cercana al río, comparó una nota de su cuaderno con los números de las casas de la acera izquierda, se detuvo delante de una de ellas y llamó al timbre. El capitán se dirigió a la casa contigua, fingió llamar al timbre a su vez y dio la espalda al viajero, esperando aparentemente a que le abrieran, pero escuchando en realidad con todo su empeño por si llegaba a sus oídos algún retazo de conversación cuando se abriera la puerta a su espalda.

Alguien abrió la puerta con la debida prontitud y un intercambio de preguntas y respuestas suficientemente instructivo en el umbral recompensó la destreza del capitán Wragge.

—¿Vive aquí el señor Huxtable? —preguntó el viajero.

—Sí, señor —respondió una voz de mujer.

—¿Está en casa?

—Ahora no está en casa, señor, pero volverá a las ocho de la tarde.

—Creo que antes ha venido una señorita por aquí, ¿no es cierto?

—Sí, esta tarde ha venido una señorita.

—Exactamente; yo vengo por el mismo asunto. ¿Ha visto ella al señor Huxtable?

—No, señor, lleva fuera todo el día. La señorita me dijo que volvería a las ocho.

—Bien. Vendré y veré al señor Huxtable al mismo tiempo.

—¿Me deja su nombre, señor?

—No, dígame que un caballero ha venido a verle por un asunto del teatro, eso bastará. Aguarde un momento, por favor. No conozco York, ¿sería usted tan amable de indicarme el camino para Coney Street?

La mujer le dio la información solicitada, la puerta se cerró y el viajero se alejó presuroso en dirección a Coney Street.

En esta ocasión el capitán Wragge no intentó seguirlo. El cartel revelaba claramente que el siguiente objetivo de aquel hombre era completar las disposiciones necesarias con el procurador local sobre la cuestión de la recompensa prometida.

Tras ver y oír lo suficiente para su propósito inmediato, el capitán volvió sobre sus pasos calle abajo, giró a la derecha y entró en el paseo, que en aquel barrio de la

ciudad bordea la orilla del río entre los baños y la torre Lendal.

«Este es un asunto de familia», dijo el capitán Wragge para sí, empecinándose, por la mera fuerza de la costumbre, en la antigua reivindicación de su parentesco con la madre de Magdalen. «Debo considerarlo en todos sus aspectos.» Se metió el paraguas bajo el brazo, cruzó las manos a la espalda y se sumió suavemente en el abismo de sus reflexiones. El orden y la corrección que se observaban en las raídas ropas del capitán tipificaban con precisión el orden y la corrección que distinguían sus pensamientos. Tenía el hábito de decidir qué camino tomar mediante una pulcra sucesión de alternativas, y así lo decidió entonces.

Se le ofrecían tres posibilidades en relación con el extraordinario descubrimiento que acababa de hacer. La primera era no hacer nada en absoluto. Inadmisibles, dada la relación familiar; igualmente inadmisibles desde el punto de vista monetario; por tanto, rechazadas. La segunda consistía en ganarse la gratitud de los allegados de la joven, valorada en cincuenta libras. La tercera era una oportuna advertencia para ganarse la gratitud de la joven misma, valorada en... una suma desconocida. El cauteloso Wragge vaciló entre estas dos últimas alternativas; no porque dudara de los recursos pecuniarios de Magdalen, pues nada sabía de las circunstancias que habían privado de su herencia a las hermanas, sino por la duda de si existiría un obstáculo, en forma de caballero desconocido que estuviera relacionado personalmente con la desaparición de Magdalen. Tras maduras reflexiones, decidió hacer un alto y dejarse guiar por las circunstancias. Mientras tanto, lo más importante era adelantarse al mensajero de Londres y echarle el guante a la joven.

—Siento pena por esa joven descarriada —dijo el capitán pensativamente, paseándose con solemnidad de un lado a otro por la orilla solitaria—. Siempre la he considerado, y siempre la consideraré, como una sobrina.

¿Dónde se hallaba la pariente adoptada en aquel momento? En otras palabras, ¿de qué modo era más probable que una señorita en la crítica situación de Magdalen pasara las horas que debía esperar hasta el regreso del señor Huxtable? Si en el fondo de aquel asunto se alzaba el obstáculo de un caballero, sería una mera pérdida de tiempo seguir adelante. Pero si lo que se deducía del cartel era cierto, si realmente estaba sola en la ciudad de York en aquel momento, ¿dónde tenía más probabilidades de estar?

Para empezar, no sería en las atestadas calles, ni contemplando los objetos de interés de la catedral, pues a aquella hora ya no se podía visitar. ¿Estaba en la sala de espera de la estación de trenes? Difícilmente correría ese riesgo. ¿En uno de los hoteles? Dudoso, considerando que estaba completamente sola. ¿En una pastelería? Mucho más probable. ¿Recorriendo la ciudad en un coche de alquiler? Posible, desde luego, pero nada más. ¿Pasando el tiempo ociosamente en algún lugar tranquilo al aire libre?

Muy probable también en una apacible tarde de otoño como aquélla. El capitán se detuvo para sopesar los pros y los contras del lugar tranquilo y la pastelería y se decidió por el primero. Tenía tiempo más que suficiente de siete a ocho para localizarla en la pastelería, para preguntar por ella en los principales hoteles o, finalmente, para interceptarla en los alrededores de la residencia del señor Huxtable. Mientras hubiera luz del día lo más sensato era aprovecharla para buscar a Magdalen al aire libre. ¿Dónde? El paseo era un lugar tranquilo, pero no estaba allí, ni en el solitario camino de más allá que volvía junto al muro de la abadía. ¿Dónde buscarla, pues? El capitán se detuvo, miró al otro lado del río, se animó con una nueva idea y corrió de repente de nuevo al transbordador.

«El paseo de la muralla —pensó aquel hombre juicioso con un guiño de sus ojos bicolores—. El lugar más tranquilo de York y el que visitan todos los forasteros.»

Diez minutos después, el capitán Wragge se hallaba explorando un nuevo terreno. Subió hasta las murallas (que circundaban toda la sección oeste de la ciudad) por la poterna de North Street, desde donde el paseo da media vuelta hasta acabar de nuevo en su extremo sur, en la callejuela de Rosemary Lane. Eran entonces las siete menos veinte. Hacía más de media hora que se había puesto el sol; la luz roja se esparcía ampliamente en el despejado horizonte, al oeste; todos los objetos visibles empezaban a borrarse bajo el suave crepúsculo, pero aún no había oscurecido. Las primeras farolas iluminadas en la calle bajo la muralla parecían tenues puntos de luz amarilla cuando el capitán echó a andar por uno de los paisajes más asombrosos que nos ofrece Inglaterra.

A su derecha, cuando inició la marcha, se extendían los campos abiertos más allá de la muralla: las fértiles praderas, los árboles que las dividían, los amplios meandros del río en la distancia, las casas dispersas más cercanas, todo ello envuelto en la quietud del atardecer, todo más hermoso en la paz del ocaso. A su izquierda, la majestuosa fachada oeste de la catedral de York se alzaba sobre la ciudad y reflejaba los últimos destellos de luz del cielo en las cúspides de sus elevadas torres. ¿Había tentado esta noble perspectiva a la joven perdida a detenerse y contemplarla? No, por el momento no había rastro de ella. El capitán miró en derredor atentamente y siguió caminando.

Llegó al lugar en que la vía férrea atraviesa la antigua muralla a través de unos arcos. Se detuvo allí —donde la actividad central de la gran empresa ferroviaria late con estentóreo pulso metálico junto con la majestad muerta del pasado, bajo las viejas piedras históricas que hablan de una York fortificada y de asedios de hace dos siglos —, y allí volvió a buscarla en vano. Otras personas contemplaban la desolada actividad que se desarrollaba a sus pies sobre la soledad de los raíles, pero Magdalen no se hallaba entre ellas. El capitán miró con vacilación el cielo cada vez más oscuro y siguió caminando.

Se detuvo donde aún sigue en pie la poterna de Micklegate reforzando la muralla de la ciudad como antaño. Ahí el paseo pavimentado desciende unos cuantos pasos, atraviesa el oscuro cuerpo de guardia de piedra de la antigua puerta, asciende de nuevo y sigue su curso hacia el sur hasta que las murallas llegan al río una vez más. El capitán paró y se asomó con impaciencia a los sombríos rincones del viejo cuerpo de guardia. ¿Aguardaba Magdalen allí a que anoheciera y la oscuridad la ocultara a miradas curiosas? No; un solitario trabajador deambulaba por la cámara de piedra, pero no se movía ninguna otra criatura viviente en aquel lugar. El capitán subió por las escaleras que conducían al exterior y siguió andando.

Avanzó unos cincuenta o sesenta metros a lo largo del paseo pavimentado; los aislados arrabales de York a un lado, una cordelería y unos pequeños huertos en una franja de terreno desocupada al otro. Avanzó con ojos ansiosos y acelerando el paso, pues divisó ante él la figura solitaria de una mujer junto al pretil de la muralla con el rostro vuelto hacia el panorama del oeste. El capitán se acercó con cautela para cerciorarse de que era Magdalen antes de que se volviese y lo viera. La alta figura negra era inconfundible, apoyada en el parapeto con gracia indolente. Allí estaba, con su larga capa negra igual que el vestido, iluminado su pálido y resuelto rostro juvenil por la última y mortecina luz de la tarde. Allí estaba la que no hacía ni tres meses que era la niña mimada de sus padres, el preciado tesoro de la casa, a la que jamás se dejaba sin protección, a la que jamás se había dejado sola. Allí estaba, en el encantador amanecer de su vida de mujer adulta, ¡una náufraga en una ciudad extraña, una náufraga arrojada al mundo!

A pesar de su carácter truhanesco, ante esta primera visión de Magdalen incluso el intrépido aplomo del capitán Wragge se tambaleó. Cuando ella volvió lentamente la cabeza y lo miró, el capitán alzó el sombrero con lo más parecido al respeto que una larga vida de audacia y desfachatez le permitía aún mostrar.

—Creo que tengo el honor de dirigirme a la menor de las señoritas Vanstone —empezó—. Encantadísimo, se lo aseguro, por más de una razón.

Ella lo miró con fría sorpresa. No le vino a la memoria, al presentarse ante ella con otros modales y ropas distintas, recuerdo alguno del día en que él las había seguido a ella y a su hermana cuando volvían de pasear con la señorita Garth.

—Se equivoca —dijo tranquilamente—. Es usted un completo desconocido para mí.

—Perdóneme —dijo el capitán—. Soy una especie de pariente. Tuve el placer de verla a usted en la primavera del presente año. Me presenté en aquella ocasión memorable a una honorable preceptora de la familia de su difunto padre. Permítame presentarme a usted en circunstancias igualmente agradables. Me llamo Wragge.

Para entonces el capitán había recobrado enteramente su insolencia; guiñó los ojos bicolores alegremente y acompañó su modesta presentación con una reverencia

de maestro de baile.

Magdalen frunció el entrecejo y retrocedió un paso. El capitán no era hombre que se dejara desanimar por una fría recepción. Se metió el paraguas bajo el brazo y deletreó su nombre jocosamente para ayudarla a recordar.

—W, R, A, dos Ges, E, Wragge —dijo, marcando persuasivamente las letras con los dedos.

—Recuerdo su nombre —dijo Magdalen—. Perdóneme si me despido tan bruscamente, pero tengo un compromiso.

Magdalen intentó irse en dirección al norte, hacia el ferrocarril. El capitán frustró el intento inmediatamente alzando ambas manos, que mostraron un par de guantes negros zurcidos, en señal de amable protesta.

—Por ahí no —dijo—; por ahí no, señorita Vanstone, ¡se lo suplico!

—¿Por qué no? —preguntó Magdalen con tono altanero.

—Porque —respondió el capitán— es el camino que conduce a la casa del señor Huxtable.

El irreprimible asombro de Magdalen al oír esta respuesta hizo que se inclinara hacia él y lo mirara a la cara de cerca por primera vez. El capitán soportó su receloso escrutinio con toda la apariencia de sentirse extremadamente gratificado.

—H, U, X: Hux —dijo, volviendo alegremente a la vieja broma—; T, A: ta; B, L, E: ble. Huxtable.

—¿Qué sabe usted del señor Huxtable? —preguntó Magdalen—. ¿Qué pretende nombrándolo?

El sinuoso labio del capitán se torció de nuevo hacia arriba. Respondió inmediatamente del modo más práctico, sacando el cartel del bolsillo.

—Aún queda luz suficiente —dijo— para que unos ojos jóvenes (y encantadores) puedan leer. Antes de dar comienzo a la declaración personal que su halagadora pregunta requiere de mí, le ruego que preste un momento de atención a este documento.

Magdalen cogió el cartel. Con el último resplandor del ocaso leyó las líneas que ponían precio a su rescate, que hacían pública su descripción en implacable letra impresa, como si fuera la descripción de un perro extraviado. No hubo compasiva deferencia que preparara a Magdalen para aquella conmoción, ni palabra amable que la mitigara cuando se produjo. El truhán, cuyos sagaces ojos la contemplaban ávidamente mientras leía, ignoraba como ella que el cartel robado se había impreso tan sólo en previsión de lo peor, y que sólo debía hacerse público en caso de haber agotado todos los medios más discretos. El cartel le cayó de la mano; Magdalen enrojeció hasta la raíz del cabello. Volvió el rostro, como si se hubiera borrado de su cabeza toda idea sobre la existencia del capitán Wragge.

—¡Oh, Norah, Norah! —exclamó para sí con pesar—. ¡Después de la carta que te

escribí; después de la dura lucha que sostuve para marcharme! ¡Oh, Norah, Norah!

—¿Cómo está Norah? —preguntó el capitán con la mayor de las cortesías.

Magdalen se volvió hacia él con furiosos destellos en sus grandes ojos grises.

—¿Se ha mostrado esto públicamente? —preguntó, pisoteando el cartel—. ¿Se lee la descripción de la marca del cuello en todo York?

—Le ruego que se tranquilice —dijo el persuasivo Wragge—. Por el momento tengo razones para creer que acaba usted de examinar la única copia en circulación. Permítame que la recoja.

Magdalen cogió el papel del suelo antes de que el capitán pudiera tocarlo, lo rompió en pedazos y los arrojó por encima de la muralla.

—¡Bravo! —exclamó el capitán—. Me recuerda usted a su pobre y querida madre. El espíritu familiar, señorita Vanstone. Todos heredamos el temperamento ardiente de mi abuelo materno.

—¿Cómo lo ha obtenido usted? —preguntó Magdalen de repente.

—Mi querida niña, se lo acabo de decir —le amonestó el capitán—. Lo heredamos todos de mi abuelo materno.

—¿Cómo ha obtenido ese cartel? —repitió ella con vehemencia.

—¡Le pido mil perdones! Mi cabeza se había volcado en el espíritu familiar. ¿Cómo lo he obtenido? En breves palabras, así. —El capitán Wragge inició aquí su declaración personal, realizando su acostumbrado ejercicio vocal mediante las palabras más largas del idioma inglés y con el mayor deleite declamatorio. Dado que en aquella rara ocasión nada ganaba ocultándola, se apartó de sus costumbres y, con el mayor de los asombros por la novedad de su situación, se permitió contarle la verdad sin paliativos.

El efecto de su relato sobre Magdalen no cumplió en modo alguno las expectativas del capitán Wragge. Magdalen no se sobresaltó, no se irritó, no mostró inclinación alguna a ponerse a su merced y pedirle consejo. Lo miró a los ojos con firmeza y todo lo que dijo cuando concluyó redondeando pulcramente su última frase fue:

—Siga.

—¿Que siga? —repitió el capitán—. Le aseguro que me escandaliza haberla decepcionado, pero lo cierto es que he terminado.

—No, no ha terminado —replicó Magdalen—. Se ha dejado el final de la historia. El final es éste: ha venido aquí a buscarme y pretende conseguir las cincuenta libras de recompensa.

Estas claras palabras dejaron al capitán tan estupefacto que por un momento enmudeció. Pero se había enfrentado demasiado a menudo con verdades embarazosas de toda suerte como para que su desconcierto fuera permanente. Antes de que Magdalen pudiera aprovecharse de su ventaja, el truhán había recobrado el aplomo:

Wragge volvía por sus fueros.

—Muy lista —dijo el capitán entre risas indulgentes y golpeando el pavimento con la punta del paraguas—. Algunos hombres podrían tomárselo en serio, pero yo no me ofendo tan fácilmente. Pruebe otra vez.

Magdalen lo miró en la oscuridad creciente con muda perplejidad. Su escasa experiencia social se había desarrollado entre personas que tenían el común sentido del honor y la responsabilidad de una posición social. Hasta entonces no había visto de la gran fábrica de la civilización más que el producto humano que había tenido un buen resultado. Delante tenía uno de los fracasos y, pese a su agudeza, no sabía cómo tratarlo.

—Perdóneme por volver al tema —prosiguió el capitán—. Se me acaba de ocurrir que quizá haya usted hablado en serio. ¡Mi pobre niña! ¿Cómo puedo llevarme las cincuenta libras antes de que me ofrezcan la recompensa? Puede que esos carteles no se fijen en las paredes hasta dentro de una semana. Por valiosa que sea para sus parientes (incluyéndome a mí), créame, los abogados que se ocupan del caso no pagarán cincuenta libras por usted si hallan el modo de evitarlo. ¿Sigue convencida de que mis necesitados bolsillos esperan abiertos el dinero? Muy bien. Olvídese de mí y ciérrelos con sus propios y bellos dedos. Hay un tren para Londres a las nueve cuarenta y cinco de la noche. Sométase a los deseos de sus amigos y vuelva en él.

—¡Jamás! —dijo Magdalen, enardecándose ante la mera insinuación, exactamente como pretendía el capitán—. Si antes hubiera estado indecisa, ese vil cartel me hubiera decidido. A Norah la perdono —añadió, volviendo el rostro y bajando la voz—, pero al señor Pendril y a la señorita Garth no.

—¡Muy acertado! —observó el capitán Wragge—. Es el espíritu familiar. Yo hubiera hecho lo mismo a su edad. Se lleva en la sangre. ¡Escuche! Ahí está el reloj otra vez; las siete y media. ¡Señorita Vanstone, perdone mi oportuna brusquedad! Si quiere llevar a cabo su propósito, si quiere seguir siendo dueña de sus actos durante mucho tiempo, debe emprender alguna acción antes de las ocho. Es usted joven, carece de experiencia, corre un peligro inminente. Vemos aquí una emergencia por un lado, y aquí estoy yo, por el otro, con todo el interés de un tío y repleto de consejos. Utilíceme.

—Supongamos que elijo no depender de nadie y actuar por mi cuenta. ¿Qué pasaría? —preguntó Magdalen.

—Que —respondió el capitán— se encaminaría directamente a una de las cuatro trampas que se han tendido para atraparla en la antigua e interesante ciudad de York. Primera trampa, en la casa del señor Huxtable; segunda trampa, en todos los hoteles; tercera trampa, en la estación de ferrocarril; cuarta trampa, en el teatro. El hombre de los carteles ha tenido una hora a su disposición. Si no ha tendido esas cuatro trampas (con la ayuda del procurador local) en ese tiempo, no es el eficiente pasante de

abogado por el que lo tomo. ¡Vamos, vamos, mi querida niña! Si hay alguna otra persona cuyos consejos prefiera a los míos...

—Usted mismo puede ver que estoy sola —le interrumpió ella orgullosamente—. Si me conociera mejor, sabría que no dependo de nada más que de mí misma.

Estas palabras disiparon la única duda que subsistía en la mente del capitán, la duda de si tenía el camino despejado ante él. Resultaba evidente que el motivo de la huida de Magdalen coincidía con el que suponían los carteles: el temerario capricho de convertirse en actriz. «Una de dos —pensó Wragge con toda lógica—. O vale más de cincuenta libras para mí en su situación actual, o no las vale. Si las vale, sus amigos ya pueden esperar sentados. Si no, sólo tengo que retenerla hasta que se fijen los carteles.» Fortalecido por este simple plan de acción, el capitán volvió a la carga y colocó cortésmente a Magdalen en la disyuntiva de elegir entre las dos alternativas inevitables de confiarse a él, por un lado, o de regresar con sus allegados, por el otro.

—Respeto una personalidad independiente cuando la veo —dijo con aire de severidad virtuosa—. En una pariente joven y encantadora, no sólo la respeto, la admiro. Pero (perdóneme la franqueza) para vivir por su cuenta primero tendrá que hallar los medios. En las presentes circunstancias, ¿cuáles son esos medios? Para empezar, el señor Huxtable está descartado.

—Descartado por esta noche —dijo Magdalen—, pero ¿qué me impide escribirle y citarme con él en privado para mañana?

—Se lo concedo de todo corazón, ha dado en el blanco sin duda. Ahora me toca a mí. Para llegar a mañana (perdóneme de nuevo por la osadía), primero tendrá que pasar esta noche. ¿Dónde va a dormir?

—¿No hay hoteles en York?

—Excelentes hoteles para familias numerosas; excelentes hoteles para caballeros solteros. Los peores hoteles del mundo para jóvenes y hermosas señoritas que se presentan solas en la puerta sin acompañante masculino, sin doncella y sin equipaje. Aun siendo de noche, creo que vería el baúl de una señora si hubiera algo parecido en las cercanías.

—Mi baúl está en la consigna. ¿Qué me impide enviar a alguien a buscarlo con el resguardo?

—Nada, si lo que quiere es comunicar su dirección por medio de su baúl, nada más. ¡Piense, se lo ruego, piense! ¿Cree realmente que la gente que la está buscando es tan estúpida como para no vigilar la consigna? ¿Cree que serán tan estúpidos, cuando vean que no se presenta usted hoy a las ocho en casa del señor Huxtable, como para no indagar en todos los hoteles? ¿Cree que una joven de su atractivo podría alojarse en una posada (aun cuando accedieran a ello) sin convertirse en objeto de la curiosidad general y de todos los comentarios? La noche se acerca todo lo deprisa que puede. No quiero aburrirla, permítame tan sólo preguntarle una vez más,

¿dónde va a dormir?

No había respuesta a esa pregunta; en su posición, Magdalen no tenía absolutamente ninguna respuesta. Guardó silencio.

—¿Dónde va a dormir? —repitió el capitán—. La respuesta es obvia: bajo mi techo. La señora Wragge estará encantada de conocerla. Considérela como una tía; le ruego que la considere su tía. La patrona es viuda, la casa está cerca de aquí, no hay más huéspedes, y hay una habitación libre. ¿Qué podría haber más satisfactorio en las actuales circunstancias? Fíjese, se lo ruego, en que nada digo sobre mañana, el mañana se lo dejo a usted, yo me limito exclusivamente a la noche. Podría, o no, disponer de facilidades en el mundo del teatro, y estar en disposición de ofrecérselas. Podría, o no, sentir una fuerte simpatía y admiración al considerar su carácter impulsivo e independiente. Podrían, o no, acudir en tropel a mi memoria montones de ejemplos de rutilantes estrellas de la escena británica que empezaron su aprendizaje en las tablas como ahora usted. Éstos son temas para el futuro. Por el momento, me limitaré a mi estricto deber. Estamos a cinco minutos andando de mi dirección actual. Permítame ofrecerle mi brazo. ¿No? ¿Vacila? ¿Desconfía de mí? ¡Cielos!, ¿será posible que haya oído alguna cosa contra mí?

—Es muy posible —dijo Magdalen sin el menor titubeo.

—¿Me permite inquirir acerca de los detalles? —preguntó el capitán con el más cortés aplomo—. No tema ofenderme; le agradeceré que me lo cuente. Hablando claro, ¿qué ha oído?

Magdalen le respondió con la desesperada despreocupación que siente una mujer por las consecuencias cuando está acorralada; respondió al instante:

—He oído que es usted un granuja.

—¿En serio? —dijo el impenetrable Wragge—. ¿Un granuja? ¡Bien! Renuncio a mi privilegio de desengañarla hasta mejor ocasión. Para seguir con la conversación, supongamos que soy un granuja. ¿Qué es el señor Huxtable?

—Un hombre respetable, de lo contrario no le hubiera encontrado en la casa donde lo conocí.

—Muy bien. ¡Ahora observe! Antes ha hablado de escribir al señor Huxtable. ¿Qué cree más probable que haga un hombre respetable con una joven señorita que reconoce abiertamente haber huido de casa y de sus allegados para hacerse actriz? Mi querida niña, tal como usted misma lo presenta, no es un hombre respetable lo que necesita en su difícil situación, sino un granuja... como yo.

Magdalen soltó una amarga carcajada.

—Algo de cierto hay en ello —dijo—. Gracias por recordarme a mí misma y mis circunstancias. Tengo un objetivo que cumplir, ¿y quién soy yo para elegir el modo de lograrlo? Ahora me toca a mí pedir perdón. Hablaba como si fuera una señorita de buena familia y posición. ¡Absurdo! Nosotros sabemos la verdad, ¿no es así, capitán

Wragge? Tiene usted toda la razón. La hija de nadie tiene que dormir bajo el techo de alguien, ¿por qué no el suyo?

—Por aquí —indicó el capitán, aprovechando hábilmente el súbito cambio de humor de Magdalen y absteniéndose sagazmente de exasperarla con más palabrería—. Por aquí.

Magdalen le siguió unos cuantos pasos y se detuvo.

—Supongamos que me descubren —espetó bruscamente—. ¿Quién tiene autoridad sobre mí? ¿Quién puede obligarme a volver si yo decido lo contrario? ¿Qué más da que me encuentren todos mañana? ¿No puedo acaso decirle no al señor Pendril? ¿No puedo confiar en mi valor frente a la señorita Garth?

—¿Puede confiar en su valor frente a su hermana? —susurró el capitán, que no había olvidado las referencias a Norah que habían escapado en dos ocasiones de los labios de Magdalen.

Magdalen dejó caer la cabeza. Se estremeció como si el frío aire de la noche la hubiera golpeado y se apoyó contra el parapeto de la muralla con aire cansado.

—Frente a Norah, no —dijo con tristeza—. Podría confiar en mí misma frente a los demás, pero no frente a Norah.

—Por aquí —repitió el capitán Wragge. Magdalen recobró la compostura; miró el cielo oscurecido y la vista que se oscurecía alrededor.

—Lo que haya de ser, será —dijo, y siguió al capitán.

El reloj de la catedral daba las ocho menos cuarto cuando abandonaron el paseo de la muralla y bajaron las escaleras hasta Rosemary Lane. Casi en ese mismo momento, el pasante del abogado de Londres daba las últimas instrucciones a sus subordinados y ocupaba su lugar en la orilla opuesta del río, desde donde podía ver fácilmente la puerta del señor Huxtable.

CAPÍTULO II

El capitán Wragge se detuvo casi en el centro de la corta hilera de casas de Rosemary Lane y abrió la puerta con su propia llave para acceder a su alojamiento. Cuando entraron en el pasillo, apareció una mujer con aire abrumado y cofia de viuda portando una bujía.

—Mi sobrina —dijo el capitán, presentando a Magdalen—. Mi sobrina está de visita en York. Ha tenido la amabilidad de acceder a ocupar el dormitorio que tiene usted vacío. Hágame el favor de considerarlo alquilado a mi sobrina y ponga especial cuidado en airear las sábanas. ¿Está arriba la señora Wragge? Muy bien. Présteme su bujía. Mi querida niña, el gabinete de la señora Wragge está en el primer piso; la señora Wragge está visible. Permítame mostrarle el camino.

Cuando el capitán empezó a subir las escaleras, la viuda con aire abrumado susurró lastimeramente a Magdalen:

—Espero que usted me pague, señorita. Su tío no lo hace.

El capitán abrió la puerta de la primera habitación del primer piso y descubrió a una figura femenina ataviada con un vestido de deslustrado raso color ámbar. Estaba sentada, solitaria, en una pequeña silla con unos guantes viejos y sucios en las manos, un viejo libro destartado sobre las rodillas y una pequeña vela al lado. La figura terminaba en su extremo superior en una cara ancha, suave, blanca y redonda —como una luna— rodeada por una cofia y cintas verdes, y tenuemente iluminada por unos ojos de apagado color azul, que miraban directamente al vacío y no hicieron el menor caso de la aparición de Magdalen en el umbral de la puerta.

—¡Señora Wragge! —gritó el capitán, como si estuviera profundamente dormida—. ¡Señora Wragge!

La señora de los apagados ojos azules se levantó lentamente hasta alcanzar una altura en apariencia interminable. Cuando por fin alcanzó a erguirse por completo, su estatura sobrepasaba siete u ocho centímetros el metro ochenta. Por sabio designio de la Providencia, los gigantes de uno y otro sexo nacen por lo general con un carácter afable. Si se hubiera colocado a la señora Wragge al lado de un cordero, la comparación, en esas circunstancias, habría descubierto en el cordero un auténtico impostor.

—¿Té ^[11], capitán? —preguntó la señora Wragge, mirando sumisamente a su marido, cuya cabeza apenas le llegaba hasta el hombro aun poniéndose de puntillas.

—La menor de las señoritas Vanstone —dijo el capitán, presentando a Magdalen—. Nuestra hermosa pariente, a la que he encontrado por una feliz casualidad. Nuestra invitada por esta noche. ¡Nuestra invitada! —insistió el capitán, gritando de nuevo como si la señora alta estuviera profundamente dormida, pese a que los propios ojos de Magdalen atestiguaban lo contrario.

Una sonrisa se manifestó (mediante un débil esbozo) en el amplio espacio vacío de la faz de la señora Wragge.

—¿Oh? —dijo con tono interrogativo—. ¿Oh, en serio? Por favor, señorita, ¿no quiere sentarse? Lo siento... no, no quería decir que lo siento; es decir, estoy muy contenta... —Se interrumpió y consultó a su marido con una mirada de impotencia.

—¡Contenta, por supuesto! —gritó el capitán.

—Contenta, por supuesto —repitió la gigante del raso ámbar con mayor docilidad que nunca.

—La señora Wragge no es sorda —explicó el capitán—. Sólo es un poco lenta. Físicamente apática, si se me permite la expresión. Me limito a gritarle (y le ruego que me haga usted el honor de gritarle también) como un estímulo necesario para sus ideas. Grítele, y su mente acabará respondiendo. Háblele, y se alejará a la deriva directamente. ¡Señora Wragge!

—¿Té, capitán? —preguntó la señora Wragge por segunda vez, reconociendo al instante el estímulo.

—¡Enderécese la cofia! —gritó su marido—. Le pido mil perdones —prosiguió, dirigiéndose de nuevo a Magdalen—. La triste realidad es que soy un mártir de mi propio sentido del orden. El desorden, la falta de sistema y regularidad me producen una grandísima irritación. Me distraigo, pierdo la compostura; no descanso hasta que todo vuelve a estar en su sitio. En el aspecto externo, la señora Wragge es, para mi infinito pesar, la mujer más desaliñada con la que me he tropezado. ¡Más a la derecha! —gritó el capitán cuando la señora Wragge, como una niña bien enseñada, mostró la cofia a la inspección de su marido.

Inmediatamente la señora Wragge tiró de la cofia hacia la izquierda. Magdalen se levantó y se la enderezó. El rostro de luna llena de la gigante se iluminó por vez primera. Miró la capa y el sombrero de Magdalen con admiración.

—¿Le gustan los vestidos, señorita? —preguntó de repente en un susurro confidencial—. A mí, sí.

—Enséñele a la señorita Vanstone su habitación —dijo el capitán, como si la casa entera le perteneciera—. La habitación libre, la habitación libre de la patrona, en la parte de delante del tercer piso. Ofrézcale a la señorita Vanstone cuantos artículos relacionados con el aseo pueda necesitar. No lleva equipaje. Subsane la deficiencia y luego vuelva y prepare el té.

La señora Wragge acusó recibo de estas altaneras instrucciones con una mirada de plácido desconcierto y salió de la habitación; Magdalen la siguió con una bujía que le había entregado el solícito capitán. Tan pronto como estuvieron solas en el descansillo, la señora Wragge alzó el libro viejo y destartalado que leía cuando Magdalen le fue presentada y que no había soltado en ningún momento, y lentamente se dio unos golpecitos en la frente con él.

—¡Oh, mi pobre cabeza! —dijo la alta señora en un débil soliloquio—. ¡Me zumba más que nunca!

—¿Le zumba? —repitió Magdalen, atónita.

La señora Wragge subió por las escaleras sin dar explicaciones, se detuvo frente a la puerta de una de las habitaciones del segundo piso y entró.

—Este no es el tercer piso —dijo Magdalen—. Ésta no puede ser mi habitación.

—Espere un poco —imploró la señora Wragge—. Espere un poco, señorita, antes de que subamos. El zumbido que tengo en la cabeza es peor que nunca. Por favor, espere a que esté un poco mejor.

—¿Quiere que pida ayuda? —preguntó Magdalen—. ¿Llamo a la patrona?

—¿Ayuda? —dijo la señora Wragge—. ¡Cielos, no quiero ayuda! Estoy acostumbrada. Tengo un zumbido en la cabeza que va y viene desde hace... ¿cuántos años? —Se interrumpió para reflexionar, se perdió, y de repente probó con una pregunta a la desesperada—. ¿Ha estado alguna vez en los salones del restaurante Darch de Londres? —inquirió, aparentando el mayor interés.

—No —respondió Magdalen, perpleja por la extraña pregunta.

—Allí fue donde me empezó el zumbido de la cabeza —dijo la señora Wragge, siguiendo una nueva pista con gran atención y vehemencia—. Estaba empleada en el restaurante Darch para servir a los caballeros, eso es. Los caballeros llegaban todos a la vez; los caballeros tenían hambre todos a la vez; los caballeros pedían todos a la vez... —Se interrumpió y volvió a usar el viejo y gastado libro para golpearse con desánimo la cabeza.

—¿Y usted tenía que recordar todos sus pedidos por separado? —sugirió Magdalen para ayudarla—. ¿Y el esfuerzo de intentarlo la confundió?

—¡Exacto! —dijo la señora Wragge, excitándose violentamente en un momento—. Cerdo hervido con verduras y pudín de guisantes para el número uno. Guiso de buey con zanahorias y tarta de grosellas para el número dos. Tajada de cordero, que sea rápido, muy hecho y con mucha grasa para el número tres. Bacalao con chirivías, dos chuletas para continuar, vuelta y vuelta, o se acordará de mí, para el número cuatro. Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Zanahorias y tarta de grosellas; pudín de guisantes y mucha grasa; cerdo y buey y cordero, y tajadas de todo y que sea rápido; cerveza negra para uno y rubia para otro; y pan rancio aquí y pan fresco allá; y a este caballero le gusta el queso y a aquél no. Matilda, Tilda, Tilda, Tilda, cincuenta veces hasta que ya no sabía ni cómo me llamaba. ¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor! Todos juntos, todos al mismo tiempo, todos malhumorados, todos zumbando en mi cabeza como cuarenta mil millones de abejas. ¡No se lo diga al capitán! ¡No se lo diga al capitán! —La desgraciada criatura dejó caer el viejo y gastado libro y se golpeó la cabeza con ambas manos, clavando una mirada de ciego terror en la puerta.

—¡Calle! ¡Calle! —dijo Magdalen—. El capitán no la ha oído. Ahora ya sé qué le

pasa en la cabeza. Déjeme que la refresque.

Magdalen empapó una toalla en agua y la apretó contra la cabeza ardiente y desvalida que la señora Wragge le ofreció con la docilidad de una niña enferma.

—Qué mano tiene usted —dijo la pobre criatura al notar el alivio del frescor, cogiendo con admiración una mano de Magdalen—. ¡Qué suave y blanca! Yo procuro ser una señora; siempre llevo los guantes puestos, pero no consigo tener unas manos como las tuyas. De todas formas voy bien vestida, ¿no es cierto? Me gustan los vestidos; son un consuelo para mí. Siempre soy feliz cuando contemplo mis cosas. Oiga, no se enfadará conmigo, ¿verdad? Me gustaría tanto probarme su sombrero.

Magdalen la complació con la compasión siempre dispuesta de la juventud. La señora Wragge se contempló en el espejo sonriendo y asintiendo para sí con el sombrero sobre la cabeza.

—Yo tuve uno tan bonito como éste en otro tiempo —dijo—, pero era blanco en lugar de negro. Lo llevaba cuando el capitán se casó conmigo.

—¿Dónde se conocieron? —preguntó Magdalen, formulando la pregunta como un posible medio de aumentar su escasa información sobre el capitán Wragge.

—En el restaurante —dijo la señora Wragge—. Era el más hambriento y el más ruidoso de todos a los que servía. Cometí más errores con él que con todos los demás juntos. Él soltaba juramentos. ¡Oh, vaya si los soltaba! Cuando dejó de gritarme, se casó conmigo. Había otros además de él que también me pretendían. Vaya, tuve donde escoger. ¿Por qué no? Cuando a una le dejan un poquito de dinero que no esperaba, si eso no te convierte en una señora, no sé qué pueda hacerlo. ¿No puede elegir a su gusto una señora? Yo recibí mi poquito de dinero y tenía donde elegir, y elegí al capitán, eso es. Era el más elegante y el más bajo de todos ellos. Él se ocupó de mí y de mi dinero. Yo estoy aquí, el dinero se esfumó. No ponga esa toalla encima de la mesa, ¡a él no le gustaría! No mueva sus navajas de afeitar; no lo haga, por favor, o me olvidaré de cuál es cuál. Tengo que recordar cuál es cuál mañana por la mañana. ¡Vaya, el capitán no se afeita solo! Hizo que me enseñaran. Yo le afeito. Yo le peino y le corto las uñas; es terriblemente exigente con sus uñas. También con sus pantalones. Y con sus zapatos. Y con su periódico de la mañana. Y con sus desayunos y comidas y cenas y té... —Se interrumpió sacudida por un súbito recuerdo, miró alrededor, observó el viejo y gastado libro en el suelo y juntó las manos con desesperación—. ¡He perdido la página! —exclamó con angustia—. ¡Oh, piedad, qué será de mí! He perdido la página.

—No se preocupe —dijo Magdalen—. Yo se la encontraré en seguida.

Recogió el libro, hojeó las páginas y descubrió que el objeto de la inquietud de la señora Wragge no era más que un viejo y anticuado Tratado del Arte de Cocinar reducido a los habituales epígrafes de Pescado, Carne y Aves, que contenía la acostumbrada serie de recetas. Pasando las hojas, Magdalen llegó a una página en

particular cubierta de pequeñas gotas de humedad medio secas.

—¡Qué curioso! —dijo—. Si no fuera un libro de cocina, diría que alguien ha estado llorando sobre él.

—¿Alguien? —repitió la señora Wragge con una mirada de asombro—. No es alguien, soy yo. Le doy las gracias, sin duda ésta es la página. Cielos, suelo llorar sobre el libro. Usted también lloraría si tuviera que sacar de ahí las comidas del capitán. Tan seguro como que cada vez que me siento con este libro me empieza otra vez el zumbido en la cabeza. ¿Quién lo entiende? Algunas veces me parece que lo tengo y se me escapa todo. A veces creo que no lo entiendo y lo recuerdo todo de golpe. ¡Fíjese! Esto es lo que ha pedido para desayunar mañana: «Tortilla a las hierbas. Bata dos huevos con un poco de agua o leche, sal, pimienta, cebolletas y perejil. Picar fino». ¡Vaya! ¡Picar fino! ¿Cómo voy a picarlo fino si está todo mezclado y batido? «Ponga un trozo de mantequilla del tamaño de su pulgar en la sartén.» ¡Míreme el pulgar y mírese el suyo! ¿A qué tamaño se refiere? «Derretir, pero no dorar.» Si no se ha de dorar, ¿qué color ha de tener? Él no me lo dice; espera que lo sepa, y yo no lo sé. «Echar la tortilla.» ¡Vaya! Eso puedo hacerlo. «Deje que cuaje, levante todo el borde de la tortilla; cuando esté hecha, déle la vuelta para doblarla sobre sí.» ¡Oh, la de veces que le he dado la vuelta y la he doblado en mi cabeza antes de que entrara usted! «No deje que se endurezca; ponga el plato sobre la sartén y déle la vuelta.» ¿A qué le he de dar la vuelta? Oh, piedad, pruebe con la toalla fría otra vez y dígame a qué, ¿al plato o a la sartén?

—Ponga el plato sobre la sartén —dijo Magdalen—, y luego déle la vuelta a la sartén. Creo que se refiere a eso.

—Se lo agradezco de veras —dijo la señora Wragge—. Quiero grabármelo en la cabeza; repítalo, por favor.

Magdalen lo dijo una vez más.

—Y luego dé la vuelta a la sartén —repitió la señora Wragge con un súbito estallido de energía—. ¡Ahora ya lo entiendo! Oh, todas esas tortillas friéndose en mi cabeza y todas mal. Se lo agradezco mucho, se lo aseguro. Usted me ha puesto buena otra vez; sólo estoy un poco cansada de hablar. Y luego déle la vuelta a la sartén, y luego déle la vuelta a la sartén, y luego déle la vuelta a la sartén. Suena como a poesía, ¿verdad?

Su voz se extinguió y ella cerró los ojos, adormeciéndose. En ese mismo momento se abrió la puerta de la habitación de abajo y las bajas notas de la meliflua voz del capitán flotaron hasta arriba llenas del acostumbrado estimulante para las facultades de su mujer.

—¡Señora Wragge! —llamó el capitán—. ¡Señora Wragge!

La señora Wragge se puso en pie sobresaltada por aquella terrible llamada.

—Oh, ¿qué me había dicho que hiciera? —preguntó distraídamente—. ¡Montones

de cosas y las he olvidado todas!

—Dígale que las ha hecho cuando le pregunte —sugirió Magdalen—. Eran cosas para mí, cosas que no quiero. Recuerdo todo lo necesario. Mi habitación es la de delante en el tercer piso. Baje y dígame que iré en seguida. —Cogió la bujía y empujó a la señora Wragge al descansillo—. Dígame que iré en seguida —susurró de nuevo y subió sola al tercer piso.

La habitación era pequeña y estaba muy pobremente amueblada. En otros tiempos, la señorita Garth hubiera vacilado en ofrecer una habitación semejante en Combe-Raven a uno de los criados. Pero era tranquila, le permitió estar unos minutos a solas, y era soportable, incluso grata, por ese motivo. Se encerró en ella y se acercó mecánicamente, siguiendo el primer impulso de una mujer en un dormitorio extraño, a la pequeña mesa desvencijada y al pequeño y sucio espejo. Aguardó allí unos instantes y luego se apartó con cansado desprecio. «¿Qué importa lo pálida que esté? —pensó—. Frank no puede verme. ¡Qué importa ahora!»

Dejó a un lado capa y sombrero y se sentó para serenarse, pero los acontecimientos del día la habían dejado exhausta. El pasado, cuando intentó recordarlo, hizo sólo que le doliera el corazón. El futuro, cuando intentó imaginarlo, estaba sumido en la negrura. Volvió a levantarse y se situó junto a la ventana sin cortinas; miró al exterior como si la noche desolada guardara cierta simpatía oculta hacia su propia desolación.

«¡Norah! —dijo para sí cariñosamente—. Me pregunto si Norah estará pensando en mí. ¡Oh, ojalá fuera tan paciente como ella! ¡Ojalá pudiera olvidar la deuda que tenemos con Michael Vanstone!»

Una vengativa desesperación ensombreció su rostro; paseó sin hacer ruido por la pequeña jaula que era la habitación.

«¡No, jamás hasta que esa deuda esté pagada!» Sus pensamientos se desviaron de nuevo hacia Frank. «Aún en el mar, pobrecito, cada vez más lejos de mí, navegando de día y de noche. ¡Oh, Frank, ámame!»

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Las enjugó rápidamente, se dirigió a la puerta y rió con desesperada frivolidad cuando volvió a abrirla.

«Cualquier compañía es mejor que mis propios pensamientos —espetó temerariamente saliendo de la habitación—. Me había olvidado de mis parientes recién adquiridos, mi tía medio boba y mi tío el granuja.» Bajó las escaleras hasta el descansillo del primer piso y se detuvo con una momentánea vacilación. «¿Cómo terminará todo esto? —se preguntó—. ¿Hacia dónde me lleva este viaje a ciegas? ¿Quién sabe y a quién le importa?»

Entró en la habitación.

El capitán Wragge presidía junto al servicio de té con el aire de un príncipe en su salón de banquetes. A un lado de la mesa se sentaba la señora Wragge vigilando la mirada de su marido como un animal aguardando su alimento. Al otro lado había una silla vacía que el capitán señaló con mano persuasiva cuando entró Magdalen.

—¿Qué le parece nuestra habitación? —preguntó—. Confío en que la señora Wragge le haya sido de utilidad. ¿Toma usted leche y azúcar? Pruebe el pan de aquí, haga los honores a la mantequilla de York, saboree la frescura de un huevo recién puesto en la vecindad. Le ofrezco lo poco que tengo. La comida de un mendigo, mi querida niña, sazonada con la bienvenida de un caballero.

—Sazonada con sal, pimienta, cebolletas y perejil —murmuró la señora Wragge, buscando instantáneamente una palabra relacionada con la cocina y uniendo su pensamiento a la tortilla durante el resto de la velada.

—¡Siéntese erguida en la mesa! —gritó el capitán—. Más a la izquierda, más aún; así está bien. Durante su ausencia —continuó, dirigiéndose a Magdalen—, mi cerebro no ha permanecido inactivo. He estado reflexionando sobre su situación, pensando exclusivamente en su provecho. Si mañana decide dejarse guiar por la luz de mi experiencia, esa luz está a su servicio sin reservas. Sería natural que dijera: «Sé muy poco de usted, capitán, y ese poco no es favorable». Lo admito, con una condición: que me permita familiarizarla con mi persona y mi carácter cuando terminemos el té. El falso pudor es ajeno a mi naturaleza. Está usted viendo a mi mujer, mi casa, mi pan, mis huevos, y mi mantequilla exactamente como son. Véame a mí también, mi querida niña, mientras se lo toma.

Cuando terminó el té, la señora Wragge se retiró a un rincón de la habitación a una señal de su marido, con el sempiterno libro de cocina aún en la mano.

—Picar fino —susurró confidencialmente al pasar junto a Magdalen—. Es un rompecabezas, ¿a que sí?

—¡Otra vez en chancletas! —gritó el capitán señalando los pesados pies planos de su mujer—. El pie derecho. Cálcese bien el zapato, señora Wragge, ¡cálcese bien el zapato! Por favor, permítame —añadió, ofreciendo su brazo a Magdalen para conducirla hasta un pequeño y sucio sofá de crin—. Necesita descansar; después del largo viaje, realmente necesita descansar. —Acercó su silla al sofá y contempló a Magdalen con un afable aire investigador, como si fuera su médico y hubiera decidido un diagnóstico.

—¡Muy agradable!, ¡muy agradable! —dijo el capitán cuando vio a su invitada cómodamente instalada en el sofá—. Me siento como en el seno de la familia. ¿Volvemos a nuestro tema, el de mi personalidad de granuja? ¡No!, ¡no! Ni disculpas ni protestas, se lo ruego. No se ande con rodeos, y cuente con que yo hablaré sin pelos en la lengua. Ahora vayamos a los hechos; se lo ruego, vayamos a los hechos. ¿Quién y qué soy yo? Vuelva a la conversación que tuvimos en las murallas de esta

interesante ciudad y empecemos una vez más desde su punto de vista. Soy un granuja y, en calidad de tal (como ya he señalado), también el hombre más útil que podía haber conocido. ¡Ahora observe! Hay muchas variedades de granujas; permítame que le hable de la mía para empezar. Soy un timador.

Su absoluta desfachatez era realmente sobrehumana. Ni un vestigio de rubor alteró la monotonía cetrina de su tez; una sonrisa curvaba sus labios sinuosos con la misma complacencia de siempre; guiñó sus ojos multicolores a Magdalen con la franqueza satisfecha de un hombre inofensivo por naturaleza. ¿Le había oído su mujer? Magdalen miró por encima del hombro del capitán hacia el rincón donde se hallaba sentada. La estudiante de cocina autodidacta estaba absorta en su tema. Había avanzado en su tortilla imaginaria hasta la etapa crítica en que tenía que echarse la mantequilla, ese trozo de mantequilla vagamente medido según el tamaño del pulgar. La señora Wragge estaba ensimismada en la contemplación de uno de sus pulgares y sacudía la cabeza como si no consiguiera satisfacerla.

—No se escandalice —prosiguió el capitán—, no se asombre. Timador no es más que una palabra de tres sílabas. T, I: ti; M, A: ma; D, O, R: dor; timador. Definición: Agricultor moral; un hombre que cultiva el campo de la compasión humana. Yo soy ese agricultor moral, ese hombre que cultiva. La mediocridad de miras estrechas, envidiosa de mi éxito en la profesión, me llama timador. ¿Qué más da? Con esa misma mezquindad se ataca a nombres de otras profesiones, llamando escritorzuelos a grandes escritores, carniceros a grandes generales, etcétera. Depende por completo del punto de vista. Adoptando el suyo, me declaro timador para entendernos. Ahora devuélvame el favor y adopte mi punto de vista. Escuche lo que tengo que decir en mi defensa sobre el ejercicio de mi profesión. ¿Continúo hablando con toda franqueza?

—Sí —dijo Magdalen—, y yo le diré después lo que pienso con toda franqueza.

El capitán se aclaró la garganta, convocó mentalmente su ejército entero de palabras —caballería, infantería, artillería y reservas—, se puso personalmente a la cabeza y se apresuró a entrar en acción con una carga general sobre las trincheras morales de la sociedad.

—Ahora observe —empezó—. Aquí estoy yo, un sujeto necesitado. Muy bien. Sin complicar la cuestión preguntando cómo he llegado a esta situación, me limitaré a inquirir si es o no es el deber de una comunidad cristiana ayudar a los necesitados. Si me dice que no, sencillamente me escandalizaré y eso será todo. Si dice que sí, entonces le ruego conteste a esta pregunta: ¿qué culpa hay en hacer que una comunidad cristiana cumpla con su deber? Podría usted decir: ¿está obligado un hombre previsor que ha ahorrado dinero a gastárselo en un desconocido imprudente que no ha ahorrado nada? ¡Por supuesto que sí! Y dígame, por favor, ¿en qué se basa? ¡Dios del Cielo!, en que él tiene el dinero, claro está. A lo largo y ancho de este

mundo, el hombre que no lo tiene, lo consigue con un pretexto y otro del hombre que sí lo tiene, y en nueve casos de cada diez, el pretexto es fraudulento. ¡Cómo! Sus bolsillos están llenos y los míos vacíos, ¿y se niega a ayudarme? ¡Sucio miserable! ¿Cree que voy a permitir que viole en mi persona el sagrado deber de la caridad? No se lo permitiré, lo digo rotundamente, no se lo permitiré. Éstos son mis principios como agricultor moral. ¿Principios que admiten las triquiñuelas? Desde luego. ¿Qué culpa tengo yo de que el campo de la compasión humana no pueda labrarse de ninguna otra manera? Consulte a mis hermanos agricultores que se limitan a la tierra; ¿acaso obtienen ellos sus cosechas limitándose a pedir las? ¡No! Tienen que embaucar a la árida Naturaleza exactamente igual que yo embauco a hombres mezquinos. Tienen que arar y sembrar y abonar y avenar y todo lo demás. ¿Por qué han de obstaculizarme en la vasta ocupación de avenar a la humanidad? ¿Por qué he de ser perseguido por excitar habitualmente el más noble sentimiento de nuestra naturaleza? ¡Infamante! No tengo otra palabra para describirlo: ¡infamante! Si no tuviera confianza en el futuro, perdería la fe en la humanidad, pero tengo confianza en el futuro. ¡Sí!, uno de estos días (cuando esté muerto y enterrado), cuando las ideas se expandan y avance el conocimiento, los méritos abstractos de la profesión que ahora se denomina timo serán reconocidos. Cuando ese día llegue, que no me saquen de la tumba para hacerme un funeral público, que no se aprovechen de que no tendré voz que alzar en mi defensa insultándome con una estatua. ¡No!, que me hagan justicia en mi lápida, que me describan con una sola frase magistral a modo de epitafio. Aquí yace Wragge, embalsamado en el reconocimiento tardío de su especie; aró, sembró y cosechó a sus congéneres; una posteridad más culta le felicita por la uniforme excelencia de sus cosechas.

Se interrumpió, no por falta de confianza ni de palabras, sino meramente por falta de aliento.

—Se lo digo sinceramente con una pincelada de humor —continuó con tono agradable—. No le estoy escandalizando, ¿verdad? —Aunque cansada y desanimada (recelosa de los demás, insegura de sí misma), la desmedida desvergüenza de la defensa que el capitán Wragge hacía del timo despertó el sentido del humor de Magdalen y llevó una sonrisa a sus labios.

—¿Es especialmente abundante la cosecha de Yorkshire en estos momentos? —inquirió, usando sus mismas armas con habilidad femenina.

—Diana, ha dado en la diana —dijo el capitán, mostrando jocosamente los faldones de su raída chaqueta de caza a modo de comentario sobre la observación de Magdalen—. Mi querida niña, siempre hay cosecha aquí o en cualquier otra parte, pero un hombre no siempre puede recogerla. Me ha sido negada, lamento decirlo, la ayuda de una colaboración inteligente. No tengo nada en común con los torpes y vulgares colegas de mi profesión, que se condenan a sí mismos ante magistrados

municipales y jueces del peor de todos los delitos: la estupidez incurable en el ejercicio de nuestra vocación. Estoy completamente solo, tal como me ve. Tras años de fructífera independencia, empiezan a acosarme los inconvenientes de la celebridad. En mi camino hacia el norte, me detengo en esta interesante ciudad por tercera vez, consulto mis libros en busca de las acostumbradas referencias a experiencias pasadas en este lugar, descubro que bajo el encabezamiento, «Situación personal en York», se hallan las iniciales D.C., que significan, Demasiado Conocido. Reviso el índice y busco los aledaños. Encuentro los mismos comentarios con la misma brevedad. «Leeds. D.C. Scarborough. D.C. Harrogate. D.C.» Etcétera. ¿Cuál es la consecuencia inevitable? Suspendo mis preparativos, mis recursos se evaporan, y mi bella pariente me encuentra convertido en el paupérrimo caballero que tiene ahora ante sus ojos.

—¿Sus libros? —dijo Magdalen—. ¿A qué libros se refiere?

—Ya verá —contestó el capitán—. Confíe en mí, o no, como guste. Yo confío en usted por completo. Ya verá.

Después de estas palabras, se retiró a la habitación interior. Durante su ausencia, Magdalen lanzó una mirada furtiva a la señora Wragge. ¿Seguía ajena a la verborrea de su marido? Por completo. Había avanzado en la tortilla imaginaria hasta la última etapa del proceso culinario y ensayaba ahora la operación final de darle la vuelta, con la palma de la mano para representar el plato y el libro de cocina como sartén.

—Lo tengo —dijo la señora Wragge asintiendo, mientras miraba a Magdalen—. Primero se pone la sartén sobre el plato y luego se les da la vuelta a los dos.

El capitán Wragge regresó con un pulcro maletín negro adornado con un reluciente cierre de latón. De él sacó cinco o seis gruesos libritos de tipo mercantil encuadernados en piel de becerro y con papel vitela, cada uno de ellos con su pequeño cierre individual.

—¡Ojo! —dijo el agricultor moral—. No me atribuyo mérito alguno por esto; soy ordenado por naturaleza y nada más. He de consignarlo todo por escrito, ¡si no, me volvería loco! Aquí está mi biblioteca mercantil: Diario, Libro Mayor, Libro de Estamentos, Libro de Cartas, Libro de Observaciones, etcétera. Tenga la amabilidad de echarle un vistazo a cualquiera de ellos. Me jacto de que no hay nada parecido a un borrón ni a una entrada hecha a la ligera de la primera página a la última. Fíjese en esta habitación; ¿hay alguna silla fuera de lugar? ¿Que yo no me entere! Míreme. ¿Tengo polvo? ¿Estoy sucio? ¿Voy mal afeitado? Soy, en resumen, un pobretón impecable, ¿o no? ¡Ojo! No me atribuyo el mérito; es la naturaleza del hombre, mi querida niña, ¡la naturaleza del hombre!

Abrió uno de los libros. Magdalen no podía juzgar la admirable corrección con que se llevaban las cuentas en él, pero sí podía apreciar la pulcritud de la caligrafía, la regularidad de las hileras de números, la exactitud matemática de las líneas trazadas

con tinta roja y negra, la limpia ausencia de borrones, manchas o tachones. Aunque el sentido del orden innato en el capitán Wragge —como en muchos otros— estaba arraigado de forma excesivamente mecánica para ejercer una influencia de elevación moral sobre sus actos, había producido un efecto legítimo sobre sus hábitos y había sometido sus granujadas a un proceder tan estrictamente metódico como si se trataran de las transacciones comerciales de un hombre honrado.

—¿Le parece que mi sistema es complejo en apariencia? —prosiguió el capitán—. En realidad es la simplicidad misma. Me limito a eludir los errores de colegas inferiores. Es decir, jamás pido para mí mismo y jamás apelo a la gente rica, equivocaciones fatales ambas que los colegas de inferior categoría cometen continuamente. La gente con pocos medios tiene a veces impulsos generosos relacionados con el dinero, la gente rica no los tiene jamás. Milord, con cuarenta mil libras al año, sir John con propiedades en media docena de condados: éstos son los hombres que jamás perdonan al cortés sinvergüenza por timarles un soberano; éstos son los hombres que mandan llamar a los agentes de la mendicidad ^[12]; éstos son los hombres que cuidan su dinero. ¿Quiénes son las personas que pierden chelines y monedas de seis peniques por puro descuido? Criados y empleaduchos para quienes los chelines y las monedas de seis peniques son importantes. ¿Ha oído alguna vez decir que a Rothschild o a Baring se les cayera una moneda de cuatro peniques por el agujero de una alcantarilla? La moneda de cuatro peniques está más segura en el bolsillo de Rothschild que en el de esa mujer que vocea ahora mismo sus camarones pasados en Skeldergate. Fortalecido por estos sabios principios, enriquecido por la información escrita de mi biblioteca mercantil, he recorrido la población durante años y he recogido mi caritativa cosecha con el más alentador de los éxitos. Aquí, en el libro número uno, se hallan descritos todos mis estamentos, con el sentir público dominante al que apelar en cada uno de ellos: el estamento militar, el estamento sacerdotal, el estamento campesino. Etcétera, etcétera. Aquí, en el número dos, se encuentran los casos por los que abogo: familia de un oficial que cayó en Waterloo; esposa de un pobre coadjutor aquejado de una debilidad nerviosa; viuda de un ganadero en apuros al que mató de una cornada un toro enloquecido. Etcétera, etcétera. Aquí, en el número tres, está la gente que ha oído las historias de la familia del oficial, la esposa del coadjutor, la viuda del ganadero, y la gente que no las ha oído; la gente que ha dicho que sí y la gente que ha dicho que no; la gente con la que se puede volver a intentar, los que necesitan un caso nuevo para animarlos, los que dudan, o la gente con la que hay que tener cuidado. Etcétera, etcétera. Aquí, en el número cuatro, encontramos mis diferentes tipos de letras, mis cartas de recomendación sobre mi propia valía e integridad, mis desgarradoras declaraciones de la familia del oficial, la esposa del coadjutor y la viuda del ganadero, manchadas de lágrimas, salpicadas de emoción. Etcétera, etcétera. Aquí, en los números cinco y

seis, están mis subscripciones personales a obras de beneficencia, pagadas realmente en zonas remunerativas basándome en el principio de gastar uno para ganar ciento, así como el diario de mis actuaciones cotidianas, mis reflexiones y comentarios personales, mi declaración de dificultades existentes (tales como la de hallarme D.C. en esta interesante ciudad), mis entradas y salidas, condiciones atmosféricas, política y eventos públicos, fluctuaciones en mi salud, fluctuaciones de la cabeza de la señora Wragge, fluctuaciones en nuestros medios y comidas, nuestros pagos, perspectivas y principios. Etcétera, etcétera. Así, mi querida niña, gira la rueda del timador. Así pues, me ve tal como soy. Usted sabía que vivía de mi ingenio antes de que la encontrara. ¡Bien! ¿Le he demostrado o no le he demostrado que tengo ingenio del que vivir?

—No me cabe la menor duda de que se ha hecho usted justicia —dijo Magdalen serenamente.

—No estoy cansado en absoluto —continuó el capitán—. Puedo seguir toda la noche si es necesario. Sin embargo, si me he hecho justicia, quizá deba dejar que el resto de rasgos de mi carácter se desvelen por sí mismos en ocasiones futuras. Por el momento me retiro. Wragge hace mutis. ¡Y ahora vayamos al grano! Permítame inquirir qué efecto he producido en su ánimo. ¿Sigue creyendo que el granuja que le ha confiado todos sus secretos estaría dispuesto a aprovecharse vilmente de una hermosa pariente?

—Esperaré un poco —respondió Magdalen— antes de contestar a esa pregunta. Cuando he bajado a tomar el té me ha dicho que había empleado el tiempo en mi provecho. ¿Puedo preguntar cómo?

—Por supuesto —dijo el capitán Wragge—. Tendrá usted el resultado neto de todo el proceso mental. Dicho proceso abarca las acciones presentes y futuras de sus desconsoladas amigas y de los abogados que las ayudan a encontrarla. Con toda probabilidad sus acciones presentes han tomado la siguiente forma: el pasante del abogado ha desesperado de hallarla en casa del señor Huxtable y, a estas horas, después de esmeradas indagaciones en todos los hoteles, también ha desesperado de hallarla en uno de ellos. Su última posibilidad estriba en que envíe usted a alguien a buscar su baúl a la consigna; usted no lo hace y por esta noche el pasante (gracias al capitán Wragge y a Rosemary Lane) ha agotado todos sus recursos. Inmediatamente comunicará este hecho a sus jefes de Londres y ellos (¡no se alarme!) pedirán ayuda a la policía local. Teniendo en cuenta las inevitables demoras, con el ingenio aguzado y con esos carteles para ayudarle a identificarla, llegará un espía profesional, desde luego pasado mañana a más tardar, posiblemente antes. Si usted se queda en York, si intenta ponerse en contacto con el señor Huxtable, ese espía la descubrirá. Si, por otro lado, abandona la ciudad antes de que él llegue (utilizando otro medio de transporte que no sea el ferrocarril, claro está), lo dejará en el mismo brete que al pasante, lo

desafiará a hallar una pista fresca sobre usted. Éste es mi breve resumen sobre su situación actual. ¿Qué le parece?

—Creo que tiene un defecto —dijo Magdalen—. No termina.

—Perdóneme —replicó el capitán—. Termina en un arreglo para que parta a salvo y en un plan para que se cumplan sus deseos de convertirse en actriz. Ambos surgidos de la voz de mi propia experiencia y esperando ambos una palabra suya para que se los describa inmediatamente con todo detalle.

—Creo que sé cuál es esa palabra —dijo Magdalen, mirándolo con suma atención.

—Le aseguro que estaré encantado de oírla. Sólo tiene que decir: «Capitán Wragge, hágase cargo de mí», y mis planes serán suyos desde ese mismo momento.

—Me tomaré esta noche para estudiar su propuesta —dijo ella tras unos instantes de reflexión—. Le daré una respuesta mañana por la mañana.

El capitán Wragge pareció un tanto decepcionado. No esperaba que Magdalen respondiera tan tranquilamente con reservas a las reservas por él mostradas.

—¿Por qué no decidirlo ahora mismo? —protestó con su tono más persuasivo—. Sólo tiene que considerar...

—Tengo más cosas que considerar de las que usted se imagina —replicó ella—. Tengo otro objetivo en perspectiva, además del que usted ya conoce.

—¿Puedo preguntarle...?

—Perdóneme, capitán Wragge, no puede. Permítame agradecerle su hospitalidad y desearle las buenas noches. Estoy agotada. Necesito descansar.

Una vez más el capitán tuvo el sentido común de adaptarse al estado de ánimo de Magdalen con el presto dominio de sí mismo de un hombre experimentado.

—¡Agotada, por supuesto! —dijo, comprensivamente—. Ha sido imperdonable por mi parte no haberlo pensado antes. Reanudaremos nuestra conversación mañana. Permítame ofrecerle una bujía. ¡Señora Wragge!

Postrada por el ejercicio mental, la señora Wragge seguía el proceso de la tortilla en sueños. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado y el cuerpo hacia el otro. Roncaba débilmente. Una de sus manos se levantaba sola a intervalos, agitaba una sartén imaginaria y caía con un leve golpe sobre el libro de cocina que tenía en el regazo. Al oír la voz de su marido se puso en pie sobresaltada y se encaró con él con la mente profundamente dormida y los ojos abiertos del todo.

—Ayude a la señorita Vanstone —dijo el capitán—. Y la próxima vez que se duerma en la silla, hágalo derecha. No me moleste durmiéndose torcida.

La señora Wragge abrió los ojos aún más y miró a Magdalen con asombro impotente.

—¿Está desayunando el capitán a la luz de las bujías? —preguntó dócilmente—. ¿No le he hecho la tortilla?

Antes de que la voz correctora de su marido pudiera aplicarle un nuevo estimulante, Magdalen la cogió compasivamente por el brazo y la condujo fuera de la habitación.

—¿Otro objetivo además del que yo conozco? —repitió el capitán Wragge cuando se quedó solo—. ¿Habrá un caballero en la sombra después de todo? ¿Se prepara alguna maldad con la que yo no he contado?

CAPÍTULO III

Hacia las seis de la mañana siguiente, la luz que bañaba el rostro de Magdalen la despertó en el cuarto de Rosemary Lane. Salió del reposo de la noche sin sueños con la dolorosa sensación de perplejidad que aqueja a cuantos despiertan en una cama extraña. «¡Norah!», llamó sin pensar cuando abrió los ojos. Al poco también despertó su cerebro y sus sentidos le dijeron la verdad. Miró a un lado y a otro de la mísera habitación reconociéndola con asco. El sórdido contraste que ofrecía aquel lugar con todo lo que estaba acostumbrada a ver en su dormitorio —el escaso mobiliario implicaba un abandono casi total de la elegante pureza de los hábitos personales a los que estaba acostumbrada desde la infancia— escandalizó ese sentido del respeto por el propio cuerpo que era una segunda naturaleza en una mujer refinada como Magdalen. Por despreciable que pareciera su influencia comparándola con su situación en aquel momento, la mera visión de la jarra y la jofaina en un rincón la llevaron a tomar su primera determinación de la mañana. En aquel mismo instante decidió marcharse de Rosemary Lane.

¿Cómo se marcharía? ¿Con el capitán Wragge o sin él? Magdalen se vistió evitando remilgadamente tocar nada de la habitación con las manos o la ropa y luego abrió la ventana. El aire otoñal era dulce y penetrante y el sol iluminaba ya con fuerza el pequeño fragmento de cielo que veía desde allí. Voces distantes de barqueros en el río y trinos de pájaros entre la maleza que coronaba la antigua muralla de la ciudad eran los únicos sonidos que quebraban el silencio matinal. Se sentó junto a la ventana e intentó recuperar el hilo de sus pensamientos perdido la noche anterior, cuando la venció el cansancio.

Lo primero que recordó fue al truhán del capitán Wragge.

El «agricultor moral» no había conseguido disipar la desconfianza de Magdalen por muy astutamente que hubiera intentado defender su causa confesando abiertamente las imposturas que había practicado con otros. Había elevado la opinión de Magdalen sobre sus habilidades, la había divertido con su buen humor, la había asombrado con su seguridad en sí mismo, pero la convicción primera de que era un granuja seguía tan intacta como en el momento de su encuentro. Si la única intención de Magdalen hubiera sido convertirse en actriz, habría rechazado de plano y de inmediato la más que dudosa ayuda del capitán Wragge.

Pero la peligrosa aventura en la que se había embarcado tenía otro objetivo a la vista, un objetivo oscuro y distante, un objetivo, con ocultos escollos en el camino muy distintos a los obstáculos superficiales que se interponían entre ella y el teatro. En la enigmática quietud de la mañana Magdalen volvió su atención hacia el segundo y más profundo de sus designios, y la despreciable figura del timador se alzó ante sus ojos con una nueva perspectiva.

Intentó cerrarle la puerta, volver a sentirse superior a él como hasta entonces.

Tras desabrocharse el vestido, se sacó del pecho la bolsa blanca de seda que había hecho con sus propias manos la noche de la despedida de Combe-Raven. Unos delicados cordones de seda ceñían la abertura. Lo primero que sacó al abrirla fue un mechón de cabellos de Frank atados con un trozo de hilo de plata; lo siguiente fue una hoja de papel que contenía los extractos copiados del testamento y la carta de su padre; lo último fue un apretado fajo de billetes de banco por valor de casi doscientas libras, el producto (como la señorita Garth había conjeturado acertadamente) de la venta de sus joyas y sus vestidos, en lo que la criada del pensionado la había ayudado secretamente. Guardó de nuevo los billetes con rapidez sin mirarlos y observó pensativamente el mechón de cabellos que tenía sobre el regazo.

—Sois mejor que nada —dijo, hablándoles con la caprichosa ternura de una niña—. Puedo sentarme y miraros de vez en cuando, hasta llegar a creer casi que estoy mirando a Frank. ¡Oh, amor mío, amor mío! —Su voz se quebró suavemente y se llevó el mechón de cabellos a los labios con languidez—. Se le cayó de los dedos al pecho. Sus mejillas se tiñeron de un encantador arrebol que se extendió hacia el cuello como si persiguiera los cabellos caídos. Magdalen cerró los ojos y dejó caer lentamente su hermosa cabeza. Olvidó el mundo y, por un mágico momento, el amor abrió las puertas del Paraíso a la hija de Eva.

Los ruidos triviales de la calle, en aumento a medida que avanzaba la mañana, la obligaron a regresar a la cruda realidad del presente. Alzó la cabeza con un hondo suspiro y abrió los ojos una vez más a la pequeña, sordida y miserable habitación.

Los extractos del testamento y la carta —los últimos recuerdos de su padre, tan íntimamente asociados con el propósito que albergaba en su pensamiento— se hallaban aún ante ella. El color transitorio desapareció de su rostro cuando desplegó el pequeño manuscrito sobre la falda. Los fragmentos del testamento encabezaban la página; se limitaban a aquellas pocas palabras conmovedoras en las que su difunto padre suplicaba el perdón de las hijas por la mancha de su nacimiento y les imploraba que recordasen el amor y el cariño constantes con que se había esforzado por expiar su falta. Les seguía el extracto de la carta al señor Pendril. Magdalen leyó en voz alta las últimas frases llenas de melancolía: «Por amor de Dios, venga el mismo día en que reciba esta carta; venga y líbreme del horrible pensamiento de que mis dos queridas hijas se hallan desamparadas en este momento. Si algo me ocurriera y mi deseo de hacer justicia a su madre acabara (debido a mi lamentable desconocimiento de la ley) dejando a Norah y a Magdalen desheredadas, ¡no podría descansar en la tumba!». Bajo estas líneas, cerca del final de la página, se leía el terrible comentario sobre la carta que había escapado de labios del señor Pendril: «Las hijas del señor Vanstone no son hijas de nadie, y la ley las deja desvalidas a merced de su tío». Desvalidas cuando aquellas palabras fueron pronunciadas, desvalidas aún después de

lo que ella había resuelto, después de todo lo que había sacrificado. La reivindicación de sus derechos naturales y los de su hermana, sancionados por la expresión directa de la última voluntad de su padre; el regreso de Frank desde la China; la justificación de haber abandonado a Norah; todo dependía de su desesperado propósito de recuperar a toda costa la herencia perdida de manos del hombre que había insultado a las hijas de su hermano y las había dejado en la miseria. ¡Y ese hombre seguía siendo una sombra para ella! Tan poco sabía de él que ignoraba incluso dónde residía en aquel momento.

Se levantó y paseó por la habitación con la gracia silenciosa y descuidada de una criatura salvaje en una jaula.

«¿Cómo llegar hasta él en la oscuridad? —dijo para sí—. ¿Cómo descubrir?» Se interrumpió de repente. Antes de que la pregunta hubiera adoptado la forma definitiva en su cabeza, recordó de nuevo al capitán Wragge. Era un hombre acostumbrado a trabajar en la sombra, un hombre con infinitos recursos, ingenio y audacia, un hombre que no vacilaría ante el ofrecimiento de un trabajo sucio si con él se llenaba los bolsillos: ¿era ése el instrumento que aguardaba su mano en aquel momento de necesidad? Magdalen tenía muy presentes dos de las necesidades que debía cubrir para poder avanzar un solo paso: la de saber más sobre el hermano de su padre de lo que sabía entonces y la de hacerle bajar la guardia disfrazándose mientras durara el proceso de investigación. Pese a su resuelta independencia, el inevitable trabajo preliminar de espionaje había de ser delegado en otra persona. En su situación, ¿había algún otro ser humano disponible además del truhán del piso de abajo? Ni uno solo. Reflexionó sobre ello con impaciencia durante largo rato. ¡Ni uno solo! Tenía ante sí una disyuntiva clara: o aceptaba al granuja, o le daba la espalda a su propósito.

Se detuvo en el centro de la habitación.

«¿Qué sería lo peor que podría hacerme? —se dijo—. Engañarme. ¡Bien! Si mi dinero sirve para tenerlo dominado, ¿qué más da? ¡Que se quede con mi dinero!» Volvió mecánicamente al asiento junto a la ventana. Al cabo de unos instantes estaba decidida. Poco después daba su fatal primer paso cuesta abajo: resolvía correr el riesgo y probar con el capitán Wragge.

A las nueve la patrona llamó a la puerta de Magdalen y le comunicó (con los amables saludos del capitán) que el desayuno estaba listo.

Magdalen encontró a la señora Wragge sola, envuelta en una voluminosa bata holandesa marrón, con la capa flácida y adornos de sucias cintas de color rosa. La antigua camarera del restaurante Darch estaba absorta en la contemplación de un gran plato que contenía una sustancia con aspecto de cuero, de un color amarillo moteado, profusamente salpicada de manchitas negras.

—¡Aquí está! —dijo la señora Wragge—. Tortilla a las hierbas. La patrona me ha

ayudado. Y esto es lo que nos ha salido. No le pida al capitán que le de un poco cuando venga; no, es un alma bendita. La tortilla no está buena. Ha sufrido algunos accidentes. Ha estado bajo la parrilla. Se ha caído en las escaleras. Ha escaldado al niño pequeño de la patrona, que se ha sentado encima. ¡Válgame Dios, no sabe ni la mitad de bien de lo que parece! No pida nada. Quizá él no se dé cuenta si usted no dice nada. ¿Qué le parece mi bata? Me gustaría tanto tener una blanca... ¿Tiene usted una bata blanca? ¿Qué adornos lleva? ¡Cuénteme!

La formidable entrada del capitán dejó suspendida de sus labios la siguiente pregunta. Afortunadamente para la señora Wragge, su marido estaba demasiado impaciente por conocer la decisión que Magdalen había prometido comunicarle para prestar su acostumbrada atención a las cuestiones culinarias. Cuando concluyó el desayuno, despidió a la señora Wragge y se refirió a la tortilla únicamente para decirle que tenía su permiso para «dársela al perro».

—¿Qué le parece mi pequeña proposición a la luz del día? —preguntó tras colocar unas sillas para Magdalen y para él—. ¿Qué será: «Capitán Wragge, hágase cargo de mí», o «Capitán Wragge, buenos días»?

—Le responderé en seguida —contestó Magdalen—. Primero tengo que explicarle algo. Anoche le dije que tenía otro objetivo aparte del de ganarme la vida en el teatro...

—Discúlpeme —le interrumpió el capitán Wragge—. ¿Ganarse la vida ha dicho?

—Ciertamente. Mi hermana y yo dependemos de nuestros propios esfuerzos para ganarnos el pan.

—¡¡¡Qué!!! —exclamó el capitán poniéndose en pie—. ¿Las hijas de mi próspero y llorado pariente por matrimonio, reducidas a ganarse la vida? ¡Imposible! ¡Es una locura, una extravagancia! —Volvió a sentarse y miró a Magdalen como si le hubiera infligido una afrenta personal.

—No conoce usted el alcance exacto de nuestra desgracia —dijo ella tranquilamente—. Le contaré lo que ha ocurrido antes de continuar: —Se lo explicó de inmediato en los términos más sencillos que pudo encontrar y con la menor cantidad de detalles posible.

El absoluto asombro del capitán Wragge centró sus pensamientos en el único resultado del relato que contaba para él. La recompensa de cincuenta libras que ofrecía el abogado por la señorita desaparecida ascendía rápidamente a un lugar en su estima que no había ocupado hasta entonces en ningún momento.

—¿Debo entender —preguntó—, que está usted privada por completo de recursos en la actualidad?

—He vendido mis joyas y mis vestidos —dijo Magdalen, exasperada por la mezquina insistencia del capitán en el aspecto pecuniario—. Si mi falta de experiencia me impide trabajar en el teatro, puedo esperar hasta que el teatro pueda

permitirse pagarme.

El capitán Wragge tasó mentalmente anillos, pulseras y collares, sedas, rasos y encajes de la hija de un caballero de fortuna en, digamos, un tercio de su valor real. Segundos después la recompensa de cincuenta libras volvía a hundirse en las profundidades de la estimación de aquel hombre juicioso.

—Perfectamente —dijo él con su tono más profesional—. No debe temer en absoluto, mi querida niña, que no pueda trabajar en el teatro si posee recursos financieros y si saca provecho de mi ayuda.

—Habrá de ser más ayuda de la que ya me ha ofrecido, o ninguna —dijo Magdalen—. Tengo ante mí dificultades más graves que la de abandonar York y la de abrirme camino en la escena.

—¡No me diga! Soy todo oídos. ¡Explíquese, se lo ruego!

Magdalen meditó cuidadosamente sus palabras antes de pronunciarlas.

—Estoy interesada —dijo— en hacer ciertas averiguaciones. Si las realizo yo misma despertaría las sospechas de la persona sobre la que quiero indagar y poco o nada conseguiría saber. Si pudiera hacerlas un desconocido sin que yo apareciera en el asunto, sería para mí un servicio de una importancia mucho mayor que la que usted me ofreció anoche.

El rostro truhanesco del capitán Wragge se tornó grave y expresó la mayor atención.

—Puedo preguntarle —dijo—, ¿cuál sería la naturaleza de tales indagaciones?

Magdalen dudó. Naturalmente había tenido que mencionar el nombre de Michael Vanstone para informar al capitán sobre la pérdida de su herencia. Era inevitable volver a mencionarlo ahora si quería hacer uso de sus servicios. Sin duda lo descubriría él mismo por un sencillo proceso deductivo antes de que Magdalen dijera muchas más palabras, por mucho cuidado que pusiera al elegir las. En aquellas circunstancias, ¿existía alguna razón inteligible para evitar la referencia directa? No y, sin embargo, prefería evitarla.

—Por ejemplo —continuó el capitán Wragge—, si se trata de indagaciones sobre un hombre o una mujer, sobre un amigo o un enemigo...

—Un enemigo —dijo ella rápidamente.

Su respuesta habría seguido manteniendo al capitán en la ignorancia, pero sus ojos le iluminaron. «¡Michael Vanstone —pensó el cauteloso Wragge—. Parece peligrosa; tantearé un poco más el terreno.»

—Ahora, con respecto a la persona objeto de esas indagaciones —prosiguió—, ¿está usted completamente segura de lo que quiere saber?

—Absolutamente —contestó Magdalen—. Para empezar quiero saber dónde vive.

—¿Sí? ¿Y qué más?

—Quiero conocer sus costumbres, las personas con las que se relaciona, quiero

saber qué hace con su dinero... —Reflexionó—. Y una cosa más —dijo—. Quiero saber si en su casa hay alguna mujer, una pariente o un ama de llaves, que tenga influencia sobre él.

—Todo bastante inofensivo por el momento —dijo el capitán—. ¿Y después qué?
—Nada. El resto es mi secreto.

Las nubes que ensombrecían la faz del capitán Wragge se disiparon una vez más. Volvió a su acostumbrada exposición de disyuntivas con su precisión habitual. «Esas indagaciones tuyas —pensó—, significan una de dos cosas: ¡malas intenciones o dinero! Si son malas intenciones, me esfumaré. Si es dinero, me haré útil para ella pensando en el futuro.»

Los ojos vigilantes de Magdalen observaron con recelo el curso de sus reflexiones.

—Capitán Wragge —dijo—, si necesita tiempo para pensarlo, dígame claramente.

—No necesito ni un segundo más —replicó el capitán—. Deje su partida de York, su carrera teatral y sus indagaciones personales en mis manos. Aquí me tiene, a su disposición sin reservas. Dígame, ¿me acepta?

El corazón de Magdalen latía deprisa; los labios se le quedaron secos, pero lo dijo.

—Sí.

Hubo una pausa. Magdalen permaneció en silencio, luchando contra un vago temor sobre el futuro que su propia respuesta había despertado. Por su parte el capitán Wragge parecía absorto en la reflexión de una nueva serie de alternativas. Se llevó las manos a los bolsillos vacíos y tanteó proféticamente su capacidad como receptáculos para el oro y la plata. El brillo de los metales preciosos se reflejaba en su cara y la suavidad se reflejaba en su voz cuando se pertrechó de una nueva batería de frases y reanudó la conversación.

—La siguiente cuestión —dijo— es el tiempo. ¿Esas investigaciones confidenciales requieren nuestra atención inmediata o pueden esperar?

—De momento pueden esperar —contestó Magdalen—. Quiero asegurarme de que estaré libre de injerencias por parte de mis allegados antes de que se realicen.

—Muy bien. El primer paso para conseguirlo es batirse en retirada, disculpe la metáfora profesional de un militar, batirse en retirada de York mañana. Hasta ahí lo tengo todo muy claro, pero no doy en el blanco, como solíamos decir en la milicia, en cuanto a sus siguientes órdenes para ponerme en marcha. La dirección que tomemos debería ser escogida pensando en lograr sus objetivos en el teatro. Me hallará presto cuando sepa cuáles son esos objetivos. ¿Cómo se le ocurrió la idea del teatro? Intuyo el fuego sagrado ardiendo en su interior; dígame, ¿quién lo encendió?

Magdalen sólo podía contestarle de un modo. Sólo podía recordar tiempos que no volverían jamás y relatarle la historia de sus primeros pasos sobre las tablas en Evergreen Lodge. El capitán Wragge escuchó con su cortesía habitual, pero fue evidente que no sacaba una impresión satisfactoria de lo que oía. Un público compuesto por amigos era un público en el que él personalmente no confiaba, y la opinión del regidor era la de un hombre que hablaba con unos honorarios en el bolsillo y el ojo puesto en un futuro compromiso.

—Interesante, tremendamente interesante —dijo, cuando Magdalen concluyó—. Pero no es terminante para un hombre práctico. Necesito un ejemplo de sus dotes. Yo también he hecho teatro; conozco la comedia de *Los rivales* de principio a fin. Una muestra es todo lo que pido, si no ha olvidado el texto; una muestra de Lucy y una muestra de Julia.

—No he olvidado el texto —dijo Magdalen con pesar—, y conservo los libritos de mis diálogos. No me he separado de ellos; me recuerdan un tiempo... —Le tembló el labio y una punzada de angustia la hizo enmudecer.

—Nerviosa —comentó el capitán con tono indulgente—. No es una mala señal. Las más grandes actrices teatrales son nerviosas. Siga su ejemplo y sobrepóngase. ¿Dónde tiene esos papeles? ¡Oh, aquí están! Muy bien escritos y extraordinariamente pulcros. Yo le daré los pies; todo habrá terminado en un momento (como dicen los dentistas). Piense que la salita de atrás es el escenario y que yo soy el público. Suena la campanilla, se alza el telón, orden en el gallinero, silencio en el patio de butacas, ¡entra Lucy!

Magdalen intentó dominarse con todas sus fuerzas; reprimió la pena —la pena inocente, humana y natural por los ausentes y los muertos— que le suplicaba mil veces las lágrimas que ella rechazaba. Con resolución, con las manos frías apretadas, intentó comenzar. Cuando pronunció las primeras palabras familiares, el recuerdo de Frank volvió desde el mar y el rostro de su difunto padre la contempló con la sonrisa de viejos tiempos felices. Las voces de su madre y de su hermana charlaron tranquilamente en la fragante quietud campestre y los paseos del jardín de Combe-Raven se abrieron una vez más a sus ojos. Se desplomó en una silla con un débil gemido, dejó caer la cabeza sobre la mesa y estalló en ardientes sollozos.

El capitán Wragge se levantó al punto. Ella se estremeció cuando notó que se le acercaba y lo alejó con un ademán vehemente.

—¡Déjeme! —exclamó—. ¡Déjeme a solas un momento! —El acomodaticio Wragge se retiró a la habitación de delante, miró por la ventana y silbó por lo bajo.

—¡El espíritu familiar de nuevo! —dijo—. Agravado por el histerismo.

Tras aguardar un par de minutos volvió para mostrar su interés.

—¿Puedo ofrecerle alguna cosa? —preguntó—. ¿Agua fría? ¿Plumas quemadas? ¿Sales aromáticas? ¿Asistencia médica? ¿Llamo a la señora Wragge? ¿Lo

posponemos hasta mañana?

Magdalen se puso en pie, arrebatada y encendida, con un desesperado dominio de sí misma en la expresión y una furiosa determinación en la actitud.

—¡No! —exclamó—. ¡Debo endurecerme y lo haré! Siéntese de nuevo y véame actuar.

—¡Bravo! —exclamó el capitán—. ¡Láncese, hermosa mía, y sólo será un momento!

Magdalen se lanzó con un furioso desprecio por sí misma, con voz chillona y las mejillas encendidas como por la fiebre. Todo el encanto natural y juvenil de su actuación en tiempos mejores y más felices había desaparecido. El talento dramático que poseía emergió, directo y audaz, a la superficie, despojado de todo el atractivo que antes lo suavizaba y adornaba. Hubiera entristecido y decepcionado a un hombre con una mínima delicadeza de sentimientos. Al capitán Wragge lo dejó absolutamente electrizado. El capitán olvidó su cortesía y sus palabras largas. El espíritu innato de toda una vida de truhán brotó de él de forma irresistible en su primera exclamación.

—¿Quién demonios lo hubiera pensado? ¡Resulta que sabe actuar! —En el instante mismo en que se le escapaban estas palabras, recobró su aplomo y volvió a su canales coloquiales de costumbre. Magdalen le interrumpió en medio de su primer cumplido.

—No —dijo—, por una vez le he sacado la verdad. No necesito nada más.

—Perdóneme —dijo el incorregible Wragge—. Necesita un poco de instrucción, y yo soy el hombre que puede dársela.

Tras esta réplica colocó una silla para Magdalen y procedió a explicarse.

Ella se sentó en silencio. En sus maneras apuntó una hosca indiferencia, sus mejillas volvieron a palidecer y fijó una mirada vacía y cansada en la pared que tenía delante. El capitán Wragge percibió estos síntomas de desánimo y descontento consigo misma tras el esfuerzo realizado y comprendió la importancia de animarla hablando claro y sin rodeos por una vez. Magdalen se había dado a sí misma un nuevo valor a los ojos mercenarios del capitán. Le había sugerido una especulación basada en su juventud, su belleza y su notable aptitud para la escena, que no se le había ocurrido antes de verla actuar. El viejo miliciano cambió de posición rápidamente. Él y sus planes habían dado media vuelta cuando Magdalen se sentó para oír lo que tenía que decirle.

—Comparto la opinión del señor Huxtable —empezó el capitán—. Es usted una actriz innata, pero debe ser educada antes de poder dedicarse al teatro. Estoy libre de compromiso, soy competente, he enseñado a otros, puedo enseñarle a usted. No confíe en mi palabra, confíe en el celo que pongo en mis propios intereses. Me interesa esmerarme con usted y hacerlo rápido. Podrá pagarme por mis enseñanzas de

sus ganancias en el teatro. La mitad de su salario el primer año, un tercio de su salario el segundo y la mitad de la primera suma que cobre de los beneficios en un teatro londinense. ¿Qué me dice? ¿Me interesa o no me interesa ayudarla?

Según las apariencias y tal como funcionaba el teatro, era evidente que el capitán había ligado sus intereses a los de Magdalen. Ésta así se lo expresó brevemente, aguardando a oír más.

—Cuatro o seis semanas de estudio —prosiguió el capitán— me darán una idea razonable de sus posibilidades reales. Todo talento se cultiva con la práctica y práctica es lo que el suyo no tiene. No podrá hallarla aquí, pues no podemos mantenerla prisionera en Rosemary Lane durante semanas. Lo que necesita es un mes al menos en un tranquilo lugar del campo, lejos de toda interferencia e interrupción. Confíe en mis conocimientos sobre Yorkshire y dé el lugar por encontrado. No veo dificultad alguna salvo la de batirnos en retirada mañana.

—Creía que había trazado sus planes anoche —dijo Magdalen.

—Muy cierto —convino el capitán—. Anoche los tracé y éstos son. No podemos irnos en tren, puesto que sin duda el pasante vigila la estación de York esperando que usted aparezca. Muy bien, usemos la carretera y partamos en un carruaje. ¿Dónde demonios lo conseguimos? Nos lo proporciona el hermano de la patrona, que tiene un tálburi y un caballo para alquilar. El tálburi llegará a la boca de Rosemary Lane mañana temprano. Yo saco a pasear a mi mujer y a mi sobrina para mostrarles las hermosas vistas de los alrededores. Llevamos con nosotros una cesta de merienda para indicar nuestro propósito a la vista de todos. Usted se disfraza con un chal, un sombrero y un velo de la señora Wragge, nos despedimos de York y partimos para pasar un agradable día de excursión, usted y yo en el asiento delantero, la señora Wragge y la cesta detrás. Bien. Una vez en la carretera, ¿qué hacemos? Continuar hasta la primera estación después de York hacia el norte, el sur o el este, según se determine posteriormente. Allí no habrá ningún pasante esperándola. Usted y la señora Wragge se apean después de abrir la cesta en la primera ocasión. En lugar de contener pollos y champán, contiene una bolsa de viaje con lo que necesitan para pasar la noche. Compran los billetes para un lugar previamente decidido y yo me vuelvo a York en el tálburi. Al llegar de nuevo a esta casa, recojo el resto del equipaje y mando llamar a la patrona. «Las señoras están tan entusiasmadas con tal lugar (un lugar falso, claro está) que han decidido quedarse allí. Le ruego que acepte el alquiler de una semana como se acostumbra en lugar de un aviso con una semana de antelación. Buenos días.» ¿Me espera a mí el pasante en la estación de York? Ni hablar. Compró el billete delante de sus narices, las sigo a ustedes con el equipaje, ¿y dónde queda el rastro de su partida? En ningún sitio. El hada se ha desvanecido y las autoridades se quedan con dos palmos de narices.

—¿Por qué habla de dificultades? —preguntó Magdalen—. Las dificultades

parecen soslayadas.

—Todas menos *una* —dijo el capitán Wragge poniendo un ominoso énfasis en la última palabra—. La gran dificultad de la Humanidad desde la cuna hasta la tumba: el dinero. —Lentamente guiñó el ojo verde, suspiró con hondo sentir y enterró sus insolventes manos en sus improductivos bolsillos.

—¿Para qué quiere el dinero? —inquirió Magdalen.

—Para pagar mis facturas —respondió el capitán con sencillez conmovedora—. ¡Compréndalo, se lo ruego! Nunca he mostrado y nunca mostraré deseos de pagar ni un solo cuarto de penique a criatura humana que habite el globo. Hablo en su provecho, no en el mío.

—¿En mi provecho?

—Ciertamente. Usted no puede irse tranquilamente de York mañana sin el tálburi y yo no puedo conseguir el tálburi sin dinero. El hermano de la patrona sólo me lo alquilará si ve el recibo de la factura de su hermana y si cobra el alquiler del día por adelantado. Permítame que sitúe la transacción desde un punto de vista comercial. Hemos acordado que me remunerará el curso de enseñanza dramática con sus futuras ganancias en el teatro. Muy bien. Me limito a recurrir a mis perspectivas futuras y usted, de quien dependen esas perspectivas, naturalmente es mi banquero. Supongamos que mi parte de su primer año de salario se eleva a la suma totalmente inadecuada de cien libras. Divida esa suma por la mitad; divídala por cuatro...

—¿Cuánto quiere? —preguntó Magdalen con impaciencia.

El capitán Wragge sintió la fuerte tentación de tomar la recompensa que encabezaba los carteles como base para sus cálculos, pero comprendió la gran importancia de moderarse entonces para el futuro y, necesitando en realidad unas doce o trece libras, se limitó a doblar la cantidad y dijo:

—Veinticinco.

Magdalen se sacó la bolsita de la pechera y le entregó el dinero maravillándose con desprecio por la cantidad de palabras que había malgastado el capitán para un timo a tan pequeña escala. En los viejos tiempos de Combe-Raven, veinticinco libras fluían de un golpe de pluma de su padre hacia las manos de cualquiera de la casa que las pidiera.

Los ojos del capitán Wragge se regodearon en la bolsita como los ojos de los enamorados se regocijan en sus amantes.

—¡Feliz bolsita! —musitó, cuando Magdalen la devolvió a su sitio. El capitán se levantó, se precipitó a un rincón del cuarto, sacó su pulcro maletín y lo abrió solemnemente sobre la mesa entre ambos.

—La naturaleza del hombre, mi querida niña, la naturaleza del hombre —dijo, abriendo uno de sus gruesos libritos encuadernados en piel de becerro y papel vitela—. Hemos realizado una transacción. He de consignarla por escrito. —Abrió el

librito por una página en blanco y escribió en la parte superior con esmerada letra mercantil: «La menor de las señoritas Vanstone: En relación con Horatio Wragge, antiguo miembro de la Milicia Real. Debe — Haber. 24 de septiembre de 1846 Debe: Valor estimado del interés de H. Wragge en el primer año de salario de la señorita Vanstone, digamos, £200. Haber: Pagado a cuenta £25». Tras completar la entrada (y haber demostrado además al doblar su estimación primera en la columna del debe que no había pasado por alto la facilidad con que Magdalen había accedido a su petición), el capitán apretó el papel secante sobre la tinta mojada y guardó el librito con el aire de un hombre que había obrado virtuosamente y que es incapaz de alardear de ello—. Perdóneme por abandonarla tan bruscamente —dijo—. Tenemos poco tiempo; debo asegurarme los servicios del tálburi. Si entra la señora Wragge, no le diga nada, no es lo bastante sagaz para confiar en ella. Si se toma la libertad de hacer preguntas, hágala callar inmediatamente. Sólo tiene que hablar muy alto. ¡Le ruego que haga suya mi autoridad y le hable tan alto como yo mismo! —Cogió su sombrero de copa, hizo una reverencia, sonrió y abandonó el cuarto.

Consciente de poco más aparte del alivio de quedarse sola, y no sintiendo impresión más clara que la vaga sensación de que se había producido un importante cambio en sí misma y en su situación, Magdalen dejó que los acontecimientos matinales vagaran como sombras por su cabeza y aguardó cansadamente lo que pudiera depararle el resto del día. Después de un rato, se abrió la puerta con suavidad. La figura gigantesca de la señora Wragge entró majestuosamente en la habitación y se detuvo frente a Magdalen con asombro solemne.

—¿Dónde están sus cosas? —preguntó la señora Wragge en un estallido de impaciencia incontrolable—. He estado arriba mirando sus cajones. ¿Dónde están los camisones y los gorros de dormir, y las enaguas y las medias, y las horquillas y la grasa de oso y todo el resto?

—Dejé mi equipaje en la estación de ferrocarril —contestó Magdalen.

El rostro lunar de la señora Wragge se iluminó levemente. El inextirpable instinto de la curiosidad femenina intentó brillar en sus desvaídos ojos azules, vaciló lastimosamente y se extinguió.

—¿Cuánto equipaje? —preguntó en tono confidencial—. El capitán se ha ido. ¡Vayamos a buscarlo!

—¡Señora Wragge! —gritó una voz terrible desde la puerta.

Por primera vez en la experiencia de Magdalen, la señora Wragge hizo oídos sordos al acostumbrado estímulo. En realidad aventuró una débil protesta en presencia de su marido.

—¡Oh, deje que se quede con sus cosas! —imploró la señora Wragge—. ¡Oh, pobrecilla, deje que se quede con sus cosas!

El índice inexorable del capitán señaló un rincón, bajó lentamente cuando su

mujer se retiró siguiendo su dirección y se detuvo de repente en la región de los zapatos.

—¿Oigo un taconeo en el suelo? —exclamó el capitán Wragge con expresión de horror—. Sí, lo oigo. ¡Otra vez con los zapatos en chancletas! El zapato izquierdo esta vez. ¡Cálcelo bien, señora Wragge, cálcelo bien! El tálburi estará aquí mañana a las nueve de la mañana —continuó, dirigiéndose a Magdalen—. No podemos arriesgarnos de ninguna manera a recuperar su baúl. Aquí tiene papel. Escriba una lista de lo que necesite. Yo mismo iré a la tienda, pagaré la cuenta por usted y volveré con el paquete. Debemos sacrificar el baúl; es realmente necesario que lo sacrifiquemos.

Mientras su marido hablaba a Magdalen, la señora Wragge había vuelto a salir sigilosamente de su rincón y se había atrevido a acercarse lo suficiente al capitán para oír las palabras «tienda» y «paquete». Dio una palmada con irrefrenable excitación y perdió inmediatamente todo dominio de sí misma.

—¡Oh, si se ha de comprar, déjeme hacerlo a mí! —exclamó la señora Wragge—. ¡Va a salir a comprar sus cosas! ¡Oh, déjeme ir con ella, por favor, déjeme ir con ella!

—¡Siéntese! —gritó el capitán—. ¡Recta! Más a la derecha, más. ¡Quédese donde está!

La señora Wragge cruzó las manos impotentes sobre el regazo y se deshizo mansamente en lágrimas.

—Me gusta tanto ir de compras —se defendió la pobre criatura—, ¡y tengo tan pocas ocasiones de hacerlo ahora!

Magdalen completó su lista y el capitán Wragge salió inmediatamente con ella.

—No permita que mi mujer la moleste —dijo con tono agradable al salir—. ¡Córtela en seco, pobrecilla, córtela en seco!

—No llore —dijo Magdalen, intentando consolar a la señora Wragge con palmaditas en el hombro—. Cuando llegue el paquete lo abrirá usted.

—Gracias, querida —dijo la señora Wragge, enjugándose los ojos dócilmente—. Gracias de corazón. No se fije en mi pañuelo, por favor. ¡Es tan pequeño! En otro tiempo tenía un montón de pañuelos preciosos con ribetes de encaje. Ya no me queda ninguno. ¡No importa! Me consolará desempaquetar sus cosas. Es usted muy buena conmigo. Me gusta. Escuche, no se enfadará, ¿verdad? Démonos un beso.

Magdalen se agachó hacia ella con la gracia sincera y la bondad de días pasados y rozó su mejilla descolorida. «¡Hagamos algo inofensivo! —pensó con una punzada en el corazón—. ¡Oh, hagamos algo inocente y bueno por los viejos tiempos!»

Notó que se le humedecían los ojos y se apartó en silencio.

Esa noche no pudo descansar. Esa noche las fuerzas desatadas del Bien y del Mal libraron una terrible batalla por su alma, y la batalla quedó todavía pendiente por la mañana. Cuando el reloj de la catedral de York dio las nueve, siguió a la señora

Wragge hasta el tálburi y ocupó su asiento junto al capitán. Un cuarto de hora más tarde, York se perdía en la distancia y la carretera se abría ante ellos brillante y desierta a la luz del sol.

Fin de la Segunda Escena

ENTREACTO

*Crónica de acontecimientos conservada en el maletín del
Capitán Wragge*

I

Crónica de Octubre de 1846

Me he retirado al seno de mi familia. Residimos en la apartada aldea de Ruswarp, a orillas del Esk, a unos tres kilómetros de Whitby tierra adentro. Nuestro alojamiento es confortable y disfrutamos de la bendición añadida de una patrona limpia. La señora Wragge y la señorita Vanstone me precedieron de acuerdo con el plan que tracé para llevar a cabo nuestra retirada de York. Al día siguiente las seguí solo con el equipaje. Al abandonar la estación tuve la satisfacción de ver al pasante del abogado conversando discretamente con el detective de la policía cuya llegada yo había profetizado. Lo dejé en pacífica posesión de la ciudad de York y de sus contornos. Él nos ha devuelto el cumplido dejándonos en pacífica posesión del valle del Esk, a cincuenta kilómetros de él.

Mis primeros esfuerzos por cultivar el talento dramático de la señorita Vanstone han dado frutos notables.

He descubierto que posee un extraordinario don como imitadora. Tiene el rostro adaptable, la voz maleable y la capacidad dramática que necesita una mujer para papeles de característica. Lo único que le hace falta son clases y práctica para aprender a confiar en sus propios recursos. Lo que he podido ver de ella ha revivido una idea que se me ocurrió originalmente durante una de las funciones «caseras» del difunto e inimitable comediante Charles Mathews ^[13]. Recuerdo que en aquella época yo tenía negocios relacionados con el vino. Imitábamos los procesos naturales de envejecimiento en una trascocina de Brompton y producíamos un jerez pálido y curioso, con propiedades reconstituyentes, rotundo en la boca, el favorito de la Corte de España, a diecinueve con seis peniques la docena, botellas incluidas; véase registro de ese período. Los beneficios que obtuvimos mis socios y yo fueron pequeños; nos habíamos adelantado a los gustos de la época y debíamos dinero al comerciante de botellas. Habiendo agotado todos los recursos de mi ingenio por falta de dinero y viendo la gran cantidad de público que atraía Mathews, tuve la ocurrencia de emprender una imitación del gran imitador en persona en forma de una función «casera» ofrecida por una mujer. El único e insignificante obstáculo en nuestro camino fue el de hallar a la mujer. Desde entonces hasta ahora no había logrado superar ese obstáculo. Por fin lo he conseguido: he encontrado a la mujer. La señorita Vanstone posee juventud y belleza, además de talento. Edúquenla en el arte del disfraz teatral, procúrenle los atuendos adecuados para cada personaje, desarrollen sus cualidades para cantar y tocar, proporciónenle una buena dosis de parloteo ingenioso dirigido al público, anúncienla como «Una señorita en casa», asombren al público con un espectáculo teatral que dependa de principio a fin únicamente de los

esfuerzos de esa señorita, confíenme la dirección de todo el evento, ¿y cuál será la consecuencia necesaria? La fama para mi bella pariente y la fortuna para mí.

Sometí estas consideraciones con la franqueza de siempre a la señorita Vanstone, ofreciéndome a escribir la pieza, a dirigir todo el asunto y a compartir los beneficios. No olvidé reforzar mi alegato informándole de los celos con los que habría de enfrentarse y los obstáculos que se interpondrían en su camino si se dedicaba al teatro. Y terminé con una clara referencia a las indagaciones privadas que está interesada en realizar y a la independencia económica personal que está ansiosa por asegurarse antes de actuar según sus hallazgos. «Si se dedica al teatro —le dije—, un empresario comprará sus servicios y puede que reclame sus derechos justo cuando usted quiera librarse de él. Si, por el contrario, adopta mi punto de vista, será su propia dueña y su propia empresaria, y podrá determinar su rumbo como más le plazca». Esta última consideración pareció hacer su efecto. Se tomó el día para pensarlo y, cuando terminó ese día, dio su consentimiento.

Trasladé la transacción al papel inmediatamente. Nuestro acuerdo es eminentemente satisfactorio salvo en un aspecto. Ella muestra una desconfianza morbosa a la hora de escribir su nombre al pie de cualquier documento que yo le presente y declara tajantemente que no firmará nada. En tanto que le interese procurarse recursos pecuniarios para el futuro, se compromete verbalmente a seguir adelante. Cuando deja de interesarle, amenaza sin tapujos con marcharse avisando con una semana de antelación. Es una joven difícil de tratar; ha descubierto ya el valor que tiene su persona para mí. Mi único consuelo es que falsificaré las cuentas y mi bella pariente no se llenará los bolsillos demasiado deprisa si puedo evitarlo.

Mis esfuerzos por educar a la señorita Vanstone para el experimento venidero han variado tras escribir dos cartas anónimas en favor de la señorita. Viéndola demasiado impaciente por arreglar las cosas con sus amigos para prestar la debida atención a mis instrucciones, escribí un anónimo al abogado que dirige las pesquisas encaminadas a encontrarla recomendándole en tono amistoso que las abandonara. Lo envié adjunto a una carta para un amigo mío de Londres indicándole que lo echara al correo en Charing Cross. Una semana más tarde envié una segunda carta por el mismo medio solicitando al abogado que informara por escrito de si él y sus clientes habían decidido seguir mi consejo. Con una jocosa referencia al conflicto de intereses que se da entre nosotros, le pedí que dirigiera su carta a: «Golpe por golpe. Oficina de correos, West Strand».

La respuesta llegó a los pocos días, remitida confidencialmente, claro está, a la oficina postal de Whitby, como había convenido con mi amigo de Londres.

La réplica del abogado era sucinta y desabrida: «Señor: De haberse seguido mi consejo, tanto usted como su anónimo hubieran sido tratados con el desprecio que merecen. Pero debo respetar los deseos de la hermana mayor de la señorita Magdalen

Vanstone sin discusión y accediendo a sus ruegos le informo a usted de que he desistido de toda acción futura con la condición expresa de que me he avenido sólo con el fin de facilitar la comunicación escrita al menos entre las dos hermanas. Incluyo una carta de la señorita Norah Vanstone. Si no se me comunica en una semana que se ha recibido, volveré a poner el asunto en manos de la policía. — William Pendril». Un hombre desabrido el tal William Pendril. Sólo puedo decir de él lo que un eminente noble dijo una vez de su hosco criado: «¡No me convencerían por nada del mundo de que tuviera el carácter que tiene ese individuo!».

Naturalmente leí la carta que adjuntaba el abogado antes de entregársela a su destinataria. La señorita Norah Vanstone decía hallarse angustiada por la falta de noticias de su hermana, le comunicaba que había hallado colocación como institutriz de una familia, que tardaría una semana en incorporarse a su empleo y que ansiaba recibir una carta que la tranquilizara antes de enfrentarse con la prueba de sus nuevas obligaciones. Cerré el sobre de nuevo y acompañé la entrega de la carta a la señorita Magdalen Vanstone con unas palabras de advertencia.

—¿Está más segura de su valor ahora —dije— de lo que estaba cuando nos conocimos?

Ella tenía pronta la respuesta.

—Capitán Wragge, cuando me encontré en las murallas de York no había ido aún demasiado lejos para volver atrás. Ahora he llegado demasiado lejos.

Si realmente es eso lo que siente —y creo que lo es— la correspondencia con su hermana no puede ser perjudicial. Ese mismo día escribió una larga carta, derramó abundantes lágrimas sobre su redacción epistolar y se mostró marcadamente malhumorada e irritable conmigo cuando nos reunimos por la tarde. Carece de experiencia, pobre niña, carece lastimosamente de experiencia del mundo. ¡Qué consuelo saber que yo soy justo el hombre que necesita para dársela!

II

Crónica de Noviembre

Nos hemos instalado en Derby. La pieza está escrita y los ensayos se desarrollan sin incidentes. Se han previsto todas las dificultades, salvo la eterna dificultad del dinero. Los recursos de la señorita Vanstone son más que suficientes para nuestras necesidades personales, incluyendo el alquiler de un piano para practicar y la compra y confección de los vestidos necesarios. Pero los gastos de poner en escena la pieza están fuera de nuestro alcance. Un amigo de la profesión teatral que tengo aquí y al que esperaba interesar en nuestra empresa ha resultado hallarse desgraciadamente en un bache de su carrera. El campo de la compasión humana en el que podría haber recogido la necesaria cosecha pecuniaria está seco para mí por falta de tiempo para cultivarlo. No veo más solución —si queremos estar listos para Navidad— que tantear a uno de los vendedores de música de la localidad, del que dicen que es un especulador. Un ensayo privado en nuestro alojamiento y un acuerdo que llenará los bolsillos de un extraño codicioso: tales son los sacrificios que me impone la necesidad urgente de comenzar. ¡Bien! Sólo me queda un consuelo: engañaré al vendedor de música.

III

Crónica de Diciembre Primera quincena

Mal que me pese, el vendedor de música se ha ganado mi respeto. Es uno de los pocos seres humanos que he conocido en mi vida al que no se puede engañar. Se ha aprovechado magistralmente de nuestra impotencia y nos ha impuesto condiciones, para actuar en Derby y Nottingham, con tan profesional indiferencia a todo interés que no sea el suyo que, aficionado como soy a consignarlo todo por escrito, realmente no me veo con fuerzas para registrar semejante trato. Huelga decir que he cedido con mis mejores modales y he comunicado a mi hermosa pariente las miserables perspectivas pecuniarias que nos han sido ofrecidas. Ya nos llegará el turno. Mientras tanto, lamento cordialmente no haber conocido al vendedor de música en mi juventud.

Personalmente, no tengo queja de la señorita Vanstone. Hemos acordado que enviará la dirección (de la estafeta postal) a sus amigos regularmente a medida que nos traslademos de un lugar a otro. Además de comunicarse de tal modo con su hermana, envía noticias suyas a un tal señor Clare, residente de Somersetshire, que se ocupa de coordinar la correspondencia entre ella y el hijo. Tras cuidadosas investigaciones he descubierto que este último individuo se halla ahora en la China. Después de haber sospechado desde el principio que había un caballero en la sombra, resulta extremadamente satisfactorio saber que se ha retirado a la remota Asia. ¡Que siga allí muchos años!

La insignificante responsabilidad de encontrar un nombre artístico para nuestra dotada Magdalen ha sido depositada sobre mis hombros. Ella no tiene el menor interés en esa parte del asunto. «Déme el nombre que quiera —dijo—. Tengo tanto derecho a uno como a otro. Lo dejo en sus manos.» He accedido de buena gana a satisfacer sus deseos. Los recursos de la biblioteca mercantil incluyen una lista de útiles seudónimos, entre los cuales podremos escoger uno en cinco minutos cuando el admirable hombre de negocios que ahora nos oprime esté dispuesto a imprimir los carteles anunciadores. Sobre ese punto estoy muy tranquilo; toda mi inquietud se centra en la bella intérprete. No albergó la menor duda de que hará maravillas si no se la atosiga la primera noche, pero si el correo del día comete la maldad de ponerla nerviosa con una carta de su hermana, tiemblo por las consecuencias.

IV

Crónica de Diciembre Segunda quincena

Mi dotada pariente ha hecho su primera aparición en público y ha colocado los cimientos de nuestra futura fortuna. La primera noche acudió más público del que yo me había atrevido a esperar. La novedad de una velada de entretenimiento dirigida de principio a fin por los esfuerzos en solitario de una señorita (véase cartel anunciador) despertó la curiosidad de la gente y la sala estaba moderadamente llena. Por suerte ese día no llegó ninguna carta dirigida a la señorita Vanstone. Mantuvo una total serenidad hasta que se puso el primer vestido y oyó la campanilla para la música. En ese momento crítico se derrumbó de repente. La encontré sola en el camerino sollozando y hablando como una niña. «¡Oh, pobre papá, pobre papá! ¡Oh Dios mío, si me viera ahora!» Mi experiencia en tales asuntos me dijo de inmediato que me hallaba ante un caso en que se necesitaba sal volátil ^[14] acompañada de un sabio consejo. En un momento conseguimos que recuperara el dominio de sí misma, que sus ojos echaran chispas y que se le encendieran las mejillas más que con el rouge. El telón se abrió cuando más la habíamos enardecido. Ella se lanzó a actuar exactamente igual que se había lanzado en la salita de atrás de Rosemary Lane. Su apariencia personal zanjó la cuestión de la acogida que tendría antes de que abriera la boca. Se lanzó a galope tendido a través de cambios de personajes, canciones y monólogos cometiendo docenas de errores sin pararse a enmendarlos, llevando al público en volandas en un torbellino sin esperar jamás a los aplausos. Todo terminó veinte minutos antes de lo que habíamos calculado. Lo llevó hasta el final y se desmayó en el sofá del camerino un minuto después de que hubieran bajado el telón. Dado que el vendedor de música había perdido la cabeza de puro asombro y que yo no tenía traje de etiqueta, encargamos al médico que presentara las debidas disculpas al público, que no dejó de pedir que ella saliera hasta que corrieron de nuevo el telón. Apunté un bonito discurso a nuestro orador médico desde detrás de la cortina y jamás en mi vida he escuchado semejantes aplausos de un público tan pequeño comparativamente hablando. Aquel homenaje me conmovió; me conmovió profundamente. Catorce años atrás arañaba yo unas migajas que echarme a la boca en aquella misma localidad leyendo el periódico (con comentarios explicativos) a los parroquianos de una taberna, y aquí estoy ahora, en la copa del árbol.

Ni que decir tiene que mi primer paso consistió en deshacerme del vendedor de música allí mismo. Vino a vernos a la mañana siguiente, sin duda con una generosa propuesta para extender el trato a otros lugares además de Derby y Nottingham. Le dijeron que mi sobrina aún se encontraba indispuesta y no podía recibirle y, cuando preguntó por mí, le dijeron que no me había levantado. De hecho en aquel momento

me hallaba yo ocupado en defender patéticamente mi caso ante nuestra dotada Magdalen. Su respuesta fue sumamente satisfactoria. No quería comprometerse de un modo permanente con nadie, y menos aún con el hombre que se había aprovechado sórdidamente de su situación y la mía. Quería ser su propia dueña y compartir sus beneficios conmigo mientras necesitara el dinero y mientras a ella le conviniera seguir haciendo aquello. Hasta ahí todo iba bien. Pero la razón que dio luego para su halagadora preferencia por mí no me gustó tanto. «El vendedor de música no es el hombre al que empleo para hacer mis indagaciones —dijo—. Es usted.» No me gusta que recuerde esas indagaciones cuando aún no se ha disipado el desconcierto por su éxito. Por todos los demonios que no presagia nada bueno para el futuro, pero que nada bueno.

V

Crónica de Enero de 1847

Ya ha enseñado su pezuña hendida. Empiezo a tenerle un poco de miedo.

Al concluir nuestro compromiso en Nottingham (que sobrepasó los excelentes resultados de Derby), propuse que a continuación presentáramos nuestra función en Newark, toda vez que se hallaba enteramente en nuestras manos. La señorita Vanstone no opuso objeción alguna hasta que llegamos a la cuestión del cuándo, momento en que me dejó atónito poniendo como condición una demora de una semana antes de volver a aparecer en público.

—¿Con qué objeto, si se puede saber? —pregunté yo.

—Con el objeto de hacer las indagaciones que le mencioné en York —respondió ella.

Yo me extendí inmediatamente sobre los peligros de dicha demora, presentándole todas las consideraciones posibles de todas las formas imaginables. Ella permaneció imperturbable. Intenté convencerla hablándole de gastos. Ella me replicó entregándome su parte de los beneficios de Derby y Nottingham, y con eso pagaba mis gastos contando casi dos guineas por día. Me pregunto quién eligió a la mula como ejemplo de obstinación. ¡Qué poco debía de saber aquel hombre sobre las mujeres!

No me quedó más remedio que aceptar. Anoté por escrito sus instrucciones como de costumbre. Mis primeros pasos debían encaminarse a descubrir la dirección del señor Michael Vanstone; también tenía que descubrir cuánto tiempo era probable que viviera allí y si había vendido Combe-Raven. Mis siguientes pesquisas debían informarme sobre sus costumbres, cómo se gastaba el dinero, quiénes eran sus amigos más íntimos y el tipo de relación que mantenía con su hijo, el señor Noel Vanstone, que ahora vivía con él. Finalmente, mis investigaciones debían descubrir si existía alguna pariente o alguna mujer que ejerciera autoridad en la casa y cuya influencia sobre el padre o el hijo fuera bien conocida.

Si mis largos años de práctica en el cultivo de la compasión humana no me hubieran acostumbrado a indagar en los asuntos de otras personas, me habría resultado bastante difícil despejar algunos de aquellos interrogantes en el curso de una semana. En cualquier caso, me beneficié de mis pasadas experiencias y volví a Nottingham con las respuestas un día antes del tiempo que me había sido otorgado. Aquí están, en el mismo orden, para comodidad de futuras referencias:

(1.) El señor Michael Vanstone reside ahora en Germán Place, Brighton, y es probable que siga allí, pues cree que el aire le sienta bien. Llegó a Londres desde Suiza el pasado mes de septiembre y vendió la propiedad de Combe-Raven

inmediatamente después de su llegada.

(2.) Sus costumbres son secretas y retiradas. Rara vez visita a otras personas o recibe en su casa. Se supone que parte de su dinero lo tiene en Fondos Públicos y parte en inversiones ferroviarias, que han sobrevivido al pánico de mil ochocientos cuarenta y seis y están aumentando rápidamente de valor. Se dice que es un especulador audaz. Desde que llegó a Inglaterra ha invertido con gran acierto en propiedades inmobiliarias. Tiene varias casas en partes aisladas de Londres y varias más en ciertos balnearios de la costa este, en los que se ha apreciado un auge de su prestigio. En todos estos casos se comenta que ha obtenido acuerdos extraordinariamente buenos.

(3.) No es fácil descubrir quiénes son sus amigos íntimos. Sólo se han averiguado dos nombres. El primero es el almirante Bartram, del que se supone que recibió ciertos favores del señor Michael Vanstone en años pretéritos. El segundo es el señor George Bartram, sobrino del almirante, que se aloja ahora en la casa de German Place realizando una corta visita. El señor George Bartram es hijo de la hermana del difunto señor Andrew Vanstone, también fallecida. Es por lo tanto primo del señor Noel Vanstone. Este último —es decir, el señor Noel Vanstone— tiene una salud delicada y vive en perfecta armonía con su padre en German Place.

(4.) No hay parientes del sexo femenino en el círculo familiar del señor Michael Vanstone, pero hay un ama de llaves que ha estado a su servicio desde la muerte de su esposa y que ha adquirido una gran influencia sobre padre e hijo. Es originaria de Suiza, mayor y viuda. Su nombre es señora Lecount.

Al depositar estos pormenores en manos de la señorita Vanstone, no hizo ningún comentario, limitándose a darme las gracias. Yo procuré incitarla a la confidencia. No obtuve resultado; tan sólo una nueva expresión de cortesía y una súbita desviación hacia el tema del espectáculo. Muy bien. Si ella no me da la información que quiero, la conclusión es obvia: tendré que obtenerla por mi cuenta.

Consideraciones financieras reclaman lo que resta de página. Volvamos a los negocios.

Declaración financiera Tercera semana de Enero

Lugar visitado: Newark

Funciones: Dos

Ingresos netos
anotados

£ 25.0

Ingresos netos
recibidos realmente

£ 32.10

División aparente de
los beneficios:

Srt^a
Vanstone £ 12.10

Yo £ 12.10

División real de
los beneficios:

Srt^a
Vanstone £ 12.10

Yo £ 20.0

Suplemento personal de la semana,
o digamos Testimonio personal.

£ 7.10

Verificación
H. WRAGGE

Visto Bueno
H. WRAGGE

La siguiente fortaleza de la compasión británica que tomaremos por asalto será Sheffield. Empezamos la primera semana de febrero.

VI

Crónica de Febrero

La práctica ha dado a mi bella pariente la confianza que yo predije que adquiriría con el tiempo. Su talento para disfrazar su identidad encarnando a diferentes personajes deja al público tan asombrado que las mismas personas acuden dos veces para descubrir cómo lo hace. El público inglés tiene el amable defecto de no saber cuándo han tenido suficiente de algo bueno. Llegaron a pedir que se repitiera uno de sus personajes, una señora de edad del norte para la que había tomado como ejemplo a la honorable preceptora de la familia del difunto señor Vanstone a la que me presenté en Combe-Raven. Esa actuación en particular los deja boquiabiertos. No me extraña. Jamás en toda mi experiencia teatral se había visto en público a una joven de diecinueve años aparentando la vejez de forma tan extraordinaria.

Veo que estoy escribiendo en un tono más comedido que de costumbre. Echo de menos mi característica pincelada de humor. Lo cierto es que me deprime pensar en el futuro. En el culmen de nuestra prosperidad, mi perversa pupila se aferra a su tonta disputa familiar. Me siento a merced del primer capricho que se le ocurra con respecto a Vanstone; yo, el arquitecto de su fortuna. Qué lamentable, por mi vida, qué lamentable.

La señorita Vanstone ha actuado ya sobre las indagaciones que me obligó a llevar a cabo. Ha escrito dos cartas al señor Michael Vanstone.

La primera carta no obtuvo respuesta. De la segunda recibió contestación. Con su infernal inteligencia me impidió que la interceptara de forma imprevista. Más tarde, cuando ella ya había abierto y leído la carta, le tendí otra trampa. Tuvo éxito, pero nada más. Dispuse de medio minuto para mirar el interior del sobre en su ausencia. No contenía más que su propia carta devuelta. No es de las que se tragan un insulto semejante sin hacer nada. Esto será causa de alguna maldad: maldad contra Michael Vanstone, que no tiene la más mínima importancia; y maldad contra mí, y eso sí que es un asunto realmente serio.

VII

Crónica de Marzo

Tras actuar en Sheffield y en Manchester, nos hemos trasladado a Liverpool, Preston y Lancaster. Otro cambio en esa veleta de mujer. No ha escrito más cartas a Michael Vanstone y se ha vuelto tan impaciente por ganar dinero como yo. Estamos obteniendo pingües beneficios y nos matamos trabajando. No me gusta ese cambio en ella; tiene un objetivo en mente, o no mostraría un ansia tan extraordinaria por llenar la bolsa. Nada de lo que haga —ni falsificar las cuentas ni presentar falsos testimonios— puede evitar que esa bolsa permanezca vacía. El éxito del espectáculo y su propia agudeza para mirar por sus intereses me han obligado literalmente a proceder con comparativa honradez. Ella se embolsa más de un tercio de los beneficios desafiando mis arduos esfuerzos por impedirselo. ¡Y todo esto a mi edad! ¡Todo esto después de una larga y fructífera carrera como agricultor moral! Los signos de admiración son muy poca cosa, pero expresan mis sentimientos y los utilizo con franqueza.

VIII

Crónica de Abril y Mayo

Hemos visitado unas cuantas ciudades importantes más y ahora nos hallamos en Birmingham. Consultando mis libros descubro que la señorita Vanstone ha obtenido con el espectáculo y hasta la fecha la enorme suma de casi cuatrocientas libras. Es muy posible que mis beneficios asciendan a cien o doscientas miserables libras más, pero yo soy el arquitecto de su fortuna —el editor, por así decirlo, de su libro— y si algo estoy es mal pagado.

Realicé el descubrimiento mencionado el día veintinueve, fecha del aniversario de la Restauración de mi Real Predecesor en el campo de la compasión humana, Carlos II. Acababa apenas de cerrar mi maletín cuando la ingrata muchacha, cuya reputación he labrado yo, entró en el cuarto y me dijo sin más preámbulos que la relación comercial entre nosotros había llegado a su fin por el momento.

No intentaré describir mis propias sensaciones, me limito a registrar los hechos. Me informó, aparentando un absoluto aplomo, de que necesitaba descansar y de que tenía «nuevos objetivos en perspectiva». Pudiera ser que me pidiera ayuda para alcanzarlos y pudiera ser que volviera al mundo del espectáculo. En cualquier caso bastaría con que intercambiáramos nuestras direcciones para poder escribirnos en caso de necesidad. No deseaba dejarme demasiado bruscamente, por lo que se quedaría el día siguiente (que era domingo) y partiría el lunes por la mañana. Tal fue su explicación en tan pocas palabras.

Sabía por experiencia que de nada me serviría protestar. No tenía autoridad alguna sobre ella. El único camino sensato en aquella emergencia era descubrir en qué dirección apuntaban mis intereses y tomar esa dirección sin perder un instante en vacilaciones innecesarias.

Poco he tenido que reflexionar después para convencerme de que tiene un plan muy bien trazado contra Michael Vanstone. Es joven, hermosa, inteligente y carece de escrúpulos; ha ganado dinero para subsistir y dispone de tiempo más que suficiente para averiguar el punto débil de un anciano, y va a atacar por sorpresa al señor Michael Vanstone con las legítimas armas de su sexo. ¿Es posible que me quiera incluir en un plan semejante? Lo dudo. ¿Es sólo que está impaciente por deshacerse de mí en términos amistosos? Es probable. ¿Soy yo el tipo de hombre que permite a su propia pupila que lo trate así? Decididamente no; soy un hombre que decide su rumbo mediante una clara sucesión de alternativas, y éstas son:

Primera alternativa: Declarar que me someto a su propuesta; intercambiar direcciones y luego vigilar privadamente todos sus movimientos futuros. Segunda alternativa: Expresar una afectuosa inquietud en calidad de pariente y amenazar con

avisar a su hermana y al abogado si persiste en sus designios. Tercera alternativa: Utilizar la información que poseo del modo más provechoso convirtiéndola en una mercancía negociable entre el señor Michael Vanstone y yo. Por el momento me inclino por la última de las tres, pero es una decisión demasiado importante para precipitarse. Hoy estamos sólo a veintinueve. Suspenderé mi crónica de acontecimientos hasta el lunes.

31 de mayo. Tanto mis alternativas como sus planes se han desbaratado.

El periódico llegó después del desayuno, como de costumbre. Hojeándolo descubrí esta memorable entrada entre las necrológicas del día: «El 29 del corriente, en Brighton, el señor Michael Vanstone, antes residente en Zurich, a la edad de 77 años».

La señorita Vanstone estaba presente cuando leí esas dos sorprendentes líneas. Se había puesto el sombrero, tenía los baúles preparados y aguardaba con impaciencia que fuera la hora de irse a la estación. Le tendí el periódico sin decir una palabra. Ella miró el lugar que le señalaba, muda a su vez, y leyó la noticia de la muerte de Michael Vanstone.

El periódico se le cayó de la mano y de repente se cubrió la cara con el velo. Conseguí vislumbrar su rostro antes de que me lo ocultara. Tuvo un efecto sobre mí alarmante en extremo. Por decirlo con mi acostumbrada pincelada de humor, su rostro me informó de que el acto más sensato que el señor Michael Vanstone, antes residente en Zurich, había llevado a cabo en toda su vida, fue el que realizó en Brighton el día 29 del corriente.

El absoluto silencio que reinaba en la habitación resultaba especialmente desagradable dadas las circunstancias, por lo que decidí hacer un comentario. El tema me lo proporcionó la consideración hacia mis propios intereses. Mencioné el espectáculo.

—Después de lo que ha ocurrido —dije—, supongo que continuaremos con nuestras actuaciones como de costumbre.

—No —dijo ella, tras el velo—. Continuaremos con mis indagaciones.

—¿Indagaciones sobre un difunto?

—Sobre el hijo del difunto.

—¿El señor Noel Vanstone?

—Sí, el señor Noel Vanstone.

No disponiendo de velo con que taparme la cara, me agaché y recogí el periódico. Su diabólica determinación me desbordó completamente por unos instantes. De hecho tuve que calmarme antes de poder dirigirle la palabra de nuevo.

—¿Son las nuevas indagaciones tan inofensivas como las anteriores? —pregunté.

—Totalmente.

—¿Qué debo descubrir?

—Quiero saber si el señor Noel Vanstone permanece en Brighton después del funeral.

—¿Y si no es así?

—Si no es así, quiero saber su nueva dirección, sea cual sea.

—Sí. ¿Y qué más?

—Además, quiero que averigüe si el hijo heredará todo el dinero del padre.

Empecé a ver por dónde quería ir. La palabra dinero me alivió; volví a sentirme en mi propio terreno.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sólo una cosa —respondió—. Compruebe, por favor, si la señora Lecount, el ama de llaves, continúa al servicio del señor Noel Vanstone o no.

Su voz se alteró un tanto al nombrar a la señora Lecount; evidentemente es lo bastante perspicaz para desconfiar ya del ama de llaves.

—¿Me serán pagados los gastos como es habitual? —pregunté.

—Como es habitual.

—¿Cuándo debo partir en dirección a Brighton?

—Lo antes posible.

Se puso en pie y abandonó la habitación. Tras unos instantes de duda, decidí ejecutar el nuevo encargo. Cuantas más indagaciones privadas realice para mi bella pariente, más difícil le resultará deshacerse de su sinceramente suyo, Horatio Wragge.

Nada hay que me impida partir para Brighton mañana. Así pues, será mañana. Si el señor Noel Vanstone hereda los bienes de su padre, será el único ser humano que disfrute de ventajas pecuniarias que no me inspire un sentimiento de profunda envidia.

IX

Crónica de Junio

Día 9. Regresé ayer con mi información. Aquí está, anotada privadamente para comodidad de futuras referencias.

El señor Noel Vanstone ha abandonado Brighton y se ha trasladado a Londres, a una de las casas vacías de su difunto padre en Vauxhall Walk, Lambeth, con el propósito de efectuar ciertas transacciones. Esta elección especialmente mezquina del lugar de residencia por parte de un caballero de fortuna produce la impresión de que no es fácil separar al señor N.V. de su dinero.

El señor Noel Vanstone se ha calzado los zapatos del difunto en las circunstancias siguientes. Al parecer, curiosamente el señor Michael Vanstone murió sin testar igual que el señor Andrew Vanstone. Con la diferencia entre los casos de que el hermano pequeño dejó un testamento informal y el hermano mayor no ha dejado ninguno en absoluto. Incluso los hombres más duros tienen sus debilidades, y la del señor Michael Vanstone parece haber sido un insuperable terror a prever el hecho de su propia muerte. Su hijo, su ama de llaves y su abogado habían intentado por todos los medios convencerle de que hiciera testamento sin alterar en lo más mínimo su obstinada determinación a aplazar la ejecución del único deber que se sabe que ha dejado de cumplir. Dos médicos le atendieron durante su enfermedad postrera, le advirtieron de que su edad era demasiado avanzada para recobrase y fue en vano. Él mismo declaró estar totalmente decidido a no morir. Sus últimas palabras en este mundo (como conseguí descubrir por boca de la enfermera que ayudaba a la señora Lecount) fueron: «Estoy mejorando por momentos; mande preparar el simón inmediatamente y lléveme a dar un paseo». Esa misma noche la Muerte demostró ser la más terca de los dos y dejó que el hijo (único descendiente) heredara sus bienes siguiendo el curso normal de la ley. Nadie duda de que el resultado hubiera sido el mismo de haberse redactado un testamento. Padre e hijo se tenían la mayor de las confianzas y siempre se los había visto vivir juntos en perfecta armonía.

La señora Lecount sigue al servicio del señor Noel Vanstone desempeñando el mismo cargo de ama de llaves que ocupaba con su padre, y le ha acompañado a su nueva residencia en Vauxhall Walk. Se admite generalmente que ella ha salido perjudicada por el giro de los acontecimientos. Si el señor Michael Vanstone hubiera hecho testamento, sin duda le habría legado una bonita suma. Ahora depende del sentido de la gratitud del señor Noel Vanstone y no es probable, diría yo, que permita que ese sentido se adormezca por falta de un pequeño y oportuno estímulo. No sabría decir por el momento si las intenciones futuras de mi bella pariente apuntan hacia la maldad o el dinero. En cualquiera de los dos casos, me arriesgo a predecir que hallará

un difícil obstáculo en la señora Lecount.

Hasta aquí mi información al día de hoy. La forma en que la recibió la señorita Vanstone demostró la más ingrata desconfianza hacia mi persona. No me hizo ninguna confidencia, limitándose a expresar su agradecimiento. Una muchacha astuta, una muchacha diabólicamente astuta. Pero no se puede dejar de lado a un hombre siempre que se quiera, sobre todo cuando ese hombre se llama Wragge.

Ni una palabra sobre el espectáculo, nada sobre un nuevo cambio de aires. Muy bien. Mi mano derecha apuesta con mi mano izquierda. Diez a una a que inicia correspondencia con el hijo igual que hizo con el padre. Diez a una a que escribe a Noel Vanstone antes de que termine el mes.

Día 21. Ha enviado una carta con el correo de hoy. Una larga carta en apariencia, pues pegó dos sellos en el sobre. (Memorándum privado dirigido a mí mismo. Aguardar la respuesta.)

Días 22, 23 y 24. (Continuación de memorándum privado. Aguardar la respuesta.)

Día 25. La respuesta ha llegado. Como antiguo militar, era natural que empleara una estratagema para acceder a ella. He sido recompensado con el éxito que acompaña a cuantos perseveran de corazón y por lo tanto he tenido acceso a la carta.

La escribe no el señor Noel Vanstone, sino la señora Lecount. En ella se sitúa en el más elevado tono moral expresado con maliciosa cortesía. La delicada salud del señor Noel Vanstone y su reciente pérdida le impiden contestar por sí mismo. Cualquier otra carta futura de la señorita Vanstone será devuelta sin abrir. Cualquier acercamiento personal tendrá el efecto inmediato de que se solicite la protección de la ley. Habiendo sido expresamente advertido contra la señorita Magdalen Vanstone por su difunto y llorado padre, el señor Noel Vanstone no ha olvidado aún el consejo de éste. Considera que se arroja una sombra sobre la memoria del mejor de los hombres al suponer que su línea de acción con respecto a las señoritas Vanstone puede ser otra que la adoptada por su padre. Esto es lo que él mismo ha indicado a su ama de llaves que le comunique. La señora Lecount se ha esforzado por expresarse con el lenguaje más conciliatorio que ha podido hallar; ha procurado no causar un dolor innecesario, por lo que se ha dirigido a la señorita Vanstone por el nombre de la familia (como fórmula de cortesía), y confía en que tales concesiones, que hablan por sí solas, no serán echadas en saco roto. Tal es la esencia de la carta, y así concluye.

Extraigo dos conclusiones de este pequeño documento. Primero, que acarreará serias consecuencias. Segundo, que la señora Lecount, pese a su cortesía, es una mujer peligrosa. Ojalá supiera cómo salir bien parado de todo esto; aún no lo sé.

Día 29. La señorita Vanstone ha abandonado mi protección y el lucrativo futuro del espectáculo dramático se ha ido con ella. He sido timado; yo, el último hombre bajo los Cielos que hubiera esperado escribir sobre sí mismo en tan vergonzosa

situación: ¡me han timado!

Hagamos la crónica de los acontecimientos, que me muestran en el momento presente desde una perspectiva de lamentable impotencia. Pero la naturaleza de un hombre prevalece: debo consignar esos acontecimientos por escrito.

El anuncio de su cercana partida me fue comunicado ayer. Tras una nueva charla cortés sobre la información que le había procurado en Brighton, insinuó que era necesario llevar nuestras indagaciones un poco más lejos. Inmediatamente me ofrecí a realizarlas igual que antes. «No —dijo ella—. Esta vez no son de su estilo. Son indagaciones sobre una mujer, ¡y tengo intención de hacerlas personalmente!» Convencido en mi fuero interno de que esta su nueva resolución apuntaba directamente a la señora Lecount, probé a hacer unas cuantas preguntas inocentes al respecto que ella tranquilamente rehusó responder. A continuación le pregunté cuándo pensaba marcharse. Se iría el veintinueve. ¿Con qué destino? Londres. ¿Por mucho tiempo? Seguramente no. ¿Sola? No. ¿Conmigo? No. ¿Con quién, pues? Con la señora Wragge, si yo no tenía objeción. ¡Dios bendito! ¿Con qué propósito? Con el propósito de conseguir un alojamiento respetable, cosa que difícilmente podía esperar a menos que la acompañara una amiga de mayor edad. ¿Y me dejaba a mí, su amigo de mayor edad, completamente fuera del asunto? Imposible precisarlo por el momento. ¿No podía siquiera enviarle las cartas que pudieran llegar para ella a la que aún era nuestra dirección? No, ella misma lo arreglaría en la oficina de correos y, al mismo tiempo, me pediría una dirección en la que yo pudiera recibir una carta suya en caso de que fuera necesario comunicarnos en el futuro. Nuevas preguntas tras esta última respuesta no condujeron a nada más que a una pérdida de tiempo. Me la ahorré dejando de hacerlas.

Era evidente para mí que la posición en que nos hallábamos el uno con respecto al otro era la misma que existía antes del fallecimiento de Michael Vanstone. Volví, como entonces, a mi selección de alternativas. ¿En qué dirección apuntaban mis intereses personales? ¿En la de confiar en la posibilidad de que quisiera utilizarme de nuevo? ¿En la de amenazarla con la intervención de sus allegados? ¿O en la de convertir la información que poseía en una mercancía negociable entre la rama próspera de la familia y yo? La última de las tres era la alternativa que había elegido en el caso del padre. La elegí una vez más en el caso del hijo.

El tren ha salido hacia Londres hace casi cuatro horas y en él se ha ido acompañada de la señora Wragge.

Mi mujer es demasiado estúpida, pobrecilla, para ser activamente valiosa en la actual emergencia, pero será útil pasivamente al mantener la conexión de la señorita Vanstone conmigo y, en consideración a esa circunstancia, accedí a cepillarme yo mismo los pantalones, a afeitarme solo y a someterme a las demás molestias de cuidar de mi persona durante un período limitado. Cualquier débil chispa de juicio

que la señora Wragge pudiera haber poseído anteriormente parece haberse esfumado del todo. Después de recibir permiso para ir a Londres, nos obsequió con dos preguntas: ¿podía ir de compras?, ¿podía irse sin el libro de cocina? La señorita Vanstone respondió que sí a la primera pregunta y yo respondí que sí a la segunda, y a partir de ese momento la señora Wragge ha vivido en un estado de risas continuas. Aún estoy ronco por la repetida aplicación de estímulos orales y tuve el inexpresable disgusto de dejarla en el compartimiento del tren y ver que llevaba ambos zapatos en chancletas.

En circunstancias normales estos absurdos detalles no se hubieran conservado en mi memoria, pero, dado el presente estado de cosas, la desafortunada imbecilidad de mi mujer en su situación actual podría tener consecuencias que ninguno de nosotros ha previsto. No es ni más ni menos que una niña crecida y percibo con toda claridad que la señorita Vanstone confía en ella como no hubiera confiado en una mujer más sagaz, precisamente por esa razón. Conozco a niños grandes y pequeños bastante mejor que mi bella pariente, y yo digo: cuidado con todas las formas de inocencia humana cuando lo que te interesa es mantener un secreto.

Volvamos a los negocios. Aquí estoy, a las dos de una agradable tarde estival; me han dejado completamente solo para meditar el modo más seguro de abordar al señor Noel Vanstone por mi cuenta. Mis sospechas personales sobre su carácter avariento no producen efecto descorazonador en mí. En mis tiempos he obtenido prometedores resultados pecuniarios de gente tan apegada a su dinero como pueda estarlo él. La auténtica dificultad que es necesario combatir es el obstáculo de la señora Lecount. Si no me equivoco, esa señora merece una seria reflexión por mi parte. Concluyo mi crónica por hoy y le haré justicia.

Tres de la tarde. Vuelvo a estas páginas para registrar un hallazgo que me ha pillado completamente por sorpresa.

Después de completar la última entrada, recordé una circunstancia de la que me había percatado mientras acompañaba a las señoras a la estación esta mañana. Me he fijado entonces en que la señorita Vanstone sólo se ha llevado uno de sus tres baúles, y se me ha ocurrido ahora que una investigación privada en el equipaje que ha dejado atrás pudiera tener resultados beneficiosos. Yo, que en ciertas épocas de mi vida tuve la costumbre de cultivar la amistad de extraños cerrojos, no he tenido dificultad alguna en entablar una relación familiar con los baúles de la señorita Vanstone. Uno de los dos no contenía nada de interés para mí. El otro —utilizado para guardar los disfraces, artículos de aseo y otros accesorios usados en el espectáculo dramático— ha valido más la pena, pues me ha conducido directamente al descubrimiento de uno de los secretos de su dueña.

He hallado todos los trajes del baúl completos con una notable excepción. Esa

excepción era el vestido de la vieja señora del norte, el personaje que ya he mencionado anteriormente como la mejor caracterización de mi pupila y para el que tomé como modelo la voz y las maneras de su antigua institutriz, la señorita Garth. La peluca, las cejas, el sombrero y el velo, la capa con rellenos para desfigurar hombros y espalda, las pinturas y cosméticos para envejecer su rostro y alterar su cutis: todo eso había desaparecido. Sólo quedaba el vestido, uno de seda de llamativo estampado, muy útil para el teatro, pero demasiado extravagante para soportar una inspección a la luz del día. Las otras partes del atuendo son lo bastante serias para salir con bien de una inspección; el sombrero y el velo sólo están pasados de moda y la capa es de un sobrio color gris. Pero es evidente la conclusión que puede extraerse de tal descubrimiento. Tan cierto como que estoy sentado aquí que la señorita Vanstone va a iniciar la campaña contra Noel Vanstone y la señora Lecount bajo la apariencia de una persona de la que ninguno de los dos tiene el menor motivo para sospechar en un principio: la señorita Garth.

¿Qué camino he de seguir en tales circunstancias? Una vez conocido su secreto, ¿qué hacer con él? Son cuestiones arduas; estoy bastante confuso en cuanto al modo de afrontarlas.

Es algo más que el mero hecho de que haya decidido disfrazarse para avanzar en sus objetivos el causante de mi actual perplejidad. Cientos de chicas tienen el capricho de disfrazarse y se citan cientos de ejemplos año tras año en los periódicos. Pero mi ex pupila no debe confundirse ni por un instante con las aventureras corrientes que allí aparecen. Ella es capaz de traspasar con creces el límite de vestirse de hombre e imitar la voz y los modales masculinos. Tiene un don natural para adoptar distintos personajes como no he visto otro igual en una mujer, y lo ha practicado en público hasta que se ha sentido segura de sí misma y ha elevado a las más altas cotas su talento para disfrazarse. Una chica que coge por sorpresa a la gente utilizando una habilidad como ésta para alcanzar sus fines privados y que agudiza esa habilidad para abrirse paso hasta su objetivo con una determinación que ha vencido cuanto se interponía en su camino es una chica que experimenta con el engaño: un experimento nuevo y peligroso que conducirá, de un modo u otro, a resultados muy graves. Ésta es mi convicción, basada en una larga experiencia en el arte de engañar a mis congéneres. Digo de la iniciativa de mi bella pariente lo que nunca dije o pensé hasta que he conocido el contenido de su baúl. Por mi vida que las posibilidades a favor y en contra de que sea ella quien gane la batalla por su perdida fortuna están ahora tan equilibradas que soy incapaz de ver de qué lado se inclina la balanza. Todo lo que percibo es que se inclinará de un lado u otro, con absoluta certeza, el día en que entre disfrazada por la puerta de Noel Vanstone.

¿Hacia dónde apuntan ahora mis intereses? Por mi honor que no lo sé.

Cinco de la tarde. He llegado a un compromiso magistral: he decidido convertirme en un agente doble.

Con el correo de hoy he enviado a Londres una carta anónima para el señor Noel Vanstone. La remitirán a su destino por los mismos medios que utilicé con éxito para despistar al señor Pendril, y llegará a Vauxhall Walk, Lambeth, a primera hora de mañana por la tarde como mucho.

La carta es breve y se ciñe al tema. Advierte al señor Noel Vanstone, en un lenguaje sumamente alarmante, de que está destinado a ser la víctima de una conspiración, cuya principal promotora es una joven que ha mantenido comunicación escrita con su padre y con él. Le ofrece la información necesaria para garantizar su seguridad personal a condición de que haga que, para el que eso escribe, valga la pena correr el grave riesgo personal que supondrá tal revelación. Y finaliza estipulando que la respuesta ha de ser publicada en *The Times*, que ha de dirigirse a «Un amigo desconocido» y que ha de fijar claramente qué remuneración ofrece el señor Noel Vanstone por el impagable servicio que sugiere prestarle.

A menos que surja alguna complicación imprevista, esa carta me coloca exactamente en la posición que ahora me interesa ocupar. Si aparece el anuncio y la remuneración ofrecida es lo bastante cuantiosa para justificar que me pase al enemigo, al enemigo me pasaré. Si no aparece el anuncio, o si el señor Noel Vanstone tasa mi inestimable ayuda en un precio demasiado bajo, aquí me quedaré pasando el tiempo hasta que mi bella pariente me necesite, o hasta que yo haga que me necesite, lo que viene a ser lo mismo. Si la carta anónima cae en sus manos por accidente, hallará en ella alusiones despectivas a mi persona, introducidas a propósito para sugerir que el redactor de la carta debe de ser una de las personas a las que me dirigí cuando realizaba sus pesquisas. Si la señora Lecount toma el asunto en sus manos y me tiende una trampa, rehusaré su tentadora invitación aparentando una total ignorancia sobre el asunto en el instante mismo en que una segunda persona aparezca en él. Sea cual sea el resultado, aquí estoy, dispuesto a sacarle provecho; aquí estoy, con la vista puesta en dos campos a la vez, con total serenidad y seguridad en mí mismo; un agricultor moral con dos cosechas a la vez y su hoz de timador preparada para cualquier eventualidad.

En la próxima semana, el periódico será para mí más interesante que nunca. Me pregunto de qué lado acabaré por estar.

LA TERCERA ESCENA

Vauxhall Walk, Lambeth

CAPÍTULO I

El viejo palacio arzobispal de Lambeth, en la orilla sur del Támesis —con su Paseo y sus Jardines del Obispo—, es una reliquia arquitectónica del antiguo Londres, inestimable para todos los amantes de lo pintoresco en la utilitaria ciudad actual. Al sur de este venerable edificio se encuentra el laberinto de calles de Lambeth, y casi a mitad de camino en la parte del laberinto de casas que está más cerca del río discurre la doble y sucia hilera de edificios conocida ahora, como en tiempos pretéritos, por el nombre de Vauxhall Walk.

La red de calles lúgubres que se extienden en la inmediata vecindad alberga una población en su mayor parte de la clase más baja. En aquellas donde abundan las tiendas, la sórdida lucha contra la pobreza se muestra desvergonzadamente sobre el sucio pavimento, reúne sus fuerzas a lo largo de la semana y, aumentando hasta formar tumulto el sábado por la noche, recibe el amanecer del domingo a la mortecina luz de gas. En barrios londinenses como éstos, míseras mujeres cuyos rostros jamás sonríen frecuentan las carnicerías, apretando con fuerza en la mano las reliquias de los salarios de los hombres que se han salvado de las tabernas, con ojos que devoran la carne que no osan comprar, con dedos ansiosos que la tocan con la misma avidez que los dedos de sus hermanas ricas tocan una piedra preciosa. En este distrito, como en otros distritos alejados de los barrios prósperos de la metrópoli, vagabundea el Londres repugnante —donde la inmundicia de las calles corre pareja a la de las ropas y el lenguaje—, amenazador y brutal, en las esquinas y las puertas de las botillerías; es la vergüenza pública de este país, una advertencia desatendida de conflictos sociales que aún están por llegar. Aquí la ruidosa presunción del progreso —que tanto ha reformado las maneras y tan poco ha alterado a los hombres— tropieza con la flagrante contradicción que esparce sus pretensiones a los cuatro vientos. Aquí, mientras la prosperidad nacional se deleita, como un nuevo Baltasar, en el espectáculo de su propia magnificencia, está la inscripción en el muro ^[15] que advierte al monarca de que se ha pesado su gloria en la balanza y de que su poder ha sido hallado deficiente.

Enclavado en un barrio como éste, Vauxhall Walk sale ganando con la comparación y reclama para sí una respetabilidad que cualquier observador imparcial ha de reconocer. Buena parte de él sigue compuesta por casas particulares. Las tiendas esparcidas aquí y allá no se ven asaltadas por las muchedumbres de calles más populosas. El comercio no es turbulento, ni se incita al consumidor a «comprar» voceando las mercancías. Los amantes de los pájaros buscan la agradable tranquilidad del sitio, y las palomas se arrullan y los canarios trinan en Vauxhall Walk. Carros y coches de punto de segunda mano, viejos armazones de camas, ruedas sueltas de carruajes para quienes puedan necesitar una que complete el juego, se

encuentran aquí en el mismo depósito. Un afluyente en el gran flujo de gas que ilumina Londres tiene su origen en fábricas establecidas en este lugar. Aquí los seguidores de John Wesley ^[16] han erigido una iglesia construida antes del período de la conversión metodista a los principios de la religión arquitectónica. Y para colmo de sorpresas, aquí —donde miles de luces brillaron en otro tiempo, donde dulces sonidos llenaron de melodiosa música la noche hasta el amanecer, donde la belleza y la elegancia de Londres dieron fiestas y bailaron durante las temporadas estivales de todo un siglo— se extiende, hoy en día, una horrible franja de lodo y porquería: el cadáver abandonado de los Jardines Vauxhall convirtiéndose en polvo a la luz del sol.

El mismo día que el capitán Wragge concluía la última entrada en su crónica de acontecimientos, una mujer aparecía en la ventana de una de las casas de Vauxhall Walk y arrancaba del cristal un papel impreso que habían pegado en él con oblea para anunciar que se alquilaban habitaciones. Las habitaciones eran dos y se hallaban en el primer piso. Acababan de alquilarlas dos señoras que habían pagado una semana por adelantado, dos señoras que eran Magdalen y la señora Wragge.

Tan pronto como la dueña de la casa abandonó la habitación, Magdalen se acercó a la ventana y miró con cautela la hilera de edificios del otro lado de la calle, que tenían mayores pretensiones en tamaño y apariencia que el resto de casas de Vauxhall Walk; en una de ellas se había inscrito la fecha de construcción: el año 1759. Se hallaban separadas de la acera por pequeños jardines. Esta peculiaridad de su situación, añadida a la amplitud de la carretera que se interponía entre ellas y las pequeñas casas que tenían frente por frente impedía a Magdalen ver los números sobre las puertas u observar más que un esbozo general del atuendo y la figura de quien pudiera acercarse a las ventanas. No obstante, allí permaneció clavando la vista con impaciencia en una de las casas de la hilera que quedaba prácticamente a la misma altura que la suya, la casa que había buscado antes de entrar en su nuevo alojamiento, la casa habitada en aquel momento por Noel Vanstone y la señora Lecount.

Tras vigilar por la ventana en silencio durante diez minutos o más, volvió la vista de repente a la habitación para observar el efecto que su comportamiento podía haber producido en su compañera de viaje.

No apreció en ella la menor causa de aprensión. La señora Wragge se había sentado a la mesa y estaba absorta arreglando una serie de breves circulares y tentadoras listas de precios que imprimían los comerciantes para anunciarse y que arrojaban por las ventanillas al interior de los coches de punto cuando salían de la estación de Londres.

—A menudo he oído hablar de las lecturas ligeras —dijo la señora Wragge,

cambiando con nerviosismo el orden de las circulares igual que un niño cambia con nerviosismo el orden de un conjunto de juguetes nuevos—. Aquí hay lectura ligera impresa en bonitos colores. Aquí están todas las cosas que voy a comprar cuando salga de tiendas mañana. Préstenos un lápiz, por favor. No se enfadará, ¿verdad? Tengo ganas de señalarlas todas. —Alzó la mirada hacia Magdalen, rió entre dientes gozosamente pensando en el cambio experimentado en su situación y palmeó la mesa con sus manazas, presa de un gozo incontenible—. ¡Sin libro de cocina! —exclamó—. ¡Sin zumbido en la cabeza! ¡Sin capitán al que afeitar mañana! Arrastro los pies, llevo la cofia torcida y nadie me grita. ¡Por mi vida que esto sí que son vacaciones! —Sus manos golpearon la mesa con más estrépito que antes hasta que Magdalen las silenció ofreciéndole un lápiz. La señora Wragge recobró su dignidad instantáneamente, apoyó los codos sobre la mesa y se sumergió en unas compras imaginarias el resto de la tarde.

Magdalen regresó junto a la ventana. Cogió una silla, se sentó tras la cortina y clavó la vista una vez más en la casa de enfrente.

Las ventanas del primero y del segundo piso tenían las persianas echadas. La ventana de la planta baja tenía la persiana subida y estaba entreabierta, pero no se acercó a ella criatura viviente alguna. A ambos lados de la calle se abrieron las puertas de las casas y empezó a salir y entrar gente. Docenas de niños se echaron a la calle para jugar e invadieron los pequeños jardines para recuperar balones y volantes [17] perdidos. Riadas de personas caminaban en una u otra dirección de forma ininterrumpida. Carros abarrotados de mercancías pasaban rodando pesadamente de camino a la cercana estación o volviendo de ella. La incesante actividad de la vida cotidiana en aquel distrito se agitaba en todas partes menos en una. Transcurrieron las horas y allí seguía la casa de enfrente, cerrada aún, privada aún de todo signo de vida humana, dentro o fuera de ella. El único objeto que había decidido a Magdalen a aventurarse personalmente en Vauxhall Walk —el objeto de estudiar aspecto, maneras y costumbres de la señora Lecount y su señor desde un lugar de observación conocido únicamente por ella— había fracasado hasta ese momento. Después de tres horas de mirar por la ventana, no había descubierto ni siquiera si la casa estaba realmente habitada.

Poco después de las seis, la patrona estorbó el estudio de la señora Wragge extendiendo el mantel para cenar. Magdalen se sentó a la mesa en una posición desde la que seguía teniendo la misma vista por la ventana. No ocurrió nada. La cena llegó a su fin; la señora Wragge (adormecida por la influencia narcótica de hacer anotaciones en las circulares y de comer y beber con un apetito agudizado por la ausencia del capitán) se retiró a un sillón y se durmió en una postura que hubiera causado a su marido un agudísimo sufrimiento mental; dieron las siete; las sombras de la noche estival se alargaron furtivas sobre el pavimento gris y los muros pardos

de las casas, y todavía la puerta de enfrente seguía cerrada; todavía la única ventana abierta seguía sin mostrar nada más que la negrura del interior, inerte e inmutable como si esa habitación fuera una tumba.

Los suaves ronquidos de la señora Wragge se hicieron más graves; la noche siguió su curso monótonamente. Eran cerca de las ocho cuando por fin ocurrió algo. La puerta principal de la casa de enfrente se abrió por primera vez y una mujer apareció en el umbral.

¿Era la señora Lecount esa mujer? No. Al acercarse, su vestido denotó que era una criada. Llevaba una gran llave en la mano y era evidente que se dirigía a realizar un encargo. Incitada, en parte por la curiosidad y en parte por el impulso del momento, que movía su impetuosa naturaleza a la acción tras la resistencia pasiva de muchos horas, Magdalen cogió su sombrero y resolvió seguir a la criada a su destino fuera cual fuese.

La mujer la condujo a la cercana y amplia calle de tiendas llamada Lambeth Walk. Después de andar un corto trecho y mirar a un lado y a otro con el aire vacilante de una persona que no está familiarizada con el vecindario, la criada cruzó la calle y entró en una papelería. Magdalen cruzó la calle a su vez y la siguió al interior.

La inevitable demora con que entró en la tienda en esas circunstancias hizo que Magdalen llegara demasiado tarde para oír lo que pedía la mujer. Sin embargo, alcanzó a oír las primeras palabras que pronunció el dependiente, las cuales le indicaron que la criada quería comprar una guía de trenes.

—¿Se refiere a una guía para este mes o a una guía para julio? —preguntó el tendero, dirigiéndose a la clienta.

—El amo no me ha dicho cuál —respondió la mujer—. Lo único que sé es que se va al campo pasado mañana.

—Pasado mañana será uno de julio —dijo el tendero—. La guía que quiere su señor es la del nuevo mes. No saldrá a la venta hasta mañana.

La criada abandonó la tienda tras comprometerse a volver el día siguiente y emprendió el camino de vuelta a Vauxhall Walk.

Magdalen compró la primera chuchería que vio sobre el mostrador y regresó apresuradamente en la misma dirección. El descubrimiento que acababa de hacer era de gran importancia para ella y era consciente de la necesidad de actuar en consecuencia a la mayor brevedad posible.

Cuando entró en la salita de su alojamiento, encontró a la señora Wragge, que acababa de despertarse, sumida en una perplejidad soñolienta, con la cofia caída sobre los hombros y uno de los pies descalzos. Magdalen se esforzó en convencerla de que estaba cansada del viaje y de que lo más sensato que podía hacer era acostarse. La señora Wragge se mostró totalmente dispuesta a beneficiarse de su sugerencia

siempre que primero encontrara su zapato. Por desgracia, mientras buscaba el zapato tropezó con las circulares apartadas en una mesita y recordó de inmediato su actividad de la tarde.

—Dénos el lápiz —dijo la señora Wragge, reuniendo las circulares con movimientos violentos y apresurados—. Todavía no puedo acostarme, no he marcado ni la mitad de cosas que quiero. Veamos, ¿dónde lo había dejado? «Pruebe el biberón de Finch para niños.» ¡No!, tiene una cruz; la cruz significa que no lo quiero. «Comodidad en el campo. Los indestructibles pantalones de caza de Buckler.» ¡Oh, cielos, cielos! Me he perdido. No, aquí está. Aquí está mi marca. «Elegantes trajes de cachemira auténticamente oriental, suntuosos; rebajados a una libra, diecinueve chelines y seis peniques. No pierda tiempo. Sólo quedan tres.» ¡Sólo tres! ¡Oh, préstenos el dinero y vayamos a comprar uno!

—Esta noche no —dijo Magdalen—. ¿Qué le parece si ahora se acuesta y termina con las circulares mañana? Yo las pondré en la mesita de noche y podrá seguir tan pronto como se despierte; será lo primero que haga por la mañana.

Esta sugerencia recibió la aprobación inmediata de la señora Wragge. Magdalen la llevó a la habitación contigua y la acostó como a una niña con sus juguetes al lado. La habitación era tan estrecha, la cama tan pequeña y la señora Wragge, ataviada con la indumentaria blanca adecuada para la ocasión, con su cara de luna rodeada por el amplio halo del gorro de dormir, parecía tan grande y desproporcionada que, pese a su impaciencia, Magdalen no pudo reprimir una sonrisa al dar las buenas noches a su compañera de viaje.

—¡Aja! —exclamó la señora Wragge alegremente—. Compraremos ese traje de cachemira mañana. ¡Acérquese! Quiero susurrarle algo. Fíjese en mí. ¡Voy a dormir torcida y el capitán no está aquí para chillarme!

En la salita había un sofá cama que la patrona preparó oportunamente. Una vez hecho esto y tras haberle llevado unas bujías, dejó sola a Magdalen para que pudiera trazar su rumbo futuro tal y como sus pensamientos le aconsejaran.

De las preguntas y respuestas que había tenido ocasión de escuchar por la tarde en la papelería se extraía claramente la conclusión de que a la temporada de residencia de Noel Vanstone en Vauxhall Walk le faltaba un solo día para llegar a su fin. La primera y prudente resolución de Magdalen, que consistió en pasar varios días observando sin ser vista la casa de enfrente antes de aventurarse a entrar en ella personalmente, había sido irremediamente frustrada por el giro que habían tomado los acontecimientos. Se encontraba en el dilema de correr de manera precipitada todos los riesgos al día siguiente o de hacer una pausa y esperar una oportunidad futura que tal vez no se presentaría jamás. No veía un camino intermedio. Hasta que hubiera visto a Noel Vanstone con sus propios ojos y hubiera descubierto lo peor que podía temer de la señora Lecount —hasta que hubiera alcanzado este doble objetivo

con la necesaria precaución de mantener en secreto su identidad— no podría avanzar un solo paso hacia la ejecución del propósito que la había llevado a Londres.

Uno tras otro pasaron los minutos de la noche; uno tras otro se sucedieron sus atropellados pensamientos y seguía sin llegar a una decisión, seguía dudando con una vacilación que era nueva en el conocimiento que tenía de sí misma. Por fin cruzó la habitación con impaciencia en busca del alivio trivial de abrir su baúl y sacar de él las pocas cosas que necesitaba para pasar la noche. El capitán Wragge no andaba desencaminado en sus sospechas. Allí, ocultos entre dos vestidos, estaban los elementos para disfrazarse que él había echado en falta en el baúl de Birmingham. Magdalen les dio la vuelta uno por uno para verificar que no había olvidado nada de lo que necesitaba y regresó una vez más a su puesto de observación junto a la ventana.

La casa de enfrente estaba sumida en la oscuridad hasta el salón. Allí, la persiana que antes estaba abierta cubría ahora la ventana: la luz que ardía tras ella le permitió ver por primera vez que la estancia estaba habitada. Sus ojos se iluminaron y se encendió su rostro al verlo.

—¡Ahí está! —dijo en un susurro furioso—. ¡Ahí vive de nuestro dinero, en la casa cuyas puertas me ha cerrado la amenaza de su padre! —Dejó caer la persiana que había alzado, volvió al baúl y sacó la peluca gris que formaba parte de su disfraz teatral para el personaje de la vieja señora del norte. La peluca se había arrugado; Magdalen se la puso y se dirigió al tocador para peinarla—. Su padre le ha prevenido contra Magdalen Vanstone —dijo, repitiendo el pasaje de la carta de la señora Lecount, y rió amargamente mientras se miraba en el espejo—. Me pregunto si su padre le ha prevenido contra la señorita Garth. Mañana es más pronto de lo que yo esperaba. No importa; mañana se verá.

CAPÍTULO II

Por la mañana temprano, cuando Magdalen se levantó y miró por la ventana, el cielo estaba encapotado, pero, a medida que se acercaba la hora de desayunar, la amenaza de lluvia fue disipándose y Magdalen pudo pensar en atender a la primera necesidad del día sin que el mal tiempo se lo impidiera: la necesidad de asegurarse la ausencia de la casa de su compañera de viaje.

A las diez, la señora Wragge se hallaba vestida, pertrechada con su colección de circulares e impaciente por salir. Antes Magdalen había tomado la precaución, de que se ocupara debidamente de ella la hija mayor de la patrona, una joven tranquila y de buenos modales, cuyo interés en la expedición despertó fácilmente con una pequeña suma de dinero para que se comprara una sombrilla y un vestido de muselina. Poco después de las diez, Magdalen despidió a la señora Wragge y a su acompañante en un coche de punto. Luego se reunió con la patrona —que se ocupaba entonces de arreglar las habitaciones superiores— a fin de averiguar con un oportuno y breve cotilleo cuáles eran los hábitos cotidianos del resto de moradores de la casa.

Magdalen descubrió que no había más huéspedes que la señora Wragge y ella. El marido de la patrona se pasaba fuera todo el día, empleado en una estación de ferrocarril. La segunda hija estaba a cargo de la cocina en ausencia de su hermana mayor. Los hijos pequeños se habían ido a la escuela y volverían a la una para comer. La patrona «cosía buena ropa interior para señoras» y pensaba ocupar toda la mañana en su trabajo en una pequeña habitación anexa a la parte posterior del edificio. Así pues, Magdalen tenía todas las facilidades para abandonar la casa disfrazada sin que la vieran, siempre que saliera antes de que los niños regresaran a comer a la una.

A las once las habitaciones estaban arregladas y la patrona se había retirado a sus ocupaciones. Suavemente, Magdalen cerró con llave la puerta de su habitación, bajó la persiana y comenzó de inmediato los preparativos para el peligroso experimento del día.

La misma aguda percepción de los peligros que debía evitar y de las dificultades que debía superar que la había llevado a dejar la parte más extravagante de su disfraz en el baúl de Birmingham, la hizo plenamente consciente de la gran diferencia entre un disfraz que se lleva a la luz del gas para entretener a un público y un disfraz adoptado a la luz del día para engañar a los ojos inquisidores de dos desconocidos. La primera pieza de ropa que se puso fue un viejo vestido suyo (hecho del material llamado «alpaca») de color marrón oscuro con un bonito estampado de pequeñas estrellas blancas. El único adorno del vestido era un doble volante alrededor del bajo, adorno que no desdecía en absoluto del atavío apropiado para una señora de edad. El modo de disfrazar la cabeza y el rostro fue el siguiente objeto de su atención. Se puso la peluca gris y la arregló con la destreza conseguida con la práctica constante, pegó

cuidadosamente en su sitio las cejas falsas (bastante amplias y más oscuras que la peluca) con la goma que había llevado consigo con ese fin y se pintó la cara con materiales de uso corriente en el teatro para trocar la blancura de su cutis transparente en el color apagado, levemente opaco de una mujer enferma. A continuación procedió a hacerse las arrugas y marcas propias de la edad, y ahí se presentaron los primeros obstáculos. El artificio que tenía éxito a la luz de gas fallaba estrepitosamente de día; la dificultad de disimular el evidente carácter artificial de las marcas era casi insuperable. Volvió al baúl, sacó de él dos velos y, poniéndose su anticuado sombrero, probó el efecto que causaban uno y otro. Uno de los velos (de encaje negro) era demasiado grueso para llevarlo en verano sobre el rostro sin dar pie a comentarios. El otro, una sencilla red, permitía ver las facciones con la vaguedad suficiente para pintarse ciertas arrugas expresivas (muchas menos de las que estaba acostumbrada a utilizar cuando interpretaba el personaje) en la frente y en las comisuras de la boca. Pero el obstáculo así vencido no hacía más que crear una nueva dificultad: la de mantener el velo bajado mientras hablaba con otras personas sin ninguna razón obvia para hacerlo. Unos instantes de reflexión y una mirada casual a la pequeña paleta de cerámica donde extendía las pinturas para caracterizarse sugirió a su rápida inventiva una excusa visible para llevar el velo. Lentamente se desfiguró enrojeciendo artificialmente el interior de los párpados de modo que parecieran afectados por una inflamación que ningún ser humano salvo un médico —y eso examinándola de cerca— habría dicho que era falsa. Magdalen se puso en pie de un salto y contempló triunfalmente el reflejo de su horrible transformación en el espejo. ¿A quién podía parecerle extraño que llevara el velo bajado y que pidiera permiso a la señora Lecount para sentarse de espaldas a la luz?

Su último paso consistió en ponerse la sencilla capa gris que se había llevado de Birmingham y que las manos experimentadas del capitán Wragge habían rellenado para disimular la gracia y la belleza juvenil de sus hombros y su espalda. Una vez completado el disfraz, practicó la manera de andar que, según le habían enseñado, era apropiada para el personaje —andar con una leve cojera— y, volviendo a mirarse en el espejo tras un minuto de ensayo, pasó a ejercitar el cambio de voz y de maneras. Ésta era la única parte del personaje en el que había sido posible, con sus peculiaridades físicas, imitar a la señorita Garth, y ahí la semejanza era perfecta. La voz áspera, las maneras bruscas, la costumbre de acompañar ciertas frases con una enfática inclinación de cabeza, la pronunciación gutural del norte que se manifestaba en todas las palabras que contenían la letra «erre», todas estas características personales de la vieja institutriz del norte se vieron fielmente retratadas. La transformación personal así conseguida era literalmente lo que el capitán Wragge había predicho: un triunfo en el arte del disfraz. Salvo en el caso de que su rostro fuera expuesto a una luz intensa, nadie sospecharía un solo instante mirando a

Magdalen que no era una mujer enferma, contrahecha y poco agraciada de cincuenta años por lo menos.

Antes de abrir la puerta hizo una atenta inspección para cerciorarse de que no había dejado a la vista ningún material utilizado por si la patrona entraba en la habitación en su ausencia. El único objeto olvidado que le pertenecía era un pequeño paquete formado por las cartas de Norah que había estado leyendo durante la noche y que accidentalmente había quedado debajo del espejo mientras se vestía. Cuando cogió las cartas para guardarlas se le ocurrió la idea por primera vez. ¿Me reconocería Norah si nos encontráramos ahora en la calle? Se miró en el espejo y sonrió con tristeza.

—No —dijo—. Ni siquiera Norah.

Abrió la puerta después de mirar el reloj. Eran cerca de las doce. Apenas le quedaba una hora para probar su desesperado experimento y regresar a sus habitaciones antes de que los hijos de la patrona volvieran de la escuela.

Se detuvo a escuchar un momento en el descansillo para asegurarse de que todo estaba en silencio en el pasillo de abajo. Bajó las escaleras sin hacer ruido y llegó a la calle sin haber tropezado en la casa con ninguna criatura viviente. Poco después había cruzado la calle y llamaba a la puerta de Noel Vanstone.

Le abrió la puerta la misma criada a la que había seguido hasta la papelería la tarde del día anterior. Con un temblor momentáneo que recordaba la primera y memorable noche de su aparición en público, Magdalen preguntó (con la voz y las maneras de la señorita Garth) por la señora Lecount.

—La señora Lecount ha salido, señora —dijo la criada.

—¿Está en casa el señor Vanstone? —preguntó Magdalen, cuya resolución se impuso de nuevo inmediatamente ante el primer obstáculo que se le oponía.

—Mi amo aún no se ha levantado, señora.

¡Un nuevo contratiempo! Un carácter más débil hubiera aceptado el aviso. El carácter de Magdalen se rebeló contra él.

—¿A qué hora volverá la señora Lecount? —preguntó.

—Hacia la una, señora.

—Dígale, por favor, que volveré lo antes posible a partir de la una. Estoy especialmente interesada en ver a la señora Lecount. Yo soy la señorita Garth.

Dio media vuelta y se fue. No podía ni pensar en volver a su habitación; la criada (como sabía Magdalen porque no había oído que se cerrara la puerta) la observaba; además, se exponía, si volvía a entrar, a salir exactamente a la hora en que los hijos de la patrona estarían en casa con toda seguridad. Giró a la derecha sin pensar, caminó hasta llegar al puente de Vauxhall y aguardó allí contemplando el río.

El intervalo de tiempo que tenía ante sí alcanzaba casi la hora. ¿En qué podía ocuparla?

Al plantearse esta duda, volvió a surgir la idea que le había venido a la cabeza cuando guardaba el paquete de cartas de Norah. Sintió un súbito impulso de poner a prueba la desagradable perfección de su disfraz, mezclado con los sentimientos más puros y elevados de su corazón, y aumentó su natural ansiedad por ver de nuevo el rostro de su hermana, aunque no se atreviera a descubrirse a sí misma y hablarle. Las últimas cartas de Norah describían con todo detalle su vida como institutriz, sus horas de clase, sus horas de ocio, sus horas de salir a pasear con sus pupilas. Magdalen tenía el tiempo justo, si encontraba un vehículo en ese mismo momento, para ir a la casa en que trabajaba Norah y llegar unos minutos antes de la hora en que tenía que salir. «¡Una mirada me dirá más que cien cartas!» Con esa idea en el corazón, con el propósito de seguir a Norah en su paseo diario bajo la protección del disfraz, Magdalen se apresuró a cruzar el puente en dirección a la orilla norte del río.

De este modo, en el punto crucial de su vida; de este modo, en el intervalo que precedía a dar el paso irrevocable y trasponer el umbral de la casa de Noel Vanstone, las fuerzas del Bien triunfaron en la lucha que sostenían por ella contra las fuerzas del Mal y le hicieron dar la espalda al escenario de su meditado engaño, alejándola misericordiosamente cada vez más de la fatídica casa.

Detuvo el primer coche de punto desocupado que pasó, indicó al cochero que se dirigiera a New Street, Spring Gardens, y prometió doblar el precio del trayecto si llegaba a su destino a una hora determinada. El hombre se ganó el dinero; de hecho, se lo ganó con creces. Magdalen no había dado ni diez pasos por New Street caminando en dirección a St. James's Park cuando se abrió la puerta de una casa situada más adelante y salió por ella una señorita vestida de luto acompañada de dos niñas. La señorita tomó también la dirección del parque sin volver la cabeza hacia Magdalen mientras bajaba los escalones de entrada a la casa. Poco importaba, el corazón de Magdalen miró a través de sus ojos y le dijo que estaba viendo a Norah.

Las siguió al interior de St. James's Park, y desde allí (a lo largo del paseo) hasta Green Park, aventurándose a acercarse más cuando llegaron a la pradera y subieron por la pendiente en dirección a Hyde Park Comer. Los ávidos ojos de Magdalen devoraron el vestido de Norah hasta sus más mínimos detalles y detectaron los más leves cambios sufridos por su figura y su porte. Norah había adelgazado desde el otoño; caminaba con paso cansino y la cabeza un poco gacha. El traje de luto, que llevaba con la modesta gracia y la pulcritud que ninguna desgracia podía arrebatarse, se adecuaba a su cambio de posición social; el vestido negro era de paño; el chal y el sombrero negros eran del tipo más barato y sencillo. Las dos niñas que caminaban a ambos lados de su hermana llevaban vestidos de seda. Magdalen las odió instintivamente.

Dio un amplio rodeo por la hierba para girar progresivamente y encontrarse con

su hermana sin despertar la sospecha de que el encuentro era intencionado. El corazón le latía con fuerza; un súbito acaloramiento se adueñó de ella cuando pensó en sus cabellos postizos, en su falso cutis y en su falso atuendo al ver el querido rostro familiar acercándose cada vez más. Pasaron una junto a la otra. Los amables ojos oscuros de Norah se alzaron con una luz más honda, con una belleza más triste que en otros tiempos —se posaron sobre el rostro de su hermana ignorantes de la verdad— y se apartaron de nuevo como del rostro de una extraña. Esa mirada de un instante conmovió a Magdalen en lo más profundo de su corazón. Se quedó clavada en el sitio después de que pasara Norah. Se apoderó de ella, de su cuerpo y de su alma, el horror del vil disfraz que la ocultaba, el anhelo de romper sus trabas y cobijar su vergonzoso rostro pintado en el pecho de Norah. Se dio la vuelta y miró hacia atrás.

Norah y las dos niñas habían llegado al terreno más alto y se acercaban a una de las entradas de la verja de hierro que circundaba el parque separándolo de la calle. Atraída por una irresistible fascinación, Magdalen las siguió de nuevo, las alcanzó cuando llegaban a la salida y oyó las voces de las dos niñas discutiendo airadamente por dónde querían seguir paseando. Vio que Norah las obligaba a salir por la puerta y que luego se agachaba y les hablaba mientras esperaban la ocasión de cruzar la calle. Sus palabras sólo consiguieron que chillaran más y con mayor fiereza. La más pequeña —una niña de ocho o nueve años de edad— tuvo una acalorada rabieta infantil, gritó, chilló e incluso dio algún puntapié a la institutriz. Los transeúntes se detuvieron y se echaron a reír; algunos de ellos aconsejaron en broma un pequeño y saludable correctivo; una mujer preguntó a Norah si era la madre de la criatura; otra la compadeció en voz alta por ser la institutriz de la niña. Antes de que Magdalen pudiera abrirse paso entre la multitud —antes de que una irrefrenable impaciencia por ayudar a su hermana cerrara sus ojos a cualquier otra consideración y la llevara al lado de Norah, delatándose a sí misma— cruzó con lentitud un carruaje abierto, obstaculizado por los vehículos que circulaban delante. La anciana señora que lo ocupaba oyó los gritos de la niña, reconoció a Norah y la llamó de inmediato. El lacayo apartó a la multitud e instaló a las niñas en el carruaje.

—Es una suerte que pasara casualmente por aquí —dijo la anciana señora, indicando a Norah con un despectivo ademán que ocupara su lugar en el asiento delantero—. Nunca ha podido dominar a las hijas de mi hija y nunca lo conseguirá. —El lacayo subió la escala, el carruaje se alejó con las niñas y la institutriz, la multitud se dispersó y Magdalen volvió a quedarse sola.

«¡Mejor! —pensó con amargura—. Sólo habría conseguido turbarla. Sólo habría servido para que sufriéramos de nuevo el dolor de separarnos.»

Volvió sobre sus pasos como una autómatas; regresó como en un sueño al espacio abierto del parque. Armándose traicioneramente con la fuerza del amor que profesaba

a su hermana, con la vehemencia de la indignación que sentía por su causa, la terrible tentación de su vida hizo presa en ella con mayor fuerza que nunca. Bajo la pintura y el disfraz que la desfiguraban, la violenta desesperación de aquel carácter fuerte y apasionado le dio un aspecto horrible y macilento. Norah convertida en objeto de diversión y curiosidad públicas; Norah reprendida en plena calle; Norah víctima a sueldo de la insolencia de una vieja y del mal genio de una niña; ¡y tenía que agradecerse al mismo hombre que había enviado a Frank a la China!, ¡y al hijo de ese hombre después de él! La imagen de su hermana, que la había alejado del escenario del engaño que planeaba, que le había hecho odiosa la conciencia de su disfraz, fue entonces la imagen que sancionó ese método o cualquier otro para lograr sus fines, la imagen que dio alas a sus pies y la hizo regresar a toda prisa a la fatídica casa.

Salió de nuevo del parque y se encontró en la calle sin saber dónde estaba. Una vez más detuvo el primer coche de punto que pasó e indicó al cochero que la llevara a Vauxhall Walk.

El cambio de caminar a ir en coche sirvió para sosegarla. Su atención se volvió hacia sí misma y su atuendo. La necesidad de cerciorarse de que su disfraz no había sufrido ningún percance se hizo patente de inmediato. Pidió al cochero que se detuviera en la primera pastelería por la que pasaron y allí consiguió mirarse en un espejo antes de arriesgarse a probar suerte de nuevo en Vauxhall Walk.

La peluca gris tenía el pelo revuelto y el anticuado sombrero se había ladeado un poco. Eso era todo. Arregló los escasos defectos del disfraz y regresó al coche. Era la una y media cuando se acercó a la casa y llamó por segunda vez a la puerta de Noel Vanstone. Le abrió la misma criada de la primera vez.

—¿Ha vuelto la señora Lecount?

—Sí, señora. Pase por aquí, por favor.

La criada precedió a Magdalen a lo largo de un corredor vacío y, tras pasar junto a una escalinata sin alfombra, abrió la puerta de una habitación de la parte posterior de la casa. La luz entraba en la habitación por una ventana que daba a un jardín, las paredes estaban desnudas, igual que el suelo de tablas. Había dos sillas de dormitorio contra la pared y una mesa de cocina bajo la ventana. Sobre la mesa vio un tanque de cristal lleno de agua, adornado en el centro por una pirámide en miniatura de rocas mezcladas con algas. A los lados del tanque se aferraban unos caracoles; renacuajos y peces diminutos nadaban veloces en el agua verde; escurridizos tritones y ranas viscosas entrelazaban sus caminos entrando y saliendo de la pirámide de rocas y algas; y en lo más alto de la pirámide, solitario, frío como la piedra, pardo como la piedra, inerte como la piedra, se hallaba sentado un pequeño sapo de ojos brillantes. El arte de cuidar peces y reptiles como mascotas domésticas no se había popularizado

en Inglaterra en aquella época y al entrar en la habitación Magdalen retrocedió con asombro y repugnancia irreprimibles ante el primer ejemplar de acuario que veía en su vida.

—No se alarme —dijo una voz de mujer a su espalda—. Mis mascotas no hacen daño a nadie.

Magdalen se volvió y se encontró cara a cara con la señora Lecount. Basándose en la carta que el ama de llaves le había escrito, Magdalen esperaba ver una vieja adusta, taimada, desagradable e insolente. Lo que halló, en cambio, fue una señora de modales suaves y zalameros, cuyo atuendo era personificación de la pulcritud, el buen gusto y la simplicidad de una matrona, y cuyo aspecto personal era poco menos que un triunfo de la resistencia física a la devastadora influencia del tiempo. Si la señora Lecount se hubiera quitado unos quince o dieciséis años y hubiera afirmado tener treinta y ocho, no habría habido un hombre entre un millar ni una mujer entre cien que hubiera dudado de su palabra. Sus cabellos negros apenas empezaban a teñirse de gris. Los llevaba divididos por la mitad bajo una cofia de encaje inmaculada, escasamente adornada con lazos de luto. Ni una sola arruga se mostraba en su lisa y blanca frente ni en sus mejillas blancas y mofletudas. Se le formaban hoyuelos en la papada y sus dientes eran una maravilla de blancura y regularidad. Se hubieran podido criticar sus labios por su excesiva finura, de no ser porque estaban acostumbrados a sacar partido a sus defectos gracias a una sonrisa suplicante y persuasiva. Sus grandes ojos negros habrían parecido feroces en el rostro de otra mujer; eran afables y enternecedores en el rostro de la señora Lecount. Se interesaban con afecto por todo lo que miraban: por Magdalen; por el sapo de la pirámide de roca; por la vista del jardín posterior desde la ventana; por sus propias manos, blancas y gordezuelas, que se frotaba suavemente mientras hablaba; por su bonita pechera de batista, que tenía la costumbre de contemplar con complacencia mientras escuchaba a los demás. El elegante traje negro con que vestía de luto la memoria de Michael Vanstone no era sólo un vestido, era un bello cumplido a la Muerte. Su inocente delantal de blanca muselina era por sí solo un pequeño poema doméstico. Sus pendientes de azabache eran tan modestos en sus pretensiones que un cuáquero podría haberlos mirado sin cometer pecado alguno. La atractiva redondez de su rostro se correspondía con las atractivas redondeces de su figura, que se deslizaba suavemente al andar, fluyendo en sosegadas ondulaciones. Pocos hombres podrían haber contemplado a la señora Lecount desde un estricto punto de vista platónico; muchachos adolescentes la habrían encontrado irresistible; las mujeres no habrían podido sino endurecer su opinión sobre ella y penetrar a la fuerza, sin piedad, en su interior a través de aquella atractiva y sonriente superficie. El primer vistazo de Magdalen a aquella Venus en el otoño de su feminidad la convenció por completo de que había hecho bien en tantear el terreno disfrazada antes de arriesgarse a medirse

con la señora Lecount.

—¿Tengo el placer de dirigirme a la señora que ha venido esta mañana? —preguntó el ama de llaves—. ¿Estoy hablando con la señorita Garth?

Hubo algo en la expresión de sus ojos cuando hizo esa pregunta que aconsejó a Magdalen apartar aún más el rostro de la ventana. La simple duda de que el ama de llaves pudiera haberla visto ya bajo una luz demasiado intensa hizo que perdiera por un momento su sangre fría. Esperó a recobrarla limitándose a asentir.

—Acepte mis disculpas, señora, por el lugar en el que me veo obligada a recibirla —prosiguió la señora Lecount en un inglés fluido con acento extranjero—. El señor Vanstone reside aquí de forma temporal. Nos vamos a la costa mañana por la tarde y no se ha considerado necesario arreglar la casa como es debido para tan poco tiempo. ¿Sería tan amable de tomar asiento y comunicarme el objeto de su visita?

Imperceptiblemente avanzó un par de pasos hacia Magdalen y colocó una silla para ella justo delante de la ventana.

—Siéntese, se lo ruego —dijo la señora Lecount, observando con el mayor interés los ojos inflamados de la visitante a través del velo.

—Como puede ver usted misma, padezco una enfermedad en los ojos —dijo Magdalen, manteniendo siempre el perfil hacia la ventana y modulando cuidadosamente su voz para adoptar el tono de la señorita Garth—. He de rogarle que me permita tener el velo bajado y sentarme lejos de la luz. —Pronunció estas palabras sintiéndose de nuevo dueña de sí misma. Con absoluto aplomo devolvió la silla al rincón de la estancia, alejándola de la ventana, y se sentó en ella procurando que la sombra del sombrero cubriera siempre su rostro. Los labios persuasivos de la señora Lecount murmuraron una cortés expresión de simpatía; los amigables ojos negros de la señora Lecount miraron a la desconocida con mayor interés que nunca. Colocó una silla alineada con la de Magdalen y se sentó tan cerca de la pared que obligaba a la visitante a volver la cabeza un poco hacia la ventana, o a mostrarse descortés por no mirar a la persona a la que se dirigía.

—Sí —dijo la señora Lecount tras una breve tos que denotaba confianza—. ¿Y a qué circunstancias debo el honor de su visita?

—¿Me permite preguntarle primero si mi nombre le resulta familiar? —dijo Magdalen, obligada a volverse hacia ella, pero al mismo tiempo con la frialdad de mantener el pañuelo entre su rostro y la luz de la ventana.

—No —respondió la señora Lecount, después de emitir de nuevo una tosecilla, bastante más seca que la primera—. El nombre de señorita Garth no me es familiar.

—En ese caso —prosiguió Magdalen—, comprenderá mejor el motivo de esta intrusión si le explico quién soy. Viví durante muchos años, como institutriz, en la familia del difunto señor Andrew Vanstone, de Combe-Raven, y he venido aquí en interés de sus hijas huérfanas.

Las manos de la señora Lecount, que no habían dejado de deslizarse una sobre otra hasta ese momento, se detuvieron de repente, y sus labios, olvidando cerrarse, confesaron ser demasiado finos en el inicio mismo de la entrevista.

—Me sorprende que pueda soportar la luz del sol sin gafas ahumadas —comentó tranquilamente, pasando por alto la presentación de la falsa señorita Garth como si no la hubiera oído.

—Creo que dan demasiado calor a los ojos en esta época del año —replicó Magdalen, rivalizando con el ama de llaves en aplomo—. ¿Puedo preguntarle si ha oído lo que acabo de decirle sobre el propósito de mi venida a esta casa?

—¿Puedo preguntar a mi vez, señora, qué puede tener que ver conmigo ese propósito? —preguntó la señora Lecount.

—Por supuesto —dijo Magdalen—. He venido a verla porque el señor Noel Vanstone hizo saber sus intenciones con respecto a las dos señoritas mediante una carta escrita por usted.

Esta clara respuesta tuvo su efecto. Advirtió a la señora Lecount que la desconocida estaba mejor informada de lo que había sospechado en un principio y que en esas circunstancias no sería sensato negarse a escucharla.

—Le ruego que me perdone —dijo el ama de llaves—. No lo había entendido bien; ahora lo entiendo perfectamente. Se equivoca usted, señora, al suponer que yo tengo poder alguno, o que ejerzo alguna influencia en este lamentable asunto. Soy la portavoz del señor Noel Vanstone; la pluma que él sostiene, si me permite la expresión, nada más. Él es un enfermo y, como todos los enfermos, tiene sus días buenos y sus días malos. Era uno de los malos el día en que respondió a la joven... ¿puedo llamarla señorita Vanstone? Lo haré con sumo gusto, pobrecilla, pues, ¿quién soy yo para hacer distinciones, y qué me importa a mí que sus padres estuvieran casados o no? Como le decía, era uno de los días malos del señor Noel Vanstone cuando se envió esa carta, y por tanto tuve que escribirla, simplemente como secretaria suya, a falta de otra mejor. Si desea hablar del tema de esas dos señoritas... ¿puedo llamarlas simplemente señoritas como acaba de hacer usted? No, pobrecillas, las llamaré señoritas Vanstone. Si desea hablar sobre el tema de las señoritas Vanstone, transmitiré al señor Noel Vanstone su nombre y el propósito de la visita con la que me ha honrado. Se encuentra solo en el gabinete y hoy es uno de sus días buenos. Tengo sobre él la influencia de muchos años a su servicio y la usaré con placer en favor de usted. Si me lo permite iré ahora mismo —dijo la señora Lecount, levantándose con una afabilísima impaciencia por ser de utilidad.

—Como guste —contestó Magdalen—, si no es molestia. No quisiera abusar de su amabilidad.

—Al contrario —replicó la señora Lecount—, le estoy muy agradecida; usted me va a permitir que contribuya, a mi modesto modo, a realizar un acto de buena

voluntad. —Se inclinó, sonrió y salió de la habitación con sus suaves andares.

Una vez a solas, Magdalen dejó que se desatara la ira que había contenido en presencia de la señora Lecount. A falta de un objeto más noble para su ataque, lo dirigió al sapo. La visión de aquel horrible y pequeño reptil, plácidamente sentado en su trono de rocas, con sus brillantes ojos clavando una mirada impenetrable en el vacío, la irritó sobremanera. Contempló la criatura con intenso odio y le susurró malévolamente entre dientes:

—Me gustaría saber quién tiene más sangre fría, tú, pequeño monstruo, o la señora Lecount. Me gustaría saber si tu lomo es tan viscoso como rastrero es el corazón de la señora Lecount. Engendro odioso, ¿sabes lo que es tu dueña? ¡Tu dueña es un demonio!

La piel moteada que tenía el sapo debajo de la boca se arrugó misteriosamente, luego volvió a expandirse despacio como si se hubiera tragado las palabras que acababan de dirigirse. Magdalen dio un respingo de repugnancia ante el primer movimiento perceptible del cuerpo de la criatura, pese a su insignificancia, y regresó a su silla. Hizo bien en volver a sentarse inmediatamente. La puerta se abrió sin hacer ruido y apareció de nuevo la señora Lecount.

—El señor Vanstone la recibirá —dijo—, si es usted tan amable de esperar unos minutos. Hará sonar la campanilla del gabinete cuando dé por concluida su actual ocupación y esté dispuesto para verla a usted. Tenga cuidado, señora, de no deprimirlo ni perturbarlo en modo alguno. Su corazón ha sido motivo de grave inquietud para cuantos le rodeaban desde su infancia. No padece ninguna enfermedad concreta, tan sólo una debilidad crónica, una degeneración adiposa, una falta de poder vital en el órgano mismo. Su corazón seguirá funcionando si no le obliga a trabajar demasiado; ése es el consejo de todos los médicos que lo han visto. No lo olvide y vigile por tanto su conversación. Hablando de médicos, ¿ha probado el unguento amarillo ^[18] para esa dolorosa afección de los ojos? Según me han comentado es un excelente remedio.

—No ha tenido éxito en mi caso —contestó Magdalen con aspereza—. Antes de ver al señor Noel Vanstone —continuó—, ¿podría preguntarle...?

—Perdóneme —le interrumpió la señora Lecount—. ¿Se refiere su pregunta en modo alguno a esas dos pobres muchachas?

—Se refiere a las señoritas Vanstone.

—Entonces no puedo contestarle. Perdone, pero realmente me es imposible hablar de esas pobres muchachas (¡me alegra tanto oírle llamarlas señoritas Vanstone!) si no es en presencia de mi señor y con su permiso expreso. Hablemos de otra cosa mientras esperamos aquí. ¿Se ha fijado en mi tanque de cristal? Tengo motivos para creer que es una auténtica novedad en Inglaterra.

—Lo he observado mientras usted estaba fuera —dijo Magdalen.

—¿Sí? ¿Tal vez no le interesa el tema? Es muy natural. Tampoco a mí me interesaba hasta que me casé. Mi querido marido, que murió hace muchos años, moldeó mis gustos y me elevó a su nivel. ¿Ha oído usted hablar del difunto profesor Lecomte, el eminente naturalista suizo? Yo soy su viuda. En el círculo inglés de Zurich (en el que me desenvolvía al servicio de mi difunto señor) anglicizaron mi apellido, cambiándolo por Lecount. Sus generosos compatriotas no admiten nada extranjero entre ellos si pueden evitarlo, ni siquiera un apellido. Pero le estaba hablando de mi marido, mi querido marido, que me permitió ayudarlo en su profesión. Sólo una cosa me ha interesado desde su muerte: la ciencia. Eminente en muchos campos, el profesor sobresalía en el de los reptiles. Me dejó los objetos de sus estudios y su tanque. No tuve otra herencia. Ahí está el tanque. Todos los especímenes murieron menos ese tranquilo y pequeño individuo, ese bonito sapo. ¿Le sorprende que me guste? No hay razón para sorprenderse. El profesor vivió el tiempo suficiente para elevarme por encima de los prejuicios comunes contra la creación reptil. Debidamente considerada, la creación reptil es hermosa. Debidamente diseccionada, la creación reptil es sumamente instructiva. —Extendió un dedo meñique y acarició suavemente el dorso del sapo con la punta—. Tan refrescante al tacto —dijo la señora Lecount—. ¡Tan agradable y fresca en verano!

Sonó la campanilla del gabinete. La señora Lecount se levantó, se inclinó con cariño sobre el acuario y se despidió del sapo con unos gorjeos como si fuera un pájaro.

—El señor Vanstone la recibirá ahora. Sígame, se lo ruego, señorita Garth. —Abrió la puerta al tiempo que hablaba y salió precediendo a Magdalen.

CAPÍTULO III

—La señorita Garth, señor —dijo la señora Lecount abriendo la puerta del gabinete y anunciando a la visitante con el tono y las maneras de una sirvienta bien educada.

Magdalen se encontró en una habitación larga y estrecha consistente en dos gabinetes convertidos en uno por el procedimiento de abrir la puerta de fuelle que los separaba. Sentado no muy lejos de la ventana más cercana, de espaldas a la luz, vio a un hombre menudo y frágil, de cabellos rubios y con aire de suficiencia, con un elegante batín blanco excesivamente grande para él y un ramillete de violetas que adornaba pulcramente el ojal de la solapa. Parecía tener una edad comprendida entre los treinta y los treinta y cinco años. Su cutis era tan delicado como el de una muchacha, sus ojos del azul más claro; un bigotito blanco y ralo adornaba su labio superior, de puntas enceradas y retorcidas para formar sendas espirales finísimas. Cuando un objeto atraía especialmente su atención, entrecerraba los párpados para mirarlo. Cuando sonreía, la piel de las sienes se le convertía en un nido de pequeñas arrugas maliciosas. Tenía un plato de fresas en el regazo, con una servilleta debajo para proteger la pureza de su batín blanco. A su derecha había una gran mesa redonda cubierta por una colección de curiosidades extranjeras que parecían proceder de los cuatro confines del globo. Aves disecadas de África, monstruos de porcelana de la China, adornos y utensilios de plata de la India y Perú, piezas de mosaico de Italia y bronce de Francia se amontonaban en confuso desorden con las burdas cajas y los sucios estuches de piel que habían servido para empaquetarlos. El hombrecillo se disculpó con vanidad alegre y afectada por el desorden de sus curiosidades, por su batín y su salud delicada, y señalando una silla con la mano, dedicó toda su atención a la visitante con cortesía pragmática. Magdalen lo miró preguntándose por un momento si la señora Lecount la había engañado. ¿Aquél era el hombre que seguía despiadadamente el ejemplo de su despiadado padre? Le costaba creerlo.

—Tome asiento, señorita Garth —repitió él, observando su vacilación y anunciando su propio nombre con voz aguda, débil e irritante por su suficiencia—. Soy el señor Noel Vanstone. Quería usted verme, ¿aquí estoy!

—¿Me permite que me retire, señor? —preguntó la señora Lecount.

—¡Por supuesto que no! —respondió su amo—. Quédese, Lecount, y háganos compañía. La señora Lecount goza de mi total confianza —continuó, dirigiéndose a Magdalen—. Lo que tenga que decirme, señora, puede decírselo a ella. Es un tesoro de virtudes domésticas. No hay casa en Inglaterra que tenga un tesoro como la señora Lecount.

El ama de llaves escuchó las alabanzas de sus virtudes domésticas con la vista fija en su elegante pechera. Pero la sagaz Magdalen había detectado previamente una

mirada entre la señora Lecount y su amo que sugería que Noel Vanstone había sido instruido de antemano sobre lo que debía decir y hacer en presencia de la visitante. Esta sospecha —y los obstáculos que presentaba la habitación para colocarse de modo que la luz no le diera sobre la cara— aconsejó a Magdalen que debía mantener la guardia.

En un principio había colocado su silla casi en el centro de la habitación. Un instante de reflexión la indujo a mover su asiento hacia la izquierda para situarse muy cerca y de espaldas a la jamba izquierda de la puerta de fuelle. En esa posición bloqueaba diestramente el único paso por el que la señora Lecount podría haber rodeado la gran mesa, consiguiendo así hallarse cara a cara con Magdalen si colocaba la silla junto a su amo. A la derecha de la mesa, el espacio lo ocupaban completamente la chimenea y el guardafuegos, unas cuantas maletas y una gran caja de embalaje. A la señora Lecount no le quedó más remedio que colocarse a la altura de Magdalen, de espaldas a la jamba derecha de la puerta de fuelle, para no cometer la grosería de hacer a un lado a la visitante con la intención obvia de sentarse frente a ella. Tras una expresiva tosecilla y una firme mirada a su amo, el ama de llaves se rindió y fue a sentarse de espaldas a la jamba derecha de la puerta. «Espere un poco —pensó la señora Lecount—, ¡después me tocará a mí!»

—¡Cuidado con lo que toca, señora! —exclamó Noel Vanstone, cuando Magdalen se acercó accidentalmente a la mesa al mover su silla—. ¡Cuidado con la manga! Disculpe, pero ha estado a punto de tirar esa palmatoria. Por favor, no crea que se trata de una palmatoria vulgar. Nada de eso, es una palmatoria peruana. En todo el mundo sólo hay tres iguales. Una está en poder del presidente del Perú, la otra está guardada en el Vaticano y la última se halla sobre mi mesa. Costó diez libras, vale cincuenta. Una de las gangas de mi padre, señora. Todas estas cosas son gangas que adquirió mi padre. No hay otra casa en toda Inglaterra que tenga curiosidades como éstas. Siéntese, Lecount; póngase cómoda por favor. La señora Lecount es otro objeto curioso, señorita Garth; es una de las gangas de mi padre. Es usted una de las gangas de mi padre, ¿no es verdad, Lecount? Mi padre era un hombre extraordinario, señora. Su recuerdo está presente en toda la casa. En este momento llevo puesto su batín. Ya no se hace un hilo como éste, no lo conseguiría ni pagando una fortuna. ¿Quiere palpar la textura? Tal vez no pueda usted juzgarla. Tal vez preferiría hablarme de esas dos pupilas suyas. Son dos, ¿no? ¿Son chicas guapas?, ¿bellezas inglesas, frescas, bien desarrolladas y regordetas?

—Disculpe, señor —intervino la señora Lecount con tono pesaroso—. Tendré que rogarle que me permita retirarme si habla de ese modo de las pobrecillas. No puedo quedarme aquí sentada oyendo cómo las ridiculiza. Piense en su situación; piense en la señorita Garth.

—¡Bondadosa criatura! —dijo Noel Vanstone, observando al ama de llaves a

través de los ojos semiabiertos—. ¡Qué excelente persona es usted, Lecount! Le aseguro, señora, que la señora Lecount es una magnífica persona. Habrá observado que siente lástima por las dos chicas. Yo no llego a tanto, pero puedo ser indulgente con ellas y con usted. —Sonrió con la cortesía más cordial y cogió una fresa del plato de su regazo.

—Escandaliza usted a la señorita Garth; le aseguro, señor, que sin pretenderlo escandaliza a la señorita Garth —protestó la señora Lecount—. Ella no está acostumbrada a usted como yo. Piense en la señorita Garth, señor. Hágame ese favor y piense en la señorita Garth.

Hasta aquí Magdalen se había mantenido en su determinación de guardar silencio. De haberla dejado aflorar a la superficie, la ira abrasadora la hubiera delatado en un instante; pero hacía latir su corazón desafortadamente y le aconsejaba, mientras hablaba Noel Vanstone, que sellara sus labios. Le hubiera dejado hablar unos minutos más sin interrupción de no haber sido porque la señora Lecount se interpuso por segunda vez. La refinada insolencia compasiva del ama de llaves era típicamente femenina e incitó a Magdalen a dominarse en el acto. Jamás había imitado la voz y las maneras de la señorita Garth de forma tan admirable como cuando pronunció sus siguientes palabras.

—Es usted muy amable —dijo a la señora Lecount—. No pretendo ser tratada con especial consideración. Soy una institutriz; no espero tal cosa. Sólo quiero pedir un favor. Ruego al señor Noel Vanstone que escuche lo que tengo que decirle por su propio bien.

—¿Lo ha entendido, señor? —señaló la señora Lecount—. Al parecer la señorita Garth tiene que hacerle una seria advertencia. Dice que debe escucharla por su propio bien.

El claro cutis del señor Noel Vanstone palideció. Dejó el plato de fresas entre las gangas de su padre. Le temblaba la mano y su figura menuda se retorció con inquietud en la silla. Magdalen lo observó atentamente. «Ya he descubierto algo —pensó—, ¡es un cobarde!».

—¿Qué quiere usted decir, señora? —preguntó Noel Vanstone con visible agitación—. ¿Qué pretende diciéndome que debo escucharla por mi propio bien? Si ha venido para intimidarme, se ha equivocado de hombre. La firmeza de mi carácter era conocida por todos en nuestro círculo de Zurich, ¿no es cierto, Lecount?

—Por todos, señor —dijo la señora Lecount—. Pero oigamos a la señorita Garth. Tal vez yo haya interpretado mal sus palabras.

—Al contrario —replicó Magdalen—, ha expresado exactamente lo que quería decir. Mi propósito al venir aquí es advertir al señor Noel Vanstone de que no siga por el camino que ha tomado.

—¡No siga! —suplicó la señora Lecount—. ¡Oh, si realmente quiere ayudar a

esas pobres muchachas, no hable de esa forma! ¡Aplaque su resolución mediante ruegos, señora, no la refuerce con amenazas! —El ama de llaves forzó un poco el tono de humildad con que dijo estas palabras, exageró un poco la expresión de reparo con que las acompañó. Si Magdalen no hubiera visto ya perfectamente que era una práctica habitual de la señora Lecount tomar de antemano las decisiones pertinentes a su amo para persuadirle luego de que no actuaba bajo sus dictados, sino bajo los propios, lo habría comprendido en aquel momento.

—¿Ha oído lo que acaba de decir Lecount? —señaló Noel Vanstone—. ¿Ha oído el testimonio espontáneo de una persona que me conoce desde la infancia? Tenga cuidado, señorita Garth, ¡tenga cuidado!. —Satisfecho de sí mismo, alisó los faldones de su blanco batín sobre las rodillas y volvió a colocar el plato de fresas sobre su regazo.

—No es mi intención ofenderle —dijo Magdalen—. Mi único anhelo es abrirle los ojos a la verdad. Usted no conoce el carácter de las dos hermanas cuyas fortunas han caído en sus manos. Yo las conozco desde la infancia y he venido para ofrecerle las ventajas de mi experiencia en beneficio tanto de ellas como suyo. No tiene nada que temer de la mayor; acepta con resignación la suerte cruel que usted y su padre, antes que usted, le han impuesto. La conducta de la hermana menor es totalmente opuesta. Se ha negado ya a someterse a la decisión del padre de usted y se niega ahora a que la carta de la señora Lecount acalle su voz. Créame, es capaz de causarle serios trastornos si persiste en convertirla en enemiga.

Noel Vanstone mudó de color una vez más y de nuevo empezó a retorcerse en su silla.

—Serios trastornos —repitió con mirada inexpresiva—. Si se refiere a escribir cartas, señora, ya nos ha causado bastantes molestias. A mí me ha escrito una vez y dos veces a mi padre. Una de las que recibió él era una carta amenazadora, ¿no es cierto, Lecount?

—Expresaba sus sentimientos, pobrecilla —dijo la señora Lecount—. A mí me pareció cruel devolverle la carta, pero su querido padre era de distinta opinión. Lo que yo dije entonces fue: ¿por qué no dejarle expresar sus sentimientos? ¿Qué son unas cuantas palabras amenazadoras, al fin y al cabo? En su situación, pobre criatura... Son sólo palabras y nada más.

—Le aconsejo que no esté tan segura —dijo Magdalen—. Yo la conozco mejor que usted.

Hizo una pausa tras estas palabras, una pausa motivada por un terror momentáneo. El aguijón de la conmiseración de la señora Lecount le había irritado tanto que a punto había estado de olvidar su personaje para hablar con su propia voz.

—Se ha referido usted a las cartas escritas por mi pupila —prosiguió, dirigiéndose a Noel Vanstone, tan pronto como volvió a sentirse segura de sí misma

—. No diremos nada sobre lo que escribió a su padre, tan sólo hablaremos de lo que le ha escrito a usted. ¿Hay algo impropio en su carta, alguna cosa que sea falsa? ¿No es cierto que las dos hermanas han sido cruelmente despojadas de la herencia paterna? El testamento del padre de esas señoritas habla por él y por ellas hasta el día de hoy, y únicamente habla en vano porque él ignoraba que su matrimonio le obligaba a volver a redactarlo y porque murió antes de poder remediar su error. ¿Lo niega usted?

Noel Vanstone sonrió y cogió una fresa.

—No es mi intención —dijo—. Siga, señorita Garth.

—¿No es cierto —insistió Magdalen— que la ley que ha arrebatado el dinero a esas hermanas, cuyo padre no hizo un segundo testamento, le ha entregado ahora ese mismo dinero a usted, cuyo padre no hizo ningún testamento en absoluto? Lo mire por donde lo mire, no me negará que es una crueldad para esas jóvenes huérfanas.

—Una crueldad sin duda —replicó Noel Vanstone—. A usted también se lo parece, ¿no es verdad, Lecount?

La señora Lecount meneó la cabeza y cerró sus hermosos ojos negros.

—Desgarradora —dijo—. No tengo otra palabra para describirlo, señorita Garth. Desgarradora. Lo que no acierto a comprender es cómo descubrió esa joven... ¡no!, cómo descubrió la joven señorita Vanstone que mi difunto y respetado amo no hizo testamento. ¿Salió quizá en los periódicos? Pero la estoy interrumpiendo, señorita Garth. ¿Tiene algo más que decir sobre la carta de su pupila? —El ama de llaves movió su silla hacia delante con estrépito mientras pronunciaba esas palabras, unos centímetros por delante de la silla de la visita. Fue un buen intento, pero resultó infructuoso. Magdalen se limitó a mantener la cabeza más hacia la izquierda y la caja de embalaje del suelo impedía a la señora Lecount avanzar más.

—Sólo tengo una pregunta más que hacerle —dijo Magdalen—. La carta de mi pupila contenía una proposición dirigida al señor Noel Vanstone. Le ruego que me informe de por qué se ha negado a considerarla.

—¡Mi buena señora! —exclamó Noel Vanstone, arqueando sus blancas cejas con asombro satírico—. ¿Habla en serio? ¿Sabe cuál es esa proposición? ¿Ha leído la carta?

—Hablo muy en serio —dijo Magdalen—, y he leído la carta. Le implora a usted que recuerde el modo en que ha llegado a sus manos la fortuna del señor Andrew Vanstone, le informa de que la mitad de esa fortuna, dividida entre sus dos hijas, era lo que su testamento les destinaba como herencia, y pide de su sentido de la justicia que haga por esas hijas lo que él hubiera hecho por sí mismo de haber vivido. En pocas palabras, le pide que entregue usted la mitad del dinero a las hijas y le deja en libertad de conservar la otra mitad para sí. Ésa es la propuesta. ¿Por qué se ha negado usted a considerarla?

—Por la razón más sencilla posible, señorita Garth —dijo Noel Vanstone de excelente humor—. Permítame que le recuerde un conocido proverbio: «Un tonto de su dinero se despide pronto». Puede que yo sea muchas cosas, señora, pero no soy tonto.

—¡No hable usted así, señor! —le amonestó la señora Lecount—. Sea serio, se lo ruego, ¡sea serio!

—Totalmente imposible, Lecount —replicó su amo—. No puedo ser serio. Mi pobre padre, señorita Garth, adoptó un elevado punto de vista moral en este asunto. Lecount, aquí presente, adopta un elevado punto de vista moral, ¿no es así, Lecount? Yo no hago nada parecido. He vivido demasiado tiempo en el ambiente del Continente para preocuparme de puntos de vista morales. Mi conducta en este asunto es tan sencilla como dos y dos son cuatro. Yo tengo el dinero y sería un idiota de nacimiento si me separara de él. ¡Ése es mi punto de vista! Simple, ¿no le parece? No me aferré a mi dignidad; no le respondo con la ley, que está de mi parte; no la culpo por venir aquí, siendo una completa desconocida, para intentar cambiar mi resolución; no culpo a las dos muchachas por querer meter la mano en mi bolsa. Todo lo que digo es que no soy lo bastante tonto para abrirla. *Pas si bête*, como solíamos decir en el círculo inglés de Zurich. ¿Entiende usted el francés, señorita Garth? *Pas si bête*. —Dejó a un lado su plato de fresas una vez más y se limpió los dedos delicadamente con su fina servilleta blanca.

Magdalen dominó su genio. De haber podido hacerle caer muerto allí mismo levantando una mano, seguramente la hubiera levantado. Pero dominó su genio.

—¿Debo entender —preguntó— que las últimas palabras que tiene que decir usted en este asunto, son las que se decían en su nombre en la carta de la señora Lecount?

—Exactamente —respondió Noel Vanstone.

—¿Ha heredado usted la fortuna de su padre, además de la fortuna del señor Andrew Vanstone, y sin embargo no se siente obligado a actuar por justicia o generosidad hacia esas dos hermanas? ¿Todo lo que considera necesario decirles es que usted tiene el dinero y que se niega a separarse de un solo penique?

—¡Lo ha expresado usted con la mayor precisión! Señorita Garth, es usted una mujer de negocios. Lecount, la señorita Garth es una mujer de negocios.

—No recurra a mí, señor —exclamó la señora Lecount, retorciéndose graciosamente las blancas y regordetas manos—. ¡No puedo soportarlo! ¡Debo intervenir! Permítame sugerirle... Oh, ¿cómo lo llaman ustedes en inglés...? Un compromiso. Querido señor Noel, se niega usted obstinadamente a hacerse justicia; tiene usted mejores motivos que el que ha ofrecido a la señorita Garth. Usted sigue el ejemplo de su honorable padre; usted considera que debe actuar en este asunto como antes actuó él en honor a su memoria. Ése es el motivo, señorita Garth. Se lo imploro

de rodillas, acéptelo como su motivo. Hará lo que hizo su padre, ni más ni menos. Su querido padre hizo un ofrecimiento y él lo repetirá ahora. Sí, señor Noel, recuerde lo que la pobrecilla dice en su carta. Su hermana se ha visto obligada a emplearse como institutriz y, en cuanto a ella, al perder su fortuna ha perdido también la esperanza de casarse en muchos años. ¿Lo recordará y entregará a cada una las cien libras que su admirable padre les ofreció antes? Si lo hace, señorita Garth, ¿será bastante? ¿Si da cien libras a cada una de las desventuradas hermanas...?

—Se arrepentirá del insulto durante el resto de su vida —dijo Magdalen.

En el instante mismo en que esa respuesta escapó de sus labios, Magdalen hubiera dado cualquier cosa por retirarla. La señora Lecount había clavado por fin su aguijón en el lugar adecuado. Aquellas irreflexivas palabras de Magdalen habían brotado con toda la vehemencia de su propia voz.

No fue sino el hábito de actuar en público lo que la salvó de hacer más palpable aún el grave error que había cometido intentando enmendarlo. La práctica en el mundo teatral llegó en su rescate y la instó a continuar inmediatamente con la voz de la señorita Garth, como si nada hubiera ocurrido.

—Su intención es buena, señora Lecount —prosiguió—, pero causa usted daño en lugar de bien. Mis pupilas no aceptarán el compromiso que usted propone. Lamento haberme expresado con ira hace un momento; le ruego que me perdone. —Observó atentamente el rostro del ama de llaves en busca de información mientras pronunciaba aquellas palabras conciliatorias. La señora Lecount escapó a su escrutinio llevándose el pañuelo a los ojos. ¿Había notado o no en la voz de Magdalen el cambio momentáneo del tono fingido al tono natural? Imposible saberlo.

—¿Qué más puedo hacer! —murmuró la señora Lecount detrás de su pañuelo—. Déme tiempo para pensar, déme tiempo para recobrar me. ¿Puedo retirarme, señor, unos instantes? Esta triste escena me ha destrozado los nervios. Tengo que beber un vaso de agua o creo que me desmayaré. No se vaya todavía, señorita Garth. Le ruego que nos dé tiempo para resolver este triste asunto, si podemos. Le ruego que se quede hasta que yo vuelva.

La habitación tenía dos puertas de entrada. Una, la puerta del gabinete principal, cerca de Magdalen a mano izquierda. La otra, la del gabinete del fondo, a su espalda. La señora Lecount se retiró educadamente por esta segunda —pasando por la puerta de fuelle— a fin de no molestar a la visita pasando por delante de ella. Magdalen esperó a oír que la puerta se abría y se volvía a cerrar a su espalda y luego resolvió aprovechar la oportunidad de hallarse a solas con Noel Vanstone. Acababa de comprobar personalmente la absoluta imposibilidad de despertar un impulso generoso en aquella naturaleza mezquina. Sólo le quedaba la posibilidad de tratarlo como a la cobarde criatura que era e influir en él mediante sus propios miedos.

Antes de que pudiera hablar, Noel Vanstone rompió el silencio. Por hábiles que

fueran sus esfuerzos para disimularlo, se debatía entre la ira y la alarma por la deserción de su ama de llaves. Miró a su visitante con aire dubitativo; demostró una impaciencia nerviosa por tranquilizarla hasta el regreso de la señora Lecount.

—Por favor, recuerde, señora, que yo nunca he negado que éste fuera un caso difícil —empezó—. Usted acaba de decir que no pretendía ofenderme y le aseguro que yo no quiero ofenderla a usted. ¿Le apetecen unas fresas? ¿Le gustaría ver las gangas de mi padre? Le aseguro, señora, que soy un hombre galante por naturaleza y compadezco a esas dos hermanas, sobre todo a la menor. Nómbrame el tema del amor y habrá encontrado usted mi punto flaco. Nada me complacería más que enterarme de que el pretendiente de la señorita Vanstone (le aseguro que yo siempre la llamo señorita Vanstone, igual que Lecount); nada me complacería más, como digo, señora, que enterarme de que el pretendiente de la señorita Vanstone había vuelto y se había casado con ella. Si un empréstito sirviera para traerlo de vuelta, si la garantía ofrecida fuera buena y si mi abogado considerara justificado que yo...

—Deténgase, señor Vanstone —dijo Magdalen—. Su apreciación de la persona con la que ha de enfrentarse es por completo errónea. Está usted muy equivocado al suponer que el matrimonio de la hermana menor, si pudiera casarse en una semana, alteraría en algo las convicciones que la indujeron a escribir al padre de usted y a usted mismo. No niego que sus actos puedan derivarse de una mezcla de motivos. No niego que ella se aferra a la esperanza de adelantar su matrimonio y a la esperanza de rescatar a su hermana de una vida dependiente. Pero aunque esos objetivos se cumplieran por otros medios, nada en el mundo la induciría a dejarle a usted en posesión de la herencia que su padre había destinado a sus hijas. ¡Yo la conozco, señor Vanstone! Es una desgraciada sin nombre, sin casa y sin amigos. La ley que le protege a usted, la ley que protege a todos los hijos legítimos la deja a ella de lado, como a la carroña. Esa ley es la de usted, no la de ella. Ella sólo la conoce como instrumento de una vil opresión, de una injusticia insufrible. El sentido de esa injusticia la atormenta como si estuviera poseída por el diablo. La determinación de reparar esa injusticia arde en ella como el fuego. Si esa desgraciada joven estuviera casada y dispusiera de millones mañana mismo, ¿cree usted que se apartaría lo más mínimo de su propósito? ¡Le aseguro que lucharía hasta el último aliento de su cuerpo contra la vil injusticia que ha caído sobre las desvalidas hijas a causa de la calamidad de la muerte de su padre! ¡Le aseguro que no tendría escrúpulos en utilizar cualquier medio que una mujer desesperada pudiera emplear para obligarle a abrir esa mano que usted tiene cerrada, o morir en el intento!

Magdalen se interrumpió bruscamente. Una vez más su indomable ardor la había traicionado. Una vez más, la nobleza innata de su naturaleza pervertida había demostrado su superioridad sobre el engaño que se había rebajado a practicar. El ardid del momento se desvaneció de sus pensamientos y la resolución de su vida se

abrió paso hacia el exterior con sus propias palabras y su propio tono, manando a borbotones de su corazón. Vio al enano abyecto que tenía ante sí, callando cobardemente en su silla. ¿Le habían dejado sus miedos el juicio suficiente para percibir el cambio de voz? No; su rostro le delataba: sus miedos lo habían desconcertado. Esta vez la casualidad del momento había acudido en su ayuda. La puerta de detrás de su silla no se había abierto aún. «No me han escuchado más oídos que los suyos —pensó con inconmensurable alivio—. Me he librado de la señora Lecount.»

No era así. La señora Lecount no había abandonado la habitación en ningún momento.

Tras abrir la puerta y volver a cerrarla sin salir por ella, el ama de llaves se había arrodillado silenciosamente tras la silla de Magdalen. Apoyándose en la jamba de la puerta de fuelle, se sacó unas tijeras del bolsillo, esperó a que el señor Noel Vanstone (a cuya vista quedaba completamente oculta) atrajera la atención de Magdalen dirigiéndole la palabra y se inclinó esgrimiendo las tijeras. La falda del vestido de la falsa señorita Garth —el vestido de alpaca marrón con lunares blancos— tocaba el suelo al alcance del ama de llaves. La señora Lecount alzó el primero de los dos volantes que adornaban el bajo del vestido, uno sobre otro, cortó con cuidado un pequeño fragmento irregular de tela del segundo y volvió a alisar pulcramente por encima el primer volante para ocultar el agujero. Cuando Magdalen pronunció sus últimas frases, ella ya se había guardado las tijeras en el bolsillo y se había puesto en pie (ocultándose tras la jamba de la puerta de fuelle). La señora Lecount repitió tranquilamente la ceremonia de abrir y cerrar la puerta del gabinete del fondo y regresó a su asiento.

—¿Qué ha ocurrido en mi ausencia, señor? —inquirió, dirigiéndose a su amo con expresión de alarma—. ¡Está usted pálido, está alterado! Oh, señorita Garth, ¿ha olvidado usted la advertencia que le he hecho en la otra habitación?

—La señorita Garth lo ha olvidado todo —exclamó el señor Noel Vanstone, recobrando la compostura con la aparición de la señora Lecount—. La señorita Garth me ha amenazado del modo más ultrajante. Le prohíbo que compadezca a ninguna de esas dos jóvenes nunca más, Lecount, sobre todo a la menor. ¡Es la criatura más miserable de la que he oído hablar en mi vida, capaz de cualquier cosa! Si no consigue mi dinero por las buenas, amenaza con obtenerlo por las malas. La señorita Garth acaba de decírmelo a la cara. ¡A la cara! —repitió, cruzándose de brazos como si lo hubieran insultado gravemente.

—Cálmese, señor —dijo la señora Lecount—. Se lo ruego, cálmese y déjeme hablar con la señorita Garth. Lamento oír, señora, que ha olvidado usted lo que le he dicho en la habitación contigua. Ha alterado usted al señor Noel, ha comprometido los intereses por los que había venido a abogar y se ha limitado a repetir lo que ya

sabíamos. El lenguaje que se ha permitido usar en mi ausencia es el mismo que su pupila cometió la insensatez de emplear cuando escribió por segunda vez a mi difunto amo. ¿Cómo puede una señora de su edad y su experiencia repetir seriamente tales necedades? Esa joven alardea y amenaza. Hará esto, hará lo otro. Usted goza de su confianza, señora. Dígame, por favor, en pocas palabras, ¿qué puede hacer?

Pese a la sagacidad con que fue lanzada la pulla, rebotó sin causar daño. La señora Lecount había clavado su agujijón con demasiada frecuencia. Magdalen se levantó con un dominio absoluto de su personaje y dio tranquilamente por concluida la entrevista. Aunque ignoraba lo que había ocurrido detrás de la silla, notó un cambio en la expresión y los modales de la señora Lecount que le aconsejaron no correr más riesgos y no permanecer más tiempo en aquella casa.

—No gozo de la confianza de mi pupila —dijo—. Ella responderá personalmente con sus actos a su pregunta cuando llegue el momento. Sólo puedo decirle, por mi experiencia de su carácter, que no es jactanciosa. Lo que escribió al señor Michael Vanstone era lo que estaba dispuesta a hacer, lo que tengo razones para creer que estaba a punto de hacer cuando la muerte de él echó por tierra sus planes. El hijo del señor Michael Vanstone sólo tiene que insistir en seguir el ejemplo de su padre para averiguar sin mucha tardanza que no me equivoco en lo que respecta a mi pupila y que no he venido aquí para intimidarle con vanas amenazas. He cumplido con mi tarea. Dejo al señor Noel Vanstone que elija entre dos alternativas: compartir la fortuna del señor Andrew Vanstone con las hijas del señor Andrew Vanstone o persistir en su negativa y atenerse a las consecuencias. —Inclinó la cabeza y se dirigió a la puerta.

Noel Vanstone se puso en pie, luchando su ira y su alarma por decidir cuál de las dos habría de expresarse primero en su rostro completamente demudado. Antes de que pudiera abrir la boca, las manos regordetas de la señora Lecount se posaron sobre sus hombros, lo sentaron nuevamente en su silla con suavidad y devolvieron el plato de fresas a su antigua posición sobre el regazo.

—Coma unas cuantas fresas más, señor Noel —dijo—, y déjeme a mí a la señorita Garth.

Siguió a Magdalen al pasillo y cerró la puerta a su espalda.

—¿Reside usted en Londres, señora? —preguntó la señora Lecount.

—No —contestó Magdalen—. Resido en el campo.

—Si quisiera escribirle, ¿adonde puedo dirigir mi carta?

—A la oficina de correos de Birmingham —dijo Magdalen, mencionando el último lugar en el que se había alojado y adonde todavía le enviaban todas las cartas.

La señora Lecount repitió la dirección para fijarla en su memoria, avanzó dos pasos y puso tranquilamente la mano derecha sobre el brazo de Magdalen.

—Un consejo, señora —dijo—, antes de que se vaya. Es usted una mujer audaz e

inteligente. No sea demasiado audaz, no sea demasiado inteligente. Arriesga más de lo que cree. —De repente se puso de puntillas y susurró sus siguientes palabras al oído de Magdalen—: ¡La tengo en la palma de mi mano! —dijo la señora Lecount, siseando con violento énfasis cada sílaba. Apretó la mano izquierda a hurtadillas mientras hablaba. Era la mano que ocultaba el fragmento de tela del vestido de Magdalen, la mano que lo sostenía con fuerza en aquel momento.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Magdalen, apartándola de sí.

La señora Lecount se alejó cortésmente para abrir la puerta principal.

—Ahora no quiero decir nada —dijo—. Espere un poco, puede que se vea con el tiempo. Una última pregunta, señora, antes de despedirnos. Cuando su pupila era una niña pequeña e inocente, ¿se divertía alguna vez construyendo castillos de naipes?

Magdalen contestó con impaciencia haciendo un gesto afirmativo.

—¿La vio usted alguna vez construir un castillo cada vez más alto —prosiguió la señora Lecount— hasta convertirse en una auténtica pagoda de naipes? ¿Vio usted alguna vez cómo se agrandaban sus ojos infantiles al mirarlo y se sentía tan orgullosa de lo que ya había hecho que quería hacer más? ¿La vio usted alguna vez mantener firme su suave manita, contener su respiración inocente y poner una carta más en la cima? ¿Vio caer el castillo entero, un segundo después, hecho un montón de ruinas sobre la mesa? Ah, lo vio. Por favor, déle un mensaje amistoso de mi parte. Me atrevería a decir que su castillo ya es demasiado alto; le recomiendo que tenga cuidado antes de poner esa última carta.

—Recibirá su mensaje —dijo Magdalen con la aspereza y la enfática inclinación de cabeza de la señorita Garth—. Pero dudo que le preocupe. Su mano es bastante más firme de lo que usted supone, y creo que colocará esa última carta.

—Derribando el castillo —dijo la señora Lecount.

—Y volviéndolo a construir —replicó Magdalen—. Le deseo buenos días.

—Buenos días —dijo la señora Lecount, abriendo la puerta—. Una última cosa, señorita Garth. ¡Piense usted en lo que le he dicho en la habitación de atrás! ¡No deje de probar el unguento amarillo para esa dolorosa afección de sus ojos!

Cuando Magdalen atravesó el umbral de la puerta, el cartero subía los peldaños de la casa con una carta en la mano, escogida del montón.

—¿El señor Noel Vanstone? —oyó decir al hombre cuando iba por el jardín en dirección a la calle.

Tras pasó la verja. Poco se imaginaba ella de qué nuevas dificultades y peligros la había salvado su oportuna partida. La carta que el cartero acababa de depositar en las manos del ama de llaves no era otra que el anónimo enviado a Noel Vanstone por el capitán Wragge.

CAPÍTULO IV

La señora Lecount regresó al gabinete con el fragmento del vestido de Magdalen en una mano y la carta del capitán Wragge en la otra.

—¿Se ha desembarazado usted de ella? —preguntó Noel Vanstone—. ¿Le ha cerrado por fin la puerta en las narices a la señorita Garth?

—No la llame señorita Garth, señor —dijo el ama de llaves con una sonrisa de desprecio—. Es la señorita Garth tanto como usted. Nos han obsequiado con la interpretación de una inteligente farsa, y si hubiéramos despojado a nuestra visitante de su disfraz, creo que debajo habríamos encontrado a la señorita Vanstone en persona. Aquí tiene una carta que acaba de entregarme el cartero.

La dejó sobre la mesa al alcance de su amo. El asombro de Noel Vanstone ante el descubrimiento que acababa de serle comunicado concentró toda su atención en el rostro de la señora Lecount. Ni siquiera llegó a mirar la carta que ella había colocado delante de él.

—Créame, señor —prosiguió la señora Lecount, sentándose tranquilamente—. Cuando nuestra visitante llegue a casa, guardará sus cabellos grises en una caja y se curará esa dolorosa afección de los ojos con agua caliente y una esponja. Si se hubiera pintado las arrugas de la cara tan bien como se ha pintado la inflamación de los ojos, la luz no me habría mostrado nada y sin duda me habría engañado. Pero he visto las arrugas pintadas, he visto la piel de una mujer joven debajo de ese cutis sucio. He oído, en esta habitación, su voz auténtica traicionada por un arrebató, así como otra voz falseada por el acento, y creo que el aspecto de esa señora era falso de los pies a la cabeza. Era la chica en persona, señor Noel, y una chica muy audaz, además.

—¿Por qué no ha cerrado usted la puerta y llamado a la policía? —preguntó el señor Noel—. Mi padre habría llamado a la policía. Usted sabe tan bien como yo, Lecount, que mi padre habría llamado a la policía.

—Perdóneme, señor —dijo la señora Lecount—, pero creo que su padre hubiera esperado a tener para la policía algo más que lo que nosotros tenemos ahora. Volveremos a ver a esa joven, señor. Quizá la próxima vez venga aquí con su propio rostro y su propia voz. Tengo curiosidad por ver cómo es su cara. Tengo curiosidad por saber si lo que oí de su voz en un arrebató bastará para que la reconozca cuando esté tranquila. Obra en mi poder un pequeño recuerdo de su visita que ella no conoce, y no escapará de mí tan fácilmente como cree. Si resulta ser un recuerdo útil, le haré saber lo que es. En caso contrario, me abstendré de molestarle con semejante insignificancia. Permítame recordarle, señor, la carta que tiene al lado. Aún no la ha leído.

Noel Vanstone abrió la carta. Dio un respingo cuando leyó las primeras líneas,

vaciló, y luego acabó de leer a toda prisa. El papel se le cayó de la mano y él se desplomó en la silla. La señora Lecount se puso en pie con la velocidad de una mujer joven y recogió la carta.

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó. Su rostro cambió al formular la pregunta, y sus grandes ojos negros se endurecieron violentamente, con auténtico asombro y alarma.

—Llame a la policía —exclamó su amo—. Lecount, insisto en que he de ser protegido. ¡Llame a la policía!

—¿Puedo leer la carta, señor?

Él agitó la mano débilmente. La señora Lecount leyó la carta con atención y cuando terminó la dejó sobre la mesa sin hacer comentarios.

—¿No tiene nada que decirme? —preguntó Noel Vanstone, mirando a su ama de llaves con profunda consternación—. ¡Lecount, van a robarme! El sinvergüenza que ha escrito esta carta lo sabe todo y no quiere contarme nada a menos que le pague. ¡Van a robarme! Sobre esta mesa hay bienes por valor de miles de libras, bienes que jamás podrán ser reemplazadas, bienes que ni todas las testas coronadas de Europa podrían reunir aunque lo intentaran. ¡Cierre puertas y ventanas a cal y canto, Lecount, y llame a la policía!

En lugar de obedecerle, la señora Lecount cogió un gran abanico de papel verde del manto de la chimenea y se sentó frente a su amo.

—Está usted excitado, señor Noel —dijo—, está acalorado. Permítame que le refresque.

Con el rostro tan duro como siempre —con menos cariño en la expresión y las maneras del que mostrarían la mayoría de las mujeres al rescatar a una mosca medio ahogada en una jarra de leche—, le abanicó paciente y silenciosamente durante más de cinco minutos. Ningún ojo experto que observara la peculiar palidez azulada del cutis de Noel Vanstone y la acentuada dificultad con que respiraba hubiera dejado de percibir que el gran órgano de la vida era en aquel hombre, como el ama de llaves antes había afirmado, demasiado débil para la función que se le había designado. El corazón se afanaba penosamente en realizar su trabajo como si fuera el de un anciano.

—¿Se siente más aliviado, señor? —preguntó la señora Lecount—. ¿Puede pensar un poco? ¿Puede ejercitar su buen juicio?

Se levantó y puso la mano sobre el corazón de su amo con una atención tan mecánica y un interés tan poco genuino como si tocara los platos de la cena para cerciorarse de que habían sido debidamente calentados.

—Sí —prosiguió, y sentándose de nuevo volvió a abrir el abanico—, ya está mejorando, señor Noel. No me pregunte por esa carta anónima hasta que haya reflexionado y me haya dado primero su opinión. —Siguió abanicándole sin dejar de mirarle a la cara atentamente—. Piense —dijo—, piense sin molestarse en expresar

sus pensamientos, señor. Confíe en que sabré leerlos gracias a la total armonía de nuestras opiniones. Sí, señor Noel, esa carta es un miserable intento de asustarle. ¿Qué dice? Dice que es usted el objeto de una conspiración dirigida por la señorita Vanstone. Eso ya lo sabemos, la señora de los ojos inflamados nos lo ha dicho. Nos burlamos de esa conspiración. ¿Qué más dice la carta? Dice que su autor posee una valiosa información que le dará si paga usted por ella. ¿Cómo ha llamado a esa persona hace un momento, señor?

—Le he llamado sinvergüenza —dijo Noel Vanstone, recobrando su vanidad e irguiéndose lentamente en la silla.

—Estoy de acuerdo con usted, señor, como en todo lo demás —prosiguió la señora Lecount—. Es un sinvergüenza que posee realmente la información y que habla en serio, o es un portavoz de la señorita Vanstone y ella le ha hecho escribir esa carta con el propósito de desconcertarnos mediante otra forma de disfraz. Tanto si la carta es falsa como si es auténtica (¿no estoy leyendo ahora sus pensamientos, más atinados que los míos, señor Noel?), usted sabe que no le conviene poner en guardia a sus enemigos utilizando a la policía en este asunto, al menos no demasiado pronto. Estoy completamente de acuerdo con usted. Nada de policía por el momento. Dejará usted que ese hombre o mujer anónimos suponga que se asusta fácilmente; le tenderá una trampa para conseguir la información en respuesta a la trampa que le han tendido para conseguir su dinero. Responderá usted a la carta y verá el resultado, y sólo pagará los gastos de emplear a la policía cuando sepa que esos gastos son necesarios. De nuevo estoy de acuerdo con usted; nada de gastos, si podemos evitarlo. Mis pensamientos y los suyos, señor Noel, con respecto a este asunto, son idénticos en todos los detalles.

—Es así como lo ve usted, Lecount, ¿no es cierto? —dijo Noel Vanstone—. Lo mismo pienso yo; ciertamente eso es lo que pienso. No pagaré ni un penique a la policía si puedo evitarlo. —Volvió a coger la carta y tras una segunda lectura se sintió irritado y perplejo—. ¡Pero ese hombre quiere dinero! —espetó con impaciencia—. Parece usted olvidar, Lecount, que ese hombre quiere dinero.

—Dinero que usted le ofrecerá, señor —replicó la señora Lecount—, pero que, como usted había previsto ya, no le será entregado. ¡Ni hablar! Dirá usted a ese hombre: «Extienda la mano, señor», y cuando la tenga extendida le dará una palmada por las molestias y se meterá la mano en el bolsillo. ¡Me alegra tanto verle reír, señor Noel! Me alegra que haya recuperado el buen humor. Responderemos a la carta mediante un anuncio en el periódico, como indica su autor. ¡Esos anuncios son tan baratos! Tiembla un poco su pobre mano, señor. ¿Quiere que empuñe la pluma por usted? No estoy capacitada para hacer más, pero siempre puedo prometerle sostener la pluma.

Sin esperar respuesta, el ama de llaves se dirigió al gabinete del fondo y regresó

con pluma, tinta y papel. Colocando un cuaderno de papel secante sobre sus rodillas y con un aspecto modélico de alegre sumisión, se instaló una vez más frente a la silla de su amo.

—¿Quiere que escriba a su dictado, señor? —inquirió—. ¿O hago un breve borrador y lo corrige usted luego? Redactaré un breve borrador. Déjeme ver la carta. Tenemos que publicar el anuncio en *The Times* y dirigirlo a «Un amigo desconocido». ¿Qué digo, señor Noel? Espere; lo escribiré y luego podrá verlo por usted mismo: «Se solicita a un amigo desconocido que indique (mediante anuncio) una dirección a la que poder enviarle una carta. La información que ofrece será recompensada con una suma de...» ¿Qué suma de dinero desea que escriba, señor?

—No escriba nada —dijo Noel Vanstone con un súbito arrebató de impaciencia—. Las cuestiones de dinero son cosa mía; digo que las cuestiones de dinero son cosa mía, Lecount. Déjemelo a mí.

—Por supuesto, señor —dijo el ama de llaves, alargando el cuaderno de papel secante a su amo—. No olvidará ser generoso al ofrecer dinero, ¿verdad?, sabiendo de antemano que no piensa desprenderse de él.

—¡No me dicte, Lecount! ¡No me someteré a su dictado! —dijo Noel Vanstone, cada vez más impaciente en reafirmar su independencia—. Tengo intención de llevar este asunto yo mismo. ¡Yo mando, Lecount!

—Usted manda, señor.

—Mi padre mandaba antes que yo. Y yo soy hijo de mi padre. ¡Le digo, Lecount, que soy hijo de mi padre!

La señora Lecount inclinó la cabeza con gesto sumiso.

—Tengo intención de escribir la suma de dinero que yo considere conveniente —prosiguió Noel Vanstone, asintiendo vehementemente con su menuda cabeza rubia—. Quiero enviar este anuncio en persona. La criada lo llevará a la librería para que lo publiquen en *The Times*. Cuando haga sonar la campanilla dos veces, envíeme a la criada. ¿Lo ha entendido, Lecount? Envíeme a la criada.

La señora Lecount volvió a inclinar la cabeza y se dirigió despacio hacia la puerta. Sabía con exactitud cuándo dirigir a su amo y cuándo dejarlo actuar por sí solo. La experiencia le había enseñado a gobernarlo en todos los puntos esenciales y a ceder después en todos los puntos menores. Era característico de su débil naturaleza —como lo es de todas las naturalezas débiles—, que el señor Noel Vanstone se impusiera obstinadamente en las menudencias. Rellenar el espacio en blanco del anuncio era la menudencia en aquel caso, y la señora Lecount acalló las sospechas de su amo de estar siendo dirigido concediéndosela inmediatamente. «Mi mula ha coceado —pensó para sí en su propia lengua, cuando abría la puerta—. Nada más puedo hacer hoy con ella.»

—¡Lecount! —gritó su amo cuando se disponía a salir al pasillo—. Vuelva.

La señora Lecount volvió.

—No la habré ofendido, ¿verdad? —preguntó Noel Vanstone con inquietud.

—Por supuesto que no, señor —contestó la señora Lecount—. Como usted acaba de decir, usted manda.

—¡Magnífica criatura! Déme la mano. —Le besó la mano y sonrió con gran satisfacción por su afectuoso proceder—. ¡Lecount, es usted una noble criatura!

—Gracias, señor —dijo el ama de llaves. Hizo una reverencia y salió. «Si tuviera cerebro en esa cabeza de mono suya —dijo para sus adentros una vez en el pasillo—, ¡menudo granuja sería!»

Solo en el gabinete, Noel Vanstone se sumió en inquietas reflexiones sobre el espacio en blanco del anuncio. La insinuación aparentemente superflua de la señora Lecount, que fuera generoso al ofrecer dinero puesto que no tenía intención de desprenderse de él, se basaba en un profundo conocimiento de su carácter. Noel Vanstone había heredado el sórdido amor de su padre por el dinero, sin heredar la capacidad práctica de su padre para ver los usos a los que puede destinarse el dinero. Su única idea en relación con las riquezas era la de conservarlas... Era tan avaro por naturaleza que la mera perspectiva teórica de ser generoso le intimidaba. Empuñó la pluma, volvió a dejarla y leyó la carta anónima por tercera vez, meneando la cabeza con suspicacia. «Si le ofrezco a este hombre una gran suma de dinero —pensó de repente—, ¿cómo sé que no hallará un modo de hacérmela pagar realmente? Las mujeres siempre tienen prisas. Lecount siempre tiene prisa. Tengo toda la tarde a mi disposición. Aprovecharé la tarde para meditarlo.»

Malhumoradamente, dejó el cuaderno de papel secante y el borrador del anuncio sobre la silla que la señora Lecount acababa de abandonar. Cuando regresó a la suya, meneó su pequeña cabeza con solemnidad y se alisó el blanco batín sobre las rodillas con el aire de un hombre absorto en angustiadas reflexiones. Transcurrieron los minutos; los cuartos y las horas se sucedieron unos a otros en la esfera del reloj de la señora Lecount, y Noel Vanstone seguía perdido en un mar de dudas, seguía sin perturbar la tranquilidad de la campanilla del gabinete para llamar a la criada.

Mientras tanto, tras despedirse de la señora Lecount, Magdalen se había abstenido prudentemente de cruzar la calle para llegar a su alojamiento, y sólo se había atrevido a regresar después de dar un rodeo por la vecindad. De nuevo en Vauxhall Walk, el primer objeto que atrajo su atención fue un coche de punto parado a la puerta de su pensión. Unos cuantos pasos más le permitieron ver a la hija de la patrona de pie junto al coche, enzarzada en una disputa con el cochero por el precio del trayecto. Observando que la muchacha le daba la espalda, Magdalen aprovechó inmediatamente la circunstancia y se introdujo en la casa sin ser vista.

Recorrió el pasillo, subió por las escaleras y se encontró en el primer descansillo, ¡cara a cara!, con su compañera de viaje. Allí estaba la señora Wragge abrazada a una

pila de pequeños paquetes, esperando con ansiedad el resultado de la disputa con el cochero en la calle. Dar media vuelta era imposible; un airado vocerío se adentraba en el pasillo de abajo. Vacilar era totalmente inútil. No le quedaba más que una salida, la de seguir adelante, y Magdalen se lanzó a ella con desesperación. Apartó a la señora Wragge para pasar sin decir una palabra, corrió a su habitación, se despojó de capa, sombrero y peluca y los escondió arrojándolos al espacio vacío entre la cabecera del sofá cama y la pared.

En los primeros instantes, el asombro privó del habla a la señora Wragge y la dejó clavada en el sitio. Dos de los paquetes que sostenía en los brazos se le cayeron en las escaleras. La visión de tamaña catástrofe la reanimó.

—¡Ladrones! —gritó la señora Wragge, súbitamente acometida por esa idea—. ¡Ladrones!

Magdalen la oyó a través de la puerta de su habitación, que no había tenido tiempo de cerrar completamente.

—¿Es usted, señora Wragge? —llamó con su voz normal—. ¿Qué ocurre? —Cogió una toalla mientras hablaba, la mojó y se la pasó rápidamente por la parte inferior del rostro. Al oír la voz familiar, la señora Wragge giró en redondo, se le cayó un tercer paquete y, olvidándolo en medio de su asombro, subió el segundo tramo de escaleras. Magdalen salió al descansillo del primer piso apretándose la frente con la toalla como si sufriera dolor de cabeza. Necesitaba tiempo para quitarse las cejas postizas y una supuesta jaqueca fue el pretexto más conveniente que pudo hallar para ocultarlas.

—¿A qué vienen esos gritos que perturban la casa? —preguntó—. Silencio, por favor, tengo un espantoso dolor de cabeza.

—¿Ocurre algo, señora? —preguntó la patrona desde el pasillo.

—Nada en absoluto —contestó Magdalen—. Mi amiga es tímida y la disputa con el cochero la ha asustado. Pague a ese hombre lo que pida y déjele marchar.

—¿Dónde está? —preguntó la señora Wragge en un trémulo susurro—. ¿Dónde está la mujer que ha pasado corriendo por mi lado y se ha metido en su habitación?

—¡Bah! —dijo Magdalen—. No ha pasado ninguna mujer por su lado, como usted dice. Entre y véalo usted misma.

Abrió la puerta. La señora Wragge entró en la habitación, miró por todas partes, no vio a nadie, y mostró su asombro por el resultado dejando caer un cuarto paquete y temblando de pies a cabeza sin poderlo evitar.

—La he visto entrar aquí —dijo la señora Wragge con voz temerosa—. Una mujer con una capa gris y un sombrero papalina. Una maleducada. Ha pasado corriendo por mi lado en la escalera; eso es lo que ha hecho. Aquí está la habitación y no hay ninguna mujer en ella. ¡Dénos un devocionario! —exclamó, adquiriendo una palidez cadavérica mientras el resto de la colección de paquetes se le caía a los pies

formando una pequeña cascada—. Quiero leer algo piadoso. Quiero pensar en mi muerte. ¡He visto un fantasma!

—¡Tonterías! —dijo Magdalen—. Está soñando despierta; las compras han sido demasiado para usted. Métase en su cuarto y quítese el sombrero.

—He oído hablar de fantasmas en camisón, fantasmas con sábana y fantasmas encadenados —prosiguió la señora Wragge, petrificada en su propio círculo mágico de paquetes de ropa interior y telas—. Aquí hay un fantasma peor que todos ellos, un fantasma con capa gris y sombrero papalina. Sé lo que es —continuó la señora Wragge, deshaciéndose en lágrimas de arrepentimiento—. Es mi castigo por ser tan feliz lejos del capitán. Es mi castigo por haber llevado los zapatos en chancletas en la mitad de las tiendas de Londres, primero un pie y luego el otro, todo el tiempo que he estado fuera. Soy una pecadora. No me deje; haga lo que haga, querida, ¡no me deje! —Aferró el brazo de Magdalen con fuerza y sufrió un nuevo ataque de temblores ante la mera idea de quedarse sola.

La única alternativa que quedaba en una emergencia como aquélla era la de someterse a las circunstancias. Magdalen condujo a la señora Wragge a una silla tras haber colocado ésta en una posición que le permitiera darle la espalda mientras se quitaba las cejas postizas con la ayuda de un poco de agua.

—Espere ahí un momento —dijo— e intente tranquilizarse mientras me mojo la cabeza.

—¿Tranquilizarme? —repitió la señora Wragge—. ¿Cómo voy a tranquilizarme cuando parece que tenga la cabeza separada del cuerpo? El peor zumbido que me haya provocado el libro de cocina no es nada comparado con el zumbido que me provoca ahora el fantasma. ¡Qué triste final para unas vacaciones! Puede usted llevarme a casa cuando quiera, querida. ¡Yo ya he tenido bastante!

Tras lograr por fin quitarse las cejas postizas, Magdalen era libre para combatir la desafortunada impresión producida en la mente de su compañera con todas las armas disuasorias que pudiera esgrimir su ingenio.

Su empeño resultó vano. La señora Wragge persistió en creer —basándose en pruebas que, dicho sea de paso, hubieran satisfecho a muchos videntes más juiciosos que ella— que había sido obsequiada con una visita sobrenatural del mundo de los espíritus. Lo único que pudo hacer Magdalen fue comprobar mediante un cuidadoso interrogatorio que la señora Wragge no había sido lo bastante perspicaz para identificar al supuesto fantasma como el personaje de la vieja señora del norte de su espectáculo. Una vez convencida sobre ese particular, no le quedaba más recurso que dejar el resto a la incapacidad natural para retener impresiones —a menos que esas impresiones se renovaran continuamente— que era una de las debilidades características de la mente de su compañera. Tras animar a la señora Wragge asegurándole reiteradas veces que una aparición (según las leyes y reglas de los

fantasmas) no significaba nada a menos que fuera seguida inmediatamente por otros, tras desviar de nuevo su atención pacientemente hacia los paquetes caídos en el suelo y en las escaleras, y tras prometer que dejaría abierta de par en par la puerta que comunicaba ambas habitaciones si ella se comprometía por su parte a retirarse a su habitación y a no decir nada más sobre el horrible asunto del fantasma, Magdalen se aseguró por fin el privilegio de reflexionar sobre los acontecimientos de aquel día memorable, sin ser interrumpida.

Su primer movimiento había tenido dos graves consecuencias. La señora Lecount le había tendido una trampa para hacerle hablar con su propia voz y había tropezado accidentalmente con la señora Wragge cuando iba disfrazada.

¿Qué ventaja había obtenido que compensara aquellos desastres? La ventaja de saber más sobre Noel Vanstone y sobre la señora Lecount de lo que habría descubierto en varios meses si se hubiera confiado a las pesquisas realizadas por otros en su nombre. Una duda que la tenía perpleja hasta entonces se había resuelto por fin. Ahora veía con claridad que era imposible aplicar al hijo el plan que había ideado contra Michael Vanstone, y que la aguda perspicacia del capitán Wragge había descubierto parcialmente cuando ella le avisó por primera vez de que debían disolver su asociación. El hábito de especular del padre había sido el eje sobre el que pivotaba toda la maquinaria de su conspiración. En el doblemente sórdido carácter del hijo no se descubría tal posición ventajosa. Noel Vanstone era invulnerable precisamente allí donde su padre podía ser atacado.

Habiendo llegado a esta conclusión, ¿cómo determinaría qué camino debía seguir en el futuro? ¿Qué nuevos medios podía descubrir que la condujeran secretamente a su objetivo, desafiando la maliciosa vigilancia de la señora Lecount y la mezquina desconfianza de Noel Vanstone?

Se hallaba sentada frente al espejo peinándose maquinalmente y con sus pensamientos ocupados por aquella consideración crucial. La agitación del momento había dado un tinte febril a sus mejillas y sus grandes ojos grises se veían más luminosos. Era consciente de que la favorecía; era consciente de que su belleza ganaba con el contraste después de quitarse el disfraz. Sus hermosos cabellos de color castaño claro parecían más espesos y suaves que nunca ahora que habían escapado de su aprisionamiento bajo la peluca gris. Los trenzó de un modo y otro con dedos ágiles y diestros; los dejó caer en bucles sobre sus hombros; los juntó echándolos hacia atrás y se puso de perfil para ver cómo caían, para ver sus hombros y su espalda libres de las deformidades artificiales de la capa con rellenos. Al poco rato volvía a mirarse en el espejo una vez más, hundía ambas manos en sus cabellos y, apoyando los codos sobre la mesa, examinaba su reflejo cada vez más cerca hasta que el aliento empañó el cristal. «Puedo tener a cualquier hombre vivo a mis pies —pensó con una sonrisa de triunfo soberbio—, ¡siempre que conserve mi belleza! Si ese desgraciado

despreciable me viera ahora...» Un súbito horror hacia sí misma le impidió llevar ese pensamiento a su término. Se apartó del cristal, temblando, y se tapó el rostro con las manos.

—¡Oh, Frank! —musitó—. ¡De no ser por ti, cuan miserable podría ser! —Sus ávidos dedos arrancaron la pequeña bolsa de seda blanca del escondite de su pecho; sus labios la devoraron con besos silenciosos—. ¡Querido mío! ¡Mi ángel! ¡Oh, Frank, cómo te amo! —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se los enjugó coléricamente, devolvió la bolsa a su lugar y le dio la espalda al espejo. «Ya basta de mí misma —pensó—. ¡Basta por hoy de mi loca y miserable persona!»

Horrorizada ante la previsión de su siguiente paso —horrorizada ante el futuro que rápidamente se ensombrecía y que se asociaba ahora en sus más íntimos pensamientos con Noel Vanstone—, recorrió la habitación con mirada impaciente buscando alguna ocupación casera que pudiera distraerla. El disfraz que había arrojado entre la pared y la cama volvió a su memoria. Era imposible dejarlo allí. La señora Wragge (ocupada ahora en ordenar sus paquetes) podía cansarse de su ocupación, podía volver a entrar en cualquier momento, podía pasar junto a la cama y ver la capa gris. ¿Qué hacer?

Su primera idea fue la de poner de nuevo el disfraz en el baúl. Pero después de lo ocurrido era peligroso guardarlo tan cerca mientras ella y la señora Wragge estuvieran bajo el mismo techo. Resolvió deshacerse de él esa noche y audazmente enviarlo de nuevo a Birmingham. Su sombrerera cabía dentro del baúl. La sacó, arrojó dentro peluca y capa, y aplastó sin miramientos el sombrero por encima. El vestido (que aún no se había quitado) era suyo; la señora Wragge estaba acostumbrada a vérselo puesto, no había necesidad de devolverlo. Antes de cerrar la sombrerera, garabateó apresuradamente estas líneas en una hoja de papel: «Me llevé las cosas que se incluyen aquí por error. Por favor, guárdelas con el resto de mi equipaje hasta que reciba de nuevo noticias mías». Colocó el papel sobre el sombrero, escribió la dirección del capitán Wragge en Birmingham sobre la sombrerera, la llevó abajo inmediatamente y envió a la hija de la patrona con ella a la estafeta postal más próxima. «Una dificultad resuelta», pensó, volviendo a su habitación.

La señora Wragge estaba todavía ocupada en ordenar sus paquetes sobre su estrecho camastro. Se dio la vuelta con un débil grito cuando entró Magdalen.

—Creía que era el fantasma otra vez —dijo la señora Wragge—. Intento que lo que me ha ocurrido me sirva de lección, querida. He ordenado todos mis paquetes tal como al capitán le gustaría verlos. Llevo los dos zapatos bien calzados. Si cierro los ojos esta noche (cosa que no creo que haga), me dormiré tan recta como me lo permitan las piernas. Y jamás volveré a tener otras vacaciones tan largas en toda mi vida. Espero ser perdonada —dijo la señora Wragge, meneando lúgubrementemente la cabeza—. Espero humildemente que seré perdonada.

—¡Perdonada! —repitió Magdalen—. Si otras mujeres necesitaran ser perdonadas tan poco como usted... ¡Bueno!, ¡bueno! ¿Qué le parece si abre algunos de estos paquetes? ¡Vamos! Quiero ver lo que ha comprado hoy.

La señora Wragge vaciló, suspiró con arrepentimiento, reflexionó unos instantes, alargó la mano tímidamente hacia uno de los paquetes, pensó en la advertencia sobrenatural, y se apartó de sus propias compras con un desesperado ejercicio de control sobre sí misma.

—Abra éste —dijo Magdalen para animarla—. ¿Qué es?

Los apagados ojos azules de la señora Wragge empezaron a brillar débilmente pese a sus remordimientos, pero sacudió la cabeza con abnegación. La pasión dominante de las compras podía volver a reclamar lo que era suyo, pero el fantasma aún no había sido conjurado.

—¿Lo ha comprado a buen precio? —preguntó Magdalen confidencialmente.

—¡Baratísimo! —exclamó la pobre señora Wragge, cayendo en la trampa de cabeza y abalanzándose sobre el paquete con tanta avidez como si no hubiera ocurrido nada.

Magdalen la tuvo comentando sus compras durante más de una hora y luego decidió sensatamente distraer su atención de todo recuerdo fantasmal de otro modo, llevándola a dar un paseo.

Cuando abandonaban su alojamiento, la puerta de la casa de Noel Vanstone se abrió y apareció la criada con un nuevo encargo que cumplir. Al parecer le habían encomendado una carta en aquella ocasión, que llevaba cuidadosamente en la mano. Consciente de no haber formado aún plan alguno, ni para el ataque ni para la defensa, Magdalen se preguntó con un temor momentáneo si la señora Lecount había decidido ya entablar nuevos contactos y si la carta estaba dirigida a la «señorita Garth».

La carta no tenía tal destinataria. Noel Vanstone había resuelto por fin su problema pecuniario. El espacio en blanco del anuncio se había rellenado y la contestación de la señora Lecount a la advertencia anónima del capitán Wragge estaba a punto de ser insertada en *The Times*.

Fin de la Tercera Escena

ENTREACTO

Desarrollo de la historia a través del correo

I

Extracto de los anuncios de The Times

Se solicita a un amigo desconocido que indique (mediante anuncio) una dirección a la que poder enviarle una carta. La información que ofrece será recompensada con una suma de cinco libras.

II

Del Capitán Wragge a Magdalen

Birmingham, 2 de julio de 1847

Mi querida niña:

La sombrerera que contenía los enseres del disfraz que se llevó por error han llegado indemnes a mis manos. Considérelos bajo mi especial protección hasta que vuelva a recibir noticias tuyas.

Aprovecho esta oportunidad para asegurarle, una vez más, mi inalterable fidelidad a sus intereses. Sin pretender abusar de su confianza, ¿podría preguntarle si el señor Noel Vanstone ha accedido a hacerle justicia? Mucho me temo que se ha negado, en cuyo caso, con la mano en el corazón declaro solemnemente que su mezquindad me repugna. ¿Por qué tengo el presentimiento de que ha apelado usted a él en vano? ¿Por qué me veo a mí mismo considerando a ese individuo bajo el aspecto de un insecto nocivo? No nos conocemos en absoluto; no sé nada de él excepto lo que averigüé para usted. ¿Ha convertido en proféticas mis percepciones la profunda simpatía que siento hacia sus intereses?, o, por decirlo de un modo más fantástico, ¿existe en realidad lo que se llama estado de existencia previo, y me ha insultado gravemente el señor Noel Vanstone, pongamos que en algún otro planeta?

Le escribo, querida Magdalen, como ve, con mi acostumbrada pincelada de humor, pero hablo en serio al poner mis servicios a su disposición. No permita que la cuestión de las condiciones sea motivo del menor recelo. Acepto de antemano cualquier condición que quiera imponer. Si sus planes actuales apuntan a ese objetivo, estoy dispuesto a exprimir al señor Noel Vanstone en beneficio de usted hasta que exude oro por cada poro de su piel. Disculpe la crudeza de esta metáfora. Mi impaciencia por serle útil interfiere en mis palabras, deposita su significado en bruto a sus pies y deja al gusto de usted pulirlo con los más escogidos adornos de la lengua inglesa.

¿Cómo está mi desafortunada esposa? Me temo que hallará usted imposible conseguir que no tuerza los pies, o moldear su apariencia externa para que armonice con las leyes universales de simetría y orden. ¿Ha intentado tomarse demasiadas confianzas con usted? Siempre he tenido la costumbre de contenerla a ese respecto. Jamás le he permitido llamarme otra cosa que capitán, y en las raras ocasiones, desde nuestra unión, en que las circunstancias puedan haberla obligado a dirigirse a mí por carta, he restringido severamente su saludo inicial a la fórmula «Querido señor». Acepte estos insignificantes detalles de la vida de familia como sugerencias que pueden serle útiles para dominar a la señora Wragge, y, créame, aguardo con impaciencia recibir sus noticias. Suyo afectísimo,

III

De Norah a Magdalen

Remitida junto con las dos cartas que la siguen, desde la oficina de correos, de Birmingham.

*Westmoreland House, Kensington,
1 de julio*

Mi queridísima Magdalen:

Cuando vuelvas a escribirme (¡y por favor escíbeme pronto!) envíame tu carta a la dirección de la señorita Garth. He dejado mi colocación y puede que transcurra cierto tiempo hasta que encuentre otra.

Ahora que todo ha terminado, querida, puedo confesarte que no era feliz. Puse todo mi empeño en ganarme el afecto de las dos niñas a las que debía enseñar, pero desde un principio parecí no gustarles, te aseguro que no puedo decirte el porqué. De su madre no tengo motivos de queja. Pero su abuela, que era quien gobernaba en realidad la casa, me hizo la vida imposible. Mi inexperiencia en la enseñanza era motivo de constantes comentarios por su parte y se me reprochaban las dificultades que tenía con las niñas como si fueran enteramente culpa mía. Te cuento esto para que no creas que lamento haber dejado mi empleo. Lejos de ello, cariño, me alegro de haber salido de aquella casa.

He ahorrado algo de dinero, Magdalen, y me gustaría mucho gastarlo en pasar unos cuantos días contigo. Mi corazón ansía ver a mi hermana, mis oídos se han cansado esperando oír el sonido de su voz. Una palabra tuya diciéndome dónde podemos encontrarnos es lo único que deseo. Piénsalo. Por favor, piénsalo.

No creas que estoy desanimada por este primer revés. Hay muchas personas buenas en el mundo y puede que alguna de ellas me dé trabajo la próxima vez. A menudo es muy difícil hallar el camino de la felicidad, más difícil, me inclino a creer, para las mujeres que para los hombres. Pero si lo intentamos con paciencia y durante el tiempo suficiente, lo alcanzamos al fin; si no en la Tierra, al menos en el Cielo. Creo que ahora mi camino es el que conduce a volver a verte. No lo olvides, cariño, la próxima vez que pienses en mí.

NORAH

IV

De la Señorita Garth a Magdalen

Westmoreland House,

1 de julio

Mi querida Magdalen:

No debes temer inútiles protestas al ver mi letra. Te escribo esta carta con el único propósito de decirte algo que sé que tu hermana no te dirá motu proprio. Ella ignora por completo que te la escribo. Mantenla en la ignorancia, si deseas ahorrarle a ella una preocupación innecesaria y a mí, un apuro innecesario.

En la carta de Norah te dice sin duda que ha abandonado su colocación. Considero que es mi penoso deber añadir que ha sido por tu causa.

El asunto ocurrió de la forma siguiente. Los señores Wyatt, Pendril y Gwilt son los abogados del caballero en cuya familia estaba empleada Norah. Todos los socios conocían la vida que has elegido ya desde el mes de diciembre pasado. La persona contratada para seguirte la pista en York te descubrió actuando en público en Derby, y ese descubrimiento fue comunicado por el señor Wyatt al mencionado caballero hace unos días y en respuesta a sus indagaciones directas con respecto a ti. Su mujer y su madre (que vive con él) habían expresado el deseo de que efectuara esas indagaciones, pues las respuestas evasivas de Norah cuando le preguntaban por su hermana habían despertado sus sospechas. Demasiado bien conoces a Norah para echarle la culpa. Las evasivas eran la única salida que tu vida actual le ha dejado aparte de contestar directamente una falsedad.

Ese mismo día, las dos señoras de la familia, la mayor y la más joven, mandaron llamar a tu hermana y le dijeron que habían descubierto que eres actriz y que recorres el país de un lugar a otro con nombre supuesto. Fueron lo bastante justas para no culpar a Norah por ello; fueron lo bastante justas para admitir que su conducta había sido tan irreprochable como yo había garantizado que sería cuando le conseguí la colocación. Pero al mismo tiempo, para seguir aceptándola pusieron como condición categórica que jamás te permitiera visitas en su casa, ni encontrarte con ella y pasear con ella cuando estuviera atendiendo a las niñas. A tu hermana — que ha soportado pacientemente todas las dificultades que han caído sobre ella— le ofendió al instante el insulto que se te hacía. Dio aviso de que se marchaba en el acto. A esto siguieron unas fuertes palabras y abandonó la casa esa misma tarde.

No deseo acongojarte presentándote la pérdida de su colocación como un desastre. Norah no era tan feliz en ella como yo había esperado y creído que sería. Era imposible que yo supiera de antemano que las niñas eran ariscas e intratables, o que la madre del marido estaba acostumbrada a hacer notar su posición de dominio

sobre todos los de la casa. Estoy dispuesta a reconocer que Norah está mejor sin ese empleo. Pero el daño no se detiene ahí. Por el contrario, por lo que sabemos tú y yo, el daño puede prolongarse. Lo que ha ocurrido en esta colocación puede ocurrir en otra. Tu estilo de vida, por pura que sea tu conducta —y te haré la justicia de creer que es pura—, es un modo de vida sospechoso para toda persona respetable. He vivido lo bastante en este mundo para saber que en nueve de cada diez mujeres inglesas el sentido del decoro no hace concesiones ni siente piedad. Las próximas personas que empleen a Norah pueden descubrirte, y quizá la próxima vez ella eche por la borda una colocación que ni siquiera estamos seguros de volver a encontrarle.

Lo someto a tu consideración. ¡Niña mía! No pienses que soy dura contigo. Mi celo pretende la tranquilidad de tu hermana. Si olvidas el pasado y vuelves, Magdalen, puedes confiar en que tu vieja institutriz también lo olvidará y te proporcionará el hogar que tu padre y tu madre le dieron en otro tiempo. Tu amiga siempre, querida mía,

HARRIET GARTH

V

De Francis Clare, Hijo, a Magdalen

Shanghai, la China,
23 de abril de 1847

Mi querida Magdalen:

He dilatado la respuesta a tu carta como consecuencia del aturdido estado mental que me impedía escribirte. El impedimento persiste, pero me siento obligado a no demorarme más. Mi sentido del honor me fortalece para soportar el dolor de redactar esta carta.

Todas mis perspectivas en la China han tocado fondo. La firma a la que fui brutalmente expedido como si fuera una bala de mercancía ha agotado mi paciencia con una serie de mezquinos insultos, y mi amor propio me ha impelido a retirar mis servicios, los cuales no fueron valorados en su justa medida desde el comienzo. Mi regreso a Inglaterra en estas circunstancias es totalmente imposible. La crueldad con que se me ha tratado en mi propio país me impide sentir deseos de volver a él, aunque pudiera. Me propongo embarcar por estos mares en un navío mercante, en calidad de empleado mercantil, para abrirme camino por mí mismo, si puedo. Cómo terminará o qué me ocurrirá es más de lo que puedo decir. Poco importa lo que sea de mí. Soy un vagabundo y un exiliado, y todo por culpa de otros. El insensible deseo de deshacerse de mí que todos tenían en mi país ha logrado su objetivo. Se han librado de mí para siempre.

Sólo me queda un sacrificio más por hacer: el de mis sentimientos más profundos. Sin perspectiva alguna ante mí, sin la oportunidad de volver a casa, ¿qué esperanza puedo abrigar de cumplir con nuestro compromiso? ¡Ninguna! Un hombre más egoísta que yo podría mantenerte atada a ese compromiso; un hombre menos considerado que yo podría tenerte esperando durante años... y sin motivo después de todo. Pese a la crueldad con que han sido pisoteados, mis sentimientos son demasiado sensibles para permitirme hacer eso. Lo escribo con lágrimas en los ojos: no unas tu destino a un paria. Con estas desconsoladas líneas te libero de tu promesa. Nuestro compromiso ha llegado a su fin.

El único consuelo que me sostiene al decirte adiós es que ninguno de los dos tiene la culpa. Puede que tú obraras con debilidad bajo la influencia de mi padre, pero estoy seguro de que lo hiciste con la mejor intención. Nadie sabía cuáles serían las fatales consecuencias de alejarme de Inglaterra, salvo yo mismo, y yo no fui escuchado. Cedí ante mi padre, cedí ante ti, ¡y he aquí el resultado!

Mis agudos sufrimientos me impiden seguir escribiendo. ¡Ojalá no llegues a saber nunca lo que me ha costado renunciar a nuestro compromiso! Te ruego que no

te eches la culpa. No es culpa tuya que otros hayan dirigido mal todas mis energías; no es culpa tuya que jamás haya tenido una oportunidad justa para medrar en la vida. Olvida a este pobre desventurado y abandonado, que susurra unas sinceras plegarias por tu felicidad, que siempre te deseará lo mejor y seguirá siendo tu amigo,

FRANCIS CLARE, HIJO

VI

De Francis Clare, Padre, a Magdalen

Adjuntando la carta precedente

Siempre dije a tu pobre padre que mi hijo era un idiota, pero no he sabido que era un granuja hasta que llegó el correo de la China. Tengo razones para creer que ha abandonado su empleo en las más bochornosas circunstancias. Olvídate de él para siempre, como pienso hacer yo. Cuando tú y yo nos vimos por última vez, te comportaste correctamente conmigo en este asunto. Todo lo que ahora puedo decirte a mi vez, te lo digo. Amiga mía, lo siento por ti.

F. C.

VII

De la Señora Wragge a su marido

Querido señor por amor de Dios venga y ayúdenos Ella ha recibido una espantosa carta no sé de qué ayer pero la leyó en la cama y cuando he entrado con el desayuno la he encontrado muerta y si el médico no hubiera estado dos casas más allá nadie hubiera podido devolverla a la vida y se sienta con un aspecto terrible y no quiere hablar sus ojos me asustan así que tiemblo de los pies a la cabeza oh, por favor venga pronto. Tengo las cosas tan ordenadas como puedo y ella me gusta tanto y era tan buena conmigo y el casero dice que teme que se mate ojalá pudiera escribir correctamente pero tiemblo tanto que su obediente esposa matilda wragge perdone las faltas y le ruega de rodillas que venga y nos ayude el doctor un buen hombre escribirá unas líneas por miedo a que no entienda mi letra y quedo una vez más su obediente esposa matilda wragge.

Añadido por el médico

Señor, me permito informarle de que fui llamado ayer a la casa de unos vecinos, en Vauxhall Walk, para atender a una señorita que había enfermado súbitamente. Con gran dificultad conseguí que volviera en sí de uno de los desmayos más obstinados que recuerdo haber visto en mi vida. Desde entonces no ha recaído, pero aparentemente pesa sobre su ánimo una terrible congoja que hasta el momento ha resultado imposible aliviar. Según me han informado, permanece sentada durante horas, muda y totalmente ajena a lo que ocurre en derredor, con una carta en la mano y sin permitir que nadie se la quite. Si continúa en este estado de postración, podrían derivarse graves consecuencias mentales; considero que es mi deber sugerir que intervenga algún pariente o familiar que tenga influencia suficiente para sacarla de él.

Su humilde servidor,

RICHARD JARVIS, M. R. C. S.

VIII

De Norah a Magdalen

¡Por amor de Dios, escíbeme unas líneas para decirme si aún estás en Birmingham y dónde puedo encontrarte allí! Acabo de recibir noticias del anciano señor Clare. ¡Oh, Magdalen, si no tienes piedad de ti misma, ten piedad de mí! La idea de saberte sola entre extraños, la idea de saberte con el corazón roto por ese horrible golpe no me abandona ni un solo instante. ¡No tengo palabras para expresar cuánto lo lamento! Cariño mío, recuerda tiempos mejores en nuestra casa antes de que ese cobarde villano te robara el corazón; recuerda los tiempos felices en Combe-Raven, cuando siempre estábamos juntas. ¡Oh, por favor, no me trates como a una extraña! Ahora estamos solas en el mundo. Déjame acudir a tu lado para consolarte; déjame ser más que una hermana para ti, si puedo. ¡Una línea, una sola línea para decirme dónde puedo encontrarte!

IX

De Magdalen a Norah

7 de julio

Mi queridísima Norah:

Todo lo que tu amor por mí pudiera desear, tu carta lo ha conseguido. Tú, y sólo tú has conseguido llegarme al corazón. Pude volver a pensar, pude volver a sentir después de leer lo que me habías escrito. Que esta seguridad calme tu inquietud. Mi espíritu vive y respira una vez más; estaba muerta hasta que recibí tu carta.

La conmoción que he sufrido ha dejado un extraño sosiego tras de sí. Me siento como si me hubiera separado de mi antiguo yo, como si las esperanzas, tan caras para mí en otra época, hubieran vuelto a algún tiempo pasado del que ahora estoy muy alejada. Puedo contemplar el naufragio de mi vida con más calma, Norah, de la que podrías tener tú si volviéramos a estar juntas. Puedo confiar ya en mí misma para escribir a Frank.

Querida mía, creo que ninguna mujer llega a saber hasta qué punto se ha entregado al hombre al que ama hasta que ese hombre abusa de ella. ¿Podrás compadecer mi debilidad si te confieso haber sentido una punzada en el corazón al leer esa parte de tu carta en la que llamas a Frank cobarde y villano? Nadie puede despreciarme tanto por ello como me desprecio yo misma. Soy como un perro que vuelve arrastrándose y lame la mano del amo que lo ha golpeado. Pero es así—no se lo confesaría a nadie más que a ti—, lo cierto, lo cierto es que es así. Frank me ha engañado y me ha abandonado; me ha escrito una cruel despedida, ¡pero no le llames villano! Si se arrepintiera y volviera a mí, antes moriría que casarme con él, ¡pero me hiere ver la palabra cobarde escrita contra él de tu mano! Si su voluntad es débil, ¿quién la puso a prueba por encima de lo que podía soportar? ¿Crees que esto habría ocurrido si Michael Vanstone no nos hubiera robado lo que es nuestro, obligando así a Frank a marcharse a la China? Dentro de una semana, el año de espera habría llegado a su fin y yo sería la esposa de Frank, si no me hubieran despojado de mi dote.

Dirás, después de lo ocurrido, que ha sido mejor que me librara de él. ¡Cariño mío! Hay algo perverso en mi corazón que responde: ¡no! Mejor haber sido la desventurada esposa de Frank que la mujer libre que soy.

No le he escrito. No me ha enviado dirección alguna a la que escribir, aunque quisiera hacerlo. Pero no quiero. Esperaré, antes de enviarle mi despedida. Si llega el día en que disponga de la fortuna que mi padre prometió que yo habría de aportarle, ¿sabes qué haría con ella? Se la enviaría entera como venganza por su carta, como mi última palabra de despedida al hombre que me ha abandonado.

¡Espero vivir para ver ese día! Espero vivir ahora con la esperanza de que lleguen para ti tiempos mejores, Norah, pues es la única esperanza que me queda. Cuando pienso en tus penurias, casi noto afluir de nuevo las lágrimas a mis cansados ojos. Casi creo haber vuelto a mi antiguo yo.

¿No me considerarás insensible e ingrata si te digo que aún debemos esperar un poco para vernos? Quiero estar en mejores condiciones para verte de las que estoy ahora. Quiero alejarme aún más de Frank y acercarme más a ti. ¿Son éstas razones convincentes? No lo sé, no me pidas razones. Recibe el beso que he puesto para ti en el pequeño círculo dibujado en el papel, y que ese beso nos una por el momento hasta que te escriba de nuevo. Adiós, cariño mío. Mi corazón te es fiel, Norah, pero no me atrevo a verte todavía.

MAGDALEN

X

De Magdalen a la Señorita Garth

Mi querida señorita Garth:

He tardado mucho en contestar a su carta, pero usted sabe lo que ha ocurrido y me perdonará.

Todo lo que tengo que decir puede expresarse en unas cuantas palabras. Puede usted confiar en que jamás volveré a enemistarme con el sentido general del decoro. Mi conocimiento del mundo ha aumentado lo suficiente para hacer de él mi cómplice en la próxima ocasión. Norah no volverá a dejar otra colocación por mi causa. Mi vida como actriz ha terminado. Bien sabe Dios que fue de lo más inocente —puede que viva, y usted también, para lamentar el día en que la abandoné—, pero no regresaré a ella jamás. Me ha dejado, como me ha dejado Frank, como me han dejado mis mejores pensamientos, excepto los que dedico a Norah.

¡Basta ya de mí! ¿Le cuento una noticia que alegrará esta triste carta? El señor Michael Vanstone ha muerto, y el señor Noel Vanstone ha entrado en posesión de mi fortuna y la de Norah. Es absolutamente digno de su herencia. En su lugar, nos hubiera arruinado de la misma forma en que lo hizo su padre.

No tengo nada más que decir que pueda interesarle saber. No se aflija por mí. Intento recobrar los ánimos. Intento olvidar a la pobre muchacha engañada que cometió la estupidez de enamorarse de Frank en los viejos tiempos de Combe-Raven. Algunas veces siento una angustia que me dice que esa muchacha no será olvidada, pero no ocurre a menudo.

Fue muy amable cuando escribió a una criatura tan perdida como yo y firmó: «Tu amiga, siempre». ¡«Siempre» es una palabra arriesgada, mi vieja y querida institutriz! Me pregunto si alguna vez deseará no recordarla. Aun en ese caso, no cambiará la gratitud que siempre sentiré por las molestias que se tomó conmigo cuando era una niña. No he sabido corresponder a esas molestias; no he sabido después corresponder a su bondad hacia mí. Le pido que me perdone y me compadezca. Lo mejor que puede hacer por las dos es olvidarme. Suya con afecto,

MAGDALEN

P. S. Abro el sobre para añadir una línea. ¡Por amor de Dios, no enseñe esta carta a Norah!

XI

De Magdalen al Capitán Wragge

Vauxhall Walk, 17 de julio

Si no me equivoco, acordamos que le escribiría a Birmingham tan pronto como me serenara lo bastante para pensar en el futuro. Por fin he vuelto a la normalidad y puedo aceptar ahora los servicios que me ofreció sin reservas.

Le ruego que me perdone por la manera en que le recibí cuando llegó a esta casa tras enterarse de la noticia de mi súbita enfermedad. Era totalmente incapaz de dominarme; me aquejaba una angustia que me privó por un momento de mis sentidos. No hago más que reconocer sus merecimientos al agradecerle ahora que me tratara con gran indulgencia en unos momentos en que la indulgencia era misericordia.

Explicaré lo que deseo que haga con la mayor sencillez y brevedad posibles.

En primer lugar, le pido que se deshaga (con la mayor discreción) de todo el vestuario utilizado en el espectáculo teatral. He terminado con nuestras representaciones para siempre y deseo librarme de cuanto pudiera relacionarme accidentalmente con ellas en el futuro. Adjunto la llave de mi baúl a esta carta.

El otro baúl, que contiene mis vestidos, tendrá usted la amabilidad de enviármelo a esta casa. No le pido que lo traiga usted mismo porque tengo una misión mucho más importante que encomendarle.

Con referencia a la nota que me dejó antes de su partida, he llegado a la conclusión de que ha seguido usted la pista al señor Noel Vanstone desde Vauxhall Walk a la residencia que ahora ocupa. Si lo ha descubierto ya —y si está convencido de no haber atraído la atención de la señora Lecount ni la de su amo—, deseo que disponga inmediatamente todo lo necesario para que yo pueda residir (con usted y la señora Wragge) en la misma ciudad o pueblo en la que haya fijado su domicilio el señor Noel Vanstone. Prácticamente innecesario es que le diga que escribo esto con la impresión de que, cualquiera que sea el lugar en el que ahora vive, se habrá instalado en él por poco tiempo.

Si consigue usted hallar una casita amueblada para mí con una condición, a saber, la de que se alquile por meses, alquílela por un mes para empezar. Diga que es para su esposa, su sobrina y usted mismo, y utilice el nombre falso que le apetezca, siempre que sea un nombre que pueda desafiar las preguntas más suspicaces. Confío en su experiencia en estos asuntos. El secreto de quiénes somos en realidad debe guardarse como si nos fuera en ello la vida.

Todos los gastos en los que pueda incurrir para llevar a cabo mis deseos le serán

retribuidos inmediatamente. Si encuentra con facilidad el tipo de casa que quiero, no es necesario que regrese a Londres para recogerlos. Podemos encontrarnos allí tan pronto como sepamos adonde ir. La casa debe ser absolutamente respetable y estar razonablemente cerca de la residencia actual del señor Noel Vanstone, sea cual sea.

Me permitirá usted que guarde silencio con respecto al propósito que me inspira. No quiero arriesgarme a poner tal explicación por escrito.

Cuando se hayan realizado todos los preparativos oirá lo que me propongo hacer de mis propios labios, y espero que usted me conteste sinceramente a su vez si me prestará o no la ayuda que quiero, en las mejores condiciones que le pueda ofrecer.

Una cosa más antes de sellar esta carta.

Si después de haber alquilado la casa y antes de que nos reunamos con usted se le presentara la oportunidad de intercambiar unas cuantas palabras corteses con el señor Noel Vanstone o la señora Lecount, aprovéchela. Es muy importante, para lo que ahora me propongo, que trabemos relación con ellos como resultado puramente accidental de nuestra vecindad. Quiero que allane usted el camino con ese fin, si puede, antes de que lleguemos la señora Wragge y yo. Por favor, no desperdicie ninguna oportunidad de observar a la señora Lecount; sobre todo, con sumo cuidado. Toda la ayuda que pueda prestarme al principio para poner una venda sobre los penetrantes ojos de esa mujer será la más valiosa que haya recibido de usted.

No hay necesidad de que responda a esta carta de inmediato, a menos que mi impresión de lo que ha conseguido usted desde que abandonó Londres sea errónea. He pagado una semana más de alojamiento y puedo esperar hasta que me mande las noticias que deseo recibir. Puede estar usted seguro de contar con mi paciencia en el futuro en todas las circunstancias posibles. Mis caprichos se han terminado y mi violento temperamento ha puesto a prueba su indulgencia por última vez.

MAGDALEN

XII

Del Capitán Wragge a Magdalen

Villa North Shingles, Aldborough, Suffolk,

22 de julio

Mi querida niña:

Su carta me ha encantado y conmovido. Sus excusas me han llegado directas al corazón y su confianza en mis humildes habilidades han seguido la misma dirección. El pulso del antiguo miliciano late con orgullo al pensar en la confianza que ha depositado en él y se compromete a merecerla. No se sorprenda ante este cordial arrebató. Todas las naturalezas entusiastas deben explotar de vez en cuando y mi forma de explosión son las palabras.

Todo lo que me pidió que hiciera, hecho está. La casa está alquilada, el nombre decidido, y conozco personalmente a la señora Lecount. Tras leer esta afirmación general, le interesará naturalmente entrar en conocimiento de los detalles correspondientes. Aquí los tiene, a su disposición:

El día después de dejarla en Londres seguí la pista al señor Noel Vanstone hasta esta pequeña y agradable población costera. Una de las innumerables gangas de su padre era una casa en Aldborough, una estación balnearia en alza; de lo contrario el señor Michael Vanstone no hubiera invertido ni un penique en ella. En esa casa, el pequeño y despreciable avaro que vivía sin pagar alquiler en Londres vive ahora en la costa de Suffolk, también sin pagar alquiler. Se ha instalado en su residencia actual para pasar el verano y el otoño, y usted y la señora Wragge no tienen más que reunirse conmigo y se encontrarán instaladas en esta elegante villa a cinco puertas de él. He conseguido toda la casa por tres guineas a la semana, con la opción de permanecer en ella hasta final de otoño al mismo precio. En una estación balnearia de moda cualquier residencia semejante hubiera sido barata por el doble de dinero.

Nuestro nuevo nombre ha sido elegido con la cautela que me sugería. Mis libros —espero que no haya olvidado mis libros— contienen, bajo el encabezamiento «Pellejos en los que meterse», una lista de individuos retirados del escenario del mundo con cuyos nombres, familias y circunstancias estoy muy familiarizado. En el ejercicio de mi profesión me he visto obligado a meterme en alguno de estos pellejos en períodos anteriores de mi carrera. Otros se hallan todavía en estado de nuevas vestiduras y aún están por probar. El pellejo que mejor nos sentará cubriría originalmente los cuerpos de una familia llamada Bygrave. Yo me hallo en el pellejo del señor Bygrave en estos momentos. Y nos sienta perfectamente, sin una sola arruga. Si me hace usted el favor de deslizarse en el pellejo de la señorita Bygrave (nombre de pila, Susan), y si quiere meter luego a la señora Wragge —como sea: de

cabeza si le apetece— en el de la señora Bygrave (nombre de pila, Julia), la transformación será completa. Permítame informarle de que soy su tío paterno. Mi respetable hermano se estableció en el comercio de la caoba y el palo campeche en Belize, Honduras. Allí murió, y está enterrado en el lado sudoeste del cementerio local con un bonito monumento de madera autóctona tallada por un artista negro autodidacta. Diecinueve meses después, su viuda murió de apoplejía en una pensión de Cheltenham. Tenía fama de ser la mujer más corpulenta de Inglaterra, y la habían acomodado en la planta baja de la casa a consecuencia de la dificultad de subirla y bajarla por las escaleras. Usted es su única hija; ha estado a mi cargo desde el triste suceso de Cheltenham; cumplirá veintiún años el próximo dos de agosto y, excluyendo la corpulencia, es la viva imagen de su madre. La molesto con estas muestras de mis profundos conocimientos sobre su nuevo pellejo familiar para tranquilizarla con respecto a futuras preguntas. Confíe en mí y en mis libros para satisfacerlas por numerosas que sean. Mientras tanto, anote su nuevo nombre y dirección y vea qué le parecen: «Señor Bygrave, señora Bygrave, señorita Bygrave; Villa North Shingles, Aldborough». ¡A fe mía que se lee muy bien!

El último detalle que tengo que comunicarle se refiere a mi relación con la señora Lecount.

Nos conocimos ayer en la tienda de ultramarinos. Aguzando el oído, descubrí que la señora Lecount quería un tipo de té en particular que el hombre no tenía y que no creía que pudiera obtenerse más cerca que en Ipswich. Al instante vi mi oportunidad para trabar conocimiento con el insignificante costo de un viaje a esa floreciente ciudad. «Tengo un asunto que atender hoy en Ipswich», dije, «y me propongo regresar a Aldborough (si consigo llegar a tiempo) esta noche. Le ruego que me permita llevarme su pedido de té y traerlo con mis otros paquetes.» La señora Lecount rehusó educadamente causarme esa molestia; yo insistí cortésmente en tomármela. Trabamos conversación. No es necesario molestarla a usted con nuestra charla. El resultado de ésta es, en mi opinión, que el punto flaco de la señora Lecount, si es que tiene alguno, es su afición a la ciencia inculcada por su difunto marido, el profesor. Creo que veo ahí una posibilidad de granjearme sus simpatías y arrojar un poco de polvo necesario en esos hermosos ojos negros que tiene. Guiándome por esta idea, cuando compré en Ipswich el té para la señora compré también por mi cuenta ese famoso manual de conocimientos, los *Scientific Dialogues* de Joyce ^[19]. Poseyendo como poseo una memoria rápida y una confianza ilimitada en mí mismo, me propongo inflar en secreto mi nuevo pellejo con la mayor cantidad de ciencia a la medida que pueda contener y presentar al señor Bygrave a la atención de la señora Lecount en el papel del hombre más culto que haya conocido desde la muerte del profesor. La necesidad de vendar los ojos a esa mujer (usando su admirable expresión) es tan evidente para mí como lo es para usted. Si ha de hacerse

del modo que yo propongo, puede estar tranquila; Wragge, inflado por Joyce, es el hombre indicado.

Dispone usted ahora de todo mi arsenal de noticias. ¿Soy o no soy digno de su confianza? No diré nada de mi acuciante ansiedad por conocer cuáles son realmente sus propósitos; esa ansiedad será aplacada cuando nos encontremos. Mi querida niña, jamás había anhelado tanto exprimir pecuniariamente a una criatura humana como anhelo exprimir al señor Noel Vanstone. No digo más. Verbum sap ^[20]. Disculpe la pedantería de la cita latina y considéreme enteramente suyo,

HORATIO WRAGGE

P. S. Espero instrucciones, como me pedía. Sólo tiene que decirme si debo regresar a Londres a fin de acompañarlas hasta aquí o si debo aguardar a recibirlas. La casa está en perfecto orden, el tiempo es delicioso y el mar está tan liso como el delantal de la señora Lecount. Acaba de pasar junto a la ventana y hemos intercambiado inclinaciones de cabeza. Una mujer astuta, mi querida Magdalen, pero puede que Joyce y yo juntos seamos demasiado para ella.

XIII

Extracto del East Suffolk Argus

Aldborough. Notificamos con placer la llegada de visitantes a esta saludable y afamada estación balnearia, con lo que la temporada da así comienzo más pronto de lo habitual en el presente año. Esto Perpetua ^[21] es cuanto tenemos que decir.

Lista de visitantes. Llegadas desde nuestro último número. Villa North Shingles: señora Bygrave, señorita Bygrave.

LA CUARTA ESCENA

Aldborough, Suffolk

CAPÍTULO I

El espectáculo más notable que ofrece a un forastero la costa de Suffolk es la extraordinaria indefensión de la tierra frente a las incursiones del mar.

En Aldborough, como en cualquier otro lugar a lo largo de esta costa, las tradiciones locales han sido en su mayor parte ahogadas literalmente. El emplazamiento de la antigua población, un puerto populoso y floreciente en otro tiempo, ha desaparecido casi por completo en el mar. El océano Alemán ^[22] ha engullido casas, mercados, malecones y avenidas y, para consumir su labor de devastación, no hace más de ochenta años que las implacables aguas se cerraron sobre la casa del maestro salador, famosa ahora únicamente en el recuerdo como lugar de nacimiento del poeta Crabbe ^[23].

Empujados año tras año por el avance de las olas, los habitantes han retrocedido en el presente siglo hasta el último pedazo de tierra lo bastante firme aún para poder construir sobre ella: una franja de tierra encerrada entre la marisma de un lado, y el mar, del otro. Allí —confiando su seguridad futura a ciertas dunas que las caprichosas olas han levantado para animarlas— las gentes de Aldborough han establecido su pequeña y singular estación balnearia. El primer fragmento de sus posesiones terrenales es un dique natural de guijarros de escasa altura, coronado por un paseo público que discurre paralelo al mar. Bordeando este paseo, las villas del moderno Aldborough forman una línea desigual: son pequeñas casas elegantes, rodeadas en su mayoría de jardines propios, que ostentan aquí y allá, como adornos horticulturales, mascarones de proa de mirada fija, que hacen las veces de estatuas entre las flores. Contemplado desde el bajo nivel en el que se hallan estas villas y en ciertas condiciones atmosféricas, el mar parece más alto que la tierra; los barcos de cabotaje que por allí pasan cobran proporciones gigantescas y parecen estar a una distancia alarmantemente próxima a las ventanas. Mezclados entre las casas de mayor calidad, hay edificios de otras formas y períodos. En una dirección, el diminuto ayuntamiento del antiguo Aldborough —en otro tiempo centro del puerto y de la villa hoy desaparecidos— se halla ahora delante de las villas modernas cerca de la orilla del mar. En otro punto, un observatorio de madera, coronado por el mascarón de proa de un navío ruso naufragado, se eleva muy por encima de las casas vecinas y deja ver a través de su escotilla, sentados en el último piso, a hombres graves con ropas oscuras siempre ojo avizor; son los prácticos de Aldborough mirando desde su torre en busca de barcos necesitados de ayuda. Detrás de la hilera de edificios entremezclados de tan curiosa manera, discurre la única calle de trazado irregular de la población, con las sólidas casas de sus prácticos, sus desmoronados almacenes portuarios y sus tiendas variopintas. Hacia el extremo norte, la calle linda con la única eminencia visible en toda la llanura marismeña: una baja colina poblada de

árboles sobre la que se yergue la iglesia. En el extremo opuesto, la calle conduce a una atalaya abandonada y al triste y alejado suburbio de Slaughden, entre el río Alde y el mar. Éstas son las características principales de este pequeño y curioso puesto avanzado de las costas inglesas, tal como se ven en el momento presente.

En una cálida y nubosa tarde de julio, y en el segundo día transcurrido desde que había escrito a Magdalen, el capitán Wragge cruzó la verja de Villa North Shingles para ir a esperar la diligencia que entonces conectaba Aldborough con el ferrocarril de los condados del este. Llegó a la posada principal cuando la diligencia se detenía ante ella, y se hallaba presto en la puerta para recibir a Magdalen y a la señora Wragge cuando éstas se apearon del vehículo.

El recibimiento que el capitán dedicó a su esposa no se caracterizó por una innecesaria pérdida de tiempo. Le miró los pies con desconfianza, se alzó de puntillas, le enderezó el sombrero con un fuerte tirón, susurró con tono audible: «Refrene su lengua» y se apartó de ella sin prestarle por el momento más atención. Su bienvenida a Magdalen, empezando con el habitual derroche de palabras, se interrumpió en medio de la primera frase. El capitán Wragge era muy buen observador e instantáneamente vio algo en la expresión y las maneras de su antigua pupila que denotaba un importante cambio.

Su rostro tenía una serena compostura que, excepto cuando hablaba, le daba un aspecto inerte y frío como de mármol. Su voz era más reposada y uniforme, sus ojos tranquilos, caminaba más despacio que antes. Cuando sonreía, la sonrisa aparecía y desaparecía súbitamente y mostraba una pequeña contracción nerviosa en una de las comisuras de la boca que antes no era visible. Se mostró sumamente paciente con la señora Wragge, trató al capitán con una cortesía y una consideración enteramente nuevas en la experiencia que tenía de ella, pero no se interesaba por nada. Las pintorescas tiendecitas de la callejuela, el mar que se cernía, tan próximo, sobre ellos, el antiguo ayuntamiento junto a la playa, los prácticos, los pescadores, los barcos que pasaban: todos estos objetos los observó con tanta indiferencia como si conociera Aldborough desde la infancia, y cuando el capitán se detuvo en la verja del jardín de North Shingles y le mostró la nueva casa con aire triunfal, apenas le echó una ojeada. La primera pregunta que hizo estaba relacionada, no con su nueva residencia, sino con la de Noel Vanstone.

—¿Vive cerca de nosotros? —preguntó, traicionando sus emociones por primera y única vez.

El capitán Wragge respondió señalando la quinta villa a partir de North Shingles, en el lado de Aldborough que limitaba con Slaughden. De repente, Magdalen se alejó de la verja cuando él le indicó el emplazamiento y echó a andar sola para ver la casa más de cerca.

El capitán Wragge la siguió con la mirada y meneó la cabeza, descontento.

—¿Puedo hablar ahora? —inquirió una voz dócil a su espalda, pronunciando las palabras respetuosamente veinticinco centímetros por encima de su sombrero de paja.

El capitán giró en redondo y se encaró con su mujer. La perplejidad más que ordinaria que era visible en su rostro sugirió al capitán que Magdalen no había llevado a cabo las instrucciones de su carta y que la señora Wragge había llegado a Aldborough sin el debido conocimiento de la transformación total que habían de sufrir su nombre y su identidad. La necesidad de despejar esta duda era demasiado grave para tomársela a la ligera, y el capitán Wragge comenzó el interrogatorio pertinente sin tardanza.

—Enderécese y escuche —empezó—. Tengo que hacerle una pregunta. ¿Sabe en qué pellejo se halla en este momento? ¿Sabe que está usted muerta y enterrada en Londres y que se ha alzado de las cenizas de la señora Wragge como un ave fénix? ¡No! Es evidente que no. Esto es absolutamente vergonzoso. ¿Cómo se llama?

—Matilda —respondió la señora Wragge en un estado de profundísimo desconcierto.

—¡Nada de eso! —exclamó el capitán airadamente—. ¿Cómo osa decirme que se llama Matilda? Se llama Julia. ¿Quién soy yo? ¡Sostenga derecho ese cesto de emparedados o lo arrojaré al mar! ¿Quién soy yo?

—No lo sé —dijo la señora Wragge esta vez, refugiándose dócilmente en la negación.

—¡Siéntese! —dijo su marido señalando el bajo muro del jardín de Villa North Shingles—. ¡Más a la derecha! ¡Más aún! Ya vale. ¿No lo sabe? —repitió el capitán encarándose severamente con su mujer así que pudo situar su rostro al nivel del de ella por el procedimiento de sentarla—. Que no vuelva a oírle decir eso una segunda vez. No quiero que una mujer que no sabe quién soy me afeite mañana por la mañana. ¡Míreme! Más a la izquierda, más aún. Ya vale. ¿Quién soy yo? Soy el señor Bygrave, nombre de pila, Thomas. ¿Quién es usted? Es la señora Bygrave, nombre de pila, Julia. ¿Quién es esa señorita que ha viajado con usted desde Londres? Esa señorita es la señorita Bygrave, nombre de pila, Susan. ¡Repítamelo todo al instante, como el Catecismo! ¿Cómo se llama usted?

—¡Tenga piedad de mi pobre cabeza! —suplicó la señora Wragge—. ¡Oh, por favor, tenga piedad de mi pobre cabeza hasta que salga de ella la diligencia!

—No la altere —dijo Magdalen, que había vuelto en ese instante—. Lo aprenderá en su momento. Entremos en la casa.

El capitán Wragge meneó su precavida cabeza una vez más.

—Empezamos mal —dijo, con menos cortesía de la habitual—. La estupidez de mi mujer se interpone ya en nuestro camino.

Entraron en la casa. Las disposiciones del capitán satisficieron plenamente a

Magdalen; aceptó la habitación que le había destinado, aprobó a la criada que había contratado, se presentó a tomar el té cuando la llamaron; pero seguía sin mostrar el más mínimo interés por el nuevo lugar. Poco después de que se quitara la mesa, y aunque aún era de día, se apoderó de la señora Wragge la somnolencia acostumbrada que la atacaba después de un esfuerzo de cualquier tipo. Así pues, recibió la orden de su marido de abandonar la habitación (asegurándose de que llevaba los zapatos bien calzados) y meterse (estrictamente en el personaje de la señora Bygrave) en la cama. Tan pronto como se quedaron solos, el capitán clavó en Magdalen una mirada penetrante y aguardó a que le dirigiera la palabra. Ella no dijo nada. Entonces el capitán se aventuró a iniciar la conversación con una pregunta cortés sobre el estado de su salud.

—Parece fatigada —señaló con sus modales más zalameros—. Me temo que el viaje ha sido excesivo para usted.

—No —replicó ella mirando por la ventana con nerviosismo—. No estoy más fatigada de lo habitual. Ahora siempre estoy cansada, cansada al acostarme, cansada al levantarme. Si desea oír esta noche lo que tengo que decirle, estoy dispuesta a hacerlo. ¿Podemos ir afuera? Aquí hace mucho calor y el murmullo de las voces de esos hombres es insoportable. —Señaló a través de la ventana a un grupo de barqueros que ganduleaban como sólo pueden hacerlo los hombres de mar, apoyados en el muro del jardín—. ¿No hay ningún lugar tranquilo en este miserable lugar? —preguntó, exasperada—. ¿No podríamos respirar un poco de aire fresco y evitar que nos molesten unos desconocidos?

—La soledad es perfecta a media hora de paseo desde la casa —contestó el capitán rápidamente.

—Muy bien. Salgamos, pues.

Con un suspiro de cansancio, Magdalen cogió su sombrero de paja y su ligero pañuelo de muselina de la mesa auxiliar donde los había arrojado al llegar y encabezó con apatía la marcha hacia la puerta. El capitán Wragge la siguió hasta la verja del jardín y allí le detuvo una nueva idea.

—Perdóneme —dijo en un susurro—. En el actual estado de ignorancia en que se halla mi mujer con respecto a quién es ella, sería mejor que no la dejáramos sola en la casa con una criada nueva. Yo mismo la encerraré con llave por si se despierta antes de que volvamos. Lo que bien se ata nunca se pierde, ¡ya conoce el proverbio! No tardo nada.

El capitán se apresuró a entrar en la casa y Magdalen se sentó en el muro del jardín para aguardar su regreso.

Apenas se había instalado en esa posición cuando dos caballeros que caminaban juntos, y a los que antes no había visto acercarse por el paseo, pasaron cerca de ella.

El atuendo de uno de los dos desconocidos delataba su condición de clérigo. Más

difícil era distinguir la condición social de su compañero a simple vista. Seguramente un observador experimentado hubiera hallado suficientes detalles en su aspecto, sus maneras y sus andares para demostrar que era marino. Se trataba de un hombre en la flor de la vida, alto, delgado y musculoso, con el rostro quemado por el sol y las primeras canas en los cabellos negros, con los ojos oscuros, profundos e insondables, los ojos de un hombre con una voluntad férrea y acostumbrado a mandar. Cuando él y su amigo pasaron por delante de donde estaba sentada Magdalen, fue el que la tuvo más cerca, y la miró sorprendiéndose súbitamente de su belleza, con una admiración franca y sin disimulo, cuya sinceridad era demasiado obvia y demasiado espontánea para que ofendiera por insolente. Sin embargo, en el estado de ánimo en que se encontraba, a Magdalen la ofendió. Notó que los resueltos ojos negros de aquel hombre la penetraban con una brusquedad eléctrica y, frunciendo el entrecejo, volvió la cabeza para mirar hacia la casa.

Inmediatamente volvió de nuevo la cabeza para ver si él había seguido andando. El hombre había avanzado unos cuantos metros, era evidente que luego se había detenido, y se hallaba en aquel momento en el acto mismo de volverse para mirarla una vez más. Su compañero, el clérigo, percatándose de que Magdalen parecía molesta, lo cogió por el brazo con familiaridad y, medio en serio medio en broma, le obligó a seguir caminando. Ambos desaparecieron por la esquina de la siguiente casa. Al dar la vuelta, el marino tostado por el sol detuvo a su compañero en dos ocasiones y en dos ocasiones miró hacia atrás.

—¿Un amigo? —inquirió el capitán Wragge, que acababa de volver en aquel preciso instante.

—Desde luego que no —contestó ella—. Un completo desconocido. Me ha mirado del modo más impertinente. ¿Vive aquí?

—Lo averiguaré en un momento —dijo el dócil capitán, acercándose al grupo de barqueros para lanzar sus preguntas a diestro y siniestro con la soltura que le caracterizaba. Regresó al cabo de unos minutos con un completo arsenal de información. El clérigo era muy conocido como párroco de un lugar situado a unos cuantos kilómetros hacia el interior. El hombre moreno que lo acompañaba era el hermano de su mujer, capitán de fragata de la marina mercante. Se le suponía invitado en casa de sus parientes únicamente durante el corto espacio de tiempo que precedía a un nuevo viaje. El clérigo se apellidaba Strickland y el capitán de fragata, Kirke; eso era todo lo que sabían los barqueros.

—No importa quiénes son —dijo Magdalen con indiferencia—. La grosería de ese hombre sólo me ha molestado en ese momento. Olvidémoslo. Tengo otras cosas en que pensar, y usted también. ¿Dónde está ese solitario paseo que ha mencionado antes? ¿En qué dirección?

El capitán señaló en dirección sur, hacia Slaughden, y le ofreció su brazo.

Magdalen dudó antes de aceptarlo. Sus ojos se desviaron interrogativamente hacia la casa de Noel Vanstone. Éste se hallaba en el jardín, paseándose de un lado a otro por la pequeña extensión de césped con la cabeza bien alta, discretamente atendido por la señora Lecount, que llevaba el abanico verde de su señor. Viéndolo, Magdalen se cogió inmediatamente del brazo derecho del capitán Wragge para situarse del lado del jardín cuando pasaran por delante.

—Nuestros vecinos van a vernos. Lo menos que puede hacer su sobrina es cogerse de su brazo —dijo Magdalen con una agria carcajada—. ¡Vamos! Adelante.

—Nos están mirando —susurró el capitán—. ¿La presento a la señora Lecount?

—Esta noche no —respondió Magdalen—. Primero espere a oír lo que quiero decirle.

Pasaron junto al muro del jardín. El capitán Wragge se quitó el sombrero con un pequeño floreo y recibió un cortés asentimiento de la señora Lecount como respuesta. Magdalen vio que el ama de llaves inspeccionaba su rostro, su figura y su atuendo con ese interés reticente y esa curiosidad recelosa que sienten las mujeres al observarse unas a otras. Cuando pasaron la casa, la voz aguda de Noel Vanstone llegó hasta Magdalen atravesando la quietud del atardecer.

—Una hermosa joven, Lecount —le oyó decir—. Usted sabe que tengo buen ojo para ese tipo de cosas. ¡Una hermosa joven!

Cuando tales palabras fueron pronunciadas, el capitán Wragge miró a su compañera con repentina sorpresa. La mano de Magdalen temblaba como una hoja sobre su brazo y ella cerraba los labios en una expresión de mudo dolor.

Lentamente y en silencio siguieron caminando hasta llegar al límite sur de las casas y se adentraron en una zona más agreste de guijarros y hierba seca: el desolado término de Aldborough, el solitario inicio de Slaughden.

Era una tarde desapacible y sin viento. Hacia el este se hallaba la majestuosidad gris del mar, aquietado por aquella calma chicha; la línea del horizonte se fundía en el monótono cielo brumoso; los barcos aparecían sombríos e inmóviles en el agua inmóvil. Hacia el sur, el alto escollo del dique marino y el círculo macizo y lúgubre de la atalaya, elevada sobre su montículo de hierba, ocultaban la visión de lo que había más allá. Hacia el oeste, un pálido rayo del sol poniente atravesaba con rojo resplandor el triste cielo, ennegrecía los árboles que bordeaban los lejanos límites de la gran marisma del interior y convertía sus relucientes charcas de agua en charcas de sangre. Más cercana a la vista, la lenta corriente del río Alde, producto de la marea, se retiraba silenciosamente de las orillas fangosas; y, más cerca aún, se hallaba el pequeño puerto perdido de Slaughden, solitario y humilde, con sus embarcaderos abandonados y sus almacenes de maderas podridas, y sus escasos barcos de cabotaje varados en la orilla cenagosa del río. No se oían las olas rompiendo en la playa, no era audible el borbotear del agua en el arroyo perezoso. De vez en cuando, se alzaba el

grito de una gaviota desde la región de la marisma y, a intervalos, desde las granjas del lejano yermo, el débil son de los cuernos que llamaban al ganado viajaba como un lamento fúnebre en medio de la calma del ocaso.

Magdalen retiró la mano del brazo del capitán y le precedió en dirección al montículo de la atalaya.

—Estoy cansada de andar —dijo—. Parémonos aquí a descansar.

Se sentó en la pendiente y, apoyándose en un codo, arrancó maquinalmente las matas de hierba que crecían bajo su mano y las esparció en el aire. Tras dedicarse unos minutos a esta silenciosa ocupación, se volvió hacia el capitán Wragge de repente.

—¿Le sorprende? —preguntó con una alarmante brusquedad—. ¿Me encuentra cambiada?

El fino tacto del capitán le hizo ver que había llegado el momento de ser franco con ella y reservar su retórica para una ocasión más apropiada.

—Ya que me lo pregunta, le contestaré —dijo—. Sí, la encuentro cambiada.

Magdalen arrancó otra mata de hierba.

—Supongo que adivina la razón —dijo.

El capitán tuvo la sensatez de guardar silencio. Respondió asintiendo.

—He perdido el amor propio —prosiguió Magdalen, arrancando las matas de hierba cada vez más deprisa—. Decir eso no es decir mucho quizá, pero puede que le ayude a comprenderme. En otro tiempo hubiera preferido morir antes que hacer ciertas cosas; sólo de pensarlo se me hubiera helado la sangre. Ahora ya no me importa si las hago o no. Yo no significo nada para mí misma; me intereso tan poco por mí misma como por estos montones de hierba. Supongo que he perdido algo. ¿El qué? ¿El corazón? ¿La conciencia? No lo sé. ¿Lo sabe usted? ¡Qué tonterías estoy diciendo! ¿A quién le importa lo que haya perdido? Ya no está, punto final. Supongo que mi aspecto externo es lo mejor de mí; en cualquier caso, eso permanece. No he perdido mi belleza, ¿verdad? ¡Ya!, ¡ya!, no es necesario que conteste; no se moleste en hacerme cumplidos. Ya me han admirado bastante por hoy. Primero el marino y luego el señor Noel Vanstone, ¡sin duda esto ha de satisfacer la vanidad de cualquier mujer! ¿Tengo algún derecho a llamarme mujer? Quizá no, sólo soy una joven que aún no ha cumplido los veinte. ¡Oh, yo me siento como si tuviera cuarenta! —Lanzó las últimas briznas de hierba a los cuatro vientos y, dándole la espalda al capitán, dejó caer la cabeza hasta que la mejilla tocó el terraplén de hierba—. Tiene un tacto suave y agradable —dijo, arrimándose al suelo con una ternura desesperada y horrible de ver—. No me rechaza. ¡Madre Tierra! ¡La única madre que me queda!

El capitán Wragge la contempló con mudo asombro. La experiencia de la humanidad que él poseía era incapaz de sondear hasta sus profundidades el terrible abandono de sí misma que se había abierto camino hasta la superficie con sus

imprudentes palabras, y que ahora la impelía rápidamente a cometer acciones aún más imprudentes. «¡Diabólicamente extraño! —pensó el capitán con inquietud—. ¿Le ha trastocado el cerebro la pérdida de su amor?» Reflexionó unos instantes más y luego habló.

—Déjelo para mañana —sugirió el capitán en confianza—. Esta noche está un poco cansada. No hay prisa, mi querida niña, no hay prisa.

Magdalen levantó la cabeza al instante y volvió la mirada hacia él con la misma determinación furiosa, con el mismo y desesperado desprecio de sí misma que el capitán había visto en su rostro en York, el memorable día en York en que Magdalen había actuado ante él por primera vez.

—He venido hasta aquí para contarle lo que tengo pensado —dijo— ¡y se lo contaré! —Se sentó erguida en la pendiente y aferrándose las rodillas con las manos contempló, mirando fijamente al frente, la vista que se sumía poco a poco en la penumbra. En esta extraña postura aguardó hasta haberse serenado, y luego, sin volver la cabeza para mirarlo, dirigió al capitán estas palabras:

—Cuando usted y yo nos conocimos —empezó Magdalen de repente— me esforcé por ocultar mis pensamientos. Ahora sé lo suficiente para darme cuenta de que he fracasado. Cuando le conté en York que Michael Vanstone nos había arruinado, creo que adivinó usted por su cuenta que yo al menos estaba resuelta a no aceptarlo. Tanto si lo adivinó como si no, así es. Abandoné a mis allegados con esa determinación en mente, y la siento ahora en mi interior más fuerte, diez veces más fuerte que antes.

—Diez veces más fuerte que antes —repitió el capitán—. Exactamente, la consecuencia natural de la firmeza de carácter.

—No. La consecuencia natural de no tener nada más en qué pensar. Yo tenía algo más en qué pensar antes de que me encontrara enferma en Vauxhall Walk. Ahora no tengo nada. Recuérdelo, si me encuentra en el futuro repitiendo siempre la misma cantinela. Una pregunta primero. ¿Adivinó usted lo que pensaba hacer aquella mañana en que me mostró el periódico y leí la noticia de la muerte de Michael Vanstone?

—En general —contestó el capitán Wragge—. Adiviné, en general, que se proponía meter la mano en su bolsa y extraer de ella (del modo más correcto) lo que era suyo. En aquel entonces me dolió mucho que no me permitiera ayudarla. ¿Por qué es tan reservada conmigo? (me dije a mí mismo). ¿Por qué es tan irracionalmente reservada?

—Ahora no tendrá reservas de las que quejarse —prosiguió Magdalen—. Se lo digo claramente: si los acontecimientos no se hubieran desarrollado como lo hicieron, usted me habría ayudado. Si Michael Vanstone no hubiera muerto, yo habría ido a Brighton y habría hallado el modo de trabar relación con él sin peligro, usando un

nombre falso. Tenía suficiente dinero para vivir respetablemente durante muchos meses. Hubiera empleado ese tiempo, hubiera esperado todo un año, de haber sido necesario, para aniquilar la influencia de la señora Lecount sobre él, y hubiera acabado ganándome esa influencia con mis propias habilidades. Tenía a mi favor la ventaja de la juventud y la novedad, la ventaja de la auténtica desesperación. Habría triunfado. Antes de que terminara el año, antes de que terminara la mitad del año, habría visto usted cómo despedían a la señora Lecount y me aceptaban en la casa en su lugar como hija adoptiva de Michael Vanstone, como la fiel amiga que le habría salvado de una aventurera en su vejez. Jóvenes no mayores que yo han intentado engaños tan desesperados en apariencia como el mío y los han llevado a cabo con éxito. Tenía preparada mi historia, tenía trazados los planes, sabía cuál era el punto flaco de aquel viejo para atacarlo a mi modo, el mismo que la señora Lecount había hallado antes para atacarlo al suyo; vuelvo a decirle que hubiera tenido éxito.

—Lo creo —dijo el capitán—. ¿Y después qué?

—El señor Michael Vanstone habría cambiado de administrador. Usted le habría sucedido en el puesto y aquellas inteligentes especulaciones en las que invertía con tanta afición le habrían costado la fortuna que nos había robado a mi hermana y a mí. Hasta el último penique, capitán Wragge; tan cierto como que está usted ahí sentado, ¡hasta el último penique! Una audaz conspiración, un escandaloso engaño, ¿no cree? ¡No me importa! La conciencia me dice que cualquier conspiración, cualquier engaño está justificado por la vil ley que nos ha dejado desamparadas. Hablaba usted antes de mi reserva. ¿La he abandonado por fin? ¿No he hablado claro hace un momento?

El capitán se llevó la mano al corazón con solemnidad y se embarcó una vez más en su más caudaloso flujo de palabras.

—Me llena usted de vano pesar —dijo—. De haber vivido aquel viejo, ¡qué cosecha hubiera recogido de él! ¡Qué transacciones de agricultura moral habría tenido el privilegio de efectuar! *Ars longa vita brevis* —dijo el capitán Wragge, pasándose lastimosamente al latín—. ^[24] Derramemos una lágrima por las oportunidades perdidas del pasado y probemos lo que el presente puede ofrecernos para consolarnos. He sacado una clara conclusión. El experimento que se proponía intentar con el señor Michael Vanstone es totalmente imposible de aplicar, mi querida niña, al caso de su hijo. El hijo es insensible a toda forma común de tentación pecuniaria. Puede usted creer en mi solemne palabra —continuó el capitán, recordando con indignación la respuesta a su anuncio en *The Times*— cuando le informo de que el señor Noel Vanstone es rotundamente el más mezquino de los hombres.

—Puedo creer también en mi propia experiencia —dijo Magdalen—. Lo he visto y he hablado con él; lo conozco mejor que usted. ¡Una nueva revelación, capitán Wragge, para su conocimiento! Le envié ciertas prendas de disfraz cuando ya habían servido al propósito por el que me los llevé a Londres. Ese propósito fue el de llegar

hasta Noel Vanstone, disfrazada, y juzgar por mí misma a la señora Lecount y a su amo. Conseguí mi objetivo y le repito que conozco a las dos personas de esa casa de allí, con las que ahora tenemos que tratar, mejor que usted.

El capitán Wragge expresó el profundo asombro y formuló las inocentes preguntas que se adecuaban al estado mental de una persona cogida completamente por sorpresa.

—Bien —prosiguió, cuando Magdalen hubo contestado sucintamente—, ¿y cuál es el resultado de sus propias observaciones? Tiene que haber un resultado, de lo contrario no estaríamos aquí. ¿Ha decidido qué debe hacerse? Sin duda, mi querida niña, lo habrá decidido ya.

—Sí —respondió ella con rapidez—. Lo he decidido.

El capitán se acercó un poco más a ella, con una ávida curiosidad que se manifestaba en cada arruga de su rostro truhanesco.

—Siga —dijo con un susurro impaciente—. Se lo ruego, siga.

Magdalen escudriñó pensativamente la penumbra del anochecer sin darle respuesta, sin que pareciera haberle oído. Sus labios se cerraron y sus manos se apretaron con fuerza inconsciente alrededor de las rodillas.

—No se puede negar el hecho —dijo el capitán Wragge, incitándola con cautela a hablar—, de que es más difícil abordar al hijo que al padre...

—A mi manera no —le interrumpió Magdalen de repente.

—¿De veras? —dijo el capitán—. ¡Bien! Dicen que todo tiene su truco, si sabemos buscarlo. Supongo que usted habrá sabido buscarlo y que ha obtenido sus frutos; lo ha encontrado.

—No me he molestado en buscarlo; lo he hallado sin tener que hacerlo.

—¡Qué demonios! —exclamó el capitán Wragge con gran perplejidad—. Mi querida niña, ¿acaso mi visión de su situación actual me ha inducido a error? Tal como yo lo veo, ahí está el señor Noel Vanstone en posesión de su fortuna y la de su hermana, igual que antes su padre, y tan resuelto a conservarla como él.

—Sí.

—Y aquí está usted, totalmente incapaz de conseguirla mediante la persuasión, totalmente incapaz de obtenerla legalmente, aunque tan resuelta a arrebatársela al hijo como lo estaba en el caso del padre, a su pesar y mediante una estratagema.

—Con la misma resolución. No por la fortuna en sí, ¡fíjese en lo que le digo!, sino por un sentido de justicia.

—Ni más ni menos. ¿Y los medios para hacer justicia, que eran arduos con el padre, que no era un avaro, serán fáciles con el hijo, que sí lo es?

—Verdaderamente fáciles.

—¡Llámeme asno por primera vez en mi vida! —exclamó el capitán, exasperado—. ¡Que me aspen si sé de lo que habla!

Magdalen le miró por primera vez, le miró fijamente a la cara.

—Se lo diré claramente —dijo—. Voy a casarme con él.

El capitán Wragge empezó a levantarse y se quedó de rodillas, petrificado por el asombro.

—Recuerde lo que le he dicho —continuó Magdalen, volviendo a apartar la vista—. He perdido el amor propio. Ahora sólo me queda un objetivo en la vida, y cuanto antes lo alcance y muera, mejor. Si... —Se interrumpió, cambió de posición y señaló con una mano el arroyo que menguaba rápidamente a sus pies brillando con tenue resplandor a la luz del crepúsculo—. Si fuera lo que era en otro tiempo, antes me hubiera arrojado a ese río que hacer lo que pienso llevar a cabo ahora. Lo cierto es que ya no me preocupa. No quiero fatigar mi mente con más ardides. El camino más corto y vil se abre ante mí. Lo tomo, capitán Wragge, y me caso con él.

—¿Manteniéndole en la ignorancia sobre su auténtica identidad? —dijo el capitán poniéndose en pie lentamente y volviéndose despacio para verle la cara—. ¿Casándose con él como mi sobrina, la señorita Bygrave?

—Como su sobrina, la señorita Bygrave.

—¿Y después de la boda...? —Se le quebró la voz al iniciar la pregunta y la dejó sin terminar.

—Después de la boda —dijo Magdalen—, no necesitaré más de su ayuda.

El capitán se inclinó al recibir aquella respuesta, miró de cerca a Magdalen y retrocedió de repente sin pronunciar palabra. Se alejó unos cuantos pasos y se sentó de nuevo con determinación sobre la hierba. Si Magdalen hubiera podido verle el rostro en la penumbra, se habría sobresaltado. Por primera vez desde su niñez, seguramente, el capitán Wragge había mudado de color. Estaba lívido.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó Magdalen—. ¿Espera a oír tal vez qué condiciones le ofrezco? Éstas son mis condiciones. Pagaré todos nuestros gastos aquí y, cuando nos separemos el día de la boda, le haré un regalo de despedida de doscientas libras. ¿Me promete su ayuda con estas condiciones?

—¿Qué espera de mí? —preguntó él, mirándola furtivamente y con una repentina desconfianza en su tono de voz.

—Espero que proteja mi falsa identidad y la suya —respondió Magdalen—, y que impida que cualquier posible pesquisa por parte de la señora Lecount le revele quién soy en realidad. No pido más. El resto corre de mi cuenta.

—¿No tendré nada que ver con lo que ocurra en cualquier momento o lugar después de la boda?

—Nada en absoluto.

—¿Podré abandonarla en la puerta de la iglesia si lo deseo?

—A la puerta de la iglesia y con su gratificación en el bolsillo.

—¿Pagada con su propio dinero?

—¡Por supuesto! ¿Cómo habría de pagarla si no?

El capitán Wragge se quitó el sombrero y se pasó el pañuelo por la cara con alivio.

—Déme un minuto para pensarlo —pidió.

—Tantos minutos como quiera —dijo Magdalen volviendo a su antigua postura, apoyada en el terraplén, y a la ocupación anterior de arrancar matas de hierba y lanzarlas al aire.

Las reflexiones del capitán no se vieron enturbiadas por divergencias innecesarias entre la contemplación de su posición y la contemplación de la de Magdalen. Totalmente incapaz de comprender la herida que había infligido a Magdalen la infame traición de Frank —una herida que la había separado, de un solo golpe cruel, de la ambición que, aun siendo engañosa, había sido la ambición salvadora de su vida —, el capitán Wragge aceptó el hecho de su desesperación tal como lo veía y luego pasó directamente a las consecuencias de la propuesta que le había hecho Magdalen.

En la perspectiva «anterior» al matrimonio no veía nada más grave que la práctica de un engaño que no difería demasiado —salvo en el objetivo que se quería alcanzar — de los engaños que su vida de truhán le había acostumbrado desde hacía mucho tiempo a contemplar y a llevar a cabo. En la perspectiva «posterior» al matrimonio distinguía vagamente, a través de la ominosa oscuridad del futuro, los fantasmas acechantes del crimen y el terror, y tras ellos los negros abismos de la ruina y la muerte. Hombre con una audacia y recursos ilimitados dentro de sus propios y mezquinos límites, más allá de estos límites el capitán era tan respetuosamente sumiso a la majestad de la ley como el hombre más inofensivo, y tan cauto en salvaguardar su seguridad personal como el mayor cobarde que haya pisado la tierra. Pero una grave duda ocupaba sus pensamientos. ¿Podría, en las condiciones que le proponía Magdalen, formar parte de la conspiración contra Noel Vanstone hasta el momento de la boda y retirarse luego sin peligro de verse envuelto en las consecuencias que la experiencia le decía que habrían de producirse con toda certeza?

Por extraño que parezca, su decisión en aquel momento de necesidad estuvo influida nada menos que por el propio Noel Vanstone. El capitán podría haberse resistido a la oferta monetaria que le hacía Magdalen, pues los beneficios del espectáculo teatral habían llenado sus bolsillos con una cantidad más de tres veces superior a las doscientas libras. Pero la perspectiva de asestar un golpe en la oscuridad al hombre que les había puesto un precio de cinco libras a él y a su información resultó más fuerte que su prudencia y su dominio de sí mismo. En el pequeño terreno neutral de la vanidad, los mejores y los peores hombres se encuentran en las mismas condiciones. La indignación del capitán Wragge cuando leyó la respuesta a su anuncio no disminuyó ante una apreciación retrospectiva de su

propia conducta; se sintió tan ofendido y furioso como si hubiera realizado una propuesta absolutamente honorable y la hubieran recompensado con un insulto personal. El agravio que sentía era demasiado grande para que no se reflejara en su primera carta a Magdalen. Se había propasado en mayor o menor medida en todas las ocasiones posteriores en que se había mencionado el nombre de Noel Vanstone y, al decidir finalmente el rumbo que debía seguir, no es excesivo decir que, por primera vez en su vida, el incentivo del dinero retrocedió a un segundo lugar y el del rencor salió triunfante.

—Acepto —dijo el capitán Wragge, poniéndose de nuevo en pie rápidamente—. Supeditándolo, claro está, a las condiciones acordadas. Nos separaremos el día de la boda. Yo no preguntaré qué hará usted, usted no me preguntará qué haré yo. A partir de entonces será como si no nos conociéramos.

Magdalen se levantó lentamente de la cuesta. Sus maneras y su aspecto traslucían un decaimiento lúgubre y desesperado. Rechazó la mano que le ofrecía el capitán, y su tono, cuando le respondió, fue tan bajo que él apenas pudo oírla.

—Nos hemos entendido perfectamente —dijo—, y ya podemos volver. Mañana puede presentarme a la señora Lecount.

—Primero debo hacerle unas preguntas —manifestó el capitán con severidad—. En este asunto se corren más riesgos y hay más escollos en nuestro camino de los que usted parece suponer. Debo conocer toda la historia de su visita a la señora Lecount antes de hacer que usted y esa mujer se conozcan.

—Espere a mañana —espetó Magdalen con impaciencia—. No me atosigue hablando de ello esta noche.

El capitán no dijo nada más. Volvieron la mirada hacia Aldborough y regresaron caminando lentamente.

Cuando llegaron a las casas, la noche había caído sobre ellos. No eran visibles ni la luna ni las estrellas. Una débil brisa silenciosa que soplabá desde tierra había llegado acompañando a la oscuridad. Magdalen se detuvo en el solitario paseo para respirar el aire con mayor comodidad. Al cabo de un rato, dio la espalda a la brisa y miró hacia el mar. El inconmensurable silencio de las aguas serenas, perdidas en el negro vacío de la noche, resultaba espantoso. Magdalen contempló la oscuridad como si no tuviera secretos para ella; avanzó lentamente como impelida por alguna atracción oculta en la negrura.

—Voy a bajar al mar —dijo a su compañero—. Espere aquí, en seguida vuelvo.

El capitán la perdió de vista en un instante; fue como si se la hubiera tragado la noche. El capitán escuchó y contó los pasos de Magdalen por el ruido que hacían sobre los guijarros en el profundo silencio. Se alejaban lentamente, adentrándose en la negrura cada vez más. De repente, cesó el ruido. ¿Se había detenido en su camino o había llegado a una de las franjas de arena que el reflujo dejaba al descubierto?

Aguardó y aguzó los oídos con inquietud. El tiempo pasaba y no conseguía oír nada. Siguió escuchando con creciente recelo hacia la oscuridad. Segundos después le llegó un sonido desde la playa invisible. Distante y débil, un largo gemido quebró el silencio. Luego, todo volvió a quedar en calma.

Súbitamente alarmado, el capitán se dispuso a bajar hasta la playa y llamar a Magdalen. Antes de que pudiera cruzar el paseo, oyó unos pasos que avanzaban con rapidez. Esperó un momento y la figura de un hombre pasó rápidamente a lo largo del paseo, entre él y el mar. Estaba demasiado oscuro para distinguir los rasgos del desconocido; sólo pudo ver que era un hombre alto, tan alto como aquel oficial de la marina mercante llamado Kirke.

La figura pasó dirigiéndose al norte y desapareció inmediatamente. El capitán Wragge cruzó el paseo, bajó unos cuantos pasos hacia la playa, se detuvo y volvió a escuchar. El ruido de pasos sobre la grava llegó una vez más a sus oídos, tan despacio como antes se había alejado. El capitán llamó para guiarlos hasta él. Magdalen apareció a la vista ascendiendo la cuesta de grava como una sombra que surgía de la negrura de la noche.

—Me ha alarmado —susurró el capitán con nerviosismo—. Temía que le hubiera ocurrido algo. La he oído gritar, como si sufriera algún dolor.

—¿En serio? —dijo Magdalen con indiferencia—. Sufría un dolor. No importa. Ahora todo ha terminado.

Mientras contestaba, la mano de Magdalen se balanceaba algo mecánicamente. Era la bolsita de seda blanca que había ocultado en su seno hasta entonces. Una de las reliquias que contenía —una de las reliquias de las que no se había desprendido antes por flaquearle el ánimo— había desaparecido para siempre. Sola en una playa extraña, Magdalen se había separado del más querido de sus recuerdos y esperanzas virginales. Sola en una playa extraña, había sacado el mechón de cabellos de Frank del lugar en el que antes lo atesoraba y lo había arrojado lejos de sí, al mar y a la noche.

CAPÍTULO II

El hombre alto que había pasado por delante del capitán Wragge en la oscuridad siguió caminando con rapidez por el paseo, acortó camino a través de una pequeña extensión de tierra baldía y entró por la puerta abierta del Aldborough Hotel. La luz del pasillo que al pasar le dio de lleno en el rostro demostró la veracidad de la suposición del capitán Wragge: el desconocido era el señor Kirke, de la marina mercante.

Al encontrarse con el dueño en el pasillo, el señor Kirke le saludó inclinando la cabeza con la familiaridad de un antiguo cliente.

—¿Tiene usted el periódico? —preguntó—. Quiero echar un vistazo a la lista de visitantes.

—Lo tengo en mi habitación, señor —dijo el dueño, encabezando la marcha hacia un gabinete del fondo—. ¿Cree usted que encontrará a algún amigo suyo aquí?

El marino buscó la lista sin responder en cuanto colocaron el periódico en sus manos y la recorrió con el dedo, nombre por nombre. El dedo se detuvo de repente en esta línea: «Sea-View Cottage: señor Noel Vanstone». Kirke, del servicio mercante, repitió el nombre para sus adentros y dejó el periódico con aire pensativo.

—¿Ha encontrado a algún conocido, capitán? —preguntó el dueño.

—He encontrado un nombre que conozco, un nombre del que mi padre hablaba a menudo en sus tiempos. ¿Tiene familia este tal señor Vanstone? ¿Sabe si hay una joven en la casa?

—No sabría decírselo, capitán. Mi mujer llegará en seguida. Seguro que ella lo sabe. Debe de hacer bastante tiempo, si su padre conocía a ese señor Vanstone, ¿no?

—Sí, fue hace mucho tiempo. Mi padre conoció a un oficial subalterno con ese nombre cuando se hallaba en Canadá con su regimiento. Sería curioso que el de aquí resultara ser el mismo hombre y que esa joven fuera su hija.

—Discúlpeme, capitán, pero parece usted algo pendiente de esa joven —dijo el dueño con una agradable sonrisa.

Al señor Kirke no pareció agradarle demasiado el derrotero que acababa de tomar el buen humor del dueño. Volvió bruscamente al tema del oficial subalterno y el regimiento en Canadá.

—La historia de aquel pobre hombre era la más triste que he oído en mi vida —dijo, mirando de nuevo distraídamente la lista de visitantes.

—¿Se causaría algún daño si me la contara, señor? —preguntó el dueño—. Triste o no, una historia es una historia, cuando se sabe que es verídica.

El señor Kirke vaciló.

—No creo que hiciera bien en contarla —dijo—. Si ese hombre o cualquier pariente suyo vivieran todavía, no les gustaría que unos desconocidos conocieran una

historia como la suya. Lo único que puedo decirle es que mi padre salvó a ese joven oficial en terribles circunstancias. Se despidieron en Canadá. Mi padre se quedó con su regimiento; el joven oficial abandonó el ejército y volvió a Inglaterra. No volvieron a verse. Sería curioso que este Vanstone fuera el mismo hombre. Sería curioso...

Se interrumpió de repente cuando otra referencia a «la joven» estaba a punto de escapar de sus labios. En ese mismo momento entró la esposa del dueño y el señor Kirke trasladó inmediatamente sus preguntas a la autoridad más alta de la casa.

—¿Sabe usted algo de este señor Vanstone que aparece en la lista de visitantes? —preguntó el marino—. ¿Es un hombre mayor?

—Es un hombrecillo de aspecto miserable —respondió la mujer—, ¡pero no es viejo, capitán!

—Entonces no es el hombre al que me refería. Quizá sea el hijo. ¿Vive alguna señora con él?

La patrona levantó el mentón e hizo una mueca de desprecio.

—Tiene un ama de llaves —dijo—. Una mujer de mediana edad, no es de mi clase. Tal vez me equivoque, pero no me gusta ver a una mujer tan bien vestida en su posición.

—Debo de haber cometido un error con la casa —dijo el señor Kirke, que empezaba a desconcertarse—. ¿Sea-View Cottage no es ésa que tiene el césped cortado en forma octogonal y un asta de bandera blanca en el centro del paseo de gravilla?

—¡Ésa no es Sea-View, señor! Es North Shingles de la que habla, donde reside el señor Bygrave. Su esposa y su sobrina han llegado hoy en la diligencia. Su esposa es lo bastante alta para exhibirla en la feria, y la mujer peor vestida que he visto jamás. Pero la señorita Bygrave es una joven digna de verse, si se me permite decirlo. En mi opinión es la chica más guapa que hemos tenido en Aldborough desde hace mucho tiempo. ¡Me pregunto quiénes serán! ¿Le suena el nombre, capitán?

—No —respondió el señor Kirke con una sombra de decepción en su rostro moreno y curtido—. No había oído nunca ese nombre.

Tras estas palabras, se levantó para marcharse. En vano le invitó el dueño a beber un último vaso; en vano insistió la patrona para que se quedara diez minutos más y tomara una taza de té. Él se limitó a aducir que su hermana lo estaba esperando y que debía regresar a la casa parroquial inmediatamente.

El señor Kirke abandonó el hotel en dirección oeste y caminó hacia el interior a lo largo de la carretera con toda la celeridad que le permitía la oscuridad.

«¿Bygrave? —pensó—. ¡Ahora que conozco su nombre, de qué me va a servir! Si hubiera sido Vanstone, tal vez el hijo de mi padre hubiera gozado de alguna ocasión de trabar relación con ella.» Se detuvo y volvió la vista hacia Aldborough.

—¡Qué estúpido soy! —exclamó de repente, golpeando el suelo con el bastón—. Cumplí los cuarenta en mi último cumpleaños. —Se dio la vuelta y continuó más deprisa que antes con la cabeza gacha; sus resueltos ojos negros escudriñaban la oscuridad del terreno de la misma forma que otras muchas veces el mar desde la cubierta de su barco.

Después de caminar más de una hora, Kirke llegó a una aldea con una pequeña y primitiva iglesia y una casa parroquial, situadas la una junto a la otra en el fondo de una hondonada. Entró en la casa por la parte de atrás y halló a su hermana, la esposa del clérigo, sentada sola con su labor en la salita.

—¿Dónde está tu marido, Lizzie? —preguntó, sentándose en una silla en un rincón.

—William ha ido a ver a un enfermo. Tuvo el tiempo justo antes de salir —añadió con una sonrisa— para hablarme de la joven y afirma que no volverá a Aldborough contigo hasta que sientes la cabeza y te cases. —Se interrumpió y miró a su hermano con mayor atención de la que le había dedicado hasta entonces—. ¡Robert! —exclamó, dejando a un lado su labor y acercándose a él repentinamente—. Pareces inquieto y angustiado. William bromeaba sobre tu encuentro con la joven, pero... ¿Es serio? Dime, ¿cómo es?

Él volvió la cabeza.

La hermana se sentó en un taburete a sus pies e insistió en mirarlo.

—¿Es serio? —repitió en voz baja.

El rostro curtido de Kirke no estaba acostumbrado a disimulos; respondió por él antes de que pronunciara una sola palabra.

—No se lo digas a tu marido hasta que me haya ido —pidió con una rudeza que nunca antes había conocido su hermana—. Sé que merezco que se burlen de mí, pero aun así me duele.

—¿Te duele? —repitió ella, atónita.

—No puedes considerarme ni la mitad de idiota de lo que me considero yo, Lizzie —prosiguió Kirke con amargura—. Un hombre de mi edad no debería hacer estas cosas. No la he visto más de un minuto y ahí me ves, rondando el lugar hasta después del anochecer con la esperanza de volver a verla; agazapado, habría dicho yo si hubiera encontrado a uno de mis hombres haciendo lo que hacía yo. Creo que estoy embrujado. No es más que una muchacha, Lizzie, dudo de que haya cumplido los veinte, tengo edad para ser su padre. Da igual; la tengo metida en la cabeza a mi pesar. He visto su rostro mirándome en la más completa oscuridad en cada paso que he dado hasta llegar a esta casa; me está mirando ahora tan claramente como te veo a ti; más aún.

Kirke se levantó con gesto impaciente y empezó a caminar de un lado a otro de la estancia. Su hermana lo miró con la sorpresa y también con la simpatía pintadas en el

rostro. Estaba acostumbrada a ver a su hermano siempre dueño de sí mismo desde que era adolescente. En los años posteriores, con la ruina de la familia, él había sido su ejemplo y su sostén. Ella sabía que en situaciones críticas y desesperadas de la vida en alta mar, cuando cientos de compañeros habían buscado en la sangre fría de su hermano la salvación ante la amenaza de la muerte, no habían buscado en vano. Jamás en toda su vida había visto que la mente serena y equitativa de su hermano perdiera el equilibrio como lo veía ahora.

—¿Cómo puedes hablar de esa manera tan poco razonable sobre tu edad y sobre ti mismo? —dijo—. No hay mujer que sea lo bastante buena para ti, Robert. ¿Cómo se llama?

—Bygrave. ¿Te suena?

—No, pero podría trabar relación con ella. Si tuviéramos un poco más de tiempo, si pudiera ir a Aldborough y verla, pero te vas mañana; tu barco zarpa al final de la semana.

—¡Gracias a Dios! —dijo Kirke con vehemencia.

—¿Te alegras de marcharte? —preguntó ella, cada vez más asombrada.

—Y mucho, Lizzie, por mi propio bien. Si quiero recobrar el buen juicio, habré de hallarlo en la cubierta de mi barco. Esa chica se ha interpuesto ya entre mis pensamientos y yo; no permitiré que se interponga también entre mi deber y yo. Eso lo tengo muy claro. Por idiota que sea, tengo el sentido común suficiente para no dejarme tentar por la cercanía de Aldborough mañana por la mañana. Estoy en condiciones de caminar otros treinta kilómetros; emprenderé el regreso esta noche.

Su hermana se levantó y lo cogió con fuerza del brazo.

—¡Robert! —exclamó—. No hablarás en serio. No pensarás marcharte a pie y solo en medio de la noche.

—Sólo significa que despedirnos será lo último que hagamos esta noche, querida, en lugar de ser lo primero que hagamos por la mañana —replicó él con una sonrisa—. Intenta ser indulgente conmigo, Lizzie. Me he pasado la vida en el mar y no estoy acostumbrado a tener el ánimo tan alterado. En tierra los hombres están acostumbrados, se lo toman con calma. Yo no puedo. Si me quedara aquí, no descansaría. Si esperara hasta mañana, volvería allí a echarle otra mirada. No quiero sentirme más avergonzado de mí mismo de lo que ya estoy. Quiero concentrarme de nuevo en mi deber y en mí mismo sin pararme a pensarlo dos veces. La oscuridad no significa nada para mí; estoy acostumbrado a la oscuridad. Caminaré por la carretera para no perderme. ¡Déjame marchar, Lizzie! El único amor con el que puedo tener tratos a mi edad es mi barco. ¡Déjame volver a él!

Su hermana siguió sujetándole con fuerza por el brazo y rogándole que se quedara hasta la mañana siguiente. Él la escuchó con absoluta paciencia y amabilidad, pero Lizzie no consiguió hacerle cambiar de opinión.

—¿Qué le diré a William? —imploró—. ¿Qué pensará cuando vuelva y vea que te has marchado?

—Dile que he seguido el consejo que nos dio en el sermón del domingo pasado. Dile que he dado la espalda al mundo, al demonio y a la carne.

—¡Cómo puedes hablar así, Robert! Y además están los niños; prometiste no marcharte sin despedirte de los niños.

—Eso es cierto. Hice una promesa a mis sobrinos y la cumpliré. —Se quitó los zapatos, empujándolos con los pies mientras hablaba, sobre la estera que había al otro lado de la puerta—. Acompáñame con la luz hasta arriba, Lizzie; me despediré de los dos sin despertarlos.

Ella comprendió la inutilidad de seguir oponiéndose y, cogiendo la bujía, precedió a su hermano escaleras arriba.

Los niños —ambos de corta edad— dormían juntos en la misma cama. El menor de ellos era el favorito de su tío, de quien era tocayo. El niño dormía beatíficamente abrazado con fuerza a un tosco juguete de madera. Los ojos de Kirke se suavizaron cuando se acercó de puntillas por su lado de la cama y lo besó con femenina dulzura.

—¡Pobre hombrecito! —dijo el marino afectuosamente—. Le tiene tanto cariño a su barco de madera como yo a su edad. Le tallaré uno mejor cuando vuelva. ¿Me entregarás a mi sobrino uno de estos días, Lizzie, y me dejarás hacer un marino de él?

—¡Oh, Robert, ojalá te casaras y fueras tan feliz como yo!

—Se me ha pasado la época, querida. Habré de sacar el mayor partido posible de lo que tengo con la ayuda de mi sobrino.

Salió de la habitación. Las lágrimas rodaban por las mejillas de su hermana cuando le siguió hasta la salita.

—Hay algo desesperado y terrible en esta forma de dejarnos —dijo—. ¿Quieres que vaya a Aldborough mañana e intente trabar relación con ella por ti, Robert?

—¡No! —respondió él—. Déjala en paz. Si el destino quiere que vuelva a ver otra vez a esa chica, la veré. Deja actuar al destino y obrarás correctamente. —Se puso los zapatos y cogió su bastón y su sombrero—. No voy a caminar más de lo que pueda —dijo alegremente—. Si no me alcanza la diligencia en la carretera, la esperaré donde me pare a desayunar. Sécate esas lágrimas, querida, y dame un beso.

Lizzie tenía las facciones y la tez como su hermano, y también un toque de su carácter; se enjugó las lágrimas y se despidió de él con valentía.

—Volveré dentro de un año —dijo Kirke en la puerta, volviendo a adoptar sus viejas maneras de marino—. Te traeré un chal de la China, Lizzie, y una caja de té para tu despensa. No dejes que los chicos me olviden y no pienses que hago mal marchándome así. Sé que hago bien. ¡Que Dios te bendiga y te guarde, querida, y a tu marido y a tus hijos! ¡Adiós!

Se inclinó y besó a su hermana. Ella corrió hacia la puerta para verlo marchar.

Una ráfaga de aire apagó la vela y la negra noche lo engulló en un instante.

Tres días después el buque mercante de primera clase, *Deliverance* —capitán: Kirke—, zarpó de Londres con destino al mar de la China.

CAPÍTULO III

La amenaza de cambio y de tormenta se disipó con la noche. Cuando amaneció sobre Aldborough, el sol brillaba en el cielo azul y el agua del mar se rizaba alegremente bajo la brisa estival.

A una hora en que ningún otro visitante de la estación balnearia se había levantado aún, el infatigable Wragge apareció en la puerta de Villa North Shingles y dirigió sus pasos hacia el norte con un ejemplar bellamente encuadernado de los *Scientific Dialogues* de Joyce en la mano. Al llegar al terreno yermo que se extendía detrás de las casas, bajó hasta la playa y abrió el libro. La entrevista de la noche anterior había agudizado su percepción de las dificultades que hallaría en su próxima empresa. Estaba ahora doblemente determinado a probar el experimento de caracterización que había apuntado en su carta a Magdalen y a concentrar en sí mismo —caracterizado como un hombre de vastos conocimientos— todo el interés y la atención de la formidable señora Lecount.

Tras haber tomado su dosis de ciencia de manual (por usar su misma expresión) con el estómago vacío, el capitán Wragge se reunió con su pequeño círculo familiar para el desayuno, ahíto de información para el resto del día. Observó que el rostro de Magdalen mostraba signos evidentes de una noche de vigilia. Magdalen no se quejó; se comportó con tranquilidad y perfecto dominio de sí misma. La señora Wragge —recuperada tras trece horas de reposo ininterrumpido— se hallaba de un humor excelente y (milagro) llevaba los dos zapatos bien calzados. Llevó consigo a la habitación varias hojas grandes de papel de seda limpiamente recortadas de muchas y misteriosas formas, que inmediatamente originaron la pregunta corta y seca de su marido:

—¿Qué lleva ahí?

—Patrones, capitán —dijo la señora Wragge con tímido tono conciliatorio—. Fui de compras en Londres y compré un traje de cachemira oriental. Costó mucho dinero y voy a intentar ahorrar haciéndolo yo misma. Tengo mis patrones y mis instrucciones de costura tan claras como escritas en letra de imprenta. Seré muy ordenada, capitán. Me quedaré en mi rincón, si por favor me da uno, y tanto si me zumba la cabeza como si no, me sentaré derecha mientras me ocupo en mi labor.

—Hará su labor —dijo el capitán severamente— cuando sepa quién es, quién soy yo y quién es esta señorita, no antes. ¡Muéstreme los pies! Bien. ¡Muéstreme la cofia! Bien. Sirva el desayuno.

Cuando el desayuno terminó, la señora Wragge recibió órdenes de retirarse a una habitación contigua y esperar allí hasta que su marido fuera a liberarla. Tan pronto como la señora Wragge se dio la vuelta, el capitán Wragge reanudó la conversación suspendida la noche anterior por deseo expreso de Magdalen. Todas las preguntas que

le formuló estaban relacionadas con el tema de la visita que Magdalen realizó disfrazada a la casa de Noel Vanstone. Eran las preguntas de un hombre muy lúcido: cortas, pertinentes y minuciosas. En menos de media hora conocía cada uno de los incidentes acaecidos en Vauxhall Walk.

Las conclusiones que extrajo el capitán tras obtener la información fueron claras y fácilmente expresadas.

En cuanto a los aspectos desfavorables, manifestó su convicción de que sin duda la señora Lecount había advertido que su visitante iba disfrazada, de que no había abandonado en realidad la habitación, aunque hubiera abierto y cerrado la puerta, y de que por tanto en las dos ocasiones en que Magdalen se había delatado a sí misma utilizando su propia voz, la señora Lecount la había oído. En cuanto a los aspectos favorables, el capitán tenía la absoluta certeza de que el rostro y las cejas pintadas, la peluca y la capa con relleno habían ocultado la identidad de Magdalen tan eficazmente que podía desafiar el escrutinio más atento de la señora Lecount presentándose ante ella con su auténtico aspecto. La dificultad de engañar a los oídos de la señora Lecount igual que a sus ojos no sería tan fácil de solucionar, admitió el capitán sin rodeos. Pero teniendo en cuenta el hecho de que en las dos ocasiones Magdalen se había dejado llevar por la ira, el capitán opinaba que la voz de Magdalen tenía todas las posibilidades razonables de no ser descubierta si evitaba cuidadosamente sus estallidos de genio en el futuro y hablaba en ese tono más tranquilo y normal que la señora Lecount aún no había oído. En general, el capitán se inclinaba a declararse esperanzado si se eliminaba un serio obstáculo desde el principio: ese obstáculo era ni más ni menos que la presencia de la señora Wragge en el lugar de la acción.

Para sorpresa de Magdalen, cuando el curso de su narración le llevó a la historia del fantasma, el capitán Wragge la escuchó con el aire de un hombre que se sentía más fastidiado que divertido por lo que oía. Cuando Magdalen terminó, el capitán le dijo claramente que su desafortunado encuentro con la señora Wragge en las escaleras de la casa de huéspedes era, en su opinión, el más grave de todos los accidentes ocurridos en Vauxhall Walk.

—Puedo resolver la dificultad de la estupidez de mi mujer —dijo—, como he hecho a menudo. Puedo meterle su nueva identidad en la cabeza, pero no puedo sacarle el fantasma de ella. No tenemos la seguridad de que no recordará a la mujer de la capa gris y el sombrero papalina en el momento más crítico y en las circunstancias menos oportunas. En inglés corriente, mi querida niña, la señora Wragge es una trampa bajo nuestros pies a cada paso que damos.

—Si conocemos la existencia de la trampa —dijo Magdalen—, podemos tomar medidas para evitarla. ¿Qué propone usted?

—Propongo —contestó el capitán— el traslado temporal de la señora Wragge.

Hablando meramente desde un punto de vista pecuniario, no puedo permitirme el lujo de separarme de ella definitivamente. Habrá leído a menudo el caso de personas muy pobres súbitamente enriquecidas por herencias que les llegan de lugares remotos e inesperados. El caso de la señora Wragge, cuando me casé con ella, era uno de éstos. Una pariente ya mayor compartió los favores de la fortuna con mi mujer en una de esas ocasiones y, si mantengo las apariencias de una vida familiar, es porque sé por casualidad que la señora Wragge resultará ser beneficiosa para mí una segunda vez a la muerte de esa pariente mayor. De no ser por esta circunstancia, seguramente habría transferido a mi mujer al cuidado de la sociedad en su conjunto, con la alegre convicción de que, si no la mantenía yo, lo haría alguna otra persona. Aunque no puedo permitirme el lujo de actuar de esa manera, no veo objeción alguna a alojarla por el momento y confortablemente en algún otro lugar, digamos en alguna granja apartada y caracterizada como una señora a la que aqueja una enfermedad mental. Para usted el gasto sería insignificante, para mí el alivio sería indescriptible. ¿Qué me dice? ¿La preparo de inmediato y me la llevo en la próxima diligencia?

—¡No!—respondió Magdalen con firmeza—. La vida de la pobrecilla ya es bastante dura. No contribuiré a empeorarla. Se mostró afectuosa y realmente amable conmigo cuando estuve enferma y no permitiré que esté encerrada entre gente extraña si puedo evitarlo. El riesgo de tenerla aquí sólo es un riesgo más. Yo lo correré, capitán Wragge, si usted no quiere hacerlo.

—Piénselo bien —dijo el capitán con gravedad— antes de decidirse a conservar a su lado a la señora Wragge.

—Ya lo he pensado —replicó Magdalen—. No permitiré que la separe de nosotros.

—Muy bien —dijo el capitán con resignación—. Nunca me entrometo en cuestiones de sentimientos. Pero tengo algo que decir en mi favor. Si quiere que mis servicios sean de alguna utilidad para usted, no puedo tener las manos atadas desde el comienzo. Esto se lo digo en serio. No permitiré que mi mujer y la señora Lecount se conozcan. A mí me da miedo, aunque a usted no se lo dé, y pongo como condición que si la señora Wragge se queda aquí, permanezca en su habitación. Si usted cree que su salud lo requiere, puede sacarla a dar un paseo por la mañana temprano o por la noche, pero no debe dejarla salir jamás ni con la criada ni sola. Lo digo con toda claridad, es demasiado importante para tomárselo a la ligera. ¿Qué me dice, sí o no?

—Digo que sí —respondió Magdalen tras unos instantes de reflexión—. A condición de que pueda sacarla a pasear como usted propone.

El capitán Wragge inclinó la cabeza y recobró la suavidad de sus maneras.

—¿Cuáles son nuestros planes? —preguntó—. ¿Iniciaremos nuestra empresa esta tarde? ¿Está usted lista para ser presentada a la señora Lecount y a su amo?

—Totalmente.

—Bien de nuevo. Los encontraremos en el paseo a la hora habitual en que salen, a las dos. Aún no son las doce. Dispongo de dos horas, el tiempo justo para meter a mi mujer en su nuevo pellejo. El proceso es absolutamente necesario para evitar que nos comprometa delante de la criada. No tema por los resultados; he metido a la señora Wragge una copiosa selección de nombres falsos en la cabeza en el curso de nuestra carrera conyugal. No es más que una cuestión de metérselo con fuerza, nada más. Creo que ahora ya está todo arreglado. ¿Hay algo que pueda hacer antes de las dos? ¿Tiene usted alguna ocupación en que emplear la mañana?

—No —dijo Magdalen—. Volveré a mi habitación e intentaré descansar.

—Ha pasado una mala noche, me temo... —dijo el capitán, abriéndole cortésmente la puerta.

—Me he quedado dormida una o dos veces —contestó ella con indiferencia—. Supongo que estoy un poco nerviosa. Los audaces ojos negros de aquel hombre que me miró tan groseramente ayer por la tarde parecían volver a mirarme en mis sueños. Si lo vemos hoy y vuelve a molestarme, tendré que pedirle a usted que hable con él. Nos encontraremos aquí a las dos. No sea duro con la señora Wragge; enséñele lo que ha de aprender con la mayor delicadeza posible.

Magdalen se despidió de él con estas palabras y se fue arriba.

Se tumbó en la cama con un hondo suspiro e intentó dormir. Fue inútil. El triste hastío de sí misma que se había adueñado de ella no era el tipo de cansancio que encuentra su remedio en el reposo. Volvió a levantarse, se sentó junto a la ventana y contempló el mar con apatía.

Una naturaleza más débil que la suya no habría sufrido bajo el golpe de la deserción de Frank como lo había sufrido ella, como lo sufría aún. Una naturaleza más débil habría buscado refugio en la indignación y consuelo en las lágrimas. La fuerza apasionada del amor de Magdalen se aferraba desesperadamente al naufragio de su propio engaño, se aferró a él hasta que consiguió desprenderse por simple fuerza de voluntad. Lo único que podían hacer su orgullo innato y su agudo sentido de la injusticia era llenarla de vergüenza por insistir en pensamientos que aún se alimentaban de la imperecedera devoción del pasado, que seguían atribuyendo perversamente la cruel despedida de Frank a cualquier otra causa menos a la vileza natural del hombre que la había escrito. No ha nacido aún la mujer que pueda arrancarse del corazón un amor verdadero porque el objeto de ese amor sea indigno de ella. Lo único que puede hacer es luchar contra él en secreto, hundirse en la contienda, si es débil, o llegar a superarlo, si es fuerte, mediante un proceso de mortificación que es, de todos los remedios morales aplicados a la naturaleza de una mujer, el más peligroso y el más desesperado, y de todos los cambios morales, el que sin duda la marcará de por vida. La fortaleza de Magdalen la había sostenido durante la lucha, y el resultado la había dejado tal como era ahora.

Tras permanecer sentada junto a la ventana durante casi una hora —sus ojos mirando la vista sin verla, su mente vacía de impresiones y de pensamientos—, se sacudió el extraño estupor que la poseía estando despierta, se levantó y se dispuso a prepararse para el asunto más importante del día.

Se dirigió al armario y descolgó de las perchas dos delicados vestidos de muselina de vivos colores que se habían confeccionado para el verano anterior en Combe-Raven y que, por su escaso valor, no valió la pena vender cuando Magdalen se deshizo del resto de su vestuario. Después de colocar esos vestidos uno junto al otro sobre la cama, volvió a repasar el contenido del armario. Sólo contenía otro vestido de verano, el de sencilla alpaca que había llevado durante su memorable entrevista con Noel Vanstone y la señora Lecount. Éste lo dejó donde estaba, decidiendo no llevarlo, no tanto por miedo a que el ama de llaves pudiera reconocer un estampado que era demasiado discreto para llamar la atención y demasiado común para ser recordado, como por la convicción de que no era lo bastante alegre ni le favorecía lo suficiente para su propósito. Después de coger un sencillo pañuelo de muselina blanca, unos guantes de cabritilla de color gris perla y una pamelita toscana de los cajones del armario, lo cerró y se metió la llave cuidadosamente en el bolsillo.

En lugar de proceder a vestirse sin dilación, se sentó a contemplar ociosamente los dos vestidos de muselina; le era indiferente llevar uno u otro, pero aun siendo ilógico, dudaba cuál ponerse.

«¡Qué importa! —se dijo con una imprudente carcajada—. A mis propios ojos seré igualmente indigna, me ponga el que me ponga.» Se estremeció como si el sonido de su propia risa la hubiera sobresaltado y bruscamente cogió el vestido que tenía más a mano. Era azul y blanco, del tono azul que más convenía a su blanco cutis. Se lo puso apresuradamente sin acercarse siquiera al espejo. Por primera vez en su vida, le horrorizó enfrentarse con su propia imagen, excepto un momento, cuando se arregló el pelo bajo la pamelita, pero se alejó del espejo inmediatamente. Se echó el pañuelo sobre los hombros y se puso los guantes de espaldas al tocador. «¿Me pinto? —se preguntó, notando instintivamente que estaba palideciendo—. Aún tengo el rouge. No puede hacer mi cara más falsa de lo que ya es.» Miró hacia atrás para verse en el espejo y de nuevo apartó la vista. «¡No! —dijo—. Tengo que enfrentarme con la señora Lecount, además de su amo. Nada de pintura.» Tras consultar el reloj, salió de la habitación y bajó de nuevo. Sólo faltaban diez minutos para las dos.

El capitán Wragge la aguardaba en la salita, respetable con su levita, un rígido corbatín de verano y sombrero blanco de copa, impecable y alegremente rural con su chaleco amarillo, pantalones grises y polainas a juego. Los cuellos eran más altos que nunca y llevaba un taburete de tijera en la mano. Cualquiera comerciante de Inglaterra que lo hubiera visto en aquel momento habría confiado en él inmediatamente.

—¡Encantadora! —dijo el capitán, examinando a Magdalen paternalmente

cuando entró en la habitación—. ¡Tan fresca y juvenil! Un poco pálida, querida, y demasiado seria. Por lo demás, perfecta. Pruebe a sonreír.

—Cuando sea el momento de sonreír —dijo Magdalen con aspereza—, confíe en mi práctica teatral para cualquier cambio de expresión que sea necesario. ¿Dónde está la señora Wragge?

—La señora Wragge ha aprendido su lección —respondió el capitán—, y como recompensa tiene mi permiso para sentarse a trabajar en su habitación. Apruebo ese nuevo capricho por la costura porque sin duda absorberá toda su atención y la mantendrá encerrada en casa. No tenemos por qué temer que acabe su traje oriental demasiado pronto, pues no hay error en el proceso de confección que no vaya a cometer con toda seguridad. Se sentará a incubar su traje, perdone la expresión, como una gallina que incubara un huevo podrido. Le aseguro que su nueva manía me alivia. No podía ser más oportuna en las actuales circunstancias.

Caminó pavoneándose hasta la ventana, miró por ella e hizo señas a Magdalen de que se acercara.

—¡Ahí están! —dijo, y señaló al paseo.

Cuando Magdalen miró, Noel Vanstone pasaba caminando lentamente, vestido con un temo de anticuado mahón. Aparentemente era uno de esos días en que su salud se hallaba en el peor momento. Se apoyaba en el brazo de la señora Lecount y ella lo protegía del sol con una sombrilla ligera. El ama de llaves —perfectamente ataviada, como siempre, con un sencillo vestido veraniego de color azul lavanda, mantilla negra, un modesto sombrero de paja y un velo azul claro— acompañaba a su amo enfermo atendiéndole con el más solícito afecto, dirigiendo en ocasiones respetuosamente su atención hacia los diversos objetos de la panorámica marina, e inclinando a veces la cabeza para agradecer graciosamente la cortesía de los transeúntes del paseo, que se hacían a un lado para dejar pasar al enfermo. La señora Lecount produjo un efecto visible entre los hombres ociosos de la playa. La siguieron con mirada e interés unánime, e intercambiaron inclinaciones de cabeza, a modo de aprobación, que expresaban sus pensamientos con tanta claridad como lo hubieran hecho las palabras: «¡Una mujer muy hogareña! ¡Una mujer realmente superior!».

Los ojos bicolores del capitán Wragge siguieron a la señora Lecount con atención recelosa.

—Nos espera un duro trabajo —susurró al oído de Magdalen—, más duro de lo que cree, para echar a esa mujer de su sitio.

—Espere —dijo Magdalen tranquilamente—. Espere y verá.

Magdalen se encaminó hacia la puerta. El capitán la siguió sin hacer más comentarios. «Esperaré a que se case —pensó para sí—. Ni un momento más, me ofrezca lo que me ofrezca.»

Magdalen se dirigió a él de nuevo al llegar a la puerta de la calle.

—Iremos por allí —dijo, señalando hacia el sur—, luego daremos la vuelta y nos los encontraremos como si volviéramos del paseo.

El capitán indicó que aprobaba el plan y siguió a Magdalen hasta la verja del jardín. Cuando ella fue a abrirla, llamó su atención una señora seguida por una niñera y dos niños, que se entretenían en el camino al otro lado del muro del jardín. La señora se sobresaltó, miró con ansiedad y sonrió para sí cuando salió Magdalen. A la hermana de Kirke la había ganado la curiosidad y había ido hasta Aldborough con el propósito expreso de ver a la señorita Bygrave.

Había algo en la forma del rostro de la señora, algo en la expresión de sus ojos negros, que recordó a Magdalen al capitán de la marina mercante cuya espontánea admiración la había molestado la tarde anterior. Al instante respondió al escrutinio de la desconocida con una mirada ceñuda y descortés. La señora enrojeció, devolvió la mirada con interés y se alejó lentamente.

«Una joven difícil, insolente y mala —pensó la hermana de Kirke—. ¿En qué estaría pensando Robert para admirarla de esa manera? Casi me alegro de que se haya ido. Espero y confío en que no volverá a poner sus ojos sobre la señorita Bygrave nunca más.»

—¡Qué patanes son los de por aquí! —dijo Magdalen al capitán Wragge—. Esa mujer ha sido más grosera aún que el hombre de anoche. Se le parece. ¿Quién será?

—Lo descubriré ahora mismo —dijo el capitán—. Todas las precauciones son pocas con los desconocidos. —Rápidamente recurrió a sus amigos, los barqueros. Se hallaban cerca de allí y Magdalen oyó las preguntas y las respuestas con toda claridad.

—¿Qué tal están ustedes hoy? —preguntó el capitán Wragge con su tono jocosos y afable—. ¿Y qué tal el viento? Noroeste y cuarta al oeste, ¿no es así? Perfecto. ¿Quién es esa señora?

—Es la señora Strickland, señor.

—¡Ay, ay! La esposa del clérigo y hermana del capitán. ¿Dónde está hoy el capitán?

—Creo que de camino a Londres, señor. Su barco zarpa con destino a la China al final de la semana.

¡La China! Cuando el hombre pronunció esa palabra, Magdalen sintió una punzada del viejo dolor en el corazón. Aun siendo un extraño para ella, empezó a odiar la mera mención del nombre del capitán de la marina mercante. Él había perturbado sus sueños durante la noche y ahora, cuando con mayor desesperación y temeridad se había decidido a olvidar su existencia en el antiguo hogar, él había sido la causa indirecta de que recordara a Frank.

—¡Vamos! —espetó a su compañero con enojo—. ¿Qué nos importan ese hombre

ni su barco? Vámonos.

—Desde luego —dijo el capitán Wragge—. Mientras no tropecemos con amigos de los Bygrave, ¿qué nos importa nadie?

Echaron a andar en dirección al sur durante unos diez minutos o más, luego dieron media vuelta y se dirigieron al encuentro de Noel Vanstone y la señora Lecount.

CAPÍTULO IV

El capitán Wragge y Magdalen volvieron sobre sus pasos hasta hallarse de nuevo a la vista de Villa North Shingles antes de encontrar a la señora Lecount y a su amo. En ese momento, el vestido color lavanda del ama de llaves, la sombrilla y la pequeña y débil figura vestida de mahón que caminaba debajo se hicieron visibles en la distancia. El capitán aminoró el paso inmediatamente e instruyó a Magdalen con respecto a la conducta que debía seguir durante la inminente entrevista con estas palabras:

—No olvide sonreír —dijo—. En todos los demás aspectos no se preocupe. El paseo ha dado color a sus mejillas y ese sombrero le favorece. Mire a la señora Lecount a la cara, no se muestre turbada al hablar y, si el señor Noel Vanstone le presta especial atención, no le haga mucho caso mientras el ama de llaves la esté mirando. ¡Ojo! Me he pasado toda la mañana con los *Scientific Dialogues* de Joyce y estoy dispuesto a obsequiar a la señora Lecount con el resultado de mis estudios. Si no consigo desviar su atención de usted y de su amo, no doy un penique por nuestro éxito. Las banalidades no servirán con esa mujer, los cumplidos tampoco, ni las bromas; puede que un poco de ciencia a la medida le recuerde al difunto profesor y tengamos éxito. Debemos establecer un código de señales para que usted sepa qué tal me va. Observe este taburete de tijera. Cuando me lo cambie de la mano izquierda a la derecha, estará hablando Joyce. Cuando me lo pase de la derecha a la izquierda, estará hablando Wragge. En el primer caso, no me interrumpa: estaré preparando el terreno. En el segundo caso, diga lo que quiera: mis comentarios no tendrán la más mínima importancia. ¿Quiere que ensayemos? ¿Está segura de que lo comprende? Muy bien, cójase de mi brazo y ponga cara feliz. ¡Firme!, aquí están.

El encuentro se produjo casi a medio camino entre Sea-View Cottage y North Shingles. El capitán Wragge alzó el sombrero blanco de copa y abrió la conversación inmediatamente expresándose del modo más cordial.

—Buenos días, señora Lecount —dijo con la cortesía franca y jovial de un hombre sociable por naturaleza—. Buenos días, señor Vanstone; lamento ver que hoy no se encuentra usted bien. Señora Lecount, permítame que le presente a mi sobrina; mi sobrina, la señorita Bygrave. Mi querida niña, éste es el señor Noel Vanstone, nuestro vecino de Sea-View Cottage. Definitivamente tenemos que mostrarnos sociables en Aldborough, señora Lecount. Sólo hay un paseo (como mi sobrina acaba de comentarme ahora mismo, señor Vanstone), y en este paseo nos encontraremos todos por fuerza cada vez que salgamos. ¿Y por qué no? ¿Somos acaso personas ceremoniosas? Nada de eso: somos precisamente todo lo contrario. Usted tiene los modales desenvueltos propios del Continente, señor Vanstone, yo le igualo con la brusca cordialidad de un inglés a la antigua, las señoras se mezclan en armoniosa

variedad como flores en el mismo arriate, y el resultado es un interés mutuo por hacernos más agradable la estancia junto al mar unos a otros. Disculpen mi animación, discúlpennme por sentirme tan alegre y jovial. El yodo en el aire marino, señora Lecount, ¡el conocido efecto del yodo en el aire del mar!

—Llegó usted ayer, ¿verdad, señorita Bygrave? —dijo el ama de llaves en cuanto el torrente de palabras del capitán llegó a su fin.

Dirigió estas palabras a Magdalen con un amable interés maternal por su juventud y su belleza, depurado por la respetuosa amabilidad que convenía a su situación al servicio de Noel Vanstone. Ni su rostro, ni su voz ni sus modales delataron la menor sombra de sospecha o de sorpresa mientras ella y Magdalen se miraban. Fue evidente desde el principio que el rostro y la figura auténticos que ahora veía no le recordaron el rostro y la figura falsos que había visto en Vauxhall Walk. Obviamente el disfraz había sido lo bastante bueno para desafiar la mirada penetrante de la señora Lecount.

—Mi tía y yo llegamos ayer por la tarde —dijo Magdalen—. Encontramos la última parte del viaje muy fatigosa. ¿Quizá también se lo pareció a ustedes?

Magdalen alargó deliberadamente su respuesta más de lo necesario a fin de descubrir, a la mayor brevedad, el efecto que producía el sonido de su voz en la señora Lecount.

Los finos labios del ama de llaves conservaron su sonrisa maternal, sus modales afables no perdieron ni un ápice de su modesta deferencia, pero la expresión de sus ojos cambió súbitamente de una mirada atenta a otra inquisitiva. Magdalen dijo tranquilamente unas cuantas palabras más y volvió a esperar los resultados. El cambio se extendió gradualmente a todo el rostro de la señora Lecount: la sonrisa maternal se desvaneció y los modales afables dejaron traslucir una leve reserva. Aun así, no aparecieron indicios de una identificación definitiva; la expresión del ama de llaves siguió siendo lo que había sido desde el principio: una expresión inquisitiva y nada más.

—Hace unos minutos se quejaba usted de cansado, señor —dijo, abandonando toda conversación ulterior con Magdalen para dirigirse a su amo—. ¿Quiere usted entrar en casa y descansar?

Hasta entonces el propietario de Sea-View Cottage se había limitado a inclinar la cabeza, sonreír con afectación y admirar a Magdalen con los ojos entrecerrados. La súbita agitación de sus maneras y el color subido de su rostro menudo y marchito eran inconfundibles. Incluso el temperamento reptil de Noel Vanstone se calentaba bajo la influencia del sexo; era innegable que le gustaban las mujeres hermosas, y la gracia y la belleza de Magdalen no le pasaron inadvertidas.

—¿Quiere usted entrar en casa y descansar? —dijo el ama de llaves repitiendo la pregunta.

—Todavía no, Lecount —dijo su amo—. Creo que me siento más fuerte. Creo

que puedo continuar un poco más. —Se volvió sonriendo a Magdalen con expresión bobalicona y añadió en tono más bajo—: He hallado un nuevo objeto de interés en mi paseo, señorita Bygrave. No nos abandone o el interés se irá con usted.

Noel Vanstone sonrió de nuevo afectadamente para expresar la más alta aprobación por el ingenio de su propio cumplido; el capitán Wragge desvió hábilmente la atención del ama de llaves colocándose a su lado y hablándole al mismo tiempo. Los cuatro siguieron caminando despacio. La señora Lecount no dijo nada más. Mantenía el brazo de su amo fuertemente sujeto y miraba hacia el otro lado, donde estaba Magdalen, con la peligrosa expresión inquisitiva más marcada que nunca en sus bellos ojos negros. El cauto capitán Wragge no dejó de observar aquella mirada. Cambió el taburete de tijera indicador de la mano izquierda a la derecha y abrió fuego con sus baterías científicas en el acto.

—Una animada vista, señora Lecount —dijo el capitán, señalando cortesmente con el taburete de tijera el mar y los barcos que pasaban—. La grandeza de Inglaterra, señora, la auténtica grandeza de Inglaterra. ¡Le ruego que observe que muchos de esos navíos van sumamente cargados! A menudo me siento inclinado a preguntarme si el marinero británico es plenamente consciente, cuando lleva su carga a bordo, de la importancia hidrostática de la operación que ha realizado. Si a mí me transportaran de repente a la cubierta de uno de esos barcos (Dios no lo quiera, pues soy un pésimo marino) y si dijera a un miembro de la tripulación: «¡Jack!, has obrado maravillas, has comprendido la teoría de los cuerpos flotantes», ¡cómo me miraría el valiente muchacho! Y sin embargo, la vida de Jack depende de esa teoría. Si carga su nave una treintava parte más de lo que debe, ¿qué ocurre? Abandonará sin daño Aldborough, lo admito. Entrará en el Támesis, lo admito también, sin daño. Continuará por agua dulce y llegará incluso, pongamos que a Greenwich, y ¡a pique se irá! ¡A pique, señora, hasta el fondo del río, con toda certeza científica!

Aquí hizo una pausa, no dejando a la señora Lecount otra alternativa que requerir una explicación si no quería ser descortés.

—Con sumo placer, señora —dijo el capitán, ahogando con sus tonos más graves la débil voz de soprano con que Noel Vanstone requebraba a Magdalen—. Empezaremos, si le parece, con un principio básico. Todo cuerpo que flota en el superficie del agua desplaza una cantidad de líquido igual al peso de dicho cuerpo. ¡Bien! Ya tenemos nuestro primer principio. ¿Qué se deduce de él? Es obvio que lo siguiente: que para mantener un barco a flote es necesario que ese barco y su carga tengan un peso menor que el peso de una cantidad de agua, ¡sígame atentamente aquí, se lo ruego!, de una cantidad de agua igual en masa a esa parte del barco que podría sumergirse en el agua sin peligro. Bien, señora, el agua salada tiene un peso específico treinta veces mayor que el agua dulce o de río, y un barco en el océano Alemán no se hundiría a tanta profundidad como un barco en el Támesis. En

consecuencia, cuando cargamos nuestro barco con la vista puesta en el mercado de Londres, tenemos (hidrostáticamente hablando) tres alternativas. O bien lo cargamos con una treintava parte menos de lo que podemos transportar por mar, o sacamos de él una treintava parte de la carga en la desembocadura del río, o no hacemos ni una cosa ni otra y, como ya he tenido el honor de señalar, ¡a pique que nos vamos! —dijo el capitán cambiando de nuevo el taburete de tijera de la mano derecha a la izquierda para indicar que había acabado con Joyce por el momento—. Tal es, mi querida señora, la teoría de los cuerpos flotantes. Permítame añadir, para concluir, que se la ofrezco de todo corazón.

—Gracias, señor —dijo la señora Lecount—. Me ha entristecido usted involuntariamente, pero no por ello la información que he recibido es menos valiosa. Hacía mucho, mucho tiempo, señor Bygrave, que nadie se dirigía a mí en el lenguaje de la ciencia. Mi querido marido me convirtió en su compañera; mi querido marido amplió mi cultura como usted ha intentado ahora ampliarla. Nadie se había molestado en mejorar mi intelecto desde entonces. Muchas gracias, señor. No ha desperdiciado su amable consideración hacia mí.

La señora Lecount suspiró con humildad quejumbrosa y aguzó el oído para oír la conversación que se mantenía al otro lado.

Un minuto antes, hubiera oído a su amo expresarse del modo más halagador sobre el tema del aspecto de la señorita Bygrave con su vestido para pasear junto al mar. Pero Magdalen había visto la seña del capitán Wragge con el taburete de tijera y había desviado de inmediato a Noel Vanstone hacia el tema de sí mismo y de sus posesiones con una oportuna pregunta sobre su casa de Aldborough.

—No deseo alarmarla, señorita Bygrave —fueron las primeras palabras de Noel Vanstone que captaron la atención de la señora Lecount—, pero sólo hay una casa segura en Aldborough, y esa casa es la mía. Puede que el mar destruya todas las demás; no podrá con la mía. Mi padre tuvo buen cuidado en ello; mi padre era un hombre extraordinario. Hizo construir la casa sobre pilotes. Tengo razones para creer que son los pilotes más resistentes de Inglaterra. Nada puede derribarlos. No me importa lo que haga el mar; no hay nada que pueda derribarlos.

—Entonces, si el mar nos invade —dijo Magdalen—, tendremos que correr a refugiarnos todos en su casa.

Noel Vanstone vio la ocasión para un nuevo cumplido; al mismo tiempo, el cauteloso capitán vio la ocasión para un nuevo arranque científico.

—Casi desearía que se produjera la invasión —murmuró uno de los caballeros—, para proporcionarme la felicidad de ofrecerle ese refugio.

—¡Casi podría jurar que ha vuelto a cambiar el viento! —exclamó el otro—. ¿Dónde hay un hombre al que pueda preguntar? Oh, ahí hay uno. ¡Barquero! ¿De dónde sopla ahora el viento? Del noroeste y una cuarta al oeste todavía, ¿eh? Y del

sureste y una cuarta al sur ayer por la tarde, ¿aja? ¿Hay algo más increíble, señora Lecount, que la variabilidad del viento en esta región? —prosiguió el capitán, cambiándose el taburete al lado científico—. ¿Hay algún otro fenómeno natural más desconcertante para el investigador científico? Me dirá usted que el fluido eléctrico que abunda en la atmósfera es la causa principal de esa variabilidad. Me recordará usted el experimento de aquel ilustre filósofo que midió la velocidad de una gran tormenta mediante el vuelo de pequeñas plumas. Mi querida señora, admito todas sus proposiciones...

—Le ruego que me disculpe, señor —dijo la señora Lecount—. Me atribuye usted amablemente unos conocimientos que no poseo. Lamento decir que esas proposiciones están totalmente fuera de mi alcance.

—No me interprete mal, señora —continuó el capitán, pasando por alto educadamente la interrupción—. Mis comentarios se aplican sólo a la zona templada. Colóqueme en las costas más allá de los trópicos, colóqueme donde el viento sopla hacia la playa de día y hacia el mar de noche, y al instante avanzaré hacia experimentos concluyentes. Por ejemplo, sé que el calor del sol durante el día rarifica el aire sobre la tierra y ocasiona el viento. Me desafía usted a demostrarlo. La acompaño escaleras abajo hasta la cocina (con su amable permiso); arrebató la fuente más grande que tenga de las manos de la cocinera; la lleno de agua fría. ¡Bien! Esa fuente de agua fría representa el océano. A continuación me apodero de uno de nuestros más valiosos utensilios domésticos, un plato para agua caliente; lo lleno de agua caliente y lo coloco en el centro de la fuente. ¡Bien de nuevo! El agua caliente representa la tierra que rarifica el aire sobre ella. Recuérdelo y deme una vela encendida. Yo sostengo la vela encendida sobre el agua fría y la apago de un soplo. Inmediatamente el humo se mueve de la fuente al plato. Antes de que tenga usted tiempo de expresar su satisfacción, enciendo la vela una vez más e invierto todo el proceso. Lleno la fuente de agua caliente y el plato de agua fría, vuelvo a apagar la vela de un soplo y esta vez el humo se mueve del plato a la fuente. El olor es desagradable, pero el experimento es concluyente. —Volvió a cambiar el taburete de tijera de mano y miró a la señora Lecount con su zalamera sonrisa—. No me hallará usted excesivamente prolijo, espero, señora —dijo con su alegre desenvoltura cuando el ama de llaves aguzaba una vez más el oído a la conversación del otro lado.

—Me asombra, señor, la amplitud de su información —dijo la señora Lecount, observando al capitán con cierta perplejidad, pero sin recelar de momento. Al ama de llaves le parecía un excéntrico, incluso para ser inglés, y seguramente un poco engreído de sus conocimientos. Pero al menos le había dedicado el cumplido implícito de dirigir esos conocimientos hacia ella, lo que agradecía tanto más por cuanto hasta entonces las personas con las que había tenido relación no habían tratado con demasiado respeto sus simpatías científicas hacia su difunto marido—. ¿Ha

extendido sus investigaciones —prosiguió tras una breve vacilación— a la rama de la ciencia de mi difunto marido, señor? Lo pregunto tan sólo, señor Bygrave, porque (aunque sólo soy una mujer) creo que podría intercambiar ideas con usted sobre el tema de la creación reptil.

El capitán Wragge era demasiado astuto para poner a prueba su ciencia a la medida en terreno del enemigo. El viejo miliciano meneó la cauta cabeza.

—Un tema demasiado amplio, señora —dijo—, para un aficionado como yo. La vida y los trabajos de un filósofo como su marido, señora Lecount, advierten a hombres de mi calibre intelectual que no se midan con un gigante. ¿Puedo preguntarle —continuó el capitán, allanando sutilmente el camino para futuras relaciones con Sea-View Cottage— si posee usted algún recuerdo científico del difunto profesor?

—Poseo su tanque, señor —dijo la señora Lecount fijando modestamente la vista en el suelo— y uno de los objetos de sus estudios, un pequeño sapo extranjero.

—¡Su tanque! —exclamó el capitán con tono de afligido interés—. ¡Y su sapo! Disculpe la brusca manera con que expreso mis sentimientos, señora. Posee usted un objeto de interés público y yo, como parte de ese público, admito mi curiosidad por verlo.

Las suaves mejillas de la señora Lecount enrojecieron de placer. El único lugar abordable en aquella naturaleza fría y reservada era el que ocupaba el recuerdo del profesor. El orgullo por los descubrimientos científicos de su marido y la mortificación al descubrir que eran poco conocidos fuera de su propio país eran sentimientos auténticos. Jamás el capitán Wragge había quemado su adulterado incienso en el débil altar de la vanidad humana, con un propósito mejor.

—Es usted muy bueno, señor —dijo la señora Lecount—. Al honrar el recuerdo de mi marido, me honra usted a mí. Mas aunque usted tiene la amabilidad de tratarme en pie de igualdad, no debo olvidar que ocupó un empleo en el servicio doméstico. Sería un privilegio para mí mostrarle mis reliquias, si primero me permite pedir permiso a mi amo.

Se volvió hacia Noel Vanstone, mezclada su intención sincera de realizar la petición propuesta con la celosa desconfianza de la impresión que Magdalen había producido sobre su amo, con esa extraña complejidad de motivos que se encuentra mucho más a menudo en una mujer que en un hombre.

—¿Me permite hacerle una petición, señor? —preguntó la señora Lecount tras aguardar unos instantes para captar cualquier fragmento de charla afectuosamente personal que pudiera llegar hasta ella y tras haber sido de nuevo limpiamente vencida por Magdalen, gracias al taburete de tijera—. El señor Bygrave es una de las pocas personas en Inglaterra que aprecia el trabajo científico de mi marido. Me ha honrado solicitando ver mi pequeño mundo de reptiles. ¿Podría mostrárselo?

—Por supuesto, Lecount —dijo Noel Vanstone cortésmente—. Es usted una excelente criatura y me agrada complacerla. El tanque de Lecount, señor Bygrave, es el único tanque de Inglaterra. El sapo de Lecount es el sapo más viejo del mundo. ¿Vendrá usted a tomar el té a las siete? ¿Y convencerá usted a la señorita Bygrave para que le acompañe? Quiero que vea mi casa. No creo que tenga la menor idea de lo robusta que es. Venga a inspeccionar mi propiedad, señorita Bygrave. Le daré un palo y golpeará usted las paredes; irá usted arriba y pateará el suelo, y luego oirá usted cuánto ha costado todo eso. —El rabillo de sus ojos se llenó de arrugas taimadas y pronunció un nuevo discurso cariñoso al oído de Magdalen, encubierto por la voz omnipresente con que el capitán Wragge le daba las gracias por la invitación—. Venga puntualmente a las siete —susurró—, ¡y lleve ese encantador sombrero, por favor!

Los labios de la señora Lecount se cerraron ominosamente. Consideró a la sobrina del capitán como un grave inconveniente para el lujo intelectual de la compañía del capitán.

—Se fatiga usted, señor —dijo a su amo—. Éste es uno de sus días malos. Permítame que le recomiende que tenga cuidado; permítame que le niegue que volvamos ya.

Una vez conseguido su objetivo de invitar a sus nuevos conocidos a tomar el té, Noel Vanstone se mostró inesperadamente dócil. Reconoció que estaba un poco cansado y dio media vuelta inmediatamente obedeciendo el consejo de su ama de llaves.

—Cójase de mi brazo, señor, cójase de mi brazo por el otro lado —dijo el capitán Wragge cuando daban la vuelta. Sus ojos bicolores miraron a Magdalen significativamente mientras hablaba, advirtiéndole que no pusiera a prueba el aguante de la señora Lecount nada más empezar. Magdalen le comprendió perfectamente y, pese a que Noel Vanstone afirmó repetidas veces que no necesitaba el brazo del capitán, ella se colocó de inmediato junto al ama de llaves. La señora Lecount recobró su buen humor y entabló una nueva conversación con Magdalen haciéndole la única pregunta entre todas que, dadas las circunstancias, era la más difícil de contestar.

—Supongo que la señora Bygrave está demasiado cansada después del viaje para salir a pasear hoy —dijo la señora Lecount—. ¿Tendremos el placer de verla mañana?

—Seguramente no —contestó Magdalen—. Mi tía tiene una salud delicada.

—Un caso complejo, mi querida señora —añadió el capitán, consciente de que el aspecto de la señora Wragge (si la veían por accidente) contradiría del modo más patente lo que Magdalen acababa de decir sobre ella—. Está aquejada de una rara dolencia nerviosa que no se manifiesta exteriormente. Creería usted que mi mujer es

la viva imagen de la salud si la viera y, sin embargo, las apariencias engañan hasta tal punto que me veo obligado a prohibirle toda emoción. No tiene trato social; lamento tener que decir que nuestro médico lo prohíbe tajantemente.

—Muy triste —dijo la señora Lecount—. La pobre señora debe de sentirse sola a menudo, sin duda, cuando usted y su sobrina no están con ella, ¿no es así, señor?

—No —respondió el capitán—. La señora Bygrave es una mujer hogareña por naturaleza. Cuando tiene fuerzas para ocuparse en algo, encuentra siempre recursos ilimitados en la aguja y el hilo. —Tras haber alcanzado esta etapa de su explicación, y habiendo bordeado, por así decirlo, los límites de la verdad, en prevención de que la curiosidad del ama de llaves la llevara a indagar por su cuenta sobre la señora Wragge, el capitán tuvo el sentido común de sujetar su lengua y no entrar en más detalles—. He depositado grandes esperanzas en el aire de este lugar —comentó, para terminar—. El yodo, como ya he señalado, hace milagros.

La señora Lecount reconoció las virtudes del yodo con la elección de palabras más breve posible y se retiró al secreto santuario de sus propios pensamientos. «Aquí hay un misterio —se dijo—. Una señora que es la viva imagen de la salud, una señora que padece una compleja enfermedad nerviosa, y una señora cuya mano tiene la firmeza necesaria para hacer uso de hilo y aguja es un amasijo de contradicciones viviente que no acabo de comprender.»

—¿Piensan ustedes quedarse mucho tiempo en Aldborough, señor? —añadió en voz alta, posando sus ojos momentáneamente en el rostro del capitán para examinarlo con detenimiento.

—Todo depende, mi querida señora, de la señora Bygrave. Confío en que nos quedaremos hasta el final del otoño. Imagino que ustedes se han instalado en Sea-View Cottage para toda la temporada, ¿no?

—Tendrá que preguntárselo a mi amo, señor. Es él quien decide, no yo.

La respuesta fue desafortunada. Noel Vanstone estaba enojado por el cambio de posiciones que le había separado de Magdalen. Atribuía ese cambio al entrometimiento de la señora Lecount y aprovechó la primera oportunidad para demostrar su rencor allí mismo.

—Yo no tengo nada que decir sobre nuestra estancia en Aldborough —espetó malhumoradamente—. Sabe usted tan bien como yo, Lecount, que todo depende de usted. La señora Lecount tiene un hermano en Suiza —continuó, dirigiéndose al capitán—. Un hermano que está gravemente enfermo. Si empeora, tendrá que ir a verlo. Yo no puedo acompañarla y tampoco puedo quedarme solo en la casa. Tendré que cerrarla y alojarme en casa de unos amigos. Todo depende de usted, Lecount, o de su hermano, que viene a ser lo mismo. Si dependiera de mí —continuó el señor Noel Vanstone, mirando a Magdalen intencionadamente desde el otro lado de la señora Lecount—, me quedaría en Aldborough todo el otoño con el mayor placer.

Con el mayor placer —reiteró, repitiendo las palabras con una dulce mirada para Magdalen y un tono desdeñoso para la señora Lecount.

Hasta ese momento, el capitán Wragge había guardado silencio, sin dejar de anotar en su mente las prometedoras posibilidades de una separación entre la señora Lecount y su amo que el pequeño arrebató de irritación de éste había desvelado. Un temblor ominoso en los finos labios del ama de llaves cuando su amo expuso abiertamente sus asuntos familiares entre desconocidos, desafiando abiertamente sus celos, le aconsejó que debía intervenir. Si se permitía que el malentendido llegara a una situación extrema, existía la posibilidad de que se aplazara la invitación a Sea-View Cottage de la tarde. El capitán Wragge estuvo entonces, como siempre, a la altura de las circunstancias, y acudió al recurso de su útil información. Bajo los cultos auspicios de Joyce, se sumergió una vez más en el océano de la ciencia y extrajo de él una nueva perla. Aún seguía arengando (sobre la ciencia neumática esta vez) y mejorando el intelecto de la señora Lecount con su perseverancia más cortés y su verborrea más melosa, cuando el grupo de paseantes se detuvo ante la puerta de Noel Vanstone.

—¡Válgame el cielo, si ya hemos llegado a su casa, señor! —dijo el capitán, interrumpiéndose en medio de una de sus gráficas frases—. No le entretengo más. ¡No se disculpe, señora Lecount, se lo ruego encarecidamente! Le expondré con mayor claridad ese curioso punto de la ciencia neumática en una ocasión futura. Mientras tanto, sólo me resta repetirle que puede realizar a su entera satisfacción el experimento que acabo de mencionar con una cámara de aire, un recipiente al vacío y una caja cuadrada. A las siete esta tarde, señor, a las siete, señora Lecount. Hemos disfrutado de un paseo extraordinariamente agradable y de un intercambio de ideas muy instructivo. ¡Bueno, mi querida niña!, tu tía nos espera.

Cuando la señora Lecount avanzó para abrir la verja del jardín, Noel Vanstone aprovechó la oportunidad y lanzó una última mirada tierna a Magdalen bajo la protección de la sombrilla que había cogido con ese expreso propósito.

—No lo olvide —dijo con sonrisa meliflua—. ¡No olvide llevar ese encantador sombrero cuando venga esta tarde! —Antes de que pudiera añadir unas últimas palabras, la señora Lecount volvió a colocarse a su lado y la sombrilla protectora cambió de manos inmediatamente.

—¡Una excelente mañana de trabajo! —le dijo el capitán Wragge a Magdalen cuando emprendieron el regreso a North Shingles—. Usted y yo y Joyce, hemos obrado maravillas. Hemos conseguido una cordial invitación el primer día que la buscamos.

Hizo una pausa esperando respuesta y, al no recibir ninguna, observó a Magdalen con mayor atención que hasta entonces. Su rostro volvía a estar lívido, miraba al frente como una autómatas con desesperación temeraria e indiferente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán, muy sorprendido—. ¿Está enferma?

Magdalen no contestó; ni siquiera parecía oírle.

—¿Le preocupa la señora Lecount? —siguió preguntando él—. No existe el menor motivo de alarma. Puede que tenga la impresión de haber oído antes una voz parecida a la suya, pero su rostro la ha desorientado. Domine su genio y ella seguirá a oscuras. Manténgala a oscuras y me pondrá esas doscientas libras en la mano antes de que acabe el otoño.

Esperó de nuevo respuesta, y de nuevo ella guardó silencio. El capitán probó por tercera vez en otra dirección.

—¿Ha recibido carta esta mañana? —prosiguió—. ¿Ha vuelto a tener malas noticias? ¿Se halla su hermana de nuevo en dificultades?

—¡No mencione a mi hermana! —exclamó ella con vehemencia—. Ni usted ni yo somos dignos de hablar de ella.

Pronunció estas palabras junto a la verja del jardín y entró en la casa apresuradamente. Él la siguió y oyó que cerraba con violencia la puerta de su dormitorio, y que le daba dos vueltas a la llave con igual violencia. Tras aliviar su indignación con un juramento, el capitán Wragge entró en una de las salitas de la planta baja en busca de su mujer. La estancia se comunicaba con otra habitación más pequeña y oscura de la parte posterior de la casa a través de una singular puertecita con una ventana en su parte superior. El capitán se acercó en silencio a aquella puerta, levantó la cortina de muselina blanca que cubría la ventana y contempló la habitación interior.

Allí estaba la señora Wragge con la cofia ladeada y los zapatos en chancletas, una hilera de alfileres entre los dientes, el traje de cachemira oriental deslizándose lentamente hasta el suelo desde la mesa, las tijeras suspendidas en una mano insegura y las instrucciones de costura en otra mano vacilante, tan absorta en las dificultades invencibles de su labor que no se dio cuenta en absoluto de que en aquel momento era objeto de supervisión por parte de su marido. En otras circunstancias, la voz del capitán pronto la hubiera hecho percatarse de su situación. Pero el capitán estaba demasiado preocupado por Magdalen para perder el tiempo con su mujer tras convencerse de que se hallaba segura en su retiro y de que podía contar con que permanecería allí.

El capitán abandonó la salita y, después de una breve vacilación en el pasillo, subió furtivamente las escaleras y escuchó con inquietud a través de la puerta de Magdalen. Sus oídos no captaron más que un sonido apagado de sollozos, amortiguado por un pañuelo o ahogado entre sábanas. El capitán regresó de inmediato a la planta baja. Una leve sospecha de la verdad se abría paso por fin en su mente.

«¡Que el diablo se lleve a ese enamorado suyo! —pensó el capitán—. El señor

Noel Vanstone ha evocado su fantasma nada más comenzar.»

CAPÍTULO V

Cuando Magdalen apareció en la salita poco antes de la siete, no era visible la menor huella de alteración en su persona. Tenía el mismo aspecto y hablaba tan tranquila y despreocupadamente como de costumbre.

La ceñuda desconfianza se borró del rostro del capitán Wragge en cuanto la vio. Había habido momentos durante la tarde en que había dudado seriamente de si tendría que pagar un alto precio por el placer de vengarse de Noel Vanstone y de la perspectiva de ganar doscientas libras, pues el incierto temperamento de Magdalen le hacía correr el riesgo de ser descubierto en cualquier momento. La prueba evidente de dominio que tenía ahora ante sí alivió sus pensamientos de tamaña inquietud. Poco le importaba al capitán que Magdalen sufriera en la intimidad de su dormitorio mientras saliera de él con un rostro que resistiera cualquier examen y una voz que no lo dejara traslucir.

De camino a Sea-View Cottage, el capitán Wragge manifestó su intención de formular al ama de llaves unas cuantas preguntas compasivas acerca de su hermano enfermo de Suiza. Opinaba que el estado crítico de la salud de dicho caballero podía ejercer una influencia determinante en el futuro progreso de la conspiración. Cualquier posibilidad de alejar al ama de llaves de su amo, señaló, era una posibilidad que merecía ser atentamente investigada dadas las circunstancias.

—Si conseguimos deshacernos de la señora Lecount en el momento oportuno —susurró el capitán cuando abría la verja del jardín de su anfitrión—, ¡nuestro hombre está atrapado!

Un minuto más tarde, Magdalen se hallaba de nuevo bajo el techo de Noel Vanstone, esta vez como invitada.

El procedimiento de la noche fue en su mayor parte una repetición del que habían desarrollado durante el paseo. Noel Vanstone osciló entre su admiración por la belleza de Magdalen y la alabanza de sus propias posesiones. Los inagotables arrebatos informativos del capitán Wragge —intercalados de preguntas, indirectas por delicadeza, con respecto al hermano de la señora Lecount— distrajeron continuamente la celosa vigilancia del ama de llaves sobre las maneras y el lenguaje de su amo. Así transcurrió la velada hasta las diez. Para entonces se había agotado la ciencia de manual del capitán y el genio del ama de llaves empezaba a aflorar a la superficie. Una vez más, el capitán Wragge avisó a Magdalen con una mirada y, pese a las hospitalarias protestas de Noel Vanstone, se levantó sensatamente para despedirse deseando las buenas noches.

—Tengo la información que quería —comentó el capitán de camino a casa—. El hermano de la señora Lecount vive en Zurich. Es soltero, posee una modesta fortuna y su hermana es su pariente más cercano. Si nos hiciera el favor de morirse de una

vez, nos ahorraría un montón de problemas con la señora Lecount.

Era una agradable noche iluminada por la luna. Al pronunciar esas palabras, el capitán se volvió a mirar a Magdalen para comprobar si se había apoderado de ella su intratable abatimiento otra vez.

¡No! Su variable humor había cambiado una vez más. Miraba a un lado y a otro haciendo alarde de una animación febril; se mofó de la mera idea de que pudieran tener graves dificultades con la señora Lecount; imitó la voz chillona de Noel Vanstone y repitió sus piropos rimbombantes con la amarga alegría de ridiculizarlo. En lugar de entrar en la casa de prisa y corriendo como antes, caminó despreocupadamente junto a su compañero, tarareando retazos de canciones y lanzando a diestro y siniestro los pequeños guijarros sueltos del sendero del jardín. El capitán Wragge saludó el cambio operado en Magdalen como el mejor de los augurios. Creyó ver claros síntomas de que el espíritu familiar volvía de nuevo.

—Bueno —dijo cuando le encendió la bujía del dormitorio—, cuando mañana nos encontremos todos en el paseo, veremos de dónde sopla el viento, como dicen nuestros náuticos amigos. Una cosa puedo decirle, mi querida niña, de poco me habrá servido abrir bien los ojos si no amenaza tormenta esta noche en la atmósfera hogareña del señor Noel Vanstone.

La habitual perspicacia del capitán no le había engañado. Tan pronto como se cerró la puerta de Sea-View Cottage tras partir los invitados, la señora Lecount se esforzó en hacer valer la autoridad que la influencia de Magdalen amenazaba ya.

El ama de llaves empleó todos los artificios en los que era experta para averiguar la verdadera posición de Magdalen en la estima de Noel Vanstone. Una y otra vez probó a sonsacarle inadvertidamente la confesión del placer que sentía ya en compañía de la hermosa señorita Bygrave; entró y salió serpenteando de cada una de las debilidades del carácter de su amo, igual que las ranas y tritones entraban y salían serpenteando de la pirámide de roca de su acuario. Pero cometió un grave error que casi todas las personas inteligentes son susceptibles de cometer cuando tratan con sus inferiores intelectuales: confió implícitamente en el desatino de un tonto. Olvidó que una de las cualidades humanas más viles, la astucia, es exactamente la habilidad que a menudo se desarrolla más en las naturalezas de menor intelecto. Si hubiera mostrado sinceramente su enfado, con seguridad habría asustado a su amo. Si le hubiera comunicado abiertamente sus pensamientos, le habría asombrado presentando una cadena de razonamientos a sus limitadas percepciones que éstas no habrían sido lo bastante agudas para comprender; la curiosidad de su amo le habría llevado a pedir una explicación y, jugando con esa curiosidad, podría haberlo tenido a su merced. El caso es que el ama de llaves opuso su astucia a la de su amo, y el idiota le dio ciento y raya. Noel Vanstone, para quien todas las motivaciones de amplias miras que había bajo el cielo eran misterios inescrutables, vio la motivación

mezquina en el fondo de la conducta de su ama de llaves con una perspicacia tan inmediata como si hubiera sido un hombre de grandes facultades. La señora Lecount se despidió de su señor para ir a acostarse, frustrada y sabiéndose frustrada; se despidió de él dominada por su lado más feroz y con el rastrero anhelo en sus elegantes uñas de clavárselas en el rostro de su amo.

No era una mujer que se desanimara por una derrota ni por ciento. Estaba absolutamente decidida a pensar y repensar hasta dar con el medio de detener la creciente intimidad con los Bygrave de una vez por todas. En la soledad de su dormitorio recobró la sangre fría y se dispuso por primera vez a repasar las conclusiones a las que había llegado tras los acontecimientos del día.

Había algo que le resultaba vagamente familiar en la voz de aquella señorita Bygrave, pero al mismo tiempo, aunque fuera una inexplicable contradicción, también había algo que le resultaba extraño. El rostro y la figura de la joven eran completamente nuevos para ella. Eran un rostro y una figura atractivos, y si el ama de llaves hubiera visto alguno de los dos en alguna ocasión anterior, sin duda lo recordaría. La señorita Bygrave era indudablemente una desconocida y, sin embargo...

No había llegado más lejos durante el día, ni pudo ir más lejos ahora: la cadena de pensamientos se rompió. Su mente recogió los fragmentos y formó otra cadena que se unió a la señora que se mantenía recluida, a la tía, que parecía estar bien y sin embargo padecía de los nervios, que padecía de los nervios y sin embargo era capaz de usar hilo y aguja... Una incomprensible semejanza con una voz que no recordaba en la sobrina; una indescifrable enfermedad que mantenía a la tía alejada de la vida social; una amplísima cultura científica en el tío, asociada a una tosquedad e insolencia en los modales que en modo alguno sugerían la idea de un hombre enfrascado en el estudio: ¿eran en verdad los tres miembros de aquella pequeña familia lo que superficialmente parecían ser?

Con esta pregunta en la cabeza se acostó.

Tan pronto como apagó la bujía, la oscuridad pareció comunicar cierta perversidad inexplicable a sus pensamientos. Del presente derivaron al pasado, muy a su pesar; devolvieron a su antiguo amo a la vida; revivieron dichos y hechos olvidados en el círculo inglés de Zurich; se acercaron hasta el lecho de muerte del anciano en Brighton; se trasladaron de Brighton a Londres; entraron en la habitación desnuda e incómoda de Vauxhall Walk; devolvieron el acuario a su lugar sobre la mesa de la cocina y colocaron a la falsa señorita Garth en una silla junto a él, evitando exponer sus ojos inflamados a la luz; colocaron de nuevo la carta anónima en sus manos, la carta que insinuaba una oscura conspiración y la llevaron con ella a la presencia de su amo; evocaron la discusión sobre el espacio en blanco en el anuncio y la pelea que le siguió cuando le dijo que la suma que había ofrecido era

ridículamente pequeña; revivieron una vieja duda que no la había preocupado desde hacía varias semanas: la duda de si la conspiración con que los amenazaban se había quedado en humo o si era probable que su amo y ella volvieran a oír hablar del asunto. En aquel punto sus pensamientos volvieron a romperse y se produjo un vacío momentáneo. Al minuto siguiente se incorporó en la cama de repente; el corazón le latía con fuerza y la cabeza le daba vueltas como si hubiera perdido el juicio. Un súbito destello y su cerebro encajó los múltiples pensamientos esparcidos y los colocó ante ella con una forma clara e inteligible. Dominada por la agitación del momento, dio una palmada al juntar las manos y exclamó de pronto en la oscuridad:

—¡¡¡Otra vez la señorita Vanstone!!!

Se levantó de la cama y encendió la bujía una vez más. A pesar de que tenía los nervios bien templados, la conmoción de lo que barruntaba habían conseguido alterarlos. Su firme mano tembló cuando abrió su neceser y sacó de él un pequeño frasco de sal volátil. Pese a sus lisas mejillas y sus cabellos bien conservados, al mezclar el alcohol con agua se hizo patente la edad que tenía. Bebió la mezcla con avidez y, envolviéndose en la bata, se sentó en el borde de la cama para recobrar su calma habitual.

Fue totalmente incapaz de seguir el proceso mental que la había conducido al descubrimiento. No pudo distanciarse lo suficiente de sí misma para ver que sus vagas conclusiones con respecto a los Bygrave habían acabado convirtiendo a los miembros de aquella familia en blanco de sus sospechas, que la asociación de ideas le había hecho recordar inmediatamente después aquel otro motivo de sospecha representado por la conspiración contra su amo y que las dos ideas sobre aquellos diferentes motivos de recelo la habían iluminado al haberse relacionado de pronto. No fue capaz de seguir ese razonamiento desde el efecto hasta la causa. Tan sólo sentía que la sospecha se había convertido ya en algo más; la convicción no hubiera podido estar más firmemente arraigada en sus pensamientos.

Pensando en Magdalen bajo la nueva perspectiva en la que acababa de colocarla, la señora Lecount se habría convencido a sí misma de buena gana de que reconocía ciertos trazos del rostro y la figura de la falsa señorita Garth en la grácil y hermosa joven que se había sentado a la mesa de su amo hacía apenas una hora, de que ahora hallaba semejanzas en las que antes ni siquiera había pensado entre la voz airada que había oído en Vauxhall Walk y el tono suave y bien educado que aún persistía en sus oídos después de la experiencia de la velada precedente. De buena gana se habría convencido a sí misma de que había alcanzado tales resultados sin forzar indebidamente los hechos que ella conocía en realidad, pero el esfuerzo fue inútil.

La señora Lecount no era una mujer que gastara tiempo y energías en intentar convencerse a sí misma. Aceptó la conclusión inevitable de que un súbito acierto la había conducido al descubrimiento. Y, además, reconoció la sencilla verdad —por

desagradable que fuera— de que, por el momento, carecía de un solo fragmento de prueba que apoyara la convicción que se había adueñado de su ánimo y la justificara en el ánimo de los demás.

En aquellas circunstancias, ¿cuál era la línea de conducta más segura que debía seguir con su amo?

Si le explicaba con franqueza, cuando volvieran a verse a la mañana siguiente, lo que había pasado por su cabeza aquella noche, su experiencia con Noel Vanstone le decía que sin duda se produciría uno de dos resultados. O bien se encolerizaría y se pelearía con ella, exigiendo pruebas y, al no ver aparecer ninguna, la acusaría de alarmarle sin más motivo que los celos y con el propósito de alejarlo de Magdalen; o bien sufriría un serio sobresalto, clamaría la protección de la ley y pondría sobre aviso a los Bygrave, que estarían a la defensiva desde el principio. Si Magdalen hubiera sido la única implicada en la conspiración, esta última consecuencia no habría tenido excesiva importancia a los ojos del ama de llaves; pero viendo el engaño tal como lo veía ahora, su inteligencia era demasiado grande para no conceder su justo valor a la inagotable fuente de recursos del capitán. «Si no puedo enfrentarme con ese villano desvergonzado respaldada por pruebas claras —pensó la señora Lecount—, aunque mañana por la mañana abra los ojos de mi amo, el señor Bygrave se los cerrará de nuevo antes de que llegue la noche. Ese granuja juega con todas sus cartas bajo la mesa y ganará la partida con toda certeza si ve mi mano antes de empezar.»

La prudencia de aquella táctica de espera era tan manifiesta —pues era evidente que el taimado señor Bygrave se habría procurado, para un caso de emergencia, pruebas que demostraran la identidad que él y su sobrina habían adoptado para sus fines— que la señora Lecount decidió seguir su propio consejo a la mañana siguiente y esperó a poder presentar hechos indiscutibles antes de atacar la conspiración. Sólo hacía un día que su amo conocía a los Bygrave. No existía el temor de que se convirtiera en una intimidación peligrosa si ella permitía que continuara sólo unos días más y la atajaba radicalmente en una semana como mucho.

Durante ese espacio de tiempo, ¿qué medidas podía adoptar para eliminar los obstáculos que estorbaban su camino y proveerse de las armas que necesitaba?

Nuevas reflexiones le mostraron tres posibilidades diferentes a su favor, tres modos distintos de llegar a la revelación necesaria.

La primera posibilidad consistía en cultivar la amistad de Magdalen y luego tenderle una trampa por sorpresa para que se delatara a sí misma en presencia de Noel Vanstone. La segunda posibilidad consistía en escribir a la mayor de las señoritas Vanstone y pedirle (con alguna alarmante excusa para preguntárselo) información sobre el paradero de su hermana menor y sobre cualquier peculiaridad de su aspecto personal que permitiera identificarla a alguien que no la conociera. La tercera

posibilidad era desvelar el misterio del aislamiento de la señora Bygrave y comprobar mediante una entrevista personal si la auténtica dolencia de la enferma no podía ser su incapacidad para guardar los secretos de su marido. Tras decidirse a probar las tres posibilidades en el orden en el que están aquí enumeradas y a tender su trampa a Magdalen durante el día que ya se acercaba, la señora Lecount se quitó por fin la bata y permitió a su naturaleza más débil que le implorara un poco de descanso.

El nuevo día despuntaba sobre el frío mar gris cuando volvió a acostarse. Su último pensamiento antes de quedarse dormida fue característico de aquella mujer y constituía una amenaza para el capitán. «Ha jugado frívolamente con la sagrada memoria de mi marido —se dijo la viuda del profesor—. ¡Por mi honor y mi vida que se lo haré pagar!»

A la mañana siguiente, temprano, Magdalen empezó el día —según había convenido con el capitán— sacando a la señora Wragge a hacer un poco de ejercicio a una hora en la que no habían de temer que llamaran la atención. La señora Wragge rogó y rogó que la dejaran quedarse en casa, pues tenía aún el traje de cachemira oriental metido en la cabeza y consideraba necesario leer las instrucciones de costura cuando menos por centésima vez antes de (para usar su propia expresión) «armarse de valor para meter las tijeras en la tela». Pero su compañera no aceptó la negativa y la señora Wragge se vio obligada a salir. El único propósito inocente en la vida que ahora poseía Magdalen era la determinación de que la señora Wragge no se convirtiera en una prisionera por su culpa, y a esa determinación se aferraba maquinalmente como al último resto reconocible que le quedaba de su mejor yo.

Regresaron a desayunar más tarde de lo habitual. Mientras la señora Wragge se encontraba arriba, enderezándose de los pies a la cabeza para someterse a la inspección de su metódico marido, y mientras Magdalen y el capitán la esperaban en la salita, entró la criada con una nota de Sea-View Cottage. El mensajero aguardaba respuesta y la nota estaba dirigida al capitán Wragge.

El capitán abrió la nota y leyó estas líneas:

Querido señor:

El señor Noel Vanstone desea que le escriba para decirle que se propone disfrutar de este agradable día dando un largo paseo en coche hasta un lugar de esta costa llamado Dunwich. Está impaciente por saber si querría usted compartir los gastos del carruaje y proporcionarle el placer de su compañía y la de la señorita Bygrave en esta excursión. Amablemente se me autoriza a formar parte del grupo y, si se me permite decirlo sin faltar al decoro, añadiría que mi placer será tan grande como el de mi amo si usted y su sobrina aceptan unirse a nosotros. Tenemos

intención de salir de Aldborough puntualmente a las once.

Su humilde servidora,

VIRGINIE LECOUNT

—¿De quién es la carta? —preguntó Magdalen, notando un cambio en el rostro del capitán Wragge mientras la leía—. ¿Qué quieren de nosotros en Sea-View Cottage?

—Perdóneme —dijo el capitán con expresión grave—, esto exige ser meditado. Concédame un par de minutos para pensar.

El capitán dio unas cuantas vueltas a la habitación y de repente se dirigió a la mesa de un rincón, sobre la que se hallaba su recado de escribir.

—¡No nací ayer, señora! —dijo el capitán, hablando burlescamente para sí. Guiñó el ojo marrón, empuñó la pluma y escribió la respuesta.

—¿Puede hablar ahora? —inquirió Magdalen cuando la criada salió de la habitación—. ¿Qué decía la carta y cómo la ha contestado usted?

El capitán depositó la carta en sus manos.

—He aceptado la invitación —contestó tranquilamente.

Magdalen leyó la carta.

—Animosidad disimulada ayer —dijo—, y franca amistad hoy. ¿Qué significa esto?

—Significa —dijo el capitán Wragge— que la señora Lecount es más aguda de lo que yo pensaba. La ha descubierto a usted.

—Imposible —exclamó Magdalen—. Totalmente imposible en tan poco tiempo.

—No sé cómo la ha descubierto —prosiguió el capitán con absoluta serenidad—. Quizá recordaba mejor su voz de lo que nosotros suponíamos. O quizá, pensándolo bien, le hemos parecido una familia bastante sospechosa, y cualquier cosa sospechosa en la que estuviera envuelta una mujer le ha recordado aquella visita matinal que hizo usted a Vauxhall Walk. Sea como fuere, el significado de este súbito cambio es evidente. La ha descubierto y quiere poner a prueba su descubrimiento deslizando un par de preguntas embarazosas bajo la apariencia de una breve charla amistosa. Mi experiencia de la humanidad ha sido muy variada y la señora Lecount no es la primera intrigante con enaguas con la que he tenido que habérmelas. El mundo entero es un teatro ^[25], mi querida niña, y una de las escenas de nuestra pequeña obra acaba de cerrarse para siempre.

Tras pronunciar estas palabras, el capitán sacó su ejemplar de los *Scientific Dialogues* de Joyce del bolsillo.

—¡Ya he terminado contigo, amigo mío! —dijo el capitán, dando una palmada de despedida sobre el útil libro divulgativo. Luego lo guardó bajo llave en el aparador—.

¡Tal es la popularidad humana! —continuó el indómito truhán, metiéndose la llave alegremente en el bolsillo—. Ayer Joyce lo era todo para mí. ¡Hoy no daría ni esto por él! —Hizo chasquear los dedos y se sentó a desayunar.

—No le comprendo —dijo Magdalen, mirándole con enojo—. ¿Piensa abandonarme a mis propios recursos a partir de ahora?

—¡Mi querida niña! —exclamó el capitán Wragge—. ¿Todavía no se ha acostumbrado a mi pincelada de humor? He terminado con mi ciencia a la medida simplemente porque estoy convencido de que la señora Lecount ha dejado de creer en mí. ¿Acaso no he aceptado la invitación para Dunwich? Tranquilícese. La ayuda que le he prestado ya no es nada comparada con la que le voy a prestar ahora. Mi honor está comprometido en poner fuera de juego a la señora Lecount. Este último movimiento suyo lo ha convertido en una cuestión personal. ¡¡¡Esa mujer cree realmente que puede engañarme a mí!!! —exclamó el capitán golpeando la mesa con el mango del cuchillo en un arrebató de virtuosa indignación—. ¡A fe mía que no me habían insultado tanto en toda mi vida! Acerque su silla a la mesa, querida, y preste medio minuto de atención a lo que tengo que decirle.

Magdalen le obedeció. El capitán Wragge bajó la voz como precaución antes de continuar.

—Siempre le he dicho —empezó— que era absolutamente necesario que no se dejara coger en Babia por la señora Lecount. Le digo lo mismo después de lo que ha ocurrido esta mañana. ¡Que sospeche de usted! La desafío a que encuentre el más pequeño fundamento para sus sospechas, a menos que la ayudemos nosotros. Hoy veremos si ha sido lo bastante estúpida para traicionarse hablando con su amo sin tener hechos que apoyaran sus afirmaciones. Lo dudo. Si se lo ha dicho, nosotros derramaremos pruebas de nuestra identidad como los Bygrave sobre la débil cabecita de Noel Vanstone hasta que le duela de tanto convencimiento. Tiene usted que hacer dos cosas durante esta excursión. En primer lugar, desconfiar de todo lo que le diga la señora Lecount. En segundo lugar, ejercer toda su fascinación y tener bien atado al señor Noel Vanstone a partir de hoy. Yo le daré la oportunidad cuando bajemos del carruaje para pasear por Dunwich. Póngase la pamea, lleve puesta la sonrisa, haga justicia a su figura y ajústese el corsé, póngase las botas más finas y los guantes más elegantes, asegúrese de que tiene a ese hombrecillo miserable bien agarrado a las faldas. Que se agarre bien y después déjeme a mí el resto. ¡Chitón!, ahí viene la señora Wragge, a partir de ahora tenemos que ser doblemente cuidadosos con ella. ¡Muéstreme la cofia, señora Wragge! ¡Muéstreme los zapatos! ¿Qué veo en ese delantal? ¿Una mancha? ¡No toleraré las manchas! Quíteselo después del desayuno y póngase otro. Coloque su silla en el centro de la mesa, más a la izquierda, más. Sirva el desayuno.

A las once menos cuarto, la señora Wragge fue desterrada a la habitación del

fondo (de pleno acuerdo con sus propios deseos) para dejarse asombrar por la ciencia de la costura durante el resto del día. Cuando el reloj dio la hora, la señora Lecount y su amo llegaron puntualmente en carruaje a la verja de North Shingles y hallaron a Magdalen y al capitán Wragge esperándolos en el jardín.

Durante el trayecto hasta Dunwich nada perturbó el placer del paseo. Noel Vanstone disfrutaba de una excelente salud y estaba de muy buen humor. Lecount se había disculpado por el pequeño malentendido de la víspera; Lecount había pedido la excursión como un detalle hacia sí misma. Noel Vanstone pensó en aquellas concesiones y miró a Magdalen y no dejó de sonreír bobaliconamente todo el camino. La señora Lecount interpretó su papel a la perfección. Se mostró maternal con Magdalen y cariñosamente solícita con Noel Vanstone. Estaba muy interesada en la conversación del capitán Wragge y sufrió una pequeña decepción al descubrir que se volcaba en temas generales y excluía la ciencia. No se le escapó ni una mirada ni una sola palabra que aludiera en lo más mínimo a su auténtico propósito. Vestía con la acostumbrada elegancia y decoro, y fue la única del grupo, en aquel sofocante día estival, que conservó la frescura durante la parte más calurosa del viaje.

Cuando se apearon del carruaje al llegar a Dunwich, el capitán aprovechó un momento en que la señora Lecount no le prestaba atención para dar ánimos a Magdalen con una última advertencia.

—¡Cuidado con el gato! —susurró—. Enseñará las uñas en el camino de vuelta.

Abandonaron la aldea y se encaminaron a las ruinas de un convento cercano, la última reliquia de la en otro tiempo populosa ciudad de Dunwich que ha sobrevivido durante siglos a la destrucción del mar voraz. Tras contemplar las ruinas, buscaron la sombra de un bosquecillo entre la aldea y las pequeñas dunas que dominan el océano Alemán. Allí el capitán Wragge se las arregló para dejar que Magdalen y Noel Vanstone se les adelantaran un trecho a la señora Lecount y a él, se equivocó de sendero e inmediatamente se perdió con consumada destreza. Tras deambular unos minutos (en la dirección equivocada), llegó a un claro cerca del mar y, abriendo el taburete de tijera cortésmente para que el ama de llaves se acomodara en él, propuso aguardar en el sitio a que los otros miembros del grupo pasaran por allí y los encontraran.

La señora Lecount aceptó la propuesta. Se había dado perfecta cuenta de que su acompañante se había perdido a propósito, pero ese descubrimiento no ejerció la menor influencia perturbadora sobre sus modales afables. Aún no había llegado el día de ajustar las cuentas al capitán; se limitó a añadir un nuevo apunte a su lista y a aprovechar el taburete de tijera. El capitán Wragge se tendió a sus pies en actitud romántica, y los dos enemigos resueltos (agrupados como dos amantes en un cuadro) entablaron una conversación tan desenfadada y agradable como si su amistad datara de veinte años atrás.

«¡La conozco, señora! —pensaba el capitán mientras la señora Lecount le hablaba—. Le gustaría pillarme en falso con mi ciencia de manual, ¡y no le importaría ahogarme en el tanque del profesor!»

«¡Villano con un ojo verde y otro marrón! —pensaba la señora Lecount mientras el capitán tomaba, a su vez el relevo de la conversación—. Por dura que tenga la piel, ¡aún he de atravesarla y clavarle mi aguijón!»

Con tal estado de ánimo siguieron charlando animadamente sobre temas generales, asuntos públicos, paisajes locales, sobre la sociedad en Inglaterra y la sociedad en Suiza, sobre salud, clima, libros, matrimonio y dinero; charlaron sin una sola pausa, sin un solo malentendido durante casi una hora, hasta que Magdalen y Noel Vanstone se desviaron por allí y volvieron a formar un grupo de cuatro.

Cuando llegaron a la posada donde les aguardaba el carruaje, el capitán Wragge cedió tranquilamente la posesión de Noel Vanstone a la señora Lecount e hizo señas a Magdalen de que se rezagara un momento para hablar con él.

—¿Y bien? —preguntó el capitán en un susurro—. ¿Lo tiene bien agarrado a las faldas?

Magdalen tembló de pies a cabeza al dar su respuesta.

—Me ha besado la mano —dijo—. ¿Le dice eso bastante? ¡No deje que se siente junto a mí en el trayecto de vuelta! He soportado más de lo que puedo soportar; sálveme el resto del día.

—La pondré en el asiento delantero del carruaje —contestó el capitán—, a mi lado.

En el camino de vuelta, la señora Lecount confirmó la predicción del capitán Wragge y mostró sus uñas.

No podía haber elegido un momento mejor y difícilmente le habrían favorecido más las circunstancias. Magdalen tenía el ánimo decaído; estaba cansada física y mentalmente y se sentaba justo delante del ama de llaves, la cual, por culpa de esta nueva ubicación de Magdalen, se había visto obligada a ocupar el asiento de honor junto a su amo. Con todas las facilidades posibles para observar los cambios más sutiles en el semblante de Magdalen, la señora Lecount probó su primer experimento llevando la conversación al tema de Londres y a las ventajas relativas que ofrecían a sus residentes los diversos barrios de la metrópoli a ambas orillas del río. El siempre presto capitán Wragge descubrió sus intenciones antes de lo que ella esperaba e intervino inmediatamente. «Se dirige usted a Vauxhall Walk, señora —pensó el capitán—. Pues yo llegaré antes.»

Al punto inició una descripción totalmente ficticia de los barrios de Londres en los que él personalmente había residido y, mencionando hábilmente Vauxhall Walk como uno de ellos, salvó a Magdalen de una súbita pregunta relacionada con ese mismo sitio, con la que la señora Lecount se proponía sorprenderla para empezar. De

sus lugares de residencia, el capitán pasó tranquilamente a sí mismo y llenó los oídos de la señora Lecount con una completa historia familiar (en el personaje del señor Bygrave), sin olvidar la tumba de su hermano en Honduras con el monumento del artista negro autodidacta, ni a la corpulenta viuda de su hermano en la planta baja de la casa de huéspedes de Cheltenham. Como medio para dar tiempo a Magdalen a serenarse, aquel arranque de información autobiográfica consiguió su objetivo, pero no sirvió para nada más. La señora Lecount escuchó sin creer una sola palabra de lo que le decía el capitán. Simplemente sirvió para reforzar su convicción de que era inútil contarle la verdad a Noel Vanstone antes de que tuviera hechos que la respaldaran frente a la inexpugnable posición del capitán Wragge en la identidad que había asumido. El ama de llaves esperó tranquilamente a que el capitán hubiera acabado y luego volvió a la carga.

—Es una coincidencia que su tío haya residido en Vauxhall Walk —dijo, dirigiéndose a Magdalen—. El señor Noel tiene una casa en ese mismo lugar y vivíamos allí antes de venir a Aldborough. ¿Puedo preguntarle, señorita Bygrave, si conoce usted a una tal señorita Garth?

Esta vez formuló la pregunta antes de que el capitán pudiera intervenir. Magdalen debería haberse dado cuenta de lo que se avecinaba después de lo que acababa de hablarse en su presencia, pero tenía los nervios alterados por los acontecimientos del día y sólo pudo dar una respuesta negativa tras una breve pausa para dominarse. Su vacilación fue de una naturaleza demasiado pasajera para atraer la atención de una persona que nada sospechara, pero duró lo bastante para confirmar las convicciones personales de la señora Lecount y animarla a avanzar un poco más.

—Lo preguntaba —continuó, clavando los ojos en Magdalen y haciendo caso omiso de los esfuerzos del capitán Wragge por entrar en la conversación—, porque la señorita Garth es una extraña para mí y sentía curiosidad por descubrir cuanto pudiera sobre ella. El día antes de que abandonáramos la capital, señorita Bygrave, una persona que se presentó a sí misma con el nombre que acabo de mencionar nos visitó en circunstancias realmente extraordinarias.

Con maneras desenvueltas y zalameras, con un refinamiento del desprecio que era poco menos que diabólico por su ingeniosa usurpación del lenguaje de la piedad, pasó a describir audazmente el aspecto de Magdalen disfrazada en presencia de la propia Magdalen. Se refirió despreciativamente a los antiguos dueños de Combe-Raven como a personas que habían sido siempre motivo de enojo para la rama más antigua y respetable de la familia; se lamentó de que las hijas siguieran el ejemplo de sus padres e intentaran aprovecharse mercenariamente del señor Noel Vanstone adoptando la personalidad y el nombre de una persona respetable, para protegerse. Incluyendo astutamente a su amo en la conversación para evitar que el capitán consiguiera desviarla por aquel lado, no ahorrándose ni la más pequeña ofensa,

hollandando los lugares más sensibles donde una mujer rencorosa puede zaherir con su lengua viperina, hubiera conseguido sin duda su objetivo torturando a Magdalen hasta que se traicionara a sí misma, de no haber sido porque el capitán Wragge la detuvo en plena carrera con una fuerte exclamación de alarma y aferrando súbitamente la muñeca de Magdalen.

—¡Mil perdones, mi querida señora! —exclamó el capitán—. Veo en el rostro de mi sobrina, noto en su pulso que vuelve a tener uno de sus violentos ataques de neuralgia. Mi querida niña, ¿por qué vacilas en confesar tu dolor cuando estamos entre amigos? ¡Qué momento para ser educada! Se le nota el sufrimiento en el semblante, ¿no es cierto, señora Lecount? Punzadas de dolor, señor Vanstone, punzadas de dolor en la sien izquierda. Bájate el velo, querida, y recuéstate sobre mí. Nuestros amigos sabrán disculparte; nuestros excelentes amigos sabrán disculparte el resto del día.

Antes de que la señora Lecount pudiera arrojar una sombra de duda sobre la autenticidad de la neuralgia, su amo manifestó su preocupación del modo más agitado y nervioso, tal como había previsto el capitán. Noel Vanstone detuvo el carruaje e insistió en que cambiaran inmediatamente de sitio, dejando el cómodo asiento de atrás para la señorita Bygrave y su tío y el asiento de delante para él y Lecount. ¿Llevaba Lecount su frasco de sales? ¡Excelente criatura! Que se lo diera inmediatamente a la señorita Bygrave y que el cochero condujera con cuidado. Si el cochero sacudía a la señorita Bygrave no recibiría ni medio penique. Con frecuencia el mesmerismo resultaba útil en aquellos casos. El padre del señor Noel Vanstone había sido el más eficiente mesmerizador de Europa y el señor Noel Vanstone era hijo de su padre. ¿Quería que la mesmerizara? ¿Quería que ordenara a aquel infernal cochero que parara en un lugar sombreado y apto para tal propósito? ¿Prefería asistencia médica? ¿Podía hallarse esa asistencia en algún lugar antes de llegar a Aldborough? Aquel idiota de cochero no lo sabía. ¡Que detuviera a todo hombre respetable que pasara en calesa y le preguntara si era médico! Así continuó el señor Noel Vanstone —con breves intervalos para coger aire— en una escala de compasión y vanidad siempre ascendente, durante todo el camino de regreso.

La señora Lecount aceptó su derrota sin pronunciar palabra. Desde el momento en que el capitán Wragge la interrumpió, sus finos labios se cerraron y no volvieron a abrirse durante el resto del viaje. Las más vehementes expresiones de inquietud de su amo por la doliente señorita no produjeron ninguna manifestación externa de ira. Le prestó la mínima atención posible. No prestó ninguna al capitán, cuya exasperante consideración hacia el enemigo vencido le hizo mostrarse más cortés que nunca con ella. Cuanto más se acercaban a Aldborough, más fijamente clavaba la señora Lecount sus penetrantes ojos negros en Magdalen, que se hallaba recostada frente a ella con los ojos cerrados y el velo sobre la cara.

Sólo cuando el carruaje se detuvo en North Shingles y el capitán ayudaba a bajar a Magdalen, se dignó prestarle atención. Cuando el capitán sonrió y alzó el sombrero junto a la portezuela del carruaje, el firme aplomo del ama de llaves cedió de repente y le lanzó una mirada que aniquiló su cortesía en el acto. El capitán se dio la vuelta de inmediato, agradeciendo apresuradamente las últimas preguntas compasivas de Noel Vanstone y condujo a Magdalen a la casa.

—Le había dicho que enseñaría las uñas —dijo—. No es culpa mía que la haya arañado antes de que yo pudiera detenerla. No le ha hecho daño, ¿no?

—Me ha hecho daño, con cierto provecho —dijo Magdalen—. Me ha dado el valor para seguir adelante. Dígame lo que debe hacerse mañana, y créame que lo haré. —Suspiró profundamente al decir estas palabras y subió a su habitación.

El capitán Wragge entró en la salita con aire meditabundo y se sentó a reflexionar. No estaba en absoluto tan seguro como hubiera deseado sobre el futuro proceder del enemigo después de la derrota de aquel día. La mirada del ama de llaves al despedirse le había dado a entender claramente que no había agotado todavía sus recursos, y el viejo miliciano comprendió la importancia suma de prepararse a tiempo para contrarrestar de antemano su siguiente paso. Encendió un cigarro y concentró su precavida atención en los peligros que se avecinaban.

Mientras el capitán Wragge meditaba en la salita de North Shingles, la señora Lecount reflexionaba en su dormitorio de Sea-View. La exasperación por el fracaso de su primer intento de poner al descubierto la conspiración no le impedía ver la urgente necesidad de llevar a cabo el segundo antes de que el enamoramiento de Noel Vanstone escapara a su control. Tras haber fallado la trampa tendida a Magdalen, la siguiente posibilidad que debía probar era la de embaucar a su hermana. La señora Lecount ordenó que le sirvieran una taza de té, abrió su estuche de papel de escribir y empezó a redactar el borrador de una carta para enviársela a la mayor de las señoritas Vanstone en el correo de la mañana.

Así terminó la escaramuza de aquel día. El calor de la batalla aún tenía que llegar.

CAPÍTULO VI

La perspicacia humana tiene sus límites. Pese al acierto con que el capitán Wragge había dirigido sus pasos hasta entonces, ni siquiera su agudeza era ahora suficiente. Terminó el cigarro con la convicción mortificante de que el siguiente paso de la señora Lecount le pillaría totalmente desprevenido.

En tales circunstancias, su experiencia le aconsejaba que sólo había un camino seguro que seguir. Decidió probar el efecto desorientador de un cambio completo de táctica sobre el ama de llaves, antes de que ésta tuviera tiempo para atacarle en la oscuridad aprovechándose de su ventaja. Con este fin envió a la criada arriba para solicitar a la señorita Bygrave que bajara a hablar con él.

—Espero no molestarla —dijo el capitán cuando Magdalen entró en la salita—. Permítame que me disculpe por el olor a tabaco y que le diga un par de cosas sobre nuestro proceder a partir de ahora. Hablando con la franqueza que me caracteriza, la señora Lecount me tiene desconcertado y propongo que le devolvamos el detalle desconcertándola a ella. El plan que voy a sugerir es muy simple. Ya he tenido el honor de darle a usted una grave neuralgia, y le pido permiso (cuando el señor Noel Vanstone envíe a alguien a preguntar por usted mañana por la mañana) para tomarme la libertad de meterla en la cama definitivamente. Pregunta de Sea-View Cottage: «¿Qué tal se encuentra la señorita Bygrave esta mañana?». Respuesta de North Shingles: «Mucho peor. La señorita Bygrave tiene que guardar cama». Pregunta repetida día tras día, pongamos que durante una quincena: «¿Qué tal se encuentra la señorita Bygrave?». Respuesta repetida durante el mismo tiempo, si es necesario: «Igual». ¿Podrá soportar el encierro? No veo objeción a que salga a tomar el aire a primera hora de la mañana o a última hora, por la noche. Pero el resto del día, no queda otro remedio, tendrá que colocarse en la misma categoría que la señora Wragge y permanecer en su habitación.

—¿Con qué fin desea que haga eso? —inquirió Magdalen.

—Con un doble fin —respondió el capitán—. Mi propia estupidez me hace sonrojar, pero el hecho es que no acierto a adivinar cuál pueda ser el siguiente movimiento de la señora Lecount. Lo único de lo que estoy seguro es de que volverá a intentar abrirle los ojos a su amo. Sean cuales sean los medios que emplee para descubrir su identidad, es necesario que exista una comunicación personal con usted para alcanzar sus objetivos. Muy bien. Si impido esa comunicación, pongo un obstáculo en su camino desde el principio, o, como decimos jugando a las cartas, fuerzo su mano. ¿Ve adonde quiero ir a parar?

Magdalen lo veía perfectamente. El capitán prosiguió.

—La segunda razón que tengo para encerrarla —dijo— tiene relación exclusivamente con el amo de la señora Lecount. El crecimiento del amor, mi querida

niña, es, en un aspecto, diferente de los demás crecimientos; el amor florece en circunstancias adversas. Nuestro primer plan era hacer sentir al señor Noel Vanstone el placer de su compañía. La siguiente consiste en volverle loco con su pérdida. Yo hubiera propuesto unos cuantos encuentros más para favorecer nuestros fines de no ser por nuestra crítica posición actual con respecto a la señora Lecount. Sea como fuere, habremos de confiar en el efecto que produjo usted ayer y probar el experimento de una súbita separación antes de lo que yo hubiera deseado. Yo veré al señor Noel Vanstone, en cambio, ¡y si hay algún lugar en carne viva situado en los alrededores del corazón de ese caballero, puede dar por seguro que me lanzaré sobre él! Le he hecho saber a usted todas mis opiniones. Tómese su tiempo para reflexionar y déme una respuesta: sí o no.

—Cualquier cambio será para mejor —dijo Magdalen—, ¡si me aleja de la compañía de la señora Lecount y de su amo! Que sea como usted quiere.

Magdalen había hablado hasta entonces con voz ahogada y cansina, pero estas últimas palabras las pronunció elevando el tono de voz y enrojeciendo, síntomas que advirtieron al capitán de que no debía seguir presionándola.

—Muy bien —dijo el capitán—. Como de costumbre, nos hemos entendido. Veo que está cansada y no la entretendré más.

Se levantó para abrir la puerta, se detuvo a medio camino y volvió.

—Déjeme a mí que arregle las cosas con la criada —prosiguió—. Usted no puede permanecer en cama todo el tiempo y tendremos que comprar la discreción de la chica cuando responda a la puerta, sin contarle nada, claro está. Le haré comprender que ha de decir que está usted enferma igual que podría decir que no está en casa, como forma de evitar visitas no deseadas. Permítame que le abra la puerta. Perdone, pero se dirige usted a la habitación donde trabaja la señora Wragge en lugar de subir a su dormitorio.

—Ya lo sé —dijo Magdalen—. Deseo sacar a la señora Wragge de la mísera habitación en la que se halla ahora y llevarla arriba conmigo.

—¿Para pasar la tarde?

—Para pasar toda la quincena.

El capitán entró en el comedor detrás de Magdalen y cerró la puerta cautamente antes de volver a hablar.

—¿Piensa en serio imponerse a sí misma la presencia de mi mujer durante una quincena? —preguntó con gran sorpresa por su parte.

—Su mujer es la única criatura inocente en esta casa culpable —espetó Magdalen con vehemencia—. ¡Ha de estar y estará conmigo!

—Por favor, no se altere —dijo el capitán—. Llévase a la señora Wragge, por supuesto. Yo no la quiero. —Tras haber cedido a la compañera de su existencia en estos términos, regresó a la salita discretamente. «¡La debilidad de su sexo! —pensó

el capitán, dándose unos golpecitos en su sagaz cabeza—. Pon a prueba el intelecto femenino y se dejará llevar de inmediato por el temperamento femenino.»

La prueba a la que aludía el capitán no se limitó esa noche al intelecto femenino de North Shingles, sino que se extendió al intelecto femenino de Sea-View. La señora Lecount permaneció sentada en su escritorio durante casi dos horas, escribiendo, corrigiendo y volviendo a escribir, antes de obtener una carta para la mayor de las señoritas Vanstone que cumpliera exactamente el objetivo requerido. Por fin terminó el borrador a su entera satisfacción y lo pasó a limpio en seguida para mandarlo por correo al día siguiente.

La carta así redactada era una obra maestra del ingenio. Después de unas cuantas frases preliminares, el ama de llaves informaba a Norah con toda claridad de la aparición de la visitante disfrazada en Vauxhall Walk, de la conversación mantenida durante la entrevista y de su sospecha de que la persona que afirmaba ser la señorita Garth era, con toda probabilidad, la menor de las señoritas Vanstone en persona. Una vez contada la verdad, la señora Lecount continuaba diciendo que su amo tenía pruebas que justificarían plenamente la aplicación de la ley, que estaba enterado de que la conspiración con que le habían amenazado se había puesto en marcha en Aldborough, y que únicamente vacilaba en protegerse a sí mismo por respeto a consideraciones familiares y con la esperanza de que la mayor de las señoritas Vanstone pudiera influir en su hermana hasta el punto de hacer innecesario recurrir a medidas extremas.

En tales circunstancias (continuaba la carta) se imponía sin duda poder identificar debidamente a la visitante disfrazada de Vauxhall Walk, pues si la conjetura de la señora Lecount resultaba ser falsa y si la persona en cuestión era una desconocida, el señor Noel Vanstone estaba resuelto a entablar acciones legales para defenderse. Ciertos sucesos en Aldborough sobre los que no era necesario hablar permitirían a la señora Lecount ver a la persona sospechosa con su apariencia auténtica en unos pocos días, pero dado que el ama de llaves desconocía por completo el aspecto de la menor de las señoritas Vanstone, obviamente era deseable que alguna otra persona mejor informada pudiera tomar el asunto en sus manos sobre ese particular. Si la mayor de las señoritas Vanstone estaba casualmente en libertad de ir a Aldborough en persona, ¿tendría la amabilidad de confirmárselo por carta?; la señora Lecount volvería a escribirle para fijar un día. Si, por otro lado, a la señorita Vanstone le era imposible emprender el viaje, la señora Lecount sugería que respondiera con una descripción física de su hermana lo más completa posible, mencionando cualquier peculiaridad que pudiera existir en forma de marcas en la cara o las manos y comunicándole (en el caso de que le hubiera escrito recientemente) cuál era la dirección de su última carta, y si no llevaba, de dónde era el matasellos. Con la ayuda de esta información, la señora Lecount aceptaría la responsabilidad de identificarla discretamente, en bien de

la propia y desafortunada señorita, y volvería a escribir a su hermana mayor para hacerla partícipe del resultado.

La señora Lecount resolvió con facilidad el problema de saber adonde enviar su carta. Recordaba el nombre del abogado que había defendido la causa de las dos hermanas en la época de Michael Vanstone, por lo que dirigió la carta a «Señor Pendril, para entregar a la señorita Vanstone, Londres». Esta carta la metió en un segundo sobre dirigido al abogado del señor Noel Vanstone con una nota para pedir al citado caballero que la enviara inmediatamente al despacho del señor Pendril.

«Ahora —pensó la señora Lecount cuando guardó la carta bajo llave en su escritorio con miras a echarla al correo por su propia mano al día siguiente—, ¡ahora ya la tengo!»

A la mañana siguiente, la sirvienta de Sea-View se presentó con los saludos de su amo para interesarse por la salud de la señorita Bygrave. El capitán Wragge anunció su boletín debidamente: la señorita Bygrave estaba tan enferma que se veía obligada a guardar cama.

Al recibir esta noticia, la preocupación de Noel Vanstone le llevó a visitar North Shingles en persona cuando salió a dar su paseo vespertino. La señorita Bygrave no había mejorado. Noel Vanstone pidió ver al señor Bygrave. El digno capitán había previsto tal contingencia. Pensó que un poco de irritante incertidumbre no haría ningún daño a Noel Vanstone y encargó cuidadosamente a la criada que diera la siguiente respuesta en caso de necesidad: «El señor Bygrave rogaba que lo excusara; no podía atender a nadie».

El segundo día se formuló la misma pregunta mediante un mensaje por la mañana y a través del propio Noel Vanstone por la tarde. La respuesta de la mañana (con respecto a Magdalen) fue: «Una pizca mejor». La respuesta de la tarde (con respecto al capitán Wragge) fue: «El señor Bygrave acaba de salir». Esa noche, el humor de Noel Vanstone era muy inestable y la paciencia y el tacto de la señora Lecount sufrieron una dura prueba en su esfuerzo por evitar ofenderle.

La tercera mañana, el informe sobre la señorita enferma fue menos favorable. «La señorita Bygrave seguía muy mal y no podía levantarse.» La sirvienta que regresaba a Sea-View con este mensaje se encontró con el cartero y entró en el comedor con dos cartas dirigidas a la señora Lecount.

La letra de la primera carta era familiar al ama de llaves. Se la enviaba el médico que atendía a su hermano enfermo en Zurich y le anunciaba que el paciente había evolucionado de manera tan favorable que existían las mayores posibilidades de que salvara la vida.

La dirección de la segunda carta estaba escrita con una letra desconocida. La señora Lecount dedujo que se trataba de la respuesta de la señorita Vanstone y se la guardó para leerla después del desayuno, momento en que pudo retirarse a su

habitación.

Abrió la carta, miró de inmediato el nombre al pie y se sorprendió un poco al leerlo. La firma no era «Norah Vanstone», sino «Harriet Garth».

La señorita Garth anunciaba que la mayor de las señoritas Vanstone había aceptado, hacía una semana, un empleo de institutriz sujeto a la condición de que se reuniera con la familia que la contrataba en su residencia temporal del sur de Francia y que regresaría con ellos cuando volvieran a Inglaterra, seguramente al cabo de un mes o seis semanas. Durante el intervalo de aquella inevitable ausencia, la señorita Vanstone había pedido a la señorita Garth que abriera todas sus cartas; tal disposición tenía el fin principal de procurar una respuesta rápida a cualquier comunicación que pudiera llegarle de su hermana. La señorita Magdalen Vanstone no había escrito desde mediados de julio —oportunidad en la que el matasellos del sobre indicaba que la carta había sido enviada desde Londres, distrito de Lambeth— y su hermana mayor había abandonado Inglaterra en un estado de grandísima angustia por su causa.

Tras dar estas explicaciones, la señorita Garth pasaba a señalar que circunstancias familiares le impedían viajar personalmente hasta Aldborough para ayudar a la señora Lecount, pero podía proporcionarle un sustituto mucho más capacitado para el caso en todos los aspectos, en la persona del señor Pendril. Este caballero conocía bien a la señorita Magdalen Vanstone y su experiencia profesional y su discreción harían su ayuda doblemente valiosa. El señor Pendril había accedido con toda amabilidad a viajar hasta Aldborough cuando se considerara necesario, pero, dado que su tiempo era muy valioso, la señorita Garth solicitaba encarecidamente que no le hicieran viajar hasta que la señora Lecount estuviera completamente segura del día en que podían requerirse sus servicios.

Al tiempo que proponía este plan, la señorita Garth añadía que le parecía correcto proporcionarle también una descripción escrita de la menor de las señoritas Vanstone. Podía producirse una emergencia que no diera tiempo a la señora Lecount de aprovechar los servicios del señor Pendril, y la ejecución de las intenciones del señor Noel Vanstone hacia la desdichada joven que era objeto de su indulgencia podría verse fatalmente retrasada por alguna imprevista dificultad para establecer su identidad. En tales circunstancias, le transmitía a continuación la descripción personal, que no omitía ninguna peculiaridad que pudiera hacer reconocible a Magdalen, incluyendo los «dos lunares pequeños, muy juntos, en el lado izquierdo del cuello» que se habían mencionado anteriormente en los carteles impresos enviados a York.

Por último, la señorita Garth expresaba el temor de que probablemente las sospechas de la señora Lecount resultaran ser ciertas. Sin embargo, mientras existiera la más mínima posibilidad de que se descubriera que era una desconocida quien dirigía la conspiración, la señorita Garth se sentía obligada por su gratitud hacia el

señor Noel Vanstone a ayudarle en el proceso legal que, en ese caso, se entablaría. Adjuntaba, por tanto, la negativa formal —que repetiría en persona si era necesario— de que existiera relación alguna entre ella y la persona disfrazada que había hecho uso de su nombre. Ella era la señorita Garth que había ejercido de institutriz del difunto señor Andrew Vanstone y jamás había estado en Vauxhall Walk ni en sus cercanías.

Con esta negación, y las fervorosas promesas por parte de la remitente de que haría en favor de Magdalen cuanto hubiera hecho su hermana de hallarse en Inglaterra, concluía la carta. Llevaba la firma con todas sus letras y estaba fechada con la metódica precisión que para tales cuestiones siempre había caracterizado a la señorita Garth.

Esta carta colocó un arma formidable en las manos del ama de llaves.

Le proporcionaba los medios para establecer la identidad de Magdalen mediante la intervención de un abogado profesional. Contenía una descripción personal lo bastante minuciosa para ser utilizada ventajosamente si era necesario antes de la aparición del señor Pendril. Ofrecía una denuncia contra la falsa señorita Garth firmada por la auténtica y establecía el hecho de que la última carta recibida por la mayor de las señoritas Vanstone de su hermana menor había sido echada al correo (y por lo tanto seguramente escrita) en las cercanías de Vauxhall Walk. Si se hubiera recibido alguna otra carta con el matasellos de Aldborough, la cadena de pruebas en lo referente a los lugares habría sido más completa, indudablemente; pero, de todas formas, tenía testimonios suficientes (a los que podía añadirse el pedazo de vestido marrón de alpaca que aún tenía la señora Lecount en su poder) para alzar el velo que ocultaba la conspiración y colocar al señor Noel Vanstone frente a la sencilla y abrumadora verdad.

El único obstáculo que se interponía en el plan de acción inmediata de la señora Lecount era la reclusión de la señorita Bygrave en aquellos momentos. Tenía que decidir la cuestión de cómo acceder a ella en persona antes de que pudiera comunicarse con el señor Pendril. La señora Lecount se puso un sombrero inmediatamente y se fue de visita a North Shingles para probar qué descubrimientos podía hacer por sí misma antes de que llegara la hora en que salía el correo.

En aquella ocasión, el señor Bygrave se hallaba en casa y la señora Lecount pudo entrar sin dificultad.

Tras prudentes reflexiones durante la mañana, el capitán Wragge había decidido llevar las cosas un poco más cerca del punto decisivo. Los medios por los cuales se proponía lograr este resultado exigían que viera al ama de llaves y a su amo por separado, para sembrar la discordia produciendo en ellos dos impresiones completamente opuestas sobre sí mismo. Por consiguiente, en lugar de causarle el menor embarazo, la visita de la señora Lecount fue el acontecimiento más grato que

podía haber deseado. La recibió en la salita con unos modales acusadamente secos para los que ella no estaba preparada en absoluto. La sonrisa zalamera del capitán había desaparecido y en su lugar mostraba un semblante solemne e impenetrable.

—Me he atrevido a molestarle, señor —dijo la señora Lecount—, para expresarle el pesar con el que mi amo y yo recibimos las noticias de la enfermedad de la señorita Bygrave. ¿No ha mejorado?

—No, señora —respondió el capitán lo más sucintamente posible—. Mi sobrina no está mejor.

—Yo tengo cierta experiencia como enfermera, señor Bygrave. Si pudiera ser de utilidad...

—Gracias, señora Lecount. No hay necesidad de que abusemos de su amabilidad.

Esta sencilla respuesta fue seguida de un momento de silencio. El ama de llaves estaba algo perpleja. ¿Qué se había hecho de la rebuscada cortesía del señor Bygrave y de su verbosidad? ¿Acaso quería ofenderla? Si era así, la señora Lecount resolvió en aquel momento que no conseguiría su objetivo.

—¿Puedo preguntar por la naturaleza de la enfermedad? —insistió—. Espero que no esté relacionada con nuestra excursión a Dunwich.

—Lamento decir, señora —respondió el capitán—, que empezó con aquel ataque de neuralgia en el carruaje.

«¡Vaya, vaya! —pensó la señora Lecount—. Ni siquiera intenta hacerme creer que la enfermedad es real; se ha quitado la máscara desde el principio.»

—¿Es una dolencia nerviosa, señor? —añadió en voz alta.

El capitán respondió asintiendo solemnemente con la cabeza.

—¿Entonces tiene usted a dos enfermas de los nervios en la casa, señor Bygrave?

—Sí, señora, a dos. Mi mujer y mi sobrina.

—Qué extraña coincidencia de desgracias.

—Ciertamente, señora. Muy extraña.

Pese a que la señora Lecount estaba decidida a no ofenderse, la exasperante insensibilidad del capitán Wragge a cada uno de los ataques que le lanzaba empezó a causarle enojo. Fue consciente de cierta pequeña dificultad para conservar la sangre fría antes de poder seguir hablando.

—¿No hay posibilidad —continuó— de que la señorita Bygrave pueda abandonar su habitación próximamente?

—Ninguna en absoluto, señora.

—Supongo que está usted satisfecho con la asistencia médica que recibe.

—No recibe asistencia médica —dijo el capitán tranquilamente—. Yo mismo llevo este caso.

El veneno que acumulaba la señora Lecount se desbordó ante aquella respuesta y afloró a sus labios.

—¿Debo suponer que sus superficiales conocimientos científicos —dijo con una sonrisa malévola— incluyen también algo de medicina, señor?

—Efectivamente, señora —respondió el capitán, impertérrito—. Sé tanto de una cosa como de la otra.

El tono con que pronunció estas palabras no dejó más que una alternativa digna a la señora Lecount: se levantó para dar por concluida la entrevista. En aquel momento la tentación fue demasiado fuerte y no pudo resistirse a proyectar una sombra de amenaza sobre el capitán Wragge al despedirse.

—No le daré las gracias, señor, por el modo en que me ha recibido —dijo— hasta que pueda pagar provechosamente mi deuda de gratitud. Mientras tanto, me alegra deducir, por la ausencia de asistencia médica en la casa, que la enfermedad de la señorita Bygrave es mucho menos grave de lo que suponía antes de venir a esta casa.

—Jamás contradigo a una dama, señora —replicó el incorregible capitán—. Si le complace creer, cuando volvamos a encontrarnos, que mi sobrina está completamente sana, me someteré resignadamente a la expresión de su parecer. —Con estas palabras siguió al ama de llaves hasta el pasillo y le abrió cortésmente la puerta. «¡He visto el truco, señora! —se dijo cuando volvió a cerrarla—. ¡La baza que tiene en la mano es ver a mi sobrina, y yo me ocuparé de que no pueda jugarla!»

Regresó a la salita y aguardó tranquilamente el suceso que había de producirse con toda probabilidad: la visita del amo de la señora Lecount. En menos de una hora se confirmó la predicción del capitán Wragge y Noel Vanstone entró en la casa.

—¡Mi querido señor! —exclamó el capitán, estrechando cordialmente la mano reacia de su visitante—. Sé a qué ha venido. La señora Lecount le ha hablado de su visita y sin duda ha afirmado que la enfermedad de mi sobrina es un mero subterfugio. Está usted sorprendido, se siente herido, sospecha que estoy jugando con su amable interés; en resumen, exige una explicación. Pues bien, la tendrá. Tome asiento, señor Vanstone. Estoy a punto de confiarme a su sentido común y a su buen juicio como hombre de mundo. Reconozco que nos hallamos en una posición falsa, señor, y he de decirle con toda franqueza desde un principio que su ama de llaves es la causa.

Por una vez en la vida, Noel Vanstone abrió los ojos.

—¡Lecount! —exclamó, absolutamente atónito.

—La misma, señor —dijo el capitán Wragge—. Me temo que he ofendido a la señora Lecount cuando ha venido esta mañana por una falta de cordialidad en mis modales. Soy un hombre sencillo y no puedo fingir lo que no siento. Lejos de mi ánimo pronunciar una sola palabra en contra del carácter de su ama de llaves. Sin duda es una excelente mujer digna de toda confianza, pero adolece de un grave defecto común a las personas de su edad y posición: es celosa de la influencia que tiene sobre su amo, aunque quizá usted no lo haya observado.

—Disculpe —le interrumpió Noel Vanstone—, pero soy un gran observador. No se me escapa nada.

—En ése caso, señor —prosiguió el capitán—, sin duda habrá notado que la señora Lecount ha permitido que sus celos influyeran en la conducta de usted hacia mi sobrina.

Noel Vanstone pensó en su duelo doméstico con la señora Lecount cuando sus invitados abandonaron Sea-View, y no supo dar con una respuesta directa. Expresó una grandísima sorpresa y también su pesar; pensaba que Lecount se había esforzado por mostrarse agradable durante la excursión a Dunwich; esperaba y confiaba en que se tratara de un desafortunado error.

—¿Quiere usted decir, señor —continuó el capitán con tono severo—, que no se ha fijado usted en esa circunstancia? ¡Como hombre de honor y buen observador no puede decirme que no! La cortesía superficial de su ama de llaves no ha ocultado sus auténticos sentimientos. Mi sobrina lo ha visto, como lo ha visto usted y lo he visto yo. Mi sobrina, señor Vanstone, es una joven sensible y animosa, y se ha negado rotundamente a cultivar la compañía de la señora Lecount en el futuro. ¡No me interprete mal! Para mi sobrina, al igual que para mí, la atracción de su compañía, señor Vanstone, sigue siendo la misma. La señorita Bygrave se niega simplemente a ser la manzana de la discordia (si me permite usted la alusión clásica) en su casa. Creo que por ahora tiene razón, y le confieso que he exagerado una indisposición nerviosa, que padece realmente, convirtiéndola en enfermedad grave, con el único propósito de impedir por el momento que las dos señoras se encuentren cada día en el paseo y que nos llevemos impresiones desagradables los unos de los otros a nuestras respectivas moradas.

—Yo no admito nada desagradable en mi morada —señaló Noel Vanstone—. Yo soy el que manda. Usted lo habrá notado sin duda, señor Bygrave. Yo soy el que manda.

—No me cabe la menor duda, mi querido señor. Pero vivir mañana, tarde y noche en el ejercicio perpetuo de su autoridad se parece más a la vida del gobernador de una prisión que a la del amo de una casa. El desgaste, piense en el desgaste.

—Es así como lo ve usted, ¿no es cierto? —dijo Noel Vanstone, aplacado por la prontitud con que el capitán había reconocido su autoridad—. No sé si tiene razón, pero he de tomar medidas inmediatamente. No toleraré que me pongan en ridículo. Despediré a Lecount antes que dejar que me pongan en ridículo. —Con el rostro encendido, cruzó sus pequeños brazos con gesto fiero. La explicación del capitán Wragge, hábilmente irritante, había despertado la sospecha latente de la influencia que ejercía sobre él su ama de llaves, que no se hallaba presente para devolverla con halagos al lugar donde solía permanecer, arrinconada y en reposo—. ¡Qué debe de pensar de mí la señorita Bygrave! —exclamó, manifestando súbitamente su disgusto

—. Despediré a Lecount. ¡Maldición, despediré a Lecount en el acto!

—¡No, no, no! —dijo el capitán, a quien no le interesaba que la señora Lecount se viera empujada a tomar medidas extremas y desesperadas—. ¿Por qué tomar medidas tan duras cuando bastaría con otras más suaves? La señora Lecount es una antigua sirvienta; la señora Lecount es útil y le tiene apego a usted. Presenta ese pequeño inconveniente de los celos, celos de su posición en la casa de su amo soltero. Ve que usted dedica sus atenciones a una joven y hermosa señorita; ve que esa señorita se muestra debidamente receptiva y, pobrecilla, ¡pierde los estribos! ¿Cuál es el remedio obvio? Complacerla, realizar una concesión masculina al sexo débil. Si la señora Lecount le acompaña la próxima vez que nos encontremos en el paseo, váyase por el otro lado. Si la señora Lecount no se halla con usted, concédanos el placer de su compañía, se lo ruego. En resumidas cuentas, mi querido señor, ¡pruebe el *suaviter in modo* (como decimos los estudiosos de los clásicos), antes de encomendarse al *fortiter in re!*^[26]

Noel Vanstone tenía una excelente razón para seguir el consejo conciliador del capitán Wragge. Una ruptura abierta con la señora Lecount —aun cuando hubiera podido armarse de valor para encararse con ella— hubiera supuesto el reconocimiento implícito del derecho de la señora Lecount a una suma de dinero en agradecimiento por los servicios prestados a su padre y a él. La sórdida naturaleza de Noel Vanstone temblaba en su interior ante la mera perspectiva de expresar en forma pecuniaria la emoción de la gratitud, así que, tras mirar por las apariencias fingiendo vacilación, consintió en adoptar la sugerencia del capitán y complacer a la señora Lecount.

—Pero se ha de pensar en mí en este asunto —añadió Noel Vanstone—. Mi concesión a la debilidad de Lecount no debe ser interpretada de manera errónea. No debe permitirse que la señorita Bygrave suponga que tengo miedo de mi ama de llaves.

El capitán afirmó que tal idea no le había pasado ni podría pasarle jamás por la cabeza a la señorita Bygrave. No obstante, Noel Vanstone volvió al mismo tema una y otra vez con su acostumbrada pertinacia. ¿Sería una indiscreción si pidiera permiso para aclarárselo personalmente a la señorita Bygrave? ¿Existía alguna posibilidad de que pudiera tener la dicha de verla ese mismo día, o, si no, al día siguiente, o, si no, al otro? El capitán Wragge respondió con cautela comprendiendo la importancia de no despertar el recelo de Noel Vanstone con una excesiva celeridad en satisfacer sus deseos.

—Hoy una entrevista, mi querido señor, es imposible —dijo—. Todavía no se encuentra del todo bien; necesita reposo. Mañana me propongo sacarla a pasear antes de que empiece a hacer calor, no sólo para evitar situaciones embarazosas después de lo que ha pasado con la señora Lecount, sino también porque el aire y la tranquilidad

matutinos son esenciales en estos casos nerviosos. Aquí somos gente madrugadora, saldremos a las siete. Si también usted madruga y desea acompañarnos, no necesito decirle que no tenemos objeción alguna que hacer a su compañía durante nuestro paseo matinal. Soy consciente de que la hora es un tanto insólita, pero más tarde quizá mi sobrina se eche en el sofá a descansar y no reciba visitas.

Tras efectuar esta propuesta con la simple intención de permitir a Noel Vanstone escaparse a North Shingles a una hora en que seguramente su ama de llaves aún estaría en la cama, el capitán Wragge esperó a que se diera por aludido, si era capaz de captar la indirecta. Noel Vanstone demostró la perspicacia suficiente (tratándose de un caso en el que estaban mezclados sus propios intereses) para aceptar la propuesta de inmediato. Manifestó cortésmente que siempre madrugaba cuando la mañana le ofrecía algún atractivo especial, aceptó la cita a las siete y se levantó al poco para despedirse.

—Unas palabras antes de separarnos —dijo el capitán Wragge—. Esta conversación ha de quedar entre nosotros. La señora Lecount no debe enterarse de la impresión que ha producido en mi sobrina. Se lo he comentado a usted únicamente para justificar mi conducta en apariencia grosera y para tranquilizarle a usted. En confianza, señor Vanstone, estrictamente en confianza. ¡Buenos días!

Tras estas palabras, el capitán despidió a su visitante con una inclinación de cabeza. A menos que ocurriera algún desastre inesperado, veía por fin el camino franco hacia el término de la empresa. Había avanzado dos importantes pasos esa mañana. Había sembrado la semilla de la discordia entre el ama de llaves y su amo, y había dado a Noel Vanstone un interés común con Magdalen y con él mismo ocultando un secreto a la señora Lecount. «Hemos cazado a nuestro hombre —pensó el capitán Wragge frotándose alegremente las manos—. ¡Por fin lo hemos cazado!»

Después de abandonar North Shingles, Noel Vanstone se encaminó directamente a su casa, habiendo recobrado el amor propio y con la firme resolución de llevar las riendas con mano dura si entraba en conflicto con la señora Lecount.

El ama de llaves recibió a su amo en la puerta con sus modales más suaves y su sonrisa más amable. Se dirigió a él con los ojos bajos, oponiendo una barrera de impenetrable respeto a la reivindicación de independencia que esperaba su amo.

—¿Me permitiría preguntarle, señor —empezó el ama de llaves—, si su visita a North Shingles le ha llevado a extraer la misma conclusión que a mí con respecto a la enfermedad de la señorita Bygrave?

—Desde luego que no, Lecount. Considero que su conclusión fue precipitada, además de parcial.

—Lamento oírsele decir, señor. La grosera recepción del señor Bygrave me ha ofendido, pero no era consciente de que mi juicio no fuera imparcial por esa causa. ¿Acaso le ha recibido a usted, señor, con una bienvenida más cordial?

—Me ha recibido como un caballero. No considero necesario decir nada más, Lecount; me ha recibido como un caballero.

Esta respuesta satisfizo a la señora Lecount en el único punto dudoso que la tenía perpleja. Fuera cual fuese el significado de la súbita frialdad del señor Bygrave hacia ella, el cortés recibimiento dispensado a su amo implicaba que el riesgo de ser descubierto no le había desalentado y que la conspiración seguía su curso. Los ojos del ama de llaves chispearon; era exactamente el resultado que había calculado. Tras un momento de reflexión, formuló a su amo una nueva pregunta:

—¿Volverá usted a visitar al señor Bygrave, señor?

—Por supuesto que iré a visitarle, si me apetece.

—¿Y quizá verá a la señorita Bygrave, si mejora?

—¿Por qué no? Me gustaría saber por qué no. ¿Acaso es necesario pedirle permiso primero, Lecount?

—En absoluto, señor. Como usted dice a menudo (y yo he convenido a menudo con usted), usted manda. Puede que le sorprenda oír esto, señor Noel, pero tengo mis razones para desear que vuelva usted a ver a la señorita Bygrave.

El señor Noel se sorprendió un tanto y miró a su ama de llaves con cierta curiosidad.

—Tengo un extraño capricho relacionado con esa señorita, señor —prosiguió el ama de llaves—. Si me disculpa el capricho y me lo concede, me hará un favor por el que le estaré sumamente agradecida.

—¿Un capricho? —repitió su amo con sorpresa creciente—. ¿Qué capricho?

—Sólo esto, señor —dijo la señora Lecount.

De uno de los pulcros bolsillos de su delantal sacó un trozo de papel de cartas doblado cuidadosamente hasta la mínima expresión y lo depositó respetuosamente en manos de Noel Vanstone.

—Si está usted dispuesto a complacer a una antigua y fiel sirvienta, señor Noel —dijo con expresión muy serena e impresionante—, tendrá usted la amabilidad de meterse este trozo de papel en el bolsillo del chaleco, de abrirlo y leerlo, por primera vez, en la próxima ocasión en que se encuentre en compañía de la señorita Bygrave, y de no decir nada de lo que hemos hablado a ningún ser viviente desde ahora hasta ese momento. Le prometo explicarle mi extraña petición, señor, cuando haya hecho usted lo que le pido y cuando su próxima entrevista con la señorita Bygrave haya concluido.

Hizo una reverencia con su mejor disposición y abandonó la estancia silenciosamente.

Noel Vanstone miró el papel y miró la puerta, y de nuevo miró el papel con indescriptible asombro. ¡Un misterio en su propia casa, en sus propias narices! ¿Qué significaba?

Significaba que la señora Lecount no había perdido el tiempo aquella mañana. Mientras el capitán arrojaba su red sobre su visitante en North Shingles, el ama de llaves se dedicaba a socavar tenazmente la tierra que él pisaba. El papel doblado no contenía otra cosa más que un extracto cuidadosamente escrito de la descripción personal de Magdalen en la carta de la señorita Garth. Con audaz ingenio que incluso el capitán Wragge hubiera envidiado, la señora Lecount había hallado el instrumento para desenmascarar la conspiración, ¡en la propia y confiada víctima!

CAPÍTULO VII

Aquella noche, cuando Magdalen y la señora Wragge volvieron de su paseo en la oscuridad, el capitán detuvo a Magdalen en su camino hacia el piso superior para informarle de su proceder durante el día. Manifestó además su opinión de que había llegado el momento de hacer que Noel Vanstone la propusiera en matrimonio con la menor demora posible. Ella se limitó a replicar que le había comprendido y que haría lo que se le pedía. El capitán le pidió, en ese caso, que le hiciera el favor de unirse a un paseo en compañía del señor Noel Vanstone a las siete de la mañana siguiente.

—Estaré preparada —replicó ella—. ¿Alguna cosa más? —No había nada más. Magdalen le deseó buenas noches y regresó a su dormitorio.

Magdalen había mostrado la misma aversión a permanecer en compañía del capitán más tiempo del necesario en los tres días que llevaba de reclusión en la casa.

Durante todo ese tiempo, en lugar de parecer cansada de la compañía de la señora Wragge, se había incorporado pacientemente, con avidez casi, a la absorbente ocupación de su compañera. Ella, que en otro tiempo se enojaba y se lamentaba por la monotonía de su vida en la libertad de Combe-Raven, aceptaba ahora sin un murmullo la monotonía de su vida junto a la mesa de trabajo de la señora Wragge. Ella, que en tiempos pretéritos detestaba la visión de la aguja y el hilo —que jamás había llevado una prenda confeccionada con sus propias manos—, se esforzaba ahora con tanta ansiedad en la confección del traje de la señora Wragge y soportaba tan pacientemente sus fallos como si el único objeto de su existencia fuera terminar con éxito esa única prenda. Recibía con agrado cualquier cosa —las dificultades triviales de la costura; la cháchara incesante de la pobrecilla medio boba que tan orgullosa estaba de su ayuda y tan feliz en su compañía—, cualquier cosa era bienvenida si la apartaba del futuro inmediato, del destino al que ella misma se había condenado. Aquella naturaleza gravemente herida hallaba consuelo ahora en una insignificancia como el apretón de la mano áspera y amistosa de su compañera; aquel corazón desolado se animaba, cuando las separaba la noche, con un beso de la señora Wragge.

La posición solitaria del capitán en la casa no produjo el menor efecto depresivo en su ánimo despreocupado y uniforme. En lugar de ofenderse por el modo sistemático en que Magdalen evitaba su compañía, observaba los resultados y lo aprobaba sin reservas. Cuanto más lo desdeñaba a él en favor de su mujer, más útil era en el papel de guardián directo de la señora Wragge que ella misma se había asignado. En más de una ocasión había considerado seriamente la posibilidad de revocar la concesión que le habían arrancado por la fuerza para enviar a su mujer, bajo su exclusiva responsabilidad, lejos de donde pudiera causar mal, y sólo había abandonado la idea al descubrir que la decisión de Magdalen de hacerse acompañar por la señora Wragge era realmente seria. Mientras las dos estuvieran juntas, el

capitán podía olvidar su mayor preocupación. Las dos mujeres mantenían su puerta cerrada con llave por deseo suyo cuando él se ausentaba de la casa, e hiciera lo que hiciera la señora Wragge, podía confiar en que Magdalen no la abriría hasta que él volviera. Aquella noche, el capitán Wragge disfrutó de su cigarro con tranquilidad y se bebió su brandy con agua felizmente ignorante de la trampa que la señora Lecount le había tendido por la mañana.

Puntualmente a las siete hizo su aparición Noel Vanstone. En el momento mismo en que entró en la habitación, el capitán Wragge detectó un cambio en la expresión y las maneras de su visitante. «¡Algo malo —pensó—. Aún no nos hemos librado de la señora Lecount.»

—¿Cómo está la señorita Bygrave esta mañana? —preguntó Noel Vanstone—. Lo bastante bien para nuestro paseo matinal, espero. —Sus ojos entrecerrados, débiles y lacrimosos a la luz y el aire matutinos, inspeccionaban la habitación furtivamente, y su dueño cambiaba de una silla a otra con nerviosismo mientras formulaba sus corteses preguntas.

—Mi sobrina está mejor; se está vistiendo para el paseo —respondió el capitán, observando atentamente a su inquieto amigo mientras hablaba—. ¡Señor Vanstone! —añadió de repente—. Soy un sencillito inglés, disculpe mi brusquedad al decirle las cosas tal como las pienso. No me trata usted esta mañana tan cordialmente como me trataba ayer. Trae usted el semblante agitado. ¡Desconfío de esa ama de llaves suya, señor! ¿Ha estado abusando de su indulgencia? ¿Ha intentado envenenar su ánimo contra mí o contra mi sobrina?

Si Noel Vanstone hubiera obedecido las órdenes de la señora Lecount y se hubiera guardado el pedacito de papel de cartas en el bolsillo hasta el momento de leerlo, tal vez las preguntas deliberadamente bruscas del capitán Wragge no le habrían pillado sin una respuesta preparada, pero la curiosidad había podido más que él, había abierto la nota por la noche y de nuevo por la mañana, y le había dejado sumido en la perplejidad y el asombro, además de haber perturbado sus pensamientos hasta el punto de privarle de sus recursos habituales. Vaciló; y su respuesta, cuando consiguió darla, empezó con una evasiva.

El capitán Wragge le interrumpió antes de que pronunciara una segunda frase.

—Perdóneme, señor —dijo el capitán con su tono más altanero—. Si tiene usted secretos que guardar, no tiene más que decirlo y no insistiré. Yo no me inmiscuyo en los secretos de ningún hombre. Sin embargo, señor Vanstone, permítame recordarle que yo le hablé ayer sin reservas por mi parte. Depositó en usted mi más sincera y total confianza, señor, y a pesar de lo mucho que valoro las virtudes de su compañía, no puedo consentir cultivar su amistad si no es en términos de igualdad. —Se abrió la respetable levita y examinó a su visitante con severidad varonil y virtuosa.

—¡No pretendía ofenderle! —exclamó Noel Vanstone con tono patético—. ¿Por

qué me interrumpe usted, señor Bygrave? ¿Por qué no deja que me explique? No pretendía ofenderle.

—No me ha ofendido, señor —dijo el capitán—. Tiene usted perfecto derecho a obrar como más le convenga. No estoy ofendido; sencillamente reclamo para mí el mismo privilegio que yo le otorgué a usted. —Se levantó con gran dignidad e hizo sonar la campanilla—. Dígale a la señorita Bygrave —ordenó a la criada— que nuestro paseo de esta mañana se aplaza hasta una nueva oportunidad y que no se moleste en bajar.

Esta drástica medida tuvo el efecto deseado. Noel Vanstone rogó encarecidamente que le concediera unos minutos de conversación en privado antes de que se transmitiera el mensaje. La severidad del capitán Wragge se mitigó en parte. Envío a la criada de nuevo a la cocina y, volviendo a sentarse, aguardó confiadamente los resultados. Para calcular la facilidad con que podría aprovecharse de la debilidad de su visitante, el capitán tenía una gran ventaja sobre la señora Lecount. Su juicio no estaba nublado por los latentes celos femeninos, y había evitado el error en que había caído el ama de llaves engañándose a sí misma, el error de subestimar la impresión que había producido Magdalen en Noel Vanstone. Una de las fuerzas de este mundo que ninguna mujer de mediana edad es capaz de valorar en su justa medida cuando actúa en su contra es la fuerza de la belleza en otra mujer más joven que ella.

—¡Se precipita usted, señor Bygrave, no me da tiempo, no quiere esperar y escuchar lo que tengo que decir! —exclamó Noel Vanstone lastimosamente cuando la criada salió y cerró la puerta de la salita.

—Es el defecto de la familia, señor, la sangre de los Bygrave. Acepte mis disculpas. Estamos solos, tal como deseaba; continúe, se lo ruego.

Puesto en la disyuntiva de perder la compañía de Magdalen o traicionar a la señora Lecount, Noel Vanstone, que no sospechaba nada del auténtico propósito del ama de llaves y a quien acobardaba el imperturbable escrutinio de los inquisitivos ojos del capitán Wragge, no tardó mucho en tomar una decisión. Confusamente describió su singular conversación con la señora Lecount de la noche anterior y, sacando el papel doblado de su bolsillo, se lo entregó al capitán Wragge.

El capitán sospechó la verdad en cuanto vio la misteriosa nota. Se retiró a la ventana antes de abrirla. Las primeras líneas que atrajeron su atención fueron éstas: «Hágame el favor, señor Noel, de comparar a la señorita que se encuentra ahora en su compañía con la descripción personal que sigue a estas líneas y que me ha sido comunicada por un amigo. Sabrá usted el nombre de la persona descrita, que he dejado en blanco, tan pronto como la prueba de sus propios ojos le obligue a creer lo que se negaría a admitir como cierto si lo atestiguara sin pruebas Virginie Lecount».

Fue suficiente. Antes de que leyera una sola palabra de la descripción en sí, el capitán comprendió lo que había hecho la señora Lecount y sintió la profunda

humillación de saber que su enemigo femenino le había pillado por sorpresa.

No había tiempo para pensar, la empresa se hallaba bajo la amenaza de ser desbaratada de forma irrevocable. El único recurso en la situación en que se hallaba el capitán Wragge consistía en dejarse llevar por el primer impulso de su propia audacia. Siguió leyendo la nota línea por línea; aun así, la pronta inventiva que jamás le había abandonado hasta entonces no supo responder a la llamada que se le hacía en aquellos instantes. Llegó a la frase final, a las últimas palabras que mencionaban los dos pequeños lunares en el cuello de Magdalen. En aquel punto culminante de la descripción, una idea cruzó por su cabeza, guiñó los ojos bicolores, sus labios sinuosos esbozaron una sonrisa; Wragge volvía a ser él mismo.

Dio media vuelta de repente y, de espaldas a la ventana, miró a Noel Vanstone a la cara con una expresión sombría que presagiaba algo serio.

—Disculpe, señor, ¿por casualidad sabe usted algo de la familia de la señora Lecount? —preguntó.

—Es una familia respetable —dijo Noel Vanstone—. No sé más. ¿Por qué lo pregunta?

—Yo no soy hombre de apuestas —prosiguió el capitán Wragge—. Pero en esta ocasión le apuesto lo que quiera a que hay locura en la familia de su ama de llaves.

—¡Locura! —repitió Noel Vanstone con asombro.

—¡Locura! —reiteró el capitán con gravedad, dando unos golpecitos en la nota con el dedo índice—. Veo la astucia, la suspicacia, la traición felina de la demencia en todas y cada una de las líneas de este deplorable documento. Hay una razón mucho más alarmante, señor, de lo que yo suponía para el comportamiento de la señora Lecount con mi sobrina. En mi opinión, es evidente que la señorita Bygrave se parece a alguna otra señora que ha ofendido gravemente a su ama de llaves, que estuvo relacionada quizá con uno de sus ataques de locura y que ahora confunde sin duda con mi sobrina en su desvarío. Estoy convencido de ello, señor Vanstone. Puede que esté en lo cierto o puede que no. Lo único que digo es que ni usted ni ningún otro hombre puede hallar un motivo común que lleve a la redacción de tan incomprensible documento y que exija el uso que le piden que haga de él.

—No creo que Lecount esté loca —dijo Noel Vanstone, atónito y muy turbado—. No se me habría escapado, con lo observador que soy yo; es imposible que no me diera cuenta, si Lecount estuviera loca.

—Perfectamente, mi querido señor. Yo opino que la señora Lecount es objeto de un engaño producto de la locura. Usted opina que está cuerda y que tiene algún enigmático motivo que ni usted ni yo alcanzamos a imaginar. En cualquier caso, no puede haber ningún mal en poner a prueba la descripción de la señora Lecount, no sólo por curiosidad, sino también para la entera satisfacción de ambas partes. Lógicamente es imposible contarle a mi sobrina que va a ser objeto de un

experimento tan absurdo como el que sugiere la nota. Pero puede usted hacer uso de sus ojos, señor Vanstone, puede usted guardarse el secreto y, loca o no, puede por fin decirle a su ama de llaves que está equivocada con sus propios sentidos como testigos. Permítame volver a leer esa descripción. En su mayor parte no vale ni el papel en que está escrita a efectos de realizar una identificación; cientos de señoritas son altas, de piel blanca, cabellos de color castaño claro y ojos gris claro. Por otro lado, me dirá usted que no hay cientos de señoritas con dos lunares juntos en el lado izquierdo del cuello. Muy cierto. Los lunares nos proporcionan lo que nosotros los hombres de ciencia llamamos una prueba decisiva. Cuando baje mi sobrina, señor, tiene usted mi permiso para tomarse la libertad de mirarle el cuello.

Noel Vanstone expresó su ferviente aprobación de la prueba decisiva, sonriendo bobaliconamente por primera vez aquella mañana.

—De mirarle el cuello —repitió el capitán, devolviendo la nota a su visitante y dirigiéndose luego hacia la puerta—. Yo mismo iré arriba, señor Vanstone —continuó—, y examinaré el atuendo de paseo de la señorita Bygrave. Si inocentemente ha colocado algún obstáculo en su camino, si su peinado es demasiado bajo, o su pechera demasiado alta, ejerceré mi autoridad con el primer pretexto inocuo que se me ocurra para eliminar esos obstáculos. Todo lo que pido es que elija usted su oportunidad discretamente y no permita a mi sobrina suponer que su cuello es objeto de la inspección de un caballero.

El capitán Wragge no perdió un momento, en cuanto abandonó la salita, en subir las escaleras a toda velocidad y llamar a la puerta de Magdalen.

Ella le abrió con su traje de paseo, obedeciendo a la señal que habían acordado para indicarle que bajara.

—¿Qué ha hecho con las pinturas y los polvos? —preguntó el capitán, sin malgastar saliva en preámbulos—. No estaban en el baúl de disfraces que vendí en Birmingham. ¿Dónde están?

—Los tengo aquí —respondió Magdalen—. ¿A qué viene ahora ese interés por ellos?

—Tráigalos inmediatamente a mi vestidor; todo, pinceles, paleta y todo lo demás. No pierda tiempo haciendo preguntas; le explicaré lo que pasa mientras actuamos. Cada minuto es precioso. ¡Sígame inmediatamente!

Su rostro delataba claramente que tenía una seria razón para su extraña propuesta. Magdalen fue en busca de su colección de cosméticos y siguió al capitán a su vestidor. Él cerró la puerta, la sentó en una silla cerca de la luz y luego le contó lo que había ocurrido.

—Estamos a punto de ser descubiertos —dijo el capitán mientras mezclaba los colores cuidadosamente con cola líquida y con un fuerte «secante» que agregó de una botella que obraba en su poder—. Sólo nos queda una posibilidad (levántese el pelo

del lado izquierdo del cuello); le he dicho al señor Noel Vanstone que aproveche la ocasión de mirarla cuando se le presente, y voy a dar el mentís a esa diablesa de Lecount pintándole los lunares.

—No se pueden pintar —dijo Magdalen—. No hay color que los tape.

—Mi color sí —señaló el capitán Wragge—. En mi época probé diversas profesiones, entre ellas la de pintor. ¿Ha oído hablar alguna vez de una cosa llamada ojo a la funerala? En otro tiempo viví unos cuantos meses en la vecindad de Drury Lane, gracias exclusivamente a los ojos a la funerala. Mi color carne tapaba contusiones de todos los tipos, tamaños y tonos, y le tapará a usted los lunares, se lo prometo.

Con estas seguras palabras, el capitán hundió el pincel en una pequeña masa de color opaco que había mezclado en un platillo hasta obtener, dentro de lo que le permitían los materiales a su disposición, el color de la piel de Magdalen. Tras pasar primero un pañuelo de batista con unos pocos polvos blancos sobre la parte del cuello en la que pensaba trabajar, dio dos capas de color sobre los lunares con la punta del pincel. El proceso se llevó a cabo en unos instantes y los lunares desaparecieron de la vista como por ensalmo. Únicamente un examen muy detenido podría haber puesto al descubierto el artificio con que estaban disimulados; a la distancia de apenas un metro era totalmente invisible.

—Espere aquí cinco minutos —dijo el capitán Wragge— para que se seque la pintura y luego baje a la salita. La propia señora Lecount se quedaría con un palmo de narices si la viera ahora.

—¡Deténgase! —dijo Magdalen—. Hay una cosa que aún no me ha dicho. ¿Cómo consiguió la señora Lecount la descripción que ha leído usted abajo? Puede que haya visto otras cosas, pero no los lunares del cuello; están demasiado altos y demasiado atrás; los tapan los cabellos.

—¿Quién conoce esas marcas? —preguntó el capitán Wragge.

Magdalen se tornó lívida de angustia ante el súbito recuerdo de Frank.

—Mi hermana —respondió débilmente.

—Puede que la señora Lecount le haya escrito —sugirió el capitán.

—¿Cree que mi hermana le contaría a una persona desconocida lo que ningún desconocido tiene derecho a saber? ¡Jamás! ¡Jamás!

—¿No hay nadie más que pueda habérselo dicho a la señora Lecount? Las marcas se mencionaban en los carteles de York. ¿Quién las puso ahí?

—¡Norah no! Quizá el señor Pendril. Quizá la señorita Garth.

—Entonces la señora Lecount ha escrito al señor Pendril o a la señorita Garth; a esta última con toda probabilidad. Le habrá sido más fácil tratar con la institutriz que con el abogado.

—¿Qué puede haberle contado a la señorita Garth?

El capitán Wragge meditó un momento.

—No sé lo que puede haber escrito la señora Lecount —dijo—, pero puedo decirle lo que hubiera escrito yo en su lugar. Yo hubiera asustado a la señorita Garth con informaciones falsas sobre usted, para empezar, y luego hubiera pedido detalles personales para ayudar a una benevolente desconocida a devolverla a usted a sus allegados.

Al instante los ojos de Magdalen lanzaron chispas de cólera.

—Lo que usted hubiera hecho es lo que ha hecho la señora Lecount —dijo Magdalen, indignada—. Ni abogado ni institutriz me disputarán el derecho a hacer mi voluntad y a hacerla a mi manera. Si la señorita Garth cree que podrá controlar mis acciones manteniendo correspondencia con la señora Lecount, ¡le demostraré a la señorita Garth que está equivocada! Ya es hora, capitán Wragge, de terminar con estos lamentables riesgos de ser descubiertos. Tomaremos el camino más corto hacia nuestros fines antes de lo que creen la señora Lecount y la señorita Garth. ¿Cuánto tiempo puede concederme para arrancar una propuesta de matrimonio de esa criatura que hay abajo?

—No me atrevo a darle mucho —respondió el capitán Wragge—. Ahora que sus allegados saben dónde está, podrían caer sobre nosotros cualquier día. ¿Podría conseguirlo en una semana?

—Lo conseguiré en la mitad de tiempo —dijo ella, con una carcajada áspera y desafiante—. Déjenos solos esta mañana como nos dejó en Dunwich y lleve a la señora Wragge consigo como excusa para separarnos. ¿Se ha secado la pintura? Vaya abajo y dígale que iré en seguida.

Así fue como, por segunda vez, los esfuerzos bienintencionados de la señorita Garth desbarataron sus propios fines. Así fue como la fuerza fatal de las circunstancias convirtió la mano que con gusto hubiera hecho regresar a Magdalen en la mano que la impulsó a seguir hacia delante.

El capitán se reunió con el visitante en la salita, tras detenerse por el camino para dar a la señora Wragge las órdenes pertinentes sobre el paseo.

—Estoy abrumado por haberle hecho esperar —dijo, sentándose de nuevo confidencialmente junto a Noel Vanstone—. Mi única excusa es que mi sobrina se había peinado casualmente de un modo que frustraba nuestro objetivo. He tenido que convencerla para que lo cambiara, y las jóvenes son propensas a mostrarse un tanto obstinadas en todo lo relacionado con su arreglo personal. Ofrézcale una silla de ese lado cuando entre y mírele cómodamente el cuello antes de que iniciemos nuestro paseo.

Magdalen entró en la habitación cuando decía estas palabras. Después de intercambiar los primeros saludos, se sentó en la silla que le ofrecían con una buena disposición libre de suspicacias. Noel Vanstone aplicó la prueba decisiva al instante,

apreciando en lo que valía el bello material que era objeto de su experimento. Ni el menor vestigio de lunar era visible en parte alguna de la lisa y blanca superficie del cuello de la señorita Bygrave. Tal fue la muda respuesta al examen de los ojos entrecerrados de Noel Vanstone que la miraban pestañeando, y así quedó rotundamente contradicha en la práctica la señora Lecount. Ese incidente central en los acontecimientos de la mañana fue, de todos los que hasta entonces habían ocurrido, el más importante por sus resultados. Aquel descubrimiento hizo tambalearse el ascendiente que el ama de llaves tenía sobre su amo como ninguna otra cosa lo había conseguido hasta entonces.

Al cabo de unos minutos apareció la señora Wragge y causó toda la sorpresa que Noel Vanstone era capaz de sentir mientras estaba absorto en el deleite de la compañía de Magdalen. El grupo abandonó la casa de inmediato y dirigió sus pasos hacia el norte para no pasar por delante de las ventanas de Sea-View Cottage. Con indescriptible asombro, vio la señora Wragge cómo su marido, por primera vez en el transcurso de su vida conyugal, le ofrecía el brazo cortésmente y se adelantaba con ella a la joven pareja, ¡como si el privilegio de caminar a solas con ella resultara especialmente atractivo para él!

—¡Apriete el paso! —susurró el capitán con fiereza—. ¡Deje a su sobrina y al señor Vanstone a solas! ¡Si la pillo mirando hacia atrás, echaré el traje de cachemira oriental al fuego de la cocina! Vuelva los pies hacia fuera y lleve el paso; ¡maldita sea, lleve el paso! —La señora Wragge llevó el paso dentro de lo que le permitía su limitada capacidad. Sus robustas rodillas temblaban. Creía firmemente que el capitán estaba ebrio.

El paseo duró más de una hora. Antes de las nueve se hallaban de vuelta en North Shingles. Las señoras entraron rápidamente en la casa. Noel Vanstone se quedó con el capitán Wragge en el jardín.

—Bueno —dijo el capitán—. ¿Qué piensa usted ahora de la señora Lecount?

—¡Maldita Lecount! —replicó Noel Vanstone, presa de una gran agitación—. Casi estoy inclinado a coincidir con usted. Casi estoy inclinado a pensar que mi infernal ama de llaves está loca.

Hablaba con tono quejumbroso y de mala gana, como si la mera alusión a la señora Lecount le resultara desagradable. De su rostro huía y volvía el color, sus modales eran distraídos e irresolutos, se movía con nerviosismo de un lado a otro por el sendero del jardín. Hasta para un observador menos agudo que el capitán Wragge habría sido evidente que Magdalen había recibido las insinuaciones amorosas de Noel Vanstone con un inesperado favor y una voluntad de alentarlas que le habían hecho perder por completo el dominio de sí mismo.

—¡Jamás había disfrutado tanto de un paseo en toda mi vida! —exclamó en un súbito arrebató de entusiasmo—. Espero que a la señorita Bygrave le haya sentado

bien. ¿Saldrán a la misma hora mañana por la mañana? ¿Podría volver a acompañarlos?

—Por supuesto, señor Vanstone —dijo el capitán cordialmente—. Discúlpeme por volver a tocar ese tema, pero ¿qué se propone usted decirle a la señora Lecount?

—No lo sé. ¡Lecount es una auténtica molestia! ¿Qué haría usted, señor Bygrave, si estuviera en mi lugar?

—Permítame que le haga una pregunta, mi querido señor, antes de contestarle. ¿A qué hora suele desayunar usted?

—A las nueve y media.

—¿Se levanta pronto la señora Lecount?

—No. Lecount es perezosa por la mañana. ¡Detesto a las mujeres perezosas! Si estuviera usted en mi lugar, ¿qué le diría?

—No le diría nada —respondió el capitán Wragge—. Volvería de inmediato por la parte de atrás, dejaría que la señora Lecount me viera en el jardín como si estuviera dando una vuelta antes de desayunar y dejaría que supusiera que acababa de salir de mi habitación. Si le pregunta si piensa venir hoy aquí, diga que no. Asegúrese una vida tranquila hasta que las circunstancias le obliguen a dar una respuesta. Entonces díglele simplemente la verdad. Díglele que la sobrina del señor Bygrave y la descripción de la señora Lecount discrepan en el detalle más importante, y niéguele que no vuelva a mencionar el asunto. Ahí tiene mi consejo. ¿Qué opina de él?

Si Noel Vanstone hubiera podido echar un vistazo a los pensamientos de su consejero, tal vez habría considerado que el consejo del capitán se adaptaba de modo perfecto a sus propios intereses. Mientras pudiera mantenerse a la señora Lecount en la ignorancia con respecto a las visitas de su amo a North Shingles, ella seguiría aguardando la oportunidad para probar su experimento, por lo que podía confiar en que no pondría en peligro la conspiración con alguna otra medida. Necesariamente incapaz de considerar el consejo del capitán Wragge desde ese punto de vista, Noel Vanstone se limitó a ver que le ofrecía un medio temporal de eludir una explicación a su ama de llaves. Declaró, pues, con vehemencia que cumpliría al pie de la letra el plan sugerido por el capitán Wragge y regresó a Sea-View Cottage sin más demora.

En esta ocasión, las previsiones del capitán Wragge no fueron refutadas en modo alguno por la conducta de la señora Lecount. El ama de llaves no sospechaba lo más mínimo la visita de su amo a North Shingles. Había decidido, si era necesario, esperar pacientemente hasta el final de la semana a que se entrevistara con la señorita Bygrave, así que no le turbó con preguntas inesperadas cuando él anunció su intención de no tener comunicación personal con los Bygrave ese día. Lo único que ella dijo fue:

—¿No se encuentra usted bien, señor Noel, o no le apetece?

—No me encuentro bien —respondió él brevemente, y allí terminó la

conversación.

Al día siguiente se repitieron exactamente las acciones de la mañana anterior. Esta vez, Noel Vanstone volvió a casa extasiado con un recuerdo en el bolsillo del pecho; se había apoderado tiernamente de uno de los guantes de la señorita Bygrave. A ratos, durante el día, siempre que estaba solo, sacaba el guante y lo besaba con una devoción que era casi apasionada en su fervor. La pequeña y miserable criatura disfrutaba de sus momentos de felicidad robada con un deleite mudo y cauteloso que constituía una nueva sensación para él. Las pocas jóvenes que había conocido en el estrecho círculo de su padre en Zurich habían sentido un placer perverso en tratarle como un extraño juguete; la impresión más fuerte que pudo hacer él en sus corazones sólo podría haber rivalizado con la que les producían sus perritos falderos; el mayor interés que pudo crear en ellas fue el que podrían haber tenido por un nuevo dije o un nuevo vestido. Las únicas mujeres que habían suscitado hasta entonces su admiración y que se habían tomado sus cumplidos en serio eran mujeres cuyos encantos empezaban a menguar y cuyas posibilidades de casarse disminuían rápidamente. Por primera vez en su vida había pasado horas de felicidad en compañía de una hermosa muchacha en la que podía pensar después sin un solo recuerdo humillante que dejara malparado su amor propio.

Pese al ansia con que intentó disimularlo, el cambio operado en su aspecto y sus modales por el nuevo sentimiento que había despertado en él no podía ocultarse a los ojos de la señora Lecount. El segundo día, el ama de llaves le preguntó intencionadamente si no había concertado una cita para visitar a los Bygrave. Él lo negó, como el día anterior.

—¿Quizá vaya mañana, señor Noel? —insistió el ama de llaves. Noel Vanstone se quedó sin recursos; estaba impaciente por librarse del interrogatorio; confiaba en que su amigo de North Shingles le ayudara, y esta vez respondió que sí—. Si ve usted a la señorita —prosiguió la señora Lecount—, no olvide aquella nota mía, señor, que lleva en el bolsillo del chaleco. —No se dijo más por ninguna de las dos partes, pero el ama de llaves envió una carta a la señorita Garth con el correo de la tarde. La carta se limitaba a acusar recibo de la que ésta le había enviado, a darle las gracias y a informarle de que la señora Lecount esperaba estar en posición de volver a escribirle al cabo de unos días para solicitar la presencia del señor Pendril en Aldborough.

Esa noche, cuando la salita de North Shingles empezaba a sumirse en la oscuridad y el capitán hacía sonar la campanilla para que le llevaran las bujías, como de costumbre, éste se sorprendió al oír la voz de Magdalen en el pasillo diciéndole a la criada que volviera a llevarse las bujías a la cocina. Magdalen llamó a la puerta inmediatamente después y se adentró en la oscuridad de la habitación como un fantasma.

—Quiero hacerle una pregunta sobre sus planes para mañana —dijo—. Tengo los

ojos cansados esta noche y espero que no le importe prescindir de las bujías durante unos minutos.

Magdalen hablaba en voz baja, dirigiéndose sin hacer ruido a una silla muy alejada del capitán en la parte más oscura de la habitación. Sentándose cerca de la ventana, el capitán podía distinguir el perfil borroso de su vestido y oír apenas el tono apagado de su voz. En los últimos dos días sólo la había visto durante los paseos matinales. Por la tarde había encontrado a su mujer llorando en la planta baja, en la pequeña habitación del fondo. La señora Wragge sólo pudo decirle que Magdalen la había asustado, que volvía a recorrer el mismo camino que recorriera cuando le llegó la carta de la China en los terribles días de Vauxhall Walk.

—Lamento que haya estado indispuesta hoy, según me ha dicho la señora Wragge —dijo el capitán casi en un susurro, bajando la voz sin darse cuenta.

—No importa —respondió Magdalen en voz baja desde la oscuridad—. Soy lo bastante fuerte para sufrir y seguir viviendo. Otras jóvenes en mi lugar hubieran sido más felices, hubieran sufrido hasta morir. Da igual; dentro de cien años no tendrá la menor importancia. ¿Volverá mañana por la mañana a las siete?

—Volverá, si no tiene nada que objetar.

—En absoluto. Por mi parte se han acabado las objeciones. Pero me gustaría cambiar la hora. No tengo muy buen aspecto tan temprano. Paso malas noches y me levanto ojerosa y demacrada. Escríble una nota esta noche y dígame que venga a las doce.

—Las doce es una hora un poco tardía para que la vean paseando, dadas las circunstancias.

—No tengo intención de pasear. Que le hagan pasar a la salita...

Su voz se extinguió antes de que acabara la frase.

—¿Sí? —dijo el capitán Wragge.

—Y déjeme que lo reciba yo a solas.

—Comprendo —dijo el capitán—. Una idea admirable. Yo me quedaré en el comedor mientras esté aquí, y usted puede venir a contarme lo sucedido cuando él se vaya.

Se hizo nuevamente el silencio.

—¿Es indispensable que se lo cuente de palabra? —preguntó Magdalen de repente—. Puedo dominarme mientras él está conmigo, pero no respondo de lo que pueda decir o hacer después. ¿No hay otro modo?

—Muchos —contestó el capitán—. Aquí está el primero que se me ocurre. Deje bajada la persiana de su dormitorio antes de que él llegue. Yo me iré a la playa y esperaré allí a la vista de la casa. Cuando vea que él sale, miraré la ventana. Si no le ha dicho nada, deje la persiana tal como está. Si se ha declarado, súbala. La señal es la simplicidad misma; no hay error posible. ¡Utilice todos sus encantos mañana!

Amárrelo bien, mi querida niña, amárrelo bien mientras pueda.

El capitán había hablado con un tono lo bastante alto como para tener la certeza de que ella le había oído, pero Magdalen no respondió. El absoluto silencio sólo se vio perturbado por el frufú de su vestido, lo que indicó al capitán que Magdalen se había levantado de su silla. Su vaga presencia volvió a atravesar la habitación. La puerta se cerró con suavidad. Magdalen se había ido. El capitán hizo sonar la campanilla rápidamente para pedir luz. La criada lo encontró de pie cerca de la ventana; parecía menos dueño de sí mismo que de costumbre. Dijo que se hallaba levemente indispuerto y la envió al aparador para que le sirviera un brandy.

Unos minutos antes de las doce del día siguiente, el capitán Wragge se retiró a su puesto de observación, ocultándose tras una barca de pesca varada en la playa. Cuando dieron las doce, vio a Noel Vanstone acercarse a North Shingles puntualmente y abrir la verja del jardín. Después de que entrara en la casa y se cerrara la puerta, el capitán Wragge se recostó cómodamente en un costado de la barca y encendió un cigarro.

Fumó durante media hora, diez minutos por encima de la media según su reloj. Apuró el cigarro hasta el último resto que pudo sostener entre los labios. Justamente cuando acababa de lanzar la colilla, volvió a abrirse la puerta y por ella salió Noel Vanstone.

Inmediatamente el capitán alzó la vista hacia la ventana de Magdalen. La absorbente excitación del momento le hizo contar los segundos. Magdalen podía llegar a su habitación desde la salita en menos de un minuto. Él contó hasta treinta y no ocurrió nada. Contó hasta cincuenta, y no ocurrió nada. Dejó de contar y se alejó de la barca con impaciencia para regresar a la casa.

Cuando dio su primer paso vio la señal. La persiana había sido levantada.

Subiendo cautelosamente por la pendiente de la playa, el capitán Wragge miró hacia Sea-View Cottage antes de dejarse ver en el paseo. Noel Vanstone había llegado a su casa y entraba entonces por la puerta.

—Si me ofrecieran todo su dinero por ponerme en su pellejo —dijo el capitán sin dejar de mirarlo—, con todo lo rico que es, ¿no lo aceptaría!

CAPÍTULO VIII

A su regreso a North Shingles, el capitán recibió un significativo mensaje de la criada: «El señor Noel Vanstone volvería a las dos de la tarde y esperaba tener el placer de hallar en casa al señor Bygrave».

La primera pregunta del capitán, tras oír el mensaje, se refirió a Magdalen. ¿Dónde estaba la señorita Bygrave? En su habitación. ¿Dónde estaba la señora Bygrave? En la salita del fondo. Inmediatamente el capitán dirigió sus pasos en esa última dirección y halló a su esposa, por segunda vez, hecha un mar de lágrimas. Magdalen la había echado de su habitación para el resto del día y su pobre cabeza no acertaba a comprender qué había hecho para merecerlo. El capitán interrumpió las lamentaciones de su mujer sin ceremonia y la envió arriba con instrucciones de llamar a la puerta y preguntar a Magdalen si podía conceder cinco minutos de atención a un importante asunto que debía ser resuelto antes de las dos.

La respuesta fue negativa. Magdalen pedía que le comunicara por escrito el asunto sobre el que se requería su decisión. Se comprometía a responder del mismo modo, con la condición de que la señora Wragge entregara la nota en lugar de la criada y recogiera la respuesta.

El capitán Wragge abrió inmediatamente su estuche de papel de cartas y escribió las siguientes líneas: «Acepte mi más cordial enhorabuena por el resultado de su entrevista con el señor N. V. Volverá a las dos, sin duda, para pedir su mano formalmente. La cuestión que hay que decidir es si debo presionarle o no en la cuestión de las capitulaciones. Dos son las consideraciones que ha de tener presentes. En primer lugar, si dicha presión (sin subestimar en lo más mínimo la influencia de usted sobre él) no debe prolongarse antes de que consiga sacarle dinero al señor N. V. En segundo lugar, si tenemos razones de peso (teniendo en cuenta nuestra posición actual con respecto a cierta intrigante con enaguas) para correr el riesgo de demorarnos. Medite estos puntos y hágame saber su decisión lo antes posible».

La respuesta a esta nota llegó escrita con caracteres torcidos y emborronados, extrañamente distintos de la letra firme y clara que era habitual en Magdalen. Sólo contenía estas palabras: «No es necesario que se moleste con capitulaciones. Deje en mis manos el uso que dará Noel Vanstone a su dinero en el futuro».

—¿La ha visto? —preguntó el capitán a su mujer cuando le entregó el mensaje.

—Lo he intentado —dijo la señora Wragge echándose de nuevo a llorar—, pero sólo ha abierto la puerta lo suficiente para sacar la mano. Se la he cogido y la he apretado un poco y, oh, pobrecilla, ¡qué fría estaba!

Cuando el amo de la señora Lecount hizo su aparición a las dos en punto, se hallaba alarmantemente necesitado de una benéfica aplicación del abanico verde de la señora Lecount. La agitación de haberse declarado a Magdalen, el terror de ser

descubierto por el ama de llaves, la atormentadora sospecha de las duras condiciones pecuniarias que pudiera imponerle el pariente y tutor de Magdalen: todas estas emociones entremezcladas y en lucha unas con otras habían sobrecargado su débil corazón sometiéndolo a una prueba que difícilmente podía soportar. Resollaba cuando se sentó en la salita de North Shingles y volvió a aparecer aquella ominosa palidez azulada que le servía de advertencia y que se extendía por su rostro en momentos de gran turbación. Sinceramente alarmado, el capitán Wragge cogió la botella de brandy y obligó a su visitante a beberse un vaso de vino lleno de licor antes de que intercambiaran una sola palabra.

Reanimado por el estimulante y alentado por la buena disposición con que el capitán se anticipaba a cuanto tenía que decir, Noel Vanstone consiguió manifestar el serio objeto de su visita con una tolerable claridad. Fácilmente prescindieron de los preliminares convencionales, adecuados para la ocasión. La familia del pretendiente era respetable, su posición social era innegablemente satisfactoria, su afecto, aunque reciente, era sin duda desinteresado y sincero. El capitán Wragge sólo tenía que referirse a estas consideraciones diversas con una feliz elección del lenguaje y la voz temblorosa de varonil emoción, y lo hizo a la perfección. Durante la primera media hora no se hizo alusión alguna a la parte más delicada y espinosa del asunto. El capitán esperó hasta que consiguió tranquilizar a su visitante y, cuando alcanzó ese resultado, lo sacó a colación con tacto y en estos términos:

—Sólo existe una dificultad, señor Vanstone, que creo que ambos hemos pasado por alto. La reciente conducta de su ama de llaves me induce a temer que no verá con buenos ojos el inminente cambio que se producirá en su vida. Seguramente no habrá considerado usted necesario informarle aún del nuevo vínculo que se propone establecer. ¿Me equivoco?

Noel Vanstone palideció ante la mera idea de dar explicaciones a la señora Lecount.

—No sé qué voy a hacer —dijo mirando hacia la ventana de reajo y con nerviosismo, como si esperara ver al ama de llaves asomándose a ella—. Detesto las situaciones embarazosas y ésta es la más desagradable en la que me he encontrado jamás. No sabe usted lo terrible que es Lecount. Yo no la temo, por favor, no crea usted que yo la temo...

Al pronunciar estas palabras, el miedo le hizo un nudo en la garganta y las desmintió rotundamente haciéndole enmudecer.

—Por favor, no se moleste en darme explicaciones —dijo el capitán Wragge acudiendo al rescate—. Es una historia de lo más corriente, señor Vanstone. Aquí tenemos a una mujer que ha envejecido a su servicio y al servicio de su padre antes que usted; una mujer que, con toda suerte de pequeñas triquiñuelas, ha conseguido aprovecharse sistemáticamente de su posición durante años y años; una mujer, en

definitiva, a la que usted, con su bondad irreflexiva, pero absolutamente natural, ha permitido que reclamara un derecho de propiedad...

—¡Propiedad! —exclamó Noel Vanstone, interpretando erróneamente al capitán y dejando que la verdad escapara de sus labios por la mera incapacidad de ocultar sus temores más tiempo—. Qué sé yo qué cantidad de propiedad reclamará. Me hará pagar por mi padre además de mí. ¡¡¡Miles, señor Bygrave, miles de libras esterlinas de mi bolsillo!!! —Juntó las manos con desesperación ante la imagen de una coacción pecuniaria evocada por su fantasía; ¡su dorado fluido vital brotando a chorros de prodigalidad bajo la lanceta de la señora Lecount!

—Calma, señor Vanstone, ¡calma! La mujer no sabe nada por ahora y el dinero aún no se ha esfumado.

—No, no, el dinero no se ha esfumado, como dice usted. Es sólo que me pone nervioso pensarlo. No puedo evitarlo. Me estaba diciendo algo hace un momento, iba usted a aconsejarme. Valoro sus consejos; no sabe usted hasta qué punto los valoro. —Dijo estas palabras con una sonrisa conciliadora, que era algo más que impotente: era absolutamente servil en su dependencia del juicioso amigo.

—Me limitaba a asegurarle, mi querido señor, que comprendía su posición perfectamente —dijo el capitán—. Comprendo sus dificultades tan bien como usted mismo. Dígale a una mujer como la señora Lecount que debe abandonar su trono doméstico para dejar sitio a una sucesora joven y bella armada con la autoridad de una esposa, y el resultado inevitable será una desagradable escena. Una desagradable escena, señor Vanstone, si su opinión sobre la cordura de su ama de llaves está fundamentada. Algo mucho más serio, si mi opinión de que su mente está trastornada resulta ser cierta.

—No digo que no sea también mi opinión —replicó Noel Vanstone—. Sobre todo después de lo que ha pasado hoy.

Inmediatamente el capitán Wragge quiso saber cuál era el suceso al que aludía.

Noel Vanstone, por consiguiente, explicó —con un infinito número de paréntesis, todos referidos a él— que la señora Lecount había formulado la temida pregunta con respecto a la pequeña nota del bolsillo de su amo hacía apenas una hora. Él había respondido siguiendo el consejo del señor Bygrave. Al oír que se había puesto a prueba la exactitud de la descripción personal y había fracasado en el importantísimo detalle de los lunares del cuello, la señora Lecount había reflexionado unos instantes y luego había preguntado si le había mostrado la nota al señor Bygrave antes de probar el experimento. El señor Vanstone había respondido negativamente como única forma de respuesta segura que le vino a la cabeza y el ama de llaves le había dirigido entonces estas extrañas y sobrecogedoras palabras: «No me dice usted la verdad, señor Noel. Confía usted en desconocidos y duda de su vieja amiga y sirvienta. Cada vez que entra usted en la casa del señor Bygrave, cada vez que ve a la

señorita Bygrave, se acerca más y más a su propia destrucción. Le han puesto una venda en los ojos pese a mis esfuerzos, pero les digo a ellos igual que a usted, que antes de que pasen muchos días, ¡habré de quitársela!». A este extraordinario arrebato —acompañado al parecer por una expresión que él no había visto antes en el rostro de la señora Lecount— Noel Vanstone no replicó. Había recordado la convicción del señor Bygrave de que la tara de la demencia estaba latente en la sangre del ama de llaves y había abandonado la habitación a la primera oportunidad.

El capitán Wragge escuchó con la mayor atención esta exposición de los hechos. No podía sacar de ella más que una conclusión: una clara advertencia de que debía apresurar el final.

—No me sorprende —dijo con gravedad— oírle decir que empieza a inclinarse en favor de mi opinión. Después de lo que acaba de contarme, señor Vanstone, ningún hombre razonable podría pensar otra cosa. Esto empieza a ser serio. No me atrevo a pensar en las consecuencias cuando le comunique usted a la señora Lecount su próximo cambio de vida. Mi sobrina podría sufrirlas. Es nerviosa, es sumamente sensible, es el objeto inocente del odio y el recelo irracionales de esa mujer. ¡Me alarma usted, señor! No soy hombre que se deje intimidar fácilmente, pero admito que lo que me cuenta me hace temer por el futuro. —Frunció el entrecejo, meneó la cabeza y miró a su visitante con aire pesimista.

Noel Vanstone empezó a inquietarse. El cambio de actitud del señor Bygrave parecía presagiar que reconsideraría su propuesta de matrimonio desde un nuevo punto de vista desfavorable. Consultó con su cobardía y su astucia innatas y sugirió una solución para aquella dificultad, que descubrió él mismo.

—¿Por qué habríamos de decírselo a Lecount? —preguntó—. ¿Qué derecho tiene ella a saberlo? ¿No podemos casarnos sin hacerla partícipe del secreto? ¿Y no puede alguien decírselo después, cuando estemos ambos fuera de su alcance?

El capitán Wragge acogió esta propuesta con una expresión de sorpresa que decía mucho de su capacidad para dominar su propio semblante. Su objetivo principal durante toda la entrevista había sido conducirla hasta aquel punto o, en otras palabras, hacer que la idea de mantener en secreto el matrimonio ante la señora Lecount surgiera de Noel Vanstone y no de él. Nadie mejor que el capitán sabía que las únicas responsabilidades que acepta un hombre débil son aquellas que se le podrán atribuir siempre como exclusivamente suyas.

—Acostumbro oponerme firmemente a todo tipo de procedimientos clandestinos —dijo el capitán Wragge—, pero hay excepciones a las reglas más estrictas, y estoy obligado a admitir, señor Vanstone, que si alguna vez ha habido una situación excepcional, ésa es la suya. La línea de acción que usted propone, por impropia que me parezca, por desagradable que me resulte, no sólo le evitaría a usted una situación muy enojosa (por no decir otra cosa), sino que también le protegería de la

reivindicación personal de esos derechos pecuniarios por parte de su ama de llaves a los que antes se ha referido. Ambos resultados son deseables, por no hablar de que disiparía todos mis temores de que mi sobrina pueda ser molestada. Por otro lado, empero, la celebración de un matrimonio en la intimidad, como usted propone, ha de ser precipitada, pues, dada nuestra posición, cuanto más se retrase, más grande será el riesgo de que nuestro secreto deje de serlo. No estoy en contra de los matrimonios rápidos cuando la llama mutua del amor se aviva con una renta adecuada. Yo mismo contraí matrimonio por amor y a toda prisa. Todos conocemos numerosos ejemplos de noviazgos cortos y matrimonios rápidos que han resultado ser caballos ganadores, perdón, que han resultado bien al fin y al cabo. Así pues, si usted y mi sobrina, señor Vanstone, quieren añadir uno más a la suma de estos casos, habremos de acelerar de algún modo los preliminares habituales de los matrimonios entre las clases altas. Sin duda ha comprendido usted que me refiero al tema de las capitulaciones.

—Me tomaré otro dedito de brandy —dijo Noel Vanstone, alzando el vaso con mano temblorosa cuando el capitán Wragge pronunció la palabra «capitulaciones».

—Le acompaño —dijo el capitán, bajándose ágilmente del pedestal de su respetabilidad para beberse el brandy con el mayor deleite. Tras seguir el ejemplo de su anfitrión con nerviosismo, Noel Vanstone se armó de valor para enfrentarse con la dura prueba que le esperaba, reclinando la cabeza y apretando las manos en la posición que se asocia familiarmente en todo el mundo civilizado con la que se adopta en la silla del dentista.

El capitán dejó el vaso vacío y se aupó de nuevo a su pedestal.

—Hablábamos de capitulaciones —prosiguió—. Le he comentado ya durante nuestra conversación, señor Vanstone, que mi sobrina no puede ofrecer otra dote al hombre elegido por ella que no sea el más inestimable de los regalos, el de su propia persona. Esta circunstancia, sin embargo (como sin duda usted sabe), no me desautoriza para estipular las condiciones habituales con su futuro marido. De acuerdo con el procedimiento normal en tales asuntos, mi abogado se citaría con el suyo, se realizarían consultas, se producirían retrasos, personas extrañas entrarían en conocimiento de sus intenciones y, tarde o temprano, la señora Lecount acabaría sabiendo lo que usted está impaciente por ocultarle. ¿Está usted de acuerdo conmigo hasta aquí?

Una indescriptible aprensión había sellado los labios de Noel Vanstone. Sólo pudo responder inclinando la cabeza.

—Perfectamente —dijo el capitán—. Bien, es posible que haya observado usted que soy un hombre con una original manera de ver las cosas. Si no le he causado esa impresión hasta ahora, puede que sea necesario que le diga que hay ciertos asuntos en los que insisto en tener mis propias ideas. El tema de las capitulaciones matrimoniales es uno de ellos. ¿Qué suele hacer un padre o un tutor, permítame que

le pregunte, en la situación en la que yo me hallo? Después de haber confiado el sagrado depósito de la felicidad de una mujer al hombre que ha elegido como yerno, le da la espalda a ese hombre y se niega a confiarle la responsabilidad infinitamente menor de procurar el bienestar económico de su hija. Encadena a su yerno con el documento más comprometedor que la ley puede producir y emplea con el marido de su propia hija las mismas precauciones que usaría si tratara con un desconocido y un granuja. Yo a eso lo llamo una conducta incongruente e impropia en grado sumo. Descubrirá usted, señor Vanstone, que no es mi forma de proceder; no me verá predicar lo que no practico. Si le confío a mi sobrina, le confío también toda responsabilidad menor hacia ella y hacia mí. Déme la mano, señor. Déme su palabra de honor de que procurará el bienestar de su esposa tal como corresponde a la posición que ella tiene y a los medios de que usted dispone, y la cuestión de las capitulaciones queda decidida entre nosotros desde este momento, ¡de una vez para siempre! —Tras obedecer las instrucciones de Magdalen con este tono altanero, se abrió la respetable levita y aguardó sentado con la cabeza erguida y la mano extendida como un modelo de emoción paternal, como la viva imagen de la integridad.

Por un momento, el asombro dejó a Noel Vanstone literalmente petrificado. En el instante siguiente se levantó de su silla y apretó la mano de su magnánimo amigo en un arranque de admiración. En su dilatada y variopinta carrera, jamás el capitán Wragge había tenido tal dificultad en permanecer serio como la que experimentaba entonces. Desprecio por el arrebatado de mezquina gratitud de que era objeto; sensación triunfal en el éxito de una conspiración contra el hombre que había valorado su oferta de protección en cinco libras; pesar por la oportunidad perdida de dar un buen golpe de agricultura moral, que su temor a verse envuelto en las consecuencias venideras le había obligado a dejar escapar; estas emociones diversas turbaban los pensamientos del capitán y luchaban juntas por surgir a la superficie a través de las salidas de su rostro o de su lengua. Dejó que Noel Vanstone se apoderara de su mano y soltara una ristra de protestas y promesas chillonas hasta que recobró su habitual sangre fría. Una vez obtenido este resultado, volvió a sentar al hombrecillo en su silla y regresó de inmediato al asunto de la señora Lecount.

—Supongamos que volvemos ahora a la dificultad que aún no hemos vencido —dijo el capitán—. Digamos que voy en contra de mis propias costumbres y sentimientos, que admito la importancia de las consideraciones que ya he mencionado y que sanciono su deseo de unirse a mi sobrina sin el conocimiento de la señora Lecount. Permítame preguntarle, en ese caso, ¿qué medio sugiere usted para lograr sus fines?

—No puedo sugerir nada —respondió Noel Vanstone con impotencia—. ¿Le importaría sugerir por mí?

—Su petición es más audaz de lo que imagina, señor Vanstone. Yo nunca hago las cosas a medias. Cuando actúo con mi acostumbrada franqueza, soy sincero (como ya sabe usted) hasta rayar en la imprudencia. Cuando circunstancias excepcionales me obligan a seguir el proceder contrario, no hay un zorro más astuto que yo. Si me despojo, a petición expresa de usted, de mi honesta levita inglesa y me visto de jesuita; si por mera conmiseración hacia la difícil posición en la que se encuentra usted, accedo a ocultar el secreto a la señora Lecount, no he de tener que luchar con escrúpulos inoportunos por su parte. Si yo estoy dispuesto a todo o nada, ¡también ha de estarlo usted!

—Todo o nada, por supuesto —dijo Noel Vanstone animadamente—, siempre y cuando sea usted el primero. No siento escrúpulo alguno en dejar a Lecount al margen. Pero es increíblemente taimada, señor Bygrave. ¿Cómo lo conseguiremos?

—Lo oírás ahora mismo de mis labios —respondió el capitán—. Antes de que le exponga mis ideas, me gustaría conocer su opinión sobre una cuestión abstracta de moralidad. ¿Qué piensa usted, mi querido señor, de los engaños piadosos en general?

Noel Vanstone pareció un poco turbado por la pregunta.

—¿Quiere que me exprese con mayor claridad? —continuó el capitán Wragge—. ¿Qué opina usted de la máxima universalmente aceptada: «Todo vale en el amor y en la guerra»? ¿Sí o no?

—¡Sí! —respondió Noel Vanstone con la mayor prontitud.

—Una pregunta más y habré terminado —dijo el capitán—. ¿Tiene usted algo que objetar a practicar un engaño piadoso con la señora Lecount?

La determinación de Noel Vanstone empezó a tambalearse un poco.

—¿Es probable que Lecount lo descubra? —preguntó con cautela.

—Es imposible que lo descubra antes de que estén ustedes casados y fuera de su alcance.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—Gástele a Lecount todas las malas pasadas que quiera —dijo Noel Vanstone con aspecto de sentir un alivio indescriptible—. Últimamente tenía mis sospechas de que intentaba gobernarme. Empiezo a pensar que ya la he soportado bastante. Ojalá consiguiera deshacerme de ella.

—Se cumplirá su deseo —dijo el capitán Wragge—. Se libraré de ella dentro de una semana o diez días.

Noel Vanstone se levantó con ansiedad y se acercó a la silla del capitán.

—¡No me diga! —exclamó—. ¿Cómo piensa alejarla?

—Pienso mandarla de viaje —respondió el capitán Wragge.

—¿Adonde?

—De la casa de usted en Aldborough a la cabecera del lecho de su hermano en

Zurich.

Noel Vanstone retrocedió al oír la respuesta y regresó súbitamente a su silla.

—¿Cómo va a conseguirlo? —preguntó con la mayor perplejidad—. Su hermano (¡mal rayo le parta!) está mucho mejor. Esta mañana ha recibido otra carta de Zurich para comunicárselo.

—¿Ha visto usted la carta?

—Sí. Siempre está preocupada por su hermano; tenía que enseñármela.

—¿Quién la había escrito y qué decía?

—Era del médico; siempre le escribe él. Me importa un comino su hermano, y no recuerdo demasiado la carta, salvo que era corta. El individuo en cuestión estaba mucho mejor, y si el médico no volvía a escribirle, ella podía dar por sentado que se estaba restableciendo. Eso decía en esencia.

—¿Se fijó usted en dónde ponía la carta cuando usted se la ha devuelto?

—Sí. La ha metido en el cajón donde guarda sus libros de cuentas.

—¿Tiene usted acceso a ese cajón?

—Por supuesto. Tengo una copia de la llave; siempre he insistido en tener una copia de la llave del lugar en el que guarda sus libros de cuentas. Jamás permito que se guarden los libros de cuentas bajo llave sin forma de que yo pueda inspeccionarlos; es una norma de la casa.

—Tenga usted la amabilidad de apoderarse hoy de esa carta, señor Vanstone, sin que se entere su ama de llaves, y súmele el favor de dejármela aquí en privado durante una hora o dos.

—¿Para qué la quiere?

—Tengo que hacerle unas cuantas preguntas más antes de poder decírselo. ¿Tiene usted algún amigo íntimo en Zurich con quien pueda contar para que le ayude a gastar una mala pasada a la señora Lecount?

—¿A qué tipo de ayuda se refiere? —preguntó Noel Vanstone.

—Supongamos —dijo el capitán— que enviara una carta dirigida a la señora Lecount, en Aldborough, adjunta a otra carta dirigida a uno de sus amigos del extranjero. Y supongamos que le diera instrucciones a ese amigo para que le ayudara a gastar una broma inofensiva mandando la carta de la señora Lecount desde Zurich. ¿Conoce usted a alguien en quien pudiera confiar para algo así?

—¡Conozco a dos personas en quien podría confiar! —exclamó Noel Vanstone—. Ambas señoras, ambas solteras, ambas enemigas acérrimas de Lecount. Pero ¿cuál es su propósito, señor Bygrave? Aunque no suele fallarme la perspicacia, no acabo de ver cuál es su propósito.

—Lo verá ahora mismo, señor Vanstone.

El capitán se levantó entonces, se retiró a su escritorio del rincón y escribió unas cuantas líneas en una hoja de papel de cartas. Después de leerlas cuidadosamente en

silencio, hizo señas a Noel Vanstone para que se acercara también él a leerlas.

—Hace unos minutos —dijo el capitán señalando, satisfecho, su propia redacción con la punta de la pluma—, he tenido el honor de sugerir un piadoso engaño para la persona de la señora Lecount. ¡Aquí lo tiene!

Cedió la silla del escritorio a su visitante. Noel Vanstone se sentó y leyó lo siguiente:

Mi querida señora: Desde que le escribí por última vez, lamento profundamente tener que informarle que su hermano ha sufrido una recaída. Los síntomas son de naturaleza tan grave que es mi doloroso deber pedirle a usted que acuda a su lado sin dilación. No escatimo esfuerzos para evitar el renovado avance de la enfermedad y no he perdido aún toda esperanza de éxito, pero no tendría la conciencia tranquila si la dejara a usted en la ignorancia del grave empeoramiento de mi paciente, que podría acompañarse de un fatídico desenlace. Con mi más sentido pesar, quedo de usted, etc., etc.

El capitán Wragge aguardó con cierta inquietud el efecto que podía producir aquella carta. Aun siendo mezquino, egoísta y cobarde, incluso Noel Vanstone podía sentir ciertos escrúpulos en practicar la superchería que sugería la carta contra una mujer con la posición que ocupaba la señora Lecount en su casa. La señora Lecount le había servido fielmente, por muy interesados que fueran sus motivos; había vivido desde que él era un muchacho disfrutando de la plena confianza de su padre; vivía ahora bajo la protección de su propio techo. ¿Podría olvidar todo eso? Y si lo recordaba, ¿podría prestar su ayuda a la estratagema propuesta sin vacilar? Inconscientemente, el capitán Wragge conservaba la suficiente fe en la naturaleza humana para dudarle. Para su sorpresa y, todo que hay que decirlo, también para su alivio, sus temores resultaron totalmente infundados. Las únicas emociones que despertó en Noel Vanstone la lectura de la carta fueron una sincera admiración por la idea de su amigo y una impaciencia vanagloriosa por atribuirse el mérito de ser la persona que la pusiera en práctica. Todos los días podríamos hallar ejemplos de tontos que no sean cobardes; de vez en cuando pueden hallarse ejemplos de idiotas que no son astutos, pero puede dudarse con razón de que exista un solo ejemplo en lugar alguno de un tonto que no sea cruel.

—¡Perfecto! —exclamó Noel Vanstone, dando una palmada—. Señor Bygrave, es usted tan bueno como el Fígaro de la comedia francesa. Hablando de Francia, hay un grave error en esta inteligente carta suya; está escrita en un idioma equivocado. Cuando el médico escribe a Lecount, le escribe en francés. ¿Quizá quería pedirme usted que la tradujera? Necesita que yo le ayude, ¿no es cierto? Yo escribo en francés con tanta fluidez como en inglés. ¡Fíjese en mí! La traduciré aquí mismo de un

plumazo.

Noel Vanstone efectuó la traducción casi con la misma rapidez con que el capitán Wragge había redactado el original.

—¡Espere un momento! —exclamó con severo y triunfal tono de censura al descubrir otro defecto en la redacción de su ingenioso amigo—. El médico siempre fecha sus cartas. En la suya no hay fecha.

—La fecha se la dejo a usted —dijo el capitán con una sonrisa sardónica—. Usted ha descubierto el fallo, mi querido señor. ¡Corríjalo, por favor!

Noel Vanstone contempló mentalmente el gran abismo que separa la capacidad de detectar un error de la capacidad para aplicar un remedio y, siguiendo el ejemplo de más de un hombre más sabio que él, se negó a traspasarlo.

—No podría tomarme esa libertad —dijo cortésmente—. ¿Quizá tenía usted un motivo para no poner la fecha?

—Quizá lo tenía —respondió el capitán Wragge con su buen humor más desenfadado—. La fecha dependerá del tiempo que tarde la carta en llegar a Zurich. Yo no tengo experiencia sobre ese punto, usted debió de tener mucha en vida de su padre. Hágame partícipe de esa información y añadiré la fecha antes de que abandone usted el escritorio.

La experiencia de Noel Vanstone fue, como el capitán Wragge había previsto, absolutamente apta para resolver la cuestión del tiempo. Las vías férreas en el Continente (en el año de mil ochocientos cuarenta y siete) eran escasas, y una carta enviada en aquella época desde Inglaterra hasta Zurich y de vuelta desde Zurich hasta Inglaterra tardaba diez días en realizar el viaje por correo.

—Ponga, en francés, la fecha de dentro de cinco días a partir de mañana —dijo el capitán, una vez obtenida la información—. Perfecto. Lo siguiente es traerme la carta del médico lo antes posible. Puede que me vea obligado a practicar unas cuantas horas antes de poder copiar su traducción con una imitación exacta de la letra del médico. ¿Tiene usted papel de cartas extranjero? Déme también unas cuantas hojas, y al mismo tiempo envíeme un sobre dirigido a una de esas señoras amigas suyas de Zurich, acompañado de la necesaria petición de que envíe por correo la carta adjunta. Ésa es toda la molestia que le voy a causar, señor Vanstone. No quisiera parecer poco hospitalario, pero cuanto antes pueda proporcionarme el material que necesito, más me complacerá. Supongo que nos entendemos perfectamente. Tras concederle la mano de mi sobrina, he sancionado una ceremonia privada en atención a las especiales circunstancias de usted. Una pequeña e inofensiva estratagema es necesaria para promover sus fines. Yo ideo la estratagema a petición suya y usted hace uso de ella sin la menor vacilación. El resultado es que, dentro de diez días a partir de mañana, la señora Lecount se hallará de camino a Suiza; dentro de quince días a partir de mañana, la señora Lecount llegará a Zurich y descubrirá nuestra

jugarreta; dentro de veinte días a partir de mañana, la señora Lecount estará de vuelta en Aldborough y encontrará las participaciones de boda de su amo sobre la mesa, y a su amo en viaje de luna de miel. Se lo expongo de manera aritmética para que quede claro. Que Dios le bendiga. ¡Buenos días!

—Supongo que tendré el placer de ver a la señorita Bygrave mañana —dijo Noel Vanstone, dando media vuelta al llegar a la puerta.

—Debemos ser precavidos —replicó el capitán Wragge—. No se lo negaré mañana, pero no le prometo nada después. Permítame recordarle que tenemos que ocuparnos de la señora Lecount durante los próximos diez días.

—¡Ojalá Lecount estuviera en el fondo del océano Alemán! —exclamó Noel Vanstone con ardor—. Para usted es muy fácil ocuparse de ella, no vive en la misma casa. ¿Qué voy a hacer yo?

—Se lo diré mañana —dijo el capitán—. Salga a pasear solo y pásese por aquí como hoy, a las dos. Mientras tanto, no olvide todo lo que tiene que enviarme. Póngalo todo junto en un sobre grande y ciérrelo. Cuando lo haya hecho, pídale a la señora Lecount que salga a pasear con usted como de costumbre y, mientras ella esté arriba poniéndose el sombrero, envíeme a la criada. ¿Me ha comprendido? Buenos días.

Una hora después, el sobre cerrado y su contenido llegaron a salvo a manos del capitán Wragge. La doble tarea de imitar exactamente una letra extraña y copiar con precisión unas palabras escritas en un idioma del que apenas tenía unas nociones presentó más dificultades de las que el capitán había previsto. Dieron las once antes de que completara con éxito la tarea emprendida y de que la carta para Zurich estuviera lista para ser enviada por correo.

Antes de acostarse, el capitán salió al paseo desierto para respirar el frío aire nocturno. Todas las luces estaban apagadas en Sea-View Cottage cuando miró en esa dirección, excepto la luz de la ventana del ama de llaves. El capitán Wragge meneó la cabeza con suspicacia. Tenía ya la suficiente experiencia para desconfiar del insomnio de la señora Lecount.

CAPÍTULO IX

De haber podido asomarse a la habitación de la señora Lecount mientras se hallaba en el paseo contemplando la luz de su ventana, el capitán Wragge hubiera visto al ama de llaves sentada y absorta en reflexiones sobre un pequeño e insignificante trozo de tela marrón que yacía sobre su tocador.

Por exasperante que pudiera ser esa conclusión, la señora Lecount no podía por menos que darse cuenta de que hasta entonces le habían presentado batalla y vencido en todos los aspectos. ¿Qué podía hacer? Si reclamaba la presencia del señor Pendril, cuando el abogado llegara a Aldborough (con sólo unas pocas horas robadas a sus asuntos para dedicarlas a ella), ¿qué acciones concretas podía emprender? Si ella mostraba a Noel Vanstone la carta original de la que había copiado la nota, inmediatamente su amo pediría explicaciones a su autora y pondría al descubierto la historia inventada con la que la señora Lecount había conseguido engañar a la señorita Garth y, en cualquier caso, seguiría declarando, basándose en el testimonio de sus propios ojos, que la prueba de las marcas del cuello había fracasado por completo. La mayor de las señoritas Vanstone, cuya inesperada presencia en Aldborough podría haber hecho milagros, cuya voz en el vestíbulo de North Shingles, aunque no le dejaran ir más allá, podría haber llegado a oídos de su hermana y producido resultados inmediatos, se hallaba fuera del país y no era probable que regresara en menos de un mes. La señora Lecount revisó con impaciencia los pasos que había dado hasta entonces y aun así no consiguió hallar el modo de derribar los obstáculos que impedían su avance.

Otras mujeres, en su situación, hubieran esperado quizá a que cambiaran las circunstancias y les sirvieran de ayuda. La señora Lecount volvió audazmente sobre sus pasos y resolvió hallar el camino hacia sus fines en una nueva dirección. Abandonando por el momento su empeño en demostrar que la falsa señorita Bygrave era la auténtica Magdalen Vanstone, decidió reducir el campo de acción de sus siguientes pasos, dejar la cuestión de la identidad de Magdalen tal como estaba, y conformarse con convencer a su amo de un simple hecho: de que la señorita que lo hechizaba en North Shingles y la mujer disfrazada que lo había aterrorizado en Vauxhall Walk eran la misma persona.

Los medios para llevar a cabo este nuevo objetivo eran, en apariencia, menos fáciles de lograr que los necesarios para el objetivo al que la señora Lecount acababa de renunciar. Aquí no podía esperar ayuda de otros, no podía presentar supuestos motivos benevolentes para protegerse, ni podía recurrir al señor Pendril ni a la señorita Garth. Aquí, la única posibilidad de éxito del ama de llaves dependía en primer lugar de que fuera capaz de entrar furtivamente en la casa del señor Bygrave y, en segundo lugar, de su habilidad para descubrir si el memorable vestido de alpaca

del que había cortado secretamente un trozo de tela formaba parte por casualidad del guardarropa de la señorita Bygrave.

La señora Lecount examinó las dificultades que tenía ante ella en el orden en que se presentaban. Decidió en primer lugar dedicar los días siguientes a vigilar a los habitantes de North Shingles y estudiar sus costumbres desde por la mañana temprano hasta entrada la noche, y probar la capacidad de la única criada de la casa para resistirse a la tentación de un soborno. Suponiendo que iba a tener éxito, bien mediante dinero, bien mediante una estratagema, y que conseguiría entrar en North Shingles (sin el conocimiento del señor Bygrave ni de su sobrina), abordó la segunda dificultad, la de tener acceso al guardarropa de la señorita Bygrave.

Si la criada resultaba ser corruptible, podía considerar eliminados de antemano todos los obstáculos en esa dirección. Pero si la criada resultaba ser honrada, su problema no sería fácil de resolver.

Largas y cuidadosas meditaciones condujeron por fin al ama de llaves a la audaz decisión de obtener una entrevista —si le fallaba la criada— con la propia señora Bygrave. ¿Cuál era la verdadera causa de la extraña reclusión de aquella señora? ¿Se trataba de una persona de una estricta y sumamente inconveniente integridad o de una persona en la que no se podía confiar para guardar un secreto? ¿O bien, de una persona tan ingeniosa como el señor Bygrave a la que mantenían en reserva para contribuir al éxito de un nuevo y futuro engaño? En los dos primeros casos, la señora Lecount confiaría en sus dotes de disimulo y en los resultados que con ellas pudiera lograr. En el último caso (aunque no consiguiera nada más), podía ser de vital importancia para ella descubrir a un enemigo oculto en las sombras. Sea como fuere, resolvió correr el riesgo. De las tres posibilidades a su favor que había calculado al inicio de la contienda —la posibilidad de atrapar a Magdalen haciéndola hablar, la posibilidad de atrapar a Magdalen con ayuda de sus allegados, y la de atraparla a través de la señora Bygrave— había intentado dos y las dos habían fracasado. La tercera aún debía ponerse a prueba, y tal vez diera sus frutos.

De este modo conspiraba la enemiga del capitán en la intimidad de su habitación, mientras el capitán observaba la luz de su ventana desde la playa.

A la mañana siguiente antes del desayuno, el capitán Wragge echó al correo en persona la carta falsificada para Zurich. Volvió a North Shingles sin haber decidido aún qué camino seguir con la señora Lecount durante el intervalo crucial de los diez días siguientes.

Con gran sorpresa por su parte, sus dudas en aquel punto las resolvió bruscamente la propia Magdalen.

La encontró esperándole en la habitación donde estaba servido el desayuno. Magdalen paseaba con nerviosismo de un lado a otro con la cabeza caída sobre el

pecho y los cabellos desordenados sobre los hombros. En cuanto alzó la vista al verlo entrar, el capitán sintió el miedo que antes había sentido la señora Wragge, el miedo a que Magdalen volviera a caer postrada como le había ocurrido ya cuando recibió la carta de Frank en Vauxhall Walk.

—¿Va a volver hoy? —preguntó, apartando de sí la silla que le ofrecía el capitán Wragge tan violentamente que la tiró al suelo.

—Sí —dijo el capitán, respondiendo sensatamente con la menor cantidad de palabras posible—. Volverá a las dos.

—¡Sáqueme de aquí! —exclamó Magdalen, echándose el pelo hacia atrás con un gesto frenético—. Sáqueme de aquí antes de que venga. No podré sobreponerme al horror de casarme con él mientras esté en este horrible lugar. ¡Lléveme a algún sitio donde pueda olvidarlo o me volveré loca! Déme dos días de descanso, dos días lejos de la vista de ese horrible mar, dos días fuera de la prisión en esta horrible casa, dos días en cualquier lugar del ancho mundo, lejos de Aldborough. ¡Volveré con usted! ¡Llegaré hasta el final! ¡Pero déjeme huir dos días de ese hombre y de todo lo que se relaciona con él! ¿Me oye, canalla? —gritó, sujetándole por el brazo y sacudiéndolo en un paroxismo de ira—. Ya basta de esta tortura. ¡No puedo soportarlo más!

No había más que un modo de tranquilizarla, y el capitán hizo uso de él al instante.

—Si intenta dominarse —dijo—, abandonará Aldborough dentro de una hora.

Magdalen le soltó el brazo y apoyó pesadamente la espalda contra la pared.

—Lo intentaré —dijo, respirando entrecortadamente, pero mirándole con más calma—. No tendrá queja de mí si puedo evitarlo. —Intentó torpemente sacar su pañuelo del bolsillo del delantal y no consiguió encontrarlo. El capitán lo sacó por ella. La mirada de Magdalen se suavizó y respiró con mayor facilidad cuando cogió el pañuelo de su mano—. Es usted un hombre más bueno de lo que pensaba —dijo—. Siento haberle hablado de ese modo hace un momento. Lo siento mucho. —Unas lágrimas furtivas afluyeron a sus ojos y ofreció la mano al capitán con la gracia y la amabilidad sinceras de tiempos más felices—. Sea mi amigo de nuevo —dijo con tono suplicante—. ¡Sólo soy una muchacha, capitán Wragge, sólo soy una muchacha!

El capitán recibió su mano en silencio, le dio unas cuantas palmaditas y luego le abrió la puerta para que volviera a su cuarto. El rostro del capitán mostraba un auténtico pesar cuando tuvo con ella aquella insignificante atención. Era un truhán y un timador, había llevado una vida ruin, tramposa y envilecida, pero era humano, y Magdalen había conseguido despertar la compasión perdida que ni siquiera la autoprofanación de la existencia de un timador podía destruir por completo.

—¡Al cuerno con el desayuno! —dijo el capitán cuando entró la criada, dispuesta a recibir órdenes—. Vete a la posada inmediatamente y diles que quiero un carruaje y un tronco de caballos en la puerta dentro de una hora. —Salió al pasillo irritado aún

por una sensación de perturbación mental nueva para él y gritó a su mujer más furioso que nunca—. ¡Haga el equipaje para una semana de ausencia, y que esté listo en media hora! —Tras dar estas instrucciones, regresó al comedor y miró la mesa a medio poner con impaciente asombro ante sus pocas ganas de hacerle los honores a la comida—. Me ha quitado el apetito —se dijo a sí mismo con una carcajada forzada—. Probaré con un cigarro y un poco de aire fresco.

De haber sido veinte años más joven, tal vez aquellos remedios habrían fracasado. Pero ¿dónde se halla el hombre cuya política interior sucumba a una revolución cuando ese hombre pasa ya de los cincuenta? El ejercicio y el cambio de escenario serenaron al capitán. Recobró la sensación perdida del aroma de su cigarro y condujo su atención dispersa hacia la cuestión de su inminente ausencia de Aldborough. Unos pocos minutos de reflexión le convencieron de que el estallido de Magdalen le había obligado a tomar las medidas que, volviendo a analizar las urgencias existentes, era más deseable adoptar.

Las indagaciones del capitán Wragge, la tarde en que él y Magdalen habían tomado el té en Sea-View, le habían informado de que el hermano del ama de llaves tenía una modesta renta, que su hermana era su pariente viva más cercana, y que había en Zurich ciertos primos sin escrúpulos que estaban impacientes por usurpar el lugar del testamento que en realidad pertenecía a la señora Lecount. Aquéllos eran poderosos motivos para llevar al ama de llaves hasta Zurich cuando la falsa noticia de la recaída de su hermano llegara a Inglaterra. Pero si llegaba a tener idea de la auténtica situación de Noel Vanstone mientras tanto, ¿quién podía decir si no preferiría, en el último momento, asegurar el amplio interés pecuniario por su amo antes que defender el pequeño interés pecuniario junto a la cabecera de su hermano? Mientras esta pregunta quedara sin resolver, la necesidad evidente de interrumpir la creciente intimidad entre Noel Vanstone y la familia de North Shingles no admitía duda, y de todas las formas de llevar a cabo ese propósito, ninguna podía resultar menos sospechosa que una ausencia temporal de su residencia en Aldborough. Completamente satisfecho con la sensatez de esta conclusión, el capitán Wragge se dirigió directamente a Sea-View Cottage para disculparse y dar explicaciones antes de que llegara el carruaje y se produjera la partida.

Noel Vanstone era fácilmente accesible a las visitas; se hallaba paseando en el jardín antes de desayunar. Dio rienda suelta a su decepción y su disgusto cuando oyó la noticia que su amigo tenía que comunicarle. Sin embargo, la soltura verbal del capitán Wragge pronto consiguió convencerle de la necesidad de resignarse, dadas las circunstancias. La mera insinuación de que «el fraude piadoso» podía fracasar si ocurría algo en el intervalo de diez días que diera alguna pista a la señora Lecount tuvo el efecto instantáneo de volver a Noel Vanstone tan paciente y dócil como era de desear.

—No le diré adonde vamos por dos buenas razones —dijo el capitán Wragge cuando concluyeron las explicaciones preliminares—. En primer lugar, aún no lo he decidido, y en segundo lugar, si no sabe usted cuál es nuestro destino, la señora Lecount no podrá sonsacarle. No me cabe la menor duda de que nos está observando ahora mismo desde detrás de la cortina de su ventana. Cuando le pregunte qué quería de usted esta mañana, dígame que he venido a despedirme por unos cuantos días, porque mi sobrina sigue sin encontrarse bien y deseo llevarla a hacer una corta visita a unos amigos para probar con un cambio de aires. Si pudiera producir usted la impresión en la señora Lecount (sin exagerar) de que yo le he decepcionado un poco y de que empieza a dudar de mi sinceridad en el deseo de cultivar su amistad, contribuirá usted en gran medida a lograr nuestros fines. Puede usted contar con que regresaremos a North Shingles en cuatro o cinco días como mucho. Si tuviera algo que comunicarle, el servicio de correos está siempre a nuestra disposición y no dejaré de escribirle.

—¿No me escribirá la señorita Bygrave? —preguntó Noel Vanstone con tono lastimero—. ¿Sabe ella que ha venido? ¿No le ha dado ningún mensaje para mí?

—¡Imperdonable por mi parte haberlo olvidado! —exclamó el capitán—. Le envía todo su amor.

Noel Vanstone cerró los ojos en un mudo éxtasis.

Cuando los abrió de nuevo, el capitán Wragge había salido ya por la verja del jardín y se encaminaba de regreso a North Shingles. Tan pronto como se cerró la puerta, la señora Lecount bajó del puesto de observación, que el capitán Wragge había sospechado acertadamente que ocupaba, y dirigió a su amo la pregunta que el capitán había previsto acertadamente que haría tras su partida. La respuesta que recibió tuvo un único efecto. El ama de llaves consideró inmediatamente que era una falsedad y regresó a su ventana para vigilar North Shingles más alerta que nunca.

Con el mayor de los asombros, menos de media hora después vio que un carruaje vacío se detenía a la puerta del señor Bygrave. Sacaron el equipaje y lo cargaron en el vehículo. Apareció la señorita Bygrave y ocupó un asiento en él. Le siguió una señora de gran estatura que el ama de llaves supuso que debía de ser la señora Wragge. A continuación salió la criada y se quedó esperando en el sendero del jardín. El último en aparecer fue el señor Bygrave. Cerró la puerta de la casa y llevó la llave a una casa cercana que era la morada del propietario de North Shingles. A su regreso, saludó con una inclinación de cabeza a la criada —que se alejó hacia la parte más modesta de la pequeña población— y se metió en el carruaje con las señoras. El cochero subió al pescante y el vehículo desapareció.

La señora Lecount bajó los prismáticos de ópera que había utilizado para vigilar de cerca tales movimientos con una impotente sensación de perplejidad que casi le avergonzaba admitir. Los motivos por los que el señor Bygrave vaciaba de repente su

casa de Aldborough de toda criatura viviente eran un misterio impenetrable para ella.

Sometiéndose a las circunstancias con una pronta resignación que el capitán Wragge no había demostrado, por su parte, en una situación similar, la señora Lecount no perdió tiempo ni energías en especulaciones inútiles. Dejó que el misterio aumentara o se aclarara, eso lo diría el futuro, y consideró exclusivamente el provecho que podía sacar a los acontecimientos. Fuera cual fuese el destino de la familia de North Shingles, la criada seguía allí, y la criada era exactamente la persona cuya ayuda podía ser de vital importancia para los planes del ama de llaves. La señora Lecount se puso el sombrero, examinó el suelto que llevaba en el portamonedas y se puso en marcha de inmediato, dispuesta a trabar relación con la criada.

Primero fue a la casa donde el señor Bygrave había dejado la llave de North Shingles para averiguar la dirección de la criada por boca del propietario. En este punto sus pesquisas se vieron coronadas por el éxito. El propietario sabía que se había permitido a la chica volver a casa de sus parientes durante unos días y también en qué parte de Aldborough vivían esos parientes. Pero aquí sus fuentes de información se secaban de pronto. No sabía nada del destino al que se dirigía el señor Bygrave con su familia e ignoraba por completo durante cuántos días se extendería su ausencia. Lo único que podía decir era que su inquilino no le había notificado que fuera a dejar la casa y que le había pedido que guardara la llave hasta que el señor Bygrave regresara a reclamarla en persona.

Desconcertada, pero no desanimada, la señora Lecount encaminó sus pasos a continuación hacia la callejuela de Aldborough y dejó atónitos a los parientes de la criada confiriéndoles el honor de una visita matinal.

Fácilmente persuadida desde el principio por el pretexto de la señora Lecount de que quería contratarla, dado que tenía la impresión de que había dejado el servicio del señor Bygrave, la criada hizo cuanto pudo por contestar a sus preguntas, pero sabía tan poco de los planes de su amo como el propietario de la casa. Apenas pudo decir sino que no la habían despedido y que debía aguardar la recepción de una nota reclamando su presencia en North Shingles cuando fuera necesario. La señora Lecount, que no esperaba hallarla mejor informada sobre aquella parte del asunto, cambió hábilmente de tema y llevó a la mujer a comentar las ventajas e inconvenientes de su colocación en la familia del señor Bygrave.

La señora Lecount sacó provecho de la información obtenida mediante aquel método indirecto sobre los pequeños secretos de la casa, e hizo dos descubrimientos. Averiguó, en primer lugar, que la criada (que bastante tenía ya con atender a la parte más dura de las tareas domésticas) no se hallaba en situación de desvelar los secretos del guardarropa de la señorita Bygrave, que sólo conocían ella misma y su tía. En segundo lugar, el ama de llaves averiguó que el verdadero motivo de la rígida

reclusión de la señora Bygrave se debía al simple hecho de que era poco menos que una idiota y a que seguramente su marido se avergonzaba de que la vieran en público. Estos descubrimientos aparentemente triviales aclararon a la señora Lecount un punto muy importante que antes estaba envuelto en la duda. Se convenció ahora de que el medio más probable de poder examinar el guardarropa de Magdalen personalmente consistiría en engañar a la señora imbécil en lugar de sobornar a la criada ignorante.

Tras haber llegado a esta conclusión —preñada de amenazas para la discreción débilmente reforzada de la pobre señora Wragge—, la cauta ama de llaves se abstuvo de mostrarse más tiempo en su aspecto inquisitivo. Desvió la conversación hacia temas locales, esperó hasta estar segura de haber causado una excelente impresión y se despidió.

Tres días pasaron y la señora Lecount y su amo —cada uno con sus propios y distintos fines— aguardaban con igual expectación los primeros signos de vida en la dirección de North Shingles. En ese tiempo, no llegó ninguna carta del tío ni de la sobrina para Noel Vanstone. Su sincero sentimiento de irritación por aquel trato negligente contribuyó en gran medida a dar autenticidad a las dudas fingidas sobre los amigos ausentes que el capitán le había recomendado expresar en presencia del ama de llaves. Noel Vanstone confesó su temor de haberse equivocado, no sólo con el señor Bygrave, sino también con su sobrina, con un aire de fastidio tan genuino que acabó aportando un nuevo elemento de confusión a las incertidumbres que ya tenía la señora Lecount.

En la mañana del cuarto día, Noel Vanstone salió al encuentro del cartero en el jardín y, con gran alivio por su parte, descubrió una nota del señor Bygrave entre las cartas que le entregó.

La nota llevaba el matasellos de Woodbridge y contenía tan sólo unas líneas. El señor Bygrave señalaba que su sobrina se encontraba mejor y que seguía enviándole todo su amor. Se proponía regresar a Aldborough al día siguiente, en que tendría ciertas consideraciones que presentar a la atención del señor Noel Vanstone de carácter estrictamente personal. Mientras tanto, rogaba al señor Vanstone que no acudiera a North Shingles hasta que recibiera una invitación expresa, lo cual ocurriría sin duda el día en que regresara la familia. El motivo de esta petición en apariencia extraña sería expuesto a entera satisfacción del señor Vanstone cuando se reuniera una vez más con sus amigos. Hasta que llegara ese momento, se le imponía la más estricta cautela en todas sus conversaciones con la señora Lecount y la destrucción instantánea de la carta, tras haberla examinado debidamente, era (si le perdonaba la expresión clásica) una condición *sine qua non*.

Llegó el quinto día. Noel Vanstone (tras someterse al *sine qua non* y destruir la carta) aguardó con impaciencia los resultados, mientras la señora Lecount, por su

parte, vigilaba pacientemente a la espera de acontecimientos. Hacia las tres de la tarde, el carruaje apareció de nuevo en la puerta de North Shingles. El señor Bygrave se apeó y se dirigió con paso ligero a la casa del propietario en busca de la llave. Regresó seguido de la criada. La señorita Bygrave bajó del carruaje, su gigantesca pariente siguió su ejemplo, se abrió la puerta de la casa, se bajaron los baúles, el carruaje desapareció, ¡y los Bygrave volvieron a ocupar la casa!

Dieron las cuatro, las cinco, las seis, y no ocurrió nada. Media hora más y el señor Bygrave —atildado, elegante y respetable como siempre— apareció en el paseo caminando tranquilamente en dirección a Sea-View.

Pasó por delante de la casa en lugar de entrar en ella, se detuvo como asaltado súbitamente por una idea y, volviendo sobre sus pasos, preguntó por el señor Vanstone en la puerta. El señor Vanstone salió al pasillo como gesto hospitalario. Alzando la voz a un tono que pudiera ser fácilmente oído por cualquier persona que escuchara a través de cualquier puerta abierta de los dormitorios de arriba, el señor Bygrave anunció el objeto de su visita sin pasar del felpudo de la puerta y del modo más sucinto posible. Había estado de visita en casa de un pariente lejano. Dicho pariente poseía dos cuadros —auténticas joyas de los viejos maestros— [27] que estaba dispuesto a vender y que había confiado al cuidado del señor Bygrave con tal fin. Si el señor Noel Vanstone, como aficionado en tales temas, deseaba ver aquellas joyas, estarían dispuestas media hora después, cuando el señor Bygrave regresara a North Shingles.

Una vez hecho este incomprensible anuncio, el archiconspirador se puso un significativo dedo índice en un lado de la corta nariz romana, dijo: «Bonito día, ¿verdad? ¡Buenas tardes!», y se alejó a paso lento e inescrutable con la intención de continuar su paseo.

Al expirar la media hora de plazo, Noel Vanstone se presentó en North Shingles con el ardor de un enamorado abrasando su pecho con fuego inextinguible y bajo la neblina mental de un hombre absolutamente perplejo. Con inexpresable felicidad, halló a Magdalen sola en la salita. Jamás la había visto tan hermosa. El descanso y el alivio de cuatro días lejos de Aldborough habían dado resultado; Magdalen volvía a ser dueña de sí misma. Oscilando siempre entre un extremo y otro igualmente violentos, había pasado de la furiosa desesperación de hacía cinco días a una enfebrecida exaltación del ánimo que desafiaba todo remordimiento y hacía frente a todas las consecuencias. Con los ojos centelleantes y las mejillas arreboladas, Magdalen parloteó sin cesar en una desesperada imitación de la alegría juvenil de otros tiempos, rió con una deplorable persistencia en su risa, e imitó la voz meliflua de la señora Lecount y sus modales zalameros con una semblanza exagerada del original que no era más que el burdo reflejo de sus imitaciones delicadamente precisas de antaño. Noel Vanstone, que no la había visto nunca de esa manera, quedó

embelesado; la débil cabeza le daba vueltas, embriagada de deleite; sus mejillas marchitas se encendieron como contagiadas por la infección de Magdalen. La media hora que estuvo a solas con ella le parecieron cinco minutos. Cuando hubo transcurrido ese tiempo y ella le dejó de pronto —para obedecer a su tía, que la había llamado a su presencia previamente—, pese a su mezquindad, Noel Vanstone hubiera pagado en ese momento de su bolsillo cinco soberanos de oro por cinco dorados minutos más en su compañía.

Apenas había cerrado la puerta Magdalen cuando volvió a abrirse y apareció el capitán, que dio comienzo a las explicaciones que lógicamente su visitante esperaba de él, con la brusquedad informal de un hombre acuciado por las prisas y resuelto a aprovechar al máximo el poco tiempo de que disponía.

—Desde que nos vimos por última vez —empezó—, he estado analizando las posibilidades a nuestro favor y en contra, dada nuestra situación actual. El resultado, en mi opinión, es éste: si sigue usted en Aldborough cuando llegue la carta de Zurich para la señora Lecount, todos nuestros esfuerzos habrán sido en vano. Ni cincuenta hermanos moribundos conseguirían que su ama de llaves le dejara a usted solo en Sea-View mientras nosotros seamos sus vecinos en North Shingles.

La consternación hizo que las mejillas encendidas de Noel Vanstone palidieceran. Su propio conocimiento de la señora Lecount le decía que aquel punto de vista era correcto.

—Si nosotros nos vamos de nuevo —prosiguió el capitán—, nada conseguiremos, pues nada persuadirá a su ama de llaves, en ese caso, de que no he hallado el medio de hacer que nos siga. Es usted quien debe marcharse de Aldborough esta vez y, lo que es más, debe marcharse sin dejar la menor pista visible que nos permita seguirle. Si logramos este objetivo en los cinco días siguientes, la señora Lecount emprenderá el viaje a Zurich. Si fracasamos, dé por cierto que no habrá quien la mueva de Sea-View. ¡No haga preguntas! Tengo unas instrucciones claras que darle y quiero que me escuche con la mayor atención. Su boda con mi sobrina depende de que no olvide una sola palabra de lo que voy a decirle. Una pregunta primero. ¿Ha seguido usted mi consejo? ¿Le ha dicho a Lecount que empieza a creer que estaba equivocado respecto a mí?

—He hecho algo peor —replicó Noel Vanstone con aire penitente—. He ultrajado mis propios sentimientos. ¡Me he abochornado a mí mismo diciendo que dudaba de la señorita Bygrave!

—¡Siga abochornándose, mi querido señor! Dude de nosotros dos con todas sus fuerzas; yo le ayudaré. Una pregunta más. ¿He hablado lo bastante alto esta tarde? ¿Me ha oído la señora Lecount?

—Sí. Lecount ha abierto su puerta; Lecount le ha oído. ¿Por qué me ha dado ese mensaje? Aquí no veo ningún cuadro. ¿Se trata de un nuevo engaño piadoso, señor

Bygrave?

—¡Admirable acierto, señor Vanstone! Comprenderá usted el propósito de mi imaginario trato pictórico en las siguientes palabras que voy a dirigirle. Cuando vuelva usted a Sea-View, esto es lo que tiene que decirle a la señora Lecount. Dígale que las obras de arte de mi pariente son dos cuadros sin valor alguno, copias de los viejos maestros que he intentado venderle como originales a un precio exorbitante. Dígale que sospecha que no soy más que un impostor convincente pero poco de fiar, y compadezca a mi pobre sobrina por estar asociada a un bribón como yo. Ésta es la idea general. Diga con profusión de palabras lo que yo acabo de decir con pocas. Puede usted hacerlo, ¿no?

—Por supuesto que puedo hacerlo —dijo Noel Vanstone—. Pero le diré una cosa. Lecount no me creerá.

—Espere un poco, señor Vanstone, aún no he acabado con mis instrucciones. ¿Ha comprendido lo que acabo de decirle? Perfectamente. Pasemos de hoy a mañana. Mañana salga con la señora Lecount a la hora habitual. Yo me encontraré con ustedes y le saludaré inclinando la cabeza. En lugar de devolverme el saludo, vuelva el rostro. En pocas palabras, ¿niégume el saludo! Es algo bien sencillo, ¿no?

—No me creerá, señor Bygrave, ¡no me creerá!

—Espere un poco más, señor Vanstone. Aún hay más instrucciones. Sabe usted lo que ha de hacer hoy y sabe lo que ha de hacer mañana. Ahora hablaremos de pasado mañana. Pasado mañana será el séptimo día desde que enviamos la carta a Zurich. El séptimo día, niéguese a salir a pasear como el anterior, por miedo al fastidio de encontrarse conmigo de nuevo. Laméntese de lo pequeño que es este lugar, quéjese de mala salud, exprese su deseo de no haber venido jamás a Aldborough y de no haber conocido a los Bygrave, y cuando haya fastidiado bien a la señora Lecount con su descontento, pregúntele de repente si no podría sugerir un cambio para mejor. Si se lo pregunta con naturalidad, ¿cree usted que podemos contar con que le conteste?

—No hará falta que le pregunte nada —respondió Noel Vanstone con irritación—. Sólo tengo que decir que estoy cansado de Aldborough, y si me cree (pero no me creerá, estoy convencido, señor Bygrave, ¡no me creerá!), tendrá preparada su sugerencia antes de que yo pueda pedírsela.

—¡Ay, ay! —dijo el capitán con vehemencia—. ¿Hay un lugar, entonces, al que la señora Lecount desea ir este otoño?

—Quiere ir allí (¡maldita sea su estampa!) cada otoño.

—¿Ir adonde?

—A la residencia del almirante Bartram; no lo conoce usted, ¿no?; en St. Crux-in-the-Marsh.

—¡No se impaciente, señor Vanstone! Lo que me dice ahora es de la mayor importancia para nuestros objetivos. ¿Quién es el almirante Bartram?

—Un viejo amigo de mi padre. El almirante le debía ciertos favores; mi padre le prestó dinero cuando ambos eran jóvenes. Soy como uno de la familia en St. Crux, siempre tienen lista mi habitación. Claro que el almirante no tiene familia, excepto su sobrino, George Bartram. George es mi primo; George y yo somos tan íntimos como lo eran mi padre y el almirante, y he sido más listo que mi padre, pues no le he prestado dinero a mi amigo. Lecount siempre hace gala de lo mucho que le gusta George, creo que para fastidiarme. También le gusta el almirante: él halaga su vanidad. Siempre la invita a acompañarme a St. Crux, le asigna uno de sus mejores dormitorios y la trata como si fuera una dama. Lecount es tan orgullosa como Lucifer, le gusta que la traten como a una dama, y cada otoño me atosiga para ir a St. Crux. ¿Qué ocurre? ¿Para qué saca ahora la cartera?

—Quiero la dirección del almirante, señor Vanstone, por una razón que le explicaré inmediatamente.

El capitán Wragge abrió la cartera y escribió la dirección que le dictaba Noel Vanstone como sigue: «Almirante Bartram, St. Crux-in-the-Marsh, cerca de Ossory, Essex».

—¡Bien! —exclamó el capitán cerrando la cartera—. La única dificultad que obstaculizaba nuestro camino ha quedado resuelta. ¡Paciencia, señor Vanstone, paciencia! Retomemos mis instrucciones en el punto en que las habíamos dejado. Présteme cinco minutos más de atención y verá el modo de casarse tan claramente como lo veo yo. Pasado mañana, manifiesta usted que está cansado de Aldborough y la señora Lecount sugiere St. Crux. No le diga que sí en seguida, se toma el día siguiente para pensarlo, y decide a última hora de la noche irse a St. Crux por la mañana temprano. ¿Tiene usted la costumbre de supervisar su equipaje, o suele depositar esa carga sobre los hombros de la señora Lecount?

—Lecount se ocupa de esa carga, por supuesto; ¡a Lecount le pago para eso! Pero no me iré en realidad, ¿no?

—Se irá lo más deprisa que le lleven los caballos a la estación de trenes sin haber mantenido ningún tipo de contacto con esta casa, ni en persona ni por carta. Deja usted aquí a la señora Lecount para que embale sus curiosidades, arregle cuentas con los comerciantes y le siga a St. Crux a la mañana siguiente. La mañana siguiente será la del décimo día. La mañana del décimo día recibirá la carta de Zurich, y sólo con que usted siga mis instrucciones, señor Vanstone, tan seguro como que está sentado aquí, ¡a Zurich se irá!

A Noel Vanstone empezó a subirle de nuevo el color al comprender por fin la estratagema del capitán.

—¿Y qué hago yo en St. Crux? —preguntó.

—Esperar a que yo le llame —respondió el capitán—. Tan pronto como la señora Lecount emprenda el viaje, iré a la iglesia de aquí y haré la necesaria notificación de

la boda. Ese mismo día, o al siguiente, viajaré hasta la dirección escrita en mi cartera, le recogeré a usted en casa del almirante y le llevaré a Londres para obtener la licencia. Con ese documento en nuestro poder, volveremos a Aldborough cuando la señora Lecount aún esté de camino a Zurich; ¡y antes de que emprenda el viaje de regreso, usted y mi sobrina serán marido y mujer! Tales son sus perspectivas de futuro. ¿Qué le parecen?

—¡Qué cerebro tiene usted! —exclamó Noel Vanstone con un súbito arranque de entusiasmo—. Es usted el hombre más extraordinario que he conocido. Se diría que no ha hecho otra cosa en la vida más que embaucar a la gente.

El capitán Wragge recibió este inconsciente tributo a su auténtico genio, con la complacencia de un hombre que se creía merecedor de él.

—Ya le dije, mi querido señor —comentó modestamente—, que yo nunca hago las cosas a medias. Perdóneme por recordarle que no tenemos tiempo para intercambiar cortesías. ¿Está completamente seguro de que ha comprendido las instrucciones? No me he atrevido a ponerlas en papel por temor a accidentes. Pruebe con el sistema de memoria artificial, cuente sus instrucciones con los dedos siguiéndome a mí. Hoy le dice a la señora Lecount que he intentado engañarle con las obras de arte de mi pariente. Mañana me niega el saludo en el paseo. Pasado mañana, se niega a salir, se ha cansado de Aldborough y permite a la señora Lecount que haga su sugerencia. Al día siguiente, acepta la sugerencia. Y al día siguiente de ése, se va usted a St. Crux. ¡Una vez más, mi querido señor! Pulgar: obras de arte, índice: me niega el saludo en el paseo. Corazón: cansado de Aldborough. Anular: sigue el consejo de la señora Lecount. Meñique: se va a St. Crux. No puede estar más claro ni ser más sencillo. ¿Hay algo que no comprenda, algo que pueda volver a explicarle antes de que se vaya?

—Sólo una cosa —dijo Noel Vanstone—. ¿Está decidido que yo no pueda volver aquí antes de irme a St. Crux?

—¡Tajantemente! —respondió el capitán—. Todo el éxito de la empresa depende de que usted se mantenga alejado. La señora Lecount pondrá a prueba la credibilidad de todo lo que le diga, y la prueba será que usted se comunique o no con esta casa. ¡Le vigilará día y noche! No venga aquí, no mande mensajes, no escriba cartas, ni siquiera salga solo de casa. Deje que ella lo vea partir en dirección a St. Crux por sugerencia suya, con la absoluta certeza de que ha seguido su consejo sin comunicárnoslo de ninguna forma a mi sobrina o a mí. Si actúa así, ella tendrá que creerle basándose en la mejor prueba para nuestros intereses y la peor para los suyos: el testimonio de sus propios sentidos.

Tras estas últimas palabras de advertencia, el capitán estrechó cordialmente la mano del hombrecillo y lo envió a casa en el acto.

CAPÍTULO X

A su regreso a Sea-View, Noel Vanstone ejecutó con exactitud irreprochable las instrucciones que establecían su línea de conducta para el primero de los cinco días. La señora Lecount esbozó una leve sonrisa de desprecio mientras le contaba la historia de cómo el señor Bygrave había intentado hacer pasar por auténticos sus cuadros falsos, pero no se molestó en pronunciar ni una sola palabra cuando terminó. «¡Lo que yo decía! —pensó Noel Vanstone, observando el rostro de la señora Lecount con astucia—. ¡No se ha creído una sola palabra!»

Al día siguiente se produjo el encuentro en el paseo. El señor Bygrave alzó su sombrero y Noel Vanstone miró hacia otro lado. El capitán ejecutó el respingo de sorpresa y frunció el ceño, indignado, a la perfección, pero se hizo evidente que no habían conseguido convencer a la señora Lecount.

—Me temo señor, que hoy ha ofendido al señor Bygrave —comentó irónicamente—. ¡Por suerte para usted, es un excelente cristiano!, y me atrevo a predecir que mañana le habrá perdonado.

Noel Vanstone tuvo la sensatez de no comprometerse con una respuesta. Una vez más, aplaudió mentalmente su propia perspicacia; una vez más, triunfaba sobre su ingenioso amigo.

Hasta entonces las instrucciones habían sido demasiado claras y sencillas para que nadie pudiera equivocarse, pero ganaron en complejidad con el paso del tiempo, y el tercer día, Noel Vanstone se confundió y acabó cometiendo un leve error. Tras expresar el necesario hastío de Aldborough y el consiguiente deseo de cambiar de aires, el ama de llaves reaccionó (como él había predicho) recomendando inmediatamente una visita a St. Crux. Al dar su respuesta al consejo así ofrecido, Noel Vanstone cometió su primer error. En lugar de aplazar la decisión hasta el día siguiente, aceptó la sugerencia de la señora Lecount el día en que se la hacía.

Las consecuencias de este error no tuvieron demasiada trascendencia. Sencillamente el ama de llaves se dispuso a vigilar a su amo un día antes de lo que se había calculado, resultado para el que ya se había tomado la oportuna y previsora medida de prohibir a Noel Vanstone toda comunicación con North Shingles. Dudando, como había previsto el capitán Wragge, de la sinceridad del deseo de su amo de romper su relación con los Bygrave y marcharse a St. Crux, la señora Lecount probó la verdad o la falsedad de su impresión, aguardando, vigilante, el menor signo de comunicación secreta por una parte o por otra. La gran atención con que hasta entonces había observado las idas y venidas de North Shingles se trasladó enteramente a su amo. Durante el resto de ese tercer día, no lo perdió de vista ni un instante, ni permitió que nadie que tuviera intención de comunicarse con Noel Vanstone se quedara ni unos minutos a solas con él. A intervalos, durante toda la

noche, la señora Lecount se acercaba a la puerta a hurtadillas, escuchaba y se cercioraba de que estuviera en la cama y, antes de que saliera el sol, a la mañana siguiente, el guardacostas que hacía sus rondas se sorprendió al ver a una señora levantada tan temprano como él y ocupada en su labor junto a una de las ventanas superiores de Sea-View.

La mañana del cuarto día, Noel Vanstone bajó a desayunar con la conciencia del error que había cometido la víspera. La conducta obvia con el fin de ganar tiempo era declarar que aún no se había decidido. Lo manifestó audazmente cuando el ama de llaves le preguntó si pensaba marcharse ese día. De nuevo la señora Lecount se abstuvo de hacer comentarios y de nuevo se mostraron signos de incredulidad en su rostro. La vacilación en los propósitos no era extraña en su experiencia de Noel Vanstone, pero en esta ocasión el ama de llaves creía que su caprichosa conducta era fingida con el fin de ganar tiempo para comunicarse con North Shingles y, por tanto, decidió mantenerse ojo avizor y espiarlo con vigilancia doblada y triplicada.

No llegó ninguna carta esa mañana. Hacia mediodía, el tiempo empeoró y abandonaron la idea de salir a pasear como era su costumbre. Hora tras hora, mientras su amo se hallaba sentado en uno de los gabinetes, la señora Lecount vigilaba desde el otro con la puerta que daba al pasillo abierta y con una visión perfecta de North Shingles por una ventana lateral, junto a la cual se había apostado convenientemente. No se produjo el menor signo sospechoso ni llegó sonido sospechoso alguno a sus oídos. Al caer la tarde, su amo dejó de vacilar. Estaba asqueado del tiempo, detestaba el lugar, preveía el fastidio de más encuentros con el señor Bygrave y estaba resuelto a partir en dirección a St. Crux a primera hora de la mañana siguiente. Lecount podía quedarse para embalar las curiosidades y saldar las cuentas con los comerciantes, y seguirle a la residencia del almirante al día siguiente. El ama de llaves se asombró un tanto del tono y las maneras con que su amo le dio aquellas órdenes. Sabía con toda certeza que Noel Vanstone no se había comunicado en modo alguno con North Shingles y, sin embargo, parecía resuelto a abandonar Aldborough lo antes posible. Por primera vez vaciló su adhesión a sus propias conclusiones. Recordó que su amo se había quejado de los Bygrave antes de que éstos regresaran a Aldborough y comprendió que ya en aquella ocasión su propia incredulidad la había engañado, cuando apareció el carruaje en la puerta para demostrar que incluso el señor Bygrave cumplía con su palabra.

Aun así, la señora Lecount resolvió actuar con implacable prudencia hasta el final. Esa noche, cuando se cerraron las puertas, sacó las llaves de la puerta principal y la de la puerta de atrás. Luego abrió suavemente la ventana de su dormitorio y se sentó junto a ella con el sombrero y la capa puestos para no coger frío. La ventana de Noel Vanstone estaba en el mismo lado de la casa que la suya. Si se acercaba alguien para hablarle desde el jardín, el ama de llaves se enteraría de todo. Preparada en todos

los aspectos para interceptar cualquier forma de comunicación clandestina que pudiera idear la estratagema, la señora Lecount montó guardia durante la tranquila noche. Cuando amaneció, bajó sigilosamente antes de que se levantara la criada, devolvió las llaves a su lugar y retomó su posición en el gabinete hasta que Noel Vanstone apareció en la mesa del desayuno. ¿Había cambiado de opinión? No. Rehusó viajar en posta hasta el ferrocarril, para ahorrarse el gasto, pero se mostró tan firme como antes en su resolución de irse a St. Crux. Deseaba que se le reservara un asiento interior en la primera diligencia. Suspica hasta el final, la señora Lecount envió al mozo del panadero para reservar el asiento. Siendo éste empleado de un servicio público, el señor Bygrave no sospecharía que se ocupaba de llevar a cabo un encargo privado.

El carruaje llegó a Sea-View. La señora Lecount vio a su amo instalarse en su asiento y comprobó que los otros tres asientos interiores estaban ocupados por desconocidos. Preguntó al cochero si los asientos exteriores (que no estaban ocupados) se habían reservado ya. El hombre respondió afirmativamente. Tenía que recoger a dos caballeros en el pueblo y los otros ocuparían su sitio en la posada. La señora Lecount dirigió inmediatamente sus pasos hacia la posada y se situó en el paseo frente a la puerta, desde donde podía ver la diligencia partir definitivamente. Diez minutos después se alejaba traqueteando, llena de pasajeros, tanto en los asientos interiores como exteriores, y el ama de llaves se aseguró con sus propios ojos de que ni el señor Bygrave ni cualquier otra persona de North Shingles se hallaba entre ellos.

Sólo le quedaba una precaución más por tomar y no la descuidó. Sin duda el señor Bygrave había visto la diligencia frente a Sea-View. Podía alquilar un carruaje y seguirla hasta el ferrocarril por mera especulación. La señora Lecount permaneció a la vista de la posada (el único lugar en el que podía conseguirse un carruaje) durante una hora más, esperando acontecimientos. No ocurrió nada, no apareció ningún carruaje, ya no era humanamente posible perseguir a Noel Vanstone. La larga tensión a que había estado sometido el intelecto de la señora Lecount aflojó por fin. Abandonó su vigilancia en el paseo y regresó más animada de lo habitual con el fin de cumplimentar los requisitos necesarios para cerrar la casa de Sea-View.

Se sentó sola en el gabinete y suspiró profundamente con alivio. El capitán Wragge no se había engañado en sus cálculos. El testimonio de sus propios sentidos había vencido por fin la incredulidad del ama de llaves y la había obligado literalmente a ir al extremo opuesto de la convicción.

Juzgó los acontecimientos de los tres últimos días por su propia experiencia y, sabiendo (como sabía con toda certeza) que la idea de ir a St. Crux había sido suya y que su amo no había tenido oportunidad ni había mostrado deseos de informar a la familia de North Shingles de que había aceptado su propuesta, la señora Lecount se

vio obligada a admitir que no le quedaban fundamentos para justificar que continuara recelando una traición. Repasó la sucesión de circunstancias a la nueva luz arrojada por los resultados y no halló nada extraño ni contradictorio en ninguna parte. El intento de hacer pasar los cuadros falsos por originales estaba en perfecta armonía con el carácter de un hombre como el señor Bygrave. La indignación de su amo al sentirse engañado; la sospecha, expresada claramente, de que la señorita Bygrave era cómplice; el desengaño sufrido con la sobrina, el trato despreciativo que había dado al tío en el paseo; el hastío del lugar que había sido escenario de su imprudente y precipitada intimidad con desconocidos; su prisa por abandonarlo aquella misma mañana; todos aparecían como hechos ciertos, por razones suficientes, a los ojos del ama de llaves. Había visto con sus propios ojos a Noel Vanstone marchándose de Aldborough sin dejar ni intentar dejar una sola pista que los Bygrave pudieran seguir.

Hasta ahí la llevaron sus conclusiones, pero no más lejos. Era una mujer demasiado sagaz para confiar el futuro al azar y la fortuna. El carácter veleidoso de su amo podía ablandarse. Algún hecho accidental podía, en cualquier momento, dar oportunidad al señor Bygrave de enmendar el error cometido y recuperar con malas artes el lugar perdido en la estima de Noel Vanstone. Aun admitiendo que las circunstancias se habían manifestado al fin inequívocamente en su favor, no por ello se hallaba la señora Lecount menos convencida de que nada garantizaría de forma permanente la seguridad de su amo en el futuro más que poner al descubierto la conspiración, cosa que ella se había esforzado en lograr desde el principio y aún estaba resuelta a hacer.

«Siempre disfruto en St. Crux» —pensó la señora Lecount abriendo sus libros de cuentas y clasificando las facturas de los comerciantes—. El almirante es un caballero, la casa es noble, la mesa excelente. ¡No importa! Me quedaré aquí, en Sea-View, yo sola hasta que haya visto el interior del guardarropa de la señorita Bygrave.»

Embaló la colección de curiosidades de su amo en diferentes cajas, pagó lo que se adeudaba a los comerciantes y supervisó la tarea de cubrir los muebles en el curso del día. Hacia el anochecer salió de la casa con intención de investigar y se aventuró en el jardín de North Shingles bajo la protección de la oscuridad. Vio luz en la ventana de la salita y las luces en las ventanas superiores, como de costumbre. Tras unos instantes de vacilación se acercó furtivamente a la puerta principal y probó el pomo sin hacer ruido. El pomo giró, como esperaba por la experiencia que tenía de las casas de Aldborough y de otras estaciones balnearias, pero la puerta se resistió; la desconfianza de sus habitantes les había llevado a echar el cerrojo. Después de este descubrimiento, la señora Lecount rodeó la casa hasta la parte de atrás y comprobó que la puerta de ese lado estaba cerrada de la misma manera.

—Eche el cerrojo cuanto quiera, señor Bygrave —dijo el ama de llaves,

volviendo sigilosamente al paseo—. No podrá echárselo al bolsillo de su criada. La mejor cerradura que tenga se abre con una llave de oro.

La señora Lecount se acostó. La vigilancia y la excitación constantes de los dos últimos días la habían agotado.

A la mañana siguiente se levantó a las siete. Media hora después vio al puntual señor Bygrave —como lo había visto muchas otras veces a la misma hora— salir por la verja de North Shingles con sus toallas bajo el brazo y dirigirse hacia una barca que le aguardaba en la playa. La natación era uno de los muchos talentos personales que el capitán dominaba a la perfección. Cada mañana lo llevaban remando en barca hasta mar abierta, donde se daba su placentero baño en las profundas aguas azules. La señora Lecount había calculado ya por su reloj el tiempo que consumía en aquel esparcimiento y había descubierto que solía transcurrir una hora entera desde el momento en que embarcaba en la playa hasta el momento en que regresaba.

Durante este intervalo, jamás había visto a ningún otro habitante de North Shingles abandonar la casa. Sin duda la criada se hallaba atareada en la cocina, seguramente la señora Wragge seguía acostada, y quizá la señorita Bygrave (si se levantaba tan temprano) había recibido instrucciones de no aventurarse fuera de la casa en ausencia de su tío. Hacía días que la dificultad de superar el obstáculo de la presencia de Magdalen en la casa había sido la única que el ingenio de la señora Lecount no había conseguido resolver, hasta entonces.

Se sentó junto a la ventana durante un cuarto de hora después de que la barca del capitán abandonara la playa, esforzando al máximo los engranajes de su cerebro y con la vista maquinalmente fija en North Shingles. Meditaba la carta que podía enviar a su amo excusando el retraso de su partida de Aldborough unos cuantos días cuando la puerta de la casa que observaba se abrió de repente y Magdalen en persona salió al jardín. Su figura y su vestido eran inconfundibles. Dio unos cuantos pasos rápidos hacia la verja, se detuvo y se echó el velo de la pamelita sobre la cara, como si la clara luz de la mañana fuera demasiado intensa para ella; luego siguió presurosa hasta el paseo y se alejó en dirección al norte con una prisa tal o tan ensimismada en sus preocupaciones que no cerró la verja del jardín después de cruzarla.

La señora Lecount se levantó de su silla, dudando por un momento de lo que veían sus ojos. ¿De verdad se le ofrecía espontáneamente la oportunidad que había intentado conseguir en vano con maquinaciones? ¿Por fin le favorecía la fortuna después de haberle sido hostil durante tanto tiempo? No cabía la menor duda, como dice la expresión popular, «su suerte había cambiado». Cogió sombrero y mantilla y se dirigió a North Shingles sin pensarlo un minuto más. El señor Bygrave en el mar; la señorita Bygrave de paseo; la señora Bygrave y la criada en casa, ambas fáciles de manejar; no podía perder semejante oportunidad; ¡bien valía la pena correr el riesgo!

Esta vez la puerta principal se abrió fácilmente; nadie había echado el cerrojo tras

salir Magdalen. La señora Lecount cerró la puerta con suavidad, escuchó un momento en el pasillo y oyó el estrépito de la criada atareada en la cocina con sus ollas y cacerolas. «Si mi buena estrella me guía directamente a la habitación de la señorita Bygrave —pensó el ama de llaves subiendo sigilosamente por las escaleras—, puede que encuentre su guardarropa sin molestar a nadie.»

Al llegar al descansillo probó la puerta más cercana a mano derecha. La suerte caprichosa ya la había abandonado. Estaba cerrada. Probó la puerta de enfrente, a mano izquierda. Las botas dispuestas simétricamente en una hilera y las navajas sobre el tocador le hicieron ver de inmediato que aún no había hallado la habitación correcta. Volvió a la parte derecha, caminó por el pasillo que conducía a la parte posterior de la casa y probó una tercera puerta. La puerta se abrió y los dos extremos opuestos de la humanidad femenina, la señora Wragge y la señora Lecount, ¡se hallaron cara a cara!

—¡Le pido mil perdones! —dijo la señora Lecount con una consumada sangre fría.

—¡Que el Señor nos bendiga y nos guarde! —exclamó la señora Wragge con un asombro mayúsculo.

Las dos exclamaciones se profirieron en un momento, cosa que aprovechó la señora Lecount para tomarle las medidas a su víctima. No se le escapó ni el más mínimo detalle. Se fijó en el traje de cachemira oriental que yacía sobre la mesa medio hecho y medio descosido; se fijó en el pie imbécil de la señora Wragge buscando a ciegas el zapato perdido en las cercanías de la silla; se fijó en que había una segunda puerta en la habitación, además de la que ella había utilizado, y una segunda silla a su alcance en la que quizá fuera mejor que se sentara con aire íntimo y amistoso.

—Por favor, no se ofenda por esta intromisión —rogó la señora Lecount sentándose en la silla—. ¡Por favor, permítame que me explique!

Hablando con su tono más suave, examinando a la señora Wragge con una dulce sonrisa en sus labios zalameros y un interés enternecedor en sus hermosos ojos negros, el ama de llaves soltó su retahíla preliminar de falsedades con tal aire de sinceridad natural que el padre de todas las mentiras lo hubiera envidiado. El señor Bygrave le había dicho que la señora Wragge era una enferma; ella se había reprochado una y otra vez, en sus ratos de ocio en Sea-View (donde se hallaba empleada como ama de llaves del señor Noel Vanstone), no haber ofrecido sus amables servicios a la señora Bygrave; había recibido instrucciones de su amo (al que sin duda la señora Bygrave conocía bien como uno de los amigos de su marido y, naturalmente, como uno de los admiradores de su encantadora sobrina) para que se reuniera con él ese mismo día en la residencia a la que se había trasladado desde Aldborough; pronto habría de partir, pero no tendría la conciencia tranquila si se

hubiera marchado sin visitar North Shingles para disculparse por su aparente falta de consideración y de buena vecindad; no había hallado a nadie en la casa, no había podido hacerse oír por la criada; había supuesto (al no descubrir tal aposento en la planta baja) que el gabinete de la señora Bygrave podía estar arriba; irreflexivamente había cometido una intrusión de la que se avergonzaba con toda sinceridad, y únicamente podía esperar de la indulgencia de la señora Bygrave que la excusara y perdonara.

Una disculpa menos recargada hubiera sido igualmente útil al propósito de la señora Lecount. Tan pronto como las esforzadas percepciones de la señora Wragge comprendieron el hecho de que su inesperada visitante era una vecina que conocía bien por el nombre, todo su ser quedó transido de admiración por los distinguidos modales de la señora Lecount, ¡y el vestido que le sentaba como un guante! «Qué manera de hablar tan magnífica —pensó la pobre señora Wragge cuando el ama de llaves llegaba a su última frase—. ¡Y, oh Dios bendito, qué bien vestida va!»

—Veo que la molesto —prosiguió la señora Lecount, valiéndose del traje de cachemira oriental como un medio a su alcance para alcanzar su objetivo—. Veo que la molesto, señora, cuando está ocupada en una tarea que, lo sé por experiencia, exige la mayor atención. ¡Dios mío, Dios mío, veo que lo está descosiendo después de tenerlo hecho! Le hablo por experiencia otra vez, señora Bygrave. ¡Algunos vestidos son muy obstinados! Algunos vestidos parecen decirle a una, literalmente: «¡No! ¡Puedes hacerme lo que quieras, no quedaré bien!».

La señora Wragge quedó muy impresionada por este afortunado comentario. Estalló en risas y batió palmas con sus manazas como muestra de sincera aprobación.

—Eso es lo que me ha estado diciendo este vestido desde que metí las tijeras en él por primera vez —exclamó alegremente—. Sé que tengo las espaldas anchísimas, pero ésa no es razón. ¿Por qué un vestido que has tenido entre las manos durante semanas no habría de querer luego ajustarse a ti? Me cuelga sobre el pecho como un saco, eso es. Fíjese, señora, mire la falda. No quiere salir bien. Por delante arrastra y por detrás se levanta. ¡Me deja los talones al descubierto, y Dios sabe que ya tengo bastantes líos con mis talones para además enseñarlos!

—¿Puedo pedirle un favor? —preguntó la señora Lecount en tono de confianza—. ¿Me permite que intente, señora Bygrave, que mi experiencia le sea de utilidad? Creo que las pecheras son nuestra gran dificultad, señora. Bien, ¿y esta pechera suya? ¿Le digo con sinceridad lo que pienso? ¡Esta pechera suya es una gran equivocación!

—¡No diga eso! —imploró la señora Wragge—. ¡No, por favor, sea buena! Es terriblemente grande, ya lo sé, pero la he copiado de uno de los vestidos de Magdalen.

La señora Wragge estaba demasiado absorta en el tema del vestido para darse cuenta de que se había ido de la lengua y de que se había referido a Magdalen por su

auténtico nombre. El agudo oído de la señora Lecount detectó el error al instante mismo en que se cometió. «¡Vaya, vaya! —pensó—. Ya he descubierto algo. Por si alguna vez había dudado de mis sospechas, aquí tengo a una inestimable señora que me las acaba de confirmar.»

—Discúlpeme —prosiguió en voz alta—, ¿ha dicho usted que lo ha copiado de uno de los vestidos de su sobrina?

—Sí —dijo la señora Wragge—. Son tan iguales como dos guisantes.

—Entonces —dijo la señora Lecount hábilmente—, debe de haber algún serio error en la confección del vestido de su sobrina. ¿Podría mostrármelo?

—¡Bendita sea, sí! —exclamó la señora Wragge—. Venga por aquí, señora, y traiga el vestido con usted, por favor. Si se deja encima de la mesa, se desliza siempre hasta el suelo sólo para ofenderme. Aquí, encima de la cama, hay mucho sitio.

Abrió la puerta que comunicaba los dos dormitorios y entró con impaciencia en el de Magdalen. La señora Lecount siguió echando miradas furtivas a su reloj. ¡Nunca había volado el tiempo como aquella mañana! Veinte minutos más y el señor Bygrave volvería del baño.

—¡Aquí está! —dijo la señora Wragge, abriendo el armario para sacar un vestido de una de las perchas—. ¡Mire esto! Esta pechera tiene frunces y también la mía. Seis en una y media docena en la otra, y los míos son los más grandes, ¡eso es todo!

La señora Lecount meneó la cabeza con gravedad y entró inmediatamente en sutiles disquisiciones sobre el arte de la costura, que tuvieron el efecto deseado de desconcertar por completo a la propietaria del traje de cachemira oriental en menos de tres minutos.

—¡Basta! —imploró la señora Wragge—. ¡No siga! Me he quedado a kilómetros de usted y la cabeza ha empezado a zumbarme. Díganos, como un alma de Dios, qué debo hacer. Acaba de decir algo sobre los patrones. ¿Quizá soy demasiado grande para el patrón? Si es así, no puedo evitarlo. ¡Mis buenos llantos tuve cuando era una jovencita en edad de crecer por culpa de mi tamaño! La mitad de mí sobra, señora; mídame a lo largo o mídame a lo ancho, no lo niego, la mitad de mí sobra de todas las maneras.

—Mi querida señora —protestó la señora Lecount—. ¡Es usted injusta consigo misma! Permítame asegurarle que posee usted una figura que impone, la figura de Minerva. Una majestuosa simplicidad en la forma de una mujer exige necesariamente una simplicidad majestuosa en la forma de su vestido. Las leyes del vestir son clásicas; ¡no se puede jugar con las leyes del vestir! Frunces para Venus, bullones para Juno, pliegues para Minerva. Yo sugeriría un cambio radical de patrón. Su sobrina tiene otros vestidos en su colección. ¿Por qué no probamos a encontrar un patrón de Minerva entre ellos?

Mientras pronunciaba estas palabras, se dirigió de nuevo al armario.

La señora Wragge la siguió y sacó los vestidos, uno por uno, meneando la cabeza con desánimo. Aparecieron vestidos de seda y vestidos de muselina. El único vestido que permaneció invisible fue el que buscaba la señora Lecount.

—Hay muchos —dijo la señora Wragge—. Puede que sirvan para Venus y para esas otras dos (las he visto en cuadros sin un solo pedazo de ropa decente entre las tres), pero no servirán para mí.

—¿No queda ahí otro vestido? —preguntó la señora Lecount, señalando el interior del armario, pero sin tocar nada—. ¿No veo algo colgado en el rincón detrás de ese chal oscuro?

La señora Wragge sacó el chal; la señora Lecount abrió un poco más la puerta del armario. Allí, enganchado de cualquier manera a la percha más escondida, ¡allí, con sus lunares blancos y su doble volante, se hallaba el vestido de alpaca marrón!

Lo repentino y consumado del descubrimiento cogió al ama de llaves totalmente desprevenida, pese a ser una experta del disimulo. Dio un respingo al ver el vestido. Segundos después miró a la señora Wragge con inquietud. ¿Había sido observado el respingo? Había pasado totalmente inadvertido. La señora Wragge dedicaba toda su atención al vestido de alpaca: lo contemplaba fijamente de manera incomprensible y con la mayor consternación.

—Parece usted alarmada, señora —dijo la señora Lecount—. ¿Qué hay en el armario que la asuste tanto?

—Hubiera dado una corona de mi propio bolsillo —dijo la señora Wragge—, por no haber visto ese vestido. Se me había borrado de la memoria y ahora ha vuelto otra vez. ¡Tápelo! —exclamó la señora Wragge, arrojando el chal sobre el vestido en un súbito ataque de desesperación—. ¡Si sigo viéndolo mucho tiempo, creeré haber vuelto a Vauxhall Walk!

¡Vauxhall Walk! Aquellas dos palabras dijeron a la señora Lecount que estaba a punto de dar con un nuevo hallazgo. Echó una segunda mirada furtiva a su reloj. Apenas le quedaban diez minutos antes de que regresara el señor Bygrave; su sobrina podía volver en cualquiera de esos minutos.

La cautela aconsejó a la señora Lecount marcharse sin correr más riesgos. La curiosidad la clavó en el sitio y le dio el valor para quedarse costara lo que costara hasta agotar el tiempo. Su afable sonrisa empezó a endurecerse un poco cuando tanteó con cuidado en el interior de la débil cabeza de la señora Wragge.

—¿Tiene usted algún recuerdo desagradable de Vauxhall Walk? —preguntó con el tono inquisitivo más amable posible—. ¿O quizá, debería decir, algún recuerdo desagradable de ese vestido que pertenece a su sobrina?

—La última vez que la vi con ese vestido puesto —dijo la señora Wragge, desplomándose en una silla y empezando a temblar— fue el día en que volví de comprar y vi al fantasma.

—¡El fantasma! —repitió la señora Lecount, juntando las manos con cortés asombro—. ¡Querida señora, perdóneme! ¿Existe tal cosa en el mundo? ¿Dónde lo vio? ¿En Vauxhall Walk? Cuénteme. Es usted la primera señora que conozco que haya visto a un fantasma. ¡Cuénteme, se lo ruego!

Halagada por la importancia que había cobrado de repente a los ojos del ama de llaves, la señora Wragge inició con todo detalle el relato de su aventura sobrenatural. La intensa avidez con que la señora Lecount escuchó su descripción de la vestimenta del espectro, la prisa del espectro por subir las escaleras y la desaparición del espectro en el dormitorio; el extraordinario interés que mostró la señora Lecount al oír que el vestido del guardarropa era el mismo que casualmente llevaba puesto Magdalen en el horrísono momento en que el fantasma se desvaneció... animaron a la señora Wragge a añadir más y más detalles y a embrollarse en circunstancias paralelas, de las cuales no parecía que fuera a emerger en varias horas. Los minutos volaban cada vez más deprisa; cada vez estaba más cerca el momento fatídico del regreso del señor Bygrave. La señora Lecount miró su reloj por tercera vez sin intentar, en esta ocasión, ocultar sus movimientos a la mirada de su compañera. Tenía dos minutos exactos para salir de North Shingles. Dos minutos bastarían, si no se producía ningún incidente. Había descubierto el vestido de alpaca, había oído toda la historia de la aventura en Vauxhall Walk y, mejor aún, se había enterado incluso del número de la casa, que la señora Wragge recordaba casualmente porque era el mismo número en años que correspondía a su edad. Había conseguido cuanto necesitaba para abrir los ojos a su amo. Aunque hubiera podido quedarse más tiempo, no había nada más que valiera la pena. «Voy a dejar muda a esta auténtica idiota con un golpe de gracia —pensó el ama de llaves—, y desapareceré antes de que se recobre.»

—¡Horrible! —exclamó la señora Lecount, interrumpiendo el relato fantasmal con un breve y agudo chillido, y dirigiéndose hacia la puerta sin la menor ceremonia ante el asombro indescriptible de la señora Wragge—. Me ha helado la sangre. ¡Buenos días! —Con todo el descaro, arrojó el traje de cachemira oriental en el ancho regazo de la señora Wragge y abandonó la habitación al instante.

Bajaba las escaleras a toda prisa, cuando oyó que se abría la puerta del dormitorio.

—¿Dónde están sus modales? —gritó una voz desde arriba que la increpaba débilmente por encima de la barandilla—. ¿Qué pretende tirándome encima el vestido de esa manera? ¡Debería avergonzarse de sí misma! —añadió la señora Wragge, pasando de cordera a leona al darse cuenta paulatinamente de la afrenta cometida contra el traje de cachemira—. ¡Extranjera repugnante, debería avergonzarse de sí misma!

Perseguida por este discurso de despedida, la señora Lecount llegó a la puerta principal y la abrió sin detenerse. Rápidamente recorrió el sendero del jardín, cruzó la

verja y, hallándose a salvo en el paseo, se detuvo y miró hacia el mar.

El primer objeto con que tropezaron sus ojos fue la figura del capitán Bygrave, inmóvil en la playa: ¡un petrificado bañista con las toallas en la mano! A la señora Lecount le bastó con echarle una ojeada para comprender que la había visto salir por la verja de su jardín.

La señora Lecount conjeturó acertadamente que el primer impulso del señor Bygrave le conduciría a realizar averiguaciones inmediatas en su propia casa, de modo que caminó hacia Sea-View tan tranquilamente como si no hubiera sucedido nada. Cuando entró en el gabinete donde le aguardaba su solitario desayuno, se sorprendió de ver una carta sobre la mesa. Se acercó para cogerla con una expresión de impaciencia, pensando que sería la factura de algún comerciante que había olvidado.

Era la carta falsificada de Zurich.

CAPÍTULO XI

El matasellos y la letra del sobre (admirablemente imitada) advirtieron a la señora Lecount del contenido de la carta antes de abrirla. Tras aguardar un momento para serenarse, leyó el anuncio de la recaída de su hermano.

No había nada en la letra, ni expresión en parte alguna de la carta que arrojaran la más leve sombra de sospecha de que se trataba de juego sucio.

No le cupo ni la más pequeña duda de que la carta en la que se solicitaba su presencia junto al lecho de su hermano fuera auténtica. La mano que sostenía la carta cayó pesadamente sobre el regazo; el ama de llaves se volvió vieja, macilenta y ojerosa en un momento. Pensamientos muy alejados de sus objetivos e intereses del presente, recuerdos que la devolvieron a otros países que no eran Inglaterra y otros tiempos que no eran los que había pasado como ama de llaves alargaron sus sombras interiores hasta la superficie y dejaron oscuras huellas de su misteriosa transición en el rostro de la señora Lecount. Los minutos se sucedieron y en la cocina la criada aguardaba en vano que sonara la campanilla del gabinete. Los minutos se sucedieron y ella seguía sentada inmóvil, sin lágrimas, muerta para el presente y el futuro, viviendo en el pasado.

La llegada de la criada, sin que la hubiera llamado, la despertó. Con un hondo suspiro, la fría y reservada mujer dobló de nuevo la carta y se dispuso a ocuparse de los intereses y deberes del momento.

Decidió la cuestión de ir o no ir a Zurich tras una brevísima reflexión. Antes de que hubiera acercado la silla a la mesa del desayuno, había resuelto ir.

Pese a que la estratagema del capitán Wragge había funcionado admirablemente bien, podría haber fracasado de no haber sido por lo ocurrido esa mañana. El preciso accidente del que el capitán se había preocupado tanto en protegerse —el accidente que acababa de producirse pese a sus esfuerzos— era, de todos los sucesos que podían haber acaecido, el único que refutó todo cálculo previo, ¡favoreciendo directamente el propósito principal de la conspiración! Si la señora Lecount no hubiera obtenido la información que buscaba antes de recibir la carta desde Zurich, esa carta podría haberse dirigido a ella infructuosamente. Hubiera vacilado antes de abandonar Inglaterra, y esa vacilación podría haber sido fatal para la estrategia del capitán.

En todo caso, con las pruebas palpables en su poder: con el vestido descubierto en el armario de Magdalen, con el trozo cortado en su bolsillo, y con el conocimiento, obtenido por la señora Wragge, de la casa misma en la que se lo había puesto, la señora Lecount tenía ahora el medio de advertir a Noel Vanstone como antes no había podido o, en otras palabras, el medio de protegerle de cualquier tendencia peligrosa hacia la reconciliación con los Bygrave, que de lo contrario podía haberle acechado

durante su ausencia en Zurich. La única dificultad que la tenía desconcertada era la de decidir si debía comunicarse con su amo personalmente o por carta antes de abandonar Inglaterra.

Miró de nuevo la carta del médico. Las palabras «sin dilación» en la frase que exigía su presencia junto al hermano moribundo estaban subrayadas dos veces. La casa del almirante Bartam estaba a cierta distancia del ferrocarril; el tiempo empleado en ir a St. Crux y volver podía ser tiempo desafortunadamente empleado a costa del viaje a Zurich. Aunque hubiera preferido infinitamente una entrevista personal con Noel Vanstone, no le quedaba más remedio, en un asunto de vida o muerte, que salvar un tiempo precioso escribiéndole una carta.

Tras enviar a alguien a reservar un asiento en la primera diligencia, se sentó a escribir a su amo.

Su primer pensamiento fue contarle todo lo ocurrido en North Shingles aquella mañana. Sin embargo, rechazó la idea después de reflexionar. En otra ocasión había confiado ya sus armas en las manos de su amo (al copiar la descripción personal de la carta de la señorita Garth) y el señor Bygrave se las había arreglado para volverlas contra ella. Esta vez decidió guardarlas en su poder. El secreto del fragmento que faltaba en el vestido de alpaca no lo conocía otra criatura viviente más que ella y estaba resuelta a guardarlo hasta su regreso a Inglaterra. Podía producir la impresión necesaria en el espíritu de Noel Vanstone sin adentrarse en detalles. Conocía, por experiencia, la clase de carta que podía confiar que produjera efecto sobre él y la escribió con las palabras siguientes:

Querido señor Noel:

Me han llegado tristes noticias desde Zurich. Mi querido hermano se muere y su médico me llama a su lado sin dilación. La urgente necesidad de tomar el primer medio de transporte que salga hacia el Continente no me deja otra alternativa. Debo aprovechar el permiso para abandonar Inglaterra que, de ser necesario, me otorgó usted amablemente al declararse la enfermedad de mi hermano y debo, para evitar toda demora, marcharme primero a Londres en lugar de ir a verle a usted a St. Crux, como me hubiera gustado.

Pese a estar dolorosamente afectada por la desgracia familiar que ha caído sobre mí, no puedo dejar pasar esta oportunidad sin hacer alusión a otro asunto que afecta seriamente a su bienestar y en el que (por ese motivo) su vieja ama de llaves tiene el mayor interés.

Voy a sorprenderle y escandalizarle, señor Noel. ¡No se altere, se lo ruego! ¡Intente dominarse!

El descarado intento de engañarle que felizmente abrió sus ojos al auténtico carácter de nuestros vecinos de North Shingles no fue el único propósito que tenía el

señor Bygrave al imponerle su amistad. La infame conspiración con la que fue usted amenazado en Londres ha seguido su curso, bajo la dirección del señor Bygrave, en Aldborough. Un accidente —le diré qué accidente cuando volvamos a vernos— ha puesto a mi alcance una información preciosa para su seguridad futura. He descubierto con absoluta certeza que la persona que se hace llamar señorita Bygrave no es otra que la mujer que nos visitó disfrazada en Vauxhall Walk.

Yo lo sospechaba desde el principio, pero no tenía pruebas que sustentaran mis sospechas; no tenía medios para combatir la falsa impresión que se había producido en usted. Mis manos, gracias a Dios, ya no están atadas. Poseo una prueba irrefutable de la afirmación que acabo de hacer; prueba que podrá ver con sus propios ojos; prueba que le satisfaría aunque fuera usted un juez en un tribunal de Justicia.

Quizá, incluso así, señor Noel, ¿se negará usted a creerme? Bien. Me crea o no, tengo que pedirle un último favor que su sentido inglés del juego limpio no me negará.

Este triste viaje que voy a emprender me mantendrá alejada de Inglaterra durante una quincena o tres semanas como mucho. Me hará usted el favor —y desde luego no sacrificará usted su propio placer y conveniencia— de permanecer durante todo ese tiempo con sus amigos en St. Crux. Si antes de mi regreso alguna inesperada circunstancia le pone a usted en situación de ver de nuevo a los Bygrave, y si la natural bondad de su corazón le inclina a aceptar las excusas que en ese caso sin duda le dirigirán, impóngase una pequeña reserva por su propio bien, que no por el mío. Suspenda su coqueteo con la señorita (¡ruego a todas las demás señoritas que me perdonen por llamarla así!) hasta mi regreso. Si, cuando yo regrese, no consigo demostrar que la señorita Bygrave es la mujer que llevaba aquel disfraz y pronunció aquellas palabras de amenaza en Vauxhall Walk, me comprometo a abandonar su servicio ese mismo día, y expiaré el pecado de levantar falsos testimonios contra el prójimo renunciando a todos mis derechos a su agradecido recuerdo, tanto en el nombre de su padre como en el suyo propio. Me comprometo así sin reservas de ningún tipo y le prometo cumplirlo —si fracasa mi prueba— por la fe de una buena católica y la palabra de una mujer honrada. Su leal servidora,

VIRGINIE LECOUNT

Las últimas frases de esta carta —como muy bien sabía el ama de llaves cuando las escribió— expresaban la única apelación que sin la menor duda produciría sobre Noel Vanstone un efecto profundo y duradero. La señora Lecount podía haber empeñado su palabra, su vida o su reputación para demostrar la afirmación que había hecho, y no habría conseguido producir en él una impresión permanente. Pero al empeñar, no sólo el empleo a su servicio, sino también sus reivindicaciones

pecuniarias, amortiguaba de inmediato la pasión dominante de su vida en espera del resultado. No cabía la menor duda; en beneficio del que era el mayor interés de su vida —el de conservar su dinero—, esperaría.

«¡Jaque mate para el señor Bygrave! —pensó la señora Lecount mientras sellaba la carta y escribía la dirección—. La batalla ha concluido; ha terminado la partida.»

Mientras la señora Lecount se ocupaba de la seguridad futura de su amo en Sea-View, los acontecimientos se precipitaban en North Shingles.

Tan pronto como el capitán Wragge se recobró de su asombro ante la aparición del ama de llaves en su propio jardín, se apresuró a entrar en la casa y, guiado por sus propios presentimientos sobre el desastre acaecido, subió directamente a la habitación de su mujer.

Jamás había sentido la pobre señora Wragge todo el peso de la indignación del capitán como lo sintió en aquel momento. La poca inteligencia natural que poseía se desvaneció de inmediato en el torbellino de ira de su marido. Los únicos hechos claros que pudo extraer de su mujer fueron dos. En primer lugar, la imprudente deserción de Magdalen de su puesto resultó no tener mejor excusa que su incorregible impaciencia: no había dormido por la noche, se había levantado con fiebre, sintiéndose fatal, y había salido sin pensar en las consecuencias con la intención de procurarse el alivio del aire fresco, pues le ardía la cabeza. En segundo lugar, la señora Wragge había visto a la señora Lecount, según su propia confesión, había hablado con ella y había acabado contándole la historia del fantasma. Tras hacer estos descubrimientos, el capitán Wragge no perdió más tiempo luchando con el terror y la confusión de su mujer. Se retiró en el acto a una ventana desde la que se dominaba la casa de Noel Vanstone y allí se apostó para vigilar a la espera de nuevos acontecimientos en Sea-View, tal como se había apostado la señora Lecount para vigilar a la espera de acontecimientos en North Shingles.

Ni una palabra sobre el desastre de la mañana escapó de sus labios cuando Magdalen regresó y lo encontró en su puesto de vigilancia. El torrente de palabras del capitán Wragge parecía haberse secado por fin.

—Le advertí lo que haría la señora Wragge —dijo—, y la señora Wragge lo ha hecho. —Siguió sentado, impávido, junto a la ventana, con una paciencia que ni siquiera la señora Lecount hubiera podido superar. La única medida activa que al parecer consideraba necesaria, la tomó a través de otra persona. Envío a la criada a la posada para alquilar un tálburi y un caballo rápido y para decir que pasaría él en persona antes del mediodía para comunicarle al posadero cuándo necesitaría el vehículo. No le traicionó un solo gesto de impaciencia hasta que se acercó la hora de salida de la primera diligencia. Entonces los sinuosos labios del capitán empezaron a contraerse con nerviosismo, y los inquietos dedos del capitán tamborilearon sin cesar

sobre el cristal de la ventana.

La diligencia apareció por fin y se detuvo frente a Sea-View. Un minuto después, el propio capitán Wragge observó que entre los pasajeros que abandonaban Aldborough aquella mañana se encontraba la señora Lecount.

Una vez disipada la principal incertidumbre, quedaba por resolver una grave cuestión, a tenor de los sucesos de la mañana. ¿Cuál era el destino final del viaje de la señora Lecount, Zurich o St. Crux? Que informaría a su amo sobre la historia del fantasma de la señora Wragge y el resto de sus hallazgos en relación con nombres y lugares que pudiera haber mencionado la señora Wragge estaba fuera de toda duda. Pero de los dos medios a su disposición para causar el daño —bien en persona, bien por carta— para el capitán era de vital importancia saber cuál había elegido. Si se iba a casa del almirante, a él no le quedaría más remedio que seguir la diligencia, coger el tren en el que viajara la señora Lecount y adelantarse a ella después, en el trayecto desde la estación de Essex hasta St. Crux. Si, por el contrario, el ama de llaves se había contentado con escribir a su amo, sólo sería necesario idear el modo de interceptar la carta. El capitán decidió ir a la oficina de correos en primer lugar. Suponiendo que la señora Lecount hubiera escrito una carta, no la habría dejado a merced de la criada, se habría encargado de echarla al buzón personalmente antes de abandonar Aldborough.

—Buenos días —dijo el capitán, dirigiéndose animadamente al administrador de correos—. Soy el señor Bygrave de North Shingles. Creo que tiene usted una carta en el buzón dirigida al señor...

El administrador de Correos era un hombre bajo y, por consiguiente, un hombre con una idea propia de su importancia. Con gesto solemne detuvo al capitán en plena carrera.

—Una vez se ha echado una carta, señor —dijo—, ninguna persona ajena a Correos puede tocarla hasta que llegue a su destino.

El capitán no era hombre que se dejara intimidar, ni siquiera por un administrador de Correos. Se le ocurrió una idea brillante. Sacó la cartera, en la que tenía escrita la dirección del almirante Bartram, y volvió a la carga.

—Suponga que se haya escrito mal la dirección por equivocación —empezó—. Y suponga que el remitente desea corregir el error después de haber echado la carta al buzón.

—Una vez se ha echado la carta, señor —reiteró la impenetrable autoridad local—, nadie ajeno a la oficina puede tocarla con excusa alguna.

—Lo admito de todo corazón —insistió el capitán—. Yo no quiero tocarla, sólo quiero explicarme. Una señora ha echado una carta en el buzón dirigida al «Señor Noel Vanstone, residencia del almirante Bartram, St. Crux-in-the-Marsh, Essex». Tenía mucha prisa y no está segura de si ha añadido el nombre de la localidad más

cercana con oficina de correos, «Ossory». Es de suma importancia que la entrega de la carta no se demore. ¿Qué le impide a usted facilitar el trabajo de Correos y ayudar a una señora añadiendo el nombre de esa localidad (si resulta que no lo ha puesto) de su propia mano? Se lo pregunto como al funcionario celoso de su deber que sin duda es usted; ¿qué objeción puede haber para no concederme mi petición?

El administrador de Correos se vio obligado a reconocer que no podía haber objeción alguna, siempre que no se añadiera más que lo necesario a la dirección, siempre que nadie tocara la carta salvo él mismo y siempre que no se permitiera que se desperdiciara el precioso tiempo de la oficina de correos. Dado que casualmente no había nada especial que hacer en aquel momento, estaba dispuesto a hacerle el favor a la señora a petición del señor Bygrave.

El capitán Wragge observó las manos del administrador de Correos mientras repasaban las cartas del buzón, conteniendo el aliento. ¿Estaba allí la carta? ¿Se detendría de pronto las manos del celoso funcionario? ¡Sí! Se detuvieron y separaron una carta del resto.

—¿«Señor Noel Vanstone» ha dicho usted? —preguntó el administrador de Correos, sin soltar la carta.

—«Señor Noel Vanstone» —respondió el capitán—. «Residencia del almirante Bartram, St. Crux-in-the-Marsh.»

—«Ossory, Essex» —agregó el administrador de Correos, arrojando la carta de nuevo al buzón—. La señora no ha cometido ningún error, señor. La dirección es absolutamente correcta.

Nada salvo una oportuna consideración hacia la gran deuda contraída con las apariencias impidió al capitán Wragge lanzar al aire su blanco sombrero de copa tan pronto como se halló de nuevo en la calle. Todas sus dudas se habían despejado finalmente. La señora Lecount había escrito a su amo, ¡por lo tanto la señora Lecount se hallaba de camino a Zurich!

Con la cabeza más alta que nunca, con los faldones de su respetable levita ondeando al viento, con su natural desfachatez de carácter sentada alegremente en su trono, el capitán se encaminó pavoneándose a la posada y pidió el horario de trenes. Después de efectuar ciertos cálculos (por escrito, por supuesto), ordenó que tuvieran preparado el túburi para una hora después, a fin de llegar a la estación a tiempo para coger el segundo tren a Londres, población con la que Aldborough no estaba comunicada por diligencia.

Su siguiente paso tuvo un cariz mucho más serio; su siguiente paso implicaba una extraordinaria seguridad en el éxito. Era jueves. De la posada se dirigió a la iglesia, habló con el sacristán y dio el aviso necesario para celebrar una boda mediante licencia el lunes siguiente.

A pesar de su audacia, el capitán tenía los nervios un poco alterados por esta

última hazaña; le temblaba la mano cuando alzó el pestillo de la verja del jardín. Atendió a sus nervios con brandy y agua antes de llamar a Magdalen para informarle de sus pasos de la mañana. Era razonable esperar un nuevo estallido cuando Magdalen oyera que se había dado el último e irrevocable paso y se había concertado el día de la boda.

El reloj del capitán le advirtió de que no podía perder tiempo en vaciar el vaso. Pocos minutos después enviaba el mensaje para Magdalen. Mientras esperaba que bajara, se proveyó de ciertos materiales que eran ahora necesarios para llevar la empresa a su momento supremo. En primer lugar, escribió su nombre falso (en absoluto con el pulso tan firme como de costumbre) en una tarjeta de visita en blanco y debajo añadió estas palabras: «No hay tiempo que perder. Le espero en la puerta. Baje inmediatamente». Su siguiente acción fue sacar media docena de sobres del estuche de papel de cartas y poner en todos ellos la dirección siguiente: «Señor Thomas Bygrave, Mussared's Hotel, Salisbury Street, Strand, Londres». Después de guardarse con cuidado los sobres y la tarjeta en el bolsillo del pecho, cerró el escritorio. Magdalen entró en la habitación cuando él se levantaba de la silla.

El capitán tardó unos instantes en decidir cuál era el mejor método para iniciar la entrevista y resolvió, según sus propias palabras, lanzarse de cabeza. En dos palabras contó a Magdalen lo ocurrido y le informó de que el lunes sería el día de su boda.

Estaba preparado para tranquilizarla si Magdalen tenía un arrebato de cólera, para razonar con ella si le suplicaba un poco más de tiempo, para compadecerla si rompía a llorar. Con indescriptible sorpresa por su parte, los hechos echaron por tierra todas sus previsiones. Magdalen le escuchó sin pronunciar una palabra, sin derramar una lágrima. Cuando el capitán terminó, ella se desplomó en una silla. Sus grandes ojos grises fijaron en él una mirada perdida. En un misterioso instante, la abandonó toda su belleza, su rostro adquirió una espantosa rigidez, como la de un cadáver. Por primera vez desde que la conocía, el miedo —un miedo avasallador— se apoderó de ella en cuerpo y alma.

—No se irá a echar atrás —dijo el capitán, intentando sacarla de aquel estado—. No me diga que va a echarse atrás en el último momento.

La luz de la inteligencia no brilló en sus ojos, su rostro no se alteró, pero lo había oído, pues se movió un poco en la silla y lentamente meneó la cabeza.

—Usted planeó este matrimonio por propia voluntad —prosiguió el capitán con la mirada furtiva y la voz titubeante de un hombre intranquilo—. La idea fue suya, no mía. No cargaré con esa responsabilidad, ¡no!, ni por dos veces doscientas libras. Si le falta valor, si se lo piensa mejor...

Se interrumpió. El rostro de Magdalen cambiaba, sus labios se movían al fin. Lentamente levantó la mano izquierda con los dedos extendidos, la miró como si no fuera su mano, contó los días con los dedos, los días que faltaban para la boda.

—Viernes, uno —susurró para sí—; sábado, dos; domingo, tres; lunes... —Las manos le cayeron sobre el regazo, su rostro volvió a ponerse rígido. El miedo mortal volvió a hacer presa de ella dejándola paralizada y sus siguientes palabras se extinguieron en sus labios.

El capitán Wragge sacó su pañuelo y se secó la frente.

—¡Malditas doscientas libras! —dijo—. ¡Ni dos mil me pagarían por esto! —Volvió a guardarse el pañuelo, sacó del bolsillo los sobres que se había dirigido a sí mismo y, situándose junto a ella por primera vez, puso la mano sobre su hombro.

—Despierte —dijo—. Tengo que decirle una última cosa. ¿Puede escucharme?

Magdalen se esforzó por salir de su estupor, un leve tinte de color cubrió sus pálidas mejillas; asintió.

—Mire esto —prosiguió el capitán Wragge, mostrándole los sobres—. Si les doy el uso para el que han sido escritos, el amo de la señora Lecount no recibirá jamás su carta. Si los rompo, mañana sabrá por el correo de la mañana que es usted la mujer que lo visitó en Vauxhall Walk. ¡Usted decide! ¿Rompo los sobres, o me los guardo en el bolsillo otra vez?

Se produjo una pausa de absoluto silencio. El murmullo de las olas estivales en la playa de guijarros y las voces de los ociosos veraneantes en el paseo entraron flotando por la ventana abierta y llenaron la vacía quietud de la habitación.

Magdalen alzó la cabeza, levantó la mano y señaló los sobres con firmeza.

—Guárdese los —dijo.

—¿Lo dice en serio? —preguntó él.

—Lo digo en serio.

Cuando dio esta respuesta, les llegó el sonido de unas ruedas en la carretera.

—¿Oye esas ruedas? —preguntó el capitán Wragge.

—Las oigo.

—¿Ve el tálburi? —dijo el capitán, señalando por la ventana cuando el tálburi que había alquilado en la posada hizo su aparición junto a la verja del jardín.

—Lo veo.

—¿Y me dice, por su propia voluntad, que me vaya en él?

—Sí. ¡Váyase!

Sin pronunciar una sola palabra más, el capitán se fue. La criada le esperaba en la puerta con la bolsa de viaje.

—La señorita Bygrave está indispuesta —dijo el capitán—. Dile a tu señora que vaya a verla al gabinete.

Se subió al tálburi y emprendió la primera etapa del viaje hasta St. Crux.

CAPÍTULO XII

Hacia las tres de la tarde, el capitán Wragge se detuvo en la estación más cercana a Ossory por la que pasaba el tren en su ruta a través de Essex. Las indagaciones que llevó a cabo inmediatamente le informaron de que podía ir en carruaje hasta St. Crux, quedarse allí un cuarto de hora y volver a la estación a tiempo para coger el tren vespertino a Londres. Diez minutos después el capitán se hallaba de nuevo en la carretera, viajando con rapidez en dirección a la costa.

Tras recorrer unos cuantos kilómetros por la carretera principal, el carruaje se desvió y el cochero se adentró en una intrincada red de caminos.

—¿Estamos lejos de St. Crux? —preguntó el capitán, empezando a impacientarse y después de ver pasar kilómetro tras kilómetro sin aparecer indicios de que el viaje llegara a su fin.

—Verá usted la casa, señor, después de la siguiente curva —dijo el cochero.

La siguiente curva de la carretera les mostró de nuevo el campo abierto. Delante del carruaje, el capitán Wragge vio una larga y oscura línea recortada en el cielo; era el dique que protege de las inundaciones las tierras bajas de Essex. Un laberinto de arroyos que serpenteaban desde el invisible mar describiendo extrañas y fantásticas curvas cruzaba las marismas de parte a parte: ríos con la marea alta, canales de lodo con la bajamar. A su derecha había una pequeña aldea pintoresca, compuesta en su mayor parte por casas de madera que se extendían de forma irregular hasta la orilla de uno de los arroyos. A su izquierda, a lo lejos, se alzaban las lúgubres ruinas de una abadía con un desolado montón de edificios que cubrían dos lados de un cuadrado anexo. Uno de los arroyos que llegaban desde el mar (llamados en Essex «brazos de mar») rodeaba casi enteramente la casa. Otro, que llegaba desde la dirección opuesta, parecía atravesar los jardines y separar un lado de la masa informe de edificios, moderadamente reformados, del otro, que estaba poco menos que en ruinas. Puentes de madera y puentes de ladrillo cruzaban el arroyo y daban acceso a la casa desde todos los puntos del perímetro. No se veía criatura humana en los alrededores ni se oía sonido alguno salvo el ronco ladrido de un perro en algún invisible patio de la casa.

—¿A qué puerta he de llevarle, señor? —preguntó el cochero—. ¿A la principal o a la de atrás?

—A la de atrás —contestó el capitán Wragge, pensando que cuanto menos atrajera la atención, mayor seguridad le ampararía.

El carruaje cruzó dos veces el arroyo antes de que el cochero hallara el camino a través de los jardines hasta un triste recinto de piedra. Junto a una puerta abierta de la parte deshabitada del lugar hallaron sentado a un anciano curtido que se afanaba en tallar a escala un barco aún a medio hacer. El anciano se levantó y se acercó a la portezuela del carruaje, subiéndose los anteojos a la frente y observando con

desconcierto la aparición de un desconocido.

—¿Se halla alojado aquí el señor Noel Vanstone? —preguntó el capitán Wragge.

—Sí, señor —respondió el anciano—. El señor Noel llegó ayer.

—Llévele esta tarjeta al señor Vanstone, por favor —pidió el capitán—, y dígame que espero aquí para verle.

Pocos minutos después, Noel Vanstone apareció sin resuello y ansioso; lleno de inquietud por las noticias de Aldborough. El capitán Wragge abrió la portezuela del carruaje, aferró la mano que le tendía y tiró de él hacia dentro sin ceremonias.

—Su ama de llaves se ha ido —susurró el capitán—, y usted se casará el lunes. No se altere y no exprese sus sentimientos, no hay tiempo para eso. Consiga que el primer criado activo que encuentre en la casa le haga la bolsa en diez minutos, despídase del almirante y vuelva de inmediato conmigo para ir a coger el tren de Londres.

Noel Vanstone hizo un débil intento por formular una pregunta. El capitán se negó a escucharla.

—Hablares como quiera de camino —dijo—. El tiempo es demasiado valioso para hablar aquí. ¿Cómo sabemos que Lecount no lo pensará mejor? ¿Cómo sabemos que no dará media vuelta antes de llegar a Zurich?

Esta sobrecogedora reflexión aterrorizó a Noel Vanstone, que cedió en el acto.

—¿Qué le digo al almirante? —preguntó con impotencia.

—¡Dígale que va a casarse, por supuesto! ¿Qué importa, ahora que Lecount no está aquí? Si le extraña que no se lo haya dicho usted antes, dígame que se fuga para casarse y que la novia le está esperando. ¡Deténgase! Cualquier carta dirigida a usted en su ausencia será enviada a este lugar, ¿no es así? Déle estos sobres al almirante y dígame que le remita sus cartas en sobres dirigidos a mí. Soy un viejo cliente del hotel al que vamos y, si lo encontramos lleno, podemos contar con que el propietario me guarde cualquier carta dirigida a mi nombre. Puede ser importantísimo que disponga de una dirección segura para recibir su correspondencia en Londres. ¿Cómo sabemos que Lecount no le escribirá de camino hacia Zurich?

—¡Qué cerebro tiene usted! —exclamó Noel Vanstone cogiendo ávidamente los sobres—. Piensa en todo.

Bajó del carruaje sumamente agitado y corrió de vuelta a la casa. Diez minutos más tarde el capitán Wragge lo tenía bajo su custodia y los caballos iniciaban el camino de regreso a la estación.

Los viajeros llegaron a Londres a su debido tiempo esa noche y hallaron alojamiento en el hotel.

Conocedor de la naturaleza nerviosa e inquisitiva del hombre con el que tenía que tratar, el capitán Wragge había previsto cierta dificultad y azoramiento para responder a las preguntas que Noel Vanstone pudiera plantearle durante el viaje hacia Londres.

Con gran alivio por su parte, un alarmante descubrimiento doméstico absorbió toda la atención de su compañero de viaje. Por un increíble descuido, la señorita Bygrave no había sido provista de doncella en vísperas de su boda. Noel Vanstone declaró que él se haría enteramente responsable de corregir esta deficiencia en los preparativos; no molestaría al señor Bygrave pidiéndole ayuda, consultaría con la patrona del hotel cuando llegaran al término de su viaje y examinaría personalmente a las candidatas para la vacante. Durante todo el trayecto a Londres volvió sobre el mismo tema una y otra vez; en el hotel, se pasó toda la velada entrando y saliendo del cuarto de estar de la patrona hasta que ésta se vio obligada a cerrar la puerta con llave. En todas las demás acciones relacionadas con su matrimonio, se había visto forzado a seguir los pasos de su ingenioso amigo. En la cuestión de la doncella de la dama reclamó por fin su propia posición; no siguió a nadie; ¡él llevaba la batuta!

La mañana del día siguiente se dedicó a la obtención de la licencia; Noel Vanstone aceptó vehementemente la distinción personal de declarar bajo juramento y juró de buena fe (según la información obtenida previamente del capitán) que la señorita era mayor de edad. Una vez obtenido el documento, el novio regresó para examinar el carácter y los méritos de las criadas desocupadas que la patrona se había comprometido a llamar al hotel, mientras que el capitán Wragge dirigía sus pasos, «por asuntos personales», a la residencia de un amigo que vivía en un barrio distante de Londres.

El amigo del capitán tenía relación con la ley y el asunto del capitán era de una doble naturaleza. Su primer objetivo era informarse de las consecuencias legales del inminente enlace en el futuro de los cónyuges. Su segundo objetivo era asegurarse de antemano de que destruía toda pista del lugar al que podría dirigirse cuando abandonara Aldborough el día de la boda. Tras haber logrado su propósito en ambos casos, regresó al hotel y halló a Noel Vanstone cuidando su dignidad ofendida en el cuarto de estar de la patrona. Tres doncellas personales se habían presentado para el examen y, al llegar a la cuestión del salario, todas habían tenido el descaro de declinar la oferta. Se esperaba que una cuarta candidata se presentara al día siguiente y Noel Vanstone se negó en redondo a abandonar la metrópoli hasta que apareciera. El capitán Wragge expresó abiertamente su fastidio por el retraso innecesario en el regreso a Aldborough que así se ocasionaba, pero sin que produjera el menor efecto. Noel Vanstone meneó su obstinada cabecilla y se negó solemnemente a tomarse sus responsabilidades a la ligera.

El primer suceso que se produjo el sábado por la mañana fue la llegada de la carta escrita por la señora Lecount a su amo dentro de uno de los sobres que el capitán se había dirigido a sí mismo. El capitán la recibió en su dormitorio (previo acuerdo con la camarera), la leyó con la mayor atención y se la guardó cuidadosamente en la cartera. La carta presagiaba graves acontecimientos cuando el ama de llaves regresara

a Inglaterra, y era justo que entregara aquel aviso de peligro en manos de Magdalen, que era la persona amenazada.

Más tarde apareció la cuarta candidata para el puesto de doncella, una joven de escasa ambición y modales sumisos que parecía (como señaló la patrona) una persona sobre la que se había abatido la desgracia. Pasó el examen con éxito y aceptó el salario ofrecido sin un murmullo de protesta. Tras haber ratificado ambas partes el compromiso, se originaron nuevos retrasos, de los que Noel Vanstone fue una vez más la causa. No había decidido si daría más de una guinea por la alianza y desperdició el resto del día en una joyería tras otra, con tan desastrosos resultados que él y el capitán y la nueva doncella de la novia (que viajaba con ellos) llegaron a la estación con el tiempo justo para coger el último tren vespertino que salía de Londres.

Era de noche cuando abandonaron el tren en la estación más cercana a Aldborough. El capitán Wragge había permanecido extrañamente silencioso durante todo el viaje. Estaba inquieto. Había dejado a Magdalen en circunstancias críticas sin una persona adecuada para controlarla, e ignoraba por completo el curso que habían tomado los acontecimientos en North Shingles durante su ausencia.

CAPÍTULO XIII

¿Qué había ocurrido en Aldborough en ausencia del capitán Wragge?

Se habían producido sucesos que el capitán, con toda su habilidad, hubiera hallado difícil remediar.

Tan pronto como el tálburi hubo abandonado North Shingles, la señora Wragge recibió el mensaje que su marido había encargado a la criada que le transmitiera. Se dirigió a la salita apresuradamente, perpleja por la acalorada entrevista con su marido y con el aire arrepentido de quien es consciente de haber obrado mal sin saber cómo. Si los pensamientos de Magdalen no hubieran estado enteramente ocupados por la sola idea de la boda, si hubiera estado lo bastante serena para escuchar el relato incoherente de la señora Wragge sobre lo que había ocurrido durante la entrevista con el ama de llaves, tarde o temprano la visita de la señora Lecount al guardarropa de Magdalen habría formado parte del descubrimiento; y aunque quizá ella no hubiera adivinado nunca la verdad, al menos hubiera advertido que había un elemento de peligro traicioneramente al acecho en el vestido de alpaca. Tal como estaban las cosas, la aparición de la señora Wragge en la salita no tuvo tal consecuencia, pues ésta no era entonces posible.

Sucesos que habían ocurrido esa misma mañana, sucesos que habían ocurrido en los días y semanas anteriores se habían desvanecido del pensamiento de Magdalen como si no se hubieran producido nunca. El horror del lunes siguiente, la cruel certidumbre implícita en la designación del día y la hora, petrificaron todos sus sentimientos y aniquilaron completamente su capacidad de pensar. La señora Wragge hizo tres intentos por separado de abordar el tema de la visita del ama de llaves. La primera vez hubiera dado lo mismo que se dirigiera al viento o al mar. El segundo intento pareció tener más posibilidades de éxito. Magdalen suspiró, escuchó un momento con indiferencia y luego declinó seguir con el tema.

—No importa —dijo—. El objetivo se ha cumplido igualmente. No estoy enfadada con usted. No diga nada más. —Pasadas unas horas y no teniendo nada más de que hablar, la señora Wragge volvió a intentarlo. Esta vez Magdalen se volvió hacia ella con impaciencia—. ¡Por amor de Dios, no me moleste con pequeñeces! No puedo soportarlo. —La señora Wragge enmudeció en el acto y no volvió a sacar el tema. Magdalen, que siempre había sido tan amable con ella en todas las demás ocasiones, se lo había prohibido airadamente. El capitán, que ignoraba por completo el interés de la señora Lecount en los secretos del guardarropa, ni siquiera se había acercado a la verdad. Toda la información que había extraído de la confusión mental de su mujer, la había conseguido mediante preguntas directas que surgían exclusivamente de lo que le era conocido. Había insistido en que quería respuestas claras sin excusas de ningún tipo; consiguió lo que quería como de costumbre, y su

partida esa misma mañana no le dio posibilidad de volver sobre el asunto, aunque la irritación contra su mujer le hubiera permitido hacerlo. Allí quedó colgado el vestido de alpaca, olvidado en la oscuridad, centro inadvertido e insospechado de peligros venideros.

Hacia la tarde, la señora Wragge se armó de valor para hacer una sugerencia; pidió dar un pequeño paseo para tomar el aire.

Magdalen se puso el sombrero con apatía y apáticamente acompañó a la señora Wragge a lo largo del paseo público hasta que llegaron a su extremo norte. Allí la playa era solitaria; allí se sentaron, la una al lado de la otra, sobre los guijarros. El día era soleado y festivo; por las tranquilas aguas azules navegaban los barcos de recreo; Aldborough disfrutaba ociosamente en mar y tierra. La señora Wragge se animó con la alegre perspectiva; se divertía, como una niña, arrojando guijarros al mar. De vez en cuando lanzaba furtivamente una mirada inquisitiva a Magdalen y no hallaba en su actitud estímulo para hablarle, ni veía que su expresión adquiriera cordialidad. Magdalen estaba sentada en la pendiente de la playa de guijarros sin hablar, con un codo sobre la rodilla y la cabeza apoyada en la mano, mirando el mar, absorta en la contemplación, pero sin que pareciera ver nada. La señora Wragge se cansó de los guijarros y perdió todo interés por mirar los barcos de recreo. Empezó a dar grandes cabezadas y acabó dormitando bajo la cálida y soporífera brisa. Cuando se despertó, los barcos de recreo estaban lejos; sus velas eran puntos blancos en el horizonte. Los ociosos que ocupaban la playa habían disminuido en número, el sol estaba bajo en el cielo, el mar azul tenía un tono más oscuro y la brisa rizaba su superficie. Los cambios en el cielo, la tierra y el océano anunciaban el declinar del día; por todas partes se notaba el cambio, excepto a su lado. Allí estaba Magdalen, sentada en la misma posición, con ojos cansados que seguían mirando el mar sin ver nada.

—¡Oh, hábleme, por favor! —dijo la señora Wragge.

Magdalen se sobresaltó y miró alrededor inexpresivamente.

—Es tarde —dijo estremeciéndose por la primera sensación que le llegaba de una brisa cada vez más fresca—. Vamos a casa; tiene que tomarse su té.

Caminaron hacia casa en silencio.

—No se enfade conmigo por preguntar —dijo la señora Wragge cuando se sentaron juntas para el té—. ¿Tiene usted el ánimo perturbado, querida?

—Sí —respondió Magdalen—. No se preocupe por mí. Pronto pasará.

Magdalen aguardó pacientemente hasta que la señora Wragge terminó de comer y luego subió a su dormitorio.

—¡El lunes! —dijo cuando se sentó frente al tocador—. ¡Algo podría ocurrir antes de que llegara el lunes!

Sus dedos recorrieron maquinalmente cepillos y peines, y los pequeños frascos y estuches colocados sobre el tocador. Los ordenó ahora de un modo, ahora de este

otro; luego los empujó de repente, amontonándolos lejos de sí. Sus manos permanecieron inactivas un par de minutos. Pasado ese intervalo, volvieron a impacientarse y se dedicaron a abrir y cerrar los dos pequeños cajones. Entre los objetos que había en el interior de uno de ellos se encontraba un devocionario que tenía en Combe-Raven y que había salvado con las demás reliquias del pasado cuando ella y su hermana se despidieron de la casa. Tras una larga vacilación abrió el devocionario por el oficio matrimonial, lo volvió a cerrar antes de leer una sola línea y lo devolvió precipitadamente a uno de los cajones. Después de darle la vuelta a la llave, se levantó y se acercó a la ventana.

—¡Qué horrible mar! —dijo, dándole la espalda con un escalofrío de repugnancia—. ¡Qué horrible, solitario y monótono mar!

Volvió al cajón y sacó el devocionario por segunda vez, lo abrió a medias por el oficio matrimonial de nuevo, y lo arrojó al cajón con gesto impaciente. Esta vez, después de cerrarlo, se llevó la llave hasta la ventana abierta y la lanzó con todas sus fuerzas al jardín. Cayó sobre un espeso macizo de flores. Se hizo invisible; se había perdido. Esta sensación de pérdida pareció aliviarla.

«Algo podría ocurrir el viernes; algo podría ocurrir el sábado; algo podría ocurrir el domingo. ¡Tres días aún!»

Cerró los verdes postigos y corrió las cortinas para dejar la habitación a oscuras. Tenía la cabeza pesada y le ardían los ojos. Se tiró sobre la cama de mal humor, con el impulso de matar el tiempo durmiendo.

La quietud de la casa y la oscuridad de la habitación acudieron en su ayuda; el estupor en el que había caído hizo efecto sobre sus sentidos: se sumió en un sueño irregular. Sus manos inquietas se agitaban sin descanso; movía la cabeza de un lado a otro de la almohada; aún así, durmió. Al poco empezó a brotar alguna que otra palabra de sus labios; palabras susurradas en sueños, cada vez más seguidas, mejor pronunciadas, cuanto más se prolongaba el sueño; palabras que parecieron calmar sus inquietudes y apaciguarla hasta sumirla en un reposo más profundo. Magdalen sonrió; se hallaba en el feliz país de los sueños; se le escapó el nombre de Frank. «¿Me quieres, Frank? —susurró—. ¡Oh, mi amor, dilo otra vez, dilo otra vez!»

Pasó el tiempo, la habitación se oscureció aún más y Magdalen seguía durmiendo y soñando. Hacia el crepúsculo, sin que ningún ruido del interior ni del exterior de la casa lo justificara, Magdalen se incorporó en la cama, de nuevo despierta. La soporífera oscuridad de la habitación la llenó de terror. Corrió hacia la ventana, abrió los postigos de golpe y se inclinó sobre el alféizar para recibir el aire y la luz del anochecer. Sus ojos devoraron las cosas más triviales que se veían en la playa; sus oídos se embebieron del grato murmullo del mar. ¡Cualquier cosa que la librara de la impresión que le habían dejado los sueños en el despertar! No más oscuridad; no más reposo. El sueño que llegaba compasivamente para otros se había apoderado de ella

de forma traicionera. El sueño sólo le había cerrado los ojos al futuro para abrírseles al pasado.

Volvió a bajar a la salita, deseosa de hablar, por ociosa que fuera la conversación, por insignificantes que fueran los temas. La estancia estaba vacía. Quizá la señora Wragge estaba ocupada en su labor, quizá estaba demasiado cansada para conversar. Magdalen cogió su sombrero de la mesa y salió. El mar, que hacía unas pocas horas le horrorizaba, ahora parecía amistoso. ¡Qué hermoso era con el frío azul de la noche! ¡Qué divino regocijo en la alegre multitud de las olas que se elevaban hacia la luz del Cielo!

Magdalen permaneció fuera de casa hasta que cayó la noche y aparecieron las estrellas. La noche la tranquilizó.

Poco a poco su mente recobró el equilibrio, y examinó su situación sin pestañear. La vana esperanza de que un accidente malograra el fin por el que ella misma, voluntariamente, se había afanado y había conspirado se desvaneció y la abandonó, disipada por su propia debilidad. Sabía cuál era la auténtica disyuntiva y la afrontó. De un lado se hallaba la repugnante y terrible experiencia del matrimonio; del otro, el abandono de su propósito. ¿Era demasiado tarde para elegir entre sacrificar ese propósito y sacrificarse a sí misma? ¡Sí!, demasiado tarde. El camino de retorno se había cerrado a su espalda. El tiempo, que ningún deseo podía cambiar, el tiempo, que ninguna plegaria podía recuperar, había hecho de su propósito una parte de sí misma; en días pasados ella lo gobernaba, ahora la gobernada era ella. Cuanto más le aterrorizaba, cuanto más se debatía, más cruelmente la obligaba a seguir adelante. No había ningún otro sentimiento en ella que fuera lo bastante fuerte para dominarlo, ni siquiera el horror que la estaba volviendo loca: el horror de su matrimonio.

Volvió a la casa hacia las nueve.

—¡Paseando de nuevo! —dijo la señora Wragge acudiendo a recibirla en la puerta—. Entre y siéntese, querida. ¡Qué cansada debe de estar!

Magdalen sonrió y dio a la señora Wragge una amistosa palmada en el hombro.

—Olvida lo fuerte que soy —dijo—. Nada me hace daño.

Encendió su bujía y volvió a subir a su dormitorio. Cuando regresó junto a su acostumbrado lugar ante el tocador, volvió a ella la vana esperanza de los tres días que quedaban, la vana esperanza de ser liberada por un accidente, esta vez de una forma más tangible que la que había adoptado hasta entonces.

«Viernes, sábado, domingo. Algo podría ocurrirle a él; algo podría ocurrirme a mí. Algo grave, algo fatal. Uno de nosotros podría morir.»

Su rostro mostró una súbita alteración. Magdalen se estremeció, aunque no hacía frío. Se sobresaltó, aunque ningún ruido pudo alarmarla.

«Uno de nosotros podría morir. Podría ser yo.»

Se sumió en hondas meditaciones, salió de ellas después de un rato y, abriendo la

puerta, llamó a la señora Wragge para decirle algo.

—Tenía razón al pensar que me había fatigado —dijo—. El paseo ha sido demasiado para mí. Estoy cansada y voy a acostarme. Buenas noches. —Besó a la señora Wragge y volvió a cerrar la puerta con suavidad.

Tras dar unas cuantas vueltas arriba y abajo por la habitación, abrió de repente su estuche de papel y dio comienzo a una carta para su hermana. La carta fue extendiéndose bajo sus manos, llenando hoja tras hoja. Tenía el corazón oprimido por su historia, la propia historia que relataba a Norah. No derramó lágrima alguna, se hallaba en un estado de serena tristeza. La pluma se deslizaba suavemente sobre el papel. Tras escribir durante más de dos horas, se interrumpió antes de terminar. No puso firma; reservó un espacio en blanco para rellenarlo en algún otro momento. Después de guardar el estuche con las hojas escritas a salvo en su interior, se acercó a la ventana para tomar el aire y miró hacia el exterior.

Sobre el mar se veía la luna menguante. La brisa de unas horas antes se había extinguido. Sobre el océano y la tierra se cernía el espíritu de la noche en medio de una calma profunda y espantosa.

La cabeza le cayó pesadamente sobre el pecho y el paisaje menguó ante sus ojos como la luna. No veía el mar ni el cielo. La muerte tentadora le roía el corazón. La muerte tentadora señalaba hacia el hogar, hacia la tumba de sus difuntos padres en el cementerio de Combe-Raven.

«Diecinueve años en mi último cumpleaños —pensó—. ¡Sólo diecinueve!» Se alejó de la ventana, vaciló, y luego volvió a contemplar la vista.

—¡Qué noche tan hermosa! —dijo con agradecimiento—. ¡Oh, qué noche tan hermosa!

Abandonó la ventana y se tumbó en la cama. El sueño que antes llegara traicioneramente llegó compasivo ahora, profundo, sin sueños, con la imagen del último pensamiento que había tenido despierta: la imagen de la Muerte.

A la mañana siguiente temprano, la señora Wragge entró en la habitación de Magdalen y descubrió que se había levantado al alba. Magdalen estaba sentada ante el espejo pasándose lentamente el peine por los cabellos, pensativa y silenciosa.

—¿Qué tal se encuentra esta mañana, querida? —preguntó la señora Wragge—. ¿Bien del todo otra vez?

—Sí. —Tras responder afirmativamente, Magdalen se interrumpió, reflexionó un momento y se contradujo de repente—. No —dijo—, no del todo bien. Tengo un leve dolor de muelas. —Cuando cambió su respuesta, dio un giro al peine de modo que los cabellos le cayeron hacia delante y le taparon la cara.

Durante el desayuno permaneció muy callada y no tomó más que una taza de té.

—Déjeme que vaya a la botica y le traiga algo —dijo la señora Wragge.

—No, gracias.

—¡Déjeme, por favor!

—¡No!

Magdalen se negó por segunda vez con tono áspero y furioso. Como de costumbre, la señora Wragge cedió y dejó que se saliera con la suya. Cuando terminó el desayuno, Magdalen se levantó sin dar explicaciones y salió. La señora Wragge la observó desde la ventana y vio que tomaba la dirección de la botica.

Al llegar a la puerta del boticario, Magdalen se detuvo, hizo una pausa antes de entrar y miró por la ventana al interior; vaciló y se alejó un poco; volvió a vacilar y giró en la primera esquina que conducía de vuelta a la playa.

Sin mirar alrededor, sin importarle el lugar elegido, se sentó en la playa de guijarros. Las únicas personas que tenía cerca en aquel momento eran una niñera y dos niños pequeños. El menor de los dos llevaba un barquito de juguete en la mano. Después de contemplar a Magdalen durante un rato, con gravedad y atención singulares, el niño se acercó de repente y abrió el camino a una conversación colocando tranquilamente su juguete sobre el regazo de Magdalen.

—Mira mi barco —dijo el niño, cruzando las manos sobre la rodilla de Magdalen.

Magdalen no solía tener paciencia con los niños. En días más felices, no habría respondido al acercamiento del niño como respondió en aquel momento. La cruda desesperación de sus ojos los abandonó de repente; sus labios fuertemente apretados se abrieron y temblaron. Volvió a poner el barquito en manos del niño y lo aupó a él sobre su regazo.

—¿Quieres darme un beso? —preguntó débilmente.

El niño miró el barquito como si prefiriera besarlo a él.

Magdalen repitió la pregunta casi con humildad. El niño le puso la mano en el cuello y la besó.

—Si fuera tu hermana, ¿me querrías?

Todo el dolor de su solitaria situación, sin amigos, toda la ternura desperdiciada de su corazón, salieron a borbotones con esas palabras.

—¿Me querrías? —repitió, ocultando su rostro en el pecho del babero del niño.

—Sí —dijo el niño—. Mira mi barco.

Magdalen miró el barco a través de las lágrimas que pugnaban por brotar.

—¿Cómo lo llamas? —preguntó, esforzándose por hallar el modo de interesar a un niño.

—Lo llamo barco del tío Kirke —dijo el niño—. El tío Kirke se ha ido.

El nombre no trajo ningún recuerdo a la memoria de Magdalen. En ella no quedaban más que los recuerdos del pasado.

—¿Se ha ido? —repitió distraídamente, pensando en lo que le diría a su amiguito a continuación.

—Sí —dijo el niño—. Se ha ido a la China.

Aun saliendo de labios de un niño, aquella palabra le llegó directa al corazón. Bajó al pequeño sobrino de Kirke de su regazo y abandonó la playa al instante.

De vuelta a casa, la lucha de la pasada noche se reanudó en su interior; pero la sensación de alivio que le había producido el niño, la ternura revivida que había sentido mientras lo tenía sentado en la rodilla todavía ejercían su influencia sobre ella. Tuvo conciencia de que una esperanza incipiente empezaba a abrirse paso en sus pensamientos, como los ojos inocentes del niño se habían abierto paso hacia su rostro cuando se acercó a ella en la playa. ¿Era demasiado tarde para volver atrás? Una vez más se hizo esta pregunta, y ahora, por primera vez, dudó en responderla.

Corrió escaleras arriba hacia su dormitorio con una vaga desconfianza en su nuevo ser que le aconsejaba actuar sin pensar. Sin quitarse el chal ni el sombrero, abrió su estuche de papel de cartas y dirigió las siguientes líneas al capitán Wragge, tan deprisa como pudo trazarlas su pluma:

Encontraré el dinero que le prometí adjunto a ésta. Me ha faltado valor. El horror de casarme con él es más de lo que puedo soportar. He abandonado Aldborough. Compadézcase de mi debilidad y perdóneme. Que no volvamos a encontrarnos jamás.

Con el corazón palpitante, con dedos ávidos y temblorosos, sacó la bolsita blanca de seda de su seno para extraer los billetes de banco que adjuntaría a la carta. Su mano buscaba impetuosamente; su mano había perdido el sentido del tacto. Magdalen agarró todo el contenido de la bolsa en un solo puñado de papeles y los sacó violentamente, rompiendo algunos y desdoblando otros. Cuando los colocó ante ella sobre la mesa, el primer objeto con que tropezó su vista fue su propia letra desvaída ya por el tiempo. La examinó más de cerca y vio las palabras que había copiado de la carta de su difunto padre; vio el breve y terrible comentario del abogado encarándose con ella al pie de la página:

Las hijas del señor Vanstone no son hijas de nadie y la ley las deja desvalidas, a merced de su tío.

Su corazón dejó de latir; sus manos temblorosas se quedaron inmóviles y heladas. El pasado se alzó ante ella con un mudo y abrumador reproche. Magdalen cogió la nota que había escrito apenas hacía un minuto y miró la tinta aún húmeda de las letras con absorta incredulidad.

El color que había tintado sus mejillas huyó de ellas una vez más. La cruda desesperación asomó de nuevo a sus ojos secos, fría y brillante. Dobló los billetes de banco con cuidado y volvió a meterlos en la bolsita. Se llevó la copia de la carta de su

padre a los labios y la devolvió a su lugar junto con los billetes. Cuando la bolsita se halló de nuevo en su seno, aguardó un rato con la cara oculta entre las manos; luego rompió lentamente la nota dirigida al capitán Wragge. Antes de que la tinta se hubiera secado, yacía fragmentada en el suelo.

—¡No! —dijo Magdalen, cuando el último trozo de papel cayó de su mano—. Del camino que yo he emprendido, no hay retorno.

Se levantó serenamente y salió de la habitación. Cuando bajaba las escaleras se encontró con la señora Wragge que las subía.

—¿Va a salir otra vez, querida? —preguntó la señora Wragge—. ¿Puedo ir con usted?

La atención de Magdalen se desvió. En lugar de contestar a la pregunta, respondió distraídamente a sus propios pensamientos.

—Miles de mujeres se casan por dinero —dijo—. ¿Por qué no habría de hacerlo yo?

La perplejidad impotente de la expresión de la señora Wragge cuando pronunció esas palabras, devolvió a Magdalen al presente.

—¡Pobrecita mía! —dijo—. No me entiende, ¿verdad? No haga caso de lo que digo, todas las jóvenes dicen tonterías y yo no soy mejor que las demás! ¡Vamos! Le haré un regalo. Va a divertirse mientras no está el capitán. Daremos un largo paseo en coche nosotras solas. Póngase su elegante sombrero y venga conmigo al hotel. Le diré a la patrona que nos prepare una buena comida fría en una cesta. Tendrá todo lo que le gusta, y yo le serviré. Cuando sea una anciana, me recordará con bondad, ¿verdad? Dirá: «No era una mala chica; cientos peores que ella viven y prosperan y nadie las culpa por ello». ¡Vamos, vamos! Vaya a ponerse el sombrero. ¡Oh, Dios mío!, ¿de qué está hecho mi corazón? ¿Por qué sigue y sigue viviendo cuando a otras jóvenes se les hubiera muerto hace tiempo?

Media hora más tarde, Magdalen y la señora Wragge se hallaban sentadas juntas en el carruaje. Uno de los caballos se resistió a la hora de salir.

—Azótele —dijo Magdalen al cochero airadamente—. ¿De qué tiene miedo? ¡Azótele! ¿Y si volcara el carruaje —dijo, volviéndose de repente hacia su compañera— y yo saliera despedida y muriera en el acto? ¡Tonterías! No me mire de ese modo. Soy como su marido; tengo mi pincelada de humor, sólo estoy bromeando.

Estuvieron fuera todo el día. Cuando regresaron a casa había anochecido ya. Las largas horas al aire libre produjo en ambas la misma sensación de fatiga. Una vez más, aquella noche Magdalen durmió profundamente y sin soñar, como la noche anterior. Y así concluyó el viernes.

Su último pensamiento antes de dormir había sido el mismo que la sostuviera durante todo el día. Había reposado la cabeza sobre la almohada con la misma

resolución temeraria de someterse a la dura prueba que la aguardaba y que había sido expresada ya con palabras cuando se encontró por casualidad con la señora Wragge en la escalera. Cuando se despertó la mañana del sábado, esa resolución había desaparecido. Los pensamientos del viernes —los acontecimientos incluso de ese día— se habían borrado de su cabeza. Una vez más, deslizándose con un frío helador por sus venas llenas de sangre joven, sintió el lento y devastador acicate de la desesperación que se había adueñado de ella bajo la luna menguante y le había hablado en susurros en medio de la espantosa quietud.

—Vi el fin, tal como debe ser —se dijo a sí misma—, el jueves por la noche. He estado equivocada desde entonces.

Cuando se encontró con su compañera aquella mañana, volvió a quejarse de dolor de muelas, repitió su negativa a permitir que la señora Wragge le procurara un remedio y abandonó la casa después del desayuno en dirección a la botica, exactamente igual que la mañana del día anterior.

Esta vez entró en la botica sin vacilar.

—Tengo dolor de muelas —dijo con brusquedad al hombre de edad que atendía en el mostrador.

—¿Me permite que le examine el diente, señorita?

—No es necesario. Es un diente hueco. Creo que he cogido frío en él.

El boticario recomendó varios remedios que estaban en boga hace quince años. Magdalen rechazó comprar ninguno de ellos.

—Siempre me ha parecido que el láudano alivia el dolor más que cualquier otra cosa —dijo, toqueteando los frascos que había sobre el mostrador y mirándolos mientras hablaba en lugar de mirar al boticario—. Déme un poco de láudano.

—Desde luego, señorita. Disculpe la pregunta, es una mera cuestión formal. ¿Se halla usted residiendo en Aldborough?

—Sí. Soy la señorita Bygrave, de North Shingles.

El boticario asintió y, volviéndose hacia sus estantes, llenó de láudano un frasco ordinario de media onza sin más dilación. Al averiguar de antemano el nombre y la dirección de su clienta, el boticario había obrado como era natural en un hombre precavido, pero su actitud no estaba en modo alguno generalizada, en circunstancias similares, por el estado de la ley en aquel tiempo.

—¿Quiere que le ponga un poco de algodón con el láudano? —preguntó después de colocar una etiqueta en el frasco y escribir en ella una palabra en grandes caracteres.

—Hágame el favor. ¿Qué acaba de escribir en el frasco? —Magdalen formuló la pregunta con aspereza, con desconfianza y curiosidad a la vez en sus modales.

El boticario respondió a la pregunta dándole la vuelta al frasco para mostrarle la etiqueta. Magdalen vio escrito en grandes letras: «VENENO».

—Me gusta andar sobre seguro, señorita —dijo el hombre mayor, sonriente—. Personas muy capaces en otros aspectos son a menudo lamentablemente descuidadas en lo que a venenos se refiere.

Magdalen empezó a toquetear de nuevo los frascos del mostrador y formuló una pregunta con ansiedad mal disimulada por oír la respuesta.

—¿Hay peligro —dijo— en una cantidad de láudano tan pequeña como ésta?

—Hay muerte en ella, señorita —respondió el boticario tranquilamente.

—¿Muerte para un niño o una persona de salud delicada?

—Muerte para el hombre más fuerte de Inglaterra, quienquiera que sea.

Después de responder de esta manera, el boticario envolvió el frasco en papel blanco y tendió el láudano a Magdalen. Ella rió al cogerlo y pagar.

—No hay que temer accidentes en North Shingles —dijo—. Guardaré el frasco bajo llave en mi neceser. Si no me alivia el dolor, tendré que venir otra vez y probar algún otro remedio. Buenos días.

—Buenos días señorita.

Magdalen volvió directamente a casa sin alzar la vista una sola vez ni fijarse en ninguna de la personas que pasaron por su lado. En el pasillo pasó rozando a la señora Wragge como hubiera podido rozar un mueble. Subió las escaleras y se pisó dos veces el vestido, sencillamente por descuidar la precaución elemental de levantarlo. Los detalles triviales de la vida cotidiana habían dejado ya de existir para ella.

En la intimidad de su dormitorio, sacó la botella de su envoltorio y arrojó el papel y el algodón a la chimenea. En el momento en que lo hacía llamaron a la puerta. Magdalen ocultó el frasco y alzó los ojos con impaciencia. La señora Wragge entró en la habitación.

—¿Ha comprado algo para el dolor de muelas, querida?

—Sí.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—No.

La señora Wragge se demoró con nerviosismo cerca de la puerta. Su actitud delataba claramente que tenía algo más que decir.

—¿Qué quiere? —preguntó Magdalen con aspereza.

—No se enfade —dijo la señora Wragge—. Estoy intranquila por el capitán. Le gusta escribir, y no ha escrito. Es rápido como el rayo, y aún no ha vuelto. Ya estamos a sábado y ni rastro de él. ¿Cree usted que habrá huido? ¿Le habrá ocurrido algo?

—No lo creo. Vaya abajo y yo iré a hablarle de eso en seguida.

Tan pronto como se quedó a solas de nuevo, Magdalen se levantó de la silla, caminó hacia un armarito que había en la habitación y se detuvo un momento, dudando, con la mano en la llave. La aparición de la señora Wragge había perturbado

el curso de sus pensamientos. La última pregunta de la señora Wragge, pese a su trivialidad, había detenido a Magdalen al borde del precipicio, había despertado en ella una vez más la antigua y vana esperanza de verse liberada por un accidente.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué no podría haberle pasado algo a uno de los dos?

Colocó el láudano en el armarito, lo cerró y se metió la llave en el bolsillo. «Queda tiempo de sobra —pensó—, antes del lunes. Esperaré a que vuelva el capitán.»

Después de breves consultas en la planta baja, se acordó que la criada permanecería levantada toda la noche esperando el regreso de su amo. El día transcurrió tranquilamente sin acontecimientos de ningún tipo. Magdalen pasó las horas soñando despierta con un libro en las manos. Una cansada paciencia en la espera era todo lo que sentía ya; por fin, el tormento de sus pensamientos se había embotado y adormecido. Pasó mañana y tarde en la salita, vagamente consciente de un extraño sentimiento de aversión a volver a su dormitorio. A medida que avanzaba la noche y los ruidos se extinguían dentro y fuera de la casa, empezó a notar la inquietud. Se esforzó por calmarse leyendo. No consiguió concentrarse en los libros. El periódico yacía en un rincón de la estancia; Magdalen probó con él.

Miró maquinalmente los titulares de los artículos; volvió página tras página con apatía hasta que el relato de una ejecución en una lejana parte de Inglaterra atrajo su atención. No había nada que atrajera su atención en la historia del crimen, y sin embargo la leyó. Era un acto de derramamiento de sangre vulgar, horriblemente vulgar: el asesinato de una mujer que servía en una granja a manos de un hombre con la misma ocupación y que estaba celoso. Las pruebas que lo habían condenado no tenían nada de extraordinario; lo habían ahorcado en circunstancias que no tenían nada de extraño. Había confesado su crimen al comprender que no había esperanza para él, como otros criminales de su clase, y el periódico incluía la confesión al final del artículo, con las siguientes palabras:

Estuve saliendo con la muerta un año o algo así. Le dije que me casaría con ella cuando tuviera suficiente dinero. Ella dijo que ya tenía suficiente dinero. Nos peleamos. Ella no quiso salir más conmigo; no quería servirme la cerveza; se juntó con mi compañero, David Crouch. Fui a hablar con ella el sábado y le dije que me casaría con ella en cuanto pudieran correr las amonestaciones en la iglesia, si dejaba a Crouch. Ella se rió de mí. Me echó de la lavandería y todos los demás la vieron echarme. Yo no me quedé tranquilo. Me fui a sentar en el portillo, el portillo del prado que llaman Pettit's Piece. Pensé en pegarle un tiro. Fui y cogí mi escopeta y la cargué. Salí y me fui otra vez a Pettit's Piece. Una vez puesto a ello, no acababa de decidirme. Pensé en probar mi suerte, quiero decir si la mataba o no. Pensé en lanzar la escarda del arado al aire. Me dije para mis adentros: si cae plana la dejo

vivir; si cae con la punta en la tierra, la mataré. Le di impulso y la tiré al aire. Cayó con la punta en la tierra. Fui y la maté. Era un trabajo sucio, pero lo hice. Lo hice como dijeron que lo había hecho en el juicio. Espero que el Señor tendrá compasión de mí. Deseo que le den mi ropa a mi madre. No tengo más que decir.

En la época más feliz de su existencia, Magdalen hubiera pasado por alto el relato de la ejecución y la confesión impresa que lo acompañaba; el asunto no hubiera atraído su atención. Ahora leyó la horrible historia y la leyó con un interés que ni siquiera comprendía. Su atención, que había vagado por regiones mejores y más elevadas, siguió todas y cada una de las frases de la espantosa confesión del asesino de cabo a rabo. Difícilmente habría leído el relato con mayor interés o habría notado que causaba una impresión más clara en ella, de haber conocido a aquel hombre o a aquella mujer, o de haberle sido familiar el sitio. Dejó el periódico, asombrada de sí misma; volvió a cogerlo e intentó leer algún otro fragmento de su contenido. El esfuerzo fue inútil: había vuelto a perder la concentración. Arrojó el periódico lejos de sí y salió al jardín. La noche era cerrada; las estrellas, escasas, y su luz, débil. Apenas veía el sendero de gravilla; sólo pudo pasearse de un lado a otro del sendero, entre la puerta de la casa y la verja del jardín.

La confesión del periódico se había adueñado de sus pensamientos de manera espantosa. Mientras recorría el sendero, la negra noche se abrió sobre el mar y le mostró al asesino en el campo, arrojando la escarda al aire. Corrió de vuelta a la casa, temblando. El asesino la siguió a la salita. Magdalen cogió la bujía y subió a su habitación. La visión de su agitada fantasía la siguió hasta el lugar donde estaba escondido el láudano y allí se desvaneció.

Era medianoche y el capitán no había dado señales de vida.

Magdalen sacó la larga carta que había escrito a Norah del estuche de papel y la leyó despacio. La carta la sosegó. Cuando llegó al espacio en blanco del final, volvió apresuradamente al principio y empezó a leerla de nuevo.

El reloj de la iglesia dio la una y el capitán seguía sin aparecer.

Leyó la carta por tercera vez; volvió al principio obstinadamente, con desesperación, y la empezó por cuarta vez. Cuando llegó a la última página una vez más, consultó su reloj. Eran las dos menos cuarto. Acababa de guardarse el reloj en el cinturón del vestido cuando oyó el sonido de unas ruedas, distante en el silencio de la madrugada.

Dejó caer la carta y juntó sus frías manos sobre el regazo, con el oído atento. El sonido se acercaba cada vez más rápido; un sonido trivial para los demás, el sonido del Juicio Final para ella. Pasó junto al costado de la casa, avanzó un poco más, se detuvo. Magdalen oyó fuertes golpes en la puerta principal, luego una ventana que se abría, luego voces, luego un largo silencio, luego las ruedas que volvían, luego la

puerta de abajo que se abría y el sonido de la voz del capitán en el pasillo.

No pudo soportarlo más. Abrió una rendija en su puerta y lo llamó.

El capitán corrió escaleras arriba al instante, asombrado de ver que Magdalen no estaba dormida. Magdalen le habló a través de la pequeña rendija manteniéndose oculta tras la puerta, pues le daba miedo que él le viera el rostro.

—¿Ha salido algo mal? —preguntó.

—Puede estar tranquila —respondió él—. Nada ha salido mal.

—¿Hay alguna posibilidad de que ocurra algún accidente entre hoy y el lunes?

—Ninguna en absoluto. La boda es cosa segura.

—¿Cosa segura?

—Sí.

—Buenas noches.

Magdalen sacó la mano a través de la rendija. El capitán la cogió levemente sorprendido; desde que se conocían, Magdalen no le había dado la mano a menudo por voluntad propia.

—Ha estado levantada demasiado tiempo —dijo al notar los dedos fríos—. Me temo que pasará una mala noche; me temo que no dormiré.

Magdalen cerró la puerta con suavidad.

—Mi sueño —dijo— será más profundo de lo que cree.

Pasaban de las dos cuando se encerró sola en su habitación. La silla ocupaba su lugar habitual junto al tocador. Se sentó en ella durante unos minutos para pensar, luego abrió la carta para Norah y buscó el final, donde había un espacio en blanco. Las últimas líneas escritas sobre ese espacio rezaban así: «... He desnudado mi alma ante ti; no he ocultado nada. El resultado es éste. El fin por el que he peleado arduamente con tan terrible coste para mí misma. He de alcanzarlo o morir. Es maldad, es locura, lo que tú quieras, pero es así. Tengo ahora ante mí dos caminos a elegir. Si puedo casarme con él, el camino hacia la iglesia. Si la profanación de mí misma es superior a mis fuerzas, ¡el camino a la tumba!».

Bajo esta última frase, escribió las siguientes líneas: «He hecho mi elección. Si la cruel ley te lo permite, entiérrame junto a mi padre y mi madre en el cementerio de casa. ¡Adiós, cariño mío! Sé siempre inocente; sé siempre feliz. Si alguna vez Frank te pregunta por mí, dile que morí perdonándole. No me llores demasiado tiempo, Norah. No lo merezco».

Selló la carta y escribió la dirección de su hermana. Las lágrimas afluyeron a sus ojos cuando la dejó sobre la mesa. Esperó a que se le aclarara de nuevo la vista y luego volvió a sacar los billetes de banco de la bolsita de su seno. Después de envolverlos en una hoja de papel de cartas, escribió el nombre del capitán Wragge y añadió estas palabras: «Cierre con llave la puerta de mi habitación y déjeme ahí hasta

que llegue mi hermana. Aquí dentro está el dinero que le prometí. No tiene usted culpa alguna; la culpa es mía y sólo mía. Si tiene algún recuerdo amable de mí, sea bueno con su mujer para complacerme».

Tras colocar el paquete junto a la carta para Norah, se levantó y miró en su alrededor. Algunos pequeños objetos no estaban en su sitio. Los ordenó y corrió las cortinas de la cama a ambos lados de la cabecera. A continuación examinó la ropa que llevaba puesta. Estaba todo tan limpio, pulcro y bien arreglado como siempre. No había nada desordenado en ella, salvo los cabellos. Algunas trenzas se habían soltado de un lado de la cabeza; cuidadosamente volvió a ponerlas en su lugar con ayuda del espejo. «¡Qué pálida estoy! —pensó con una leve sonrisa—. ¿Estaré más pálida aún cuando me encuentren por la mañana?»

Se dirigió directamente al lugar donde había escondido el láudano y lo sacó. El frasco era tan pequeño que cabía perfectamente en la palma de su mano. Dejó que se quedara allí y lo miró durante un rato.

—¡Muerte! —dijo—. En esta pizca de líquido marrón, ¡muerte!

Cuando pronunció estas palabras, en un instante se apoderó de ella la agonía de un horror indescriptible. Cruzó la habitación tambaleándose con una confusión enloquecedora en la cabeza y una angustia sofocante en el corazón. Se cogió a la mesa para sostenerse. El débil tintineo de la botella cuando le cayó de la mano y rodó sobre la mesa hasta un objeto de porcelana le atravesó el cerebro como un cuchillo. El sonido de su propia voz —su voz pronunciando esa única palabra, Muerte—, que se había atenuado hasta convertirse en un susurro, se le metió en los oídos como un viento impetuoso. Se arrastró hasta la cama y apoyó en ella la cabeza, sentándose en el suelo. «¡Oh, mi vida, mi vida! —pensó—. ¿Qué vale mi vida que me aferró a ella de esta manera?»

Transcurrido un intervalo, notó que recobraba las fuerzas. Se levantó de rodillas y hundió el rostro en la cama. Intentó rezar, rezar para que le fuera perdonada su búsqueda de refugio en la Muerte. De sus labios brotaron palabras frenéticas, palabras que se habrían alzado como gritos si no las hubiera ahogado en las sábanas. Se puso en pie; la desesperación le dio fuerzas con una furia desatada contra sí misma. En un momento había vuelto a la mesa; en otro, el veneno volvía a estar en su mano. Quitó el corcho y se llevó el frasco a la boca.

Al primer frío roce del cristal en los labios, su vida joven y fuerte se alzó en su sangre ardiente y luchó con todo el frenesí de su aborrecimiento contra el cercano terror a la Muerte. Todos los poderes activos de su exuberante energía vital se rebelaron contra la destrucción que su propia voluntad estaba dispuesta a infligirle a su propia vida. Se detuvo; por segunda vez, se detuvo a su pesar. Allí permaneció en la gloriosa perfección de su juventud y su salud; allí, temblando al borde de la existencia humana, permaneció, con el beso del Destructor cerca de los labios, y la

Naturaleza, fiel a su sagrado deber, luchando por su salvación hasta el último momento.

De sus labios no surgió ninguna palabra. Sus mejillas enrojecieron intensamente, su respiración se hizo entrecortada. Con el veneno aún en la mano, con la sensación de que podía desmayarse en cualquier momento, Magdalen se dirigió a la ventana y descorrió la cortina.

Había amanecido un nuevo día. La aurora gris derramó su luz sobre ella, sobre el tranquilo mar del este.

Vio las aguas balanceándose en grandes olas silenciosas en medio de la calma brumosa; sintió en el rostro el aire fresco de la mañana. Recobró las fuerzas, su cabeza se despejó. La visión del mar le hizo recordar el paseo nocturno por el jardín y la imagen que su desbocada fantasía había pintado sobre el negro vacío. Volvió a ver mentalmente aquella imagen, la del asesino lanzando al aire la escarda del arado, dejando que el azar de donde cayera la punta decidiera la vida o la muerte de la mujer que lo había abandonado. Su ánimo se contagió de aquella terrible superstición tan repentinamente como el nuevo día había aparecido ante sus ojos. La promesa de liberación que vio en ella después del horror de su propia duda reavivó las últimas energías de su desesperanza. Decidió poner fin a la lucha poniendo su vida o su muerte en manos de la casualidad. ¿Qué casualidad?

El mar se la ofreció. Apenas distinguible entre la bruma, vio una pequeña flota de barcos de cabotaje que, arrastrados por la corriente, navegaban hacia la casa, siguiendo todos la misma dirección a favor de la marea. Media hora más tarde, quizá menos, la flota habría pasado frente a su ventana. Las manecillas de su reloj señalaban las cuatro. Magdalen se sentó pegada a la ventana dando la espalda a los barcos, con el veneno sobre el alféizar y el reloj en el regazo. Decidió esperar así media hora y contar los barcos a medida que fueran pasando. Si en ese tiempo contaba un número par, lo interpretaría como una señal de vida. Si triunfaba un número impar, el final sería la Muerte.

Tras tomar esta resolución, apoyó la cabeza en la ventana y aguardó a que pasaran los barcos.

Llegó el primero, grande, oscuro y cercano entre la bruma, deslizándose silenciosamente sobre el silencioso mar. Un intervalo, y le siguió el segundo, con el tercero pegado a él. Otro intervalo, mucho más largo, y no pasó nada. Magdalen miró el reloj. Doce minutos y tres barcos. Tres.

Llegó el cuarto, más lento que los demás, más grande que los demás, más lejos que los otros en la bruma. Le siguió un intervalo, de nuevo un largo intervalo. Luego pasó el siguiente barco, el más oscuro y cercano de todos. Cinco. El siguiente número impar: cinco.

Magdalen volvió a mirar el reloj. Diecinueve minutos y cinco barcos. Veinte

minutos. Veintiuno, veintidós, veintitrés, y el sexto no llegaba. Veinticuatro, y el sexto apareció. Veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho; y el siguiente número impar, el fatídico siete, se deslizó ante su vista. Dos minutos para la media hora, y siete barcos.

Veintinueve y nada se vio tras la estela del séptimo barco. El minuterero del reloj se movió hasta el medio minuto para la media, y todavía el blanco mar era un vacío brumoso. Sin apartar la vista de la ventana, cogió el veneno con una mano y alzó el reloj con la otra. A medida que corrían los segundos, sus ojos, igualmente rápidos, se movían del reloj al mar, del mar al reloj; miraron el mar por última vez y vieron el octavo barco.

Magdalen no se movió, no habló. La muerte de los pensamientos, la muerte de los sentimientos parecía haberla alcanzado ya. De forma mecánica volvió a poner el veneno en el alféizar de la ventana y contempló, como en un sueño, el barco que se deslizaba suavemente en su silenciosa ruta hasta fundirse en las sombras, hasta perderse entre la bruma.

La tensión a que estaba sometida se relajó cuando el mensajero de la vida desapareció de su vista.

—¿La Providencia? —susurró débilmente para sí—. ¿O la casualidad?

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Cuando recobró la sensación de la vida, el sol de la mañana calentaba su rostro, el cielo azul dominaba la vista y el mar era de oro.

Magdalen cayó de rodillas junto a la ventana y rompió a llorar.

Hacia el mediodía, el capitán, que aguardaba abajo y no oía ruido alguno en el dormitorio de Magdalen, empezó a inquietarse por el prolongado silencio. Pidió a la nueva doncella que le siguiera arriba y, señalando la puerta, le dijo que entrara con sigilo para ver si su señora estaba despierta.

La doncella entró en la habitación, permaneció un momento en el interior, salió y cerró la puerta suavemente.

—Está muy hermosa, señor —dijo la chica—, y duerme en paz como un recién nacido.

CAPÍTULO XIV

La mañana del regreso de su marido a North Shingles iba a ser memorable en el calendario doméstico de la señora Wragge. Ella fechaba en aquella ocasión la primera noticia que recibía del matrimonio de Magdalen.

El destino de la señora Wragge en este mundo era vivir en un estado de sorpresa perpetua. Sin embargo, nunca había deambulado por un laberinto de perplejidad como el laberinto en que se perdió cuando el capitán le contó fríamente la verdad. Ella había sido lo bastante sagaz para adivinar que el señor Noel Vanstone visitaba la casa en calidad de pretendiente a prueba y había interpretado vagamente ciertas expresiones de impaciencia que habían escapado de los labios de Magdalen como mal presagio para el cortejo, pero ni con toda su perspicacia había llegado a sospechar el inminente enlace. La señora Wragge pasó del colmo del asombro a un asombro aún mayor cuando su marido continuó con las revelaciones. ¡Una boda en la familia de un día para otro!, ¡y era la boda de Magdalen!, ¡y no se había encargado un solo vestido nuevo para nadie, ni siquiera para la novia!, ¡y el traje de cachemira oriental sin acabar cuando se presentaba una ocasión inmejorable para lucirlo! La señora Wragge se desplomó descuidadamente en una silla y se golpeó las rodillas asimétricas con las manos alborotadas, olvidando por completo la presencia del capitán y su terrible mirada. ¡No le hubiera sorprendido oír a continuación que había llegado el fin del mundo y que el único mortal al que el destino había descuidado al liquidar los asuntos del planeta era ella!

El capitán Wragge dejó que su mujer se calmara sola y se retiró a la planta baja de la casa en espera de que apareciera Magdalen. Era cerca de la una cuando el sonido de pasos en la habitación de arriba le advirtió de que Magdalen se había levantado. Inmediatamente el capitán llamó a la doncella (cuyo nombre era Louisa, según había averiguado) y la envió junto a su señora por segunda vez.

Magdalen se hallaba de pie junto al tocador cuando un débil golpecito en la puerta la sobresaltó. Al golpecito le siguió el sonido de una voz dócil que se anunciaba a sí misma como «su doncella» e inquiría si la señorita Bygrave precisaba de ayuda.

—Por el momento, no —dijo Magdalen, tan pronto como se recobró de la sorpresa de hallarse inesperadamente provista de doncella—. La llamaré cuando la necesite.

Tras despedir a la mujer con esta respuesta y apartar la vista de la puerta, Magdalen miró accidentalmente por la ventana. Cualquier especulación relativa a la nueva sirvienta en la que hubiera podido detenerse quedó de inmediato aplazada ante la visión del frasco de láudano que seguía sobre el alféizar de la ventana, allí donde lo había dejado a la salida del sol. Lo cogió una vez más con una extraña mezcla de

emociones contradictorias, con la vaga duda, aún entonces, de si aquella visión le recordaba una terrible realidad o un horrible sueño. Su primer impulso fue deshacerse del frasco inmediatamente. Lo alzó para arrojar su contenido por la ventana, pero se detuvo, desconfiando súbitamente del impulso que había sentido. «He aceptado mi nueva vida —pensó—. ¿Cómo sé lo que me tiene reservada esa vida?» Dio la espalda a la ventana y volvió a la mesa del tocador.

—Puede que me vea obligada a tomarlo —dijo, y metió el láudano en su neceser.

No se quedó tranquila después de hacerlo; parecía haber cierta ingratitud indefinible en aquel acto. Aun así, no hizo intento alguno por sacar el frasco de su escondite. Terminó de arreglarse apresuradamente, adelantando el momento de llamar a la doncella y olvidarse de sí misma y de sus pensamientos concentrándose en algún otro tema. Después de tocar la campanilla, sacó de la mesa la carta para Norah y la carta para el capitán, las metió junto con el láudano en el neceser y cerró éste con la llave que llevaba siempre colgada de la cadena de su reloj.

La primera impresión que tuvo Magdalen de su doncella no fue agradable. No podía examinar a la chica con el ojo experimentado de la patrona del hotel de Londres, que había reconocido en ella a una joven abatida por la desgracia y que había demostrado claramente con su expresión y sus maneras de qué naturaleza sospechaba que era esa desgracia. Sin embargo, y pese a esta desventaja, Magdalen fue totalmente capaz de detectar los signos de enfermedad y dolor que acechaban bajo la superficie de la diligencia y la cortesía de la muchacha. Sospechó que tenía mal carácter, no le gustó su nombre y estaba predispuesta a recibir mal a cualquier sirvienta que hubiera contratado Noel Vanstone. Pero tras los primeros minutos, «Louisa» se granjeó sus simpatías. Respondió a todas las preguntas que le formulaba con absoluta franqueza, parecía comprender perfectamente sus deberes y no hablaba nunca si no le dirigían primero la palabra. Después de formular todas las preguntas que se le ocurrieron en aquel momento y decidir que era justo darle una oportunidad, Magdalen se levantó para salir de la habitación. El aire mismo estaba impregnado aún del ambiente opresivo de la noche anterior.

—¿Tienes algo más que decirme? —preguntó, volviéndose hacia la sirvienta con la mano en la puerta.

—Discúlpeme, señorita —dijo Louisa con tono muy respetuoso y discreto—. Creo que mi amo me dijo que la boda se celebraría mañana.

Magdalen reprimió el escalofrío que recorrió su cuerpo al oír aquella referencia a la boda en boca de una extraña y respondió afirmativamente.

—Es muy poco tiempo, señorita, para prepararlo todo. Si fuera usted tan amable de darme instrucciones sobre el equipaje antes de bajar...

—No habrá preparativos como tú supones —se apresuró a decir Magdalen—. Puedes hacer el equipaje con las pocas cosas que tengo aquí, si quieres. Mañana

llevaré el mismo vestido que llevo hoy. Deja fuera el sombrero de paja y el chal claro y guarda todo lo demás en mis baúles. No tengo vestidos nuevos; no he encargado absolutamente nada para la ocasión. —Intentó añadir unas frases tópicas que justificaran con la mayor verosimilitud posible la ausencia del ajuar habitual y del vestido de novia. Pero de sus labios no saldría ninguna otra referencia a la boda. Abandonó la habitación sin pronunciar palabra.

La dócil y melancólica Louisa se quedó de piedra. «Aquí ocurre algo malo —pensó—. Casi empiezo a temer por mi nuevo empleo.» Suspiró con resignación, sacudió la cabeza y se dirigió al guardarropa. Primero examinó los cajones de abajo, sacó las diversas prendas de ropa interior que había en ellos y las colocó sobre las sillas. A continuación abrió la parte superior del armario y puso los vestidos que allí había sobre la cama, unos junto a otros. El último paso consistió en empujar los baúles vacíos hasta el centro de la habitación y contrastar el espacio de que disponía con las prendas que tenía que guardar. Completó los cálculos preliminares con la presta seguridad en sí misma de una mujer que conocía muy bien su trabajo y empezó a hacer el equipaje inmediatamente. Acababa de colocar la primera prenda de ropa interior en el baúl más pequeño, cuando se abrió la puerta del dormitorio y entró la criada de la casa, ávida de chismorreos.

—¿Qué quieres? —preguntó Louisa tranquilamente.

—¿Habías visto cosa igual? —dijo la criada, yendo al grano.

—¿Igual a qué?

—A este matrimonio, claro. Me han dicho que eres de Londres. ¿Habías visto alguna vez que una señorita se case sin ajuar? No hay velo, ni banquete de boda, ni regalos para los criados. Es tentar a la Providencia, eso es lo que yo digo. Ya sé que sólo soy una pobre criada, pero es malo, malo de verdad, ¡y no me importa quién me oiga!

Louisa siguió haciendo el equipaje.

—¡Fíjate en sus vestidos! —insistió la criada, agitando la mano con indignación para señalar la cama—. Yo sólo soy una pobre chica, pero no me casaría ni con el mejor hombre del mundo sin un vestido nuevo que echarme a la espalda. ¡Mira esto!, fíjate en esta cosa marrón. ¡Alpaca! No irás a meter en el baúl esta cosa de alpaca, ¿verdad? ¡Pero si no sirve ni para una criada! No sé si lo aceptaría si me lo regalaran. A mí me quedaría bien si le subiera el bajo y le ensanchara la cintura, y no estaría tan mal con unos cuantos adornos de color, ¿no?

—Deja ese vestido, por favor —dijo Louisa, con la misma calma.

—¿Qué has dicho? —preguntó la otra, sin dar crédito a sus oídos.

—He dicho que dejes ese vestido. Pertenece a la señora y tengo órdenes de la señora de guardar todo lo que hay en la habitación. Tú no me ayudas presentándote aquí, me estás estorbando.

—¡Bueno! —dijo la criada—, puede que seas de Londres, como dicen, pero si éstos son los modales de Londres, ¡me quedo con Suffolk! —Abrió la puerta tirando airadamente del picaporte, la cerró con un portazo, volvió a abrirla y asomó la cabeza—. ¡Me quedo con Suffolk! —dijo la criada, despidiéndose con una inclinación de cabeza para subrayar el sarcasmo.

Louisa siguió haciendo el equipaje, impertérrita.

Después de colocar la ropa interior pulcramente doblada en el baúl pequeño, pasó a ocuparse de los vestidos. Luego los revisó con atención para determinar cuál era el menos valioso y colocarlo en el fondo del baúl debajo de los demás, e hizo su elección con escasas dificultades. El primer vestido que metió en el baúl fue el vestido de alpaca marrón.

Mientras tanto, Magdalen se había reunido con el capitán en la planta baja. Aunque él no dejó de notar la languidez de su rostro ni el nerviosismo de sus movimientos, le alivió descubrir que le saludaba con absoluta tranquilidad, y que incluso se mostraba lo bastante dueña de sí misma para pedirle noticias del viaje sin más signos de agitación que un cambio de color pasajero y un leve temblor de los labios.

—Hasta aquí lo referente al pasado —dijo el capitán Wragge cuando su relato sobre la expedición a Londres pasando por St. Crux llegó a su fin—. Ahora hablemos del presente. El novio...

—Si no le importa —le interrumpió Magdalen—, llámele señor Noel Vanstone.

—De mil amores. El señor Noel Vanstone vendrá aquí esta tarde a cenar y pasar luego la velada. Se mostrará pesado hasta la saciedad, pero como ocurre con todos los pesados, no habrá manera de zafarse de él. Antes de que venga, tengo que advertirle de un par de cosas en privado. Mañana a estas horas nos habremos separado sin saber con certeza, por ninguna de las dos partes, si volveremos a vernos. Deseo ser útil a sus intereses fielmente hasta el final; deseo que sienta usted que he hecho cuanto podía hacer por su futura seguridad cuando nos digamos adiós.

Magdalen lo miró sorprendida. El capitán hablaba con el tono alterado, se mostraba agitado, extrañamente serio. Vio algo en su expresión y sus maneras que le recordó la primera noche en Aldborough, cuando los dos se habían sentado a solas en la cuesta de la atalaya y ella le había revelado sus intenciones en la penumbra solitaria.

—No tengo razones para pensar más que cosas buenas de usted —dijo Magdalen.

El capitán Wragge abandonó su silla de repente y dio una vuelta por la habitación. Las últimas palabras de Magdalen parecían haberle trastornado de manera extraordinaria.

—¡Maldita sea! —espetó el capitán—. No puedo dejar que diga eso. Tiene razones para pensar mal de mí. La he engañado. Jamás le entregué lo que le

correspondía de verdad de los beneficios del espectáculo. ¡Bueno! ¡Ahora ya lo sabe!

Magdalen sonrió y le hizo señas de que volviera a sentarse.

—Ya sé que me engañó —dijo ella tranquilamente—. Se hallaba usted en el ejercicio de su profesión, capitán Wragge. Lo esperaba cuando me asocié con usted. No me quejé en su momento y no voy a quejarme ahora. Si el dinero del que se apoderó sirve de recompensa por todas las molestias que le he causado, está a su entera disposición.

—¿Querrá estrecharme la mano? —preguntó el capitán, con una torpeza y una vacilación que contrastaban vivamente con su acostumbrada desenvoltura.

Magdalen le tendió la mano. El capitán la estrechó con fuerza.

—Es usted una joven extraña —dijo, intentando hablar con un tono despreocupado—. Tiene usted un ascendiente sobre mí que no acabo de comprender. Casi me siento incómodo aceptando ahora su dinero y, sin embargo, usted no lo quiere, ¿verdad? —Titubeó—. Casi desearía —dijo— no haberla conocido en la muralla de York.

—Es demasiado tarde para desear eso, capitán Wragge. No siga. Sus palabras no hacen sino afligirme, no siga. Tenemos otras cosas de que hablar. ¿Cuáles eran esas advertencias que quería hacerme en privado?

El capitán dio otra vuelta por la habitación y se esforzó por volver a meterse en su papel cotidiano. Sacó de su cartera la carta que había dirigido la señora Lecount a su amo y se la tendió a Magdalen.

—Ésta es la carta que podría haber causado nuestra ruina si hubiera llegado a su destino —dijo—. Léala con atención. Tengo una pregunta que hacerle cuando termine.

Magdalen leyó la carta.

—¿Cuál es esa prueba —inquirió— en la que la señora Lecount confía con tal seguridad en sí misma?

—Lo mismo iba a preguntarle yo —dijo el capitán Wragge—. Haga memoria de lo que ocurrió cuando probó aquel experimento en Vauxhall Walk. ¿No dispuso la señora Lecount de ninguna otra oportunidad desfavorable para usted aparte de las que ya me ha contado?

—Descubrió que llevaba el rostro maquillado y me oyó hablar con mi propia voz.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Perfectamente. Entonces está claro que mi interpretación de la carta es la correcta. La prueba en la que confía la señora Lecount es la infernal historia de fantasmas de mi mujer, lo cual, en pocas palabras, significa que la señorita Bygrave fue vista disfrazada como la señorita Vanstone y que el testigo es la misma persona que después se ha presentado en Aldborough en calidad de tía de la señorita Bygrave.

Una excelente posibilidad para la señora Lecount si consigue echarle el guante a la señora Wragge en el momento oportuno, y ninguna posibilidad en absoluto si no lo consigue. Puede estar tranquila a ese respecto. La señora Lecount y mi mujer no volverán a verse. Mientras tanto, no olvide la advertencia que le hago al darle esta carta. Rómpala para evitar accidentes, pero no la olvide.

—Puede estar seguro de que la recordaré —dijo Magdalen, destruyendo la carta mientras hablaba—. ¿Tiene algo más que decirme?

—Tengo cierta información que darle —respondió el capitán Wragge— que podría serle útil, pues se refiere a su seguridad futura. Cuidado, no quiero saber nada de lo que hará cuando acabe el día de mañana; eso quedó acordado cuando hablamos del asunto por primera vez. No hago preguntas ni suposiciones. Lo único que quiero hacer ahora es aconsejarle sobre su situación legal después del enlace y dejar que usted haga uso del consejo como mejor le plazca, a su entera discreción. Consulté la opinión de un abogado mientras estaba en Londres, pensando que podría serle de utilidad.

—Sin duda lo será. ¿Qué dijo el abogado?

—Hablando claro, esto es lo que dijo. Si el señor Noel Vanstone descubre un día que usted se ha casado con él con un nombre falso deliberadamente, puede solicitar del tribunal eclesiástico que declare el matrimonio nulo y sin valor. El resultado de su petición dependería de los jueces, pero si pudiera demostrar que ha sido engañado intencionadamente, la opinión profesional es que tendría grandes posibilidades de conseguirlo.

—¿Y suponiendo que fuera yo quien lo solicitara? —preguntó Magdalen ávidamente—. ¿Qué ocurriría entonces?

—Podría presentar la solicitud —respondió el capitán—. Pero recuerde una cosa, tendría que presentarse ante el tribunal reconociendo su propio engaño. Ya se puede imaginar lo que pensarían los jueces.

—¿Le dijo algo más el abogado?

—Una cosa más —dijo el capitán Wragge—. Haga lo que haga la ley con el matrimonio en vida de ambos contrayentes, a la muerte de uno de los dos, el superviviente no podría solicitar la anulación y el matrimonio seguiría siendo válido hasta su muerte. ¿Lo entiende? Si él muere o muere usted, y si no se ha presentado la solicitud de anulación, el que sobreviva no podrá poner en duda el matrimonio. Pero mientras vivan los dos, si él decidiera pedir la disolución del matrimonio, lo tendría todo a su favor.

El capitán miró a Magdalen con curiosidad furtiva mientras pronunciaba estas palabras. Magdalen volvió el rostro, haciendo y deshaciendo un nudo en la cadena de su reloj distraídamente, reflexionando sin duda con la mayor concentración en lo que acababa de decirle. El capitán Wragge se acercó a la ventana con nerviosismo y

contempló la vista. El primer objeto que llamó su atención fue el señor Noel Vanstone que llegaba desde Sea-View. Al instante regresó junto a Magdalen y se dirigió a ella una vez más.

—Ahí está el señor Noel Vanstone —dijo—. Una última advertencia antes de que entre. Tenga cuidado con él en lo que respeta a su edad. Me la preguntó para pedir la licencia. Yo corté por lo sano y le dije que tenía usted veintiún años, y así lo declaró él. No se preocupe por mí, a partir de mañana seré invisible, pero no olvide por su propio bien, si se habla de ello, que era mayor de edad cuando se casó. Nada más. Ha recibido usted todas las advertencias necesarias que yo podía hacerle. Ocurra lo que ocurra en el futuro, recuerde que he hecho todo lo posible.

El capitán se dirigió presuroso hacia la puerta sin aguardar respuesta y salió a recibir a su invitado en el jardín.

Noel Vanstone hizo su aparición en la verja de North Shingles llevando solemnemente su regalo de bodas con ambas manos. El objeto en cuestión era un joyero antiguo (una de las gangas de su padre); en el interior del joyero descansaba un anticuado broche con un carbúnculo engastado en plata (otra de las gangas de su padre); regalos ambos que poseían el mérito inestimable de no haber inquietado su bolsillo. Meneó la cabeza ominosamente cuando el capitán preguntó por su salud y su estado de ánimo. Noel Vanstone había pasado la noche en blanco, asaltado, una vez a solas en Sea-View, por los temores irrefrenables de una súbita reaparición de Lecount. Sea-View estaba impregnada de Lecount; Sea-View (aunque construida sobre pilotes y siendo la casa más segura de Inglaterra) era desde entonces odiosa para él. Había tenido esa sensación durante toda la noche; también había tomado conciencia de sus responsabilidades. La doncella de su dama, para empezar. Después de haberla contratado, empezaba a pensar que no iba a servirle. Podía ponerse enferma; podía haberle engañado asumiendo una falsa personalidad; quizá la patrona del hotel y ella se habían conchabado contra él. ¡Horrible! Realmente era horrible pensarlo. Después estaba su otra responsabilidad —quizá la más pesada de las dos—, la de decidir dónde iban a pasar la luna de miel. Él hubiera preferido una de las casas vacías de su padre. Pero, excepto la de Vauxhall Walk (a la que suponía que se pondrían reparos) y la de Aldborough (en la que naturalmente no se podía ni pensar), todas estaban alquiladas. Se ponía en manos del señor Bygrave. ¿Dónde había pasado el señor Bygrave su luna de miel? Teniendo las islas Británicas para elegir, ¿dónde plantaría su tienda de campaña el señor Bygrave con la debida atención a las circunstancias?

En aquel punto finalizaron bruscamente las preguntas del novio y su rostro mostró una expresión de incontenible asombro. Su juicioso amigo, de cuyo consejo había disfrutado enteramente en todas las emergencias, le abandonó de pronto ante la emergencia de la luna de miel y se negó tajantemente a hablar de ese tema.

—¡No! —dijo el capitán, cuando Noel Vanstone abrió la boca para pedir ser escuchado—. Tendrá que disculparme. En este caso, como de costumbre, tengo mi particular punto de vista. Hace un tiempo que vivo en una atmósfera de engaños por su conveniencia. Esa atmósfera, mi buen señor, empieza a ser sofocante; mi ser moral precisa ser ventilado. Resuelva la cuestión del lugar con mi sobrina y manténgame, a petición mía, en una total ignorancia sobre su decisión. Sin duda la señora Lecount vendrá aquí a su regreso de Zurich y sin duda me preguntará adonde han ido. Puede que le parezca extraño, señor Vanstone, pero cuando le conteste que no lo sé, deseo gozar del desacostumbrado placer de sentir, por una vez, ¡que estoy diciendo la verdad!

Expresándose así, abrió la puerta de la salita, llevó a Noel Vanstone ante Magdalen, volvió a salir inclinando la cabeza y abandonó la casa solo para pasar el resto de la tarde dando un paseo. Su rostro mostraba claros signos de inquietud y sus ojos bicolors miraban recelosamente aquí y allá mientras caminaba lentamente a lo largo de la playa. «El tiempo discurre lentamente entre nuestros dedos —pensó el capitán—. Ojalá el día de mañana hubiera pasado ya.»

El día pasó y no ocurrió nada; la tarde y la noche se sucedieron plácidamente y sin incidentes. Llegó el lunes, un precioso día sin nubes. El lunes confirmó la afirmación del capitán: la boda era cosa segura. Hacia las diez de la mañana, el sacristán subió las escaleras de la iglesia y, al encontrarse bajo el pórtico al encargado de abrir los bancos ^[28], citó el viejo proverbio: «¡Feliz la novia para la que brilla el sol!».

Un cuarto de hora después, los contrayentes y sus acompañantes se hallaban en la sacristía y el pastor los conducía al altar. Pese a que la boda se había guardado en secreto, el hecho de que se abriera la iglesia por la mañana había bastado para darlo a conocer. Una pequeña congregación compuesta casi enteramente por mujeres se repartía por los bancos. La hermana de Kirke y sus hijos se hallaban de visita en casa de una amiga de Aldborough... y la hermana de Kirke formaba parte de la congregación.

Cuando el cortejo nupcial entró en la iglesia, Noel Vanstone contagió al capitán su terror obsesivo a la señora Lecount. En los primeros minutos, los ojos de ambos escudriñaron los bancos unidos en la misma búsqueda y se apartaron con la misma sensación de alivio. El pastor se percató de aquellas miradas y examinó la licencia con mayor detenimiento del habitual. El sacristán empezó a tener sus dudas de que el viejo proverbio sobre las novias fuera siempre certero. Las feligresas murmuraron entre sí por el inexcusable desprecio hacia las apariencias que implicaba el vestido de la novia. La hermana de Kirke susurró malévolamente al oído de su amiga: «Gracias

a Dios por lo de hoy, en bien de Robert». La señora Wragge lloraba quedamente, temiendo la amenaza de no sabía qué calamidad. La única de los presentes que en su aspecto externo permaneció impávida fue la propia Magdalen. Ocupó con resignación y los ojos secos su lugar ante el altar, como si todas las fuentes de la emoción humana se hubieran helado en su interior.

El pastor abrió la Biblia.

Estaba hecho. Las espantosas palabras que ascendían de la Tierra al Cielo ya se habían pronunciado. Los hijos de los difuntos hermanos —herederos de la implacable enemistad que había separado a sus padres— eran marido y mujer.

A partir de aquel punto, los acontecimientos se precipitaron con asombrosa celeridad hasta el momento de la despedida. Ya habían regresado a la casa, pero las frases del oficio matrimonial aún parecían resonar en sus oídos. Antes de que hubieran pasado cinco minutos, el carruaje se detuvo ante la verja. Un minuto después llegó la oportunidad que Magdalen y el capitán habían estado buscando, la oportunidad de hablar en privado por última vez. Magdalen conservaba su fría resignación; parecía ahora fuera del alcance del miedo que antes la dominara y de los remordimientos que antes torturaban su alma. Con mano firme entregó al capitán el dinero prometido. Con expresión firme lo miró por última vez.

—Yo no tengo la culpa —susurró él con vehemencia—. Me he limitado a hacer lo que me pidió. —Magdalen inclinó la cabeza, la inclinó hacia él amablemente y dejó que le tocara la frente con los labios—. ¡Tenga cuidado! —dijo el capitán—. Mis últimas palabras son, ¡por amor de Dios, tenga cuidado cuando yo ya no esté! —Magdalen le dio la espalda con una sonrisa y se despidió de su mujer. La señora Wragge se esforzó por afrontar la pérdida valientemente, la pérdida de la amiga cuya presencia había sido como una luz caída del Cielo sobre el oscuro sendero de su vida.

—Ha sido usted muy buena conmigo, querida; le doy las gracias; le doy las gracias de todo corazón. —No pudo decir más; se aferró a Magdalen estallando en lágrimas, como se hubiera aferrado a ella su madre, de haber vivido para ver aquel horrible día—. ¡Temo por usted! —exclamó la pobrecilla con un frenético gemido—. ¡Oh, querida, temo por usted! —Magdalen se desasíó desesperadamente, la besó y se dirigió a la puerta a toda prisa. La expresión de aquella gratitud espontánea, el llanto de aquel amor leal, consiguieron perturbar a Magdalen, que hasta entonces había permanecido impassible. El carruaje sería su refugio, pese a que el hombre con el que se había casado la esperara junto a la portezuela.

La señora Wragge intentó seguirla al jardín, pero el capitán había visto el rostro de Magdalen cuando ésta salió corriendo y retuvo a su mujer en el pasillo con firmeza. Desde esa distancia se intercambiaron las últimas palabras de despedida. Mientras el carruaje estuvo a la vista de la casa, Magdalen miró hacia atrás y agitó el

pañuelo cuando dio la vuelta a la esquina. Instantes después se rompía el último cabo que la unía a ellos: ¡la compañía familiar de todos aquellos meses era ya cosa del pasado!

El capitán Wragge cerró la puerta a los curiosos que observaban desde el paseo. Llevó a su mujer de nuevo a la salita y le habló con una indulgencia que jamás antes le había mostrado.

—Ella ha emprendido su propio camino —dijo—, y dentro de una hora nosotros habremos emprendido el nuestro. Lloro cuanto quieras, desahógate. No niego que es digna de lástima.

Incluso entonces, incluso cuando más sombrío era su temor por el futuro de Magdalen, persistió el hábito dominante de toda una vida. Maquinalmente abrió su maletín. Maquinalmente abrió su Libro Mayor y consignó por escrito la entrada final, la entrada de su última transacción con Magdalen. «Recibido de la señorita Vanstone —escribió el capitán, ceñudo y con expresión lúgubre—. Doscientas libras.»

—¿No se enfadará conmigo? —dijo la señora Wragge, mirando tímidamente a su marido a través de las lágrimas—. Quiero una palabra de consuelo, capitán. Oh, por favor, dígame, ¿cuándo volveré a verla?

El capitán cerró el libro y respondió con una palabra inexorable:

—Jamás.

Entre las once y las doce de aquella misma noche, el carruaje de la señora Lecount entraba en Zurich.

La casa de su hermano, ante la cual se detuvo, estaba cerrada. Le costó tiempo y esfuerzo despertar a la criada, que alzó las manos con mudo asombro al abrir la puerta y ver quién era la visitante.

—¿Está vivo mi hermano? —preguntó la señora Lecount entrando en la casa.

—¡Vivo! —repitió la criada—. Se ha ido de vacaciones al campo para acabar la convalecencia respirando aire puro.

El ama de llaves se tambaleó hasta dar de espaldas contra la pared del pasillo. El cochero y la criada la sentaron en una silla. La señora Lecount tenía el rostro lívido y le castañeteaban los dientes.

—Envíe a buscar al médico de mi hermano —dijo, en cuanto recuperó el habla.

El médico llegó. Ella le tendió una carta antes de que pudiera decir nada.

—¿Escribió usted esa carta?

El la repasó rápidamente y respondió sin vacilar.

—¡Desde luego que no!

—Es su letra.

—Es una falsificación de mi letra.

La señora Lecount se levantó de la silla con nuevos bríos.

—¿Cuándo sale el tren correo en dirección a París? —preguntó.

—Dentro de media hora.

—¡Envíe a alguien inmediatamente a reservarme un asiento en él!

La criada vaciló, el médico protestó. Ella hizo oídos sordos a ambos.

—¡Envíe a alguien! —repitió—. O iré yo misma.

Los demás obedecieron. La criada fue a reservar el asiento; el médico se quedó y mantuvo una conversación con la señora Lecount. Cuando pasó la media hora, la ayudó a ocupar su asiento en el tren correo y, por su cuenta, encargó al conductor que se ocupara de la pasajera.

—Ha viajado hasta aquí desde Inglaterra sin interrupción —dijo el médico— y ahora regresa sin haber descansado. Cuide de ella o acabará desmoronándose a causa de la fatiga del doble trayecto.

El tren correo emprendió la marcha. Antes de que la primera hora del nuevo día llegase a su fin, la señora Lecount se hallaba de nuevo de camino a Inglaterra.

Fin de la Cuarta Escena

ENTREACTO

Desarrollo de la historia a través del correo

I

De George Bartram a Noel Vanstone

St. Crux, 4 de septiembre de 1847

Mi querido Noel:

Dos preguntas claras para empezar. En nombre de todos los misterios, ¿de qué te escondes? ¿Y por qué todo lo que se relaciona con tu boda sigue siendo un secreto impenetrable para tus amigos más íntimos?

He estado en Aldborough en busca de alguna pista que me llevara hasta ti y he vuelto tal como me marché. He escrito a tu abogado de Londres y me ha contestado que le has prohibido revelar a nadie el lugar al que te has retirado si no recibía primero tu permiso. Lo único que he podido sacarle es que te remitiría cualquier carta que encomendara a su cuidado. Te escribo por tanto y, cuidado, espero respuesta.

Te preguntarás, con ese mal carácter que tienes, con qué derecho me entrometo yo en los asuntos que tú prefieres mantener secretos. Mi querido Noel, hay una seria razón para que nos comuniquemos contigo desde esta casa. No sabes qué ha ocurrido en St. Crux desde que huiste para casarte y, aunque detesto escribir cartas, tendré que perder hoy una hora de caza para intentar explicártelo.

El día veintitrés del mes pasado, al almirante y a mí nos molestaron mientras tomábamos nuestro vino después de comer con el anuncio de que había llegado una visita inesperada a St. Crux. ¿Quién crees que era? ¡La señora Lecount!

Mi tío, con esa anticuada galantería suya propia de un solterón, que trata con igual respeto todo lo que lleve enaguas, abandonó la mesa inmediatamente para dar la bienvenida a la señora Lecount. Mientras yo dudaba si seguirle o no, el almirante puso un repentino fin a mis meditaciones llamándome con un grito. Yo corrí hacia el gabinete, y allí estaba tu desventurada ama de llaves, en el sofá, con todas las criadas de la casa alrededor, más muerta que viva. Había viajado de Inglaterra a Zurich y de Zurich a Inglaterra sin detenerse y parecía literalmente a las puertas de la muerte. Inmediatamente convine con mi tío en que la primera cosa que debíamos hacer era enviar en busca de un médico. Despachamos a un mozo de cuadra en el acto y, a petición de la señora Lecount, echamos a todas las criadas, en pleno, de la habitación.

Tan pronto como quedamos solos, la señora Lecount nos sorprendió con una pregunta singular. Quiso saber si tú habías recibido una carta que te había enviado a esta casa antes de abandonar Inglaterra. Cuando le dijimos que, a petición tuya, la carta había sido remitida adjunta a una carta dirigida a tu amigo, el señor Bygrave, se le puso el rostro ceniciento, y cuando añadimos que te habías marchado en

compañía de ese mismo señor Bygrave, juntó las manos y nos miró fijamente como si hubiera perdido el juicio. Su siguiente pregunta fue: «¿Dónde está ahora el señor Noel?». Sólo podíamos contestar de una manera. El señor Noel no nos había informado. Esta respuesta la dejó completamente atónita. «¿Se ha encaminado hacia su ruina?», dijo. «Se ha ido en compañía del canalla más grande de Inglaterra. ¡Tengo que encontrarlo! ¡Les digo que tengo que encontrar al señor Noel! Si no lo encuentro de inmediato, será demasiado tarde. ¡Se habrá casado!», espetó, totalmente fuera de sí. «¡Por mi honor juro que se habrá casado!» El almirante, imprudente quizá, pero con la mejor intención, le dijo que ya lo habías hecho. La señora Lecount dejó escapar un grito que hizo temblar los cristales de las ventanas y se desplomó en el sofá desmayada. El médico llegó entonces oportunamente y pronto le hizo recobrar el conocimiento. Pero la señora Lecount cayó enferma esa misma noche —ha empeorado de día en día desde entonces— y el último informe médico asegura que la fiebre que ha venido padeciendo va camino de afectarle el cerebro.

Bien, mi querido Noel, ni mi tío ni yo tenemos deseo alguno de meternos en tu vida privada. Naturalmente estamos asombrados por el extraordinario misterio que envuelve tu matrimonio y no podemos cerrar los ojos al hecho de que, en apariencia, tu ama de llaves tiene serios motivos personales para ver a la señora de Noel Vanstone con inquina y desconfianza, aunque nosotros estamos dispuestos a creer que la dama en cuestión no ha hecho nada para merecerlo. Sea cual sea el extraño malentendido que hay en tu casa, es asunto tuyo (si decides mantenerlo en secreto), no nuestro. Lo único que tenemos derecho a hacer es comunicarte lo que dice el médico. Su paciente delira; se niega a responder por su vida si sigue como hasta ahora; y cree —dado que ella no deja de hablar de su amo— que si pudieras venir aquí inmediatamente y ejercer tu influencia antes de que sea demasiado tarde, tu presencia podría servir para calmarla.

¿Qué me dices? ¿Emergerás de la oscuridad que te rodea y vendrás a St. Crux? Si se tratara de una criada cualquiera, podría comprender que dudarás en abandonar los goces de la luna de miel con el fin que aquí te propongo. Pero, mi querido amigo, la señora Lecount no es una criada cualquiera. Tienes una deuda de gratitud con ella por su fidelidad y su afecto, en vida de tu padre y ahora contigo, y si puedes calmar las inquietudes que parecen volver loca a esta desdichada mujer, creo realmente que deberías venir y hacerlo. Por supuesto no puedes dejar a la señora Noel Vanstone. No hay necesidad de tan cruel extremo. El almirante desea que te acuerdes que es el amigo más antiguo que tienes y que esta casa está a disposición de tu esposa como siempre lo ha estado a la tuya. En este enorme y laberíntico lugar no ha de temer la cercanía con la habitación de la enferma y, pese a todas las rarezas de mi tío, estoy convencido de que no despreciará esta oferta de amistad.

¿He dicho ya que fui a Aldborough para intentar encontrar una pista de tu

paradero? No puedo molestarme ahora en volver atrás para comprobarlo, de modo que, si ya te lo he dicho, te lo vuelvo a decir. Lo cierto es que en Aldborough conocí a una persona a la que tú conoces en cierta manera, al menos por referencias.

Tras acudir en vano a Sea-View, fui al hotel para preguntar por ti. La patrona no tenía información alguna que darme, pero en cuanto mencioné tu nombre me preguntó si éramos parientes, y cuando le expliqué que somos primos, me contó que en aquel momento se alojaba en el hotel una señorita que también se apellidaba Vanstone, que se hallaba muy angustiada por la desaparición de una pariente y que quizá podría serme útil —o yo a ella— si compartíamos los detalles de nuestros propósitos respectivos en Aldborough. Yo no tenía la menor idea de quién era, pero le envié mi tarjeta al azar; cinco minutos después, me hallé en presencia de una de las mujeres más encantadoras en las que se han posado estos ojos.

Nuestras primeras explicaciones me informaron de que conocía mi nombre de oídas. ¿Quién crees que era? La hija mayor de mi tío y el tuyo, Andrew Vanstone. En otro tiempo había oído a menudo a mi pobre madre hablar de su hermano Andrew, y conocía la triste historia de Combe-Raven. Pero nuestras familias, como tú bien sabes, siempre han estado distanciadas, así que jamás había visto a mi encantadora prima. Tiene los cabellos y los ojos oscuros, y los modales amables y reservados que siempre he admirado en una mujer. No quiero reabrir nuestra vieja desavenencia sobre la conducta de tu padre hacia esas dos hermanas, ni negar que su hermano Andrew pudiera portarse mal con él. Estoy dispuesto a admitir que la elevada postura moral que adoptó tu padre en ese asunto es totalmente inalcanzable para un miserable pecador como yo, y no discutiré que mis hábitos manirroto me incapacitan para opinar sobre el proceder de los demás en los aspectos pecuniarios. Pero, aun con todas estas consideraciones e inconvenientes, te diré una cosa, Noel. Si alguna vez llegas a ver a la mayor de las señoritas Vanstone, me arriesgo a profetizar que, por primera vez en tu vida, dudarás de que sea correcto seguir el ejemplo de tu padre.

Me contó su pequeña historia, pobrecilla, del modo más sencillo y sin afectación. Se encuentra ahora ocupando su segunda colocación como institutriz y, como de costumbre, yo, que conozco a todo el mundo, también conozco a esa familia. Son unos amigos de mi tío con los que no tiene relación últimamente, los Tyrrel de Portland Place, y tratan a la señorita Vanstone con tanta bondad y consideración como si fuera miembro de la familia. Una de sus antiguas sirvientas la había acompañado hasta Aldborough; el propósito de su viaje resultó ser el que me había contado la patrona. Los reveses familiares han tenido al parecer un efecto perjudicial sobre la hermana menor de la señorita Vanstone, que ha abandonado a sus allegados y falta de casa desde hace algún tiempo. Lo último que se sabía de ella era que había estado en Aldborough, por lo que, a su regreso del Continente con los Tyrrel, su

hermana mayor se había encaminado de inmediato hacia el lugar para indagar su paradero.

Esto fue lo que me contó la señorita Vanstone. Me preguntó si tú habías visto a su hermana o si la señora Lecount sabía algo sobre ella, supongo que porque sabía que habíais estado en Aldborough. Por supuesto yo no podía decirle nada. Ella no entró en detalles y yo no podía tomarme la libertad de pedirselos. Me limité a dedicar ímprobos esfuerzos a ayudarla en sus pesquisas. Nuestro empeño fracasó estrepitosamente; nadie pudo darnos información alguna. Probamos con una descripción personal, claro está, y por extraño que parezca, la única señorita joven que había estado en Aldborough y que respondía a la descripción era ni más ni menos que ¡la señorita con la que te has casado! De no ser porque tenía un tío y una tía (que han abandonado el lugar), ¡hubiera empezado a sospechar que te habían casado con tu prima sin que lo supieras! ¿Es ésta la clave del misterio? No te enojés, ya sabes que siempre bromeo y no puedo evitar escribir con la misma ligereza con la que hablo. El resultado final fue que nuestras indagaciones quedaron sin fruto y regresé en el tren con la señorita Vanstone y su acompañante hasta la estación de aquí. Creo que iré a visitar a los Tyrrel la próxima vez que vaya a Londres. Desde luego he tratado a esa familia con una inexcusable negligencia.

¡Aquí me tienes, al final de la tercera hoja de papel de cartas! No empuño la pluma con frecuencia, pero cuando lo hago, convendrás conmigo en que no tengo prisa por volver a dejarla. Piensa lo que quieras del resto de mi carta, pero medita lo que te he dicho sobre la señora Lecount y recuerda que no disponemos de mucho tiempo.

Afectuosamente,

GEORGE BARTRAM

II

De Norah Vanstone a la Señorita Garth

Portland Place

Mi querida señorita Garth:

¡Más aflicción, más decepciones! Acabo de regresar de Aldborough sin hacer ningún descubrimiento. Magdalen sigue en paradero desconocido.

No puedo atribuir este nuevo fracaso de mis esperanzas a una falta de perseverancia o de perspicacia al realizar las pesquisas necesarias. Mi inexperiencia en tales asuntos recibió la ayuda, amabilísima e inesperada, del señor George Bartram. Por una extraña coincidencia, se hallaba también en Aldborough indagando el paradero del señor Noel Vanstone en el mismo momento en el que yo indagaba el de Magdalen. Me envió su tarjeta y al darme cuenta por el nombre de que era mi primo —si así puedo llamarlo—, pensé que no faltaría al decoro viéndole para pedirle consejo. Me abstuve de entrar en detalles, por el bien de Magdalen, y no hice alusión alguna a aquella carta de la señora Lecount que usted contestó por mí. Sólo le dije que Magdalen había desaparecido y que su último paradero conocido era Aldborough. La amabilidad que demostró el señor George Bartram dedicándose enteramente a ayudarme desafía toda descripción. Me trató, en mi desesperada situación, con una delicadeza y un respeto que recordaré con gratitud mucho después de que él mismo olvide quizá nuestro encuentro. Es bastante joven; yo diría que no pasa de los treinta. Su rostro y su figura me recordaron un poco el retrato de mi padre en Combe-Raven. Me refiero al retrato del comedor, el de mi padre cuando era joven.

Pese a la inutilidad de nuestras pesquisas, uno de sus resultados ha dejado en mí una impresión extraña y sobrecogedora.

Al parecer el señor Noel Vanstone se ha casado recientemente en circunstancias misteriosas con una señorita a la que conoció en Aldborough, de nombre Bygrave. Se ha ido con su esposa sin decirle a nadie salvo a su abogado cuál era su destino. Esto me lo contó el señor George Bartram, que intentaba hallar alguna pista sobre él con el fin de comunicarle la noticia de la grave enfermedad de su ama de llaves; ama de llaves que resulta ser la misma señora Lecount cuya carta contestó usted. Hasta aquí, me dirá usted, no hay nada que tenga por qué interesarnos a nosotras. Pero creo que se sorprenderá usted tanto como yo cuando le diga que la descripción de la señorita Bygrave que hacen los habitantes de Aldborough es alarmante e inexplicablemente parecida a la descripción de Magdalen. Este descubrimiento, considerado en relación con todas las circunstancias que nos son conocidas, ha tenido un efecto sobre mi ánimo que no tengo palabras para describir, que no me

atrevo siquiera a admitir. ¡Por favor, venga a visitarme! Jamás me había sentido tan mal por Magdalen como me siento ahora. La incertidumbre debe de haber debilitado mis nervios de un extraño modo. Me he vuelto supersticiosa con las cosas más nimias. Esa semejanza accidental de una completa desconocida con Magdalen me llena a veces de terribles presentimientos, simplemente porque el nombre del señor Noel Vanstone se halla involucrado. Una vez más le ruego que venga a verme. Tengo muchas cosas que decirle que no puedo ni me atrevo a poner por escrito.

Con todo mi agradecimiento, afectuosamente,

NORAH

III

Del Señor John Loscombe (Abogado) al Señor George Bartram

*Lincoln's Inn, Londres.
6 de septiembre de 1847*

Señor:

Acuso recibo de su nota adjuntando una carta dirigida a mi cliente, el señor Noel Vanstone, y solicitando que remita dicha carta a la dirección actual del señor Vanstone.

Desde que tuve el placer de comunicarme con usted en referencia a este asunto, mi posición con respecto a mi cliente ha cambiado por completo. Hace tres días recibí una carta en la que anunciaba su intención de cambiar su lugar de residencia al día siguiente, pero dejándome por completo ignorante del lugar al que tenía intención de mudarse. No he sabido nada de él desde entonces y, dado que previamente había recurrido a mí para obtener una suma de dinero mayor de lo habitual, no tendrá necesidad inmediata de volver a escribirme, suponiendo que desee ocultar a todos su lugar de residencia, incluyéndome a mí.

En estas circunstancias, creo que lo correcto es devolverle a usted la carta, asegurándole que si de nuevo estuviera en situación de remitírsela a su destinatario, se lo haría saber.

Su humilde servidor,

JOHN LOSCOMBE

IV

De Norah Vanstone a la Señorita Garth

Portland Place

Mi querida señorita Garth:

Olvide la carta que le escribí ayer y todos los sombríos presagios que contiene. El correo de esta mañana me ha dado una nueva vida. Acabo de recibir una carta, dirigida a mí pero con la dirección de usted, que me ha remitido su hermana, dado que ayer se hallaba usted ausente. ¿Adivina quién me la envía? ¡Magdalen!

*La carta es muy corta; parece escrita a toda prisa. Dice que ha soñado conmigo desde hace algunas noches y que los sueños le han hecho temer que me haya causado más aflicción por su culpa de la que merece. Me escribe por tanto para asegurarme que se halla sana y salva, que espera verme pronto y que tiene algo que decirme cuando nos encontremos que pondrá a prueba mi amor fraternal de un modo que no ha conocido hasta ahora. La carta no lleva fecha, pero el matasellos es de «Allonby», que, según he descubierto tras consultar el *Gazeteer* [29], es un pequeño pueblo costero de Cumberland. No me será posible contestar a su carta, pues Magdalen dice expresamente que está en vísperas de abandonar su actual residencia y que no le es posible decirme adonde va ni dejar instrucciones para que le remitan el correo.*

En tiempos más felices, hubiera considerado esta carta muy lejos de ser satisfactoria y me hubiera alarmado seriamente por esa alusión a una futura revelación por su parte que pondrá a prueba mi amor de un modo que no he conocido hasta ahora. Pero, después de la incertidumbre que he sufrido, la felicidad de ver de nuevo su letra parece henchir mi corazón y alejar de él todos los demás sentimientos. No le envío a usted la carta porque sé que vendrá pronto a verme y quiero disfrutar el placer de ver cómo la lee.

Afectuosamente suya,

NORAH

P.D. El señor George Bartram ha visitado hoy a la señora Tyrrel. Ha insistido en ser presentado a los niños. Cuando se ha ido, la señora Tyrrel se ha reído con su buen humor característico y ha dicho que su deseo de ver a los niños era, en su opinión, deseo de verme a mí. ¡Puede usted imaginar cuánto ha mejorado mi estado de ánimo para permitirme usar la pluma y escribir sobre tales tonterías!

V

De la Señora Lecount al Señor de Bleriot, Agente Comercial, Londres

St. Crux, 23 de octubre de 1847

Querido señor:

Me he demorado en darle las gracias por la amable carta en la que me promete su ayuda en amistoso recuerdo de las relaciones comerciales que existieron entre mi hermano y usted. Lo cierto es que abusé de mis fuerzas tras curar de una larga y peligrosa enfermedad, y durante los últimos diez días he sufrido una recaída. Ahora vuelvo a estar bien y puedo acometer el asunto que tan amablemente se ofreció usted a llevar a cabo por mí.

La persona cuyo lugar de residencia debo descubrir a toda costa es el señor Noel Vanstone. Durante muchos años he servido a ese caballero como ama de llaves y, no habiendo sido formalmente despedida, me considero aún a su servicio. Durante mi ausencia en el Continente, se casó en la intimidad en Aldborough, Suffolk, el pasado día dieciocho de agosto. Abandonó Aldborough ese mismo día llevándose con él a su esposa a algún lugar retirado que ha mantenido en secreto, salvo para su abogado, el señor Loscombe, de Lincoln's Inn. Tras un corto espacio de tiempo, volvió a mudarse el cuatro de septiembre, en esta ocasión sin informar al señor Loscombe de su nueva morada. A partir de entonces hasta el día de hoy, el abogado ha permanecido (o ha fingido permanecer) en la ignorancia sobre su paradero. Teniendo en cuenta estas circunstancias, se ha solicitado al señor Loscombe que informara sobre el lugar de residencia previo, dado que es sabido que el señor Vanstone se lo había comunicado. El señor Loscombe se ha negado a acceder a esta petición alegando la falta de permiso formal para revelar las acciones de su cliente después de abandonar Aldborough. Todos estos detalles los he recibido por medio de la persona que ha mantenido correspondencia con el señor Loscombe, el sobrino del caballero al que pertenece esta casa y cuya caridad me ha dado asilo bajo su propio techo durante mi grave enfermedad.

Creo que las razones que han inducido al señor Noel Vanstone a mantenerse oculto junto con su esposa están enteramente relacionadas conmigo. En primer lugar, él es consciente de que las circunstancias en las que se ha casado son tales que me dan derecho a juzgarlo con justa indignación. En segundo lugar, sabe que mis leales servicios, prestados durante un período de veinte años a su padre y a él mismo, le impiden, por un sentido de la más elemental decencia, arrojar me al mundo desvalida y sin una renta para el resto de mis días. Él es el más mezquino de los

hombres y su esposa es la más vil de las mujeres. Mientras él pueda evitarlo, no cumplirá con la obligación que tiene para conmigo, y no me cabe duda de que su esposa le alentará, reforzando su ingratitud.

He resuelto hallarlo con un propósito que expongo brevemente. Su matrimonio le ha expuesto a consecuencias que un hombre con un valor diez veces mayor que el suyo no afrontaría sin acobardarse. Él nada sabe de esas consecuencias. Su esposa sí las conoce y a él lo mantiene en la ignorancia. Yo las sé y puedo revelárselas. Su seguridad frente al peligro que lo amenaza depende por completo de mí, y pagará el precio de su rescate hasta el último penique de la deuda que en justicia me corresponde, ni más ni menos.

Le he expuesto mis intenciones sin reservas, como me pedía. Sabe por qué quiero encontrar a ese hombre y lo que pretendo hacer cuando lo encuentre. Dejo a su comprensión que responda a la seria pregunta que aún nos resta: ¿cómo hallarlo? Si puede dar con una primera pista tras su partida de Aldborough, creo que unas prudentes pesquisas bastarán para lo demás. La apariencia personal de la esposa y el extraordinario contraste entre el marido y ella sin duda habrán atraído la atención, y los recordará todo desconocido que los vea.

Cuando tenga a bien mandarme su respuesta, diríjala por favor a: «A la atención de la señora Lecount, almirante Bartram, St. Crux-in-the-Marsh, cerca de Ossory, Essex».

Con todo mi agradecimiento, atentamente,

VIRGINIE LECOUNT

VI

Del Señor de Bleriot a la Señora Lecount

*Dark's Building, Kingsland,
25 de octubre de 1847*

Personal y confidencial

Querida señora:

Me apresuro a responder a su atenta carta con fecha del sábado. Ciertas circunstancias me han permitido actuar en su favor gracias a un amigo mío que posee gran experiencia en la dirección de investigaciones privadas de todo tipo. Le consulté el caso de usted (sin mencionar nombres) y me alegra poder informarle de que mis puntos de vista y los suyos sobre la línea de conducta correcta coinciden en todos los detalles.

Tanto mi amigo como yo opinamos que poco o nada puede hacerse para hallar el rastro de las personas que menciona hasta que se descubra primero el lugar en el que residieron temporalmente tras abandonar Aldborough. Si se puede hacer, cuanto antes se consiga mejor. A juzgar por su carta, habrán pasado varias semanas desde que el abogado recibió la comunicación de que habían cambiado de domicilio. Dado que ambos son personas de aspecto singular, es probable que los desconocidos que puedan haberles ayudado durante sus viajes no los hayan olvidado aún. No obstante, sería deseable apresurarse.

Debería usted considerar la posibilidad de que hayan comunicado la dirección que necesitamos a alguna otra persona además del abogado. Quizá el marido escribiera a algún miembro de su familia, o la esposa escribiera a algún miembro de la suya. Tanto mi amigo como yo opinamos que esta última posibilidad es la más probable. Si tiene usted algún medio de acceder a la familia de la esposa, le recomendamos vivamente que haga uso de él. En caso contrario, por favor, indíquenos los nombres de sus parientes cercanos o de amigas íntimas que conozca, y nosotros procuraremos acceder a ellos por usted.

En cualquier caso, le pedimos que nos envíe de inmediato una descripción personal lo más exacta posible de ambos cónyuges. Podríamos requerir su ayuda en este importante punto en cuestión de minutos. Por tanto, facilítenos la descripción a vuelta de correo. Mientras tanto, nosotros intentaremos averiguar si puede obtenerse en secreto alguna información en la oficina del señor Loscombe. Seguramente el abogado está por completo fuera de nuestro alcance. Pero si podemos negociar ventajosamente con alguno de sus pasantes en condiciones que no resulten gravosas para sus recursos monetarios, puede estar segura de que aprovechará esa

oportunidad.
Su leal servidor,

ALFRED DE BLERIOT

VII

Del Señor Pendril a Norah Vanstone

Serle Street, 27 de octubre de 1847

Mi querida señorita Vanstone:

Una señora, de nombre Lecount (anteriormente vinculada al servicio del señor Noel Vanstone en calidad de ama de llaves) se ha presentado en mi despacho esta mañana y me ha pedido que le proporcionara la dirección de usted. Le he rogado que me excusara de otorgarle inmediatamente su petición y que viniera a verme mañana por la mañana, momento en que podría darle una respuesta definitiva.

Mi vacilación en este asunto no procede de suspicacia alguna sobre la persona de la señora Lecount, pues nada sé de ella que vaya en su detrimento. Pero al hacerme esta petición, ha manifestado que el propósito de la entrevista solicitada era el de hablar con usted en privado con respecto a su hermana. Perdóneme por admitir que decidí no darle la dirección en cuanto oí esas palabras. ¿Será usted indulgente con su viejo amigo que le desea sinceramente el mayor de los bienes? No se lo tome a mal si expreso mi total desaprobación por permitir que la mezclen en el futuro, sea cual sea el pretexto, con las acciones de su hermana.

No quiero añadir más para no afligirla, pero mi interés por su bienestar es demasiado grande y mi admiración por la paciencia con que ha soportado usted todas sus penas es demasiado sincera para decir menos.

Si no puedo convencerla para que siga mi consejo, no tiene más que decírmelo y la señora Lecount sabrá su dirección mañana. En este caso (que no puedo considerar más que con la mayor reticencia), permítame al menos recomendarle que ponga como condición la presencia de la señorita Garth durante la entrevista. En todo lo que concierne a su hermana, es posible que precise del consejo y de la protección de una vieja amiga contra sus propios y generosos impulsos. Yo mismo la hubiera ayudado en esto de haber podido, pero la señora Lecount me dio a entender que el tema sobre el que quería hablar era de una naturaleza demasiado delicada para permitir mi presencia. Tenga o no validez real esta objeción, no puede aplicarse a la señorita Garth, que las ha educado a ustedes desde la infancia. Se lo repito, por tanto; si ve usted a la señora Lecount, que sea en compañía de la señorita Garth.

Le saluda atentamente,

WILLIAM PENDRIL

VIII

De Norah Vanstone al Señor Pendril

Portland Place, miércoles

Mi querido señor Pendril:

Por favor, no piense que no agradezco su bondad. ¡Le aseguro que no soy una ingrata! Pero debo ver a la señora Lecount. Cuando me escribió usted no sabía que yo había recibido unas líneas de Magdalen, no para decirme dónde está, sino para expresar la esperanza de que nos veamos pronto. Quizá la señora Lecount tenga algo que decirme sobre ese mismo punto. Aunque no fuera así, mi hermana —haga lo que haga— sigue siendo mi hermana. No puedo abandonarla; no puedo dar la espalda a nadie que venga a verme en su nombre. Ya sabe usted, querido señor Pendril, que he sido siempre obstinada a este respecto, y usted siempre ha tenido paciencia conmigo. Permítame deberle un nuevo favor que no podré devolverle nunca, ¡y siga teniendo paciencia conmigo!

¿Es necesario que le diga que acepto de buena gana la parte de su consejo que se refiere a la señorita Garth? Le he escrito ya rogándole que venga mañana por la tarde a las cuatro. Cuando vea usted a la señora Lecount, comuníqueme por favor que la señorita Garth me acompañará y que nos encontrará a ambas dispuestas a recibirla aquí mañana a las cuatro.

Con todo mi agradecimiento,

NORAH VANSTONE

IX

Del Señor de Bleriot a la Señora Lecount

Dark's Buildings, 28 de octubre

Personal

Querida señora:

Uno de los pasantes del señor Loscombe se ha dejado convencer por una pequeña cantidad de dinero y ha mencionado una circunstancia que podría ser importante que usted conociera.

Hace casi un mes, casualmente el pasante en cuestión tuvo la oportunidad de echar un vistazo al interior de uno de los documentos que había sobre la mesa de su jefe y que había atraído su atención por una leve peculiaridad en la forma y color del papel. Sólo tuvo tiempo, durante la ausencia momentánea del señor Loscombe, de satisfacer su curiosidad examinando el principio y el final del documento. En el principio leyó la fórmula habitual de un testamento. Al final descubrió la firma del señor Noel Vanstone con los nombres de dos testigos y fecha (de eso está completamente seguro) del pasado treinta de septiembre.

Antes de que el pasante tuviera tiempo de hacer más averiguaciones, regresó su jefe, ordenó los papeles de su mesa y guardó cuidadosamente el testamento en la caja fuerte destinada a la custodia de los documentos del señor Noel Vanstone. Hemos averiguado que el señor Loscombe se ausentó de su oficina a finales de septiembre. Si se hallaba entonces ocupado en supervisar la legalización del testamento de su cliente —lo que es muy posible—, es lógico pensar que conocía la dirección del señor Vanstone tras el cambio de residencia del cuatro de septiembre, y si usted no puede hacer nada por su parte, podría ser deseable que nosotros vigiláramos al señor Loscombe por la nuestra. En cualquier caso, sabemos con certeza que el señor Noel Vanstone ha hecho testamento después de casarse. Puede usted sacar sus propias conclusiones de ese hecho. Por mi parte, aguardo sus prontas noticias y quedo su leal servidor,

ALFRED DE BLERIOT

X

De la Señorita Garth al Señor Pendril

Portland Place, 28 de octubre

Mi querido señor:

La señora Lecount acaba de dejarnos. Si no fuera demasiado tarde, desearía con todo mi corazón que Norah hubiera seguido su consejo y se hubiera negado a recibirla.

Le escribo con el ánimo tan conturbado que no me será posible ofrecerle un relato claro y completo de la entrevista. Sólo puedo contarle brevemente lo que ha hecho la señora Lecount y cuál es nuestra situación actual. El resto habrá de esperar a que me haya serenado y hasta que pueda hablar con usted personalmente.

Recordará que le informé sobre la carta que la señora Lecount había dirigido a Norah desde Aldborough y que yo respondí en su ausencia. Cuando la señora Lecount ha aparecido hoy, sus primeras palabras nos han anunciado que venía para hablar del mismo tema. Si no recuerdo mal, esto es lo que ha dicho, dirigiéndose a Norah:

—Hace un tiempo le escribí sobre su hermana, señorita Vanstone, y la señorita Garth tuvo la amabilidad de contestar mi carta. Lo que temía en aquel momento se ha hecho realidad. Su hermana ha desafiado todos mis esfuerzos por detenerla; ha desaparecido en compañía de mi amo, el señor Noel Vanstone, y se halla ahora en una peligrosa posición que puede llevarla a la ignominia y la ruina en cualquier momento. Yo quiero recuperar a mi amo, usted quiere salvar a su hermana. Dígame, pues no disponemos de tiempo, ¿ha tenido noticias de ella?

Norah respondió lo mejor que supo en aquel momento de terror y angustia:

—He recibido una carta, pero no llevaba dirección alguna.

La señora Lecount preguntó:

—¿No llevaba matasellos el sobre?

Norah dijo:

—Sí, de Allonby.

—Allonby es mejor que nada —dijo la señora Lecount—. Puede que Allonby sirva para encontrar su rastro. ¿Dónde está Allonby?

Norah contestó. Todo ocurrió en un momento. Yo estaba demasiado perpleja y sorprendida para intervenir antes, pero me tranquilicé lo suficiente para intervenir entonces.

—No nos ha dado usted ningún detalle —dije—. Únicamente nos ha asustado; no nos ha dicho nada.

—Oirá usted los detalles, señora —dijo la señora Lecount—, y usted y la señorita

Vanstone juzgarán por sí mismas si las he asustado sin motivo.

Tras estas palabras, inició de inmediato una larga exposición que no puedo — casi diría que no me atrevo— a repetir. Comprenderá usted el horror que sentimos ambas cuando le explique el final. Si hemos de creer lo que afirma la señora Lecount, Magdalen ha llevado su insensato propósito de recuperar la fortuna de su padre hasta el último y desesperado extremo de casarse con el hijo de Michael Vanstone con un nombre falso. Su marido sigue persuadido en este momento de que su apellido de soltera era Bygrave y de que es realmente la sobrina de un bribón que la ayudó en su impostura y al que he reconocido por la descripción como el capitán Wragge.

Le ahorraré los motivos mercenarios, que la señora Lecount confesó fríamente cuando se levantó para dejarnos, de su deseo de hallar a su amo y ponerle al corriente de todo. Le ahorraré las insinuaciones que dejó caer sobre el propósito de Magdalen al contraer ese matrimonio infame. El único objetivo de mí carta es implorarle que me ayude a calmar la angustia de Norah. La conmoción que ha recibido al oír esta noticia sobre su hermana no es la peor consecuencia de lo ocurrido. Se ha convencido a sí misma de que las respuestas que dio inocentemente, llevada por la congoja, a las preguntas de la señora Lecount sobre la carta, las respuestas que le arrancó bajo la súbita presión de la confusión y la alarma, pudiera utilizarlas en perjuicio de Magdalen la mujer que la asustó deliberadamente para sonsacarle la información. Sólo podré impedir que Norah emprenda alguna acción desesperada por su cuenta —una acción por culpa de la cual pudiera perder la amistad y protección de las excelentes personas con las que ahora vive— recordándole que si la señora Lecount encuentra a su amo gracias al matasellos de la carta, nosotros podemos encontrar a Magdalen al mismo tiempo y por el mismo medio. Por encima de cualquier reparo que pueda anteponer personalmente a la renovación de los esfuerzos por rescatar a esa desdichada joven, que tan lamentablemente fracasaron en York, le ruego que tome ahora las mismas medidas que tomó entonces, en beneficio de Norah. Envíeme la única garantía que conseguiré apaciguarla: la garantía, escrita de su puño y letra, de que se ha emprendido la búsqueda por nuestra parte. Si lo hace usted, puede confiar en que yo me interpondré entre las dos hermanas cuando llegue el momento y en que defenderé la paz, el carácter y la futura prosperidad de Norah a cualquier precio.

Le saluda atentamente,

HARRIET GARTH

XI

De la Señora Lecount al Señor de Bleriot

28 de octubre

Querido señor:

He hallado la pista que me pedía. La señora de Noel Vanstone ha escrito a su hermana. La carta no contenía dirección alguna, pero el matasellos era de Allonby, en Cumberland. En Allonby, por tanto, han de empezar las pesquisas. Obra ya en su poder la descripción personal de ambos cónyuges. Le recomiendo encarecidamente que no se demore un solo instante. Si le es posible enviar a alguien a Cumberland a la recepción de esta carta, le ruego que lo haga.

Tengo algo más que decirle antes de concluir esta nota sobre el descubrimiento en la oficina del señor Loscombe.

No me sorprende oír que el señor Noel Vanstone ha hecho testamento después de su boda, y no es difícil adivinar a favor de quién lo ha hecho. Si consigo encontrar a mi amo, ¡reto a esa persona a que coja el dinero si es capaz! Desde que recibí la carta de usted se me ha ocurrido un medio de resolver este asunto, pero mi ignorancia de los pormenores y las complejidades de la ley me hace dudar aún de si mi idea podrá ser llevada a la práctica con rapidez y seguridad. No conozco a ningún profesional en quien pueda confiar en este delicado y peligroso asunto. ¿Podría ayudarme usted con su amplia experiencia? Iré a verle a su oficina mañana a las dos a fin de pedirle consejo. Es sumamente importante que, cuando vuelva a ver al señor Noel Vanstone, esté preparada de antemano sobre la cuestión del testamento.

Su agradecida servidora,

VIRGINIE LECOUNT

XII

Del Señor Pendril a la Señorita Garth

Serle Street, 29 de octubre

Querida señorita Garth:

Dispongo tan sólo de un momento para manifestarle el profundo pesar con el que he leído su carta. Las circunstancias que la han llevado a insistir en su petición y las razones expuestas son suficientes para acallar cualquier reparo que pudiera poner a la salida que usted propone. Hoy saldrá en dirección a Allonby una persona de toda confianza a la que he dado instrucciones personalmente, y tan pronto como reciba noticias suyas, se las haré llegar a usted por mensajero. Dígaselo a la señorita Vanstone y transmítale, por favor, mi sincero pesar y mis respetos.

Le saluda atentamente,

WILLIAM PENDRIL

XIII

Del Señor de Bleriot a la Señora Lecount

Dark's Buildings, 1 de noviembre

Querida señora:

Tengo el placer de informarle de que se ha producido el descubrimiento con muchas menos dificultades de las que había previsto.

Se ha seguido el rastro del señor y la señora Noel Vanstone a través del estuario del Solway hasta Dumfries, y desde allí a una casa de campo a unos cuantos kilómetros del pueblo, a orillas del Nith. La dirección exacta es Baliol Cottage, cerca de Dumfries.

Si bien esta información se ha obtenido fácilmente, las circunstancias han sido por cierto singulares.

Antes de abandonar Allonby, mis empleados descubrieron con gran sorpresa por su parte que había un desconocido en el lugar haciendo las mismas indagaciones que ellos. A falta de instrucciones que previeran semejante contingencia, obraron según su parecer. Considerando al hombre en cuestión como un intruso en el asunto que tenían entre manos, cuyo éxito podía privarlos del reconocimiento y la recompensa de efectuar el descubrimiento, aprovecharon su superioridad en número y el hecho de haber llegado los primeros, y engañaron cautelosamente al desconocido antes de avanzar en sus propias investigaciones. Estoy en posesión de los detalles de sus acciones, detalles con los que no es necesario que la moleste. El resultado es que, con habilidad, mis hombres dirigieron los pasos de esa persona, quienquiera que sea, de vuelta hacia el sur, siguiendo una pista falsa, antes de que ellos cruzaran el estuario.

Menciono este hecho dado que quizá esté usted más capacitada que yo para hallar la clave y porque es posible que sea de una naturaleza que le induzca a precipitar su viaje.

Su leal servidor,

ALFRED DE BLERIOT

XIV

De la Señora Lecount al Señor de Bleriot

1 de noviembre

Querido señor:

Unas líneas para decirle que acabo de recibir su carta en mi alojamiento de Londres. Creo que sé quién envió al desconocido a indagar en Allonby. Poco importa. Antes de que descubra su error, estaré en Dumfries. Tengo hecho el equipaje y partiré hacia el norte ^[30] en el próximo tren.

Con mi más sincero agradecimiento,

VIRGINIE LECOUNT

LA QUINTA ESCENA

Baliol Cottage, Dumfries

CAPÍTULO I

Hacia las once de la mañana del tres de noviembre, la mesa del desayuno de Baliol Cottage presentaba ese aspecto fundamentalmente abandonado que produce una comida en estado de transición; es decir, una comida preparada para dos personas que una de ellas ya se ha comido y a la que aún no se ha acercado la otra. Voraz ha de ser el apetito que pueda contemplar sin un fugaz desaliento la cáscara de huevo rota, el pescado con media espina fuera, las migas en el plato y el poso en la taza. Sin duda hay una sabia resignación a esas flaquezas de la naturaleza humana que deben ser respetadas y no censuradas, en la comprensiva rapidez con que los empleados de los locales públicos borran toda huella del cliente pasado de la vista del cliente presente. Aunque su predecesor pueda haber sido la esposa amada o el hijo del alma, ningún hombre se encuentra con los rastros de un desaparecido comensal en su mesa sin una pasajera sensación de agravio en relación con la idea de su propia comida.

Una impresión parecida invadió el ánimo del señor Noel Vanstone cuando entró poco después de las once en la solitaria salita de Baliol Cottage, donde se había servido el desayuno. Miró la mesa ceñudo y tocó la campanilla con expresión de repugnancia.

—Despeja todo esto —dijo, cuando apareció la criada—. ¿Se ha ido la señora?

—Sí, señor, hace casi una hora.

—¿Está abajo Louisa?

—Sí, señor.

—Cuando hayas limpiado la mesa, envíame a Louisa.

Noel Vanstone se acercó a la ventana. La momentánea irritación abandonó su rostro, pero dejó una expresión que permaneció, una expresión de descontento que lo consumía. Exteriormente, el matrimonio le había cambiado para peor. Sus marchitas mejillas empezaban a hundirse, su frágil y menuda figura empezaba ya a encorvarse levemente. La antigua delicadeza de su cutis había desaparecido; sólo quedaba la palidez enfermiza. No llevaba ya las finas guías de su rubio bigote pragmáticamente enceradas y retorcidas en sendos bucles; los débiles extremos plumosos colgaban con mansedumbre sobre las quejumbrosas comisuras de la boca. Si se hubieran contado las diez o doce semanas transcurridas desde la boda a tenor de su aspecto, bien pudieran haberse tomado por diez o doce años. Permaneció junto a la ventana arrancando hojas distraídamente de un tiesto de brezo colocado frente a ella y tarareando con tristeza el melancólico fragmento de una melodía.

La vista desde la ventana abarcaba el cauce del Nith en un meandro del río a unos cuantos kilómetros más allá de Dumfries. Aquí y allá, a través de claros invernales en la orilla arbolada, el ojo tropezaba con las amplias y llanas extensiones cultivadas del valle. Por el río navegaban las barcas y los carros avanzaban pesadamente por la

carretera en dirección a Dumfries. El cielo estaba despejado, el sol de noviembre calentaba tan agradablemente como si el año fuera dos meses más joven, y la vista, famosa en Escocia por su alegre y pacífico encanto, ofrecía el mejor de los aspectos que podía adoptar en invierno. Según todas las apariencias, el señor Noel Vanstone la habría encontrado igualmente atractiva de haber estado oculta por la niebla o bañada por la lluvia. Aguardó junto a la ventana hasta que oyó la llamada de Louisa en la puerta; entonces se dio la vuelta con malhumor hacia la mesa del desayuno y le dijo que entrara.

—Sírvenme el té —dijo—. Yo no tengo ni idea. Me han dejado aquí abandonado. Nadie me ayuda.

La discreta Louisa obedeció en silencio sumisamente.

—¿Ha dejado tu señora algún recado para mí antes de marcharse? —preguntó él.

—Ninguno en particular, señor. La señora ha dicho sólo que se le haría muy tarde si esperaba más tiempo para desayunar.

—¿No ha dicho nada más?

—Junto a la portezuela del carruaje, señor, me ha dicho que con toda probabilidad volvería dentro de una semana.

—¿Estaba de buen humor junto a la portezuela del carruaje?

—No, señor. Me ha parecido que la señora estaba muy nerviosa e intranquila. ¿Puedo hacer algo más por usted, señor?

—No lo sé. Aguarda un minuto.

Noel Vanstone procedió a desayunar con aire descontento. Louisa aguardó con resignación junto a la puerta.

—Creo que la señora ha estado de mal humor últimamente —prosiguió él, con un repentino ataque de susceptibilidad.

—La señora no ha estado muy animada, señor.

—¿Qué quiere decir que no ha estado animada? No te andes con rodeos. ¿Es que no pinto nada en esta casa? ¿Se me va a dejar a ciegas en todo? ¿Acaso la señora puede irse por asuntos personales dejándome en casa como a un niño y yo ni siquiera puedo hacer una pregunta sobre ella? ¿Habré de soportar que una criada me salga con evasivas? ¡No pienso tolerarlo! ¿No ha estado muy animada? ¿Qué quiere decir que no ha estado animada?

—Sólo quería decir que la señora no estaba de buen humor, señor.

—Entonces, ¿por qué no lo decías? ¿No conoces acaso el valor de las palabras? En ocasiones se producen las más terribles consecuencias por no conocer el valor de las palabras. ¿Te ha dicho la señora que se iba a Londres?

—Sí, señor.

—¿Qué has pensado cuando la señora te ha dicho que se iba a Londres? ¿Te ha extrañado que se fuera sin mí?

—No me he tomado la libertad de pensar que fuera extraño, señor. ¿Puedo hacer algo más por usted, por favor, señor?

—¿Cómo está la mañana ahí fuera? ¿Hace calor? ¿Da el sol en el jardín?

—Sí, señor.

—¿Has visto tú misma que el sol da en el jardín?

—Sí, señor.

—Tráeme el gabán; saldré a dar un paseíto. ¿Lo ha cepillado mi ayuda de cámara? ¿Le has visto cepillarlo tú misma? ¿Qué pretendes diciéndome que lo ha cepillado si tú no lo has visto? Déjame mirarle los faldones. Si hay una sola mota de polvo en los faldones ;despediré al ayuda de cámara! Ayúdame a ponérmelo.

Louisa le ayudó a ponerse el gabán y le entregó el sombrero. Noel Vanstone salió de casa con irritación. El gabán era demasiado grande (había pertenecido a su padre); el sombrero era demasiado grande (lo había comprado él; era una ganga, aunque no le quedaba bien). Se hallaba sumergido en el gabán y el sombrero; parecía especialmente menudo, frágil y desagradable cuando enfiló despacio el sendero del jardín bajo el sol invernal. El sendero bajaba en suave pendiente desde la parte posterior de la casa hasta la orilla del río, de la que estaba separado por una empalizada de poca altura. Tras pasearse con lentitud de un extremo a otro del sendero durante un rato, se detuvo junto a la empalizada e, inclinándose sobre ella, contempló con apatía el suave discurrir de la corriente.

Sus pensamientos seguían enzarzados en la primera pregunta que había hecho a Louisa con preocupación; seguía dándole vueltas a las circunstancias en las que su esposa había abandonado la casa aquella mañana y la falta de respeto hacia él que suponía el modo en que se había ido. Cuanto más pensaba en el agravio, más agudo era su resentimiento. Era una persona de gran sensibilidad en lo que concernía a cualquier ofensa contra su sentido de la propia importancia. Poco a poco su cabeza fue declinando sobre sus brazos, apoyados en la empalizada, y con la profunda sinceridad de la mortificación, suspiró amargamente.

El suspiro recibió respuesta de una voz junto a él.

—Era usted más feliz conmigo, señor —dijo la voz, con un tono de afectuoso pesar.

Noel Vanstone alzó la vista con un chillido —literalmente un chillido— y se encontró frente a la señora Lecount.

¿Era aquél su espectro o la mujer? Tenía los cabellos blancos, el rostro demacrado; miraba con ojos grandes, brillantes y ojerosos sobre las mejillas hundidas. Estaba marchita y vieja. El vestido caía en bolsas alrededor de su consumida figura; no quedaba el menor rastro de su rolliza belleza otoñal. La determinación silenciosa e impenetrable, la voz suave y el tono zalamero eran las únicas reliquias del pasado que la enfermedad y el sufrimiento habían dejado en la

señora Lecount.

—Tranquícese, señor Noel —dijo la señora Lecount afablemente—. No tiene motivos para alarmarse al verme. Cuando le he preguntado, su criada me ha dicho que estaba usted en el jardín, y he venido a buscarlo. Le he seguido la pista hasta aquí, señor, sin resentimiento hacia usted, ni deseos de angustiarle siquiera con la sombra de un reproche. He venido aquí por lo que ha sido y es la ocupación de mi vida: servirle a usted.

Noel Vanstone se recobró un tanto, pero seguía privado del habla. Se agarró con fuerza a la empalizada y miró a la señora Lecount fijamente.

—Intente grabar en su cerebro, señor, lo que voy a decirle —prosiguió la señora Lecount—. No he venido aquí como enemiga, sino como amiga. He sufrido la dura prueba de la enfermedad; he sufrido la dura prueba de la angustia. Nada queda de mí salvo mi corazón. Mi corazón le perdona; mi corazón me pone a su servicio en esta hora de gran necesidad, necesidad que usted aún ha de sentir. Cójase de mi brazo, señor Noel. Un paseíto al sol le ayudará a recobrase.

La señora Lecount enlazó la mano de Noel Vanstone en torno a su brazo y le condujo lentamente por el sendero hacia la casa. Antes de que hubiera estado cinco minutos en su compañía, había vuelto a tomar plena posesión de él por derecho propio.

—Ahora hacia abajo otra vez, señor Noel —dijo—. Lentamente cuesta abajo, al agradable calor del sol. Tengo muchas cosas que decirle, señor, que usted no espera oír de mí. Permítame hacerle primero una pequeña pregunta de tipo familiar. En la puerta de la casa me han dicho que la señora de Noel Vanstone se ha ido de viaje. ¿Estará fuera mucho tiempo?

La mano de su amo tembló sobre su brazo cuando ella formuló esta pregunta. En lugar de responder, Noel Vanstone hizo un débil intento de defenderse. Las primeras palabras que pronunció las suscitaba la primera sensación recobrada, la sensación de que su ama de llaves lo tenía bajo custodia. Intentó reconciliarse con la señora Lecount.

—Siempre he tenido la intención de hacer algo por usted —dijo con tono adulator—. Hubiera tenido noticias mías dentro de poco. ¡Por mi honor, le doy mi palabra, Lecount, de que hubiera tenido noticias mías dentro de poco!

—No lo dudo, señor —replicó la señora Lecount—. Pero por el momento no se preocupe por mí. Usted y sus intereses son primero.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó él mirándola atónito—. ¿Cómo ha conseguido encontrarme?

—Es una larga historia, señor; se la contaré en otro momento. Baste con decir por ahora que le he encontrado. ¿Volverá hoy la señora de Noel Vanstone? Un poco más alto, señor; apenas le oigo. ¡Vaya, vaya! ¡No volverá hasta dentro de una semana! ¿Y

adonde ha ido? ¿A Londres, dice? ¿Y para qué? No es por curiosidad, señor Noel; le hago estas preguntas acuciada por la necesidad. ¿Por qué su esposa se ha ido sola a Londres, dejándole aquí?

Se hallaban de nuevo junto a la empalizada cuando la señora Lecount hizo esta última pregunta, y aguardaron, apoyados en ella, a que Noel Vanstone la contestara. La insistencia de la señora Lecount en asegurarle que no le guardaba rencor produjo su efecto; Noel Vanstone empezaba a serenarse. La vieja costumbre de dirigir, impotente, todas sus quejas a su ama de llaves volvió con la reaparición de ésta; volvió insidiosamente en compañía de aquella impaciencia obsesiva por hablar de sus agravios que le había delatado en la mesa del desayuno y que había revelado a la doncella de su mujer la herida infligida en su vanidad.

—No puedo responder por la señora de Noel Vanstone —dijo con rencor—. La señora de Noel Vanstone no me ha tratado con el respeto que me debe. Ha dado por supuesto mi permiso y sólo ha considerado conveniente decirme que el propósito de su viaje era visitar a sus amigos de Londres. Se ha ido esta mañana sin despedirse de mí. Obra a su antojo, como si yo no fuera nadie; me trata como a un niño. Aunque no se lo crea, Lecount, ni siquiera sé quiénes son sus amigos. Estoy completamente a ciegas. He de suponer que sus amigos de Londres son sus tíos.

La señora Lecount meditó la cuestión en silencio con la ayuda de lo que había conseguido averiguar en Londres. Pronto llegó a la conclusión obvia. Después de escribir a su hermana en primer lugar, con toda probabilidad Magdalen había seguido a la carta en persona. No cabía duda de que los amigos a los que pensaba visitar en Londres eran su hermana y la señorita Garth.

—No son sus tíos, señor —dijo la señora Lecount serenamente—. ¡Le diré un secreto! No tiene tíos. Otro paseíto antes de que me explique, otro paseíto para que se le tranquilicen los ánimos.

Lo tomó bajo su custodia una vez más y lo condujo de vuelta a la casa.

—¡Señor Noel! —exclamó la señora Lecount, deteniéndose de pronto a mitad de camino—. ¿Sabe cuál ha sido el mayor daño que se ha hecho a sí mismo en toda su vida? Yo se lo diré. El peor daño fue enviarme a mí a Zurich.

La mano de Noel Vanstone empezó a temblar sobre el brazo del ama de llaves una vez más.

—¡Yo no lo hice! —exclamó lastimosamente—. Todo fue obra del señor Bygrave.

—¿Reconoce usted, señor, que el señor Bygrave me engañó? —prosiguió la señora Lecount—. Me alegra oírlo. Más dispuesto estará usted a hacer el siguiente descubrimiento que le aguarda, el de que el señor Bygrave le ha engañado a usted. Él no está aquí ahora para deslizarse entre mis dedos y en este lugar no soy la desvalida mujer que era en Aldborough. ¡Gracias a Dios! —El ama de llaves pronunció esta

devota exclamación con los dientes apretados. Todo el odio que tenía al capitán Wragge brotó siseante de sus labios en esas dos palabras—. Hágame el favor de sujetar mi bolsa de viaje por un lado mientras yo la abro y saco una cosa.

El interior de la bolsa desveló una serie de papeles pulcramente doblados, ordenados y numerados. La señora Lecount cogió uno de los papeles y volvió a cerrar la bolsa con un fuerte chasquido del muelle.

—En Aldborough, señor Noel, sólo tenía mi opinión para sustentar mis teorías — señaló—. Mi opinión no era nada frente a la juventud y la belleza de la señorita Bygrave y el ingenio del señor Bygrave. Mi única esperanza estribaba en atacar su enamoramiento con pruebas, y en aquel momento no disponía de ellas. ¡Ahora las tengo! Estoy armada de pruebas en todos los sentidos, estoy llena de pruebas de la cabeza a los pies, rompo mi forzado silencio y con el énfasis de mis pruebas hablo. ¿Conoce usted esta letra, señor?

Noel Vanstone se echó hacia atrás al ver el papel que le tendía.

—No comprendo nada —dijo con nerviosismo—. No sé qué quiere ni qué quiere decir.

La señora Lecount le obligó a coger el papel.

—Sabrá lo que quiero decir, señor, si me presta un momento de atención —dijo—. El día siguiente a su partida a St. Crux, conseguí acceder a la casa del señor Bygrave y tuve una charla en privado con la esposa del señor Bygrave. Esa charla me proporcionó los medios para convencerle a usted que había estado buscando durante semanas. Le escribí una carta contándoselo, le escribí para decirle que perdería mi puesto a su servicio y mis expectativas de su generosidad si no probaba a mi regreso desde Suiza que mis sospechas sobre la señorita Bygrave eran ciertas. Le mandé la carta a St. Crux y la eché al correo yo misma. Bien, señor Noel, lea el papel que le he obligado a coger. Es la declaración escrita del almirante Bartram de que mi carta llegó a St. Crux y de que él se la mandó adjunta en una carta al señor Bygrave a petición de usted. ¿Le entregó el señor Bygrave esa carta? ¡No se altere, señor! Una palabra bastará como respuesta. ¿Sí o no?

Noel Vanstone leyó el papel y alzó la vista hacia ella con perplejidad y miedo crecientes. Ella aguardó obstinadamente hasta que habló.

—No —dijo Noel Vanstone con un hilo de voz—; no recibí la carta.

—¡Primera prueba! —dijo la señora Lecount, arrebatándole el papel y devolviéndolo a la bolsa—. Una más, con su amable permiso, antes de que entremos en cosas más serias aún. En Aldborough, señor, le entregué una descripción escrita de una persona anónima y le pedí que la comparara con la señorita Bygrave en la siguiente ocasión en la que estuviera en su compañía. Después de haber mostrado la descripción al señor Bygrave en primer lugar (es inútil negarlo ahora, señor Noel, ¡su amigo de North Shingles no está aquí para ayudarle!), después de haber mostrado mi

nota al señor Bygrave en primer lugar, hizo usted la comparación y descubrió que fallaba en su detalle más importante. En mi descripción de la señorita desconocida había dos pequeños lunares muy juntos en la parte izquierda del cuello y no había ningún lunar en el cuello de la señorita Bygrave cuando usted lo miró. Soy lo bastante mayor para ser su madre, señor Noel. Si la pregunta no es indiscreta, ¿podría decirme cuál es el estado actual de sus conocimientos sobre el cuello de su esposa?

La señora Lecount miró a su amo con implacable firmeza. Él retrocedió unos pasos, acobardado por esa mirada.

—No podría decirlo —balbuceó—. No sé. ¿Qué pretende con esas preguntas? No he vuelto a pensar en los lunares desde entonces. Lleva el cabello recogido por abajo...

—Tiene excelentes razones para llevarlo así, señor —comentó la señora Lecount—. Intentaremos levantar esos cabellos antes de que hayamos terminado. Cuando he venido a buscarle al jardín, por la ventana de la cocina he visto a una pulcra joven con la labor en la mano que me ha mirado a los ojos como la doncella de una señora. ¿Es la doncella de su esposa esa joven? Disculpe, señor, ¿ha dicho que sí? En ese caso, otra pregunta, por favor. ¿La contrató usted o su mujer?

—Yo la contraté...

—¿Cuando yo no estaba? ¿Cuando yo ignoraba por completo que usted tenía intención de tomar esposa o de contratar a una doncella?

—Sí.

—En esas condiciones, señor Noel, no puede usted sospechar de que haya conspirado para engañarle con la doncella como instrumento. Entre en la casa, señor, mientras yo me quedo aquí esperando. Pregunte a la mujer que peina a la señora Noel Vanstone mañana y tarde si su esposa tiene una marca en el cuello y, en caso afirmativo, cuál es esa marca.

Noel Vanstone dio unos cuantos pasos en dirección a la casa sin pronunciar palabra, luego se detuvo y se volvió para mirar a la señora Lecount. Sus ojos entrecerrados miraban con firmeza y su rostro marchito se había serenado súbitamente. La señora Lecount avanzó hacia él. Vio el cambio, pero a pesar de conocerle muy bien, no supo interpretar su auténtico significado.

—¿Necesita usted una excusa, señor? —preguntó—. ¿No sabe cómo justificarse ante la doncella de su mujer por una pregunta como la que deseo que le haga? Es fácil encontrar buenas excusas para personas en la posición social de la doncella. Dígame que he venido aquí con la noticia de un legado para la señora Noel Vanstone y que se ha de resolver la cuestión de su identidad para que pueda recibir el dinero.

La señora Lecount señaló la casa. Él no prestó atención a su señal. Su rostro palidecía cada vez más. Miró a su ama de llaves, mudo e inmóvil.

—¿Tiene usted miedo? —preguntó la señora Lecount.

Estas palabras lo despertaron; esas palabras encendieron por fin una chispa del fuego de su hombría. Se revolvió contra ella como una oveja contra un perro.

—¡No toleraré que me interroguen y me den órdenes! —espetó, temblando como una hoja por aquella sensación nueva de su propio valor—. ¡No toleraré que me amenacen y me engañen más! ¿Cómo me ha encontrado? ¿Qué pretende viniendo aquí con sus insinuaciones y sus misterios? ¿Qué tiene que decir en contra de mi mujer?

Tranquilamente la señora Lecount abrió la bolsa de viaje y sacó su frasco de las sales por si se producía una emergencia.

—Me ha hablado usted en términos muy claros —dijo—. En términos igualmente claros, señor, tendrá su respuesta. ¿Está demasiado enojado para escuchar?

La expresión y el tono de la señora Lecount le alarmaron a su pesar. Su valor empezó a menguar de nuevo y, por desesperados que fueran sus esfuerzos por darle firmeza, le temblaba la voz al responder.

—Respóndame —dijo—, y hágalo de inmediato.

—Sus órdenes serán obedecidas al pie de la letra, señor —dijo la señora Lecount—. He venido aquí con dos objetivos. Abrirle los ojos a su propia situación y salvar su fortuna, quizá incluso la vida. Su situación es ésta: la señorita Bygrave se ha casado con usted con una personalidad y un nombre falsos. ¿Podría hacer memoria? ¿Podría recordar a la mujer disfrazada que le amenazó en Vauxhall Walk? Tan seguro como que estoy aquí ahora que aquella mujer es ahora su esposa.

Noel Vanstone la miró en silencio conteniendo el aliento. Entreabrió los labios, fijó la vista con alhelado asombro. Lo repentino de la revelación había superado su objetivo. Lo había dejado estupefacto.

—¿Mi esposa? —repitió, y estalló en imbéciles carcajadas.

—Su esposa —reiteró la señora Lecount.

La tensión a que estaban sometidas las facultades mentales de Noel Vanstone cedió al oír la repetición de esas dos palabras. Una idea le vino a la cabeza por primera vez. «¡Loca!», se dijo a sí mismo recordando súbitamente lo que su amigo el señor Bygrave le había dicho en Aldborough, agudizada la idea por el cambio que él en persona veía en aquel rostro ojeroso y de mirada extraviada.

Lo había dicho en un susurro, pero la señora Lecount lo oyó. Al instante se hallaba de nuevo a su lado. Por primera vez perdió los nervios y lo asió airadamente por el brazo.

—¿Quiere poner a prueba mi locura, señor? —preguntó.

Él se desasíó; su incredulidad intensamente sincera empezaba a darle de nuevo valor, el valor de enfrentarse con la afirmación que ella insistía en obligarle a aceptar.

—Sí —respondió—. ¿Qué debo hacer?

—Haga lo que yo le diga —dijo la señora Lecount—. Formule a la doncella en el

acto esa pregunta sobre su ama. Y si le dice que la marca está ahí, haga algo más. Lléveme a la habitación de su mujer y abra el guardarropa en mi presencia con sus propias manos.

—¿Qué quiere hacer en su guardarropa? —preguntó él.

—Lo sabrá cuando lo abra.

—¡Muy extraño! —se dijo Noel Vanstone distraídamente—. Es como la escena de una novela; no se parece en nada a la vida real.

Se dirigió lentamente a la casa y la señora Lecount se quedó esperándole en el jardín.

Tras una ausencia de apenas unos minutos, Noel Vanstone volvió a aparecer en lo alto de los escalones que llevaban del jardín a la casa. Con una mano se cogió a la barandilla de hierro mientras con la otra hacía señas a la señora Lecount para que se reuniera con él en la escalera.

—¿Qué ha dicho la doncella? —preguntó, acercándose—. ¿Ha visto la marca?

—Sí —respondió en un susurro. Lo que había oído de labios de la doncella había producido un acusado cambio en él. El horror de la inminente revelación se había apoderado de su pensamiento, dejándolo paralizado. Se movía como un autómatas; hablaba y se comportaba como un hombre que anda en sueños.

—¿Quiere cogerse de mi brazo, señor?

Noel Vanstone negó con la cabeza y precedió a la señora Lecount a lo largo del pasillo y escaleras arriba, en dirección al dormitorio de su mujer. Cuando ella entró y cerró la puerta con llave, él aguardó pasivamente sus instrucciones sin hacer comentario alguno, sin mostrar apariencia de sorpresa. No se había quitado el sombrero ni el gabán. La señora Lecount se los quitó por él.

—Gracias —dijo, con la docilidad de un niño bien enseñado—. Es como la escena de una novela; no se parece en nada a la vida real.

El dormitorio no era muy amplio y los muebles eran voluminosos y anticuados. Pero se notaba el gusto innato y el refinamiento de Magdalen por todas partes, en los pequeños adornos que embellecían y alegraban la habitación. En el aire frío flotaba el fragante aroma de unos pétalos de rosa secos. La señora Lecount olisqueó el perfume frunciendo el entrecejo con desprecio y subió la hoja de la ventana hasta arriba.

—¡Bah! —dijo, con un escalofrío de virtuosa repugnancia—. ¡La atmósfera de la falsedad!

Se sentó cerca de la ventana. El armario se hallaba frente a ella, en la pared opuesta, y la cama a un lado, a su derecha.

—Abra el guardarropa, señor Noel —dijo—. Yo no voy a acercarme a él. No voy a tocar nada. Saque los vestidos usted mismo y póngalos sobre la cama. Sáquelos uno por uno hasta que yo le diga basta.

Noel Vanstone obedeció.

—Lo haré todo lo bien que sepa —dijo—. Tengo las manos frías y la cabeza pesada.

No había muchos vestidos en el armario, pues Magdalen se había llevado unos cuantos. Después de poner dos vestidos sobre la cama, Noel Vanstone se vio obligado a buscar en el fondo del armario para hallar un tercero. Cuando lo sacó, la señora Lecount le indicó que parara con un gesto. Ya había alcanzado su objetivo: había encontrado el vestido marrón de alpaca.

—Extiéndalo sobre la cama, señor —dijo la señora Lecount—. Verá que tiene un doble volante a lo largo del bajo. Levante el volante superior y recorra con los dedos el volante interior centímetro a centímetro. Si llega a un punto en el que falte un trozo de tela, deténgase y míreme.

Noel Vanstone recorrió el volante lentamente con los dedos durante algo más de un minuto, luego se detuvo y alzó la vista. La señora Lecount sacó su monedero y lo abrió.

—Cada una de las palabras que voy a pronunciar ahora, señor, serán de vital importancia para usted y para mí —dijo—. Escúcheme con la mayor atención. Cuando la mujer que dijo llamarse señorita Garth vino a vernos a Vauxhall Walk, yo me arrodillé detrás de la silla en la que estaba sentada y corté un trozo de tela del vestido que llevaba, pues podría ayudarme a reconocerlo si alguna vez lo volvía a ver. Lo hice mientras la mujer estaba concentrada hablando con usted. Desde entonces el trozo de tela ha estado guardado en mi monedero. Vea usted mismo, señor Noel, si encaja en el agujero de ese vestido que acaba de sacar con sus propias manos del guardarropa de su mujer.

La señora Lecount se levantó y le tendió el trozo de tela desde el otro lado de la cama. Él colocó el trozo en el espacio vacío del volante con toda la maña que le permitieron sus dedos temblorosos.

—¿Encaja, señor? —preguntó la señora Lecount.

El vestido se deslizó de las manos de Noel Vanstone y poco a poco la palidez mortalmente azulada que, en opinión de todos los médicos que le habían atendido, la señora Lecount debía temer, fue extendiéndose por su rostro. Ella no había contado con una respuesta como la que veía ahora en las mejillas de su amo. Acudió a su lado prestamente con el frasco de sales en la mano. Noel Vanstone cayó de rodillas ante ella, agarrándose de su vestido con la desesperación de un hombre a punto de ahogarse.

—¡Sálveme! —dijo en un susurro ronco y jadeante—. ¡Oh, Lecount, sálveme!

—Le prometo salvarle —dijo la señora Lecount—. Estoy aquí con los medios y la determinación de salvarle. Apártese de ahí, venga donde le dé el aire. —Lo alzó mientras hablaba y lo condujo hasta la ventana—. ¿Nota otra vez la fría punzada en el costado izquierdo? —preguntó, alarmada por primera vez—. ¿Tiene su mujer agua de

colonia o sal volátil en la habitación? ¡No se fatigue hablando, señale el lugar!

Él señaló un viejo armarito triangular de madera de nogal comida por la carcoma, fijado en lo alto de la pared en una esquina de la habitación. La señora Lecount probó a abrirlo; estaba cerrado con llave.

Mientras hacía este descubrimiento vio que la cabeza de su amo caía lentamente hacia atrás en el butacón donde lo había colocado. Acudió a su memoria la advertencia de los médicos en años anteriores: «Si deja que se desmaye, lo deja morir», como si se la hubieran dicho la víspera. Miró de nuevo el armarito. Debajo había un nicho y en él unos cabos de cuerda, en apariencia depositados allí como útiles de embalaje. La señora Lecount agarró un trozo de cuerda sin dudar, ató con fuerza un extremo alrededor del pomo del armarito y, cogiendo el otro extremo con ambas manos, tiró de la cuerda súbitamente con todas sus fuerzas. La madera podrida cedió, las puertas del armarito se abrieron de golpe y un montón de baratijas cayó al suelo con estrépito. Sin pararse a mirar las piezas de porcelana rotas ni los cristales que tenía a sus pies, escudriñó el oscuro interior del armarito y vio el brillo de dos frascos de cristal. Uno se hallaba arrinconado al fondo en un extremo del armarito, el otro estaba un poco por delante, ocultándolo casi. La señora Lecount se apoderó de ambos inmediatamente y se los llevó, uno en cada mano, a la ventana, donde podía leer las etiquetas a la luz.

El frasco que miró primero fue el de la mano derecha. La etiqueta rezaba: «Sal volátil».

En el acto dejó el otro frasco sobre la mesa sin mirarlo. El otro frasco se quedó allí, esperando su turno. Contenía un líquido oscuro, y la etiqueta rezaba: «VENENO».

CAPÍTULO II

La señora Lecount mezcló la sal volátil con agua y le administró el preparado inmediatamente. El estimulante hizo su efecto. Minutos después, Noel Vanstone podía incorporarse en la silla sin ayuda, el color de su cara mejoró y respiró con mayor facilidad.

—¿Qué tal se encuentra ahora, señor? —preguntó la señora Lecount—. ¿Se le ha calentado el costado izquierdo?

Noel Vanstone no prestó atención a esta pregunta; sus ojos se pasearon por la habitación y se posaron por casualidad en la mesa. Para sorpresa de la señora Lecount, en lugar de responderle, se inclinó y contempló con ojos asombrados y señalando con la mano el segundo frasco que había sacado del armarito y dejado de lado precipitadamente, sin fijarse en él. Viéndole presa de una nueva alarma, la señora Lecount se acercó a la mesa y miró donde él miraba. La etiqueta del frasco era plenamente visible, y en ella, escrita con la sencilla letra del boticario de Aldborough, se leía una única palabra sobrecogedora: «VENENO».

Incluso la señora Lecount perdió su sangre fría ante aquel descubrimiento. No estaba preparada para ver sus más funestos presagios —frutos no reconocidos de su odio hacia Magdalen— convertidos en realidad como los veía en aquel momento. La desesperación suicida que había llevado a Magdalen a procurarse el veneno, el propósito suicida con el que lo había guardado luego, recelando del futuro, llevaban consigo su justo castigo. Allí estaba el frasco, en ausencia de Magdalen, dando falso testimonio de una traición que jamás se le había pasado por la cabeza: ¡atentar contra la vida de su marido!

Con la mano señalando aún maquinalmente la mesa, Noel Vanstone alzó la cabeza y miró a la señora Lecount.

—Lo he sacado del armarito —dijo ella, en respuesta a la mirada—. He sacado los dos frascos juntos sin saber cuál era el que buscaba. Estoy tan escandalizada y asustada como usted.

—¡Veneno! —dijo él en voz baja, lentamente—. Veneno que mi mujer guarda bajo llave en el armarito de su propia habitación. —Se interrumpió y miró a la señora Lecount una vez más—. ¿Para mí? —preguntó con tono de alelada curiosidad.

—No hablaremos de ello, señor, hasta que se haya calmado un poco —dijo la señora Lecount—. Mientras tanto, el peligro que acecha en este frasco será eliminado instantáneamente en su presencia. —Quitó el corcho y arrojó el láudano por la ventana, seguido del frasco—. Intentemos olvidar este horrible hallazgo por el momento —prosiguió—. Bajemos ahora mismo. Todo lo que me queda por decirle puede decirse en otra habitación.

Ayudó a su amo a levantarse de la silla e hizo que se cogiera de su brazo. «Bueno

ha sido que llegara cuando he llegado —pensó mientras bajaban por las escaleras—. Bueno para él y bueno para mí.»

Una vez en el pasillo, la señora Lecount se dirigió a la puerta principal, donde aguardaba el carruaje que la había llevado hasta allí desde Dumfries, y ordenó al cochero que acomodara los caballos en la posada más cercana y volviera a buscarla al cabo de dos horas. Hecho esto, acompañó a Noel Vanstone a la sala de estar, azuzó el fuego e instaló a su amo cómodamente en un butacón. Éste permaneció sentado unos minutos, calentándose las manos sin fuerzas, como un viejo, y mirando fijamente las llamas. Luego habló.

—Cuando aquella mujer vino a Vauxhall Walk a amenazarme —empezó, mirando aún el fuego—, usted volvió al gabinete después de que ella se hubiera ido y me dijo... —Se interrumpió, tuvo un estremecimiento y perdió el hilo de sus recuerdos en ese punto.

—Le dije, señor —dijo el ama de llaves—, que en mi opinión aquella mujer era la señorita Vanstone en persona. ¡No se sobresalte, señor Noel! Su mujer se ha ido y yo estoy aquí para cuidarle. Si se siente asustado, dígame a sí mismo: «Lecount está aquí; Lecount cuidará de mí». La verdad ha de ser contada, señor, por duro que resulte oírlo. La señorita Magdalen Vanstone era la mujer que fue a visitarle disfrazada, y la mujer que fue a visitarle disfrazada es la mujer con la que se ha casado. La conspiración con la que le amenazó en Londres es la conspiración que ha hecho de ella su mujer. Ésta es la verdad pura y simple. Ya ha visto usted el vestido de arriba. Aunque ese vestido no hubiera existido ya, seguiría teniendo mis pruebas para convencerle. Gracias a mi entrevista con la señora Bygrave, he descubierto que la casa en que se alojó su mujer en Londres se hallaba enfrente de nuestra casa de Vauxhall Walk. Le he echado el guante a una de las hijas de la patrona, que observó a su esposa desde una habitación interior y la vio disfrazarse, que puede confirmar su verdadera identidad y la de su compañera, la señora Bygrave, y que me ha proporcionado, a petición mía, una exposición de los hechos por escrito que está dispuesta a repetir bajo juramento si cualquier persona se atreve a contradecirla. Leerá usted la exposición, señor Noel, si le apetece, cuando esté más capacitado para entenderla. También leerá una carta escrita por la señorita Garth (que le repetirá personalmente lo que me escribió a mí) de su puño y letra. En esa carta niega formalmente haber estado en Vauxhall Walk y afirma formalmente que esos lunares del cuello de su mujer son marcas peculiares de la señorita Magdalen Vanstone, a la que conoce desde la infancia. Lo digo con justo orgullo, no hallará un solo punto débil en las pruebas que le traigo. Si el señor Bygrave no hubiera robado mi carta, habría recibido usted mi advertencia antes de que me hicieran viajar hasta Zurich con un cruel engaño, y las pruebas que ahora le traigo, después de su boda, se las hubiera ofrecido antes de ésta. No me haga responsable, señor, por lo que ha ocurrido desde

que abandoné Inglaterra. ¡Culpe a la hija bastarda de su tío y a ese canalla del ojo marrón y el ojo verde!

Pronunció estas últimas palabras llenas de venenoso rencor tan despacio y tan claramente como había dicho todo lo demás. Noel Vanstone no respondió; seguía sentado, encogido ante el fuego. La señora Lecount dio media vuelta y lo miró de frente. Noel Vanstone lloraba en silencio.

—¡La quería tanto! —dijo el desventurado hombrecillo—. ¡Y creía que ella me quería tanto a mí!

La señora Lecount le dio la espalda en desdeñoso silencio. «¡La quería!» Al repetir esas palabras para sí, su rostro macilento recuperó casi la belleza gracias a la magnífica intensidad de su desprecio.

Se acercó a una estantería que había en el extremo opuesto de la habitación y examinó los volúmenes que contenía. No llevaba mucho tiempo entretenida de aquella manera cuando le sobresaltó la voz de su amo llamándola presa del pavor. Las lágrimas se habían desvanecido de su rostro; el terror se había adueñado de nuevo de su expresión cuando lo volvió hacia ella.

—¡Lecount! —dijo, aferrándose al ama de llaves con ambas manos—. ¿Puede envenenarse un huevo? He tomado un huevo esta mañana para desayunar, y un poco de tostada.

—Tranquilícese, señor —dijo la señora Lecount—. El veneno de la falsedad de su mujer es el único que ha tomado por ahora. Si hubiera resuelto ya hacerle pagar el precio de su locura con su vida, no se habría ausentado de la casa dejándole vivo. Deseche esa idea. Es mediodía, necesita tomar algo. Tengo más cosas que decirle en bien de su propia seguridad. Quiero que haga usted algo que ha de hacerse en el acto. Haga acopio de fuerzas y lo conseguirá. Yo le daré ejemplo comiendo, si todavía desconfía de la comida de esta casa. ¿Tendrá la serenidad suficiente para darle órdenes a la criada si toco la campanilla? Es necesario para mis propósitos que nadie crea que está usted enfermo o perturbado. Pruebe primero conmigo antes de que venga la criada. Veamos qué aspecto tiene y qué tal suena cuando diga: «Sirva el almuerzo».

Después de dos ensayos, la señora Lecount consideró que estaba preparado para dar la orden sin delatarse.

Louisa respondió a la llamada; Louisa lanzó a la señora Lecount una mirada penetrante. La criada sirvió el almuerzo; la criada lanzó a la señora Lecount una mirada penetrante. Cuando terminó el almuerzo, la cocinera quitó la mesa; la cocinera lanzó a la señora Lecount una mirada penetrante. Era evidente que las tres sirvientas barruntaban que algo extraordinario ocurría en la casa. No cabía la menor duda de que habían acordado repartirse las tres oportunidades que les ofrecía el servicio de la comida para entrar en la habitación.

A la sagaz señora Lecount no se le escapó la curiosidad de que era objeto. «Hice bien —pensó—, en procurarme en su momento los medios necesarios para mis fines. Si pierdo más tiempo del estrictamente necesario, alguna de esas mujeres podría interponerse en mi camino». Incitada por esta reflexión, cogió su bolsa de viaje de un rincón tan pronto como la última de las criadas abandonó la estancia y, sentándose al otro extremo de la mesa frente a Noel Vanstone, lo miró unos instantes con atención inquisidora. Había medido con sumo cuidado la cantidad de vino que su amo debía beber con la comida —le había dejado beber exactamente lo que necesitaba para darle ánimos sin confundir sus pensamientos— y examinaba ahora su rostro con expresión crítica, como un artista examina su cuadro al final de un día de trabajo. El resultado pareció satisfacerla y abordó sin dilación el asunto más serio de la entrevista.

—¿Querrá usted mirar las pruebas escritas de las que le he hablado, señor Noel, antes de que siga hablando? —preguntó—. ¿O está usted suficientemente convencido de la verdad para proceder de inmediato con la propuesta que tengo que hacerle ahora?

—Oigamos su propuesta —dijo, apoyando los codos en la mesa y la cabeza en las manos con expresión hosca.

La señora Lecount sacó de su bolsa de viaje las pruebas escritas a las que acababa de referirse y las colocó con cuidado a un lado, al alcance de su amo, por si éste quería consultarlas. Lejos de desanimarse por la brusquedad de sus modales, la señora Lecount se animó visiblemente. Lo conocía bien y sabía que era un signo prometedor. En las raras ocasiones en que se despertaba la poca determinación que Noel Vanstone poseía, se reafirmaba invariablemente —como en la mayoría de los hombres débiles— con agresividad. En tales momentos, su resolución crecía en proporción directa a su malhumor y descortesía hacia los demás, y menguaba en proporción directa a la consideración y cortesía que demostraba. El tono de la respuesta que acababa de dar y la actitud que había adoptado convencieron a la señora Lecount de que el vino español y el cordero escocés habían cumplido con su deber y habían reavivado su decaído valor.

—Le haré la pregunta por pura formalidad, señor, si usted quiere —prosiguió la señora Lecount—. Pero tengo la seguridad, sin tener que preguntarlo, de que ha hecho usted testamento, ¿verdad?

Él asintió sin mirarla.

—¿En favor de su mujer?

Él volvió a asentir.

—¿Le ha legado cuanto posee?

—No.

La señora Lecount se sorprendió.

—¿Hizo usted esa salvedad espontáneamente, señor Noel? —preguntó—. ¿O es posible acaso que su mujer pusiera límites personales a sus intereses en el testamento?

Noel Vanstone guardó silencio, incómodo; era evidente que le avergonzaba responder a la pregunta. La señora Lecount la repitió de una forma menos directa.

—¿Cuánto ha dejado usted a su viuda, señor Noel, en el caso de que fallezca?

—Ochenta mil libras.

La respuesta servía para ambas preguntas. Ochenta mil libras eran exactamente la fortuna que Michael Vanstone había arrebatado a las hijas huérfanas de su hermano a la muerte de éste, exactamente la fortuna que el hijo de Michael Vanstone había conservado, a su vez, tan inmisericorde como su padre. El silencio de Noel Vanstone era tan elocuente como la confesión que le avergonzaba hacer. En la debilidad de su chifladura, no cabía la menor duda de que hubiera puesto todos sus bienes a los pies de su mujer; pero aquella muchacha, cuya osadía vengativa había desafiado todo comedimiento, aquella muchacha, cuya desesperada determinación no había flaqueado siquiera ante la puerta de la iglesia, en la hora misma de su triunfo, ¡sólo había querido una parte del hombre que estaba dispuesto a dárselo todo!; había logrado arrebatarse exactamente la fortuna de su padre ¡y luego había vuelto la espalda a la mano que la tentaba con decenas de miles más! La sorpresa enmudeció momentáneamente a la señora Lecount; Magdalen le había arrancado por la fuerza un asombro semejante a la admiración, un asombro que su animadversión hubiera rechazado de buena gana. A partir de ese momento, su odio hacia Magdalen fue diez veces mayor.

—No me cabe la menor duda, señor —continuó tras la breve pausa—, de que la señora de Noel Vanstone le dio excelentes razones para explicar por qué el legado que debía recibir a la muerte de usted había de ser ni más ni menos que de ochenta mil libras. Y, por otra parte, estoy igualmente convencida de que usted, que inocentemente no sospechaba nada, halló esas razones concluyentes en su momento. Ese momento ha pasado ya. Ha abierto usted los ojos, señor, y no dejará de advertir (como advierto yo) que casualmente la propiedad de Combe-Raven asciende a la misma suma exactamente que la herencia que ha legado a su mujer siguiendo sus propias instrucciones. Si todavía alberga alguna duda sobre el motivo por el que se casó con usted, busque en su testamento, ¡y ahí lo hallará!

Noel Vanstone alzó la cabeza y escuchó con la mayor atención lo que ella le decía por primera vez desde que se sentaron a la mesa. La propiedad de Combe-Raven no había ocupado jamás un lugar especial en su estima. Había llegado a sus manos unida al resto de las posesiones de su padre, a la muerte de éste. Por su naturaleza, el descubrimiento que acababan de hacerle había escapado por completo a sus hábitos comunes de reflexión, así como su inocente falta de suspicacia. No dijo nada, pero

miró a la señora Lecount con menos malhumor. Sus modales eran más zalameros; la marea alta de su valor empezaba ya a bajar.

—Su situación, señor, debe de ser ahora tan clara como lo es para mí —dijo la señora Lecount—. Sólo queda un obstáculo entre esa mujer y la consecución de sus fines. Ese obstáculo es su vida, señor. Después del hallazgo que hemos hecho arriba, usted mismo puede darse cuenta de lo que vale su vida.

Al oír estas terribles palabras, se retiró hasta la última gota de su menguante resolución.

—¡No me asuste! —suplicó—. Ya me ha asustado bastante. —Se levantó y arrastró la silla tras él rodeando la mesa hasta colocarse junto a la señora Lecount. Se sentó y besó su mano acariciadoramente—. ¡Usted que es tan buena! —dijo, bajando la voz—. ¡Excelente Lecount! Dígame qué debo hacer. Estoy decidido. ¡Haré cualquier cosa por salvar mi vida!

—¿Tiene usted recado de escribir en la habitación, señor? —preguntó la señora Lecount—. ¿Querría ponerlo sobre la mesa, por favor?

Mientras él recogía las diferentes piezas del recado, la señora Lecount volvió a servirse de los recursos de su bolsa de viaje. Sacó dos documentos, escritos ambos con la misma y pulcra letra comercial. Uno era descrito como «Borrador para testamento propuesto» y el otro como «Borrador para carta propuesta». Le tembló un poco la mano cuando los colocó sobre la mesa y se aplicó a la nariz el frasco de sales que había llevado consigo en beneficio de Noel Vanstone.

—Esperaba, cuando he llegado aquí, señor Noel —prosiguió—, poder darle más tiempo para reflexionar del que ahora me parece prudente darle. Cuando me ha dicho antes que su mujer se ha ido a Londres, he creído probable que el objeto de su viaje fuera visitar a su hermana y a la señorita Garth. Desde el espantoso hallazgo que hemos hecho arriba, me inclino a cambiar de opinión. La obstinación de su mujer en no decirle quiénes son los amigos a los que ha ido a ver me llena de alarma. Puede que tenga cómplices en Londres, o incluso, por lo que sabemos, puede que tenga cómplices en esta casa. Sus tres sirvientas, señor, han aprovechado la oportunidad de entrar por turno en esta habitación para observarme. ¡No me gustan sus miradas! Ni usted ni yo sabemos lo que puede ocurrir de un día para otro o incluso en cuestión de horas. Si sigue usted mi consejo, se adelantará a cualquier posible accidente, y cuando vuelva el carruaje ¡abandonará esta casa conmigo!

—¡Sí, sí! —dijo él con vehemencia—. Abandonaré la casa con usted. No me quedaría aquí solo ni por todo el oro del mundo. ¿Para qué queremos la pluma y el tintero? ¿Va a escribir usted o voy a escribir yo?

—Escribirá usted, señor —dijo el ama de llaves—. Los medios por los que garantizará su propia seguridad habrá de ponerlos en marcha usted personalmente de principio a fin. Yo sugiero, señor Noel, y usted decide. Evalúe su propia situación,

señor. ¿Cuál es la primera y más urgente necesidad? Evidentemente ésta. Tiene que eliminar el interés de su mujer en su muerte haciendo otro testamento.

Noel Vanstone expresó su aprobación asintiendo con viveza; se le subió el color a la cara y un triunfal destello malévolo brilló en sus ojos entrecerrados.

—No recibiré ni un penique —dijo para sus adentros en un susurro—. ¡No recibiré ni un penique!

—Cuando esté redactado su testamento, señor —continuó la señora Lecount—, tendrá que depositarlo en manos de una persona digna de confianza, no en mis manos, señor Noel, ¡yo sólo soy su sirvienta! Luego, cuando el testamento esté a salvo y usted también, escriba a su mujer a esta casa. Dígale que su infame impostura ha sido desenmascarada, dígale que ha hecho un nuevo testamento que la deshereda, dígale, con justa indignación, que no quiere volver a verla. Colóquese usted en esa posición de fuerza y no se hallará más a merced de su mujer, sino ella a la suya. Haga valer su poder, señor, con la ayuda de la ley, y aplástela para que acepte en el futuro cualquier condición que a usted le plazca imponerle.

Noel Vanstone empuñó la pluma con ardor.

—Sí —dijo con suficiencia vengativa—, cualesquiera condiciones que me plazca imponerle. —De repente se interrumpió y pareció desalentado y perplejo—. ¿Cómo voy a hacerlo ahora? —preguntó, arrojando la pluma sobre la mesa con la misma rapidez con que la había cogido.

—¿Hacer qué, señor? —preguntó la señora Lecount.

—¿Cómo puedo hacer testamento si el señor Loscombe está en Londres y no hay ningún abogado aquí para ayudarme?

La señora Lecount dio unos suaves golpecitos con el dedo índice en los papeles que había sobre la mesa ante ella.

—Toda la ayuda que necesita, señor, le espera aquí —dijo—. Medité este asunto cuidadosamente antes de venir y me procuré la ayuda confidencial de un amigo para que me guiara en la resolución de las dificultades que no podía resolver por mí misma. El amigo al que me refiero es un caballero de origen suizo, pero nacido y educado en Inglaterra. No es abogado de profesión; sin embargo, su experiencia legal es tan amplia que ha podido suministrarme, no sólo un modelo para que usted pueda hacer testamento, sino también el borrador de una carta que para nosotros es tan importante escribir como el testamento mismo. Le aguarda otra necesidad, señor Noel, que aún no he mencionado, pero que no es menos urgente, a su manera, que la necesidad de hacer testamento.

—¿Qué es? —preguntó él con curiosidad creciente.

—Lo trataremos cuando llegue la hora, señor —respondió la señora Lecount—. Su turno aún no ha llegado. Primero el testamento, por favor. Yo le dictaré del modelo que obra en mi poder y usted escribirá.

Noel Vanstone contempló el borrador del testamento y el borrador de la carta con suspicacia.

—Creo que debería ver esos documentos antes de que me los dicte —dijo—. Sería más satisfactorio para mí, Lecount.

—Por supuesto, señor —replicó la señora Lecount, tendiéndole los papeles de inmediato.

Él leyó primero el borrador del testamento, deteniéndose y frunciendo el entrecejo con desconfianza cada vez que encontraba espacios en blanco en el texto que habría de rellenar con nombres de personas y la enumeración de las sumas legadas a cada una de ellas. Dos o tres minutos de lectura le llevaron al final del documento. Se lo devolvió a la señora Lecount sin objetar nada.

El borrador de la carta era un documento mucho más largo. La leyó obstinadamente hasta el final con una expresión de perplejidad y descontento que demostraban que era completamente ininteligible para él.

—Quiero que me explique esto —dijo con un amago de su antigua suficiencia— antes de emprender acción alguna.

—Quedará explicado, señor, a medida que avancemos —dijo la señora Lecount.

—¿De cabo a rabo?

—De cabo a rabo, señor Noel, cuando llegue el momento. ¿No tiene nada que objetar al testamento? Pues dediquémonos a él primero, como le he dicho antes. Usted mismo ha visto que es tan corto y sencillo que hasta un niño lo entendería. Pero si le queda algún resto de duda, no vacile en resolverla mostrándolo a un abogado. Mientras tanto, no quisiera parecerle entrometida, pero recuerde que todos somos mortales y que las oportunidades perdidas no se vuelven a presentar. ¡Haga testamento mientras aún tiene tiempo, señor, y sus enemigos nada recelan!

La señora Lecount desplegó una hoja de papel de cartas y la alisó ante él, hundió la pluma en el tintero y se la colocó en la mano. Él la cogió sin decir nada; experimentaba, según todas las apariencias, un momentáneo desasosiego. Pero lo principal se había logrado. Allí estaba sentado, con el papel delante y la pluma en la mano, dispuesto seriamente por fin a hacer testamento.

—Lo primero que debe decidir, señor —dijo la señora Lecount, tras echar una mirada preliminar al borrador—, es el albacea. No deseo influir en su decisión, pero creo que no sería incorrecto recordarle que una elección sensata es la elección de un viejo amigo digno de toda confianza.

—Se refiere al almirante, supongo —dijo Noel Vanstone.

La señora Lecount asintió.

—Muy bien —continuó él—. Que sea el almirante.

Era evidente que seguía teniendo el ánimo oprimido. A pesar de las penosas circunstancias en las que se hallaba, no era propio de él aceptar el sensato consejo de

la señora Lecount, totalmente desinteresado, sin poner algún pero, como había hecho ahora.

—¿Preparado, señor?

—Sí.

La señora Lecount dictó el primer párrafo del borrador como sigue:

Ésta es la última voluntad y testamento de Noel Vanstone, que reside actualmente en Baliol Cottage, cerca de Dumfries. Revoco totalmente y en cada uno de sus detalles mi anterior testamento del trece de septiembre de mil ochocientos cuarenta y siete, y por la presente nombro al contraalmirante Arthur Everard Bartram, de St. Crux-in-the-Marsh, Essex, único albacea de éste mi testamento.

—¿Ha escrito esas palabras, señor?

—Sí.

La señora Lecount dejó el borrador; Noel Vanstone dejó la pluma. Ninguno de los dos miró al otro. Se produjo un largo silencio.

—Estoy esperando —dijo por fin la señora Lecount— a oír cuáles son sus deseos con respecto a la distribución de su fortuna. Su gran fortuna —añadió con implacable énfasis.

Él volvió a empuñar la pluma y empezó a arrancar plumas del cálamo en completo silencio.

—Quizá el testamento aún vigente le ayude a instruirme, señor —insistió la señora Lecount—. ¿Puedo preguntarle a quién dejaba todo su dinero sobrante tras legar las ochenta mil libras a su esposa?

Si hubiera contestado a la pregunta con sinceridad, habría tenido que decir: «He dejado todo el sobrante a mi primo, George Bartram», a lo que habría seguido el reconocimiento implícito de que el nombre de la señora Lecount no se mencionaba en el testamento en su presencia. En su situación, un hombre mucho más audaz habría sentido la misma opresión y la misma turbación que él. Arrancó el último trozo de pluma del cálamo e, intentando atravesar de un salto el abismo que tenía a sus pies, se adelantó a cumplir espontáneamente las exigencias de la señora Lecount.

—Preferiría no hablar de ningún testamento salvo del que estoy haciendo ahora —dijo, molesto—. Lo primero, Lecount... —Vaciló, se metió la punta desnuda del cálamo en la boca, la mordisqueó pensativamente y no dijo más.

—¿Sí, señor? —insistió la señora Lecount.

—Lo primero es...

—¿Sí, señor?

—¿Lo primero es, es... disponer una cantidad para usted?

Pronunció estas últimas palabras con un tono de interrogación quejumbrosa,

como si aún no hubiera perdido toda esperanza de recibir una magnánima negativa. La señora Lecount se encargó de aclararle ese punto sin perder más tiempo.

—Gracias, señor Noel —dijo, con el tono y las maneras de una mujer que no agradecía un favor sino que recibía un derecho.

Él mordisqueó de nuevo el cálamo. El sudor empezó a perlar su rostro.

—La dificultad está —señaló— en decir cuánto.

—Su llorado padre, señor —replicó la señora Lecount—, resolvió esa dificultad (recuérdelo) durante su última enfermedad.

—No lo recuerdo —dijo Noel Vanstone tercamente.

—Usted se hallaba a un lado de su cama, señor, y yo al otro. Intentábamos en vano persuadirle de que hiciera testamento. Después de decirnos que esperaría a ponerse bien para hacerlo, me miró y dijo unas palabras amables y sentidas que mi memoria atesorará hasta el fin de mis días. ¿Ha olvidado usted esas palabras, señor Noel?

—Sí —respondió el señor Noel sin vacilar.

—En mi actual situación, señor —replicó la señora Lecount—, la delicadeza me impide avivar su memoria.

El ama de llaves consultó su reloj y enmudeció. Él apretó los puños y se balanceó en su silla sumido en la agonía de la indecisión. La señora Lecount se negó pasivamente a prestarle atención.

—¿Qué diría usted...? —empezó Noel Vanstone, y se interrumpió de repente.

—¿Sí, señor?

—¿Qué diría usted de... mil libras?

La señora Lecount se levantó y lo miró a la cara con la majestuosa indignación de una mujer insultada.

—Después del servicio que le he prestado hoy, señor Noel —dijo—, me he ganado al menos su respeto, si no más. Le deseo buenos días.

—¡Dos mil! —exclamó Noel Vanstone, con el valor de la desesperación.

La señora Lecount dobló sus papeles y se colgó la bolsa de viaje del brazo en desdeñoso silencio.

—¡Tres mil!

La señora Lecount se alejó de la mesa con impenetrable dignidad en dirección a la puerta.

—¡Cuatro mil!

La señora Lecount se arrebujó en su chal con un escalofrío y abrió la puerta.

—¡Cinco mil!

Noel Vanstone juntó las manos y se las retorció ante la mirada del ama de llaves en un arrebatado de rabia e incertidumbre. «Cinco mil» era el lamento fúnebre de su suicidio pecuniario.

La señora Lecount cerró la puerta con suavidad y dio un paso hacia delante.

—¿Exentas de derechos de sucesión, señor? —preguntó.

—¡No!

La señora Lecount giró en redondo y abrió de nuevo la puerta.

—¡Sí!

La señora Lecount volvió y ocupó de nuevo su sitio ante la mesa como si nada hubiera ocurrido.

—Cinco mil libras exentas de derechos de sucesión fue la suma, señor, que me prometió su padre con su estima y agradecimiento —dijo tranquilamente—. Si decide usted hacer memoria, como no ha hecho hasta ahora, su memoria le dirá que es verdad. Acepto que, como hijo, cumpla usted la promesa de su padre, señor Noel, y ahí me detengo. Me niego a aprovecharme de mi situación con respecto a usted, me niego a arrancarle nada más a costa de sus temores. Tiene usted la protección de mi respeto por mí misma y por el ilustre apellido que llevo. Usted sabe todo lo que he hecho y todo lo que he sufrido a su servicio. ¡La viuda del profesor Lecompte, señor, toma lo que en justicia le pertenece y nada más!

Mientras hablaba, las huellas de la enfermedad sufrida parecieron desvanecerse de su rostro momentáneamente; una firme luz interior brilló en sus ojos; toda ella se encendía e iluminaba al resplandor de su propio triunfo, el triple triunfo de conseguir lo que quería, de mantener su integridad y de igualar la abnegación incorruptible de Magdalen en su propio terreno.

—Seguiremos cuando vuelva a ser usted dueño de sí mismo, señor. Primero esperemos un poco.

La señora Lecount dio tiempo a su amo para serenarse, y luego, después de consultar su borrador, dictó el segundo párrafo del testamento en estos términos:

Doy y lego a la señora Virginie Lecompte (viuda del profesor Lecompte, antes residente en Zurich) la suma de cinco mil libras, exentas de derechos de sucesión. Y con este legado, deseo hacer constar que no sólo expreso el agradecimiento por el afecto y la fidelidad de la señora Lecompte en su calidad de ama de llaves, sino que creo también haber cumplido las intenciones de mi difunto padre, quien, de no ser por la circunstancia de haber muerto sin testar, hubiera dejado a madame Lecompte en su testamento la misma muestra de agradecida consideración por sus servicios que ahora dejo yo en el mío.

—¿Ha escrito usted las últimas palabras, señor?

—Sí.

La señora Lecount se inclinó sobre la mesa y ofreció su mano a Noel Vanstone.

—Gracias, señor Noel —dijo—. Las cinco mil libras son el reconocimiento por

parte de su padre de lo que hice por él. Las palabras del testamento son el reconocimiento de usted.

Noel Vanstone esbozó una sonrisa por primera vez. Pensándolo bien, le consolaba la idea de que las cosas pudieran haber sido peor. Pagar la deuda de gratitud con una frase no negociable con su banquero era un bálsamo para su espíritu herido. Hiciera su padre lo que hiciera, ¡él había conseguido una ganga con Lecount, al fin y al cabo!

—Un poco más, señor —prosiguió la señora Lecount—, y habrá terminado con su penoso pero necesario deber. Una vez resuelta la insignificante cuestión de mi legado, llegamos a lo más importante: el destino futuro de una gran fortuna aguarda ahora sus órdenes. ¿Quién la heredará?

Noel Vanstone empezó a retorcerse de nuevo en su silla. Ni siquiera bajo la todopoderosa fascinación de su mujer había conseguido despedirse de su dinero por escrito sin una punzada de dolor. Había soportado esa punzada, se había resignado al sacrificio, y ahora, ¡ahí estaba de nuevo la temida prueba aguardándole despiadadamente por segunda vez!

—Quizá pueda ayudarle a decidir, señor, si repito una pregunta que ya le he hecho antes —señaló la señora Lecount—. En el testamento que hizo bajo la influencia de su mujer, ¿a quién le dejó el dinero sobrante que quedaba a su disposición?

No había ningún daño en contestar ahora. Noel Vanstone reconoció que se lo había dejado a su primo George.

—No podía haber hecho nada mejor, señor Noel, y no puede hacer nada mejor ahora —dijo la señora Lecount—. El señor George y sus dos hermanas son sus únicos parientes vivos. Una de esas hermanas es una inválida incurable que dispone ya de más dinero del que requiere para todas las necesidades que su enfermedad le permite tener. La otra es la esposa de un hombre más rico aún que usted. Legar el dinero a esas hermanas es desperdiciarlo. Legar el dinero a George es dar a su primo exactamente la ayuda que necesitará cuando herede un día la casa medio derruida y la propiedad empobrecida de su tío. El testamento que nombre albacea al almirante y heredero al señor George es el más correcto. Hace honor a los derechos de la amistad y justicia a los derechos de la sangre.

La señora Lecount hablaba con enardecido afecto, pues recordaba con agradecimiento cuanto ella misma debía a la hospitalidad de St. Crux. Noel Vanstone cogió otro cálamo y lo empezó a despojar de plumas como antes al primero.

—Sí —admitió a regañadientes—, supongo que ha de ser George mi heredero; supongo que es él quien más derecho tiene. —Vaciló, miró la puerta, miró la ventana como si anhelara escapar por un camino u otro—. Oh, Lecount —exclamó lastimosamente—, ¡es una fortuna tan grande! Déjeme esperar un poco antes de dejársela a nadie.

Con gran sorpresa por su parte, la señora Lecount accedió de inmediato a aquella

petición tan característica.

—Deseo que espere, señor —replicó—. Tengo algo importante que decirle antes de que añada otra línea a su testamento. Hace un momento le he dicho que debíamos prever una segunda necesidad relacionada con su situación actual cuando llegara el momento. El momento ha llegado. Tiene usted una seria dificultad con la que enfrentarse y vencer antes de que pueda dejar su fortuna a su primo George.

—¿Qué dificultad? —preguntó él.

La señora Lecount se levantó de la silla sin responder, se acercó a la puerta sigilosamente y la abrió de repente. No había nadie escuchando fuera; el pasillo estaba vacío de un extremo al otro.

—Desconfío de todos los sirvientes —dijo, regresando a su sitio—, de los suyos en particular. Acerque su silla, señor Noel. Lo que tengo que decirle ahora no debe ser oído por criatura viviente alguna salvo nosotros dos.

CAPÍTULO III

Se produjo una pausa de unos minutos mientras la señora Lecount desplegaba el segundo de los documentos que tenía sobre la mesa y refrescaba la memoria echándole un rápido vistazo. Hecho esto, se dirigió una vez más a Noel Vanstone, procurando bajar la voz para hacerla inaudible a quien pudiera escuchar desde el pasillo.

—Debo pedirle permiso, señor —empezó—, para volver al tema de su esposa. Lo hago de mala gana, y le prometo que lo que voy a decir ahora sobre ella lo diré, por el bien de usted y por el mío, con las palabras estrictamente necesarias. ¿Qué sabemos de esa mujer, señor Noel, si la juzgamos por su propia confesión cuando vino a vernos caracterizada como señorita Garth y por sus actos posteriores en Aldborough? Sabemos que, si la muerte no hubiera arrebatado al padre de usted de sus manos, tenía preparada una conspiración para robarle el dinero de Combe-Raven. Sabemos que cuando usted heredó el dinero, tenía preparada una conspiración para robárselo a usted. Sabemos que llevó la conspiración hasta sus últimas consecuencias, y sabemos que sólo le falta que usted muera para coronar con éxito su rapacería y su engaño. Estamos seguros de todo eso. Estamos seguros de que es joven, audaz e inteligente, de que no tiene dudas ni escrúpulos ni piedad, y de que posee las cualidades personales que los hombres en general (¡lo que me resulta absolutamente incomprensible!) son lo bastante débiles para admirar. Esto no son fantasías, señor Noel, sino hechos; usted los conoce tan bien como yo.

Él hizo un gesto afirmativo y la señora Lecount continuó:

—Recuerde lo que acabo de decir sobre el pasado y mire ahora conmigo hacia el futuro. Espero y confío en que aún le queden muchos años de vida, pero supongamos, sólo por un momento, que usted muere y que a su muerte queda este testamento que lega su fortuna a su primo George. Según tengo entendido existe una oficina en Londres en la que deben guardarse copias de todos los testamentos. Cualquier desconocido curioso que decida pagar un chelín por ese privilegio puede entrar en esa oficina y leer a su discreción cualquiera de los testamentos que hay allí. ¿Adivina usted por dónde voy, señor Noel? Su desheredada viuda paga el chelín y lee su testamento. Su desheredada viuda ve que el dinero de Combe-Raven, que usted ha recibido de su padre, pasa de usted a George Bartram. ¿Cuál será el resultado cierto de ese descubrimiento? El resultado será que dejará usted a su primo y amigo el legado de la venganza y el engaño de esa mujer, y la exasperación por su fracaso hará esa venganza más decidida y ese engaño más diabólico que nunca. ¿Qué es su primo George? Es un hombre generoso y confiado, incapaz de falsedad alguna, que no teme ser engañado por los demás. Déjelo a merced de los encantos sin escrúpulos y de la impenetrable falsedad de su mujer, ¡y veo el resultado tan claro como lo veo a usted

ahí sentado! Le pondrá una venda en los ojos, como hizo con usted, ¡y se apoderará del dinero, pasando por encima de usted y de mí!

La señora Lecount hizo una pausa y dejó que su amo asimilara estas últimas palabras. Las circunstancias estaban expuestas de forma tan clara y la conclusión que se extraía de ellas era tan evidente que Noel Vanstone comprendió lo que la señora Lecount quería decir sin esfuerzo y de manera inmediata.

—¡Comprendo! —dijo, apretando los puños con expresión vengativa—. ¡Comprendo, Lecount! No conseguirá un solo penique. ¿Qué he de hacer? ¿Le dejo el dinero al almirante? —Se detuvo a reflexionar—. No —prosiguió—, existe el mismo peligro dejándole el dinero al almirante que dejándoselo a George.

—No existe tal peligro, señor Noel Vanstone, si sigue usted mi consejo.

—¿Cuál es?

—Ponga en práctica su idea, señor. Vuelva a empuñar la pluma y deje el dinero al almirante Bartram.

Él hundió la pluma en el tintero maquinalmente y luego vaciló.

—Sabrá usted adonde iremos a parar, señor —dijo la señora Lecount—, antes de que firme el testamento. Mientras tanto, vayamos ganando terreno mientras continuamos. Quiero que el testamento esté redactado antes de avanzar en nuestros asuntos. Empiece el tercer párrafo, señor Noel, bajo las líneas que me legan las cinco mil libras.

La señora Lecount dictó la última sentencia trascendental del testamento (del borrador que obraba en su poder) con las siguientes palabras:

Nombro heredero universal del resto de mis bienes, tras el pago de los gastos de mi entierro y de mis deudas legales, al contraalmirante Arthur Everard Bartram, mi albacea antes mencionado, para que él les dé el uso que crea conveniente.

Firmado, sellado y entregado en el día de hoy, tres de noviembre de mil ochocientos cuarenta y siete, por Noel Vanstone, testador antes mencionado, como y para su última voluntad y testamento, en presencia de nosotros.

—¿Eso es todo? —preguntó Noel Vanstone, atónito.

—Es bastante, señor, para legar su fortuna al almirante y, por tanto, es todo. Ahora volvamos al caso que ya hemos supuesto. Su viuda paga el penique y ve este testamento, en el que se dice que el dinero de Combe-Raven ha pasado al almirante y se manifiesta claramente que puede hacer con él lo quiera. Cuando ella lo lea, ¿qué hará? Tenderá su trampa al almirante. Es soltero y es viejo. ¿Quién le protegerá contra las artes de esa mujer desesperada? Protéjalo usted mismo, señor, con unos cuantos trazos más de esa pluma que ya ha hecho maravillas. Le ha nombrado heredero en el testamento que verá su mujer. Desherédele en una carta que sea un

absoluto secreto entre el almirante y usted. Meta el testamento y la carta en un sobre y hágaselo llegar al almirante indicándole por escrito que debe romper el sello el día en que usted muera. Que el testamento quede tal como está ahora y que la carta (que es un secreto entre usted y él) le diga la verdad. Explíquele que le lega usted su fortuna con la petición de que la reciba con una mano y se la entregue con la otra a su sobrino George. Dígale que las esperanzas de usted en este asunto descansan únicamente en la confianza que tiene en su honor y en la convicción de que recuerda con afecto al padre de usted y a usted mismo. Usted conoce al almirante desde que era niño. Tiene sus manías y caprichos, pero es un caballero de la cabeza a los pies y es totalmente incapaz de traicionar la confianza depositada en su honor por un amigo muerto. Aborde la dificultad audazmente con esta estratagema y salvará a esos dos hombres desamparados de las trampas de su mujer, a uno por medio del otro. Aquí, a un lado, está su testamento que nombra heredero al almirante y motivará una nueva conspiración de su mujer. Y aquí, al otro lado, está su carta, ¡que pone el dinero secretamente en manos del sobrino!

La rencorosa destreza de esta combinación era exactamente del género que Noel Vanstone podía apreciar mejor. Intentó manifestar su aprobación y su admiración con palabras. La señora Lecount alzó la mano para silenciarle.

—Aguarde, señor, antes de expresar su opinión —prosiguió—. Todavía no hemos vencido la dificultad más que a medias. Supongamos que el almirante ha dado a su herencia el uso que usted le había solicitado confidencialmente que le diera. Tarde o temprano, por muy bien que se guarde el secreto, su esposa descubrirá la verdad. ¿Qué consecuencia se deriva de ese descubrimiento? Su esposa pone cerco al señor George. Todo lo que ha conseguido usted es legarle el dinero de un modo indirecto. Ahí está, después de un intervalo de tiempo, tan a merced de su esposa como si le hubiera nombrado usted heredero universal en este testamento. ¿Cuál es el remedio? El remedio consiste en engañarla por segunda vez, interponer un obstáculo entre ella y el dinero para proteger a su primo George. ¿Adivina usted, señor Noel, cuál es el obstáculo más prometedor que podemos poner en el camino de su mujer?

Él meneó la cabeza. La señora Lecount sonrió y le sobresaltó poniéndole la mano sobre el brazo, lo que le obligó a prestarle toda su atención.

—¡Ponga una mujer en su camino, señor! —susurró con su tono más astuto—. Nosotras las mujeres no creemos en esa fascinadora belleza, diga usted lo que diga. Nuestros labios no arden en deseos de besar sus suaves mejillas. Nuestros brazos no ansían rodear esa cintura flexible. Nosotras vemos claramente sus intenciones pese a sus sonrisas y sus favores y su corsé y sus rellenos; ¡a nosotras no puede embrujarnos! ¡Ponga una mujer en su camino, señor Noel! Pero no una mujer como yo, una sirvienta en una situación de impotencia, sino una mujer con la autoridad y los celos de una esposa. En la carta al almirante, ponga como condición para que el

señor George reciba la herencia que se case en un determinado período, si todavía es soltero cuando muera el almirante. Supongamos que permanece soltero pese a su condición, ¿quién recibirá entonces el dinero? Una vez más, ponga a una mujer en el camino de su esposa, y deje su fortuna a la hermana casada de su primo George.

La señora Lecount hizo una pausa. Noel Vanstone intentó de nuevo expresar su opinión y de nuevo la mano de la señora Lecount le hizo enmudecer.

—Si lo aprueba, señor Noel —dijo—, daré su aprobación por supuesta. Si tiene algo que objetar, responderé a su objeción antes de que salga de su boca. Podría usted decirme: si esa condición servirá ya a nuestros propósitos, ¿por qué ocultarla en una carta confidencial para el almirante? ¿Por qué no hacer heredero a mi primo y ponerle esa condición en el mismo testamento? Por una única razón, señor. Porque hacerlo en secreto es el único modo seguro con una mujer como su esposa. Cuanto más secretas sean las intenciones de usted, más tiempo la obligará a perder en descubrirlas por sí misma. Ese tiempo que ella pierde es tiempo ganado en proteger al almirante de sus supercherías, tiempo ganado por el señor George (si sigue soltero) para elegir a su dama sin ser molestado y tiempo ganado para la seguridad de la mujer elegida, que de lo contrario podría convertirse en el primer objetivo de las sospechas y la hostilidad de la señora de Noel Vanstone. Recuerde el frasco que hemos descubierto arriba y mantenga a esa desesperada mujer en la ignorancia, e inofensiva por tanto, el mayor tiempo posible. Ése es mi consejo, señor Noel, en pocas palabras. ¿Qué opina, señor? ¿Soy casi tan inteligente a mi manera, como su amigo el señor Bygrave? ¿Puedo conspirar yo también un poquito cuando el propósito de mi conspiración es ayudarle a cumplir con sus deseos y proteger a sus amigos?

Haciendo uso por fin del permiso para usar la lengua, Noel Vanstone expresó su admiración por la señora Lecount exactamente con las mismas palabras pronunciadas en una ocasión anterior para hacer sus cumplidos al capitán Wragge. «¡Qué cerebro tiene usted!» fueron esas agradecidas palabras otrora dirigidas al enemigo más acérrimo de la señora Lecount. Esas mismas utilizó ahora para darle las gracias a la propia señora Lecount. Los extremos se tocan, ¡y tal es a veces la aprobación de un tonto, que todo lo abarca!

—Permita a mi cerebro que se haga merecedor del cumplido que acaba de hacerle, señor —dijo la señora Lecount—. La carta al almirante aún no está escrita. Este testamento que tenemos aquí es como un cuerpo sin alma, un Adán sin Eva, hasta que se haya redactado la carta y colocado junto a él. Un poco más de dictado por mi parte y un poco más de escritura por la suya, y nuestra tarea habrá concluido. Discúlpeme. La carta será más larga que el testamento, necesitamos hojas más grandes.

Se buscó el estuche de papel de cartas y se hallaron en él hojas del tamaño adecuado. La señora Lecount reanudó el dictado y Noel Vanstone volvió a empuñar

la pluma.

*Baliol Cottage, Dumfries,
3 de noviembre de 1847*

Confidencial

Querido almirante Bartram:

Cuando abra usted mi testamento (en el que se le nombra mi único albacea), descubrirá que también le he nombrado a usted heredero universal de todos mis bienes tras el pago de un legado de cinco mil libras. El propósito de esta carta es comunicarle confidencialmente el objetivo con el que he depositado mi fortuna en sus manos.

Le ruego que tome nota de que es mi intención que entregue este gran legado a su sobrino George con ciertas condiciones. Si su sobrino está casado en el momento de mi muerte y su mujer vive, le pido que le haga entrega inmediata de la herencia, al tiempo que le transmita mi deseo (que considerará un deber sagrado, estoy convencido) de que ceda ese dinero a su mujer y a sus hijos, si los tiene. Si, por el contrario, no está casado en el momento de mi muerte o es viudo, en ambos casos pongo como condición para que reciba la herencia que se case en un período de...

La señora Lecount dejó el borrador de la carta que había estado dictando e informó con un gesto a Noel Vanstone de que podía dejar descansar la pluma.

—Hemos llegado a la cuestión del tiempo, señor —señaló—. ¿Cuánto tiempo le concederá a su primo para casarse si es soltero o viudo cuando usted muera?

—¿Le doy un año? —preguntó Noel Vanstone.

—Si no tuviéramos ninguna otra consideración más que la del debido decoro —dijo la señora Lecount—, también yo propondría un año, señor, especialmente si se diera el caso de que el señor George fuera viudo. Pero tenemos que pensar en su mujer, además de prestar atención al decoro. Un año de demora entre la muerte de usted y el matrimonio de su primo es un intervalo de tiempo peligrosamente largo para dejar la posesión de su fortuna en el aire. Déle a una mujer resuelta un año para conspirar y maquinarse, y es imposible decir lo que no podrá hacer.

—¿Seis meses? —sugirió Noel Vanstone.

—Seis meses, señor —replicó la señora Lecount—, es un intervalo preferible. Un intervalo de seis meses desde el día de su muerte bastará para que el señor George... Parece usted alterado, señor. ¿Qué le ocurre?

—Desearía que no mencionara mi muerte a cada momento —espetó él con irritación—. ¡No me gusta! ¡Detesto oír esa palabra!

La señora Lecount sonrió resignadamente y consultó su borrador.

—Veo aquí escrita la palabra «fallecimiento» —señaló—. ¿Quizá la prefiera

usted, señor Noel?

—Sí —respondió él—. Prefiero «fallecimiento». No suena tan horrible como «muerte».

—Sigamos con la carta, señor.

La señora Lecount reemprendió el dictado como sigue:

... en ambos casos pongo como condición para que reciba la herencia que se case en un período de seis meses civiles desde el día de mi fallecimiento, que la mujer con la que se case no sea viuda, que se lean las amonestaciones y que el enlace matrimonial se celebre públicamente en la parroquia de Ossory, donde es conocido desde la infancia y donde es probable que la familia y las circunstancias de su futura esposa sean objeto del interés y la curiosidad públicos.

—Esto, señor —dijo la señora Lecount, alzando la vista del borrador—, servirá para proteger al señor George en el caso de que le tiendan la misma trampa en la que ha caído usted. La próxima vez su esposa no podrá asumir una personalidad y un nombre falsos con tanta facilidad, no, ¡ni siquiera con ayuda del señor Bygrave! Vuelva a mojar la pluma, señor Noel; escribamos el siguiente párrafo. ¿Listo?

—Sí.

La señora Lecount prosiguió:

Si su sobrino no cumple estas condiciones, es decir, si siendo soltero o viudo en el momento de mi fallecimiento, no se casa siguiendo al pie de la letra mis instrucciones dentro de los seis meses civiles siguientes, es mi deseo que no reciba la herencia ni parte de ella. En ese supuesto caso, le pido que lo descarte completamente y legue la fortuna que le dejo en mi testamento a la hermana casada de su sobrina, la señora Girdlestone.

Tras haberle hecho partícipe de mis motivos e intenciones, llego al siguiente punto que es preciso considerar. Si cuando usted abra esta carta, su sobrino es un hombre soltero, evidentemente es indispensable que conozca las condiciones impuestas tan pronto como las conozca usted mismo, a ser posible. En tales circunstancias, es usted libre de comunicarle lo que le escribo aquí, o bien habrá usted de darle la impresión de que no existe tal manifestación escrita y confidencial de mis deseos, estableciendo todas las condiciones referentes a su matrimonio como si procedieran enteramente de usted mismo.

Si adopta usted esta última alternativa, añadirá uno más a los muchos motivos de agradecimiento que deberé a su amistad.

Tengo serias razones para creer que la posesión de mi dinero y el descubrimiento de cualquier disposición especial concerniente a su cesión serían objeto (tras mi

fallecimiento) del fraude y la conspiración de una persona sin escrúpulos. Es mi mayor preocupación, por tanto (por el bien de usted en primer lugar), que no se suscite la menor sospecha sobre la existencia de esta carta en la persona a la que aludo. Y de la misma forma deseo (en bien de la señora Girdlestone en segundo lugar) que esa misma persona ignore por completo que la herencia pasará a manos de la señora Girdlestone si su sobrino no se casa en el plazo dado. Conozco el carácter afable y dócil de George, temo las intrigas que puedan intentarse contra él, y estoy seguro de que lo más prudente será abstenerse de confiarle secretos que podría revelar imprudentemente, lo cual tendría graves e incluso peligrosos resultados.

Comunique las condiciones a su sobrino, por tanto, como si fueran personales. Déjele creer que se las han sugerido sus nuevas responsabilidades como hombre de fortuna, como albacea de mi testamento y como resultado de una lógica preocupación por asegurar la perpetuación del apellido familiar. Si estas razones no bastan para contentarle, nada podrá objetar a que le remita al mismo día de su boda para cualquier otra explicación que desee.

He terminado. Le he transmitido mis últimos deseos con una confianza implícita en su honor y en el afectuoso respeto que siente por la memoria de su amigo. Nada diré de las deplorables circunstancias que me han impelido a escribir esta carta. Las oirá usted, si conservo la vida, de mis propios labios, pues será el primer amigo al que consultaré en estos difíciles momentos de aflicción. Mantenga esta carta en el más absoluto secreto y en su poder hasta que se cumplan mis exigencias. Que ningún otro ser humano salvo usted conozca el lugar en que se oculta bajo ningún pretexto.

Afectuosamente suyo,

NOEL VANSTONE

—¿Ha firmado, señor? —preguntó la señora Lecount—. Déjeme repasar la carta, por favor, antes de sellarla.

El ama de llaves leyó la carta detenidamente. La letra apretada de Noel Vanstone llenaba dos páginas de papel grande y terminaba al empezar la tercera página. En lugar de usar un sobre, la señora Lecount la dobló con pulcra eficiencia, al modo antiguo. Encendió la vela del tintero y devolvió la carta al que la había escrito.

—Sélela, señor Noel —dijo—, con su propia mano y su propio sello. —La señora Lecount apagó la vela y ofreció de nuevo la pluma a su amo—. Dirija la carta —prosiguió— a «Almirante Bartram, St. Crux-in-the-Marsh, Essex». Ahora añada estas palabras encima de la dirección y fírmelas: «Para guardar en su poder y ser abierta únicamente por usted el día de mi muerte (o fallecimiento, si lo prefiere). Noel Vanstone». ¿Lo ha hecho? Déjeme verlo otra vez. Totalmente correcto. Le felicito, señor. Si no hemos conseguido que hayan terminado los días de conspiradora

de su esposa para hacerse con el dinero de Combe-Raven, no será por culpa suya, señor Noel, ¡ni mía tampoco!

Relajada su atención tras haber terminado la carta, Noel Vanstone volvió de inmediato a consideraciones puramente personales.

—Ahora hay que pensar en mi equipaje —dijo—. No puedo irme sin mi ropa de abrigo.

—Discúlpeme, señor —replicó la señora Lecount—, primero hay que firmar el testamento y hay que encontrar a dos personas que actúen como testigos en el momento de la firma. —Miró por la ventana delantera y vio el carruaje aguardando a la puerta—. El cochero servirá —dijo—. Realiza un servicio respetable y se le localiza con facilidad en caso necesario. Supongo que tendremos que aceptar a una de sus criadas como segundo testigo. Son todas mujeres detestables, pero la cocinera es la que parece más inofensiva de las tres. Mande llamar a la cocinera, señor, mientras yo salgo a llamar al cochero. Cuando tengamos aquí a los testigos, sólo tiene que decirles estas palabras: «Tengo que firmar un documento y deseo que escribáis en él vuestros nombres como testigos de mi firma». ¡Nada más, señor Noel! Diga esas pocas palabras hablando con normalidad y, cuando haya firmado, yo personalmente me ocuparé del equipaje y de su ropa de abrigo.

La señora Lecount se dirigió a la puerta principal y llamó al cochero a la salita. A su regreso, halló a la cocinera en la habitación. La cocinera parecía ofendida por alguna misteriosa razón y no dejaba de mirar a la señora Lecount. Instantes después entraba el cochero, un hombre ya mayor. Le precedía un fuerte olor a whisky, pero tenía la cabeza de un escocés, y no había nada que lo delatara salvo el olor.

—Tengo que firmar un documento —dijo Noel Vanstone, repitiendo la lección— y deseo que escribáis en él vuestros nombres como testigos de mi firma.

El cochero miró el testamento. La cocinera no le quitaba los ojos de encima a la señora Lecount.

—No le molestará, señor... —dijo el cochero ^[31]. La cautela autóctona se manifestaba en cada una de las arrugas de su rostro—. ¿No le molestará, señor, decirme primero qué documento es ése?

La señora Lecount intervino antes de que la indignación de Noel Vanstone se expresara con palabras.

—Debe decirle usted a este hombre que se trata de su testamento —dijo—. Cuando firme como testigo podrá verlo por sí mismo si observa el principio de la página.

—Sí, sí —dijo el cochero, mirando el principio de la página inmediatamente—. Su última voluntad y testamento. ¡Mal asunto, señores! ¡Es un terrible desafío a la Muerte un documento como ése! Polvo somos —continuó, exhalando una nueva bocanada de whisky y alzando la vista devotamente hacia el techo—. Considere estas

palabras en relación con ese otro pasaje de las Escrituras: Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos. Considere de nuevo esas palabras en relación con el Apocalipsis, capítulo primero, versículos uno al quince. Medítenlo todo bien. ¿Qué son entonces todas sus riquezas? ¡Escoria, señores! ¿Y su cuerpo? (volvemos a las Escrituras). ¡Arcilla para el alfarero! ¿Y su vida? (las Escrituras una vez más) ¡El aire que respiran!

La cocinera escuchaba como si estuviera en la iglesia, pero sin apartar la vista de la señora Lecount.

—Será mejor que firme, señor. Al parecer ésta es una costumbre que impera en Dumfries durante las transacciones —dijo la señora Lecount resignadamente—. Creo que el hombre tiene buena intención.

Añadió estas últimas palabras en tono apaciguador, pues percibía que la indignación de Noel Vanstone se estaba convirtiendo rápidamente en alarma. Las exhortaciones del cochero parecían inspirarle miedo además de repugnancia.

Noel Vanstone mojó la pluma en tinta y firmó el testamento sin pronunciar una palabra. El cochero (descendiendo instantáneamente de la teología a los asuntos terrenales) contempló la firma con escrupulosa atención y firmó después como testigo con un comentario implícito sobre aquel proceder en forma de bocanada de whisky exhalada por medio de un hondo suspiro. La cocinera apartó la vista de la señora Lecount con esfuerzo, firmó con colérica premura y volvió a mirarla con un respingo, como si esperara ver una pistola en las manos del ama de llaves (que pudiera haber sacado en el intervalo de la firma).

—Gracias —dijo la señora Lecount con gran amabilidad. La cocinera apretó los labios agresivamente y miró a su amo.

—¡Puedes irte! —dijo él. La cocinera tosió despectivamente y salió.

—No le haremos esperar mucho —dijo la señora Lecount al despedir al cochero—. Dentro de media hora, más o menos, estaremos listos para emprender el viaje de vuelta.

El austero semblante del cochero se relajó por primera vez. Sonrió enigmáticamente y se acercó a la señora Lecount de puntillas.

—No olvide una cosa, milady —dijo con meliflua cortesía—. ¡No olvide la firma además del trayecto, cuando me pague por el trabajo del día! —Se echó a reír con gravedad gutural y, dejando su atmósfera tras de sí, salió con paso majestuoso de la habitación.

—Lecount —dijo Noel Vanstone, tan pronto como el cochero cerró la puerta—. ¿He oído que le decía a ese hombre que estaremos listos dentro de media hora?

—Sí, señor.

—¿Está usted ciega?

Acompañó la pregunta de un airado golpe en el suelo con el pie. La señora

Lecount lo miró con asombro.

—¿Es que no ve que ese animal está borracho? —prosiguió él cada vez más irritado—. ¿No vale nada mi vida? ¿Ha de quedar a merced de un cochero borracho? ¡No pienso confiar mi seguridad a ese hombre bajo ningún concepto! Me sorprende que haya podido pensar lo contrario, Lecount.

—El hombre ha estado bebiendo, señor —dijo el ama de llaves—. Eso es fácil de ver y de oler. Pero es evidente que está acostumbrado a beber. Y si está lo bastante sereno para caminar derecho (lo que ciertamente hace) y para estampar su firma con letra clara (lo cual puede ver por usted mismo en el testamento), me atrevo a pensar que está lo bastante sereno para llevarnos a Dumfries.

—¡Ni hablar! Usted es extranjera, Lecount; no comprende a esta gente. Beben whisky de la mañana a la noche. El whisky es el alcohol más fuerte que se hace, el whisky es notorio por su efecto sobre el cerebro. Le digo que no pienso correr riesgos. Nunca me ha llevado y nunca me llevará un cochero que no esté sobrio.

—¿Debo volver sola a Dumfries, señor?

—¿Y dejarme aquí? ¿Dejarme solo en esta casa después de lo que ha ocurrido? ¿Cómo sé que mi mujer no volverá esta noche? ¿Cómo sé que su viaje no es un pretexto para engañarme? ¿Es que no tiene sentimientos, Lecount? ¿Me dejará solo en mi lamentable situación...? —Se desplomó en una silla y rompió a llorar ante la idea antes de haber terminado de expresarla—. ¡Qué pena! —dijo, tapándose la cara con el pañuelo—. ¡Qué pena!

Era imposible no compadecerlo. No podía haber otro mortal más digno de lástima. El conflicto entre las violentas emociones que se habían despertado en él desde la mañana, así como el esfuerzo de seguir a la señora Lecount por laberínticas e intrincadas combinaciones, había causado al fin su desmoronamiento. Ella le había conducido con firmeza, sosteniéndole mientras ese esfuerzo duraba; en el momento en que llegó a su fin, Noel Vanstone cayó. El cochero había acelerado un resultado del que estaba lejos de ser la causa.

—Me sorprende y me aflige usted, señor —dijo la señora Lecount—. Cállese, se lo ruego. Me quedaré aquí con gusto si lo desea. Me quedaré esta noche por su bien. Necesita descanso y quietud después de este horrible día. Despediré al cochero inmediatamente, señor Noel. Le daré una nota para el dueño del hotel y el carruaje volverá a buscarnos mañana con un nuevo cochero a las riendas.

La perspectiva que ofrecían estas palabras animó a Noel Vanstone. Se enjugó los ojos y besó la mano de la señora Lecount.

—¡Sí! —dijo débilmente—, despache al cochero y quédese usted aquí. ¡Qué buena es usted! ¡Excelente Lecount! Despache a ese animal borracho y vuelva en seguida. Nos sentaremos cómodamente ante el fuego, Lecount, y tomaremos una

agradable cena ligera, e intentaremos que sea como en los viejos tiempos. —Su débil voz se quebró; regresó junto al fuego y volvió a deshacerse en lágrimas bajo la patética influencia de sus propias ideas.

La señora Lecount lo dejó solo un momento para despedir al cochero. Cuando regresó a la salita, encontró a su amo con la mano en la campanilla.

—¿Qué quiere, señor? —preguntó.

—Quiero decirles a las criadas que preparen su habitación —respondió él—. Quiero mostrarle todo tipo de atenciones, Lecount.

—Es usted todo bondad, señor Noel, pero espere un momento. Sería mejor que guardáramos todos estos papeles antes de que entre la sirvienta. Si mete usted el testamento y la carta sellada en un sobre y lo dirige al almirante, me ocuparé personalmente de que el sobre llegue intacto a sus manos. ¿Quiere usted venir a la mesa sólo unos minutos más, señor Noel?

¡No! Noel Vanstone se mostró obstinado, se negó a alejarse de la chimenea, estaba harto y cansado de escribir, deseaba no haber nacido y aborrecía la visión de la pluma y la tinta. La señora Lecount precisó de toda su paciencia y toda su persuasión para convencerle de que escribiera la dirección del almirante por segunda vez. Sólo lo consiguió llevándole el sobre en blanco sobre el estuche de papel de cartas y poniéndolo con mucha zalamería sobre su regazo. Noel Vanstone gruñó, llegó a jurar incluso, pero escribió al fin en el sobre: «Para el almirante Bartram, St. Crux-in-the-Marsh. Entregado por la señora Lecount». Con este último acto de obediencia, se extinguió su docilidad. Se negó rotundamente a sellar el sobre.

No había necesidad de apremiarle para que lo hiciera. Su sello se hallaba sobre la mesa y poco importaba que lo usara él o una persona de su confianza. La señora Lecount selló el sobre con los dos importantes documentos seguros en su interior.

Abrió su bolsa de viaje por última vez y, haciendo una breve pausa antes de guardar el sobre sellado, lo miró con una indescriptible sensación de triunfo. Sonrió al dejarlo caer al interior de la bolsa. Nada turbó sus pensamientos, ni la sombra de sospecha de que el testamento pudiera contener frases superfluas y expresiones que ningún abogado de profesión hubiera utilizado, ni el vestigio de una duda sobre si la carta era un documento tan completo como el que hubiera redactado un abogado de profesión. Cegada por una confianza nacida de su odio hacia Magdalen y de su ansia vengativa, cegada por la confianza en sus propias habilidades y en los conocimientos legales de su amigo, depositaba todo el futuro en la promesa del trabajo realizado por la mañana.

Noel Vanstone tocó la campanilla cuando ella cerró la bolsa de viaje. En esta ocasión fue Louisa quien acudió a la llamada.

—Prepara la habitación libre —ordenó su amo—; esta señora dormirá aquí esta noche. Y airea mi ropa de abrigo; esta señora y yo nos vamos mañana por la mañana.

La educada y dócil Louisa recibió las órdenes en hoscó silencio, lanzó una mirada furiosa a la impenetrable invitada y salió de la estancia. Era evidente que las tres sirvientas estaban a favor de su señora y de que su opinión era unánime sobre la señora Lecount.

—¡Hecho! —dijo Noel Vanstone, con un suspiro de infinito alivio—. Venga y siéntese, Lecount. Pongámonos cómodos, charlemos junto al fuego.

La señora Lecount aceptó la invitación y acercó un butacón para sentarse junto a él. Noel Vanstone le cogió la mano con ternura y la sostuvo así mientras charlaban. Un extraño que mirara por la ventana podría haberlos tomado por madre e hijo y hubiera pensado: «¡Qué hogar tan feliz!».

La charla, conducida por Noel Vanstone, consistió como de costumbre en una interminable sucesión de preguntas y estaba enteramente dedicada al tema de sí mismo y de sus perspectivas futuras. ¿Adonde le llevaría Lecount cuando se fueran a la mañana siguiente? ¿Por qué a Londres? ¿Por qué había de quedarse él en Londres mientras ella iba a St. Crux para entregarle al almirante la carta y el testamento? ¿Porque su esposa podía seguirle si iba a casa del almirante? Bueno, había algo de cierto en eso. ¿Y porque debería ocultarse de ella en algún alojamiento cómodo y seguro cerca del señor Loscombe? Pero ¿por qué cerca del señor Loscombe? Ah, sí, claro, para saber qué podía hacer la ley para ayudarle. ¿Le libraría la ley de la pérfida miserable que lo había engañado? ¡Qué molesto que Lecount no lo supiera! ¿Diría la ley que se había casado una segunda vez porque él y aquella pérfida miserable habían estado viviendo juntos en Escocia? Había oído decir que en Escocia cualquier cosa que tuviera públicamente apariencia de matrimonio era un matrimonio. ¡Qué sumamente molesto, por parte de Lecount, quedarse allí sentada diciendo que no tenía la menor idea! ¿Tendría que quedarse mucho tiempo solo en Londres sin nadie con quien hablar más que con el señor Loscombe? ¿Se reuniría Lecount con él tan pronto como hubiera entregado en mano aquellos importantes documentos al almirante? ¿Se consideraría Lecount todavía a su servicio? ¡La buena de Lecount! ¡Excelente Lecount! Y cuando acabara todo aquel asunto legal, ¿qué? ¿Por qué no abandonar esta horrorosa Inglaterra y marcharse de nuevo al extranjero? ¿Por qué no ir a Francia, a algún lugar barato cerca de París? ¿Digamos, Versalles? ¿Digamos, St. Germain? ¿En una bonita y pequeña casa francesa, barata? ¿Con una agradable *bonne* francesa que cocinara sin malgastar su fortuna en grasas? ¿Con un pequeño y bonito jardín donde él pudiera hacer ejercicio y recobrar la salud y ahorrarse el gasto de tener jardinero? No era una mala idea. Y parecía prometer mucho, ¿verdad, Lecount?

¡Así continuó el pobre! ¡Hombrecillo débil, abyecto y miserable!

Cuando empezó a anochecer al término del corto día de noviembre, Noel Vanstone empezó a sentir somnolencia, sus incesantes preguntas acabaron por fin y se durmió. En el exterior, el viento entonaba su fúnebre melodía invernal. Dejaron de

oírse el ruido de pasos y el estrépito de las ruedas sobre la carretera, dando paso a un triste silencio. Noel Vanstone siguió durmiendo pacíficamente. Las llamas se reflejaban en su pequeño rostro marchito y sus manos inertes. La señora Lecount aún no había sentido lástima por él. Empezaba a sentirla ahora. Había logrado sus objetivos, su legado estaba garantizado mediante testamento; él había puesto su vida futura en sus manos maternas por voluntad propia. El fuego era agradable, las circunstancias eran favorables al desarrollo de los sentimientos cristianos. «¡Pobre desgraciado! —pensó la señora Lecount, mirándolo con compasión grave—. ¡Pobre desgraciado!»

Noel Vanstone se despertó a la hora de cenar. Se mostró alegre mientras comía, volvió a la idea de la casita barata en Francia, sonrió bobaliconamente y habló en francés con la señora Lecount mientras la criada y Louisa les atendían por turno y de mala gana. Después de la cena, Noel Vanstone volvió a su cómoda silla delante del fuego y la señora Lecount le imitó. Él reanudó la conversación, lo que en su caso significaba repetir las preguntas. Pero no era tan rápido ni estaba tan bien dispuesto como antes para hacerlas. Empezaron a languidecer, continuaron a intervalos cada vez más largos y cesaron por completo. Hacia las nueve volvió a quedarse dormido.

Esta vez no fue un sueño tranquilo. Mascullaba y hacía rechinar los dientes y volvía la cabeza de un lado a otro en la silla. La señora Lecount hizo ruido expresamente para que despertara. Él se despertó con la mirada perdida y las mejillas coloradas. Se paseó por la habitación con nerviosismo y una nueva idea en la cabeza, la de escribir a su mujer una carta terrible, de eterna despedida. ¿Cómo escribirla? ¿Qué lenguaje usaría para expresar sus sentimientos? ¡Ni el mismo Shakespeare con todo su talento daría la talla en esta emergencia! Había sido víctima de un ultraje sin parangón. ¡Una miserable se había adueñado de su corazón traidoramente! ¡Una víbora se había ocultado en su hogar! ¿Dónde hallar las palabras infamantes con que poder calificarla? Se interrumpió, con una sensación de sofoco producida por la rabia impotente, y blandió el puño trémulo en el aire.

La señora Lecount intervino con una energía y una decisión inspiradas por una seria alarma. Después de la fuerte tensión a la que había sido sometido el débil carácter de su amo, un arrebato de cólera como aquél podía arruinar su reposo aquella noche y sus fuerzas para viajar al día siguiente. Con infinitas dificultades e interminables promesas de que podría volver a hablar de ello por la mañana y recibir sus consejos, la señora Lecount consiguió persuadirle de que subiera a su dormitorio y se calmara para poder dormir. Le ofreció el brazo para sostenerle. De camino hacia el dormitorio y con gran alivio por parte de ella, una nueva idea absorbió su atención de repente. Recordó cierta combinación caliente y agradable de vino, huevo, azúcar y especias que el ama de llaves acostumbraba hacerle en otros tiempos y que le parecía que sería una delicia tomar antes de acostarse. La señora Lecount le ayudó a ponerse

la bata y luego volvió a bajar para hacerle la bebida caliente junto al fuego de la salita.

El ama de llaves hizo sonar la campanilla y pidió en nombre de Noel Vanstone los ingredientes necesarios para la mezcla. Con el humilde ingenio malicioso de su casta, las criadas le llevaron los ingredientes uno a uno haciéndola esperar el máximo tiempo posible entre uno y otro. La señora Lecount disponía del cazo, la cuchara, el vaso y el rallador de nuez moscada, y del vino, pero no del huevo ni el azúcar ni las especias, cuando oyó a su amo paseándose airadamente de un lado a otro de su dormitorio, sin duda enardeciéndose de nuevo con la idea de la carta.

La señora Lecount subió una vez más, pero él fue más rápido, la oyó llegar y, cuando ella abrió la puerta, lo encontró astutamente sentado de espaldas. El ama de llaves lo conocía demasiado bien para intentar echarle una reprimenda, se limitó a anunciar la inminente llegada de la bebida caliente y se dio la vuelta para abandonar la habitación. Cuando salía se fijó en la mesa de un rincón, donde había tintero y estuche de papel de cartas, e intentó llevárselos sin atraer la atención de su amo; pero él fue más rápido una vez más. Preguntó con enojo si dudaba de su promesa. Ella volvió a poner el recado de escribir sobre la mesa por miedo a ofenderle y abandonó la habitación.

Media hora más tarde la mezcla estaba preparada. La señora Lecount se la subió a su amo en un gran vaso humeante y aromático. «Después de tomarse esto se dormirá —pensó, al abrir la puerta—. Lo he hecho más fuerte de lo habitual a propósito.»

Noel Vanstone había cambiado de lugar. Estaba sentado a la mesa del rincón, todavía de espaldas, escribiendo. Esta vez su fino oído no le había ayudado. Esta vez la señora Lecount lo había pillado con las manos en la masa.

—¡Oh, señor Noel, señor Noel! —le dijo con tono de reproche—. ¿En qué han quedado sus promesas?

Él no respondió. Estaba sentado con el codo izquierdo apoyado en la mesa y la cabeza sobre la mano izquierda. La mano derecha se apoyaba en el papel con la pluma suelta entre los dedos.

—Su bebida, señor Noel —dijo el ama de llaves suavizando su tono, pues no quería ofenderle. Él no le hizo caso.

La señora Lecount se acercó a la mesa para despertarlo. ¿O estaba sumido en honda reflexión?

Estaba muerto.

Fin de la Quinta Escena

ENTREACTO

Desarrollo de la historia a través del correo

I

De la Señora De Noel Vanstone al Señor Loscombe

Park Tenace, St. John's Wood,

5 de noviembre

Querido señor:

Vine a Londres ayer con el propósito de visitar a un pariente, dejando al señor Vanstone en Baliol Cottage y con la intención de regresar a su lado al cabo de una semana. Llegué a Londres ayer por la noche y vine en coche hasta aquí, donde había reservado alojamiento de antemano por escrito.

En el correo de esta mañana me ha llegado una carta de mi doncella, a la que dejé en Baliol Cottage con instrucciones de escribirme si ocurría algo fuera de lo normal en mi ausencia. Adjunto a ésta la carta de la chica. La conozco bastante bien y creo que puede confiarse plenamente en que dice la verdad.

Me abstengo a propósito de molestarle con comentarios inútiles sobre mí misma. Cuando lea la carta de mi doncella comprenderá la conmoción que me ha causado la noticia que contiene. Sólo puedo repetir mi absoluto convencimiento de que sus afirmaciones son ciertas. Estoy firmemente persuadida de que la antigua ama de llaves de mi marido lo encontró, abusó de su debilidad en mi ausencia y le convenció para que hiciera un nuevo testamento. Por lo que sé de esa mujer, no me cabe la menor duda de que ha utilizado su ascendiente sobre el señor Vanstone para despojarme, si ello es posible, de todo beneficio futuro sobre la fortuna de mi marido.

En tales circunstancias, es importantísimo —por más razones de las que es necesario mencionar aquí— que vea al señor Vanstone y tenga una conversación con él lo antes posible. Observará usted que mi doncella tuvo la cautela de dejar la carta abierta hasta el último momento en que pudo echarla al correo, aunque después no tuviera más noticias que darme que el hecho de que la señora Lecount iba a pasar la noche en la casa y que ella y el señor Vanstone la abandonarían juntos esta mañana. De no ser por esta última información, habría emprendido ya el viaje de regreso a Escocia. Tal como están las cosas, no acabo de decidirme sobre el siguiente paso que debo dar. El viaje a Dumfries después de que se haya ido el señor Vanstone me parece tan inútil como quedarme en Londres.

¿Sería usted tan amable de aconsejarme? Iré a verle a Lincoln's Inn a cualquier hora de esta tarde o de mañana que usted me señale. Esta mañana la tengo comprometida en otros asuntos. Tan pronto como envíe esta carta me dirigiré a Kensington a fin de averiguar si ciertas dudas que tengo sobre el medio por el que la señora Lecount ha podido descubrir a mi marido están fundamentadas. Si me hace usted el favor de responderme a vuelta de correo, volveré a St. John's Wood a tiempo

para recibirla.

Le saluda atentamente,

MAGDALEN VANSTONE

II

Del Señor Loscombe a la Señora de Noel Vanstone

Lincoln's Inn, 5 de noviembre

Querida señora:

Su carta y la carta adjunta me han causado gran preocupación y sorpresa. Asuntos urgentes me impiden recibirla a usted esta tarde o mañana por la mañana, pero si está de acuerdo en venir a las tres de la tarde de mañana, a esa hora me hallará usted a su disposición.

No me es posible dar una opinión definitiva hasta que conozca más detalles sobre el extraordinario asunto que me comunica usted en su carta y el que se expone en la carta de su doncella. Aun con esta reserva, sin embargo, me atrevo a sugerir que si se queda en Londres hasta mañana obtendrá otros resultados además de consultarme a mí. Existe al menos la posibilidad de que usted o yo recibamos más noticias sobre este extraño asunto con el correo de la mañana.

Le saluda atentamente,

JOHN LOSCOMBE

III

De la Señora de Noel Vanstone a la Señorita Garth

5 de noviembre, dos de la madrugada

Acabo de regresar de Westmoreland House tras haberla abandonado en secreto y haberla evitado a usted deliberadamente bajo su propio techo. Sabrá ahora por qué he ido allí y por qué me he marchado. El recuerdo de los viejos tiempos me impide tratarla como a una extraña, aunque jamás podré volver a tratarla como a una amiga.

El día tres emprendí viaje desde el norte hasta Londres. Mi único propósito al iniciar un viaje tan largo era el de visitar a Norah. Durante las últimas y fastidiosas semanas he sufrido tan grandes remordimientos como sólo desventuradas mujeres como yo pueden sufrir. Quizá ese sufrimiento me ablandó, quizá despertó en mí un viejo sentimiento de ternura olvidado, ¡sólo Dios lo sabe!, yo no puedo explicarlo, sólo puedo decirle que empecé a pensar en Norah de día y a soñar con ella de noche hasta que casi se me partió el corazón. No tenía más razón que ésa para correr el riesgo que corría al venir a Londres para verla. No deseo atribuirme méritos que no tengo; no deseo decirle que era la mujer reformada y arrepentida que usted hubiera aprobado. Sólo había en mí un sentimiento. Quería rodear el cuello de Norah con los brazos y llorar a lágrima viva sobre su pecho. Bastante infantil, quizá. Tal vez hubiera tenido sus consecuencias, tal vez no hubiera tenido ninguna, ¿quién sabe?

No tenía modo alguno de hallar a Norah sin la ayuda de usted. Por mucho que desaprobara lo que yo había hecho, pensé que no se negaría a ayudarme a encontrar a mi hermana. Cuando me acosté anoche en una cama extraña, pensé: «Le pediré a la señorita Garth que me lo diga en recuerdo a mis padres». No se imagina el consuelo que supuso para mí ese pensamiento. ¿Cómo podría imaginarlo? ¿Qué saben las mujeres buenas como usted de las miserables pecadoras como yo? Lo único que saben es rezar por nosotras en la iglesia.

Bien, me dormí felizmente anoche por primera vez desde que me casé. Al llegar la mañana, he pagado el castigo por atreverme a ser feliz una sola noche. Una carta ha llegado con el nuevo día en la que me dicen que mi enemigo más acérrimo en la tierra (se ha entrometido usted lo suficiente en mis asuntos para saber a quién me refiero) se ha vengado de mí en mi ausencia. Al seguir el impulso que me conducía a mi hermana, me he encaminado a la ruina.

El mal estaba ya hecho cuando he recibido la carta y nada podía hacer por remediar lo que hubiera ocurrido o lo que pueda ocurrir. En cualquier caso, he decidido insistir en mi determinación de ver a Norah antes de hacer otra cosa. Sospechaba que usted estaba involucrada en el desastre que me ha sobrevenido,

puesto que en Aldborough me convencí de que usted y la señora Lecount se habían escrito. Pero jamás he sospechado de Norah.

Así pues, esta mañana he ido a Westmoreland House para pedirle la dirección de mi hermana y para confesar abiertamente que barruntaba que usted y la señora Lecount habían vuelto a cartearse.

Cuando he preguntado por usted en la puerta, me han dicho que había salido, pero que estaría pronto de vuelta. Me han preguntado si quería ver a su hermana, que se hallaba entonces en el aula de clases. Yo no deseaba que su hermana fuera molestada en modo alguno; nada tenía yo que ver con ella, sino con usted. He rogado que me permitieran esperarla en una habitación a solas hasta que usted regresara.

Me han introducido en la habitación doble de la planta baja dividida por cortinas, tal como yo la recordaba. El fuego estaba encendido en la habitación exterior, pero no así en la interior, y supongo que por esa razón estaban corridas las cortinas. La criada se ha mostrado muy cortés y atenta. He aprendido a agradecer la cortesía y las atenciones, y me he esforzado en mostrarme alegre al hablarle. Le he dicho: «Veré a la señorita Garth desde aquí cuando suba los escalones hasta la puerta y puedo hacerle señas de que entre a través del ventanal». La criada me ha dicho que podía hacerlo si llegaba usted por ese camino, pero que en ocasiones entraba usted en la casa por la puerta trasera del jardín, de la que tiene llave, y que en este último caso, se ocuparía de hacerle saber que yo la esperaba. Le explico estas menudencias para demostrarle que no había premeditado engaño alguno cuando he entrado en la casa.

Me he aburrido esperándola y usted no venía. No sé si era mi impaciencia la que me hacía pensarlo o si el enorme fuego que ardía en la chimenea caldeaba tanto la habitación como a mí me parecía. Sólo sé que después de un rato he atravesado las cortinas para probar el ambiente más fresco de la habitación interior.

Me he dirigido al ventanal que conduce al jardín de atrás y casi al mismo tiempo he oído que se abría la puerta de la habitación que acababa de dejar, así como la voz de usted y la de otra mujer, que no he reconocido. Me ha parecido que la desconocida era una de las internas. Por las primeras frases que han intercambiado, he deducido que se habían encontrado en el pasillo, ella cuando bajaba las escaleras, y usted cuando entraba por el jardín de atrás. La siguiente pregunta de ella y la respuesta de usted me han informado de que esa persona era amiga de mi hermana, de que tenía mucho interés por ella y de que sabía que usted acababa de visitarla. Hasta ese momento, yo he vacilado en mostrarme sólo porque en mi lamentable situación me horrorizaba enfrentarme con una desconocida, pero cuando he oído mi propio nombre inmediatamente después en sus labios y en los de ella, me he acercado deliberadamente a las cortinas que nos separaban y deliberadamente he

escuchado.

¿Una acción ruin, dirá usted? Llámela ruin si quiere. ¿Qué otra cosa puede esperarse de una mujer como yo?

Siempre ha tenido usted fama de poseer una gran memoria. No es necesario que le repita lo que le ha dicho a su amiga ni lo que ella le ha dicho a usted hace apenas una hora. Cuando usted lea estas líneas, sabrá igual que yo lo que me han dicho esas palabras. No quiero saber los detalles; doy por supuestas todas sus razones y todas sus excusas. Me basta con saber que el señor Pendril y usted han estado buscándome otra vez y que ahora Norah también ha entrado en la conspiración para reformarme a pesar de mí misma. Me basta con saber que la carta que envié a mi hermana ha sido convertida en una trampa para cazarme y que la señora Lecount ha conseguido llevar a cabo su venganza gracias a la información recibida de labios de Norah.

¿Debo contarle lo que he sufrido al oír tales cosas? No, sería una pérdida de tiempo. Por grande que sea mi sufrimiento, me lo merezco, ¿no?

Conociendo mi propio temperamento colérico y no confiando en mí misma después de lo que había oído, he aguardado en esa habitación interior, temblando por miedo a que la criada le hablara de mi visita antes de que yo hallara una oportunidad de salir de la casa. No ha ocurrido tal desgracia. Sin duda la criada ha oído voces desde la cocina y ha supuesto que nos habíamos encontrado en el pasillo. No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que usted ha abandonado la habitación para ir a quitarse el sombrero, el caso es que se ha ido, y su amiga con usted. He levantado la hoja del ventanal suavemente y he salido al jardín de atrás. He abandonado la casa por el mismo camino por el que usted ha regresado a ella. La criada no tiene culpa alguna. Como de costumbre, en cuanto a mí se refiere, nadie tiene la culpa sino yo.

Ha pasado tiempo suficiente para que me tranquilice un poco. ¿Sabe hasta qué punto soy fuerte? ¿Recuerda cómo luchaba contra todas mis enfermedades cuando era niña? Ahora que soy una mujer, lucho contra mis sufrimientos de la misma forma. ¡No me compadezca, señorita Garth! ¡No me compadezca!

No siento rencor hacia Norah. La esperanza de verla me ha sido arrebatada; el consuelo de escribirle se me niega en el futuro. Me siento herida en lo más vivo, pero no estoy enfadada con mi hermana. Su intención es buena, pobrecilla, creo que su intención es buena. Le afligiría enterarse de lo ocurrido. No se lo diga. Ocúltele mi visita y queme mi carta.

Un último mensaje para usted y habré terminado.

Si he entendido bien mi situación actual, sus espías todavía me buscan con tan poco éxito como en York. Despídalos, está malgastando su dinero inútilmente. Aunque me descubriera mañana, ¿qué podría hacer? Mi situación ha cambiado. Ya no soy la pobre chica, paria de la sociedad, ni la actriz vagabunda que intentaba

encontrar en otro tiempo. He hecho lo que le dije que haría; esta vez he convertido el sentido general del decoro en mi cómplice. ¿Sabe quién soy? Una respetable mujer casada que a nadie tiene que responder de sus acciones bajo la capa del cielo salvo a su marido. Por fin he conseguido un lugar en el mundo y un nombre. ¡Incluso la ley, que es amiga de la gente respetable como usted, ha reconocido mi existencia y también se ha convertido en mi amiga! El arzobispo de Canterbury me dio la licencia para casarme, y el párroco de Aldborough celebró la boda. Si descubriera a sus espías siguiéndome en la calle y decidiera pedir protección contra ellos, la ley reconocería mi derecho. Olvida usted las maravillas que mi maldad ha hecho por mí. Ha convertido a la hija de nadie en la esposa de alguien.

Si sopesa usted estas consideraciones debidamente, si utiliza su excelente sentido común, no temeré verme obligada a apelar a mi amiga y protectora recién adquirida, la ley. Supongo que pensará que ha conseguido al fin algún provecho con su intromisión en mis asuntos. He perdido el cariño de Norah, mi marido me ha descubierto y la señora Lecount me ha vencido. Me ha llevado usted a tocar fondo, me ha fortalecido para presentar la batalla de mi vida con una determinación que sólo una mujer perdida y sin amigos puede sentir. ¡Pese a los pocos frutos que han dado sus intrigas, no han sido tan inútiles a pesar de todo!

No tengo nada más que decir. Si alguna vez le habla de mí a Norah, dígame que puede que llegue el día en que me vea de nuevo, el día en que las dos hermanas recobren sus derechos naturales, el día en que yo ponga la fortuna de Norah en sus manos.

Éstas son mis últimas palabras. Recuérdelas la próxima vez que se sienta tentada de entrometerse en mi vida.

IV

Del Señor Loscombe a la Señora de Noel Vanstone

Lincoln's Inn, 6 de noviembre

Querida señora:

Sin duda el correo de esta mañana le habrá llevado la misma espantosa noticia que me ha traído a mí. Conocerá indudablemente la terrible desgracia que ha caído sobre usted, la de la súbita muerte de su marido.

Estoy a punto de salir en dirección al norte para realizar las averiguaciones pertinentes y cumplir aquellos deberes que considere apropiado emprender como abogado del difunto caballero. Permítame recomendarle seriamente que no me siga a Baliol Cottage hasta que yo haya tenido tiempo para escribirle y darle el consejo que no puedo darle ahora por mi ignorancia de todas las circunstancias. Puede usted contar con que le escribiré a mi llegada a Escocia con el primer correo.

Le saluda atentamente,

JOHN LOSCOMBE

V

Del Señor Pendril a la Señorita Garth

Serle Street, 6 de noviembre

Querida señorita Garth:

Le devuelvo la carta de la señora de Noel Vanstone. Comprendo que el tono con el que está escrita la haya mortificado y también su congoja por la manera en que esa desdichada mujer ha interpretado la conversación que oyó en su casa. No puedo añadir con sinceridad que lamente lo ocurrido. Mi opinión no ha variado desde la época de Combe-Raven. Creo que la señora de Noel Vanstone es una de las mujeres más temerarias, desesperadas y pervertidas que existen, y me alegro de cualquier circunstancia que la aleje de su hermana, por el bien de ésta.

No puede existir la menor duda sobre la conducta que debería usted adoptar. La propia señora de Noel Vanstone reconoce que es mejor ahorrar una angustia adicional e innecesaria. Por supuesto, debe usted ocultar a la señorita Vanstone la visita a Kensington y la carta que le ha seguido. No sólo sería una insensatez decírselo, sino una absoluta crueldad. Si tuviéramos algún que otro remedio que aplicar, o incluso una esperanza que ofrecer, podríamos vacilar en mantener nuestro secreto, pero no hay remedio ni esperanza. La señora de Noel Vanstone tiene toda la razón con respecto a su situación actual. Ni usted ni yo podemos reclamar el menor derecho a controlar su vida.

He tomado ya las medidas necesarias para poner fin a nuestras inútiles pesquisas. Dentro de unos días escribiré a la señorita Vanstone y haré todo lo posible por tranquilizar sus temores sobre su hermana. Si no consigo hallar pretextos que la satisfagan, será mejor que piense que no hemos encontrado nada a que sepa la verdad.

Le saluda atentamente,

WILLIAM PENDRIL

VI

Del Señor Loscombe a la Señora de Noel Vanstone

Lincoln's Inn, 15 de noviembre

Confidencial

Querida señora:

Atendiendo a su petición, paso a comunicarle por escrito lo que (de no ser por la calamidad que tan recientemente le ha acaecido) hubiera preferido decirle de viva voz. Le ruego que considere esta carta estrictamente confidencial.

Le adjunto, como deseaba, una copia del testamento efectuado por su difunto marido el día tres del corriente. No cabe la menor duda sobre la autenticidad del documento original. Por pura formalidad, puse reparos a que el abogado del almirante Bartram adoptara una posición de autoridad en Baliol Cottage, pero él la adoptó igualmente, actuando como representante legal del único albacea nombrado en el segundo testamento. Debo decir que yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

Debemos considerar ahora la siguiente cuestión de gran importancia: ¿qué podemos hacer para defender al máximo los intereses de usted? El testamento legalizado bajo mi supervisión el pasado treinta de septiembre ha sido sustituido y revocado por el segundo testamento más reciente, efectuado el tres de noviembre. ¿Podemos impugnar ese documento?

Después de estudiarlo, dudo de que se pueda impugnar el nuevo testamento. Sin duda está redactado de forma irregular, pero está fechado y firmado por el testador y los testigos tal como exige la ley, y las cláusulas absolutamente simples y directas que contiene no permiten ataque alguno que yo sepa ver.

Dadas las circunstancias, ¿podemos impugnar el testamento basándonos en que fue efectuado cuando el testador no se hallaba en condiciones de tomar decisiones sobre su propiedad, o bien porque el testador se hallaba sujeto a una influencia impropia e indebida?

En el primero de esos dos casos, las pruebas médicas serían un obstáculo en nuestro camino. No podemos sostener que una enfermedad previa hubiera debilitado las facultades mentales del testador. Es obvio que murió repentinamente, tal y como los médicos le habían dicho siempre que moriría, de una enfermedad coronaria. El día de su muerte salió como de costumbre a pasear por el jardín, cenó copiosamente, ninguna de las personas a su servicio notó cambio alguno en él; estaba un poco más irritable con ellas que de costumbre, pero eso es todo. Es imposible dudar del estado de sus facultades mentales; por el momento, no tenemos argumentos con que acudir a los tribunales.

¿Podemos declarar que actuó bajo una influencia indebida o, hablando claro,

bajo la influencia de la señora Lecount?

Nuevamente se nos presentan serias dificultades. No podemos aducir, por ejemplo, que la señora Lecount se apropiara de un lugar en el testamento que no tuviera derecho a ocupar. Astutamente, ha limitado su propio legado no sólo a lo que en justicia le pertenecía, sino también a lo que el difunto señor Michael Vanstone en persona tenía la intención de dejarle. Si me interrogaran a mí, me vería obligado a reconocer que yo mismo le oí expresar esa intención. Lo cierto es que debería afirmar que le oí expresarla en más de una ocasión. No hay base para la impugnación en el legado de la señora Lecount, así como tampoco la hay en la elección de albacea de su difunto marido. Hizo la elección más sensata y natural, la del amigo más antiguo y digno de confianza que tenía en el mundo.

Queda una última consideración por hacer, la más importante que aún no he abordado y que, por tanto, he reservado para el final. El treinta de septiembre, el testador legaliza un testamento por el que nombra a su viuda única albacea y le lega ochenta mil libras. El tres de noviembre siguiente, revoca este testamento expresamente y lo sustituye por otro en el que no se menciona a su viuda ni una sola vez y en el que se nombra heredero universal a un amigo tras el pago de un legado relativamente insignificante.

Depende de usted por entero decir si puede aducirse alguna razón válida para este extraordinario proceder. Si no hay tal razón —y yo no conozco ninguna—, creo que tenemos aquí una cuestión que merece ser examinada con sumo cuidado, pues podría ser la base de nuestra impugnación. Le ruego que tenga en cuenta que ahora apelo a usted únicamente como abogado que está obligado a afrontar todas las eventualidades posibles. No deseo entrometerme en sus asuntos privados, ni escribir una sola palabra que pueda ser interpretada como una crítica indirecta contra usted.

Si usted me dice que, por lo que sabe, su marido decidió caprichosamente dejarla fuera de su testamento, sin razón o motivo aparentes para tal decisión y sin ninguna otra explicación evidente sobre su conducta más que el hecho de que actuara de esa manera enteramente influido por la señora Lecount, me asesoraré jurídicamente de inmediato con respecto a la conveniencia de impugnar el testamento sobre esa base. Si, por el contrario, me dice usted que hay razones (que usted conoce y yo desconozco) para no emprender las acciones que propongo, aceptaré sus indicaciones sin molestarle pidiendo que se explique, a menos que lo desee. En este último caso, volveré a escribirle, pues tendré entonces algo más que decir con respecto al testamento que quizá constituya una gran sorpresa para usted.

Le saluda atentamente,

JOHN LOSCOMBE

VII

De la Señora de Noel Vanstone al Señor Loscombe

16 de noviembre

Querido señor:

Acepte mi más sincero agradecimiento por la amabilidad y consideración con que me ha tratado usted, y permita que mis preocupaciones actuales sirvan para disculparme por contestar a su carta sin ceremonias, en los términos más sencillos posibles.

Tengo mis propias razones para no vacilar en responder negativamente a su pregunta. Es imposible que recurramos a la ley, como usted propone, sobre la cuestión del testamento.

Agradeciéndole su atención, le saluda atentamente,

MAGDALEN VANSTONE

VIII

Del Señor Loscombe a la Señora de Noel Vanstone

Lincoln's Inn, 17 de noviembre

Querida señora:

Acuso recibo de su carta, en la que responde negativamente a mi propuesta por razones personales. En estas circunstancias —sobre las que nada comentaré— paso a cumplir mi promesa de volver a escribirle para hablarle del testamento de su difunto marido.

Sea tan amable de repasar su copia del documento. Verá usted que la cláusula en la que se nombra heredero universal de los bienes de su marido al almirante Bartram termina con la siguiente frase: «Para que él les dé el uso que crea conveniente».

Por sencillas que le parezcan a usted, estas palabras son realmente peculiares. En primer lugar, ningún abogado de profesión las hubiera usado al redactar el testamento de su marido. En segundo lugar, no tienen valor alguno para ningún propósito claro y directo. Los bienes se legan al almirante sin condiciones, ¡y acto seguido se le dice que puede hacer con ellos lo que quiera! La frase apunta con claridad a una de dos conclusiones. O bien ha surgido de la pluma del testador por mera ignorancia, o bien ha sido colocada de forma deliberada donde aparece para servir de trampa. Estoy firmemente convencido de que esta última explicación es la correcta. La frase tiene la intención expresa de engañar a alguna persona —usted misma con toda probabilidad—, y la astuta persona que las ha puesto ahí se ha extralimitado en su astucia (como ocurre siempre que personas profanas pretenden entrar en cuestiones legales). Mis treinta años de experiencia dan un interpretación a la frase opuesta a la que intenta transmitir. Lo que digo es que el almirante Bartram no puede dar al legado el uso que crea conveniente; creo que está secretamente limitado por un documento complementario en forma de fideicomiso secreto.

Puedo explicarle con toda sencillez lo que es un fideicomiso secreto. Normalmente adopta la forma de carta del testador a sus albaceas, comunicándoles confidencialmente ciertas intenciones testamentarias que no ha considerado conveniente admitir abiertamente en el testamento. Por ejemplo, yo le dejo a usted cien libras y le escribo una carta confidencial por la que le ordeno que acepte la herencia no en beneficio propio, sino para dársela a una tercera persona cuyo nombre tengo razones para no mencionar en mi testamento. Eso es un fideicomiso secreto.

Si estoy en lo cierto al afirmar que en estos momentos obra en poder del almirante Bartram un documento como ése —convicción basada, en primer lugar, en las extraordinarias palabras que he citado y, en segundo lugar, en consideraciones

de aspecto meramente legal con las que no es necesario llenar esta carta—, si mi opinión es cierta, digo, el descubrimiento de ese fideicomiso secreto sería, con toda probabilidad, muy importante para sus intereses. No la molestaré con detalles técnicos ni referencias a mi experiencia en tales materias que sólo un profesional podría entender. Me limitaré a decir que no doy su caso por perdido hasta que se demuestre que mi intuición es falsa.

Nada más puedo añadir mientras esta importante cuestión siga pendiente de resolución, ni tampoco puedo sugerir el modo de resolverla. Si se demostrara la existencia del fideicomiso y si yo conociera la naturaleza de las estipulaciones en él contenidas, podría entonces determinar con precisión las posibilidades legales de impugnar el testamento con argumentos convincentes, así como comunicarle si encuentro o no razones para llevar su caso personalmente tras llegar a un acuerdo con usted.

Tal como están ahora las cosas, no puedo llegar a tal acuerdo ni ofrecerle consejo. Sólo puedo hacerle partícipe de mi opinión personal y dejarla a usted en entera libertad de sacar sus propias conclusiones, lamentando no poder darle mayores esperanzas ni ofrecerle un consejo definitivo. Todo lo que podía decir en conciencia sobre este asunto tan complejo y delicado lo he dicho.

Le saluda atentamente,

JOHN LOSCOMBE

P. D. He omitido una consideración en mi carta que menciono aquí para demostrarle que no se me ha escapado ninguno de los aspectos relacionados con este caso. Si hubiera sido posible demostrar que el señor Vanstone tenía su domicilio en Escocia en el momento de su muerte, podríamos haber reclamado sus derechos por medio de la ley escocesa, que no permite al marido desheredar por completo a la esposa. Pero es imposible demostrar que el señor Vanstone tuviera su domicilio legal en Escocia. Fue allí sólo como visitante; ocupaba una casa amueblada que había alquilado para pasar la temporada y no expresó jamás, de palabra u obra, la menor intención de establecerse en el norte definitivamente.

IX

De la Señora de Noel Vanstone al Señor Loscombe

Querido señor:

He leído su carta más de una vez con el más profundo interés y atención, y cuanto más la leo más convencida estoy de que existe una carta como la que usted menciona en poder del almirante Bartram.

Tengo interés en que se descubra tal hecho y le confieso que estoy resuelta a hallar el modo de realizar tal descubrimiento de manera secreta y efectiva. Mi decisión responde a motivos diferentes de los que usted podría considerar lógicos en mi caso. Se lo digo únicamente por si se siente inclinado a amonestarme. Me asisten buenas razones cuando le aseguro que tal amonestación sería completamente inútil.

No solicito su ayuda en este asunto. No molestaré a nadie pidiendo consejo. No se verá usted involucrado en ninguna acción temeraria por mi parte. Sea cual sea el peligro, lo afrontaré yo sola. Sean cuales sean las demoras, las soportaré pacientemente. Estoy sola y sin amigos y seriamente alterada, pero soy lo bastante fuerte para superar pruebas peores que ésta. Volveré a recobrar los ánimos y llegará mi oportunidad. Si ese fideicomiso secreto está en poder del almirante Bartram, la próxima vez que usted me vea, lo tendré en mis manos.

Con todo mi agradecimiento,

MAGDALEN VANSTONE

LA SEXTA ESCENA

St. John's Wood

CAPÍTULO I

Quedaba poco más de una semana para que llegara la Navidad, pero seguía sin haber señales de las heladas y nevadas que por tradición se asocian con la nueva estación. El tiempo era cálido a pesar de la época y el año viejo expiraba débilmente en medio de lluvias agotadoras y nieblas deprimentes.

En el atardecer de aquel día de diciembre, Magdalen estaba sentada sola en el alojamiento que ocupaba desde su llegada a Londres. El fuego ardía sin entusiasmo en la chimenea pequeña y angosta, las casas mojadas y los jardines inundados que se veían desde su ventana empezaban a desdibujarse deprisa en la penumbra, y la campanilla del repartidor de bollería del barrio tintineaba cansinamente en la distancia. Sentada muy cerca del fuego y con unas cuantas monedas en su regazo, Magdalen las movía distraídamente sobre la lisa superficie de su vestido alterando sin cesar la posición que ocupaban unas con respecto a las otras, como si intentara encajar las piezas de un rompecabezas infantil. La luz mortecina del fuego que llameaba de vez en cuando y la iluminaba débilmente mostraba cambios que habrían revelado a sus allegados las penurias pasadas. El vestido le colgaba formando bolsas, a causa de su enflaquecimiento, pero no se había preocupado de retocarlo. La antigua agitación de sus movimientos, la antigua movilidad de su expresión habían desaparecido. Su rostro tenía una serenidad pasiva y macilenta, una calma anormal e inmutable. Tal vez el señor Pendril habría suavizado sus duras críticas hacia ella de haberla visto entonces, y tal vez la señora Lecount, en la plenitud de su triunfo, se habría compadecido al fin de su enemiga caída.

Cuatro meses habían transcurrido apenas desde el día de su boda en Aldborough y ya había cumplido su castigo por ese día ¡pagándolo con vanos remordimientos, con una soledad sin esperanzas y una derrota irremediable! Que esto sea dicho en su favor, que en la verdad contada sobre el pecado cuente también la expiación. Que se sepa que no disfrutó secretamente de su triunfo cuando aquel día llegó. El horror que sentía hacia sí misma, inspirado por su propia acción, había alcanzado su punto culminante cuando logró el propósito de casarse. Jamás había sufrido tanto en silencio como el día en que el testamento de su marido la nombró heredera del dinero de Combe-Raven. Jamás los medios utilizados para lograr sus fines le habían parecido tan indescriptiblemente degradantes como el día en que los consiguió. De esas emociones había surgido el remordimiento que la había incitado a buscar perdón y consuelo en el amor de su hermana. Jamás desde que entrara en su corazón por vez primera, jamás desde que lo considerara como un deber sagrado junto a la tumba de su padre, había estado tan a punto de flaquear el propósito que se había jurado a sí misma. Jamás la influencia de Norah habría podido hacer tanto bien como el día en que esa influencia se perdió, el día en que Magdalen oyó las fatídicas palabras en

casa de la señorita Garth, el día en que llegó la carta fatídica de Escocia en la que se le comunicaba la venganza de la señora Lecount.

El daño estaba hecho; la oportunidad se había perdido. Tiempo y esperanza habían pasado de largo por igual.

Las voces interiores le pedían ahora que se detuviera en su camino cuesta abajo. El descubrimiento que había emponzoñado su corazón con la primera sospecha sobre su hermana, la noticia subsiguiente de la muerte de su marido, la herida del triunfo de la señora Lecount, que todo lo impregnaba, habían hecho su trabajo. El remordimiento que había amargado su vida de casada había quedado amortiguado, convertido en una sombría desesperación. Era demasiado tarde para expiar sus pecados mediante la confesión, demasiado tarde para desvelar al desgraciado marido los secretos más hondos que habían acechado en el corazón de su desdichada mujer. Aunque inocente de la espantosa traición que la señora Lecount le había imputado, era culpable de conocer la frágil salud de su marido al casarse con él; culpable de saber, cuando él le legó el dinero de Combe-Raven, que cualquier accidente inofensivo para otros hombres podía poner en peligro su vida y liberarla a ella. La muerte de Noel Vanstone le había revelado todo esto, le había dicho claramente lo que en vida de su marido se había negado a admitir ante sí misma. ¿Qué refugio le quedaba contra el sordo tormento de ese reproche, de la monótona tristeza de dudar de todo el mundo, incluso de Norah, de la amargura de su derrota, del solitario vacío de su vida sin amigos? Sólo había un refugio posible. Magdalen volvió al implacable propósito que la llevaba rápidamente a la ruina y le gritó con toda la osadía de su desesperación: ¡Llévame hacia delante!

Durante días y días desde que recibiera la carta del abogado, Magdalen había dirigido sus pensamientos hacia un único asunto. Durante días y días se había esforzado en resolver la primera dificultad de su situación: idear el modo de hallar el fideicomiso secreto. Esta vez no podía esperar ayuda del capitán Wragge. Una larga vida de intrigas había hecho del viejo miliciano un experto en el arte de desaparecer. El arado del agricultor moral no dejaba surcos, ¡no dejaba tras de sí ningún rastro! El señor Loscombe era demasiado prudente para comprometerse tomando parte activa en un asunto de ese tipo; se limitaba a mantener su opinión pasivamente y esperaba que su cliente lo hiciera todo, no quería saber nada hasta que el fideicomiso secreto estuviera en sus manos. Sólo Magdalen podía ocuparse ya de sus propios intereses. Arriesgado o no, lo que hiciera a continuación habría de hacerlo sola.

La perspectiva no la había desanimado. Sola había calculado las posibilidades. Sola había resuelto intentarlo.

«Ha llegado el momento —se dijo sentada frente al fuego—. Primero debo tantear a Louisa.»

Recogió las monedas de su regazo y las colocó en un pequeño montón sobre la

mesa, luego se levantó e hizo sonar la campanilla. La patrona contestó a su llamada.

—¿Está abajo mi criada? —preguntó Magdalen.

—Sí, señora, está tomando el té.

—Cuando termine, dígame que suba. Espere un momento. Encontrará su dinero sobre la mesa, el dinero que le debo de la semana pasada. ¿Lo ve o prefiere que encienda una vela?

—Está bastante oscuro, señora.

Magdalen encendió una vela.

—¿Con qué antelación debo avisarle antes de irme? —preguntó, dejándola sobre la mesa.

—Una semana es lo normal, señora. Espero que no tenga nada que objetar a la casa.

—Nada en absoluto. Sólo se lo preguntaba porque quizá me vea obligada a abandonar este alojamiento antes de lo que había previsto. ¿Es correcta la suma?

—Totalmente, señora. Aquí tiene su recibo.

—Gracias. No se olvide de mandarme a Louisa en cuanto termine el té.

La patrona salió. Tan pronto como se halló de nuevo a solas, Magdalen apagó la vela y acercó una silla vacía a la que ella ocupaba junto a la chimenea. Hecho esto, ocupó su asiento y esperó a que apareciera Louisa. Su rostro tenía una expresión dubitativa mientras miraba el fuego sin verlo. «Una remota posibilidad —pensó—. Pero por remota que sea, debo intentarlo.»

Diez minutos después oyó a Louisa llamar débilmente a la puerta. Al entrar en la habitación le sorprendió que no hubiera en ella más luz que la del fuego.

—¿Quiere que encienda las velas, señora? —preguntó respetuosamente.

—Las encenderemos por ti, si quieres —respondió Magdalen—, pero no por mí. Tengo algo que decirte. Cuando lo haya dicho, tú decidirás si nos sentamos juntas a la luz o en la oscuridad.

Louisa aguardó cerca de la puerta y escuchó estas extrañas palabras con mudo asombro.

—Ven aquí —dijo Magdalen señalando la silla vacía—, ven aquí y siéntate.

Louisa avanzó hacia ella y tímidamente apartó la silla del lado de su señora. Magdalen la devolvió a su sitio al instante.

—¡No! —dijo—. Más cerca, siéntate a mi lado. —Louisa obedeció tras un instante de vacilación.

—Te pido que te sientes a mi lado —prosiguió Magdalen— porque deseo hablarte de igual a igual. Cualquier diferencia que hubiera podido haber entre nosotras en otro tiempo, no existe ya. Soy una mujer sola y abandonada a su propia suerte, sin rango ni lugar en el mundo. Puede que sigamos juntas como amigas. Como señora y doncella, nuestra relación ha de acabar.

—¡Oh, señora, no, no diga eso! —suplicó Louisa débilmente.

Magdalen continuó con pesar y firmeza.

—Cuando te vi por primera vez —dijo— pensé que no me gustarías. He acabado por apreciarte, he acabado por estarte agradecida. Has sido leal y buena conmigo de principio a fin. Lo mínimo que puedo hacer a mi vez es no interponerme en el camino de tus proyectos futuros.

—¡No me despida, señora! —imploró Louisa—. Si me ayuda con un poco de dinero de vez en cuando, esperaré a que me pague mi salario cuando pueda. Lo digo en serio.

Magdalen le cogió la mano y prosiguió con el mismo pesar y la misma firmeza de antes.

—Mi futuro es oscuro e incierto —dijo—. El siguiente paso que daré puede llevarme a la prosperidad o a la ruina. ¿Acaso puedo pedirte que compartas semejante perspectiva? Si tu futuro fuera tan incierto como el mío, si también tú fueras una mujer sin amigos abandonada a su suerte, te permitiría compartirla conmigo con la conciencia tranquila. Podría aceptar tu afecto, pues no pensaría que te estaba perjudicando. ¿Cómo puedo pensar así en tu caso? Tú tienes un futuro esperanzador. Eres una excelente doncella, podrás encontrar otra colocación, una mucho mejor que la que tienes conmigo. Puedo darte referencias, y si las que yo te dé no se consideran suficientes, puedes dar las de la señora a la que serviste antes que a mí...

En el instante en que Magdalen pronunció aquel comentario sobre su antigua señora, Louisa retiró su mano bruscamente y se levantó de la silla, atemorizada. Se produjo un momento de silencio. Tanto la señora como la doncella habían sido tomadas por sorpresa.

Magdalen fue la primera en recobrase.

—¿Se está poniendo demasiado oscuro? —preguntó significativamente—. ¿Vas a encender las velas al final?

Louisa retrocedió hasta el rincón más oscuro de la estancia.

—¡Sospecha usted de mí, señora! —respondió desde las sombras con un susurro entrecortado—. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Cómo lo ha descubierto...? —Louisa se interrumpió y estalló en lágrimas—. Merezco sus sospechas —dijo, intentando tranquilizarse—. A usted no puedo negárselo. ¡Me ha tratado usted con tanta bondad y yo le he tomado tanto aprecio! Perdóneme, señora Vanstone, soy una miserable, la he engañado.

—Ven aquí y siéntate a mi lado otra vez —dijo Magdalen—. Ven, o me levantaré y te traeré yo misma.

Louisa volvió lentamente a su sitio. Parecía temer la luz del fuego, pese a que era mortecina. Se tapó el rostro con el pañuelo y permaneció lo más alejada posible de su señora cuando volvió a sentarse.

—Te equivocas al pensar que alguien te ha delatado —dijo Magdalen—. No sé más de ti que lo que me han dicho tu aspecto y tus modales. Llevas el peso de un terrible secreto en tu interior desde que entraste a mi servicio. Confieso que he hablado con el ánimo de averiguar algo más sobre ti y tu vida pasada de lo que he descubierto hasta ahora, no porque sienta curiosidad, sino porque también yo tengo mis pesares secretos. ¿Eres una mujer desgraciada como yo? Si lo eres, depositaré en ti mi confianza. Si no tienes nada que contarme, si prefieres guardar tu secreto, no te culparé, sólo diré: separémonos. No te preguntaré cómo me has engañado. Sólo recordaré que has sido una criada leal, honrada y eficiente mientras estuviste a mi servicio, y eso mismo diré en tu favor a cualquier otra señora a la que des mi nombre como referencia.

Magdalen aguardó respuesta. Por un instante, sólo por un instante, Louisa vaciló. La chica tenía una naturaleza débil, pero no depravada. Sentía un afecto sincero por su señora y habló con un valor que ésta no esperaba de ella.

—Si me despide usted, señora —dijo—, no aceptaré sus referencias hasta que le haya contado la verdad. No le pagaré su bondad engañándola por segunda vez. ¿Le contó el señor alguna vez cómo me contrató?

—No. Yo no se lo pregunté y él no me lo contó.

—Me contrató, señora, gracias a unas referencias escritas...

—¿Sí?

—Las referencias eran falsas.

Magdalen se echó hacia atrás, asombrada. La confesión que acababa de oír no era la que ella esperaba.

—¿Se negó tu señora a darte referencias? —preguntó—. ¿Por qué?

Louisa cayó de rodillas y ocultó el rostro en el regazo de su ama.

—¡No me lo pregunte! —dijo—. Soy una miserable degenerada. ¡No soy digna de estar en la misma habitación que usted!

Magdalen se inclinó hacia ella y le susurró una pregunta al oído. Louisa susurró la única y triste palabra de respuesta.

—¿Te ha abandonado? —preguntó Magdalen, después de esperar un rato, pensativa.

—No.

—¿Le amas?

—Con todo mi corazón.

El recuerdo de su matrimonio sin amor hirió a Magdalen en lo más vivo.

—¡Por amor de Dios, no te arrodilles ante mí! —exclamó, irritada—. ¡Si hay una mujer envilecida en esta habitación soy yo y no tú!

Alzó a la muchacha por la fuerza y volvió a sentarla en la silla. Ambas aguardaron un rato en silencio. Magdalen se sentó de nuevo con la mano aún sobre el

hombro de Louisa y contempló con indescriptible amargura el fuego mortecino. «¡Oh! —pensó—. ¡Qué mujeres tan felices hay en el mundo! ¡Mujeres que aman a sus maridos! ¡Madres que no se avergüenzan de sus hijos!»

—¿Estás más tranquila? —preguntó, dirigiéndose afablemente a Louisa una vez más—. ¿Podrás responderme si te pregunto una cosa? ¿Dónde está el bebé?

—Con un ama de cría.

—¿Te ayuda el padre a mantenerlo?

—Hace todo lo que puede, señora.

—¿Qué es? ¿Trabaja en el servicio doméstico? ¿Tiene un oficio?

—Trabaja en el taller de su padre, que es maestro carpintero.

—Si tiene trabajo, ¿por qué no se ha casado contigo?

—La culpa es de su padre, señora, no suya. Su padre no se apiada de nosotros. Le echaría de su casa y del trabajo si se casara conmigo.

—¿No podría encontrar trabajo en otro sitio?

—Es difícil encontrar trabajo en Londres, señora. Hay tantísima gente en la ciudad que se quitan el pan de la boca los unos a los otros. Si tuviéramos dinero para emigrar, hace tiempo que se hubiera casado conmigo.

—¿Se casaría contigo si tuvieras el dinero ahora?

—Estoy segura de que sí, señora. En Australia hay mucho trabajo y ganaría el doble o el triple que aquí. Se esfuerza mucho por ahorrar todo lo que puede para irnos y yo guardo lo poco que me queda después de atender a las necesidades de mi bebé. ¡Pero es tan poco! Aunque vivamos muchos años, no hay esperanza para nosotros. Sé que he obrado mal en todos los aspectos y sé que no merezco ser feliz. Pero ¿cómo podía dejar que mi bebé sufriera? Me vi obligada a entrar a servir. Mi señora fue muy severa conmigo y me estropeé la salud intentando ganarme la vida cosiendo. Jamás hubiera engañado a nadie con unas referencias falsas de haber tenido alternativa. Estaba sola y desamparada, señora, y sólo puedo pedirle que me perdone.

—Pídeselo a mujeres mejores que yo —dijo Magdalen con tristeza—. Yo sólo soy buena para compadecerte, y te compadezco de todo corazón. Yo en tu lugar también habría utilizado referencias falsas. No hablemos más del pasado, no imaginas cómo me hieres al hablar de él. Hablemos del futuro. Creo que puedo ayudarte sin causarte ningún perjuicio. Creo que a cambio tú puedes ayudarme y hacerme el mayor de los favores. Espera y sabrás lo que quiero decir. Supón que te casaras; ¿cuánto os costaría emigrar a tu marido y a ti?

Louisa mencionó el precio de un pasaje de tercera clase para un hombre y su mujer. Hablaba en tono bajo y desesperanzado. Pese a lo moderado de la suma, a sus ojos era una riqueza inalcanzable.

Magdalen dio un respingo de sorpresa y volvió a coger la mano de la muchacha.

—¡Louisa! —dijo con gran seriedad—. Si yo te diera el dinero, ¿qué harías tú por

mí a cambio?

La proposición pareció dejar a Louisa muda de asombro. Tembló violentamente y no respondió. Magdalen repitió la pregunta.

—Oh, señora, ¿lo dice en serio? —dijo la muchacha—. ¿Lo dice en serio?

—Sí —contestó Magdalen—. Lo digo muy en serio. ¿Qué harías por mí a cambio?

—¿Hacer? —dijo Louisa—. ¡Oh, qué no haría más bien! —Intentó besar la mano de su señora, pero Magdalen no lo consintió. Retiró el bajo de su vestido con firmeza, casi con brusquedad.

—No tienes nada que agradecerme —dijo—. Nos ayudamos la una a la otra, eso es todo. Siéntate tranquilamente y déjame pensar.

Durante los diez minutos siguientes reinó el silencio en la habitación. Al final de ese intervalo, Magdalen sacó su reloj y lo acercó al hogar. El fuego daba apenas la luz suficiente para ver la hora. Eran cerca de las seis.

—¿Te has serenado lo bastante para bajar y transmitir un mensaje? —preguntó al tiempo que se levantaba de la silla—. Es un mensaje muy sencillo; sólo tienes que decirle al mozo que quiero un coche de punto en cuanto me consiga uno. Debo salir inmediatamente. Sabrás el porqué más tarde. Tengo aún muchas cosas que decirte, pero no dispongo de tiempo ahora. Cuando me vaya, tráete tu labor aquí y espera a que regrese. Volveré antes de la hora de acostarse.

Sin más explicaciones, encendió una vela apresuradamente y se retiró al dormitorio para ponerse el chal y el sombrero.

CAPÍTULO II

Entre las nueve y las diez de esa noche, Louisa, que aguardaba con impaciencia, oyó la tan esperada llamada a la puerta principal de la casa. Corrió escaleras abajo de inmediato y abrió la puerta a su señora.

Magdalen tenía el rostro encendido y mostraba mucha más agitación al regresar a la casa que cuando la había abandonado.

—Siéntate otra vez —ordenó a Louisa con impaciencia—, pero deja a un lado la labor. Quiero que escuches con mucha atención lo que voy a decirte.

Louisa obedeció. Magdalen se sentó en el lado opuesto de la mesa y movió las bujías para ver con mayor claridad y sin interrupción el rostro de su sirvienta.

—¿Te has fijado en una respetable mujer mayor —empezó bruscamente— que ha venido a visitarme una o dos veces durante la última quincena?

—Sí, señora. Creo que le abrí yo la puerta la segunda vez que vino. ¿Una señora mayor de nombre señora Attwood?

—Ésa misma. La señora Attwood es el ama de llaves del señor Loscombe, pero no en su residencia privada, sino en sus oficinas de Lincoln's Inn. Le había prometido ir a tomar el té con ella alguna tarde de esta semana, y he ido hoy. ¿Verdad que resulta extraño que tenga esta familiaridad con una mujer en la posición de la señora Attwood?

Louisa no contestó con palabras. Su rostro habló por ella; difícilmente podía dejar de extrañarle.

—Tenía un motivo para hacerme amiga de la señora Attwood —prosiguió Magdalen—. Es una viuda con una numerosa familia compuesta por varias hijas. Todas ellas trabajan en el servicio doméstico. Una de ellas es segunda criada al servicio del almirante Bartram en St. Crux-in-the-Marsh. Me lo dijo el amo de la señora Attwood, y tan pronto como lo descubrí, resolví secretamente trabar relación con ella. Más extraño aún, ¿no?

Louisa empezaba a intranquilizarse. Las maneras de su ama contradecían sus palabras, sugerían claramente que se avecinaba algo alarmante.

—No sabría decir —continuó Magdalen— qué atractivo encuentra la señora Attwood en relacionarse conmigo. Sólo puedo decirte que ha conocido tiempos mejores; es una persona educada y puede que disfrute de mi compañía por esa razón. En cualquier caso, ha aceptado de buena gana mi acercamiento. El atractivo que encuentro yo, por mi parte, en esa buena mujer es fácil de explicar. Siento una gran curiosidad (inexplicable curiosidad, pensarás tú) por la situación del servicio en St. Crux-in-the-Marsh. La hija de la señora Attwood es una buena chica que escribe a su madre a cada momento. La madre está orgullosa de las cartas y de su hija, y está más que dispuesta a hablar de ella y de su colocación. Ése es el atractivo que la señora

Attwood tiene para mí. ¿Lo comprendes hasta aquí?

Sí, Louisa lo comprendía. Magdalen prosiguió.

—Gracias a la señora Attwood y a su hija —dijo—, conozco ya ciertos detalles curiosos sobre el servicio de St. Crux. Las lenguas y las cartas de los criados se ocupan de sus señores más a menudo de lo que éstos piensan. No hay señora en St. Crux más que el ama de llaves, pero hay un amo, el almirante Bartram. Al parecer es un anciano cuyos caprichos y manías divierten a allegados y criados por igual. Una de sus manías (la única que debemos molestarnos en considerar) es que tuvo ya bastantes hombres alrededor de él cuando vivía en el mar, y ahora que vive en tierra, sólo quiere que le sirvan criadas. El único hombre en la casa es un viejo lobo de mar que ha estado toda su vida con el almirante; es una especie de pensionista en St. Crux y tiene poco o nada que ver con el trabajo de la casa. Todos los sirvientes de la casa son mujeres, y en lugar de un lacayo que le sirva las comidas, el almirante tiene una doncella. La doncella que hay ahora en St. Crux está prometida para casarse y se irá tan pronto como su amo pueda prescindir de ella. Hace algunos días que descubrí todo esto. Pero cuando la he visto esta noche, la señora Attwood había recibido otra carta de su hija, y esa carta me ha ayudado a descubrir algo más. El ama de llaves no sabe qué hacer para encontrar una nueva doncella. Su amo insiste en que ha de ser joven y de buen ver; el resto se lo deja al ama de llaves, pero en eso es inflexible. Todas las indagaciones llevadas a cabo en los contornos han sido inútiles para hallar el tipo de doncella que quiere el almirante. Si no se consigue nada en las próximas dos o tres semanas, el ama de llaves insertará un anuncio en *The Times* y vendrá a Londres en persona para ver a las aspirantes y llevar a cabo rigurosas indagaciones personales sobre sus referencias.

Louisa miró a su señora con más atención que nunca. La expresión de perplejidad abandonó su rostro y una sombra de decepción apareció en su lugar.

—Recuerda lo que te he dicho —prosiguió Magdalen— y aguarda un poco más mientras te hago unas preguntas. No creas que me has entendido todavía. Te aseguro que no es así. ¿Has servido siempre como doncella personal?

—No, señora.

—¿Has servido alguna vez como camarera?

—Sólo en una casa, señora, y por poco tiempo.

—Supongo que el suficiente para aprender tus deberes.

—Sí, señora.

—¿Cuáles eran tus deberes, además de servir las comidas?

—Tenía que hacer pasar a las visitas.

—Sí, ¿y qué más?

—Tenía que ocuparme de la plata y la cristalería, y también de las mantelerías. Tenía que acudir cuando sonaran todas las campanillas menos las de los dormitorios.

Había alguna que otra tarea suelta a veces...

—¿Pero tus deberes habituales eran los que acabas de mencionar?

—Sí, señora.

—¿Cuánto tiempo hace que serviste como doncella?

—Un poco más de dos años, señora.

—Supongo que no habrás olvidado cómo servir la comida, limpiar la plata y todo lo demás en ese tiempo.

Al oír esta pregunta, la atención de Louisa, que se había apartado más y más de las preguntas que le hacía Magdalen, acabó desviándose del todo. Su creciente inquietud venció a su discreción e incluso a su timidez. En lugar de responder a su señora, confusa, aventuró de repente una pregunta.

—Discúlpeme, señora —dijo—. ¿Quiere usted que me presente a la vacante de doncella en St. Crux?

—¿Tú? —replicó Magdalen—. ¡Por supuesto que no! ¿Has olvidado lo que te he dicho en esta misma habitación antes de salir? Quiero que te cases y que te vayas a Australia con tu marido y tu hijo. No has esperado a que te lo explicara, como yo te he pedido. Has sacado tus propias conclusiones, pero son erróneas. Ahora mismo te he hecho una pregunta que no has contestado; te preguntaba si habías olvidado tus deberes como doncella.

—¡Oh no, señora! —Louisa había contestado de mala gana hasta entonces. Su última respuesta fue pronta y confiada.

—¿Podrías enseñárselos a otra sirvienta? —preguntó Magdalen.

—Sí, señora, fácilmente si fuera lista y prestara atención.

—¿Podrías enseñármelos a mí?

Louisa dio un respingo con el rostro demudado.

—¡Usted, señora! —exclamó en parte con incredulidad, en parte alarmada.

—Sí —dijo Magdalen—. ¿Podrías capacitarme para ocupar la vacante de doncella en St. Crux?

A pesar de la sencillez de estas palabras, la perplejidad que produjeron en Louisa parecieron impedirle comprender la propuesta de su señora.

—¡Usted, señora! —repitió con expresión alelada.

—Quizá te ayude a comprender este extraordinario proyecto mío —dijo Magdalen— si te digo claramente cuál es su objetivo. ¿Recuerdas lo que te dije sobre el testamento del señor Vanstone cuando llegaste aquí desde Escocia para reunirte conmigo?

—Sí, señora. Me dijo usted que la había dejado completamente fuera del testamento. Estoy segura de que mi compañera no habría sido jamás uno de los testigos si hubiera sabido...

—Eso ya no importa. No culpo a tu compañera, no culpo a nadie más que a la

señora Lecount. Déjame seguir con lo que te estaba explicando. No es completamente seguro que la señora Lecount pueda hacerme el daño que ella pretendía. Existe una posibilidad de que mi abogado, el señor Loscombe, pueda conseguirme lo que me pertenece por derecho, pese al testamento. La posibilidad depende de que encuentre una carta que obra secretamente en poder del almirante Bartram. Es lo que cree el abogado y yo también lo creo. No tengo la menor esperanza de llegar a esa carta si lo intento con mi auténtica identidad. La señora Lecount ha envenenado el ánimo del almirante Bartram en contra de mí y el señor Vanstone le confió un secreto sobre mí. Si le escribiera, no respondería a mi carta. Si me presentara en su casa, me cerrarían la puerta en las narices. He de hallar el modo de penetrar en St. Crux con una personalidad desconocida, he de hallarme en situación de poder husmear por toda la casa sin levantar sospechas, he de estar en ella con tiempo de sobra para buscar. Todas las circunstancias están a mi favor si entro en la casa como sirvienta, y como sirvienta pienso ir.

—Pero usted es una dama, señora —objetó Louisa con gran perplejidad—. Las criadas de St. Crux la descubrirían.

—No me asusta en lo más mínimo que puedan descubrirme —dijo Magdalen—. Sé disfrazarme para caracterizarme de otras personas con mayor destreza de la que me supones. Deja que yo afronte las posibilidades de ser descubierta; es un riesgo que debo correr. Pero no hablemos ahora más que de lo que te concierne a ti. No decidas todavía si me darás o no la ayuda que necesito. Primero espera a oír de qué se trata. Eres rápida y diestra con la aguja. ¿Podrías hacerme el vestido adecuado para una sirvienta y retocar uno de mis mejores vestidos de seda para que te valga a ti en una semana?

—Creo que podría tenerlos hechos en una semana, señora, pero ¿por qué he de llevar yo...?

—Espera un poco y lo sabrás. Mañana le daré la semana de aviso a la patrona. En ese intervalo, mientras tú haces los vestidos, yo puedo aprender los deberes de una doncella. Cuando la criada de aquí nos traiga la cena y tú y yo estemos solas en la habitación, en lugar de ser tú quien me sirva como de costumbre, seré yo quien te sirva a ti. (Hablo en serio, ¡no me interrumpas!) Lo que pueda aprender de más sin estorbarte, lo practicaré cuidadosamente a la menor oportunidad. Cuando termine la semana y los vestidos estén listos, abandonaremos este lugar y buscaremos otro alojamiento, tú como señora, yo como tu doncella.

—Me descubrirían, señora —la interrumpió Louisa, temblando ante la perspectiva que tenía ante ella—. Yo no soy una dama.

—Pero yo sí —dijo Magdalen con amargura—. ¿Quieres que te diga lo que es una dama? Una dama es una mujer que lleva un vestido de seda y se da importancia. Yo te pondré el vestido de seda en el cuerpo y la importancia en la cabeza. Hablas

bien, eres una persona tranquila y con dominio de sí misma por naturaleza. Sólo con que venzas tu timidez, no temeré lo más mínimo por ti. Tendremos tiempo de sobra en nuestro nuevo alojamiento para que tú practiques tu papel y yo el mío. Habrá tiempo de sobra para hacer unos cuantos vestidos más, otro vestido para mí y tu vestido de novia (que pienso regalarte). Haré que me traigan el periódico cada día. Cuando aparezca el anuncio lo contestaré, con cualquier nombre que se me ocurra en ese momento, con el tuyo, si quieres prestármelo, y cuando el ama de llaves me pregunte por mis referencias, la remitiré a ti. Ella te verá a ti en la posición de una señora y a mí en la de una doncella. Es imposible que conciba sospechas, a menos que se las crees tú. Si tienes el valor necesario para seguir mis instrucciones y decir lo que yo te indicaré que digas, la entrevista se habrá acabado en diez minutos.

—Me asusta usted, señora —dijo Louisa temblando aún—. Me ha dejado sin respiración por la sorpresa. ¡Valor! ¿De dónde sacaré yo el valor?

—Donde yo lo guardo para ti —dijo Magdalen—. En el dinero del pasaje para Australia. Contempla la nueva perspectiva que te proporciona un marido y te devuelve a tu hijo; ahí encontrarás el valor.

El rostro triste de Louisa se iluminó, su débil corazón latió con fuerza. Una chispa del temple de su señora voló hasta sus ojos cuando imaginó aquel dorado futuro.

—Si aceptas mi propuesta —prosiguió Magdalen—, pueden publicar las amonestaciones inmediatamente si quieres. Te prometo darte el dinero el día en que aparezca el anuncio en el periódico. El riesgo de que el ama de llaves me rechace es enteramente mío. Sé que mi belleza se ha marchitado lamentablemente, pero creo que aún puedo salir ganando frente a las demás criadas; creo que aún puedo parecer la doncella que quiere el almirante Bartram. Tú no tienes nada que temer en este asunto; yo no te lo pediría en caso contrario. El único peligro existente es que me descubran en St. Crux y ése recae únicamente sobre mí. Cuando yo entre en la casa del almirante Bartram, tú estarás casada y el barco te llevará a una nueva vida.

El semblante de Louisa, ora animado por la esperanza, ora ensombrecido de nuevo por el temor, mostraba las huellas visibles de la lucha en la que se debatía para tomar una decisión. Intentó ganar tiempo, intentó pronunciar unas confusas palabras de agradecimiento, pero su señora la hizo callar.

—No tienes por qué darme las gracias —dijo Magdalen—. Te lo repito, no hacemos más que ayudarnos mutuamente. Tengo muy poco dinero, pero basta para lograr lo que deseas y te lo entrego libremente. He llevado una vida miserable, he hecho que otros se sintieran desgraciados por mi causa. Ni siquiera puedo hacerte feliz a ti si no es tentándote con un nuevo engaño. ¡Bueno, bueno! No es culpa tuya. Mujeres peores que tú me ayudarán si tú te niegas. La decisión es tuya, pero no tengas miedo de coger el dinero. Si tengo éxito, no lo necesitaré. Si fracaso...

Magdalen se interrumpió, bruscamente se levantó de la silla y ocultó el rostro a

Louisa alejándose hacia la chimenea.

—Si fracaso —prosiguió, reanudando la frase y calentándose el pie despreocupadamente en la pantalla de la chimenea—, todo el dinero del mundo sería inútil para mí. Olvídate del porqué, olvídate de mí, piensa en ti misma. No me aprovecharé de la confesión que me has hecho, no influiré en ti en contra de tu voluntad. Haz lo que creas mejor. Pero recuerda una cosa: estoy decidida, nada de lo que hagas o digas me hará cambiar de opinión.

El súbito alejamiento de Magdalen de la mesa, el tono alterado de su voz al pronunciar las últimas palabras parecieron renovar las dudas de Louisa. Juntó las manos sobre el regazo retorciéndoselas con fuerza.

—Esto ha sido demasiado repentino para mí, señora —dijo la muchacha—. Me siento muy tentada de decir que sí. Sin embargo, casi me da miedo...

—Consúltalo con la almohada —dijo Magdalen, interrumpiéndola y manteniendo el rostro vuelto hacia el fuego—, y dime qué has decidido cuando entres en mi habitación mañana por la mañana. Esta noche no necesitaré ayuda. Yo misma puedo desvestirme. Tú no eres tan fuerte como yo. Creo que estás cansada. No te quedes levantada por mí. ¡Buenas noches, Louisa, y felices sueños!

Bajó la voz paulatinamente al pronunciar estas palabras afables. Dejó escapar un hondo suspiro y, apoyando el brazo sobre la repisa de la chimenea, reposó en él la cabeza con un cansancio desesperado y lastimoso de ver. Louisa no había abandonado la habitación como suponía Magdalen. Louisa se acercó en silencio a su señora y le besó la mano. Magdalen se sobresaltó, pero esta vez no intentó apartar la mano. La conciencia de su terrible soledad la aplacó al notar el roce de los labios de su doncella. Su orgulloso corazón se ablandó, sus ojos se llenaron de lágrimas ardientes.

—¡No me aflijas! —dijo débilmente—. El momento de la bondad ha pasado ya; ahora sólo consigue agobiarme. ¡Buenas noches!

Cuando llegó la mañana, Magdalen recibió la respuesta afirmativa con la que contaba.

Ese día, la patrona recibió el aviso de que dejaban las habitaciones a una semana vista y la aguja de Louisa volaba entre las costuras del vestido de doncella.

Fin de la Sexta Escena

ENTREACTO

Desarrollo de la historia a través del correo

I

De la Señorita Garth al Señor Pendril

Westmoreland House, 3 de enero de 1848

Querido señor Pendril:

Le escribo, tal como me pidió, para hacerle saber qué tal está Norah y para hablarle de la mejoría que he notado en su ánimo con respecto al asunto de su hermana.

No puedo afirmar que se haya resignado al prolongado silencio de Magdalen, conozco demasiado bien su naturaleza leal para pensar tal cosa. Sólo puedo decirle que ha empezado a hallar alivio de la pesada carga de dolor e incertidumbre en nuevos pensamientos y nuevas esperanzas. Dudo de que ella se haya dado cuenta, pero yo veo el resultado, aunque ella no sea consciente. Veo su corazón abriéndose al consuelo de otro amor. Norah no me ha comentado una sola palabra al respecto, ni yo a ella, pero tan cierto como que sé que últimamente las visitas del señor George Bartram a la familia de Portland Place son cada vez más frecuentes, puedo asegurarle igualmente que, a pesar de su zozobra, Norah ha hallado un consuelo que no es obra mía y una esperanza en el futuro que yo no le he enseñado a sentir.

Huelga decir que le cuento todo esto en la más estricta confidencialidad. Sólo Dios sabe si la feliz expectativa, que en mi opinión es ahora incipiente, crecerá o no a medida que pase el tiempo. Cuanto más conozco al señor George Bartram —y me ha visitado en más de una ocasión— más crece en mi estima. En mi humilde opinión, es un caballero en el sentido más elevado y auténtico de la palabra. Si pudiera vivir para ver a Norah convertida en su esposa, moriría tranquila. Pero ¿quién puede adivinar el futuro? Hemos sufrido tanto que me da miedo esperar demasiado.

¿Sabe usted algo de Magdalen? No sé ni cómo ni por qué, pero desde que me enteré de la muerte de su marido, el antiguo cariño que sentía por ella parece aferrarse a mí con mayor obstinación que nunca.

Le saluda atentamente,

HARRIET GARTH

II

Del Señor Pendril a la Señorita Garth

Serle Street, 4 de enero de 1848

Querida señorita Garth:

De la persona de la señora de Noel Vanstone no tengo noticia alguna. Pero ha llegado a mi conocimiento, desde la última vez que nos vimos usted y yo, que el informe sobre la situación en que la ha dejado la muerte de su marido es absolutamente cierto. No ha recibido legado de ningún tipo. Su nombre no se menciona siquiera en el testamento de su marido.

Sabiendo lo que sabemos, no podemos ocultar el hecho de que esa circunstancia nos amenaza con ser la causa de más bochorno y tal vez de más aflicción. La señora de Noel Vanstone no es una mujer que se someta sin ofrecer una resistencia desesperada al desbaratamiento total de sus intrigas y esperanzas. El mero hecho de no saber nada de ella desde la muerte de su marido me sugiere que hemos de esperar nuevas maldades. En su situación y con su temperamento, cuanto más tranquila parezca ahora, más empedernida será mi desconfianza hacia ella. Es imposible adivinar a qué violentas medidas podría llevarle su extrema situación actual. Es imposible estar seguros de que no dará motivos para un escándalo público que también afecte esta vez a su inocente hermana.

Sé que no interpretará usted erróneamente el motivo que me ha inducido a escribir estas líneas. Sé que no me creará tan desconsiderado como para causarle una alarma innecesaria. Mi sincera impaciencia por ver realizada esa feliz expectativa a la que alude en su carta me ha animado a escribir con menos reserva de lo que hubiera sido normal. La exhorto a que haga uso de su influencia en toda ocasión en que pueda ejercerla justamente para fortalecer ese cariño creciente, alejándolo para siempre de cualquier desastre venidero, mientras pueda hacerlo. Cuando le diga que la fortuna de la que se ha privado a la señora de Noel Vanstone ha sido heredada por el almirante Bartram en su totalidad y cuando añada que se da por sabido que el señor George Bartram es el heredero de su tío, creo que admitirá usted que no la he aconsejado en balde.

Le saluda atentamente,

WILLIAM PENDRIL

III

Del Almirante Bartran a la Señora Drake (Ama de llaves en St. Crux)

St. Crux, 10 de enero de 1848

Señora Drake:

He recibido su carta de Londres en la que me informa de que al fin me ha encontrado una nueva camarera y de que la chica está dispuesta a regresar con usted a St. Crux cuando los demás encargos que ha de realizar usted le permitan volver.

Este acuerdo debe modificarse de inmediato, por una razón que lamento sinceramente tener que dar.

La enfermedad de mi sobrina, la señora Girdlestone —que parecía tan leve que nadie se alarmó, ni siquiera los médicos—, ha tenido un fatal desenlace. He recibido esta mañana la sorprendente noticia de su muerte. Al parecer su marido está loco de dolor. El señor George se ha ido ya a casa de su cuñado para supervisar los últimos y tristes deberes, y yo debo seguirle antes de que se celebre el funeral. Tenemos intención de llevarnos luego al señor Girdlestone y probar el efecto de un cambio de lugar y de paisajes. En estas tristes circunstancias, puede que esté ausente un mes o seis semanas como mínimo de St. Crux. La casa se cerrará y no se precisará a la nueva sirvienta hasta mi regreso.

Le dirá usted por tanto a la chica, al recibir esta carta, que una muerte en la familia ha causado un cambio temporal en nuestro acuerdo. Si está dispuesta a esperar, puede usted comprometerse con ella para dentro de seis semanas. Para entonces ya habré vuelto, aunque el señor George no lo haga. Si se niega, páguele una compensación justa y olvídela.

Atentamente,

ARTHUR BARTRAM

IV

De la Señora Drake al Almirante Bartram

11 de enero

Honorable señor:

Espero haber realizado todos mis encargos y volver a St. Crux mañana, pero le escribo para evitarle preocupaciones en caso de demora.

La joven que he tomado a su servicio (de nombre Louisa) está dispuesta a esperar, y su actual señora, que está interesada en su bienestar, atenderá a sus necesidades durante el intervalo. La joven está informada de que entrará a servir en su nueva casa dentro de seis semanas a partir de hoy, es decir, el próximo veinticinco de febrero.

Le ruego que acepte mis respetuosas condolencias por la dolorosa pérdida que ha sufrido la familia.

Su humilde servidora,

SOPHIA DRAKE

LA SÉPTIMA ESCENA

St. Crux-in-the-Marsh

CAPÍTULO I

—Aquí es donde dormirás. Arréglate y baja luego otra vez a mi habitación. El almirante ha regresado y tendrás que empezar por servirle la cena de hoy.

Con estas palabras, la señora Drake, el ama de llaves, cerró la puerta, y la nueva camarera se quedó sola en su dormitorio de St. Crux.

El día era el memorable veinticinco de febrero. Apenas cuatro meses después de que la señora Lecount pusiera las instrucciones confidenciales del señor Noel Vanstone en manos de su albacea, ya se había dado la combinación de circunstancias que ella había procurado evitar desde el principio. La viuda del señor Noel Vanstone y el fideicomiso secreto del almirante Bartram se hallaban bajo el mismo techo.

Hasta entonces, los acontecimientos se habían desarrollado favorablemente para Magdalen sin excepción. Hasta entonces, ningún obstáculo se había interpuesto en su camino hacia St. Crux. Hacía tres días que Louisa —de quien había tomado prestado el nombre— había zarpado rumbo a Australia con su marido y su hijo; ella era la única a la que había confiado su secreto, pero ahora se hallaba fuera de Inglaterra. La muchacha se había mostrado cuidadosa, leal y digna de confianza hasta el último momento. Había pasado la dura prueba de la entrevista con el ama de llaves y no había olvidado las instrucciones con que Magdalen la había preparado a tal fin. Ella misma había propuesto que sacaran provecho de la demora de seis semanas causada por la muerte en la familia del almirante continuando con la práctica de las importantísimas lecciones domésticas, de cuya perfecta adquisición dependía el éxito de la audaz estratagema de su señora. Gracias al plazo así obtenido, cuando Louisa se casó y llegó el día de la despedida, Magdalen había aprendido y dominaba hasta el último detalle todo cuanto la antigua doncella podía enseñarle. El día en que cruzó los umbrales de St. Crux para emprender su peligrosa aventura, lo hizo con la fuerza de la presencia de ánimo ante las situaciones extremas que le había enseñado su reciente experiencia, con la fuerza aún mayor de sus entrenadas facultades para la asunción de identidades ajenas, y con la fuerza que las superaba a todas: dos meses de familiarización diaria con los deberes del empleo que se había comprometido a desempeñar.

Tan pronto como la señora Drake la dejó sola, Magdalen deshizo su equipaje y se vistió.

Se puso un uniforme de paño de color lavanda —el almirante Bartram había ordenado que todos los sirvientes vistieran de medio luto por la señora Girdlestone—, un delantal blanco de muselina, cofia y cuello de blanca pulcritud con cintas a juego con el vestido. Aquel uniforme de sirvienta, aquel sencillo vestido cerrado hasta el cuello, y la bonita cofia blanca en la cabeza, el vestido más modesto y el más atrayente a un tiempo que pueda llevar una mujer a los ojos de cualquier hombre,

excepto un lencero, casi consiguieron borrar los tristes vestigios que el sufrimiento mental había producido en su belleza. Ataviada con el vestido de noche de una dama, escotado, y con la figura armada, más que vestida, de inflexible seda, el almirante hubiera pasado junto a Magdalen en su propio salón sin fijarse en ella. Vestida con el uniforme de tarde de una sirvienta, ningún admirador de la belleza podía verla y no volver la cabeza para mirarla una segunda vez.

Cuando bajó las escaleras de camino al dormitorio del ama de llaves, pasó junto a las entradas de dos largos corredores de piedra, uno situado en el segundo piso y el otro en el primero, en los que se abrían sendas hileras de puertas. «¡Muchas habitaciones! —pensó al mirar las puertas—. ¡Será un trabajo agotador buscar aquí lo que he venido a encontrar!»

Al llegar a la planta baja tropezó con un viejo de rostro curtido que se detuvo y la miró fijamente manifestando un gran interés. Era el mismo viejo que el capitán Wragge había visto en el jardín de atrás de St. Crux tallando un barco a escala. Lo conocían todos en los alrededores como «el timonel del almirante». Se llamaba Mazey. Sesenta años habían grabado en el rostro severo y arrugado del veterano la huella de la dura vida del mar y las borracheras en tierra. Sesenta años habían demostrado su fidelidad y, al final del viaje, habían hecho arribar a puerto su viejo y estropeado armazón dejándolo en la casa de su patrón.

No habiendo nadie más cerca a quien pudiera preguntar, Magdalen pidió al viejo que le mostrara el camino de la habitación del ama de llaves.

—Yo te lo mostraré, querida —dijo el viejo Mazey con la voz cavernosa y el tono chillón característicos de los sordos—. Tú eres la nueva camarera, ¿eh? ¡Y buena moza también! A su señoría, el almirante, le gustan las camareras con buen recorrido a proa y a popa. Tú servirás, querida, tu servirás.

—No debes prestar atención a lo que te diga el viejo Mazey —observó el ama de llaves, que abrió su puerta cuando el viejo lobo de mar expresaba su aprobación con aquellas palabras—. Tiene el privilegio de hablar como le plazca, y es pesado y desaliñado, pero no tiene mala intención.

Tras disculpar de esta forma al veterano, la señora Drake condujo a Magdalen primero a la despensa y luego al cuarto de la ropa blanca para instalarla con la debida formalidad en sus dominios domésticos. Una vez completada esta ceremonia, llevó arriba a la nueva camarera y le mostró el comedor, que se abría al corredor del primer piso. Allí le dio instrucciones de que pusiera el mantel y servicio para una sola persona, puesto que el señor George Bartram no había vuelto a St. Crux con su tío. Los ojos penetrantes de la señora Drake observaron a Magdalen atentamente mientras realizaba aquella tarea introductoria, y una vez puesta la mesa, la señora Drake pudo comprobar personalmente que, por el momento, la nueva sirvienta demostraba conocer su trabajo a la perfección.

Una hora más tarde, la sopera estaba sobre la mesa y Magdalen se hallaba sola, de pie detrás de la silla vacía del almirante, aguardando la primera revista de su amo cuando entrara en el comedor.

Un fuerte campanillazo sonó en la planta baja; unos pasos rápidos resonaron en el corredor de piedra; la puerta se abrió de pronto y entró en la habitación un anciano alto, enjuto y de piel amarilla, sagaz en la mirada, hábil en la réplica y agitado en las maneras; llevaba dos grandes perros labradores pisándole los talones, y ocupó su asiento con violenta precipitación. Los perros le siguieron y se instalaron con la mayor solemnidad a ambos lados de su silla. Aquél era el almirante Bartram y aquéllos sus compañeros en la solitaria comida.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! ¡Aquí tenemos a la nueva camarera, por supuesto! —empezó, mirando a Magdalen con sus ojos penetrantes pero amables—. ¿Cómo te llamas, buena muchacha? ¿Louisa, dices? Te llamaré Lucy, si no te importa. Quita la tapa, querida. Hoy he llegado un par de minutos tarde. No dejes de ser puntual mañana por ese motivo. Suelo ser tan puntual como un reloj. ¿Qué tal estás después del viaje? ¿Has dado muchos botes en mi carro de ballestas desde la estación? Excelente la sopa; quema como un demonio; me recuerda a la que tomábamos en las Antillas en el año tres. ¿Llevas puesto el medio luto? Ven aquí y déjame ver. Ah, sí, muy limpio, y bonito, y pulcro. ¡Pobre señora Girdlestone! ¡Oh, la pobre y queridísima señora Girdlestone! No tendrás miedo de los perros, Lucy, ¿eh? ¿Cómo? ¿Te gustan los perros? ¡Eso está bien! Sé siempre amable con los animales. Estos dos perros cenan conmigo todos los días, excepto cuando recibo invitados. El perro del hocico negro es *Brutus* y el del hocico blanco es *Cassius*. ¿Has oído hablar alguna vez de *Brutus* y *Cassius*? ¿Romanos antiguos? Eso es; buena chica. Cuida bien el libro y la aguja y uno de estos días te encontraremos un buen marido. ¡Llévate la sopa, querida, llévate la sopa!

¡Aquél era el hombre cuyo secreto se había convertido en objetivo único en la vida de Magdalen! ¡Aquél era el hombre cuyo nombre había suplantado al suyo en el testamento de Noel Vanstone!

Después de la sopa llegaron el pescado y el asado, y el almirante siguió con sus divagaciones —ora en soliloquio, ora dirigiéndose a la camarera, ora hablando a los perros— siempre con la misma familiaridad y la misma falta de ilación. Magdalen observó con cierta sorpresa que los compañeros de cena del almirante no habían recibido hasta entonces las migas del plato de su amo. Las dos magníficas bestias estaban sentadas sobre los cuartos traseros con las cabezotas apoyadas sobre la mesa, contemplando cómo se desarrollaba la comida con suma atención, sin que al parecer esperaran compartirla. Magdalen se llevó el asado, cambió el plato del almirante, quitó las tapaderas de plata de las dos cazuelas que estaban a ambos lados de la mesa. Cuando ofreció el primero de los sabrosos estofados a su amo, los perros mostraron

un súbito y jadeante interés. A *Brutus* la glotonería se le hacía agua en la boca, y la lengua de *Cassius* sobresalía con indescriptible expectación entre sus enormes mandíbulas.

El almirante se sirvió con generosidad, envió a Magdalen al aparador en busca de pan y, cuando creyó que ella no le veía, volcó furtivamente todo el contenido del plato en la boca de *Brutus*. *Cassius* lloriqueó débilmente cuando su afortunado compañero engulló el apetitoso estofado de un bocado.

—¡Silencio, tonto! —susurró el almirante—. ¡Ahora te tocará a ti!

Magdalen ofreció el segundo estofado al almirante. Una vez más, el anciano caballero se sirvió generosamente, una vez más envió a Magdalen al aparador, y una vez más volcó todo el contenido de su plato en la boca del perro, pero eligiendo a *Cassius* esta vez, como convenía a un amo atento y a un hombre imparcial. Cuando llegó el siguiente plato —consistente en un sencillo pudín y una «crema» de difícil digestión— se confirmó la sospecha de Magdalen sobre la función de los perros durante la comida. Mientras el amo se comía el sencillo pudín, los perros engullían la crema de compleja elaboración. Era obvio que el almirante temía ofender a su cocinera por un lado y a su digestión por el otro, y *Brutus* y *Cassius* eran los dos cómplices bien enseñados que le ayudaban cada día a salir de aquel fenomenal aprieto.

—¡Muy buena, muy buena! —dijo el anciano caballero con una malicia transparente—. ¡Díselo a la cocinera, querida, una crema excelente!

Tras colocar el vino y el postre sobre la mesa, Magdalen hizo ademán de retirarse. Antes de que pudiera abandonar el comedor, la llamó su amo.

—¡Detente, detente! —dijo el almirante—. Aún no conoces las costumbres de la casa, Lucy. Sirve otro vaso de vino; aquí, a mi derecha, el más grande que encuentres, querida. Tengo un tercer amigo que viene a los postres, un viejo lobo de mar borracho que me ha seguido en mis avatares por tierra y por mar durante cincuenta años como poco. Sí, sí, ése es el vaso que necesitamos. Eres una buena chica, eres una muchacha limpia y mañosa. ¡Tranquila, querida, no hay por qué asustarse!

Un repentino porrazo al otro lado de la puerta seguido por los fuertes ladridos de los perros había sobresaltado a Magdalen.

—¡Entre! —gritó el almirante. La puerta se abrió, *Brutus* y *Cassius* golpearon el suelo alegremente con el rabo y el viejo Mazey se acercó directamente a la derecha de la silla de su amo. El veterano se plantó allí con las piernas separadas en cuidadoso equilibrio, como si el comedor fuera un camarote y la casa un barco cabeceando sobre mar gruesa.

El almirante llenó el vaso grande de oporto, se llenó el suyo de clarete y se lo llevó a los labios.

—Dios salve a la reina, Mazey —dijo el almirante.

—Dios salve a la reina, señoría —dijo el viejo Mazey, bebiéndose el oporto como antes los perros habían engullido los estofados, de un golpe.

—¿Qué viento tenemos, Mazey?

—Oeste y cuarta al noroeste, señoría.

—¿Alguna novedad esta noche, Mazey?

—Sin novedad, señoría.

—Buenas noches, Mazey.

—Buenas noches, señoría.

Completada de este modo la ceremonia de sobremesa, el viejo Mazey inclinó la cabeza y volvió a salir. *Brutus* y *Cassius* se estiraron sobre la alfombra para digerir champiñones y salsas al lubricante calor del fuego.

—Que el Señor nos haga agradecidos por los bienes recibidos —dijo el almirante—. Ve abajo, buena muchacha, y cena. Una cena ligera, Lucy, si aceptas un consejo, una cena ligera, o tendrás pesadillas. La que pronto se acuesta y pronto se levanta, querida, es una camarera sana, rica y sensata. Es la sabiduría de nuestros antepasados, no debes burlarte de ella. Buenas noches. —Con estas palabras despidió a Magdalen, y así concluyó su primer día con el almirante Bartram.

A la mañana siguiente, después del desayuno, las órdenes del almirante para la nueva camarera incluían una en particular que, en la situación de Magdalen, le interesaba recibir especialmente. En ausencia del anciano caballero, que ese día tenía unos asuntos que resolver en Ossory, Magdalen tenía instrucciones de familiarizarse con toda la parte habitada de la casa y de aprender la situación de las diversas habitaciones para saber qué campanilla les correspondía cuando se diera el caso. La señora Drake había de encargarse de supervisar la exploración de la casa, a menos que casualmente estuviera ocupada en alguna otra cosa, en cuyo caso, cualquiera de las criadas podía actuar como guía de Magdalen con igual destreza.

El almirante partió hacia Ossory al mediodía y Magdalen se presentó en la habitación de la señora Drake para iniciar el periplo por la casa. La señora Drake resultó estar ocupada en otra cosa y la remitió a la camarera principal. La susodicha sirvienta resultó hallarse aquella mañana en la misma coyuntura que la señora Drake y la remitió a las demás criadas. Las demás criadas declararon que tenían trabajo atrasado y no podían perder ni un minuto; sugirieron, sin demasiadas contemplaciones, que el viejo Mazey no tenía nada que hacer en absoluto y que conocía la casa tan bien o mejor que el abecedario. Magdalen captó la indirecta con una indignación y un desprecio que tuvo que esforzarse seriamente por ocultar. Había sospechado la noche previa (ahora estaba segura) que, incomprensiblemente, todas las criadas habían recibido su presencia con desconfianza hosca y unánime. Magdalen había visto por sí misma que la señora Drake estaba realmente ocupada esa mañana con sus cuentas, pero de todas las criadas que estaban a sus órdenes y que se

habían excusado, ninguna se había molestado siquiera en fingirse más ocupada de lo habitual. Su expresión decía bien a las claras: «No nos gustas y no queremos enseñarte la casa».

Magdalen encontró al viejo Mazey, no gracias a las escasas indicaciones recibidas, sino por el sonido de la voz cascada y trémula del veterano marino, que cantaba en algún rincón apartado una estrofa de la inmortal canción marinera Tom Bowling. Justo cuando Magdalen se detenía en medio de los laberínticos corredores de piedra de la planta baja dudando del camino que debía seguir, oyó la vieja voz discordante en la distancia cantando estos versos:

*His form was of the manliest beau-u-u-uty,
His heart was ki-i-ind and soft;
Faithful below Tom did his duty,
But now he's gone alo-o-o-o-oft —
But now he's go-o-o-ne aloft! [32]*

Magdalen continuó en dirección a la voz cascada y se encontró en un pequeño cuarto que daba al jardín de atrás. Allí estaba sentado el viejo Mazey con los anteojos caídos sobre la nariz y las viejas manos nudosas trabajando torpemente en el aparejo de su barco a escala. Allí estaban *Brutus* y *Cassius*, de nuevo haciendo la digestión frente al fuego y roncando como si les encantara. En una pared se veía a lord Nelson en llameantes acuarelas, y en la otra un retrato del último buque insignia del almirante Bartram; aparecía con todo el velamen desplegado, sobre un mar de color pizarra y un cielo asalmonado para completar la ilusión.

—Cómo, no te quieren enseñar la casa, ¿eh? —dijo el viejo Mazey—. ¡Lo haré yo, entonces! La criada principal es adusta como ella sola, querida. Eres demasiado joven y bonita para gustarles, eso es lo que ocurre. —Se levantó, se quitó los anteojos y echó algo de carbón al fuego—. Es recta como un álamo —dijo el viejo Mazey, comentando la figura de Magdalen en perezoso soliloquio—. Lo digo yo, ¡y lo dice su señoría el almirante! Ven conmigo, querida —prosiguió, dirigiéndose de nuevo a Magdalen—. Primero te enseñaré los puntos cardinales. Cuando conozcas los puntos cardinales, sea arriba, sea abajo, te parecerá sencillo navegar por la casa.

Se dirigió a la puerta, se detuvo, y acordándose de repente de su barco en miniatura, volvió para guardarlo en una alacena vacía; se dirigió de nuevo a la puerta, se detuvo una vez más, recordó que hacía frío en algunas de las habitaciones y hurgó por los rincones farfullando juramentos en busca de su sombrero. Magdalen se sentó pacientemente a esperarle. Comparó con agradecimiento el trato del viejo Mazey con el que había recibido de las mujeres. Por firme que sea nuestra resistencia, por orgulloso que sea nuestro desprecio, toda crueldad deliberada —por despreciable que sea— tiene el poder de mortificarnos. Magdalen no se dio cuenta de lo mucho que le

dolía la mezquina malevolencia de las criadas de la casa hasta sentir el efecto que la tosca amabilidad del viejo marino producía después en ella. La bienvenida muda de los perros, a los que habían despertado los movimientos en la habitación, la conmovieron aún más profundamente. *Brutus* metió el fuerte hocico en su mano con gesto amistoso y *Cassius* posó una amistosa pata sobre su regazo. Su corazón suspiró con ternura por las dos criaturas a las que palmeaba y acariciaba. Le parecía que era ayer mismo cuando ella y los perros de Combe-Raven paseaban juntos por el jardín y pasaban las ociosas mañanas estivales deleitándose sobre el césped sombreado.

El viejo Mazey halló por fin su sombrero e iniciaron la exploración con los perros detrás.

Dejaron atrás la planta baja, destinada exclusivamente a las dependencias de los criados, subieron al primer piso y entraron en el largo corredor que Magdalen conocía ya por su experiencia de la noche anterior.

—Pon la espalda contra esta pared —dijo el viejo Mazey señalando el largo muro, que estaba interrumpido a intervalos irregulares por ventanas que daban a un patio y a un estanque de peces y que constituía el lado derecho del corredor. Allí se colocó Magdalen—. Pon la espalda aquí —dijo el veterano— y mira hacia delante. ¿Qué ves?

—La pared opuesta del corredor —dijo Magdalen.

—¡Ay!, ¡ay! ¿Qué más?

—Las puertas de las habitaciones.

—¿Qué más?

—No veo nada más.

El viejo Mazey se echó a reír entre dientes, guiñó el ojo y agitó el dedo índice ante Magdalen exigiendo atención.

—Estás viendo uno de los puntos cardinales, querida. Cuando tienes la espalda contra esta pared y miras delante de ti, estás mirando al norte. Si alguna vez te pierdes por aquí, pon la espalda contra la pared, mira hacia delante y repite: «¡Estoy mirando hacia el norte!». Hazlo, sé buena chica, y te orientarás.

Después de administrar esta dosis preliminar de instrucción, el viejo Mazey abrió la primera de las puertas del lado izquierdo del corredor. Era la puerta del comedor, que Magdalen ya conocía. La segunda habitación estaba habilitada como biblioteca, y la tercera, como salita. La cuarta y quinta puertas —ambas de habitaciones desmanteladas e inhabitadas, y ambas cerradas con llave— les llevaron al extremo del ala norte de la casa y a la entrada de un segundo corredor más corto que hacía ángulo recto con el primero. Allí el viejo Mazey, que durante la inspección de las habitaciones había repartido su tiempo equitativamente entre la charla sobre «su señoría el almirante» y los silbidos a los perros, regresó con la máxima celeridad a los puntos cardinales. Con expresión grave, dio instrucciones a Magdalen de que

repitiera la ceremonia de poner la espalda contra la pared. Ella intentó acortar el proceso declarando (y estaba en lo cierto) que en aquella posición sabía que miraba hacia el este.

—No hables del este, querida —dijo el viejo Mazey, impasible, insistiendo en su propio método de instrucción—, hasta que no conozcas el este. Pon la espalda contra esta pared y mira hacia delante. ¿Qué ves? —El resto del catecismo prosiguió como antes. Cuando llegaron al final, el instructor de Magdalen quedó satisfecho. Rió entre dientes y le guiñó el ojo una vez más—. Ahora puedes hablar del este, querida —dijo el veterano—, pues ahora lo conoces.

Tras avanzar apenas unos metros, el corredor del ala este terminaba en un vestíbulo con una alta puerta, que veían frente a ellos mientras avanzaban. La puerta los condujo a un salón amplio y de techo alto, decorado, como todos los demás aposentos, con un valioso y anticuado mobiliario. El guía de Magdalen la llevó al otro extremo del salón y abrió una pesada puerta corredera que se hallaba frente a la puerta de entrada.

—Ponte el delantal por encima de la cabeza —dijo el viejo Mazey—. Ahora hemos llegado al salón de banquetes. El suelo está mortalmente frío y la humedad se pega a este lugar como las cucarachas a un barco carbonero. Su señoría el almirante lo llama el Paso del Ártico. Yo también le he puesto nombre. Lo llamo Hielahuesos.

Magdalen traspasó el umbral de la puerta y se encontró en el antiguo salón de banquetes de St. Crux.

A su izquierda vio una hilera de ventanales encajados profundamente en sus alféizares, que ocupaban una fachada de más de treinta metros de longitud. A su derecha, en una larga fila que iba de un lado a otro de la pared opuesta, colgaba una lúgubre colección de cuadros viejos, ennegrecidos y con los marcos podridos, que representaban escenas de batallas en tierra y en el mar. Bajo los cuadros, a mitad de altura, se abría una chimenea cavernaria coronada por una elevada repisa de mármol negro. El único mueble (si así podía llamarse) visible en la inmensa vastedad de la estancia era un sombrío trípode antiguo de metal curiosamente cincelado; se hallaba solitario en el centro del salón y sostenía un amplio recipiente circular, lleno hasta el fondo de las cenizas de un extinto fuego de carbón. El alto techo, en otra época de finos artesonados dorados, estaba sucio y cubierto de telarañas; las paredes desnudas de los dos extremos del salón tenían manchas de humedad y el frío del suelo de mármol traspasaba la estera larga y estrecha que se había colocado, paralela a las ventanas, como senda para los viajeros a través de la habitación desértica. No podía hallarse nombre mejor que el ideado por el viejo Mazey. Hielahuesos describía con precisión el salón de banquetes de St. Crux.

—¿No se enciende nunca el fuego en este deprimente lugar? —preguntó Magdalen.

—Depende del lado de Hielahuesos en que viva su señoría el almirante —dijo el viejo Mazey—. A su señoría le gusta cambiar de aposentos; a veces reside en un ala de la casa, a veces en la otra. Si vive al norte de Hielahuesos, que es de donde acabas de venir, no malgastamos carbón aquí. Si vive al sur de Hielahuesos, que es a donde vamos ahora, encendemos fuego en la chimenea y carbón en el brasero. Cada noche, cuando lo hacemos, la humedad puede más que nosotros; cada mañana volvemos, y podemos más que ella.

Con este singular comentario, el viejo Mazey condujo a Magdalen al otro extremo del salón, abrió más puertas y la hizo pasar a otra serie de cuatro aposentos, todos de tamaño moderado y todos amueblados de un modo muy parecido a los del ala norte. Magdalen miró por las ventanas y vio los desatendidos jardines de St. Crux cubiertos de zarzas y de maleza. A poca distancia de donde se hallaba, la línea suavemente sinuosa de uno de aquellos arroyos de la marea peculiares de la localidad zigzagueaba apareciendo aquí y allá, resplandeciendo bajo el sol en los claros que dejaban las zarzas y los árboles. Más lejos, la vista se extendía hacia el este por la campiña salpicada de pequeñas aldeas, atravesada una y otra vez por su red de «brazos de mar», y terminaba bruscamente en la larga línea recta del rompeolas que protege la indefensa costa de Essex de la invasión del mar.

—¿Aún tenemos más habitaciones que ver? —preguntó Magdalen, volviendo la vista atrás y mirando a un lado y a otro en busca de otra puerta.

—No hay más, querida; aquí hemos encallado, y más valdría virar y regresar a puerto —dijo el viejo Mazey—. La casa tiene otra ala, derecho hacia el sur desde donde estás tú ahora, pero se nos cae a pedazos. Tendrás que salir al jardín si quieres verla; está separada de nosotros por un mamparo de ladrillo al otro lado de esta pared. Los monjes, querida, vivían hacia el sur cientos de años antes de que su señoría el almirante naciera o pensaran en tenerlo, y bien que se lo pasaban, según tengo entendido. Se pasaban las mañanas cantando en la iglesia y las tardes bebiendo ponche en el huerto. Dormían la borrachera de ponche en los mejores lechos de plumas y engordaban gracias a sus vecinos durante todo el año. ¡Mendigos afortunados! ¡Mendigos afortunados!

Tras calificar así a los monjes, lamentando de modo evidente no haber vivido personalmente en aquellos tiempos felices, el veterano marino encabezó el camino de vuelta a través de las diferentes estancias. Al pasar de nuevo por «Hielahuesos», Magdalen lo precedió.

«Es recta como un álamo —murmuró el viejo Mazey para sí, cojeando tras su juvenil compañera y meneando la venerable cabeza para expresar su cordial aprobación—. Nunca he sido quisquilloso con la nacionalidad, pero siempre me han gustado tiasas y buenas mozas, y siempre me gustarán tiasas y buenas mozas hasta el día que me muera.»

—¿Tenemos más habitaciones que ver en el segundo piso? —preguntó Magdalen cuando llegaron al punto de partida.

El tono de voz de Magdalen, alto y claro por naturaleza, había bastado hasta entonces al viejo marino duro de oído. Muy sorprendida, Magdalen comprobó que se volvía sordo de repente a su última pregunta.

—¿Te sabes bien los puntos cardinales? —preguntó el viejo Mazey—. Si no estás segura, pon otra vez la espalda contra la pared y los repetiremos, empezando por el norte.

Magdalen le aseguró que conocía ya perfectamente todos los puntos cardinales, incluido el «norte», y luego repitió su pregunta en tono más alto. El veterano marino se obstinó en seguirle el juego volviéndose más sordo que nunca.

—Sí, querida —dijo—, tienes razón, hace frío en estos corredores y a menos que vuelva junto a mi fuego, se va a apagar, ¿no es cierto? Si tienes alguna duda para orientarte, ven a verme y te la aclararé. —Guiñó el ojo con expresión benevolente, llamó a los perros con un silbido y se alejó cojeando. Magdalen le oyó reír entre dientes por su éxito en eludir su curiosidad sobre el segundo piso. «¡Yo sé cómo tratarlas! —pensó el viejo Mazey sintiéndose triunfante—. Altas y bajas, nativas y extranjeras, novias y esposas: ¡yo sé cómo tratarlas a todas!»

Una vez sola, Magdalen llevó a la práctica la excelencia del método del viejo lobo de mar en beneficio propio; subió por las escaleras de inmediato para observar personalmente el segundo piso. El corredor de piedra era exactamente igual que el del primer piso, salvo en que tenía más puertas. Abrió las dos que tenía más cerca, una detrás de otra, al azar, y descubrió que ambas estancias eran dormitorios. El miedo a ser descubierta por otra de las criadas en una parte de la casa en la que nada tenía que hacer le aconsejó no llevar demasiado lejos sus indagaciones en el piso de los dormitorios. Rápidamente se dirigió al otro extremo del corredor para ver dónde terminaba; descubrió que daba a un trastero situado sobre el vestíbulo del primer piso y volvió sobre sus pasos inmediatamente.

Al volver por el corredor se fijó en un objeto que antes había escapado a su atención. Era una cama baja con ruedas colocada en paralelo con la pared y cerca de una de las puertas de los dormitorios. Pese a su extraña e incómoda situación, al parecer alguien dormía en ella: tenía sábanas puestas y la punta de un grueso gorro rojo de pescador asomaba bajo la almohada. Magdalen se aventuró a abrir la puerta cercana a la cama y se encontró con el dormitorio del almirante, según conjeturó por ciertos signos y señales. No se atrevió a arriesgar más que unos instantes de observación, volvió a cerrar la puerta con suavidad y regresó a la zona de la cocina.

La cama baja con ruedas y la extraña posición que ocupaba no abandonaron sus pensamientos en toda la tarde. ¿Quién podía dormir ahí? El recuerdo del gorro rojo de pescador y la fidelidad perruna de Mazey hacia su amo, de la que Magdalen había

tenido ya suficientes pruebas, le ayudaron a adivinar que el viejo lobo de mar podía ser el ocupante de la cama. Pero ¿por qué, con dormitorios más que suficientes, había de pasar frío e incomodidad por la noche? ¿Por qué habría de dormir a la puerta de su amo para hacer guardia? ¿Existía algún peligro nocturno en la casa que el almirante temiera? La idea le pareció absurda, pero la posición de la cama le hacía pensar en ella una y otra vez.

Estimulada por su irrefrenable curiosidad, Magdalen se arriesgó a preguntar al ama de llaves. Confesó haber recorrido de un extremo al otro el corredor del segundo piso para ver si era tan largo como el del primero y mencionó haber observado con asombro la posición de la cama con ruedas. La señora Drake respondió a la pregunta de manera breve y áspera.

—No culpo a una chica joven como tú —dijo la vieja señora— por ser un poco curiosa cuando entra por vez primera en una casa tan extraña como ésta. Pero recuerda en el futuro que tu trabajo no está en el piso de los dormitorios. El señor Mazey duerme en esa cama que has visto. Tiene la costumbre de dormir a la puerta de su amo todas las noches. —Los labios de la señora Drake se cerraron tras esta parca explicación para no volver a abrirse más.

Más tarde, Magdalen halló la oportunidad de preguntar al viejo Mazey en persona. Encontró al veterano marino de muy buen humor, fumándose una pipa y calentando en su agradable fuego una jarra de hojalata llena de cerveza.

—Señor Mazey —preguntó Magdalen audazmente—, ¿por qué tiene la cama en aquel frío corredor?

—¡Qué! Has estado arriba, mala pécora, ¿no es cierto? —dijo el viejo Mazey, mirándola maliciosamente por encima de la jarra.

Magdalen sonrió y asintió.

—¡Vamos, vamos! —dijo con tono zalamero para engatusarle—. ¿Por qué duerme ante la puerta del almirante?

—¿Por qué te haces la raya en el medio, querida? —preguntó el viejo Mazey con otra mirada maliciosa.

—Supongo que porque me he acostumbrado a hacerlo —respondió Magdalen.

—¡Ay, ay! —dijo el veterano marino—. Es por eso, ¿eh? Bueno, querida, la razón por la que tú te haces la raya en el medio es la misma por la que yo duermo ante la puerta del almirante. ¡Sé cómo tratarlas! —dijo el viejo Mazey riendo entre dientes, pasándose al soliloquio y agitando su cerveza con aire triunfal—. ¡Sé cómo tratarlas!

El tercero y último intento de Magdalen por resolver el misterio de la cama con ruedas lo realizó mientras servía la cena al almirante. Las preguntas del anciano caballero le dieron la oportunidad de referirse al tema sin que pareciera una osadía o una falta de respeto, pero el almirante resultó ser tan impenetrable, a su modo, como el viejo Mazey y la señora Drake.

—No es asunto tuyo, querida —dijo el almirante sin rodeos—. No seas curiosa. Coge tu Viejo Testamento cuando bajes y lee lo que ocurrió en el Jardín del Edén por culpa de la curiosidad. Sé buena chica y no imites a tu madre Eva.

Esa noche, cuando Magdalen pasó por el segundo piso de camino a su dormitorio, se detuvo ante el corredor y escuchó. Un biombo protegía la entrada del corredor de las miradas de los que subían. Los ronquidos que Magdalen oyó al otro lado del biombo la alentaron a rodearlo sigilosamente y dar unos cuantos pasos. Amortiguando con la mano libre la luz de la vela que llevaba, se acercó a la puerta del almirante y observó con sorpresa que habían movido la cama de donde la había visto durante el día para colocarla exactamente atravesada junto a la puerta de modo que cerraba el paso a cualquiera que intentara entrar en la habitación del almirante. Después de este hallazgo, la persona del viejo Mazey, roncando a pierna suelta con el gorro rojo de pescador calado hasta las cejas y las mantas hasta la nariz, se convirtió en un objeto de importancia secundaria en comparación con su cama. A Magdalen ya no le cabía la menor duda de que el veterano marino hacía guardia literalmente ante la puerta de su amo y de que él, el almirante y el ama de llaves compartían el secreto de este extraño proceder.

«Un extraño final —pensó Magdalen, meditando sobre su descubrimiento mientras ascendía por la escalera hacia su dormitorio—. Un extraño final para un extraño día.»

CAPÍTULO II

Pasó la primera semana, pasó la segunda, y Magdalen no parecía más cerca de descubrir el fideicomiso secreto que el primer día de servicio en St. Crux.

Pero la quincena, pese a carecer de incidentes, no fue una quincena perdida. La experiencia la había convencido ya de un importante punto: le había demostrado que podía desafiar la arraigada desconfianza de las otras criadas. Con el tiempo, las mujeres se habían acostumbrado a su presencia en la casa, aunque sin abandonar la convicción de que la recién llegada no era una de ellas. Todo lo que podía hacer en su defensa era mantener su instintiva suspicacia femenina dentro de los límites puramente negativos que había ocupado desde el principio, y lo consiguió.

Día tras día, las mujeres la observaban con la infatigable vigilancia de la malicia y la desconfianza, y día tras día ni un solo avance hacia el hallazgo recompensaba sus esfuerzos. En silencio, con inteligencia y aplicación, con el recuerdo siempre presente de quién era y de su posición, la nueva camarera hacía su trabajo. Los únicos ratos de descanso y relajación eran los que pasaba de vez en cuando con los perros y el viejo Mazey de día, y el precioso intervalo de tiempo nocturno en el que se hallaba a salvo de ser observada en la soledad de su cuarto. Gracias a la abundancia de habitaciones en St. Crux, cada una de las sirvientas tenía la posibilidad de dormir en una propia si lo deseaba. Sola en la noche, Magdalen podía atreverse a ser ella misma; podía soñar con el pasado y despertarse del sueño sin que ojos curiosos vieran que lloraba; podía meditar sobre el futuro sin que los susurros la asaltaran desde los rincones, acusándola de «llevar algo entre manos».

Convencida por el momento de la absoluta seguridad de su situación en la casa, aprovechó también una segunda oportunidad en su favor —antes de que concluyera la quincena— que alivió su espíritu de todas las posibles dudas sobre el formidable asunto de la señora Lecount.

En parte por los chismes de las mujeres durante las comidas en el comedor de los criados y en parte por un párrafo señalado en un periódico suizo que halló una mañana abierto sobre el butacón del almirante, Magdalen obtuvo la agradable garantía de que esta vez no había temor alguno a que el ama de llaves hiciese una peligrosa aparición en escena. Al parecer la señora Lecount había pasado más de una semana en St. Crux a partir de la fecha de la muerte de su amo, y luego había abandonado Inglaterra para vivir de las rentas de su legado en un honorable y próspero retiro en su lugar natal. El párrafo del periódico suizo describía la consecución de este laudable proyecto. La señora Lecount no sólo se había establecido en Zurich, sino que (consciente de la precariedad de la vida) también había determinado el uso que se daría a su fortuna cuando ella muriera. La mitad iría a parar a los fondos de una «Beca Lecompte» para estudiantes pobres en la

Universidad de Ginebra. La otra mitad tendrían que emplearla las autoridades municipales de Zurich en la manutención y educación de un cierto número de niñas huérfanas, originarias de la ciudad, a las que se prepararía para el servicio doméstico. El articulista suizo hacía alusión a estos filantrópicos legados en un estrafalario panegírico. Se felicitaba a Zurich por poseer un dechado de virtudes públicas, y de la comparación entre la señora Lecount y Guillermo Tell como benefactores de Suiza, este último salía malparado.

Empezó la tercera semana y Magdalen se hallaba ya en disposición de dar su primer paso en dirección al hallazgo del fideicomiso secreto.

Gracias al viejo Mazey averiguó que su amo tenía la costumbre de ocupar las habitaciones del ala norte durante los meses de invierno y primavera, y de cruzar el Paso Ártico de Hielahuesos y vivir en las habitaciones orientadas al este que daban al jardín en verano y otoño. Mientras el salón de banquetes permaneciera húmedo y desmantelado debido a los escasos recursos financieros del almirante y mientras el interior de St. Crux se viera así incómodamente dividido en dos residencias separadas, no había arreglo mejor que aquél. De vez en cuando (según dio a entender a Magdalen su informador) había días, tanto en invierno como en verano, en que el almirante se inquietaba por las habitaciones que no ocupaba en ese momento e insistía en comprobar el estado de los muebles, los libros y los cuadros con sus propios ojos. En tales ocasiones —tanto en invierno como en verano— se mantenía encendido un gran fuego en la chimenea del salón de banquetes durante varios días antes, así como el carbón en el trípode, para tener la estancia todo lo cálida que permitieran las circunstancias. Tan pronto como se calmaban las inquietudes del anciano caballero, las habitaciones volvían a cerrarse y se abandonaba de nuevo a Hielahuesos a la humedad, la desolación y la ruina. Hacía pocos días que había concluido una de esas migraciones temporales; el almirante se había convencido de que las habitaciones del ala este no habían empeorado en absoluto por culpa de la ausencia de su amo y ahora se podía contar con que permanecería en el ala norte durante semanas; quizá, si la estación era fría, durante los próximos meses.

Por insignificantes que fueran en sí mismos, estos detalles tenían una gran importancia para Magdalen, pues la ayudaron a fijar los límites de su campo de búsqueda. Suponiendo que, con toda probabilidad, el almirante guardara todos sus documentos importantes a mano, estaba casi segura de que el fideicomiso secreto estaba guardado en alguna habitación del ala norte.

¿En qué habitación? La pregunta no tenía una respuesta fácil.

De las cuatro habitaciones habitables que estaban a disposición del almirante durante el día —es decir, el comedor, la biblioteca, la salita y el salón al que se llegaba desde el vestíbulo—, la biblioteca parecía ser la estancia en la que pasaba con preferencia la mayor parte de su tiempo. En esta habitación había una mesa con

cajones que se cerraban con llave, había cinco armarios bajo los estantes de libros, todos ellos cerrados con llave. Había receptáculos igualmente cerrados en las otras habitaciones, y en todos ellos podían guardarse documentos.

Magdalen había acudido a la llamada de la campanilla y había visto al almirante abriendo y cerrando cajones y armarios, ora en una habitación, ora en otra, pero sobre todo en la biblioteca. En ocasiones había observado que la expresión del almirante era temerosa e impaciente cuando se volvía para mirarla y darle órdenes junto a un bargeño o un armario abiertos, y Magdalen dedujo que algo relacionado con sus bienes y documentos —podía o no tratarse del fideicomiso secreto— lo acuciaba y molestaba de vez en cuando. En más de una ocasión, le había oído guardar algo bajo llave en una de las habitaciones, salir y meterse en otra habitación, aguardar allí unos minutos, regresar luego a la primera habitación con las llaves en la mano y andar en los cerrojos una y otra vez con brusquedad. Esta nerviosa intranquilidad con respecto a las llaves y los armarios podía ser consecuencia de un carácter inquieto, agravado en un hombre activo por naturaleza por la indolencia de la vida retirada, una vida que vagaba continuamente entre insignificancias, sin una tarea regular en todo el día que le diera estabilidad. Por otro lado, era igualmente probable que tanto ir y venir, tanto abrir y cerrar, pudieran atribuirse a la existencia de una responsabilidad privada que se hubiera entrometido inesperadamente en la apacible existencia de un anciano y que le atormentara con una sensación opresiva desconocida hasta aquellos últimos años. Cualquiera de estas dos interpretaciones podía explicar la conducta del almirante de una forma razonable y probable. En la situación de Magdalen, era imposible decir cuál era la interpretación correcta.

Un único hecho cierto pudo comprobar desde el primer día de observación: el almirante era un hombre muy cuidadoso con sus llaves.

Todas las llaves pequeñas las tenía en una anilla, en el bolsillo del pecho de su levita. Las más grandes las guardaba juntas por lo general, pero no siempre, en uno de los cajones de la mesa de la biblioteca. Algunas veces las dejaba allí durante la noche; otras, se las llevaba consigo al dormitorio en un pequeño cesto. No tenía horarios regulares para dejarlas o llevárselas consigo, no había razón aparente para que una vez las guardara bajo llave en un cajón de la mesa de la biblioteca y en otra ocasión las guardara en cualquier otro lugar. La obstinación y el capricho impenitente de su conducta a ese respecto desafiaba todo intento por hallar en ella un sistema y frustraba todos los esfuerzos por preverla de antemano.

La esperanza de obtener alguna información definitiva que le permitiera actuar tendiendo al almirante astutas celadas en sus conversaciones resultó ser completamente vana desde el principio.

En la situación de Magdalen, todo experimento de ese tipo habría sido muy difícil y peligroso con cualquier hombre; con el almirante, sencillamente era imposible. Su

tendencia a derivar de un tema a otro; su costumbre de mantener la lengua siempre ocupada mientras hubiera alguien, fuera quien fuese, al alcance de su voz; su cómica falta de dignidad y reserva con las sirvientas prometía mucho en apariencia, y en realidad no servía para nada. Por tímida y respetuosa que se mostrara, siempre que intentaba aprovecharse de esta actitud de su amo o de la evidente simpatía que sentía por ella, el anciano descubría en el acto cada avance de Magdalen desde su propia posición y la ponía al instante en su sitio con un extraño buen humor que no producía ofensa, pero también con una franqueza tan directa que no ofrecía salida. Por contradictorio que pueda parecer, el almirante Bartram era demasiado familiar para ser abordado; mantenía la distancia entre él y su criada con mayor eficacia que si hubiera sido el hombre más orgulloso de Inglaterra. La reserva sistemática de un superior hacia un inferior puede a veces ser superada; la familiaridad sistemática jamás.

El tiempo transcurría lentamente. La cuarta semana dio comienzo y Magdalen no había descubierto nada. Sus expectativas eran nulas. Aun en el caso, en apariencia desesperado, de que hallara el modo de hacerse con las llaves del almirante, no podía contar con retenerlas más que unas pocas horas sin despertar sospechas; horas que podían desperdiciarse completamente por no saber en qué dirección emprender la búsqueda. El fideicomiso podía estar guardado en cualquiera de los veinte receptáculos para papeles ubicados en cuatro habitaciones diferentes. Y Magdalen no tenía la menor idea de la habitación en que podía mirar, ni qué receptáculo era el más prometedor para empezar, ni qué posición con respecto a los demás documentos podía esperarse que ocupara el único de ellos que le era necesario. Impedida por incertidumbres insuperables de toda índole, condenada, por así decirlo, a vagar con los ojos vendados al borde mismo del éxito, aguardaba Magdalen la oportunidad que no llegaba, el suceso que nunca ocurría, con una paciencia que se estaba convirtiendo ya en la paciencia de la desesperación.

Noche tras noche, volvía la vista hacia los días pasados y no se alzaba en su memoria acontecimiento alguno que los distinguiera entre sí. Las únicas interrupciones en la monótona uniformidad de la vida en St. Crux las causaban las fechorías características del viejo Mazey y de los perros.

De vez en cuando, el carácter salvaje original resurgía en el temperamento de *Brutus* y *Cassius*. Las modestas comodidades del hogar, los sabrosos encantos de los estofados, el decoroso deleite de las digestiones llevadas a cabo sobre las esteras frente al fuego, todo perdía su atractivo y los perros ingratos abandonaban la casa para buscar aventuras y disipación en el mundo exterior. En esas ocasiones, la conversación formularia de preguntas y respuestas que en la sobremesa mantenían el viejo Mazey y su señor variaba en un pequeño detalle. A «Dios salve a la reina, Mazey» y «¿Qué viento tenemos, Magdalen?» les seguía: «¿Dónde están los perros,

Mazey?». Y «Han soltado amarras, señoría, los condenados» era la invariable respuesta del veterano marino. El almirante siempre suspiraba y meneaba gravemente la cabeza al oír la noticia, como si *Brutus* y *Cassius* fueran sus hijos y le trataran con una falta del debido respeto filial. Los perros regresaban siempre al cabo de dos o tres días, flacos, sucios y avergonzados. Invariablemente, durante todo el día siguiente permanecían atados, caídos en desgracia. Un día más y los cepillaban para dejarlos limpios y eran entonces readmitidos formalmente en el comedor. Allí, la civilización, actuando con sutileza por medio de una cacerola, volvía a adueñarse de ellos, y a los dos hijos pródigos del almirante se les hacía la boca agua al ver que quitaban las tapas de las cazuelas, como siempre.

El viejo Mazey, a su manera, resultó que en ciertas ocasiones tenía inclinaciones tan lamentables como los perros. De vez en cuando también su carácter salvaje original surgía a la superficie; también él perdía el gusto por las comodidades de la casa y la abandonaba con ingratitud. Solía desaparecer a media tarde y regresar de noche, borracho como una cuba. Era un marino demasiado experimentado para que sobreviniera ningún desastre en tales ocasiones. Puede que sus picaras y viejas piernas le hicieran dar rodeos, pero no le fallaban jamás; puede que sus picaros y viejos ojos vieran doble, pero siempre le mostraban el camino de vuelta a casa. Por mucho que lo intentaban, las criadas no conseguían nunca persuadirle de que estaba borracho; él siempre desdeñaba tal imputación. Se negaba incluso a admitir la idea hasta haber comprobado personalmente su estado mediante un infalible criterio propio.

En esos casos de emergencia báquica, tenía la costumbre de tambalearse obstinadamente hacia su habitación de la planta baja para sacar del armarito la miniatura del barco y probar si podía seguir con la tarea, que jamás completaría, de aparejar el barco. Cuando había aplastado los palos diminutos y roto en pedazos las delicadas cuerdas, entonces y sólo entonces, admitía el veterano los hechos con la autoridad de la evidencia. «¡Ay, ay! —solía decir para sí—. Las mujeres tienen razón. ¡Otra vez borracho, Mazey, otra vez borracho!» Hecho este descubrimiento, solía aguardar astutamente en la planta baja hasta que el almirante se metía en su cuarto y luego subía por las escaleras calzado con discretas zapatillas de orillo para ocupar su puesto. La cautela le recomendaba que no intentara meterse en la cama con ruedas (lo que hubiera constituido una invitación a la catástrofe si por casualidad se caía contra la puerta de su amo), de modo que se paseaba de un extremo al otro del corredor hasta recuperar la serenidad. En más de una ocasión, Magdalen había asomado la cabeza desde el otro lado del biombo y había visto al viejo lobo de mar haciendo su guardia con paso vacilante, imaginándose a sí mismo de nuevo de servicio en un barco. «Este barco es excepcionalmente movido con mar gruesa» solía musitar cuando sus piernas lo llevaban en zigzag al otro lado del pasillo o lo dejaban

momentáneamente paralizado, estudiando los «puntos del compás» con la espalda apoyada en la pared, según su propio sistema. «Una noche espantosa, cuidado —decía sin dejar de divagar y dando otra vuelta—. Negra como boca de lobo, y con el viento otra vez en contra.» Al día siguiente, el viejo Mazey habría de quedarse en la planta baja, caído en desgracia, como los perros. Y al otro día, recuperaba sus privilegios, también como los perros, y se introducía un nuevo cambio en la fórmula de la sobremesa. Al entrar en el comedor, el viejo marino se detenía en seco y, con la espalda apoyada en la puerta, presentaba sus disculpas de la siguiente forma, breve pero cabal:

—Por favor, señoría, estoy avergonzado de mí mismo. —Así empezaba y concluía la disculpa.

—No debe volver a ocurrir, Mazey —solía responder el almirante.

—No volverá a ocurrir, señoría.

—Muy bien. Ven y tómate tu vaso de vino. Dios bendiga a la reina, Mazey. —El veterano marino bebía su oporto de un trago y el diálogo concluía como era habitual.

Así pasaron los días, sin incidentes de mayor importancia que aliviaban la monotonía, hasta que se acercó el final de la cuarta semana.

El último día se produjo un acontecimiento; el último día, la promesa de futuro tanto tiempo diferida empezó a renacer inesperadamente. Mientras Magdalen extendía el mantel sobre la mesa del comedor, como de costumbre, la señora Drake entró brevemente y, por primera vez, le ordenó que pusiera la mesa para dos personas. El almirante había recibido carta de su sobrino. Esperaban el regreso del señor George Bartram esa misma tarde.

CAPÍTULO III

Tras colocar un segundo cubierto, Magdalen aguardó a que sonara la campanilla de la cena con un interés y una impaciencia que no le resultaba fácil disimular. Con toda probabilidad, el regreso del señor Bartram produciría alteraciones en la rutina de la casa; esto la hacía concebir esperanzas de que algún cambio, de cualquier tipo, por pequeño que fuera, la ayudaría en su empeño. Tal vez el sobrino fuera accesible a las estrategias que habían fracasado con el tío. En cualquier caso, los dos hombres hablarían de sus asuntos durante la cena, y bien podía ser que gracias a estas conversaciones —mantenidas día tras día en su presencia— el camino hacia el descubrimiento, absolutamente invisible ahora, se mostrara tarde o temprano.

Por fin sonó la campanilla, se abrió la puerta y los dos caballeros entraron juntos en la habitación.

A Magdalen le sorprendió, como antes le había ocurrido a su hermana, el parecido que guardaba George Bartram con su padre, según éste aparecía en el retrato de Combe-Raven que representaba a Andrew Vanstone en sus años mozos. Los cabellos claros y el rostro colorado, los brillantes ojos azules y la figura erguida y robusta, familiares para Magdalen gracias al retrato, acudieron a su memoria cuando el sobrino siguió al tío y ocupó su sitio en la mesa. Magdalen no estaba preparada para aquel súbito renacer de los recuerdos del hogar perdido. Perdió la compostura al intentar ocultar el efecto que aquella impresión le producía y cometió, por primera vez desde que había entrado en la casa, un error en el servicio de la mesa.

Una original reprimenda del almirante, mitad en serio, mitad en broma, le dio tiempo para recobrar la serenidad. Se arriesgó a mirar a George Bartram una segunda vez. En esta ocasión, el efecto que causó en ella despertó de inmediato la curiosidad de Magdalen. El ceño y la actitud del joven delataban claramente una gran preocupación. Miraba el plato con mayor frecuencia que al almirante; sin embargo, a Magdalen no la miró en absoluto (salvo para echar una ojeada a la nueva camarera cuando el almirante se la señaló). Era obvio que sus pensamientos estaban turbados por la incertidumbre y un gran peso estorbaba su natural desenvoltura. ¿Qué incertidumbre? ¿Qué peso? ¿Surgiría alguna revelación paulatinamente en el curso de la conversación durante la cena?

No. Unos platos sucedieron a otros y no se produjo ningún tipo de revelación íntima. La conversación se desenvolvía con interrupciones entre asuntos públicos por un lado e insignificantes temas personales por el otro. La política, interior y exterior, se turnó con la pequeña historia doméstica de St. Crux; los líderes de la revolución que habían expulsado a Luis Felipe del trono de Francia marcharon codo con codo en la revista de la cena con el viejo Mazey y los perros. El postre llegó a la mesa, el viejo lobo de mar entró en el comedor, hizo su brindis de lealtad, presentó sus

respetos al «señorito George» y salió. Magdalen le siguió de camino a las dependencias de la servidumbre sin haber oído nada en toda la conversación que tuviera la menor importancia para el progreso de su proyecto. Se esforzó por no desanimarse y aguardar con esperanza el día siguiente. Difícilmente hablarían de nuevo de la revolución francesa y de los perros.

Tenía tiempo; el tiempo podía hacer milagros, y ella tenía todo el tiempo del mundo.

A solas para la sobremesa y el vino, tío y sobrino acercaron sus butacones a ambos lados de la chimenea y, en ausencia de Magdalen, iniciaron la conversación que a ella tanto le hubiera interesado oír.

—¿Clarete, George? —dijo el almirante, empujando la botella hacia el otro lado de la mesa—. Pareces abatido.

—Estoy un poco preocupado, señor —respondió George, dejando el vaso vacío y mirando fijamente el fuego.

—Me alegro de oírlo —replicó el almirante—. Te aseguro que yo estoy más que preocupado. ¡Estamos a últimos de marzo y no has hecho nada! El plazo se te acaba el tres de mayo y ahí estás tú, sentado como si aún te quedaran años para decidirte.

George sonrió y se sirvió más vino con gesto resignado.

—¿Debo entender, señor, que hablaba en serio sobre lo que me dijo en noviembre? —preguntó—. ¿Está usted resuelto a imponerme esa incomprensible condición?

—Yo no la encuentro incomprensible —dijo el almirante con irritación.

—¿No, señor? Voy a heredar todos sus bienes sin otra condición, como usted ha estipulado generosamente desde el principio; pero no podré tocar ni un solo penique de la fortuna que le dejó el pobre Noel, a menos que me case en un determinado plazo. La casa y las tierras serán mías (gracias a su bondad), cualesquiera que sean las circunstancias; pero el dinero con el que podría mejorar ambas cosas me será negado de manera arbitraria si no soy un hombre casado el tres de mayo. ¡Puede que esté lastimosamente privado de inteligencia, pero jamás había oído hablar de un proceder más incomprensible!

—¡Nada de responder y gruñir a tus mayores, George! Di lo que tengas que decir. ¡No entendemos los sarcasmos en la Marina de Su Majestad!

—No es mi intención ofenderle, señor, pero creo que no ha sido justo conmigo dejándome pasmado con este cambio de actitud, enteramente opuesto a su carácter por lo que yo sé; y luego, cuando lógicamente le pido una explicación, da media vuelta fríamente y me deja a oscuras. Si usted y Noel llegaron a algún acuerdo secreto antes de que él redactara su testamento, ¿por qué no me lo dice? ¿Por qué crear entre nosotros un misterio innecesario?

—¡No me engañarás, George! —exclamó el almirante, tamborileando furiosamente sobre la mesa con el cascanueces—. Intentas sonsacarme con impertinencias, ¡pero no voy a dejarme! Pondré las condiciones que me plazcan y no responderé de ellas ante nadie a menos que lo desee. Ya es bastante malo que sobre mis desdichados hombros hayan recaído preocupaciones y responsabilidades que nunca pedí (olvídate de esas preocupaciones, no son tuyas sino mías) para que me interroguen y me vuelvan a interrogar como si fuera testigo en un juicio. ¡Menudo es éste! —apostrofó el almirante con viva irritación, dirigiéndose a los perros que estaban tumbados sobre la alfombra de la chimenea a falta de un público mejor—. ¡Menudo es éste! Le piden que se sirva a su gusto de dos cosas extraordinariamente cómodas (una fortuna y una esposa); se le dan seis meses para conseguir la esposa (en la Marina tendríamos que haberla encontrado, con todas sus pertenencias, en seis días); tiene, que yo sepa, una docena de hermosas jóvenes a su disposición en diferentes partes del país; ¿y qué hace él? ¡Permanece de brazos cruzados mes tras mes, deja que las jóvenes languidezcan en la flor de la edad, y fastidia a su tío preguntándole el porqué! Compadezco a las desventuradas mujeres. En mis tiempos los hombres tenían sangre en las venas, y en gran cantidad. Ahora son máquinas.

—Sólo puedo repetir, señor, que lamento haberle ofendido —dijo George.

—¡Bah, bah! No es necesario que me mires con esa languidez si tanto lo lamentas —replicó el almirante—. Dedícate a tu vino y te perdonaré. A tu salud, George. Me alegro de verte de nuevo en St. Cruz. ¡Fíjate en esa bandeja de esponjosos bizcochos! La cocinera los ha preparado en tu honor. No podemos herir sus sentimientos, pero tampoco estropear el vino. ¡Tomad! —El almirante arrojó cuatro bizcochos en rápida sucesión a las gargantas complacientes de los perros—. Lo siento, George —prosiguió el anciano caballero con expresión grave—. Siento de verdad que no le hayas echado el ojo a una de esas hermosas jóvenes. No sabes la pérdida que supondrá para ti, no sabes la inquietud y la mortificación que me causas con esta indecisión tuya.

—Si me permitiera usted que me explicara, señor, tendría una opinión muy diferente de mí. Estoy dispuesto a casarme mañana mismo si la dama me acepta.

—¡Qué diablos! Así que le has echado el ojo a una dama al fin y al cabo. En el nombre del Cielo, ¿por qué no me lo habías dicho antes? No importa, te lo perdono todo ahora que sé que le has echado el guante a una esposa. Vuelve a llenarte el vaso. Un vaso lleno para brindar a su salud. ¿Quién es, por cierto?

—Se lo diré en seguida, almirante. Cuando hemos empezado esta conversación le he dicho que estaba un poco preocupado...

—No figura entre mi docena de hermosas jóvenes. ¡Aja, señorito George, se lo veo en la cara! ¿Por qué estás preocupado?

—Temo que desaprobará usted mi elección, señor.

—¡No te andes por las ramas! ¿Cómo diablos voy a decir si la apruebo o no si no quieres decirme quién es?

—Es la hija mayor de Andrew Vanstone, de Combe-Raven.

—¡¡¿Quién?!!

—La señorita Vanstone, señor.

El almirante dejó el vaso sin probar el vino.

—Tenías razón, George —dijo—. No apruebo tu elección, la desapruebo totalmente.

—¿Es a la desgracia de su nacimiento a lo que pone usted reparos, señor?

—¡Dios me libre! La desgracia de su nacimiento no es culpa suya, pobre. Sabes tan bien como yo, George, a qué le pongo reparos.

—¿A su hermana?

—¡Por supuesto! El hombre más liberal del mundo le pondría reparos, creo yo.

—Es injusto que la señorita Vanstone tenga que sufrir por los errores de su hermana.

—¿Errores los llamas tú? George, tienes una memoria muy selectiva cuando te interesa.

—Llámelos crímenes si lo desea, señor. Vuelvo a decirle que es injusto con la señorita Vanstone. La vida de la señorita Vanstone es irreprochable. Desde el principio ha soportado su triste suerte con una paciencia, una dulzura y un valor tales como no hubiera demostrado una entre mil mujeres en su lugar. Pregúntele a la señorita Garth, que la conoce desde la infancia. Pregúntele a la señora Tyrrel, que bendice el día en que ella entró en su casa...

—¡Pregúntaselo al palo de la escoba! Perdóname, George, pero acabas con la paciencia de un santo. Mi buen muchacho, no niego las virtudes de la señorita Vanstone. Admito, si tú quieres, que es la mejor mujer que se haya puesto jamás unas enaguas. Ésa no es la cuestión...

—Discúlpeme, almirante, ésa es precisamente la cuestión si ha de ser mi esposa.

—Escúchame, George. Míralo desde mi punto de vista. ¿Qué hizo tu primo Noel? Tu primo Noel fue víctima, el pobre, de una de las conspiraciones más ruines de las que he oído hablar, y la principal instigadora de esa conspiración fue la detestable hermana de la señorita Vanstone. Ella lo engañó de la manera más infame y, en cuanto consiguió un bonito legado en su testamento, tenía el veneno preparado para quitarle la vida. Ésa es la verdad. Lo sabemos por la señora Lecount, que encontró el frasco guardado bajo llave en su propio dormitorio. Si te casas con la señorita Vanstone, esa miserable se convertirá en tu cuñada. Pasará a ser un miembro de nuestra familia. La deshonra de lo que ha hecho y de lo que aún podría hacer (y estando como está poseída por el Diablo, no sabemos a qué extremos podría llegar) se convierte en nuestra propia deshonra. Dios mío, George, ¡piensa bien en la posición

en que te colocas! Piensa en lo que significaría ser el cuñado de esa mujer.

—Ha expuesto usted su lado de la cuestión, almirante —dijo George con tono decidido—; ahora déjeme exponer el mío. Una señorita, a la que conozco en circunstancias muy interesantes, produce cierto efecto sobre mí. No me precipito de cabeza incitado por esa impresión, como hubiera hecho siendo unos años más joven; espero y la pongo a prueba. Cada vez que veo a esa señorita, la impresión se refuerza: su belleza es más grande a mis ojos, su carácter me gusta más y más. Cuando estoy lejos de ella estoy inquieto e insatisfecho; cuando estoy con ella soy el hombre más feliz del mundo. Todo lo que me cuentan sobre su conducta los que mejor la conocen me confirma la elevada opinión que me he formado. El único inconveniente que descubro está motivado por una desgracia de la que ella no es responsable; la de tener una hermana totalmente indigna de ella. ¿Destruye este descubrimiento (desagradable, lo reconozco) todas aquellas buenas cualidades de la señorita Vanstone por las que la amo y la admiro? Nada de eso, sólo consigue hacer, en comparación, que aprecie más aún sus cualidades. Si ha de haber un inconveniente contra el que luchar (y cómo puede ser de otra forma en este mundo), prefiero que ese inconveniente se refiera a la hermana de mi mujer y no a mi mujer. La hermana de mi mujer no es esencial para mi felicidad, pero mi mujer sí. En mi opinión, señor, la señora de Noel Vanstone ha causado ya suficiente daño; no veo la necesidad de dejar que cause más privándome de una buena esposa. Correcto o equivocado, éste es mi punto de vista. No deseo molestarle más con cuestiones sentimentales. Sólo deseo añadir que tengo edad suficiente para saber lo que quiero y que estoy decidido. Si mi matrimonio es vital para la ejecución de sus intenciones en mi favor, sólo hay una mujer en el mundo con la que pueda casarme; esa mujer es la señorita Vanstone.

Era inútil oponerse a esta rotunda afirmación. El almirante Bartram se levantó de su asiento sin decir nada y se paseó de un lado a otro, con gran inquietud.

La situación era en verdad grave. La muerte de la señora Girdlestone había hecho fracasar ya uno de los objetivos considerados en el fideicomiso secreto. Si llegaba el tres de mayo y George seguía siendo soltero, el segundo (y último) de los objetivos habría fracasado a su vez. En poco más de una quincena, a más tardar, tenían que publicarse las amonestaciones en la iglesia de Ossory o no se cumpliría el plazo de una de las estipulaciones en las que insistía el fideicomiso. Pese a que el almirante era terco por naturaleza y pese a las firmes objeciones que sentía con respecto a la alianza proyectada por su sobrino, empezó a echarse atrás mientras paseaba por la estancia y se enfrentaba a los hechos desde cada extremo, pues al mirar a George a la cara veía que éstos seguían inamovibles.

—¿Te has prometido con la señorita Vanstone? —preguntó de repente.

—No, señor —respondió George—. He creído que tenía la obligación de hablar primero con usted por la bondad que siempre me ha mostrado.

—Muy agradecido, te lo aseguro. Y has ido aplazando lo de hablar conmigo hasta el último momento, como haces con todo lo demás. ¿Crees que la señorita Vanstone te aceptará cuando se lo pidas?

George vaciló.

—¡Que el diablo se lleve tu modestia! —gritó el almirante—. Éste no es momento para la modestia, es el momento de hablar claro. ¿Te aceptará, sí o no?

—Creo que sí, señor.

El almirante soltó una carcajada sardónica y dio otra vuelta por la habitación. De pronto se detuvo, se metió las manos en los bolsillos y se quedó parado en un rincón, sumido en hondas reflexiones. Tras unos cuantos minutos, su expresión se animó un tanto, iluminada por una nueva idea. Volvió con paso vivo junto a George y posó la mano bondadosamente sobre el hombro de su sobrino.

—Estás equivocado, George —dijo—, pero ahora ya es demasiado tarde para enmendar tu error. El dieciséis del mes próximo tienen que correr las amonestaciones en la iglesia de Ossory o perderás el dinero. ¿Le has explicado a la señorita Vanstone en qué situación estás? ¿O también eso lo has aplazado hasta el último momento como todo lo demás?

—La situación es tan extraordinaria, señor, y podría conducir a tal tergiversación de mis motivos, que no he querido mencionarla. Ni siquiera sé cómo explicárselo.

—Prueba contándoselo a sus allegados. Hazles saber que es una cuestión de dinero, y ellos vencerán sus escrúpulos, si tú no puedes. Pero no es eso lo que quería decirte. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí esta vez?

—Había pensado quedarme unos días y luego...

—Y luego volver a Londres y pedir su mano, supongo. ¿Tendrías bastante con una semana para probar suerte con la señorita Vanstone?, una semana de la quincena que te queda aún.

—Me quedaré aquí una semana con sumo gusto, almirante, si usted lo desea.

—No lo deseo. Quiero que recojas tus cosas y te vayas mañana.

George miró a su tío boquiabierto.

—Has encontrado unas cartas esperándote cuando has llegado —prosiguió el almirante—. ¿Era de mi viejo amigo, sir Franklin Brock, una de esas cartas?

—Sí, señor.

—¿Era una invitación para ir a la Grange?

—Sí, señor.

—¿Para ir de inmediato?

—De inmediato, si me era posible.

—Muy bien. Quiero que te sea posible. Quiero que te vayas a la Grange mañana.

George volvió a mirar el fuego y suspiró con impaciencia.

—Ahora le comprendo, almirante —dijo—. Está usted completamente

equivocado conmigo. No conseguiré hacer vacilar mi afecto por la señorita Vanstone de esa manera.

El almirante Bartram reanudó su paseo por la habitación como si se hallara en el alcázar de su navío.

—Amor con amor se paga, George —dijo el anciano caballero—. Si yo estoy dispuesto a hacer concesiones por mi parte, lo menos que puedes hacer es responder con concesiones por tu parte.

—No lo niego, señor.

—Muy bien. Ahora escucha mi propuesta. Escúchame con imparcialidad, George, es el derecho de todo hombre. Seré absolutamente justo. No pretendo negar que tú crees con gran sinceridad que la señorita Vanstone es la única mujer en el mundo que puede hacerte feliz. Eso no lo pongo en duda. Lo que pongo en duda es si realmente sabes lo que sientes tan bien como tú crees. No puedes negarme, George, que hasta hoy has estado enamorado de una buena cantidad de mujeres, entre ellas, la señorita Brock. Sin ir más lejos, el año pasado por estas fechas había un secreto entendimiento entre esa señorita y tú, por un decir. ¡Y bien que hacías! La señorita Brock es una de esa docena de jóvenes que he mencionado con nuestro primer vaso de vino.

—Confunde usted un frívolo coqueteo con un cariño sincero, señor —dijo George—. Está usted completamente equivocado, de verdad que lo está.

—Es muy probable. No pretendo ser infalible; eso se lo dejo a los jóvenes. Pero da la casualidad, George, de que te conozco desde que no medías más que mi viejo telescopio, y quiero poner a prueba ese cariño sincero del que hablas. Si puedes demostrarme que estás entregado a la señorita Vanstone en cuerpo y alma como tú supones, tendré que ceder por fuerza y guardarme mis objeciones para mí solo. Pero primero tendrás que convencerme. Vete a la Grange mañana y quédate allí una semana disfrutando de la compañía de la señorita Brock. Dale a esa encantadora joven la oportunidad de encender la vieja llama, y luego vuelve a St. Crux y hazme saber el resultado. Si me dices, con toda honradez, que tu cariño por la señorita Vanstone sigue inalterable, habrás oído mis últimas objeciones a partir de ese momento. Aunque persistan mis dudas, no diré ni haré nada en contra de tus deseos. Ésta es mi propuesta. Puede que a tus ojos no sea más que la locura de un viejo, pero el viejo no te molestará mucho más, George, y cuando tengas hijos propios, podría ser agradable recordar que le seguiste la corriente en sus últimos días.

El almirante se acercó a la chimenea al decir estas palabras y posó una vez más la mano sobre el hombro de su sobrino. George se la cogió y la apretó afectuosamente. Su tío había sido un padre para él en el mejor y más cariñoso sentido de la palabra.

—Haré lo que me pide, señor —dijo—, si es lo que de verdad desea; pero debo decirle que el experimento será absolutamente inútil. De todas maneras, si prefiere que pase una semana en la Grange a que la pase aquí, a la Grange iré.

—Gracias, George —dijo el almirante con franqueza—. No esperaba menos de ti, y no me has decepcionado. —«Si la señorita Brock no nos saca de este embrollo —pensó el anciano caballero volviendo a su asiento junto a la mesa—, ¡es que el veleta de mi sobrino ha sentado realmente la cabeza!»—. Daremos la cuestión por zanjada esta noche, George —continuó en voz alta—, y buscaremos otro tema de conversación. Estas preocupaciones familiares no mejoran el sabor de mi viejo clarete. Quédate la botella. ¿Qué hay últimamente en los teatros de Londres? En mis tiempos, en la Marina siempre frecuentábamos el teatro. Solía gustarnos una buena tragedia para empezar y un baile de marineros para animarnos al final del espectáculo.

Durante el resto de la velada la charla fluyó por los cauces habituales. El almirante Bartram sólo volvió al tema prohibido cuando su sobrino y él se desearon las buenas noches.

—¿No te olvidarás de lo de mañana, George?

—Por supuesto que no, señor. Me iré después del desayuno; conduciré yo mismo el coche de dos ruedas.

Antes del mediodía del día siguiente, el señor George Bartram había abandonado la casa y la última oportunidad de Magdalen se esfumaba con él.

CAPÍTULO IV

Cuando, el día de la partida de George Bartram, sonó en St. Crux, a la hora acostumbrada, la campanilla de la comida para los criados, se observó que el asiento de la nueva camarera estaba vacío. Enviaron a una de las criadas a su dormitorio para hacer averiguaciones, y ésta regresó con la información de que «Louisa» se sentía un poco débil y que rogaba que excusaran su presencia. Se invocó entonces la autoridad superior del ama de llaves. La señora Drake subió arriba inmediatamente para cerciorarse de la verdad por sí misma. Su primera mirada inquisitiva la convenció de que la indisposición de la camarera, fuera cual fuese la causa, no era fingida por pereza o malhumor. La camarera rechazó los remedios que le ofrecía el ama de llaves y se limitó a pedir permiso para probar la eficacia de un paseo al aire libre.

—Estaba acostumbrada a hacer más ejercicio del que hago aquí —explicó—. ¿Podría salir al jardín y probar qué tal me sienta un poco de aire fresco?

—Desde luego. ¿Podrás pasear sola o te envío a alguien para que te acompañe?

—Iré sola, si le parece, señora.

—Muy bien. Ponte el chal y el sombrero, y cuando salgas quédate en el jardín del ala este. Algunas veces el almirante pasea por el jardín del ala norte y podría sorprenderse si te viera allí. Ven a mi habitación cuando hayas hecho ejercicio y tomado el aire y veremos qué tal estás.

Minutos después, Magdalen se hallaba en el jardín del ala este. Lucía el sol en el cielo despejado, pero la fría sombra de la casa caía sobre la tapia del jardín y enfriaba el aire del mediodía. Magdalen caminó hacia las ruinas del antiguo monasterio, situado en el lado sur de la hilera de edificios más modernos. Allí había espacios abiertos y solitarios para respirar libremente, allí el pálido sol de marzo se filtraba por entre las aberturas que dejaban la desolación y la ruina y la tentaban con la reconfortante promesa de la primavera.

Subió tres o cuatro escalones de piedra hendida y se sentó en unos restos ruinosos a pleno sol. El lugar que había elegido era en otro tiempo la entrada a la iglesia. En siglos pretéritos, por allí transcurría un continuo desfile de pecados y sufrimientos humanos, día tras día, en dirección al confesionario, más allá de donde ella estaba sentada. De todas las desventuradas mujeres que habían hollado aquellas viejas piedras en época antigua, ninguna era tan desventurada como la mujer cuyos pies descansaban ahora sobre ellas.

Las manos de Magdalen temblaban cuando las colocó a los costados para sostenerse sobre el asiento de piedra. Las puso sobre el regazo y también temblaron. Las sostuvo en alto y las miró con perplejidad; temblaban mientras las miraba. «¡Como una vieja!», dijo débilmente, y volvió a dejarlas caer a los lados.

Esa mañana, por primera vez, se había visto obligada a admitir el cruel

descubrimiento de que sus fuerzas empezaban a flaquear en el momento en que más confianza había depositado en ellas, cuando más las necesitaba. Había recibido la sorpresa de la inesperada partida del señor Bartram como si se tratara de una conmoción producida por la más horrible calamidad que hubiera podido acontecer. Aquel freno a sus esperanzas —que en otro tiempo hubiera servido tan sólo para reavivar su capacidad de resistencia y redoblar sus esfuerzos— causó en ella un terror tan asfixiante, la dejó postrada con una desesperación tan absoluta como si se hubiera producido el desastre culminante de su expulsión de St. Crux. Sólo un aviso podía interpretarse de un cambio así. En el espacio de tiempo de poco más de un año había acumulado las devastadoras y debilitadoras emociones de toda una vida. Los dones, la salud y la fuerza que tan pródigamente le había otorgado la Naturaleza empezaban a agotarse al fin tras ser maltratados con impunidad durante tanto tiempo.

Magdalen alzó la vista hacia el lejano y desvaído azul del cielo. Oyó los trinos gozosos de los pájaros entre la hiedra que cubría las ruinas. ¡Oh, la fría distancia de los cielos! ¡Oh, la despiadada alegría de los pájaros! ¡Oh, el horror solitario de hallarse allí sentada, sintiéndose vieja, débil y consumida en plena juventud! Se levantó con un último esfuerzo de la voluntad e intentó dominar el ataque de histeria que pugnaba por estallar en su pecho moviéndose y mirando lo que la rodeaba. Magdalen caminó de un lado a otro bajo el sol, cada vez más deprisa. El ejercicio la ayudó a través de la fatiga. Reprimió desesperadamente las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos. Luchó contra el dolor que se aferraba a ella, y se libró de sus zarpas. Poco a poco, empezó a tener de nuevo la cabeza despejada; el miedo desesperado a sí misma empezó a ser menos vivido y real en sus pensamientos. Aún quedaban reservas de juventud y fortaleza en ella; había un alma, gravemente herida, pero aún no estaba vencida.

Poco a poco extendió los límites de su paseo; poco a poco recobró el uso de su poder de observación.

Los restos del monasterio no estaban tan ruinosos en su extremo oeste como los del este. En algunos lugares, donde aún se hallaban en pie los gruesos muros antiguos, se habían llevado a cabo reparaciones en otro tiempo. Se habían tendido toscos tejados de tejas rojas sobre cuatro de las antiguas celdas, se habían añadido puertas de madera, y las viejas celdas monásticas se habían convertido en cobertizos para guardar los muchos trastos viejos de St. Crux. Las puertas no tenían candados. Magdalen sólo tenía que abrirlas para que entrara la luz del sol sobre los despojos. Resolvió investigar los cobertizos uno por uno, no por curiosidad ni con la idea de hacer descubrimiento alguno: su único objetivo era matar el tiempo y evitar que los pensamientos que tanto la molestaban volvieran a aparecer.

El primer cobertizo que abrió contenía las herramientas del jardinero, grandes y pequeñas. El segundo estaba lleno de trozos de muebles, marcos comidos por la

carcoma, vasos rotos, cajas sin tapa y libros a los que se había arrancado la encuadernación. Cuando, tras echar una ojeada indiferente, Magdalen se volvió para salir, su pie tropezó con alguna cosa en el suelo que tintineó contra un fragmento de porcelana rota. Magdalen se agachó y descubrió que el objeto que tintineaba era una llave oxidada.

Magdalen recogió la llave y la miró. Salió de nuevo al aire con la llave en la mano y reflexionó. Seguramente había más llaves viejas y oxidadas que personas. ¿Y si recogía todas las que encontrara y las probaba todas, una tras otra, en los cajones de gabinetes y armaritos que estaban siempre cerrados para ella? ¿Existía alguna posibilidad de que una de ellas encajara para justificar aquel riesgo? Si las cerraduras de St. Crux eran tan anticuadas como los muebles, si no tenían sutilezas de moderna invención, sin duda existía una posibilidad. ¿Quién podía decir si la llave misma que tenía en la mano no era el duplicado perdido de una de las llaves del manajo del almirante? Careciendo de otros medios para hallar el camino hacia su objetivo, valía la pena correr el riesgo. Una chispa del viejo espíritu centelleó en sus ojos cansados cuando dio media vuelta y entró de nuevo en el cobertizo.

Media hora más tarde había llegado al límite de tiempo que podía aventurarse a permanecer al aire libre. En ese intervalo, había registrado todos los cobertizos y había encontrado cinco llaves más. «¡Cinco oportunidades más!», pensó, mientras escondía las llaves y regresaba apresuradamente a la casa.

Tras ir a ver al ama de llaves a su habitación, subió a su dormitorio para quitarse el chal y el sombrero y aprovechó la oportunidad para guardar allí su botín hasta la noche. Las llaves tenían una gruesa capa de polvo y orín, pero no se atrevió a limpiarlas hasta que llegara la hora de acostarse y estuviera libre de las miradas curiosas de las criadas, en la soledad de su dormitorio.

Cuando durante la hora de la cena se encontró frente al almirante, como de costumbre, advirtió de inmediato un cambio en él. Por primera vez desde que lo conocía, el anciano caballero estaba callado y triste. Comió menos de lo habitual y apenas le dijo cinco palabras juntas desde el principio de la comida hasta el fin. Era evidente que sus pensamientos estaban ocupados a su pesar por algún desagradable tema de reflexión. Durante la velada, Magdalen se preguntó de vez en cuando y con creciente perplejidad cuál podía ser ese tema.

Por fin las perezosas horas llegaron a su fin; era el momento de acostarse. Antes de dormir, Magdalen limpió todas las llaves de impurezas y puso aceite en las muescas para que entraran suavemente en las cerraduras. La última dificultad que quedaba por resolver era la de elegir el momento en que podía probar su experimento con el menor riesgo de ser interrumpida y descubierta. Sólo le quedaba esperar y dejarse guiar por los acontecimientos del día siguiente.

Por la mañana, los acontecimientos justificaron por primera vez en St. Crux la

confianza que había depositado en ellos. ¡Por la mañana, la única dificultad que la tenía perpleja desapareció de repente gracias al almirante en persona! Toda la casa se sorprendió cuando el almirante anunció durante el desayuno que había dispuesto lo necesario para marcharse a Londres al cabo de una hora, que pasaría la noche en la ciudad y que volvería a St. Crux al día siguiente a tiempo para cenar. No dio más explicaciones al ama de llaves ni a nadie más, pero era fácil ver que la razón de su viaje a Londres tenía suma importancia para él. Engulló el desayuno con prisas y aguardó con impaciencia el carruaje antes de que éste se detuviera ante la puerta.

La experiencia había enseñado a Magdalen a ser cauta. Esperó un poco después de la partida del almirante Bartram antes de arriesgarse a probar el experimento con las llaves. Hizo bien. La señora Drake aprovechó la ausencia del almirante para revisar el estado de las habitaciones del primer piso. El resultado de su investigación no la satisfizo en absoluto, escobas y plumeros se aplicaron al trabajo y mientras duró la luz del día, no dejaron de entrar y salir criadas de las habitaciones.

Pasó la tarde y la oportunidad que aguardaba Magdalen no se presentó. Llegó de nuevo la hora de acostarse. Magdalen se vio en la disyuntiva de confiar en las dudosas posibilidades de la mañana siguiente o de probar audazmente las llaves en medio de la noche. En otros tiempos hubiera hecho su elección sin vacilar. Ahora vaciló, pero aún la sostenían los restos de su antiguo arrojo, y decidió probar de noche.

En St. Crux se acostaban temprano. Sería suficiente con que esperara en su dormitorio hasta las once y media. A esa hora bajó la escalera a hurtadillas con las llaves en el bolsillo y la bujía en la mano.

Al pasar por la entrada del corredor del segundo piso se detuvo y escuchó. No se oían ronquidos ni débil arrastrar de pies al otro lado del biombo. Se asomó y miró con desconfianza. El corredor de piedra estaba desierto y la cama baja con ruedas estaba vacía. Magdalen había visto con sus propios ojos al viejo Mazey dirigirse a los pisos superiores con una bujía en la mano, de eso hacía más de una hora. ¿Había aprovechado la ausencia de su amo para disfrutar del desacostumbrado placer de dormir en una habitación? Acababa de ocurrírsele esta idea cuando llegó a sus oídos un ruido desde el otro extremo del corredor. Magdalen avanzó hacia allí sigilosamente y oyó tras la puerta del último y más alejado de los dormitorios los fuertes ronquidos del veterano marino. Este descubrimiento resultaba sorprendente por más de un motivo. Aumentaba el impenetrable misterio de la cama con ruedas, pues demostraba a las claras que el viejo Mazey no tenía una incivilizada preferencia por pasar la noche en el corredor; dormía de aquella forma tan extraña e incómoda única y exclusivamente por el almirante.

No era el momento indicado para detenerse a pensar en lo que esta conclusión podía sugerir. Magdalen volvió sobre sus pasos por el corredor y bajó hasta el primer

piso. Dejó atrás las habitaciones más cercanas y probó primero en la biblioteca. En la escalera y los corredores un miedo indecible había acelerado su pulso, pero la sensación de seguridad volvió cuando se encontró entre las cuatro paredes de la habitación y cerró la puerta al silencio fantasmal del corredor.

Probó primero la cerradura del cajón de la mesa. Ninguna de las llaves encajaba en ella. A continuación probó con el bargueño. ¿Fracasaría el segundo intento como el primero?

¡No! Una de las llaves encajaba. Tras hurgar un poco con paciencia, una de las llaves dio la vuelta a la cerradura. Magdalen examinó el interior con avidez. Había unos estantes arriba y un largo cajón debajo. Los estantes estaban llenos de ejemplares de minerales curiosos, pulcramente etiquetados y ordenados. El cajón se dividía en compartimentos. Dos de ellos contenían papeles. En el primero no descubrió más que una colección de facturas con sus recibos. En el segundo halló un montón de documentos, pero la letra, amarilleada por el tiempo, bastó para que comprendiera que el fideicomiso no estaba allí. Después de cerrar las puertas del bargueño con cierta dificultad, siguió probando llaves en los armaritos de las estanterías antes de proseguir sus investigaciones en el resto de los cuartos.

Los armaritos de las estanterías se resistieron a sus esfuerzos, igual que los cajones y armaritos de todas las demás habitaciones. Una tras otra, Magdalen probó pacientemente todas las cerraduras. Fue inútil. La posibilidad que le había ofrecido el bargueño de la biblioteca había sido la primera y la última.

Volvió a su dormitorio sin ver nada más que su propia sombra deslizándose ni oír nada más que sus propios pasos furtivos en el silencio de la medianoche. Tras guardar mecánicamente las llaves donde antes las había escondido, miró su cama y le dio la espalda con un escalofrío. El recuerdo de lo que había sufrido aquella mañana durante su paseo por el jardín seguía vividamente grabado en su cerebro. «Otra posibilidad que pruebo —pensó—, ¡y otra ocasión perdida! Me hundiré si pienso en ello, y pensaré en ello si me acuesto y me quedo despierta en la oscuridad.» Magdalen había llevado consigo un costurero a St. Crux como una de las pequeñas cosas que era deseable poseer en su papel de sirvienta; lo abrió ahora para aplicarse a la labor con resolución. Su falta de destreza con la aguja la ayudó en su objetivo obligándola a concentrarse en la tarea y alejando los pensamientos sobre los dos asuntos que ahora más temía: el futuro y ella misma.

Al día siguiente regresó el almirante tal como había previsto. Su visita a Londres no había mejorado su estado de ánimo. La sombra de una duda insuperable seguía entristeciendo su expresión; su lengua infatigable permaneció extrañamente quieta mientras Magdalen le servía su solitaria cena. Por la noche, los ronquidos volvieron a resonar con fuerza al otro lado del biombo; el viejo Mazey había vuelto a la incómoda cama con ruedas.

Pasaron tres días más. Llegó el mes de abril. El segundo día del mes, regresando tan inesperadamente como se había ido hacía una semana, el señor George Bartram reapareció en St. Crux.

Llegó a primera hora de la tarde y mantuvo una conversación con su tío en la biblioteca. Finalizada la entrevista, abandonó de nuevo la casa y el mozo de cuadra le llevó a la estación a tiempo de coger el último tren para Londres. Durante el camino, el mozo advirtió que «el señor George parecía más contento que otra cosa al abandonar St. Crux». También observó que, a su regreso, el almirante echaba pestes de su sobrino por haber agotado a los caballos, señal ésta de mal genio por parte de su amo que según él no tenía precedentes desde que le conocía. Magdalen había padecido de forma similar la irascibilidad del anciano con respecto a su trabajo. El almirante se había mostrado descontento con todo lo que hizo Magdalen en el comedor y había encontrado motivo de queja en todos los platos, uno tras otro, desde el caldo de cordero al queso tostado.

Los dos días siguientes transcurrieron según la rutina acostumbrada. Al tercero se produjo un incidente. Fue algo tan irrelevante en apariencia como que sonara la campanilla del salón. En realidad, fue el presagio de una catástrofe inminente, el terrible heraldo del fin.

Era tarea de Magdalen responder a la llamada de la campanilla. Llamó a la puerta del salón como de costumbre. No hubo respuesta. Tras llamar de nuevo con idéntico resultado, se aventuró a entrar en la habitación y al instante recibió en la cara una corriente de aire frío. La pesada puerta corredera del otro extremo estaba abierta y la atmósfera ártica de Hielahuesos se filtraba libremente en el salón vacío.

Magdalen aguardó cerca de la puerta, dudando sobre lo que debía hacer. Sin duda era la campanilla del salón la que había sonado y no otra. Aguardó mirando a través de la puerta abierta hacia la vastedad del salón de banquetes desmantelado.

Una breve reflexión la persuadió de que sería mejor volver abajo y esperar a que volviera a sonar la campanilla. Cuando se volvía para abandonar la habitación, miró hacia atrás por casualidad, y en ese preciso momento vio que se abría la puerta en el extremo opuesto del salón de banquetes, la puerta que conducía a la primera de las habitaciones del ala este. Salió por ella un hombre alto que llevaba gabán y sombrero y que se dirigió rápidamente hacia el salón. Sus andares lo traicionaron cuando aún se hallaba a medio camino. Magdalen reconoció al almirante.

Él pareció no sólo irritado, sino también sorprendido al encontrar a su camarera esperándole en el salón, e inquirió con tono áspero y suspicaz qué hacía allí. Magdalen respondió que había acudido al sonar la campanilla. La expresión del almirante se suavizó un poco al oír la explicación.

—Sí, sí, claro —dijo—. He llamado y luego lo he olvidado. —Deslizó la puerta corredera hasta cerrarla mientras hablaba—. Carbón —dijo con impaciencia,

señalando el cubo vacío del carbón—. He llamado para pedir carbón.

Magdalen volvió a la planta baja. Comunicó la orden del almirante a la criada cuyo principal deber consistía en ocuparse de los fuegos y regresó a la despensa. Tras cerrar la puerta suavemente, se sentó para reflexionar a solas.

En el salón había tenido la impresión —impresión que perduraba— de que había sorprendido accidentalmente al almirante Bartram en una visita a las habitaciones del ala este que, por alguna razón conocida sólo por él, deseaba mantener en secreto. Obsesionada de noche y de día por la idea que dominaba todos sus actos y pensamientos, Magdalen salvó todas las dificultades lógicas de un salto y asoció de inmediato la sospecha de una secreta acción por parte del almirante con la sospecha similar que apuntaba hacia él como depositario del fideicomiso secreto. Hasta entonces, había creído firmemente que el almirante guardaba todos sus documentos importantes en alguna de la serie de habitaciones que habitaba en aquel momento. ¿Por qué no podía guardar algunos de ellos en otras habitaciones?, se preguntó ahora, recelando de la conclusión que hasta entonces le había parecido satisfactoria. El recuerdo de las llaves escondidas aún en su dormitorio hizo que aquel nuevo punto de vista le pareciera aún más razonable. Con una excepción poco importante, aquellas llaves no le habían servido en las habitaciones del ala norte de la casa. ¿No servirían para los bargueños y armaritos del ala este, que aún no había intentado abrir ni había pensado hacerlo? Valía la pena intentarlo si existía una posibilidad, por pequeña que fuera, de obtener mayor provecho de las llaves del que había obtenido hasta entonces. Si existía una posibilidad, aunque fuera remota, de que el fideicomiso estuviera escondido en alguno de los muebles con cerradura del ala este, tenía que ponerla a prueba. ¿Cuándo? La respuesta la dictó su propia experiencia. A la hora en que no hubiera ojos curiosos ni hubiera de temer accidentes. Cuando la casa estuviera silenciosa en medio de la noche.

Conocía demasiado bien su propia personalidad alterada y temía la influencia depresiva de una demora. Decidió correr el riesgo, temerariamente, esa misma noche.

Magdalen cometió más errores cuando sirvió la cena. Las críticas del almirante por su modo de servir la mesa fueron más severas que nunca, pero las palabras más duras no le causaban el menor dolor; en realidad apenas le oía, no pensaba en otra cosa más que en la prueba que se avecinaba. Las horas, que habían discurrido lentamente la noche de su primer experimento con las llaves, pasaron ahora con rapidez. Cuando llegó la hora de acostarse, la pilló por sorpresa.

En esta ocasión, Magdalen aguardó más tiempo. El almirante se hallaba en casa, podía cambiar de opinión y bajar de nuevo al primer piso después de haber subido a su dormitorio, podía haber olvidado algo en la biblioteca y quizá bajar a buscarlo. Dieron las doce en el reloj del corredor de los criados antes de que se arriesgara a salir de su dormitorio con las llaves de nuevo en el bolsillo y la bujía en la mano.

En el primer tramo de escaleras en el que puso el pie con gran vacilación, la asaltó de repente un indecible miedo a los peligros desconocidos. Se detuvo, razonando consigo misma. No se había echado atrás ante ningún sacrificio, no se había dejado dominar por el miedo al llevar a cabo la estratagema mediante la que había conseguido entrar en St. Crux y, ahora, cuando había vencido pacientemente la larga serie de dificultades iniciales, vacilaba. «No retrocedí ante nada para llegar hasta aquí —se dijo—. ¿Qué locura es esta que me hace retroceder ahora?»

Su pulso se aceleró con aquella idea y la vergüenza le dio ánimos para seguir. Bajó por las escaleras del tercero al segundo piso, y del segundo al primero, desconfiando de la cercanía de su dormitorio, por si se le ocurría arrepentirse. Un minuto después había llegado al final del corredor, había cruzado el vestíbulo y había entrado en el salón. Sólo cuando puso la mano en el pesado pomo de cobre amarillo de la puerta corredera, sólo en ese momento antes de abrir esa puerta, hizo una pausa para recobrar el aliento. El salón de banquetes se hallaba al otro lado del tabique de madera contra el que se apoyaba; su exaltada imaginación notaba ya el frío sepulcral rodeándola.

Corrió la puerta unos centímetros y se detuvo, momentáneamente alarmada. Cuando el almirante la había cerrado en su presencia ese mismo día, ella no había oído ningún ruido. Cuando el viejo Mazey la había abierto para mostrarle las habitaciones del ala este, ella no había oído ningún ruido. Ahora, en el silencio de la noche, notaba por primera vez que la puerta hacía un ruido sordo, parecido al de una ráfaga de viento.

Magdalen se recobró y empujó más la puerta metiéndola hasta la mitad en el hueco de la pared destinado a recibirla. Cruzó el umbral audazmente y se enfrentó con la visión nocturna del salón de banquetes.

La luna aparecía por el lado sur de la casa. Sus pálidos rayos se filtraban por las ventanas más cercanas, formando largas franjas de luz oblicua sobre el suelo de mármol. Las negras sombras de los frontones entre ventana y ventana, alternaban con esas franjas y acentuaban el débil reverbero del resplandor lunar sobre el suelo. Hacia el otro lado, el salón se diluía misteriosamente en la oscuridad. El techo era invisible. La profunda chimenea, la repisa saliente, la larga hilera de escenas de batallas colgadas por encima de ella, todo se lo había tragado la noche. Sólo se distinguía un objeto, además de las ventanas resplandecientes y el suelo listado por la claridad lunar. En medio de la última y más lejana franja de luz, se alzaba el trípode con sus delgadas patas negras, como un monstruo que la luna hubiera devuelto a la vida, un monstruo que se alzaba desde la luz para fundirse con las sombras del salón. En todas partes los sonidos habían muerto, ahogados en el frío estancado. La tranquilizadora quietud de la noche era espantosa. Los profundos abismos de oscuridad ocultaban abismos de silencio aún más inconmensurables.

Magdalen se quedó inmóvil en la puerta, forzó la vista y aguzó el oído. Miraba esperando ver aparecer algo que se moviera, escuchaba esperando oír algún ruido, y miró y escuchó en vano. Sentía escalofríos continuos. ¿Escalofríos de miedo o de frío? Con aquella duda recobró su resuelta voluntad. «¡Ahora o nunca! —pensó—. Contaré las franjas de luz tres veces y cruzaré el salón.»

—Una, dos, tres, cuatro, cinco. Una, dos, tres, cuatro, cinco. Una, dos, tres, cuatro, cinco.

Cuando el último número salió de sus labios por tercera vez, Magdalen atravesó el salón. Sin mirar ni escuchar nada, sosteniendo la bujía con una mano y la otra cogida maquinalmente a los pliegues de su vestido, de prisa recorrió como un fantasma aquel espectral lugar en toda su longitud. Llegó a la puerta de la primera de las habitaciones del ala este, la abrió y entró en ella corriendo. El súbito alivio de haber llegado a un refugio, la súbita entrada en una nueva atmósfera, la abrumaron momentáneamente. Tuvo el tiempo justo de dejar la bujía a salvo sobre una mesa antes de desplomarse, mareada y sin aliento, en la silla más cercana.

Poco a poco notó que el descanso la tranquilizaba. Al cabo de unos minutos fue consciente del triunfo que suponía haber conseguido llegar al ala este. Al cabo de unos minutos, se sintió con fuerzas para levantarse, sacar las llaves del bolsillo e inspeccionar las inmediaciones.

Los primeros muebles que llamaron su atención fueron un antiguo escritorio de roble tallado y una pesada mesa de marquetería con un bargueño incorporado. Probó primero el escritorio: parecía, de los dos, el más probable para guardar papeles. Tres de las llaves tenían el tamaño adecuado para la cerradura, pero ninguna de ellas alcanzó a girar. El escritorio era inexpugnable. Magdalen se alejó de él e hizo una pausa para despabilar la mecha de la bujía antes de probar con el bargueño de marquetería.

En el momento en que extendía la mano hacia la bujía, un sonido estremeció de terror la quietud del salón de banquetes, un sonido débil y fugaz, como el de una distante ráfaga de viento.

La puerta corredera del salón se había movido.

¿Hacia dónde? ¿Había empujado la puerta una mano desconocida para acabar de abrirla... o había vuelto a cerrarla? El pavor a que un agente desconocido la dejara encerrada allí, impidiéndole volver a la parte habitada de la casa, fue mayor que el terror a asomar la cabeza al salón de banquetes. Desesperadamente se dirigió a la puerta de la habitación.

La puerta se había cerrado sola después de que ella entrara, pero Magdalen volvió a abrirla con facilidad, y miró.

La visión con que tropezaron sus ojos la dejó clavada en el suelo, presa del pánico.

Cerca de la primera ventana a contar desde el salón del ala norte, bañada por el resplandor lunar, vio una figura solitaria. La figura permanecía inmóvil, surgida de la franja de luz del suelo más alejada de Magdalen. Desapareció de pronto, mientras ella la miraba. Un instante después volvía a verla en la segunda franja de luz, la perdía de nuevo, la veía en la tercera franja, volvía a perderla, y la veía en la cuarta. Poco a poco avanzó, ora perdida misteriosamente en las sombras, ora súbitamente visible a la luz, hasta llegar a la quinta franja de luz de luna, la más cercana a Magdalen. Ahí se detuvo y se desvió poco a poco hacia el centro del salón. Se detuvo de nuevo al llegar al trípode, estremeciéndose de forma audible en medio del silencio, con ambas manos sobre las cenizas apagadas como si hubiera fuego para calentárselas. La figura volvió sobre sus pasos, avanzó por la senda de luz, se detuvo junto a la quinta ventana, se desvió de nuevo y se acercó silenciosamente a través de las sombras al lugar exacto en que se encontraba Magdalen.

Magdalen se quedó sin habla, sin voluntad. Todos sus sentidos menos el de la vista estaban paralizados. Su vista —fuertemente sujeta por las cadenas de su propio terror— miraba inmutable hacia delante. Magdalen se hallaba en el umbral de la puerta, cerrando el paso a la figura que avanzaba hacia ella entre las sombras.

La figura se acercó.

Las cadenas del terror que la sujetaban se partieron en mil pedazos cuando la figura llegó al alcance de su mano. Magdalen retrocedió. La luz de la bujía dio de lleno en el rostro de la figura, mostrándole... al almirante Bartram.

Iba envuelto en una larga bata gris. Tenía la cabeza descubierta y los pies descalzos. En la mano izquierda llevaba su pequeña cesta de llaves. El almirante pasó junto a ella despacio, moviendo los labios sin cesar y con los ojos muy abiertos y fijos, con la vidriosa mirada de la muerte. Aquellos ojos revelaron la verdad a Magdalen. Era sonámbulo.

El terror de verle de aquella manera no podía compararse al que había sentido al posar la vista sobre la aparición espectral en el salón bajo la luz de la luna. Esta vez Magdalen pudo dominarse, pudo sondear la profundidad de su propio miedo.

El almirante pasó junto a ella y se detuvo en el centro de la habitación. Magdalen se acercó a él para oír lo que murmuraba para sí. Se aventuró aún más cerca y oyó el nombre de su difunto marido brotando claramente de los labios del sonámbulo.

—¡Noel! —decía, con el tono bajo y monótono del que anda en sueños—. ¡Mi buen Noel, llévatela! Me angustia día y noche. No sé dónde puede estar a salvo. No sé dónde guardarla. ¡Llévatela, Noel, llévatela!

Mientras pronunciaba estas palabras, caminó hacia el bargueño de marquetería. Se sentó en la silla que había frente a él y buscó una llave entre las del cesto. Magdalen lo siguió sigilosamente y se colocó detrás de la silla esperando con la bujía en la mano. El almirante encontró la llave y abrió el bargueño. Abrió después un

cajón, el segundo de una hilera, sin dudarle un instante. El único contenido del cajón era una carta doblada. El almirante la sacó y la colocó ante él sobre la mesa.

—¡Llévatela, Noel! —repitió, mecánicamente—. ¡Llévatela!

Magdalen miró por encima de su hombro y leyó las siguientes líneas, escritas con la letra de su marido, sobre la parte superior de la carta: «Para guardar en su poder y ser abierta sólo por usted el día de mi fallecimiento. Noel Vanstone». Vio las palabras claramente, con el nombre y la dirección del almirante escritos debajo.

¡El fideicomiso al alcance de su mano! ¡El fideicomiso hallado por fin en su escondite!

Magdalen dio un paso hacia delante con la intención de esquivar la silla con sigilo y arrebatarse la carta de la mesa. En el instante en que se movió, el almirante cogió la carta, cerró el bargueño, se levantó, dio media vuelta y se plantó frente a ella.

Guiada por un primer impulso, Magdalen extendió la mano hacia la carta que el almirante sostenía en el aire. La luz amarillenta de la bujía le daba de lleno. La espantosa muerte en vida de su rostro, el misterio del cuerpo dormido, moviéndose para obedecer inconscientemente a la mente que soñaba, la intimidaron; la mano le tembló y la dejó caer de nuevo al costado.

El almirante devolvió a la cesta la llave del bargueño y cruzó la habitación en dirección al escritorio, con la cesta en una mano y la carta en la otra. Magdalen volvió a dejar la bujía sobre la mesa y lo contempló. El sonámbulo abrió el escritorio del mismo modo que antes había abierto el bargueño. Una vez más, Magdalen extendió la mano y una vez más retrocedió ante el misterio y el terror del sueño del almirante, que metió la carta en un cajón en el fondo del escritorio y volvió a cerrar la pesada tapa de roble.

—Sí —dijo—. Está más segura ahí, como tú dices, Noel. Está más segura ahí. —Ésas fueron sus palabras. Así, de vez en cuando, sus palabras le traicionaban, revelando al hombre muerto que vivía y hablaba de nuevo en el sueño.

¿Había cerrado con llave el escritorio? Magdalen no había oído dar la vuelta a la llave. Cuando el almirante se alejó caminando de nuevo hacia el centro de la habitación, Magdalen intentó abrir la tapa. Estaba cerrada con llave. Hecho esto, se dio la vuelta para ver qué hacía el sonámbulo: estaba saliendo de la habitación con la cesta de llaves en la mano. Cuando los ojos de Magdalen se posaron sobre él, cruzaba el umbral de la puerta.

Una inescrutable fascinación se adueñó de ella, una misteriosa atracción hizo que lo siguiera a su pesar. Cogió la bujía y siguió al almirante como una autómatas, como si también ella fuera sonámbula. Una detrás del otro, avanzando lentamente y sin ruido, atravesaron el salón de banquetes. Una detrás del otro pasaron por el salón, caminaron por el corredor y subieron por las escaleras. Magdalen le siguió hasta su dormitorio. Una vez allí, entró y cerró la puerta con suavidad. Ella se detuvo y miró

la cama baja con ruedas. La habían apartado un poco de la puerta por el lado de los pies. ¿Quién la había movido? Magdalen acercó la bujía y miró hacia la almohada con súbita curiosidad y recelo.

La cama con ruedas estaba vacía.

Este descubrimiento la sobresaltó sólo un momento. Pese a la lógica de las conclusiones que podían deducirse de aquel hecho, Magdalen no llegó a deducirlas. Su espíritu recobraba lentamente el uso de sus facultades mentales, afectado aún por las impresiones más profundas que había experimentado hacía un momento. Siguió al almirante al interior de su dormitorio como antes lo había seguido por el salón de banquetes.

¿Había vuelto a acostarse? ¿Dormía aún? Magdalen escuchó junto a la puerta. No se oía el menor sonido en el interior del cuarto. Probó a abrir la puerta y, viendo que no la habían cerrado, la abrió con suavidad unos centímetros para escuchar de nuevo. Los altibajos de la respiración profunda y regular del almirante llegaron inmediatamente a sus oídos. Aún dormía.

Magdalen entró en la habitación y se acercó a la cama donde vio al almirante, haciendo pantalla con la mano para tapar la bujía. El sueño del sonámbulo había pasado; el anciano se había sumido ahora en un sueño profundo y pacífico; sus labios estaban inmóviles, su mano yacía sobre el cubrecama en absoluto reposo. Tenía el rostro vuelto hacia el lado derecho de la cama. Ahí tenía una mesita al alcance de la mano. Cuatro objetos había sobre ella: la bujía, las cerillas, la limonada que solía beber todas las noches y su cesta de llaves.

La idea de apoderarse de las llaves aquella noche (si se le presentaba una oportunidad cuando el almirante no tuviera la cesta en las manos) había cruzado sus pensamientos por primera vez al verlo entrar en su dormitorio. La había abandonado, de momento, con la sorpresa de descubrir que la cama con ruedas estaba vacía. La recuperó en el instante en que la mesita atrajo su atención. Era inútil perder tiempo en buscar una llave entre las otras, no estaba familiarizada con ella y no podría identificarla fácilmente. Cogió, pues, todas las llaves con su cesta y cerró la puerta sin ruido cuando salió de la habitación.

La cama con ruedas volvió a atraer su interés al encontrarla en su camino y le obligó a pensar en ella. Tras una breve reflexión, empujó el pie de la cama hasta su posición habitual, atravesada contra la puerta. Tanto si el veterano marino se hallaba en la casa como si no, podía regresar al puesto del que había desertado en cualquier momento. Si veía que la cama no estaba en su lugar habitual podía sospechar que ocurría algo raro, podía despertar a su amo y podía descubrirse que faltaban las llaves.

No ocurrió nada cuando bajó por las escaleras; no ocurrió nada cuando avanzó por el corredor. La casa estaba tan silenciosa y solitaria como siempre. Atravesó el

salón de banquetes, esta vez sin vacilar; los acontecimientos de la noche habían reforzado su ánimo contra terrores imaginarios. «¡Ya es mía!», susurró para sí en un incontenible estallido de júbilo cuando entró en la primera de las habitaciones del ala este y depositó la bujía sobre el viejo escritorio.

Aun entonces, su paciencia hubo de ponerse nuevamente a prueba. Pasaron unos minutos, que parecieron horas, antes de que diera con la correspondiente llave y alzara la tapa del escritorio. ¡Por fin abrió el cajón interior! ¡Por fin tenía la carta en la mano!

La carta había sido sellada en su momento, pero el sello estaba roto. Magdalen la abrió de inmediato para cerciorarse de que se hallaba efectivamente en posesión del fideicomiso antes de abandonar la habitación. Lo primero que apareció ante sus ojos fue el final de la carta. Terminaba al principio de la tercera hoja y la firmaba Noel Vanstone. Bajo ese nombre había el siguiente añadido con la letra del almirante:

Recibí esta carta al mismo tiempo que el testamento de mi amigo, Noel Vanstone. En caso de que yo muera sin dejar otras instrucciones al respecto, ruego a mi sobrino y a mis albaceas que comprendan que me considero absolutamente obligado a cumplir lo que se me pide en este documento.

ARTHUR EVERARD BARTRAM

Magdalen no leyó estas líneas. Se limitó a observar que no estaban escritas con la letra de Noel Vanstone y, pasándolas por alto porque carecían de importancia para sus fines, volvió las hojas de la carta y concentró toda su atención en las frases que iniciaban la primera página.

Esto es lo que leyó:

Querido almirante Bartram:

Cuando abra usted mi testamento (en el que se le nombra mi único albacea), descubrirá que también le he nombrado a usted heredero universal de todos mis bienes tras el pago de un legado de cinco mil libras. El propósito de esta carta es comunicarle confidencialmente el objetivo con el que he depositado mi fortuna en sus manos.

Le ruego que tome nota de que es mi intención que entregue este gran legado...

Hasta ahí había llegado con curiosidad e interés, conteniendo el aliento; entonces perdió la concentración. Algo —estaba demasiado absorta en la lectura para saber qué— se había interpuesto entre la carta y ella. ¿Era un nuevo sonido en el salón de banquetes? Miró por encima del hombro hacia la puerta que quedaba a su espalda y

escuchó. No oyó nada, no vio nada. Volvió a enfrascarse en la carta. La letra era apretada. Su impaciencia por leer más le jugó una mala pasada y no encontró el punto donde la había dejado. Sus ojos, atraídos por un borrón, se posaron sobre una frase posterior a la que había dejado inconclusa. Las primeras tres palabras que vio captaron de nuevo su atención; eran las primeras palabras que veía en la carta referidas a George Bartram. Excitada por este hallazgo, continuó leyendo ávidamente antes de hacer un segundo intento por recuperar el punto perdido:

Si su sobrino no cumple estas condiciones, es decir, si siendo soltero o viudo en el momento de mi fallecimiento, no se casa siguiendo al pie de la letra mis instrucciones dentro de los seis meses civiles siguientes, es mi deseo que no reciba...

Había leído hasta esa palabra, hasta esa palabra y no más, cuando una mano llegó por detrás de ella, interponiéndose entre la carta y sus ojos, y la agarró por la muñeca con fuerza.

Magdalen se dio la vuelta con un chillido de terror y se encontró cara a cara con el viejo Mazey.

El veterano marino tenía los ojos inyectados en sangre, su mano era robusta, llevaba torcidas las zapatillas a rayas y su cuerpo se balanceaba de un lado a otro, apoyado en las piernas bien abiertas. Si aquella noche hubiera puesto a prueba su estado mediante el infalible criterio de su barco en miniatura, la sentencia habría sido inevitablemente la habitual: «Otra vez borracho, Mazey, otra vez borracho».

—¡Tú, joven Jezabel! —dijo el viejo lobo de mar, con una mirada maliciosa en un lado del rostro y ceñudo en el otro—. La próxima vez que te des un paseíto nocturno por los alrededores de Hielahuesos, utiliza primero esos penetrantes ojos que tienes y asegúrate de que no hay nadie más paseándose por el jardín. ¡Suelta eso, Jezabel, suéltalo!

Sujetando fuertemente el brazo de Magdalen con una mano, le arrebató la carta con la otra, la metió de nuevo en el cajón abierto y cerró el escritorio. Magdalen no se resistió, no dijo nada. Había perdido toda su energía, su poder de resistencia estaba agotado. Los terrores de aquella horrible noche, encadenados unos a otros en una ininterrumpida sucesión de conmociones, habían conseguido por fin que se derrumbara. Se rindió con una sumisión y tembló con un desvalimiento como si fuera la mujer más débil del mundo.

El viejo Mazey le soltó el brazo y señaló con solemnidad ebria una silla en un rincón de la habitación. Magdalen se sentó sin pronunciar una sola palabra. El veterano (que resollaba con fuerza) se apoyó con ambos codos en la tapa oblicua del escritorio y desde esta posición de mando se dirigió a Magdalen una vez más.

—¡Ven, que voy a encerrarte! —dijo, meneando la venerable cabeza con

severidad judicial—. Mañana por la mañana habrá una comisión investigadora, y yo soy testigo, ¡mala suerte!, yo soy testigo. Has cometido un robo, mala pécora, eso es lo que has hecho. Las llaves de su señoría el almirante, robadas; el escritorio de su señoría el almirante, saqueado; y las cartas personales de su señoría el almirante, abiertas. ¡Robo! ¡Robo! ¡Ven, que voy a encerrarte! —Se irguió lentamente con la ayuda de ambas manos, asistido por la sólida resistencia del escritorio, e inició un lacrimoso soliloquio—. ¿Quién lo hubiera pensado? —dijo el viejo Mazey paternalmente, con los ojos llorosos—. Si la miras por fuera, es recta como un álamo; mírala por dentro, y es tan retorcida como el pecado. Y tan buena moza que es. ¡Qué lástima!, ¡qué lástima!

—¡No me haga daño! —dijo Magdalen con un hilo de voz cuando el viejo Mazey — se acercó tambaleándose y volvió a agarrarla por la muñeca—. Estoy asustada, señor Mazey, estoy horriblemente asustada.

—¿Daño? —repitió el veterano marino—. Demasiado apego te tengo para hacerte daño, ¡qué vergüenza, a mi edad! ¿Si te suelto la muñeca caminarás delante de mí, donde yo pueda verte? ¿Serás una buena chica y caminarás derecha hasta tu dormitorio?

Magdalen prometió lo que le pedía con el sincero anhelo de refugiarse en su habitación. Se levantó e intentó coger la bujía del escritorio, pero la astuta mano del viejo Mazey fue más rápida.

—Deja ahí la bujía —dijo el veterano, olvidando por un momento su posición de responsabilidad para guiñarle un ojo—. Tienes las piernas un poco más veloces que yo, querida, y podrías dejarme en la oscuridad si no llevo yo la luz.

Regresaron a la parte habitada de la casa. Tambaleándose detrás de Magdalen, con la cesta de llaves en una mano y la bujía en la otra, el viejo Mazey comparó, pesaroso, la figura de la muchacha con la rectitud del álamo y su carácter con la sinuosidad del pecado durante todo el camino de vuelta a través de Hielahuesos y por las escaleras hasta su dormitorio. Llegados a su destino, se negó tajantemente a darle la bujía hasta haberla visto a buen recaudo dentro de la habitación. Cuando se cumplió esta condición, entregó la vela con una mano y con un rápido movimiento de la otra sacó la llave de la cerradura por la parte interior y cerró la puerta. Magdalen le oyó reír entre dientes felicitándose por su destreza, y oyó cómo metía la llave en la cerradura con infinita dificultad. Por fin consiguió cerrar con un profundo gruñido de alivio.

—¡Ahí está bien segura! —oyó Magdalen que decía volviendo a su apesadumbrado soliloquio—. Una buena moza como he visto pocas. ¡Qué lástima!, ¡qué lástima!

Los últimos sonidos de su voz se apagaron en la distancia y Magdalen se quedó sola en su habitación.

El viejo Mazey bajó al corredor del segundo piso, donde quedaba siempre una luz encendida durante la noche, cogiéndose fuerte a la barandilla. Se dirigió a la cama baja con ruedas y, apoyándose en la pared opuesta, la contempló con atención. La prolongada contemplación del lugar donde pasaba la noche no pareció contentarle. Sacudió la cabeza ominosamente y, sacando unas viejas zapatillas remendadas del bolsillo de su gabán, las examinó con aire de duda infinita.

—No doy en el blanco esta noche —masculló—. Estoy hecho un lío, eso es lo que pasa, estoy hecho un lío.

Daba la casualidad de que las viejas zapatillas remendadas y la confusión del veterano marino se asociaban íntimamente en una relación causa efecto. Las zapatillas pertenecían al almirante, que se había encaprichado irracionalmente, como en tantas otras cosas, de aquel par en particular, y que seguía insistiendo en llevarlas pese a que hacía ya tiempo que habían quedado fuera de servicio. A primera hora de la tarde, el viejo Mazey había llevado las zapatillas al remendón de la aldea para que las arreglara al momento y tenerlas preparadas cuando su amo las pidiera a la mañana siguiente. El viejo lobo de mar se había quedado supervisando el trabajo hasta la caída de la tarde y luego el zapatero y él se fueron a la posada de la aldea para beber a la salud de cada uno antes de despedirse. Esta ceremonia social se había prolongado hasta bien entrada la noche y, como consecuencia natural, se habían separado en un estado de total embriaguez por ambas partes.

Si la borrachera no hubiera tenido más resultado que aquel paseo por los jardines de St. Crux durante el cual el viejo Mazey había visto luz en las ventanas del ala este, sin duda a la mañana siguiente la habría recordado como uno de los logros más dignos de encomio de toda su vida. Pero de ella se había derivado otra consecuencia que el viejo lobo de mar veía ahora de manera borrosa a causa del estado de desconcierto en que el alcohol había dejado su cerebro. Había cometido una falta de disciplina y de confianza. En pocas palabras, había desertado de su puesto.

La única salvaguarda que protegía al almirante Bartram de su propia tendencia constitucional al sonambulismo era la guardia que mantenía su viejo y fiel sirviente ante la puerta. De nada habían servido las súplicas para que el almirante se sometiera a la precaución habitual en casos como el suyo. El almirante se negaba tajantemente a que lo encerraran en su habitación; se negaba incluso a admitir su tendencia a andar dormido siempre que tenía algún sueño perturbador. Una y otra vez se había despertado el viejo Mazey a causa de los repetidos intentos del anciano por apartar la cama con ruedas o pasar por encima de ella estando dormido, y una y otra vez el amo se había negado a creer al veterano marino cuando éste le había informado por la mañana. Estos incidentes del pasado acudieron confusamente a la memoria del viejo lobo de mar mientras miraba la puerta del dormitorio con expresión de alélada

sorpresa, obligándole a plantearse la seria pregunta de si el almirante había abandonado su habitación aquella noche. Si por desgracia había padecido un ataque de sonambulismo, las zapatillas que el viejo Mazey tenía en la mano apuntaban directamente a la conclusión de que su amo debía de haberse paseado descalzo y en la fría noche por las escaleras y corredores de piedra de St. Crux.

—¡Quiera Dios que no se haya movido! —musitó el viejo Mazey, sobrecogido por la mera idea, a pesar de su audacia y de que estaba borracho—. ¡Si su señoría ha estado paseando esta noche, será su muerte!

Obligado por una fuerza mayor, constante en su fidelidad perruna hacia el almirante, ya que no en otra cosa, el viejo Mazey se esforzó por sacudirse de encima el embotamiento causado por la bebida. Examinó la cama con la mirada más clara y la cabeza más despejada. La precaución tomada por Magdalen de volverla a poner en su posición habitual la presentaba necesariamente a los ojos del viejo Mazey como una cama que no había sido desplazada en ningún momento. A continuación examinó la colcha. No vio el más leve vestigio de las hendiduras que habrían dejado necesariamente unos pies si hubieran pasado por encima de ella. Ante él tenía pruebas evidentes, las únicas que podían reconocer sus desconcertados ojos, de que el almirante no se había movido de la habitación.

—¡Mañana haré la promesa de no volver a beber! —masculló el viejo Mazey en un arranque de agradecido alivio. En seguida los vapores etílicos volvieron a envolver insidiosamente su cerebro y el veterano marino retomó su acostumbrado remedio y se paseó por el corredor en zigzag haciendo guardia sobre la cubierta de un barco imaginario.

Poco después de la salida del sol, Magdalen oyó de repente el ruido de la llave en la cerradura. La puerta se abrió y el viejo Mazey reapareció en el umbral. Tras varias horas, la fiebre de la embriaguez se había enfriado hasta convertirse en un leve rubor penitente. Resollaba con más fuerza que nunca en una sucesión de roncós gruñidos y meneaba la venerable cabeza sin cesar, pensando en sus propias faltas.

—¿Qué tal estás ahora, mi joven tiburón terrestre con enaguas? —preguntó el viejo marino—. ¿Te ha dejado dormir tu conciencia?

—No he dormido —dijo Magdalen, y se apartó de él, pues temía lo que pudiera hacerle—. No recuerdo lo que ocurrió después de que usted cerrara la puerta. Creo que debí de desmayarme. ¡No me asuste otra vez, señor Mazey! Me siento terriblemente débil y enferma. ¿Qué quiere?

—Quiero decirte algo muy serio —respondió el viejo Mazey con inescrutable solemnidad—. Hace más de una hora que estoy pensando en venir aquí y soltarlo todo. Fíjate en lo que te digo, jovencita. Voy a deshonrarme a mí mismo.

Magdalen retrocedió más y más mirándolo con alarma creciente.

—Sé cuál es mi deber hacia su señoría el almirante —prosiguió el viejo Mazezy, señalando tristemente con la mano en dirección al dormitorio de su amo—. Pero por mucho que lo intente, no tengo valor para prestar testimonio contra ti, mala pécora. Me gustaron tus formas (sobre todo la cintura) desde que entraste en esta casa y no puedo evitar que sigan gustándome, aunque hayas cometido un robo y aunque seas más retorcida que el pecado. He mirado con indulgencia a las buenas mozas que se han cruzado en mi vida, y es demasiado tarde ahora para mirarlas con severidad. Tengo setenta y siete o setenta y ocho años, no lo sé bien. Soy un viejo casco abollado con las junturas abiertas y las bombas atascadas, y las aguas de la Muerte entran a toda presión. Soy un miserable pecador como cualquiera de los que encontrara por estos lares, con la excepción de Thomas Nagle, el zapatero remendón, que es peor que yo, porque es el más joven de los dos y debería ser más sensato. Pero en resumidas cuentas, la cuestión es que me iré a la tumba mirando con indulgencia a las buenas mozas. ¡Una vergüenza, joven Jezabel, una verdadera vergüenza!

A su pesar, los ingobernables ojos del veterano marino volvieron a lanzar destellos de malicia mientras concluía su arenga; las últimas reservas de austeridad abandonaron su rostro y se atrincheraron, consternadas alrededor de las comisuras de la boca. Magdalen volvió a acercarse a él e intentó hablar. Con solemnidad, el viejo Mazezy le indicó que se alejara moviendo de nuevo tristemente la mano.

—¡Nada de engatusarme con palabras! —dijo el viejo Mazezy—. Ya soy bastante malo sin necesidad de eso. Tengo el deber de informar a su señoría el almirante y lo haré. Pero si quieres escabullirte antes de que informe del robo y de que empiece la comisión de investigación, cometeré la deshonra de dejarte marchar. Hoy es día de mercado en Ossory y Dawkes se irá hasta allí en carro dentro de un cuarto de hora. Dawkes te llevará si se lo pido. Sé cuál es mi deber: mi deber es encerrarte bajo llave y ver a Dawkes en el Infierno antes que pedirle que te lleve. Pero no tengo valor para ser duro con una buena moza como tú. Se lleva en la sangre y no se puede arrancar de la piel. ¡Una vergüenza, te digo, una auténtica vergüenza!

Esta propuesta, ofrecida de forma tan extraña y repentina, cogió a Magdalen totalmente por sorpresa. Los acontecimientos de la víspera la habían trastornado hasta el punto de no ser capaz de decidir nada en tan breve plazo.

—Es usted muy bueno conmigo, señor Mazezy —dijo—. ¿Podría quedarme un minuto a solas para pensarlo?

—Sí —respondió el viejo lobo de mar. Dio media vuelta en el acto y salió de la habitación. «Todas son iguales —prosiguió el viejo Mazezy, pensando aún en el sexo opuesto—. Les ofrezcas lo que les ofrezcas, siempre quieren algo más. Altas y bajas, nativas y extranjeras, novias y esposas, ¡todas son iguales!»

Una vez a solas, Magdalen tomó su decisión con menos dificultad de lo que había previsto.

Si se quedaba en la casa, sólo tenía dos caminos ante sí: acusar al viejo Mazey de hablar bajo los efectos de una alucinación de borracho o someterse a las circunstancias. Aunque el viejo marino era culpable de su derrota cuando acariciaba ya el triunfo, la consideración que le había mostrado hacía imposible la idea de defenderse a su costa, aun suponiendo, lo que era altamente improbable, que esa defensa fuera creída. Del segundo de los dos casos (el sometimiento a las circunstancias), no cabía esperar más que un resultado: el despido inmediato, y quizá el desenmascaramiento. ¿Qué ganaría ella arrojando semejante humillación, abandonando la casa públicamente deshonrada a los ojos de las criadas que la habían detestado y habían recelado de ella desde el principio? El accidente que había arrebatado literalmente el fideicomiso de sus manos era irreparable. La única compensación aparente de aquel desastre, en otras palabras, el descubrimiento de que el fideicomiso existía en realidad y de que el matrimonio de George Bartram en un determinado plazo de tiempo era uno de sus contenidos, tenía un valor que sólo podría medirse cuando lo sometiera a la experiencia del señor Loscombe. Cuantos motivos podían ocurrírsele, la instaban a abandonar la casa clandestinamente mientras tuviera esa oportunidad. Se asomó al corredor y llamó al señor Mazey en voz baja.

—Acepto su oferta con agradecimiento, señor Mazey —le dijo—. No imagina usted hasta qué punto fue dura la medida que tomó conmigo al arrancarme aquella carta de la mano. Pero cumplía usted con su deber, y le agradezco que me salve esta mañana, por duro que fuera conmigo anoche. No soy tan mala como usted cree, se lo aseguro.

El viejo Mazey desechó el tema volviendo a agitar con tristeza la mano.

—¡Dejémoslo! —dijo el veterano marino—. ¡Dejémoslo! No tiene importancia para un viejo granuja como yo, muchacha. Aunque fueras cincuenta veces peor de lo que eres, te dejaría marchar. Ponte el chal y el sombrero y ven conmigo. Soy una vergüenza para mí mismo y una advertencia para los demás, eso es lo que soy. ¡Nada de equipaje, ojo! Deja aquí todos tus trapos para que los registren, si es necesario, a discreción de su señoría el almirante. Con tu equipaje puedo ser duro, joven Jezabel, ya que no lo soy contigo.

El viejo Mazey abandonó la habitación seguido de Magdalen. «Cuanto menos la vea, mejor, sobre todo la cintura», se dijo, mientras bajaba cojeando y apoyándose en la barandilla.

El carro se hallaba en el patio de atrás cuando llegaron a la planta baja; Dawkes (que era el criado del administrador de la granja) ajustaba en aquel momento la última hebilla del arnés del caballo. La blanca escarcha era aún visible en la penumbra y las gotas centelleaban sobre el largo pelaje de *Brutus* y *Cassius*, que vagaban por el patio, echando vaho por la boca y moviendo lentamente el rabo a la

espera de que partiese el carro. El viejo Mazey se acercó a Dawkes solo y ejerció su influencia sobre el criado, que, mirándola con imperturbable asombro, colocó un cojín de cuero sobre el asiento del carro para su compañera de viaje. Magdalen aguardó, aterida de frío, mientras se completaban los preparativos para la partida, sin reparar en nada más que en la vertiginosa confusión de sus pensamientos y la impotente paralización de sus emociones. Los acontecimientos de la noche se entremezclaban de un modo espantoso con las triviales circunstancias que se desarrollaban ante sus ojos en el patio. Magdalen se sobresaltó, con el mismo y súbito terror de la noche, cuando el viejo Mazey fue en su busca. Tembló con la misma desamparada confusión de la noche cuando el veterano marino posó su indulgente mirada sobre ella por última vez y le dio un beso en la mejilla al despedirse. Inmediatamente, notó que la ayudaba a subir al carro y que le daba una palmada en la espalda. En seguida le oyó decirle en un susurro confidencial que, sentada o de pie, seguía siendo recta como un álamo. Después hubo una pausa en la que no se dijo ni se hizo nada, y luego el conductor del carro tomó las riendas y se encaramó a su sitio.

Magdalen se reanimó en el momento de la partida y miró hacia atrás. Lo último que vio de St. Crux fue al viejo Mazey meneando la cabeza en el patio con sus compañeros de disipación, los perros, siguiendo sus movimientos con el rabo. Las últimas palabras que oyó fueron las que dijo el viejo lobo de mar para rendir su tributo de despedida a los encantos de Magdalen.

—Con robo o sin él —dijo el viejo Mazey—, es una buena moza como hay pocas. ¡Qué pena!, ¡qué pena!

Fin de la Séptima Escena

ENTREACTO

Desarrollo de la historia a través del correo

I

De George Bartram al Almirante Bartram

Londres, 3 de abril de 1848

Mi querido tío:

Unas breves líneas para informarle de un obstáculo temporal que ninguno de los dos había previsto cuando nos despedimos en St. Crux. Mientras desperdiciaba los últimos días de la semana en la Grange, los Tyrrel debían estar haciendo los preparativos para abandonar Londres. Acabo de volver de Portland Place. La casa está cerrada y la familia (incluyendo a la señorita Vanstone, por supuesto) abandonó ayer Inglaterra para pasar la temporada en París.

Por favor, no se deje inquietar por este pequeño revés inicial. Carece totalmente de importancia. Tengo la dirección del lugar en el que viven los Tyrrel y me dispongo a cruzar el Canal con el barco correo de esta noche. Hallaré mi oportunidad en París de la misma forma que la hubiera hallado en Londres. No la dejaré pasar, se lo prometo. Por una vez en la vida, cogí la ocasión por los pelos con tanta fuerza como si fuera el hombre más impetuoso de Inglaterra; en cuanto sepa el resultado, puede contar con que también usted lo sabrá.

Un saludo afectuoso de,

GEORGE BARTRAM

II

De George Bartram a la Señorita Garth

París, 13 de abril

Querida señorita Garth:

Acabo de escribir a mi tío con el corazón acongojado y creo que debo escribirle a usted en atención al amable interés que ha demostrado por mí.

Estoy seguro de que lamentará mi decepción cuando le diga con la mayor brevedad y claridad posibles que la señorita Vanstone me ha rechazado.

Puede que mi vanidad me engañara lastimosamente, pero confieso que esperaba una respuesta muy distinta. Puede que mi vanidad siga engañándome, pues le confieso, en confianza, que creo que la señorita Vanstone me rechazó con pesar. La razón que me dio para su decisión, que sin duda ella considera suficiente, a mí no me lo pareció entonces ni me lo parece ahora. Me habló del modo más dulce y amable, pero declaró con firmeza que «sus desgracias familiares» no le dejaban más alternativa honorable que pensar en mis propios intereses, ya que yo no lo hacía, y rechazar mi propuesta, aunque llena de agradecimiento.

La vi en tan tremenda agitación que no osé defender mi causa como hubiera hecho en otras circunstancias. A mi primer intento por abordar la cuestión personal, me suplicó que tuviera piedad de ella y bruscamente abandonó la habitación. Sigo ignorando si debo interpretar que esas «desgracias familiares» que se han interpuesto entre nosotros se refieren a la desgracia de la que sólo a sus padres se puede culpar o a la de tener una hermana como la señora de Noel Vanstone. Sea cual sea la circunstancia que se haya constituido en obstáculo, de ninguna manera lo es para mí. ¿No habrá nada que lo venza? ¿No hay esperanzas? Perdóneme por hacerle estas preguntas. No soporto esta amarga decepción. Ni ella, ni usted, nadie más que yo sabe hasta qué punto la amo.

Le saluda atentamente,

GEORGE BARTRAM

P. D. Partiré en dirección a Inglaterra dentro de uno o dos días y pasaré por Londres de camino a St. Crux. Existen razones familiares relacionadas con el odioso asunto del dinero que me hacen esperar la entrevista con mi tío con nulo entusiasmo. Si me escribe a Long's Hotel, su carta no hallará dificultad en encontrarme.

III

De la Señorita Garth a George Bartram

Westmoreland House, 16 de abril

Querido señor Bartram:

Estaba usted en lo cierto al suponer que su carta sería para mí motivo de aflicción. Si hubiera supuesto, además, que me causaría un gran enojo, no se habría alejado de la verdad. No soporto el orgullo y la obstinación de las jóvenes de hoy en día.

He recibido noticias de Norah. Es una larga carta en la que me da todo tipo de detalles. Me dispongo ahora a depositar toda mi confianza en el honor y la discreción de usted. Por su bien y por el de Norah voy a decirle cuáles son en realidad los escrúpulos que erróneamente la han llevado al orgullo y el desatino de rechazarle. Soy lo bastante mayor para hablar sin tapujos y puedo decirle que, si Norah hubiera sido lo bastante sensata para dejarse guiar por sus propios sentimientos, habría dicho que sí de todo corazón.

La causa original de todo este disparate se halla nada menos que en la persona de su respetable tío, el almirante Bartram.

Según parece, al almirante se le metió en la cabeza (supongo que en ausencia de usted) la idea de ir a Londres en persona y satisfacer su curiosidad con respecto a Norah, para lo cual visitó Portland Place con la excusa de renovar su vieja amistad con los Tyrrel. Llegó a la hora del almuerzo, vio a Norah y, por lo que tengo entendido, le gustó más de lo que esperaba o deseaba cuando entró en la casa.

Hasta aquí no he hecho más que especular, pero desgraciadamente es un hecho cierto que el almirante y la señora Tyrrel charlaron a solas cuando terminó el almuerzo. El nombre de usted no se mencionó, pero cuando la conversación recayó en Norah, usted estaba en el pensamiento de ambos, por supuesto. El almirante (reconociendo todos los méritos de Norah) manifestó compadecerla de todo corazón por su triste suerte. La escandalosa conducta de su hermana habría de interponerse siempre (dijo temer) entre ella y su bienestar futuro. ¿Quién podría casarse con ella sin poner primero como condición que ella y su hermana fueran como extrañas la una para la otra? E incluso así, seguiría existiendo la objeción —la grave objeción para la familia del marido— de emparentarse por matrimonio con una mujer como la señora de Noel Vanstone. Era muy triste, la pobre no tenía la culpa, pero no era menos cierto que su hermana constituiría un escollo permanente en su vida. Así continuó, sin una auténtica animosidad hacia Norah, pero con una obstinada convicción en sus prejuicios que tenía toda la apariencia de animosidad, y que otras personas con más genio que sentido común habrían considerado inmediatamente un

insulto.

Por desgracia, la señora Tyrrel es de esta condición. Es una excelente persona, con un gran corazón, pero de genio vivo y corto entendimiento; ella siente un gran afecto por Norah y está sinceramente interesada en su bienestar. Por lo que he podido saber, manifestó, delante de él en primer lugar, que la opinión del almirante era interesada y egoísta en grado sumo; luego, a sus espaldas, la interpretó como una indirecta para que desalentáramos las visitas de su sobrino, lo cual representaba un insulto directo a una señora en su propia casa. Por si todo esto fuera poco, peores disparates habían de producirse aún.

Tan pronto como se fue su tío, la señora Tyrrel cometió la insensatez de mandar llamar a Norah y repetirle la conversación que acababa de tener con el almirante, previniéndola de la reacción que podía esperar del hombre que ocupaba el lugar de un padre para usted si aceptaba una propuesta de matrimonio de su parte. Cuando le diga que el cariño leal de Norah hacia su hermana permanece invariable y que bajo su noble sumisión a las desdichadas circunstancias de la vida yace un orgullo susceptible a desaires de todo tipo, orgullo profundamente enraizado en su naturaleza, comprenderá usted el auténtico motivo del rechazo que tan justamente le ha decepcionado. Los tres son culpables por igual en este asunto. El tío de usted hizo mal en expresar sus reparos de forma tan directa y desconsiderada. La señora Tyrrel hizo mal en dejarse llevar por su temperamento y suponerse insultada cuando no había tal insulto. Y Norah hizo mal en anteponer el orgullo y una fe desesperada en su hermana, que no puede esperar que compartan las personas ajenas a ella, a un cariño, mucho más importante, que podía haber garantizado la felicidad y la prosperidad de su vida futura.

Pero el daño ya está hecho. La cuestión ahora es: ¿puede remediarse el daño?

Espero y creo que sí. Mi consejo es éste: no acepte un no por respuesta. Déle tiempo para reflexionar sobre lo que ha hecho y para arrepentirse en secreto (como estoy segura de que ocurrirá). Confíe en que ejerceré mi influencia sobre ella y defenderé su causa a la menor ocasión. Aguarde pacientemente el momento oportuno y pídaselo de nuevo. Acostumbrados a reflexionar antes de actuar, los hombres están siempre demasiado dispuestos a creer que las mujeres hacen lo mismo. Las mujeres no hacen nada parecido. Actúan por impulsos, y en nueve casos de cada diez, luego se arrepienten de todo corazón.

Mientras tanto, debe usted ocuparse de sus propios intereses, induciendo a su tío a cambiar de opinión o, al menos, a hacer la concesión de guardarse sus opiniones para él solo. La señora Tyrrel ha sacado la precipitada conclusión de que el almirante causó el daño intencionadamente o, lo que es lo mismo, que tenía la convicción profética cuando entró en la casa de la reacción que ella tendría cuando la abandonara. Mi explicación es mucho más simple. Creo que al hacerle usted

partícipe de sus sentimientos, despertó en él la lógica curiosidad por ver al objeto de éstos, y que los imprudentes elogios que dedicó a Norah irritaron al almirante haciendo que manifestara sus objeciones abiertamente. En cualquier caso, el camino que debe seguir es igualmente claro. Haga uso del ascendiente que tiene sobre su tío y convénzale para que aclare las cosas. Confíe en mi total determinación de ver a Norah convertida en su esposa antes de que pasen seis meses. Con los mejores deseos, su amiga,

HARRIET GARTH

IV

De la Señora Drake a George Bartram

St. Crux, 17 de abril

Señor:

Le dirijo estas líneas al hotel donde suele alojarse en Londres con la esperanza de que regrese pronto del extranjero y reciba mi carta sin demora.

Lamento tener que comunicarle que se han producido ciertos sucesos desagradables en St. Crux desde que usted se fue y que mi honorable amo, el almirante, dista mucho de gozar de su buena salud habitual. Por ambos motivos me he atrevido a escribirle bajo mi propia responsabilidad, pues considero que su presencia es necesaria en la casa.

A principios de este mes se produjo una lamentable circunstancia. El señor Mazey descubrió a la camarera nueva hurgando a altas horas de la noche (y con la cesta de llaves del amo en su poder) en los documentos personales que el almirante guarda en la biblioteca del ala este. La chica abandonó la casa a la mañana siguiente antes de que nos levantáramos y no se ha sabido nada de ella desde entonces. Este suceso ha molestado y alarmado al amo muy seriamente y, para empeorar las cosas, el mismo día en que se descubrió el comportamiento traicionero de la chica, el almirante mostró los primeros síntomas de un grave catarro inflamatorio. Ni él ni nadie sabe cómo pudo enfriarse. Se envió a buscar al médico, que consiguió bajar la inflamación hasta anteayer, momento en que volvió a manifestarse en circunstancias que estoy convencida de que lamentará oír tanto como yo lamento tener que escribir.

En el día mencionado —me refiero al quince de este mes—, el amo en persona me informó de que había sufrido una terrible decepción a causa de una carta de usted, que había llegado por la mañana desde el extranjero y que era portadora de malas noticias. No me dijo cuáles eran esas noticias, pero en todos los años que he pasado al servicio del almirante, jamás lo había visto tan alterado y fuera de sí como aquel día. Por la noche su inquietud fue en aumento. Se hallaba en un estado de irritación tal que no pudo soportar el sonido de la fuerte respiración del señor Mazey junto a su puerta y ordenó al anciano taxativamente que se fuera a uno de los dormitorios a pasar la noche. Naturalmente, aunque con gran pesar por su parte, el señor Mazey se vio obligado a obedecer.

Dado que nos privaba así del único medio de que disponíamos para impedir que el almirante abandonara la habitación mientras dormía si desgraciadamente tenía un ataque de sonambulismo, el señor Mazey y yo acordamos turnarnos para hacer guardia durante la noche, sentados en una de las habitaciones vacías cercanas al

dormitorio del amo con la puerta abierta de par en par. No se nos ocurrió otra cosa mejor, puesto que sabíamos que no iba a permitir que lo encerráramos con llave y, aunque nos hubiéramos atrevido a encerrarlo sin su permiso, no disponíamos de la llave. Yo hice guardia durante las dos primeras horas; luego me reemplazó el señor Mazey. Cuando llevaba un rato en mi dormitorio, recordé que el anciano es duro de oído y comprendí que, si se le cerraban los ojos durante la noche, no podía confiar en que su oído le advirtiera si sucedía algo. Volví a vestirme y regresé junto al señor Mazey. No estaba ni dormido ni despierto, sino en un estado intermedio. Tuve un presentimiento y me dirigí a la habitación del almirante. La puerta estaba abierta y la cama, vacía.

El señor Mazey y yo bajamos al instante. Registramos todas las habitaciones del ala norte, una por una, y no hallamos el menor rastro de él. Entonces pensé en el salón y, dado que era la más ágil de los dos, me encaminé hacia allí para comprobarlo. En el momento en que daba la vuelta al recodo del corredor, vi al amo entrando por la puerta abierta del salón, caminando en sueños y con la cesta de las llaves en la mano. A su espalda, la puerta corredera también estaba abierta. Temí entonces, con un temor que ha perdurado hasta hoy, que su sueño lo hubiera conducido a través del salón de banquetes hasta las habitaciones del ala este. No pensamos en despertarlo, pero seguimos sus pasos hasta que éstos lo llevaron de nuevo al dormitorio. A la mañana siguiente, me apena decirlo, se reprodujeron todos los síntomas del catarro; ninguno de los remedios empleados han conseguido vencerlos. Por consejo del médico, nos abstuvimos de contar al almirante lo que había sucedido. Así pues, él cree haber pasado la noche como de costumbre, en su propia habitación.

He sido puntillosa al entrar en todos los detalles de este desafortunado accidente porque ni el señor Mazey ni yo deseamos evitar la culpa, si la culpa merecemos. Ambos actuamos como mejor supimos, y ambos pedimos y rogamos que regrese usted lo antes posible a St. Crux, dada la grave responsabilidad que ha recaído sobre nosotros. Nuestro honorable amo es muy difícil de llevar y el médico piensa, como nosotros, que la presencia de usted es necesaria en la casa.

Con mis respetos y los del señor Mazey, su humilde servidora,

SOPHIA DRAKE

V

De George Bartram a la Señorita Garth

St. Crux, 22 de abril

Querida señorita Garth:

Le ruego que me disculpe por no haberle expresado antes mi agradecimiento por su amable y consoladora carta. Nos hallamos en St. Crux en una triste situación. Cualquier pequeña irritación que hubiera podido sentir por la desafortunada intromisión de mi pobre tío en Portland Place ha quedado olvidada por la desgracia de su grave enfermedad. Sufre de una congestión producida por enfriamiento, y tales síntomas son por sí solos bastante peligrosos a su edad. Un médico de Londres ha venido a la casa. Dentro de unos días la informaré de lo que suceda. Reciba entretanto, mi sincera gratitud.

Le saluda atentamente,

GEORGE BARTRAM

VI

Del Señor Loscombe a la Señora de Noel Vanstone

Lincoln's Inn Fields, 6 de mayo

Querida señora:

He recibido inesperadamente información de vital importancia para su caso. Esta misma mañana me ha llegado la noticia de la muerte del almirante Bartram. Falleció en su hogar el día cuatro del presente mes.

Este suceso zanja todas las consideraciones de las que había intentado convencerla previamente en relación a su descubrimiento en St. Crux. El camino más sensato que podemos seguir ahora es ponernos en contacto de inmediato con los albaceas del caballero fallecido, por medio del consejero legal del almirante en primer lugar.

Hoy he enviado una carta al abogado en cuestión. En ella simplemente se le advierte de que ha llegado a nuestro conocimiento la existencia de un documento privado que regula el uso que el difunto caballero debía dar a la herencia recibida por el testamento del señor Noel Vanstone. En mi carta doy por sentado que el documento se hallará con facilidad entre los papeles del almirante y menciono que soy el abogado designado por la señora de Noel Vanstone para recibir toda comunicación destinada a ella. Mi propósito al dar este paso es conseguir que se instituya la búsqueda del fideicomiso —en el más que probable caso de que los albaceas no hayan tropezado todavía con él— antes de que se tomen las medidas habituales para la administración de los bienes del almirante. Amenazaremos con emprender acciones legales si no lo conseguimos, pero no preveo tal necesidad. Los albaceas del almirante Bartram deben de ser hombres de alto rango y querrán ser justos con usted y consigo mismos en este asunto; podemos confiar en que buscarán el fideicomiso.

En tales circunstancias, se preguntará usted, naturalmente: «¿Cuáles son nuestras expectativas cuando se encuentre el documento?». Nuestras expectativas tienen un lado malo y otro bueno. Empecemos por el lado bueno.

Sabemos, en primer lugar, que el fideicomiso existe realmente. Segundo, que hay en él una disposición referida al matrimonio del señor George Bartram en un plazo de tiempo determinado. Tercero, que ese plazo (seis meses desde la fecha de la muerte del marido de usted) expiró el día tres de este mes. Cuarto, que el señor George Bartram es, en estos momentos, un hombre soltero (cosa que he averiguado por mis propios medios, dado que usted no poseía información concluyente a ese respecto). De todo ello se deriva la conclusión lógica de que las condiciones del fideicomiso, en este caso, no se han cumplido.

Si no fueron añadidas otras disposiciones en el documento —o si, habiendo sido añadidas, se descubre que tampoco se han cumplido—, creo que a los albaceas les será imposible (especialmente si se encuentra evidencia de que el almirante se consideraba obligado por los términos del fideicomiso) administrar la fortuna de su marido como parte de la herencia del almirante Bartram. En la herencia del señor Vanstone se declara de manera expresa que su destinatario era el almirante, en el caso de que cumpliera con ciertas condiciones, aquellas precisamente que no se han cumplido. ¿Qué se hará, pues, con el dinero? No estaba destinado al almirante propiamente, según dice el mismo testador, y las intenciones con las que fue legado no han sido, ni podrán ser, llevadas a cabo. Creo (si estas suposiciones se constatan) que el dinero debe volver a formar parte de los bienes del testador. En ese caso, tendrá que ser la ley quien se ocupe de la herencia y la dividirá en dos partes equitativas: una mitad para la viuda sin descendencia del señor Noel Vanstone; la otra, repartida entre los parientes más cercanos del difunto.

Habrá descubierto usted, obviamente, el obstáculo para que el caso se resuelva a nuestro favor tal como le he señalado. Sin duda comprenderá usted que no depende de una contingencia, sino de que varias de ellas se produzcan exactamente tal y como deseamos que sucedan. Admito la importancia del obstáculo, pero puedo decirle, al mismo tiempo, que las antedichas contingencias no son de ninguna manera tan improbables como puedan parecer.

Tenemos razones para creer que ni el fideicomiso ni el testamento fueron redactados por un abogado. Esta circunstancia obra a nuestro favor; en todo caso es suficiente para sembrar una duda sobre la validez del documento o, cuando menos, de aquellas disposiciones sobre las que podemos no haber sido informados. Otra posibilidad con la que podemos contar, en mi opinión, radica en ese extraño texto manuscrito que usted vio añadido bajo la firma de la tercera página de la carta, pero que desafortunadamente no leyó. Es muy probable que aquellas líneas fueran escritas por el almirante Bartram, y la posición que ocupan abona la suposición de que el fideicomiso consiguió el importante objetivo de obligarle moralmente.

No querría hacerle cobrar falsas esperanzas. Sólo deseo asegurarle que merece la pena seguir con el caso.

En cuanto al lado malo de nuestras expectativas, no necesito extenderme. Después de lo dicho, comprenderá usted que si existe una disposición válida en el fideicomiso, desconocida para nosotros, que haya sido cumplida por el almirante —o que pueda ser cumplida por sus representantes—, nuestras esperanzas se verán desbaratadas. La herencia, en este caso, se destinaría al propósito o propósitos previstos por su marido y, desde ese momento, usted no podría presentar demanda.

Sólo me queda por añadir que, tan pronto como reciba noticias de los representantes legales del almirante, será usted informada de los resultados.

Le saluda atentamente,

JOHN LOSCOMBE

VII

De George Bartram a la Señorita Garth

St. Crux, 15 de mayo

Querida señorita Garth:

La molesto con otra carta, en parte para agradecerle sus amables condolencias en consideración a la pérdida que he sufrido, y en parte para informarle sobre una extraordinaria solicitud recibida por los albaceas de mi tío en la que tanto usted como la señorita Vanstone pueden sentirse interesadas, pues concierne directamente a la señora de Noel Vanstone.

Dada mi ignorancia de los tecnicismos legales, incluyo una copia de la solicitud en lugar de intentar describirla. Se dará usted cuenta del hecho sospechoso de que no se explique la forma en que fue descubierto uno de los secretos de mi tío, por personas totalmente desconocidas para él.

Tras recibir esta comunicación, inmediatamente los albaceas recurrieron a mí. Yo no pude darles información alguna, pues mi tío no me consultaba jamás tales asuntos. Pero consideré que era una cuestión de honor decirles que durante los últimos seis meses de su vida, de vez en cuando, el almirante había manifestado en mi presencia un desasosiego que me llevó a pensar que se hallaba abrumado por algún tipo de responsabilidad personal. También les conté que me había impuesto una extraña condición —que, pese a sus afirmaciones, yo estaba convencido de que no podía ser idea suya—: si quería recibir cierta suma de dinero, debía casarme en un plazo determinado (plazo que ya ha vencido). Se trataba, según creo, de la misma suma que le había legado mi primo en su testamento. Los albaceas convinieron conmigo en que estas circunstancias daban visos de probabilidad a lo que, en caso contrario, sería una historia increíble. Decidieron que debía instituirse la búsqueda de un fideicomiso secreto, puesto que hasta entonces, entre los papeles del almirante, no se había hallado nada que se le pareciera remotamente.

Hace una semana que se emprendió con ahínco esta búsqueda (nada fácil en una casa como ésta). La supervisan los dos albaceas testamentarios junto con el abogado de mi tío, al que el señor Loscombe (el abogado de la señora de Noel Vanstone) conoce personal y profesionalmente, y que participa en la búsqueda por expreso deseo de dicho señor Loscombe. Hasta ahora no se ha encontrado nada en absoluto. Se han examinado miles y miles de cartas; ninguna de ellas tiene el menor parecido con la carta que estamos buscando.

Dentro de una semana se dará la búsqueda por finalizada. De hecho, se ha prolongado durante tanto tiempo únicamente por expreso deseo mío. Dado que la generosidad del almirante me ha convertido en único heredero de cuanto poseía, me

siento obligado a hacer justicia en favor de otros, por mucho que ello me perjudique.

Con este fin, no he vacilado en revelar al abogado una peculiaridad constitucional de mi pobre tío que se mantuvo siempre en secreto fuera del círculo estrictamente familiar, a petición suya; me refiero a su tendencia al sonambulismo. Le conté que su ama de llaves y su viejo sirviente lo habían encontrado caminando en sueños unas tres semanas antes de su muerte, y que la parte de la casa en la que lo habían visto y la cesta de llaves que llevaba en la mano sugería que había estado en una de las habitaciones del ala este y que quizá había abierto alguno de los muebles que hay en ellas. Sorprendí al abogado (que parecía ignorar por completo las extraordinarias acciones que realizan los sonámbulos) informándole de que mi tío podía moverse por la casa, abrir y cerrar con llave y trasladar objetos de todo tipo de un lugar a otro durante el sueño con la misma facilidad que despierto. Y declaré que, mientras tuviera la más leve sospecha de que mi tío había soñado con el fideicomiso aquella noche en cuestión y llevado su sueño a la práctica mientras dormía, no quedaría satisfecho de la búsqueda hasta que no se registraran de nuevo las habitaciones del ala este.

Sin embargo, debo añadir que no existe el menor fundamento para esta idea mía. Durante la última etapa de su fatal enfermedad, mi pobre tío era totalmente incapaz de hablar de tema alguno. Desde que llegué a St. Crux a mediados del mes pasado hasta el día de su muerte, ni una sola palabra escapó de sus labios que se refiriera en modo alguno al fideicomiso secreto. Así están las cosas por el momento. Si considera usted conveniente comunicar el contenido de esta carta a la señorita Vanstone, le ruego que añada de mi parte que no será por mi culpa si la reclamación de su hermana (por absurda que sea a los ojos de los albaceas de mi tío) no demuestra ser cierta.

Atentamente le saluda,

GEORGE BARTRAM

P.D. Tan pronto como se resuelvan todos estos asuntos, partiré hacia el extranjero con la intención de pasar fuera varios meses buscando consuelo en un cambio de ambiente. La casa se cerrará y quedará a cargo de la señora Drake. No he olvidado que comentó usted en una ocasión que le gustaría ver St. Crux si se hallaba alguna vez por estos contornos. Si por casualidad se hallara usted en Essex mientras yo estoy fuera, he previsto lo necesario para impedir que sufra una decepción dejando instrucciones a la señora Drake de que le permita la libre entrada a la casa y a los jardines, tanto a usted como a cualquier amigo que la acompañe.

VIII

Del Señor Loscombe a la Señora de Noel Vanstone

Lincoln's Inn Fields, 24 de mayo

Querida señora:

Tras una semana de búsqueda, conducida, fuerza es decirlo, con el mayor esmero y diligencia, no se ha hallado el fideicomiso secreto entre los papeles dejados en St. Crux por el difunto almirante Bartram.

En estas circunstancias, los albaceas han decidido obrar de acuerdo con la única autoridad admisible de que disponen: el testamento del almirante. Este documento (legalizado hace algunos años) lega a su sobrino la totalidad de sus bienes, tanto raíces como personales (es decir, todas las tierras y el dinero que poseía en el momento de su muerte). El testamento es claro y el resultado, inevitable. A partir de este momento, ha perdido usted todo derecho a la fortuna de su marido. El señor George Bartram la hereda legalmente junto con la casa y las tierras de St. Crux.

No haré comentarios sobre este extraordinario final. Tal vez el fideicomiso fuera destruido o escondido en algún lugar inaccesible. En cualquier caso, en mi opinión es imposible hallar una declaración legalmente válida basada en un conocimiento del documento tan fragmentario e incompleto como el que tiene usted. Si otros abogados discrepan conmigo, consúltelos sin vacilación. He dedicado ya dinero y tiempo suficientes al desafortunado empeño de reivindicar sus derechos; a partir de este momento, mi relación con ese asunto debe darse por concluida.

Su obediente servidor,

JOHN LOSCOMBE

IX

De la Señora Ruddock (Dueña de la casa de huéspedes) al Señor Loscombe

Park Terrace, St. John's Wood, 2 de junio

Señor:

Habiendo llevado al correo por encargo de la señora de Noel Vanstone algunas de sus cartas dirigidas a usted y no conociendo a nadie más a quien recurrir, le ruego me indique si conoce usted a alguno de sus allegados, pues creo que deberían actuar y tomar medidas sobre ella.

La señora Vanstone vino a esta casa por primera vez el mes de noviembre pasado, cuando ocupó mis habitaciones con su doncella. En aquella ocasión no me dio motivos de queja, y tampoco en ésta. Se ha comportado como una señora y me ha pagado lo que me debía. Le escribo como madre de familia y por sentido de la responsabilidad. No tengo ningún motivo interesado.

Tras darme el debido aviso, la señora Vanstone (que ahora está completamente sola) se marcha de aquí mañana. No me ha ocultado que se halla en difíciles circunstancias y que no puede seguir pagándome. Eso es todo lo que me ha dicho. No sé adonde va ni lo que piensa hacer. Pero tengo razones para creer que desea borrar toda huella que pudiera llevar hasta ella, pues ayer me la encontré llorando y quemando cartas, sin duda de sus allegados. En la última semana su aspecto y su conducta han sufrido un horrible cambio. Creo que algo terrible la ha trastornado y, por lo que veo, temo que se halle al borde de una grave enfermedad. Es muy triste ver a una mujer tan joven completamente desamparada y sin amigos.

Perdóneme por molestarle con esta carta; escribirla era un deber de conciencia. Si conoce usted a algunos de sus parientes, por favor, avíseles de que no hay tiempo que perder. Si no vienen mañana, podrían perder la última oportunidad de verla.

Su humilde servidora,

CATHERINE RUDDOCK

X

Del Señor Loscombe a la Señora Ruddock

Lincoln's Inn Fields, 2 de junio

Señora:

Mi única relación con la señora de Noel Vanstone era profesional y esa relación ha concluido. No conozco a ninguno de sus allegados y no puedo comprometerme a intervenir de manera personal en su vida privada, presente ni futura.

Lamentando que no me sea posible ofrecerle ayuda, su obediente servidor,

JOHN LOSCOMBE

LA ÚLTIMA ESCENA

Aaron's Buildings

CAPÍTULO I

El siete de junio, los armadores del buque mercante *Liberación* fueron informados de que el barco había hecho escala en Plymouth para el desembarco de pasajeros y de que posteriormente había reanudado su trayecto hasta el puerto de Londres. Cinco días más tarde, el barco se hallaba en el río y era remolcado hasta la dársena de la India Oriental.

Una vez completados los trámites que le incumbían personalmente, el capitán Kirke escribió a la rectoría de su cuñado en Suffolk para anunciar su llegada el día diecisiete de ese mismo mes. Como de costumbre en tales casos, recibió una lista de encargos de su hermana el día antes de abandonar Londres. Uno de esos encargos le llevó a la vecindad de Camden Town. Llegó a destino desde la dársena en un coche de punto y despidió el vehículo; luego se encaminó de nuevo hacia el sur, en dirección a New Road.

No conocía bien aquel distrito de la ciudad y cada vez prestaba menos atención a lo que le rodeaba. Animados por la perspectiva de volver a ver a su hermana, sus pensamientos llevaron su memoria a la noche en que se había despedido de ella abandonando la casa a pie. El hechizo del que había sido víctima de manera tan extraña en aquella época no se había dejado vencer por los acontecimientos posteriores. El rostro que le había obsesionado en la solitaria carretera había seguido atormentándole en el solitario mar. La mujer que lo había seguido, como en un sueño, hasta la puerta de su hermana lo había seguido —pensamiento de sus pensamientos, alma de su alma— hasta la cubierta de su barco. Así en la tormenta como en la calma, durante el viaje de ida, así en la tormenta como en la calma, durante el viaje de vuelta, ella no se había apartado de su lado. Ahora, en el incesante tumulto de las calles de Londres, no se apartaba de él. Kirke sabía cuál iba a ser la primera pregunta que brotaría de sus labios cuando viera a su hermana y a sus sobrinos. «Procuraré hablar de alguna otra cosa —pensó—. Pero cuando Lizzie y yo estemos a solas, saldrá sin que pueda evitarlo.»

La necesidad de esperar a que pasara una recua de carros en una bocacalle para poder cruzar lo devolvió a la realidad. Miró en derredor, momentáneamente confuso. No conocía la calle; se había perdido.

El primer transeúnte al que preguntó parecía no tener tiempo que perder en informarle. Tras indicar con prisas que cruzara la calle, que doblara en la primera bocacalle a mano derecha y que allí volviera a preguntar, el desconocido siguió andando sin ceremonias ni esperar a que le diera las gracias.

Kirke siguió sus indicaciones y torció a la derecha. La calle era corta y estrecha y de míseras casas. Alzó la vista al pasar por la esquina para averiguar dónde se hallaba. El lugar se llamaba Aaron's Buildings.

Calle abajo, en la misma acera de «edificios» en la que él se encontraba, una pequeña multitud de mirones se había congregado en torno a dos coches de punto, ambos detenidos ante la misma puerta. Kirke avanzó hacia la multitud para preguntar el camino a cualquier desconocido cortés que hubiera entre ellos y que no tuviera tanta prisa. Al acercarse a los coches, vio a una mujer peleándose con los cocheros y oyó lo bastante para comprender que se habían enviado dos vehículos por error donde sólo se necesitaba uno.

La puerta de la casa estaba abierta; cuando se volvió a mirar vio el pasillo con facilidad por encima de las cabezas de la gente.

La visión con que se encontraron sus ojos debería haber sido ocultada a los curiosos de la calle por una mera cuestión de piedad. Kirke vio a una muchacha desaliñada con cara de susto, de pie en mitad del pasillo junto a una silla desvencijada, sosteniendo a la mujer que la ocupaba y que estaba demasiado débil para sostenerse por sí misma. La mujer, que parecía muy enferma, iba a marcharse en uno de los coches cuando terminara la disputa callejera. Cuando Kirke posó sus ojos en ella, tenía la cabeza gacha y el viejo chal que la cubría había caído hacia delante ocultando la parte superior de su rostro.

Antes de que apartara la vista, la muchacha que se ocupaba de ella le levantó la cabeza y devolvió el chal a su sitio. Esta acción dejó la cara al descubierto durante el breve instante en que la cabeza tardó en inclinarse de nuevo sobre el pecho. En ese instante, Kirke vio a la mujer cuya belleza atormentaba su vida, cuya imagen seguía vivida en su recuerdo apenas hacía cinco minutos.

La conmoción del doble reconocimiento —el reconocimiento al mismo tiempo del rostro y del horrible cambio operado en él— lo dejó mudo y paralizado. La presencia de ánimo ante cualquier caso extremo, que había sido una constante en su vida, flaqueó por primera vez. La sórdida calle, la escuálida multitud que rodeaba la puerta, bailaron ante sus ojos. Kirke se tambaleó y se agarró a la verja de hierro de la casa que había a su espalda.

—¿Adonde la llevan? —oyó que preguntaba una mujer cerca de él.

—Al hospital, si la admiten —fue la respuesta—. O al asilo, si no la quieren allí.

Aquella horrible respuesta le incitó a la acción. Kirke se abrió paso y entró en la casa.

El malentendido se había resuelto en la calle y uno de los coches se había marchado. Kirke atravesó el umbral de la puerta en el momento en que se disponían a trasladar a la mujer. El cochero que se había quedado se hallaba a un lado de la silla y la mujer que antes discutía con los dos cocheros, al otro. La levantaban en el preciso instante en que la alta figura de Kirke se recortó en el umbral.

—¿Qué están haciendo con esa señora? —preguntó.

El cochero le miró con la insolencia de su respuesta en los ojos antes de que

saliera por sus labios, pero la mujer fue más rápida que él, vio la agitación contenida en el rostro de Kirke y soltó la silla inmediatamente.

—¿La conoce usted, señor? —preguntó con viveza—. ¿Es usted amigo suyo?

—Sí —contestó Kirke sin vacilar.

—No es culpa mía, señor —se defendió la mujer, acobardada por la mirada que Kirke clavó en ella—. Yo hubiera esperado pacientemente hasta que sus amigos la hubieran encontrado, ¡de verdad!

Kirke no dijo nada. Se volvió para hablarle al cochero.

—Salga —dijo— y cierre la puerta. Le enviaré su dinero ahora mismo. ¿De qué habitación la ha sacado para traerla aquí? —preguntó, dirigiéndose de nuevo a la mujer.

—Del dormitorio del primer piso, señor.

—Muéstreme el camino.

Kirke se agachó y alzó en brazos a Magdalen. La cabeza de Magdalen descansó suavemente sobre el pecho del marino; sus ojos se alzaron con perplejidad hacia el rostro del marino. Sonrió y le habló en un susurro incoherente. Imaginaba hallarse de nuevo en su hogar y sus palabras entrecortadas dieron a entender que se creía de nuevo una niña en brazos de su padre.

—¡Pobre papá! —dijo en voz baja—. ¿Por qué estás tan triste? ¡Pobre papá!

La mujer condujo a Kirke hasta el dormitorio del primer piso. Era muy pequeño y disponía de un mísero mobiliario, pero la estrecha cama estaba limpia y lo poco que había estaba bien cuidado. Kirke depositó a Magdalen en la cama con suavidad. Ella le cogió una mano con sus dedos ardientes.

—No le digas nada a mamá; se preocuparía —dijo—. Que venga Norah. —Kirke intentó desasirse dulcemente, pero ella se aferró a su mano con mayor ansia. Él se sentó entonces a la cabecera de la cama esperando que a ella le apeteciera soltarle. La mujer los miraba desde un rincón sin dejar de llorar. Kirke la observó detenidamente.

—Hable —dijo serenamente y en voz baja al cabo de un rato—. Hable en su presencia y dígame la verdad.

La mujer habló con profusión de lágrimas y de palabras.

Hacía una quincena que había alquilado el primer piso a la señora, que le había pagado un mes de alquiler y le había dado el nombre de Gray. Los tres primeros días, la señora se había ausentado de la mañana a la noche y había vuelto en las tres ocasiones con aspecto de estar agotada y decepcionada. La dueña de la casa había sospechado que se ocultaba de sus allegados bajo un nombre falso y que había intentado en vano conseguir dinero o empleo durante los tres días que había pasado tanto tiempo fuera para luego volver tan decepcionada. Fuera como fuese, al cuarto día había caído enferma, con accesos de frío y de fiebre alternativamente. Al quinto día estaba peor, y al sexto estaba a veces demasiado adormilada para poder hablar

con ella o deliraba. El boticario (que se encargaba de dar asistencia médica por aquellos pagos) había ido a verla y había expresado la opinión de que se trataba de una fiebre de carácter grave. Había dejado una «droga salina» que la dueña de la casa pagó de su bolsillo y que había administrado sin resultado. Luego se había tomado la libertad de registrar la única bolsa que tenía por equipaje y no había hallado en ella más que la ropa interior imprescindible; no había vestidos ni adornos, ni siquiera un fragmento de carta que le ayudara a descubrir a sus allegados. Entre el riesgo de dejar que siguiera en su casa en tales circunstancias y la crueldad de echar a la calle a una mujer enferma, la patrona no había vacilado: ella estaba dispuesta a permitir que su inquilina se quedara con la esperanza de que la señora acabara restableciéndose o que sus amigos aparecieran. Pero no hacía ni media hora que su marido —que no se acercaba jamás a la casa sino para pedir dinero— había llegado para robarle sus exiguas ganancias, como de costumbre. Ella se había visto obligada a decirle que no había cobrado alquiler por el primer piso y que no era probable que lo cobrara hasta que la señora se pusiera bien o la encontraran sus amigos. Al oír esto, el marido había insistido sin la menor compasión en que, enferma o no, la señora tenía que irse. Podían llevarla al hospital, y si allí le cerraban las puertas, siempre quedaba el asilo. Si no se había ido al cabo de una hora, el marido amenazaba con volver y sacarla de allí personalmente. Su mujer sabía demasiado bien que era lo bastante animal para cumplir su palabra, así que no tuvo más remedio que hacer lo que exigía, en bien de la propia señora.

La mujer contó esta horrible historia con toda la traza de sentirse sinceramente avergonzada de ella. Cuando se acercaba al final de sus explicaciones, Kirke notó que los dedos ardientes aflojaban la presión alrededor de su mano. Miró hacia la cama. Los cansados ojos de Magdalen se cerraban con el rostro vuelto aún hacia el marino; se sumía en el sueño.

—¿Hay alguien en la otra habitación? —preguntó Kirke en un susurro—. Venga conmigo, tengo algo que decirle.

La mujer le siguió por la puerta que comunicaba el dormitorio con la habitación contigua.

—¿Cuánto le debe? —preguntó Kirke.

La patrona indicó la suma. Kirke la colocó sobre la mesa ante ella.

—¿Dónde está su marido? —fue su siguiente pregunta.

—Esperando en la taberna a que pase la hora.

—Puede usted llevarle el dinero o no, según le convenga —dijo Kirke tranquilamente—. Sólo quiero avisarle de una cosa con respecto a su marido. Que no entre en esta casa mientras yo no esté, si no quiere verlo con todos los huesos rotos. ¡Espere! Aún no he terminado. ¿Sabe de algún médico en la vecindad en quien se pueda confiar?

—No hay ninguno por este barrio, señor. Pero sé de uno que está a media hora de aquí andando.

—Vaya en el coche a buscarlo, y si está en casa, tráigalo con usted. Dígale que le espero aquí para consultarle un grave caso. Le pagaré bien, y también a usted. ¡Deprisa!

La mujer salió de la habitación.

Kirke se sentó a aguardar su regreso. Ocultó el rostro entre las manos e intentó asimilar la extraña y conmovedora situación en la que accidentalmente se encontraba.

Oculta en un barrio sórdido y apartado de Londres, bajo un nombre falso, desamparada y sin amigos, abandonada a la compasión de unos desconocidos por culpa de una enfermedad que había afectado a mente y cuerpo por igual. Así volvía a encontrar a la mujer que había abierto un mundo nuevo de belleza ante sus ojos, ¡la mujer que había despertado el amor en él con una sola mirada! ¿Qué horrible desgracia se había abatido tan cruelmente sobre ella para que hubiera caído tan bajo? ¿Qué enigmático destino le había guiado en la hora de mayor necesidad hasta el último refugio de su pobreza y desesperación? «Si el destino quiere que vuelva a verla otra vez, la veré.» Recordó estas palabras, palabras memorables que dijera a su hermana al despedirse. Con esa idea en su corazón había acudido a la llamada del deber. Meses y meses habían transcurrido; miles y miles de millas de desolada extensión sobre las aguas agitadas los habían separado. Y en ese lapso de tiempo y sobre la inmensidad de los océanos, día tras día y noche tras noche, en su magnífico barco que navegaba con dificultad contra los vientos, había avanzado él acercándose cada vez más al final que le aguardaba; había viajado a ciegas hasta llegar al encuentro en el umbral de aquella miserable casa. «¿Qué me ha traído hasta aquí? — se dijo a sí mismo en un susurro—. ¿La misericordia del azar? ¡No! La misericordia divina.»

Kirke aguardó sin prestar atención al lugar en que se hallaba, sin ser consciente del tiempo transcurrido, hasta que un ruido de pasos en la escalera se interpuso de pronto entre sus pensamientos y él. La puerta se abrió y la patrona mostró el camino al médico.

—El doctor Merrick —dijo, acercándole una silla.

—Señor Merrick —dijo el visitante con una leve sonrisa y se sentó en la silla—. No soy médico. Soy cirujano general ^[33].

Médico o cirujano, había algo en su rostro y sus maneras que le hizo de inmediato digno de confianza a los ojos de Kirke.

Tras unas cuantas palabras introductorias, el señor Merrick envió a la patrona al dormitorio para averiguar si la enferma estaba despierta o dormía. La mujer regresó y dijo que estaba «entre las dos cosas, delirando otra vez y ardiendo». El cirujano entró de inmediato en el dormitorio indicando a la patrona que lo siguiera y cerrara la

puerta tras ella.

Largos y aburridos minutos transcurrieron hasta que volvió a la salita y, cuando reapareció, su rostro habló por él antes de que le preguntaran.

—¿Es grave la enfermedad? —preguntó Kirke en voz baja, con expresión preocupada y la vista fija en el rostro del cirujano.

—Es una enfermedad peligrosa —dijo el señor Merrick, poniendo énfasis en esta última palabra.

El cirujano acercó su silla a Kirke y lo miró detenidamente.

—¿Puedo hacerle unas preguntas que no son estrictamente médicas? —inquirió.

Kirke inclinó la cabeza.

—¿Puede usted decirme qué vida ha llevado antes de llegar a esta casa y caer enferma?

—No tengo modo de saberlo. Acabo de regresar a Inglaterra tras una larga ausencia.

—¿Sabía usted que estaba aquí?

—Lo he descubierto accidentalmente.

—¿No tiene parientes, una madre, una hermana, que puedan cuidarla aparte de usted?

—Nadie, a menos que consiga encontrar a sus familiares. Nadie más que yo.

El señor Merrick no dijo nada. Miró a Kirke más atentamente que antes. «¡Qué raro! —pensó—. Está aquí como la única persona que se ocupa de ella, ¿y eso es todo lo que sabe?»

Kirke vio su expresión de duda y se dispuso a despejarla antes de que siguieran hablando.

—Veo que le sorprende mi posición en este asunto —dijo con sencillez—. ¿Querría usted considerarme como un pariente, un hermano o un padre, hasta que pueda encontrar a sus allegados? —Se le quebró la voz y puso la mano sobre el brazo del cirujano con gesto serio—. Me he impuesto esta obligación —dijo—, ¡y como hay Dios que seré digno de ella!

La pobre cabeza cansada descansó de nuevo sobre su pecho, los pobres dedos enfebrecidos sujetaron su mano una vez más cuando Kirke pronunció estas palabras.

—Le creo —dijo con calor el cirujano—. Creo que es usted un hombre honesto. Perdóneme si le ha parecido que me entrometía en sus asuntos. Respeto su reserva; a partir de este momento es sagrada para mí. Para ser justos, permítame decirle que las preguntas que le he formulado no eran producto de una mera curiosidad. La enfermedad que la ha postrado en la cama no puede tener una causa corriente. Ha tenido que sufrir una prolongada tensión mental, una incertidumbre agotadora y terrible, que han causado finalmente el colapso. Me hubiera ayudado saber cuál fue el motivo de esa tensión o cuánto tiempo duró hasta caer vencida por ella. Ésa era mi

esperanza.

—Cuando me ha dicho usted que su enfermedad es peligrosa —dijo Kirke—, ¿se refería a que es peligrosa para su razón o para su vida?

—Para ambas —respondió el señor Merrick—. Todo su sistema nervioso ha cedido, todas las funciones ordinarias de su cerebro se han colapsado. No puedo darle una explicación más sencilla sobre la naturaleza de la enfermedad. La fiebre que tanto asusta a la patrona es tan sólo el efecto. La causa es la que he mencionado. Puede que pase semanas tumbada en esa cama alternando los estados de delirio con los de reposo sin recobrar la conciencia. No debe alarmarse usted si duerme mucho más tiempo de lo que sería normal. Dormir es el mejor remedio para su enfermedad, su sueño no ha de sufrir la menor perturbación. Todo lo que podemos hacer es vigilarla, ayudarla con estímulos de vez en cuando y esperar a que actúe la Naturaleza.

—¿Ha de permanecer aquí? ¿No cabría la posibilidad de trasladarla a un lugar mejor?

—Por el momento, ninguna. Según creo, la han molestado ya bastante, y ha empeorado visiblemente por esa causa. Aunque mejore, aunque vuelva en sí, sería un peligroso experimento moverla demasiado pronto, la menor excitación o alarma sería fatal para ella. Tendrá que sacarle el mejor partido posible a este sitio. He dado instrucciones a la patrona y enviaré a una buena enfermera para que la ayude. Nada más puede hacerse. Su vida está en manos de usted tanto como en las mías, si es que puede decirse que una vida está en manos humanas. Todo depende de los cuidados que reciba en esta casa bajo la dirección de usted. —Tras estas palabras de despedida, el señor Merrick se levantó y abandonó la habitación.

Una vez a solas, Kirke se acercó a la puerta que comunicaba las habitaciones, llamó con unos golpes suaves e indicó a la patrona que quería hablar con ella.

Kirke había recuperado gran parte de su aplomo y de su habitual firmeza tras la entrevista con el cirujano. Un hombre que viviera en el ambiente artificial que Kirke no había respirado jamás habría sido muy consciente de los aspectos materiales de aquella situación extraña y novedosa, de las serias dificultades que le planteaba y de los numerosos equívocos a que podía prestarse en el futuro. Kirke no se paró a pensarlo siquiera. Sólo atendió al deber que le reclamaba, un deber que las últimas palabras del cirujano habían expuesto con claridad ante él. Todo dependía de los cuidados que recibiera en aquella casa, bajo su dirección. Aquélla era su responsabilidad y actuó en consecuencia, de manera inconsciente, del mismo modo que hubiera hecho en un caso de emergencia con mujeres y niños a bordo de su propio barco. Interrogó a la casera con preguntas cortas y secas; el único cambio visible en él fue el tono de su voz, aún más bajo, y la preocupación con que miraba de vez en cuando hacia la habitación donde yacía Magdalen.

—¿Ha comprendido las instrucciones del cirujano?

—Sí, señor.

—La casa debe mantenerse en silencio. ¿Quién vive aquí?

—Sólo mi hija y yo, señor. Vivimos en las salitas. Las cosas nos han ido mal desde la Anunciación ^[34]. Las dos habitaciones de arriba están por alquilar.

—Las alquilo yo, y las dos de abajo también. ¿Conoce usted a algún hombre bien dispuesto y digno de confianza que pueda realizar encargos para mí?

—Sí, señor. ¿Quiere usted que vaya...?

—No. Que vaya su hija. No debe usted abandonar la casa hasta que llegue la enfermera. No me mande al recadero aquí arriba; los hombres de su índole suelen pisar fuerte. Bajaré yo y hablaré con él en la puerta.

Kirke bajó cuando llegó el recadero y lo envió a comprar papel, pluma y tinta en primer lugar. A continuación lo despachó en busca de una persona que pudiera encargarse de amortiguar el ruido de las ruedas al rodar por la calle vertiendo restos de cortezas ^[35] delante de la casa, como era habitual. Una vez cumplido el encargo, el mensajero tuvo que llevar dos cartas al correo. La primera estaba dirigida al cuñado de Kirke. En ella le comunicaba brevemente lo que había ocurrido y le indicaba que diera la noticia a su mujer como creyera oportuno. La segunda carta iba dirigida al dueño del hotel de Aldborough. El nombre falso de Magdalen en Aldborough era el único por el que la conocía Kirke; se le había ocurrido que la única posibilidad de hallar a sus parientes estribaba en seguir el rastro de sus supuestos tíos desde Aldborough.

Hacia el final de la tarde, una respetable matrona de mediana edad llegó a la casa con una carta del señor Merrick. El cirujano respondía de ella como persona cuidadosa en quien se podía confiar; había cuidado a su propia esposa. De vez en cuando le ayudaría una señora que era miembro de una comunidad religiosa del distrito y que había mostrado un caritativo interés por aquel caso. El cirujano iría a visitar a la paciente hacia las ocho de la tarde para cerciorarse de que no le faltaba nada.

La llegada de la enfermera y el alivio de saber que podía confiar en ella permitieron a Kirke pensar en sí mismo. Tenía el equipaje preparado para el viaje a Suffolk previsto para el día siguiente. Sencillamente sería necesario trasladarlo del hotel a la casa de Aaron's Buildings.

Kirke se detuvo sólo una vez en su camino al hotel para mirar el escaparate de una juguetería en una de las calles principales. Los barcos en miniatura le recordaron a su sobrino. «Mi pequeño tocayo sufrirá una decepción cuando vea que no llego mañana —pensó—. Tengo que compensar al niño enviándole un regalo de parte de su tío.» Entró en la tienda y compró uno de los barcos. Lo embalaron y pusieron en su presencia la dirección a la que debía enviarse. Kirke puso una tarjeta en la cubierta

del barco en miniatura antes de que clavetearan la tapa de la caja, con esta frase:

«Un barco para el pequeño marino con todo el cariño del marino grande.»

—A los niños les gusta que les escriban, señora —dijo con tono de disculpa a la dependienta—. Envíen la caja lo antes posible. Me gustaría que el niño la recibiera mañana.

Kirke regresó a Aaron's Building con su equipaje hacia el anochecer. Se quitó las botas en el pasillo y llevó él mismo su baúl arriba, deteniéndose al pasar por el primer piso para preguntar por la enferma. El señor Merrick se encontraba allí para contestarle.

—Hace unos minutos se ha despertado y deliraba —dijo el cirujano—. Pero hemos conseguido tranquilizarla y ahora duerme.

—¿No ha dicho nada que pudiera ayudarnos a encontrar a sus allegados, señor?

El señor Merrick meneó la cabeza.

—Puede que pasen muchas semanas —dijo— y que la historia de esa pobre muchacha siga siendo un misterio para nosotros. Lo único que podemos hacer es esperar.

Así concluyó el día, el primero de muchos que estaban por venir.

CAPÍTULO II

Los cálidos rayos del sol de julio filtrándose a través de una persiana verde; una ventana abierta con flores recién cortadas en el alféizar; una cama extraña en una habitación extraña; una figura gigantesca del sexo femenino (como un sueño de la señora Wragge) alzándose junto a la cama, a punto de dar una palmada; otra mujer deteniendo (rápidamente) esas manos para que no hicieran ruido; una voz dulce protestando (de nuevo como un sueño de la señora Wragge), rompiendo el silencio con estas palabras: «Me conoce, señora, me conoce. ¡Si no puedo mostrar mi felicidad, me dará un ataque!». Tales fueron las primeras imágenes y los primeros sonidos a los que, después de seis semanas de inconsciencia, despertó Magdalen de modo súbito y extraño.

Después de un rato, las imágenes volvieron a hacerse borrosas y los sonidos se hicieron silencio. El misericordioso sueño se adueñó de ella una vez más y la devolvió a la tranquilidad del reposo.

Un día más, y las imágenes y los sonidos se hicieron más claros. Otro, y oyó la voz de un hombre al otro lado de la puerta pidiendo noticias de la enferma. No conocía la voz; la voz hablaba siempre en un prudente tono bajo y sereno. Preguntaba por ella por la mañana, cuando ella se despertaba; al mediodía, cuando tomaba el almuerzo; por la noche, antes de que volviera a dormirse. «¿Quién se preocupa tanto por mí?». Ése fue el primer pensamiento que pudo formarse en su cabeza cuando estuvo lo bastante fuerte: «¿Quién se preocupa tanto por mí?».

Transcurrieron más días; pudo hablar con la enfermera. Pudo responder a las preguntas de un hombre mayor que sabía mucho más de ella que ella misma y que declaró ser el señor Merrick, cirujano. Pudo incorporarse en la cama, apoyada en unas almohadas, preguntándose qué le había ocurrido y dónde estaba. Pudo sentir una curiosidad creciente por la voz serena que seguía preguntando por ella mañana, mediodía y noche, al otro lado de la puerta.

Un nuevo día, y el señor Merrick le preguntó si se sentía con fuerzas para ver a una vieja amiga. Una voz afable detrás de él habló desde arriba:

—Soy yo. —La voz fue seguida por la portentosa aparición corpórea de la señora Wragge con la cofia torcida; se había dejado uno de sus zapatos en la otra habitación—. ¡Oh, mírenla, mírenla! —exclamó la señora Wragge, extasiada, cayendo de rodillas a la cabecera de la cama con un golpe sordo que sacudió toda la casa—. Dios del Cielo, ya se ha recuperado lo bastante para reírse de mí. «¡Ánimo, chicos, ánimo...!» Perdóneme, doctor, ya sé que mi conducta no es propia de una señora. Es mi cabeza, señor, no soy yo. Tengo que desahogarme de alguna manera ¡o me estallará la cabeza! —Aquella mañana fue imposible arrancar una sola respuesta coherente a la señora Wragge. No hizo más que pasar de una cima de confusión

verbal a otra, e incomprensiblemente terminó su visita debajo de la cama, buscando a tientas el segundo zapato.

Llegó la mañana y el señor Merrick prometió que vería a otro viejo amigo al día siguiente. Por la noche, cuando la voz preguntó por ella como de costumbre y la puerta se abrió unos centímetros para dar la respuesta, Magdalen respondió débilmente por sí misma: «Estoy mejor, gracias». Hubo un momento de silencio y luego, justo cuando la puerta volvía a cerrarse, la voz se convirtió en un susurro y dijo con fervor: «¡Gracias a Dios!». ¿Quién era aquel hombre? Magdalen se lo había preguntado a todo el mundo y nadie quería decírselo. ¿Quién era?

Llegó el día siguiente y Magdalen oyó que la puerta se abría con suavidad. Unos pasos ligeros y vivaces entraron en la habitación, una figura menuda y ágil se acercó a la cama. ¿Era un sueño? ¡No! Allí estaba él, en su auténtico ser imperecedero, derramando su copioso y desenvuelto flujo verbal, con su brillante pincelada de humor chispeando en sus ojos bicolors; allí estaba él, más audaz, más persuasivo, más respetable que nunca, con un traje de lustroso negro, con un immaculado corbatín blanco y una exuberante pechera: ¡el desvergonzado, el invencible, el incorregible Wragge!

—¡Ni una sola palabra, mi querida niña! —dijo el capitán, acomodándose en una silla a la cabecera de la cama con su aire familiar de siempre—. Yo me encargaré de hablar y creo que reconocerá que no podría hallarse hombre más capaz para ello. Estoy realmente encantado, honradamente encantado, si se me permite utilizar una palabra en apariencia inapropiada, de verla de nuevo y en proceso de recuperación. He pensado en usted a menudo; la he echado de menos a menudo. A menudo me he dicho a mí mismo: ¡olvídala! Despeja el escenario y baja el telón sobre el pasado. *Dum vivimus, vivamus* [36]. Perdóneme la pedantería de la cita latina, querida, y dígame qué tal me ve. ¿Soy o no soy la viva imagen de un hombre próspero?

Magdalen intentó responderle. El torrente de palabras del capitán se desbordó sobre ella de nuevo inmediatamente.

—No se esfuerce —dijo el capitán—. Yo mismo me haré las preguntas. ¿Qué he estado haciendo? ¿Por qué tengo este aspecto tan increíblemente acomodado? ¿Y cómo he podido llegar hasta esta casa? Mi querida niña, desde que nos vimos por última vez he estado ocupado en alterar ligeramente mis viejos hábitos profesionales. He pasado de la agricultura moral a la agricultura médica. Antes, me aprovechaba de la compasión pública, ahora me aprovecho del estómago público. Estómago y compasión, compasión y estómago; piense en ello detenidamente cuando pase de la peligrosa edad de los cincuenta y convendrá conmigo en que vienen a ser lo mismo. Sea como sea, aquí estoy, por increíble que parezca; soy un hombre con ingresos, por fin. Las bases de mi fortuna son tres. Sus nombres son áloe, escamonea y gutagamba [37]. En otras palabras, ahora vivo de... una píldora. Gané algo de dinero (si lo

recuerda) gracias a mi amistosa asociación con usted. Recibí un poco más por el feliz fallecimiento (*requiescat in pace*) de la pariente de la señora Wragge con respecto a la cual, como ya le expliqué, mi mujer tenía ciertas expectativas. Perfectamente. ¿Qué cree usted que hice? Invertí de un solo golpe todo mi capital en anuncios, y compré las drogas y las cajitas para las píldoras a crédito. El resultado lo tiene ahora ante usted. Aquí estoy: una grandiosa realidad económica. Aquí estoy, con la ropa pagada, con saldo positivo en el banco, con un criado de librea y una calesa a la puerta: solvente, floreciente, popular. Y todo gracias a una píldora.

Magdalen sonrió. El rostro del capitán adoptó una expresión de falsa gravedad; daba la impresión de que todo aquello tuviera un lado serio y de que se dispusiera a exponerlo a continuación.

—Para el público, querida, no es cosa de risa —dijo—. No pueden librarse ni de mí ni de mi píldora; tienen que tomarnos a los dos. No hay una sola forma de atraer la atención dentro de la variedad de formas humanas de anunciarse que no esté usando con el desventurado público en estos momentos. Que alquilan la última novela, allí estoy yo, en el interior de la encuadernación de cartoné del libro. Que envían a comprar la última canción, en el instante en que abren las hojas, me deslizo yo fuera. Que cogen un coche de punto, entro yo volando por la ventanilla, en letra roja. Que compran una caja de polvo dentífrico en la botica, yo la envuelvo en letra azul. Que van al teatro, caigo yo revoloteando en letra amarilla. Los títulos de mis anuncios son simplemente irresistibles. Permítame que le cite unos cuantos de los distribuidos la semana pasada. Título proverbial: «Una píldora a tiempo te ahorrará ciento». Título familiar: «Disculpe, ¿qué tal su estómago?». Título patriótico: «¿Cuáles son las tres características de un inglés de pura cepa? Su corazón, su hogar y su píldora». Título en forma de diálogo infantil: «Mamá, no me encuentro bien». «¿Qué te pasa, cariño mío?» «Quiero una píldora.» Título en forma de anécdota histórica: «Nuevo hallazgo en la mina de la historia inglesa. Cuando asfixiaron a los príncipes en la Torre ^[38], su fiel sirviente recogió sus escasas pertenencias. Entre las conmovedoras insignificancias que tan queridas eran para los pobres niños, encontró una cajita. Contenía la píldora del momento. Es necesario señalar que aquella píldora era muy inferior a su sucesora, que príncipes y campesinos por igual pueden obtener ahora». Etcétera, etcétera. El lugar en el que se elabora mi píldora es un anuncio en sí mismo. Tengo una de las tiendas más grandes de Londres. Detrás de un mostrador (visible al público a través de una luna) trabajan en la confección de la píldora veinticuatro hombres jóvenes con blancos mandiles. Detrás de otro mostrador hay veinticuatro hombres jóvenes con blancos corbatines haciendo las cajitas. Al fondo de la tienda hay tres contables de mayor edad pasando las innumerables transacciones financieras derivadas de la píldora a enormes libros mayores. Sobre la puerta se han colocado mi nombre, mi retrato y mi firma aumentados a proporciones colosales y rodeados por el

lema del establecimiento en grandes letras: «¡Abajo los médicos!». Incluso la señora Wragge ha contribuido con su parte a esta prodigiosa empresa. Ella es la celebrada mujer a la que he curado de indescriptibles dolores producidos por todas las enfermedades imaginables. Su retrato está grabado en todos los envoltorios con la siguiente inscripción: «Antes de que tomara la píldora podría haberla derribado con una pluma. ¡Fíjese ahora en ella!». Y por último, pero no menos importante, mi querida niña, la píldora ha sido la causa de que la haya encontrado a usted. Mi trabajo en la prodigiosa empresa que acabo de describirle consiste en recorrer el Reino Unido en calesa abriendo agencias por doquier. Me hallaba ocupado en esta tarea cuando recibí noticias de un amigo mío que acababa de arribar a Inglaterra tras un largo viaje por mar. Conseguí su dirección de Londres; era un inquilino de esta casa. Vine en seguida a visitarlo, y me quedé atónito por la noticia de su enfermedad, querida. Ésta es, en resumen, la historia de mi relación actual con la medicina británica, y así, casualmente, puede usted verme ahora sentado en esta silla, ahora como siempre, su humilde servidor, Horatio Wragge.

De esta forma concluyó el capitán su declaración personal. Cuanto más se acercaba al fin, más atentamente miraba a Magdalen. ¿Tenían sus últimas palabras una importancia latente que no era visible en apariencia? En efecto. Su visita a la enferma tenía un serio propósito; había llegado el momento de abordarlo.

Al describir las circunstancias en las que había llegado a su conocimiento la situación de Magdalen, el capitán Wragge había bordeado los límites de la verdad con su acostumbrada destreza. Envalentonado ya fuera por la ausencia de escándalo público en relación con el matrimonio de Noel Vanstone, ya fuera por el suceso de su muerte, anunciada en las necrológicas del periódico, el capitán, que se hallaba recorriendo el circuito del este, se había aventurado a volver a Aldborough hacía quince días para abrir una agencia de venta de su milagrosa píldora. Nadie lo había reconocido salvo la patrona del hotel, que al punto insistió en que el capitán entrara en el hotel y leyera la carta de Kirke dirigida a su marido. Esa misma noche, el capitán Wragge se hallaba en Londres y se encerraba con el marino en la habitación del segundo piso de Aaron's Buildings.

La grave naturaleza de la situación, la certeza indudable de que Kirke no conseguiría encontrar a los allegados de Magdalen a menos que supiera primero quién era ella en realidad, decidió al capitán a revelar la verdad, al menos en parte. Rehusando entrar en detalles —por razones familiares que Magdalen explicaría cuando se restableciera, si quería—, el capitán dejó a Kirke pasmado al contarle que la mujer desamparada a la que había rescatado y a la que hasta entonces conocía como señorita Bygrave no era otra que la hija menor de Andrew Vanstone. Naturalmente, al descubrimiento del nombre auténtico de Magdalen siguió la revelación, por parte de Kirke, de la relación de su propio padre con el joven oficial

Vanstone en Canadá. El capitán Wragge había expresado su sorpresa, pero sin hacer más comentarios por el momento. Sin embargo, quince días más tarde, cuando el restablecimiento de la enferma impuso al cirujano la grave dificultad de responder a las preguntas que sin duda le haría Magdalen, el ingenio del capitán acudió, como de costumbre, al rescate.

—Puede decirle la verdad —dijo—, pero sin avivar los dolorosos recuerdos de su estancia en Aldborough, que no estoy autorizado a revelar. No le diga, todavía, que tan sólo la conocía como la señorita Bygrave de North Shingles cuando la encontró en esta casa. Sea audaz y cuénteles que sabía quién era y que había considerado (como ella habrá de considerar) que tenía un derecho hereditario a ayudarla y protegerla por ser hijo de quien era. Yo soy, como ya le he explicado —prosiguió el capitán, ateniéndose con firmeza a su vieja reivindicación—, un pariente lejano de la familia de Combe-Raven, y si no hay nadie más a mano que pueda ayudarle a vencer estas dificultades, me hallará usted a su entera disposición.

No había nadie más a mano y la situación era desesperada. Unos desconocidos que asumieran la responsabilidad podrían agitar involuntariamente recuerdos pasados que quizá podrían significar la muerte para Magdalen si se revivían demasiado pronto. Unos parientes cercanos que aparecieran prematuramente a la cabecera de su cama podrían producir el mismo deplorable resultado. La disyuntiva estaba en irritarla y alarmarla por no contestar a sus preguntas o confiar en el capitán Wragge. En opinión del cirujano, el segundo riesgo era el menor de los dos; por ello el capitán se hallaba sentado en aquel momento junto a Magdalen, en el ejercicio de la confianza depositada en él.

¿Haría Magdalen la pregunta que quería inducir de manera ligera y agradable el capitán Wragge con su discurso preliminar? Sí, tan pronto como el capitán Wragge calló, dándole esa oportunidad, Magdalen preguntó quién era ese amigo suyo que vivía en la casa.

—Tiene usted tanto derecho a saberlo como yo mismo —dijo el capitán—. Es el hijo de uno de los antiguos amigos militares de su padre, de la época en que su padre estuvo acuartelado con su regimiento en Canadá. ¡No debe ruborizarse! Si se ruboriza me iré.

Magdalen estaba atónita, pero no alterada. El capitán Wragge había empezado por interesarla en el pasado remoto, que ella sólo conocía de oídas, antes de aventurarse en el delicado terreno de la propia vida de Magdalen.

Instantes después, Magdalen avanzaba hasta su siguiente pregunta. ¿Cómo se llamaba?

—Kirke —dijo el capitán—. ¿No oyó nunca hablar de su padre, el comandante Kirke, el jefe del regimiento en Canadá? ¿No oyó nunca decir que el comandante ayudó a su padre en un momento de gran apuro como el mejor de los camaradas y el

mejor de los amigos?

Sí, Magdalen creía recordar vagamente que había oído algo sobre su padre y un oficial que había sido muy bueno con él cuando era joven. Pero Magdalen no podía mirar hacia atrás durante demasiado tiempo. ¿Era pobre el señor Kirke?

Incluso el perspicaz capitán Wragge se desconcertó ante esta pregunta y contestó la verdad al azar.

—No —dijo—, no es pobre.

La siguiente pregunta de Magdalen delató sus pensamientos. Si el señor Kirke no era pobre, ¿cómo era que vivía en aquella casa?

«¡Me ha pillado! —pensó el capitán—. Sólo hay un modo de escapar. Debo administrarle otra dosis de verdad.»

—El señor Kirke la encontró aquí por casualidad —prosiguió en voz alta—, muy enferma y desatendida. Alguien tenía que hacerse cargo de usted mientras no pudiera hacerse cargo de sí misma. ¿Por qué no el señor Kirke? Es el hijo del viejo amigo de su padre, que es lo más parecido a ser un viejo amigo de usted. ¿Quién mejor que él para enviar a buscar la ayuda médica adecuada y la enfermera adecuada, cuando yo no estaba aquí para curarla con mi maravillosa píldora? ¡Calma, calma! No debe usted cogerme la delicadísima manga negra de mi levita de esa manera tan poco ceremoniosa.

El capitán colocó la mano de Magdalen de nuevo sobre la cama, pero ella no estaba dispuesta a permitir que la detuvieran. Se obstinó en hacer otra pregunta. ¿Cómo era posible que el señor Kirke la conociera? Ella no lo había visto nunca, jamás había oído hablar de él en toda su vida.

—Es muy probable —dijo el capitán Wragge—, pero el hecho de que usted no lo viera, no es razón para que él no la haya visto a usted.

—¿Cuándo me vio?

El capitán interrumpió sus dosis de verdad en el acto sin vacilar un solo instante.

—Hace algún tiempo, querida. No puedo decirle cuándo exactamente.

—¿Sólo una vez?

De pronto el capitán Wragge vio el camino libre para administrar una nueva dosis.

—Sí —dijo—, sólo una vez.

Magdalen reflexionó. La siguiente pregunta era la expresión simultánea de dos ideas; le costó un gran esfuerzo.

—Sólo me vio una vez —dijo—, y hace ya algún tiempo. ¿Cómo es que me recordaba cuando me encontró aquí?

—¡Aja! —dijo el capitán—. Por fin ha puesto el dedo en la llaga. No puede estar usted más sorprendida que yo. Un consejo, querida. Cuando esté lo bastante bien para levantarse y ver al señor Kirke, pruebe a ver cómo suena esa aguda pregunta en sus

oídos e insista en que la conteste personalmente. —Tras haberse escabullido del dilema con la habilidad que le era característica, el capitán Wragge se levantó con viveza y cogió su sombrero.

—¡Espere! —rogó Magdalen—. Quiero preguntarle...

—Ni una palabra más —dijo el capitán—. Le he dado ya bastante en que pensar por hoy. Se me ha acabado el tiempo y mi calesa me espera. Salgo de viaje para recorrer el país, como de costumbre. Me dirijo a cultivar el campo de la indigestión pública con la triple reja del arado que forman el áloe, la escamonea y la gutagamba. —Al llegar a la puerta se detuvo y se dio la vuelta—. A propósito, un mensaje de mi desafortunada esposa. Si le permite venir a verla otra vez, la señora Wragge promete solemnemente no perder su zapato de nuevo. Yo no le creo. ¿Qué dice usted? ¿Puede venir?

—Sí, cuando guste —respondió Magdalen—. Si algún día me repongo, ¿podrá venir la señora Wragge y quedarse conmigo?

—Desde luego, querida. Si no tiene usted nada que objetar, le proporcionaré de antemano unos cuantos miles de impresos en rojo, azul y amarillo de su propio retrato («Antes de que tomara la píldora, podría haberla derribado con una pluma. ¡Fíjese ahora en ella!»). Con toda seguridad los dejaré caer por todas partes allá donde vaya, lo que producirá unos resultados sumamente gratificantes desde el punto de vista de la promoción. No me vea como un mercenario, sencillamente conozco la época en la que vivo. —El capitán se detuvo por segunda vez y de nuevo se dio la vuelta en el umbral de la puerta—. Se ha portado usted extraordinariamente bien —dijo—, y merece una recompensa. Le daré una última información antes de irme. ¿Ha oído a alguien preguntar por usted al otro lado de la puerta en los últimos dos días? Ah, veo que sí. Pues escuche. Era el señor Kirke. —El capitán se alejó con el paso ágil de siempre. Magdalen oyó cómo se daba publicidad con la enfermera antes de cerrar la puerta—. Si alguna vez se lo preguntan —dijo en un susurro confidencial—, el nombre es Wragge y la píldora se vende en pulcras cajitas al precio de trece peniques y medio, timbre incluido. Tome usted unos cuantos ejemplares del retrato de una enferma a la que podría haber derribado con una pluma antes de que tomara la píldora; se le pide simplemente que le eche un vistazo ahora. Muchas gracias. Buenos días.

La puerta se cerró y Magdalen volvió a quedarse a solas. Pero no se sentía sola; el capitán Wragge le había dado algo nuevo en que pensar. Hora tras hora, sus pensamientos giraron en torno al señor Kirke con curiosidad hasta que llegó la noche y volvió a oír su voz a través de la puerta entreabierta.

—Le estoy muy agradecida —le dijo, antes de que la enfermera pudiera responder a las preguntas del marino—, muy, muy agradecida por su bondad.

—Procure ponerse bien —replicó él afablemente desde el otro lado—. Me sentiré más que recompensado si procura ponerse bien.

A la mañana siguiente, el señor Merrick la halló impaciente por abandonar el lecho y trasladarse al sofá de la salita. El cirujano dijo que suponía que deseaba un cambio.

—Sí —replicó ella—. Deseo ver al señor Kirke.

El señor Merrick consintió en trasladarla al día siguiente, pero le prohibió terminantemente que se inquietara aún más viendo al señor Kirke o a cualquier otra persona hasta el otro día. Magdalen intentó protestar; el señor Merrick permaneció imperturbable. Cuando el cirujano se fue, Magdalen intentó persuadir a la enfermera; la enfermera se mostró imperturbable también.

Al día siguiente la envolvieron en chales, la llevaron al sofá e improvisaron allí una cama. En la mesita cercana había unas flores y un número de un periódico ilustrado. Inmediatamente Magdalen preguntó quién lo había puesto allí. La enfermera (que no percibió la mirada de advertencia del médico) dijo que el señor Kirke había pensado que a ella le gustarían las flores y que las imágenes de los periódicos podrían distraerla. Al oír esta respuesta, la impaciencia de Magdalen por ver al señor Kirke se volvió absolutamente incontenible y el señor Merrick se vio obligado a ir de inmediato en su busca.

Magdalen miró con avidez la puerta que se abría. Su primera impresión cuando lo vio entrar suscitó la duda de si era la primera vez que veía aquella figura alta y aquel rostro franco y tostado por el sol. Pero estaba demasiado débil y agitada para seguir el hilo de sus recuerdos hasta Aldborough. Abandonó el intento y se limitó a mirarlo. Kirke se detuvo a los pies del sofá y dijo unas cuantas palabras de ánimo. Ella le hizo señas para que se acercara y le ofreció su mano enflaquecida. Kirke la tomó con dulzura y se sentó junto a ella. Ambos guardaron silencio. El rostro del marino comunicó a Magdalen el pesar y la simpatía que su silencio hubiera ocultado. Magdalen siguió cogida de su mano —conscientemente ahora— con la misma persistencia con que se había aferrado a ella el día de su encuentro. Cerró los ojos tras un vano esfuerzo por hablarle y las lágrimas le rodaron lentamente por las mejillas macilentas.

El cirujano hizo señas a Kirke de que aguardara y le diera tiempo para recobrarle. Magdalen consiguió serenarse un tanto y lo miró.

—¡Qué bueno ha sido usted conmigo! —murmuró—. ¡Y qué poco he hecho yo para merecerlo!

—¡Calle, calle! —dijo él—. No sabe usted lo feliz que me ha hecho poder ayudarla.

El sonido de la voz de Kirke pareció dar fuerzas y valor a Magdalen. Lo miró con ávido interés, con una gratitud que espontáneamente pasaba por alto todas las

reservas convencionales que se interponían entre un hombre y una mujer.

—¿Dónde me había visto antes de encontrarme aquí? —preguntó Magdalen de repente.

Kirke vaciló. El señor Merrick acudió en su ayuda.

—Le prohíbo decir una sola palabra sobre el pasado al señor Kirke —dijo— y le prohíbo al señor Kirke que se la diga a usted. Hoy empieza usted una nueva vida; los únicos recuerdos que autorizo son los de hace cinco minutos.

Magdalen miró al cirujano y sonrió.

—Debo hacerle una pregunta —dijo, y de nuevo volvió el rostro hacia Kirke—. ¿Es cierto que sólo me había visto una vez antes de venir a esta casa?

—¡Completamente cierto! —Kirke contestó con un súbito rubor que ella detectó al instante. Los ojos de Magdalen se animaron y miraron al marino con mayor seriedad al hacerle una nueva pregunta.

—¿Cómo es que me recordaba si sólo me había visto una vez?

La mano de Kirke se cerró inconscientemente alrededor de la de Magdalen y la oprimió por primera vez. Intentó responder y titubeó en la primera palabra.

—Tengo buena memoria —respondió al fin, y apartó la vista de repente con una turbación tan ajena a su aplomo habitual que tanto el señor Merrick como la enfermera la advirtieron.

Magdalen notó aquella momentánea presión de la mano con todos los nervios de su cuerpo, con la exquisita sensibilidad que acompaña a los primeros pasos vacilantes en el camino hacia la salud. Magdalen vio el rubor de Kirke y oyó sus palabras titubeantes con la sensible percepción de su edad y de su sexo, aguzada para descubrir intuitivamente la verdad. En el momento en que Kirke apartó la vista de ella, Magdalen se soltó suavemente de su mano y volvió la cabeza sobre la almohada. «¿Es posible? —pensó con un delicioso temor que hacía palpar más deprisa su corazón, con un rubor de deliciosa turbación que encendía sus mejillas—. ¿Es posible?»

El cirujano hizo otra seña a Kirke. Éste la comprendió y se levantó inmediatamente. La alteración momentánea de su rostro y sus maneras había desaparecido. Kirke estaba convencido de que había conseguido mantener su secreto y el alivio de esta convicción le había hecho recobrar la serenidad.

—Adiós, hasta mañana —dijo al salir de la habitación.

—Adiós —respondió Magdalen en voz baja, sin mirarle.

El señor Merrick ocupó la silla que había abandonado Kirke y buscó el pulso de Magdalen.

—Lo que me temía —dijo—. Demasiado rápido.

—¡No! —exclamó Magdalen, apartando la muñeca con gesto malhumorado—. ¡Por favor, no me toque!

El señor Merrick cedió su sitio a la enfermera jovialmente.

—Volveré dentro de media hora —le susurró— para llevarla de vuelta a la cama. No la deje hablar. Muéstrole las imágenes del periódico y manténgala tranquila.

Cuando regresó el señor Merrick, la enfermera le informó de que el periódico no había sido necesario. La conducta de la paciente había sido ejemplar. No había demostrado la menor agitación ni había pronunciado una sola palabra.

Los días se sucedieron y el señor Merrick le permitía pasar cada vez más tiempo en la salita. Pronto Magdalen pudo prescindir de la cama en el sofá; pudo vestirse y sentarse en un sillón, apoyada en almohadones. Sus horas de emancipación del dormitorio constituían el gran acontecimiento diario de su vida. Eran las horas que pasaba en compañía de Kirke.

Magdalen tenía ahora un doble interés en él, en el hombre cuya protección le había salvado la razón y la vida, en el hombre cuyo más recóndito ypreciado secreto había descubierto. Poco a poco se sintieron tan cómodos el uno con el otro como dos viejos amigos; poco a poco, Magdalen abusó de todos sus privilegios y llegó a conocer íntimamente el carácter de Kirke sin que éste lo sospechara.

Magdalen preguntaba sin cesar. Le sonsacaba con delicadeza y sin que él se diera cuenta todo cuanto pudiera decirle sobre sí mismo y sobre su vida. Él, el menos presuntuoso de los hombres, se convirtió en un egotista en sus diestras manos. Magdalen descubrió el orgullo que sentía por su barco y se aprovechó de él sin remordimientos. Le incitó a hablar de las excelencias del navío y de las maravillas que había hecho en situaciones desesperadas como no había hablado en toda su vida a ser vivo alguno sobre la tierra. Magdalen averiguó inquietudes personales e indescriptibles regocijos de su vida como marino que ni siquiera había compartido con su piloto. Observó su rostro encendido con la deliciosa y triunfal sensación de estar añadiendo leña al fuego; le tendió trampas que le hicieron olvidar, en el fervor de sus explicaciones, toda consideración hacia el momento y el lugar y dar un golpe en la desvencijada mesita de la casa de huéspedes con la misma fuerza que si su mano hubiera descendido sobre la sólida borda de su barco. La confusión de Kirke al descubrir su descuido deleitaba a Magdalen secretamente; ésta habría gritado de alegría cuando él se preguntaba con aire penitente en qué podía estar pensando.

Otras veces, Magdalen le hacía abandonar el tema de los placeres de su vida y le incitaba a hablar de sus peligros: los de aquella celosa amante, el mar, que había absorbido buena parte de su existencia, que lo había mantenido extrañamente inocente e ignorante del mundo. Kirke había naufragado dos veces. Innumerables eran las ocasiones en que él y los que le rodeaban habían sufrido la amenaza de la muerte y escapado a su destino por los pelos. Al principio siempre se mostraba reacio a hablar de la parte más oscura y horrible de su vida; sólo después de que Magdalen

le tentara con destreza tendiéndole pequeñas celadas en su charla, conseguía impulsarle a hablar de los terrores de las profundidades. Magdalen le escuchaba con interés, conteniendo el aliento, mirándole maravillada, mientras las terroríficas historias surgían de sus labios, doblemente vividas por la sencillez con que las contaba. La noble inconsciencia de su propio heroísmo, la cándida modestia con la que describía sus propios actos de intrépida resistencia y abnegado valor, sin que por su cabeza cruzara la idea de que fueran algo más que el simple cumplimiento de las obligaciones de la vocación que había elegido: todo ello lo elevó a un lugar en la estimación de Magdalen tan desesperadamente por encima de ella que se mostraba inquieta e impaciente hasta que, después de encumbrar al ídolo, lo volvía a bajar. Era en esas ocasiones cuando exigía de él todas las pequeñas atenciones familiares que tanto valoran las mujeres en su relación con los hombres. «Esta mano —pensaba Magdalen con un exquisito deleite en seguir secretamente la idea mientras lo tenía cerca de ella—. Esta mano, que ha rescatado a los que se ahogaban de la muerte, arregla mis almohadones con tanta ternura que apenas lo noto. Esta mano, que ha aferrado a hombres enloquecidos y amotinados y los ha obligado a cumplir con su deber por la fuerza, está mezclando mi limonada y pelando mi fruta con mayor delicadeza y pulcritud que si lo hiciera yo misma. Oh, si pudiera ser un hombre, ¡cómo me gustaría ser igual que él!»

Mientras estaba en su presencia, Magdalen no dejaba que sus pensamientos avanzaran más allá de ese punto. Sólo cuando la noche los separaba se aventuraba a dejar que sus pensamientos derivaran hacia la sacrificada devoción que tan compasivamente la había salvado. Nada sabía Kirke de lo que pensaba Magdalen sobre él en la intimidad de su dormitorio durante las tranquilas horas que transcurrían hasta que se quedaba dormida. No sospechaba la influencia que ejercía sobre ella ni el aliento que daba a aquella nueva vida, que la novedad de la conciencia recobrada había vuelto tan sensible a todas las impresiones. «No tiene a nadie más que la distraiga, pobrecilla —solía pensar Kirke con tristeza, sentado a solas en su pequeño dormitorio del segundo piso—. Si un hombre rudo como yo puede aliviar el paso monótono del tiempo hasta que lleguen sus amigos, todo lo que yo pueda contarle está a su disposición.»

Siempre que se quedaba solo, Kirke se sentía abatido e inquieto. Poco a poco adquirió el hábito de dar largos paseos por la noche, cuando Magdalen creía que estaba durmiendo en el piso de arriba. En una ocasión se marchó bruscamente durante el día, por unos asuntos, dijo. La noche del día anterior la conversación con Magdalen le había llevado a preguntarle su edad. «Veinte años cumplidos —pensó Kirke—. Réstale veinte a cuarenta y uno. Una resta fácil, tan fácil que podría hacerla mi sobrino.» Fue caminando hasta la dársena y contempló los barcos con amargura. «No debo olvidar cómo son los barcos —se dijo—. No pasará mucho tiempo antes de

que vuelva de nuevo al trabajo.» Abandonó la darsena y fue a visitar a un camarada de la marina, un hombre casado. En el curso de la conversación, Kirke le preguntó cuántos años le llevaba a su mujer. Había seis años de diferencia entre ellos.

—Supongo que ya es bastante —dijo Kirke.

—Sí —dijo su amigo—. Más que suficiente. ¿Estás buscando mujer por fin? Prueba con una mujer madura de treinta y cinco. Ésa es tu marca, Kirke, según mis cálculos.

El tiempo pasó deprisa y sin incidentes; el tiempo presente, que para ella era de un feliz restablecimiento y para él empezaba ya a ser motivo de desconfianza.

Una mañana temprano, el señor Merrick visitó inesperadamente a Kirke en su cuarto del segundo piso.

—Ayer llegué a la conclusión —dijo el cirujano, entrando directamente en materia— de que nuestra enferma está ya lo bastante fuerte para que corramos el riesgo de ponernos en contacto con sus allegados. En consecuencia, he seguido la pista que ese extraño individuo, el capitán Wragge, puso en nuestras manos. ¿Recuerda que nos aconsejó acudir al señor Pendril, el abogado? Hace dos días fui a verlo y él me remitió (no de tan buena gana como yo creía) a una tal señorita Garth. Ella me contó lo suficiente para convencerme de que la cautela con la que hemos obrado era necesaria. Es una historia tristísima, y me siento obligado a decir que yo, personalmente, soy muy indulgente con la pobre muchacha del piso de abajo. Su única pariente en el mundo es su hermana mayor. He sugerido que la hermana debería escribirle primero, y luego, si la carta no le causa ningún perjuicio, que podría venir a verla dentro de un par de días. No he dado la dirección para evitar que la visiten sin mi permiso. No he hecho más que comprometerme a entregar la carta, que seguramente encontraré en mi casa cuando vuelva. ¿Podría esperar usted a que le envíe a mi criado con ella? A mí me será totalmente imposible traérsela. Lo único que debe hacer usted es esperar una oportunidad en que ella no esté en la salita y poner la carta donde pueda verla cuando entre. La letra de la dirección le dirá de quién es antes de que la abra. No le diga nada, procure que la patrona esté cerca y déjela sola. Sé que puedo confiar en que obedecerá usted mis instrucciones y por eso le pido que nos haga este servicio. Parece usted alicaído esta mañana. Es lógico. Está acostumbrado a vivir al aire libre, capitán, y empieza a languidecer en este lugar cerrado.

—¿Me permite hacerle una pregunta, doctor? ¿Está languideciendo ella también en este lugar cerrado? Cuando venga su hermana, ¿se la llevará con ella?

—Desde luego, si sigue mi consejo. Dentro de una semana o menos estará lo bastante recuperada para trasladarse. Definitivamente está usted muy alicaído y tiene las manos ardiendo. Añora usted el azul del mar, capitán. ¡Añora el azul del mar! —

El cirujano se fue tras expresar esta opinión.

La carta llegó una hora más tarde. Kirke la recibió de manos de la patrona con reticencia y casi con rudeza, sin mirarla. Averiguó que Magdalen aún se estaba vistiendo y tras explicar a la patrona la necesidad de que se hallara a su disposición si la llamaba, bajó al primer piso de inmediato y dejó la carta sobre la mesa de la salita.

Magdalen oyó el sonido de los pasos familiares.

—Estaré lista en seguida —dijo a través de la puerta cerrada.

Kirke no contestó; cogió su sombrero y salió de la casa. Después de un instante de vacilación, encaminó sus pasos hacia el este y fue a ver a los armadores que lo contrataban a su oficina de Cornhill.

CAPÍTULO III

La primera mirada de Magdalen a la habitación vacía le descubrió la carta sobre la mesa. Tal como había predicho el cirujano, la dirección le reveló el remitente en cuanto vio la letra.

Ni un solo sonido escapó de su garganta. Se sentó junto a la mesa, pálida y silenciosa, con la carta en el regazo. Intentó abrirla por dos veces y la dos veces la volvió a dejar. El pasado no estaba solo en sus pensamientos mientras miraba la letra de su hermana; el miedo a Kirke también estaba allí. «¡Mi vida pasada! —pensó—. ¿Qué pensará de mí cuando conozca mi vida pasada?»

Hizo un nuevo esfuerzo y rompió el sello. Una segunda carta cayó del sobre, dirigida a ella con una letra que no le era familiar. Dejó esta segunda carta a un lado y leyó las líneas que le había escrito Norah.

Ventnor, isla de Wight, 24 de agosto

Mi queridísima Magdalen:

Cuando lees esta carta intenta pensar que fue ayer cuando nos vimos por última vez y aparta de tus pensamientos (como yo lo he hecho con los míos) el pasado y cuanto a él se refiere.

Me han prohibido tajantemente que te altere o te canse con una carta demasiado larga. ¿Está mal que te diga que soy la mujer más feliz del mundo? Espero que no, pues no puedo guardar el secreto.

Cariño, prepárate para la mayor sorpresa que te he dado en toda mi vida. Me he casado. Hoy hace sólo una semana que me despedí de mi antiguo nombre, una semana sólo desde que me convertí en la feliz esposa de George Bartram de St. Crux.

Ciertos obstáculos se interpusieron en nuestro matrimonio al principio, me temo que algunos de ellos por mi culpa. Afortunadamente para mí, mi marido sabía desde el principio que le amaba; me dio una segunda oportunidad para decírselo después de haber perdido la primera y, como puedes ver, tuve la sensatez de aprovecharla. Deberías estar especialmente interesada en este matrimonio, cariño, pues tú has sido la causa. De no haber ido yo a Aldborough en busca de algún indicio sobre tu paradero, de no haber sido porque circunstancias en las que tú estabas envuelta llevaron allí a George al mismo tiempo, quizá mi marido y yo no hubiéramos llegado a conocernos. Cuando George y yo recordamos aquellos primeros días, te recordamos a ti.

Debo mantener mi promesa de no cansarte, debo poner punto y final a esta carta (totalmente en contra de mi voluntad). ¡Paciencia, paciencia!, pronto nos veremos. George y yo iremos a buscarte a Londres para traerte con nosotros a Ventnor. Piensa que esta invitación no sólo te la hago yo, sino también mi marido. No creas,

Magdalen, que me casé con él hasta que le enseñé a pensar de ti lo mismo que pienso yo, a desear lo que deseo y a esperar lo que yo espero. Podría decir mucho más sobre esto, mucho más sobre George, si diera rienda suelta a mis pensamientos y a mi pluma; pero debo dejar a la señorita Garth (a petición suya) un espacio en blanco en la última página de esta carta; así pues, tan sólo añadiré unas palabras más antes de despedirme para prevenirte de que me reservo otra sorpresa hasta que nos veamos. No intentes adivinarla; podrías pasarte años sin acercarte en lo más mínimo a la verdad.

Con todo el cariño de tu hermana,

NORAH BARTRAM

(AÑADIDO POR LA SEÑORITA GARTH)

Mi querida niña:

Si alguna vez hubiera llegado a perder el cariñoso recuerdo que tengo de ti, volvería a brotar de nuevo en mi corazón ahora que sé que Dios ha querido devolverte a nosotros desde el borde de la tumba. Añado estas líneas a la carta de tu hermana, pues no estoy segura de que te encuentres tan bien como ella cree para aceptar su propuesta. No ha dicho una sola palabra sobre ella o sobre su marido que no sea cierta. Pero el señor Bartram es un extraño para ti, y si crees poder restablecerte de un modo más cómodo y agradable bajo la protección de tu vieja institutriz que bajo la de tu nuevo cuñado, ven primero conmigo y confía en que habré de convencer a Norah del cambio de planes. He apalabrado la opción a una casita de campo en Shanklin, lo bastante cerca de tu hermana para permitir que os veáis siempre que gustéis, y al mismo tiempo lo bastante lejos para garantizarte el privilegio de estar a solas cuando lo desees. Mándame unas líneas antes de que nos encontremos para decir sí o no. Yo mandaré aviso a Shanklin en el próximo correo.

Con todo el cariño de,

HARRIET GARTH

La carta se deslizó de la mano de Magdalen. Pensamientos que no había tenido jamás acudieron a ella en aquel momento.

Norah, cuyo valor ante la desgracia inmerecida había sido el valor de la resignación; Norah, que había aceptado pacientemente su triste suerte; que, de principio a fin, no había planeado venganza alguna ni se había rebajado a ningún tipo de engaño; Norah había alcanzado el objetivo que su hermana, con todo su ingenio, con toda su resolución y su audacia, no había logrado. Abierta y honorablemente, enamorados ambos, Norah se había casado con el hombre que poseía el dinero de Combe-Raven. ¡La intriga de Magdalen para recuperarlo sólo había servido para abrir

el camino que acabaría reuniendo a marido y mujer!

A la luz de este abrumador descubrimiento, la vieja contienda resurgió; y el Bien y el Mal combatieron una vez más por hacerse con ella, pero esta vez algunas fuerzas se añadieron a su lado mejor: el aliento que había recibido su nueva vida, el sentido más noble que había crecido parejo a la gratitud hacia el hombre que la había salvado. Todos los impulsos más elevados de su naturaleza, los que jamás le habían permitido errar con impunidad, los que la habían torturado antes y después de su matrimonio con los remordimientos que ninguna mujer despiadada y malvada por naturaleza puede sentir; todos los elementos más nobles de su carácter aunaron sus fuerzas para el combate final y le dieron arrestos para afrontar sin acobardarse indignamente la revelación que se abría ante sus ojos. A la luz de su propia vida inmortal, la verdad se alzaba cada vez con mayor claridad de las cenizas de sus pasiones muertas, de la tumba de sus esperanzas enterradas. Cuando volvió a mirar la carta, cuando leyó una vez más que la recuperación de la fortuna perdida era un triunfo de su hermana, no de ella, Magdalen ya había pisoteado victoriosamente los pequeños celos y las excusas mezquinas y pudo decir con el corazón en la mano: «¡Norah se lo ha merecido!».

Pasaron las horas. Magdalen siguió absorta en sus pensamientos y sin prestar atención a la segunda carta, que no había abierto todavía, hasta el regreso de Kirke.

El marino se detuvo en el rellano frente a la puerta y, entreabriéndola apenas, sin entrar en la habitación, preguntó a Magdalen si necesitaba alguna cosa. Magdalen le rogó que entrara. Kirke tenía el rostro cansado; parecía más viejo de lo que Magdalen había visto hasta entonces.

—¿Ha puesto usted esta carta aquí para mí? —preguntó Magdalen.

—Sí. Me lo ha pedido el doctor.

—Supongo que el doctor le dijo que era de mi hermana. Ella y la señorita Garth van a venir a verme. Ellas le darán las gracias por todas sus bondades hacia mí mejor que yo.

—No tengo derecho a su agradecimiento —replicó él con seriedad—. Lo que he hecho no lo he hecho por ellas, sino por usted. —Kirke esperó un momento y la miró. Su rostro le habría traicionado en aquella mirada, su voz le habría traicionado en las siguientes palabras que pronunció, de no haber sido porque ella ya había adivinado la verdad.

—Cuando vengán sus amigos —dijo él—, supongo que se la llevarán a un lugar mejor que éste.

—No pueden llevarme a lugar alguno —dijo ella con tono afable— del que pueda pensar lo que pienso del lugar en que usted me encontró. No pueden llevarme con un amigo más querido que el amigo que ha salvado mi vida.

Se produjo un silencio momentáneo.

—Hemos sido muy felices aquí —prosiguió él, con un tono cada vez más bajo—. ¿No me olvidará cuando nos hayamos dicho adiós?

Magdalen palideció cuando oyó esas palabras y, levantándose de la silla, se arrodilló junto a la mesa para alzar los ojos hacia el rostro de Kirke y obligarle a mirarla.

—¿Por qué dice eso? —preguntó—. No vamos a decirnos adiós; todavía no, al menos.

—Creía... —empezó él.

—¿Sí?

—Creía que sus amigos venían para...

—¿Cree de verdad que voy a irme con alguien —dijo Magdalen, interrumpiéndole con vehemencia—, aunque sea el familiar más querido que tengo en el mundo, dejándole a usted aquí, sin preocuparme y sin saber si iba a volver a verle o no? ¡Oh, no piense eso de mí! —exclamó con lágrimas ardientes en los ojos—. ¡Estoy segura de que no piensa eso de mí!

—No —dijo él—, jamás he pensado y jamás podré pensar nada injusto o indigno de usted.

Antes de que pudiera añadir nada más, Magdalen se alejó de la mesa tan súbitamente como se había acercado a ella y regresó a su silla. La respuesta de Kirke le había recordado inconscientemente la cruel necesidad que seguía pendiente: la necesidad de contarle la historia del pasado. Por la cabeza de Magdalen no pasó en ningún momento la idea de ocultarle aquella historia. «¿Me amaré cuando sepa la verdad como me ama ahora?» Éste era su único pensamiento cuando abordó el asunto en su presencia sin echarse atrás.

—Olvidemos ahora mis sentimientos —dijo—. Hay una razón para que no me vaya antes de tener la seguridad de que volveré a verle. Tiene usted derecho, más derecho que ninguna otra persona, a saber cómo llegué hasta aquí, perdida para mis parientes y amigos, y por qué había caído tan bajo cuando me encontró.

—No tengo ningún derecho —se apresuró a decir él—. No deseo saber nada que le aflija contarme.

—Usted ha cumplido siempre con su deber —replicó Magdalen con una débil sonrisa—. Déjeme seguir su ejemplo, si puedo, e intentar cumplir con el mío.

—Tengo edad suficiente para ser su padre —dijo él con amargura—. El deber es más fácil de cumplir a mi edad que a la suya.

La cuestión de la edad ocupaba los pensamientos de Kirke de un modo tan obsesivo que imaginaba que a Magdalen debía de ocurrirle igual. Ella ni siquiera lo había pensado. La referencia que Kirke acababa de hacer a la edad no la apartó en lo más mínimo del tema sobre el que quería hablarle.

—No sabe usted cuánto valoro la buena opinión que tiene de mí —dijo Magdalen, esforzándose denodadamente por mantener su debilitado coraje—. ¿Cómo puedo merecer su bondad, cómo puedo creer que soy digna de su estima hasta que le haya abierto mi corazón? ¡Oh, no dé alas a mi miserable debilidad! ¡Ayúdeme a contarle la verdad, oblígueme a hacerlo por mi propio bien si no es por el suyo!

A Kirke le conmovió profundamente la ferviente sinceridad de aquella súplica.

—Cuéntela —dijo—. Tiene usted razón, y yo estaba equivocado. —Aguardó un momento y reflexionó—. ¿Le sería más fácil escribirla que contarla? —preguntó al fin con una delicada consideración hacia Magdalen.

—Mucho más fácil —respondió Magdalen, aferrándose a la sugerencia con agradecimiento—. Podré estar más segura de mí misma, podré estar segura de que no le ocultaré nada, si lo escribo. ¡Pero usted no me escriba! —añadió de pronto, comprendiendo con la instintiva y veloz perspicacia de una mujer el peligro que corría renunciando a su influencia personal sobre él—. Espere a que nos veamos y dígame lo que piensa de sus propios labios.

—¿Dónde quiere que se lo diga?

—¡Aquí! —respondió ella con vehemencia—. Aquí, donde me halló desamparada, aquí, donde me ha devuelto a la vida y donde he aprendido a conocerle. Podré soportar las palabras más duras si me las dice en esta habitación. Es imposible que esté fuera más de un mes; un mes será más que suficiente. Si vuelvo... —Se interrumpió, confusa—. Sólo pienso en mí misma cuando debería pensar en usted. Tiene sus propias ocupaciones y sus propios amigos. ¿Quiere decidir por los dos? ¿Dirá usted cómo ha de ser?

—Será como usted desee. Si vuelve dentro de un mes, aquí me encontrará.

—¿No supondrá ningún sacrificio para su comodidad o para sus planes?

—No supondrá nada más que un viaje de vuelta a la City —respondió él. Se levantó y cogió su sombrero—. Ahora debo salir para allá inmediatamente —añadió— o no llegaré a tiempo.

—¿Es una promesa? —dijo Magdalen y extendió la mano.

—Sí —respondió él con cierta tristeza—. Es una promesa.

Aun siendo leve, la sombra de melancolía que mostraban sus maneras afligió a Magdalen. Olvidando sus otras preocupaciones en su ansiedad por animarle, Magdalen apretó suavemente la mano que le tendía. «Si esto no le dice la verdad, no lo hará nada», pensó.

No consiguió decirle la verdad, pero obligó a Kirke a plantearse una pregunta que no se había atrevido a hacerse hasta entonces. «¿Es su gratitud o su amor lo que me habla? —se preguntó—. Si por ventura yo fuera más joven, podría esperar que fuera su amor.» Aquella terrible diferencia que se planteó por primera vez el día en que ella le dijo su edad empezó a obsesionarle de nuevo cuando abandonó la casa. Durante

todo el trayecto hasta la oficina de los armadores fue restando veinte de cuarenta y uno a intervalos.

Cuando se quedó sola, Magdalen se acercó a la mesa para escribir la respuesta que solicitaba la señorita Garth aceptando con gratitud su proposición.

La segunda carta, que antes había dejado a un lado y había olvidado, fue el primer objeto que atrajo su atención al cambiar de sitio. La abrió inmediatamente y buscó la firma, dado que no reconocía la letra. Con indescriptible asombro su remitente resultó ser nada menos que... ¡el viejo señor Clare!

La carta del filósofo prescindía de toda fórmula de cortesía para entrar en materia sin preámbulos de ninguna clase y con total inflexibilidad.

Tengo más noticias para ti de ese canalla despreciable que es mi hijo. Aquí están descritas con la mayor brevedad posible.

Si lo recuerdas, siempre te dije que Frank era un cobarde escurridizo. La primera pista que se ha tenido de él después de que huyera de sus jefes en la China lo presenta bajo ese mismo carácter. ¿Dónde crees que ha aparecido? Pues oculto tras un par de toneles de harina a bordo de un navío inglés que volvía a Londres desde Hong-Kong.

El nombre del barco era Liberación y su capitán un tal Kirke. En lugar de actuar como un hombre sensato y arrojar a Frank por la borda, el capitán Kirke fue lo bastante estúpido para escuchar su historia. Frank sacó el máximo partido de sus desventuras, de eso puedes estar segura. Estaba medio muerto de hambre; era un inglés perdido en un país extranjero sin un solo amigo que lo ayudara; su única oportunidad de volver a casa era meterse a escondidas en la bodega de un navio inglés, y eso había hecho dos días atrás en Hong-Kong. Ésa fue su historia. Cualquier otro capitán habría mandado colgar inmediatamente a cualquier otro patán en la situación de Frank. Naturalmente, aunque no merecía la compasión de nadie, fue mimado y compadecido en el acto. El capitán lo tomó bajo su protección, la tripulación sintió lástima de él y los pasajeros le dieron palmaditas en la espalda. Le alimentaron y vistieron, y le regalaron el pasaje de vuelta a casa. Es mucha suerte, dirás. Nada de eso; nada es bastante para mi despreciable hijo.

El barco hizo escala en el cabo de Buena Esperanza. Entre sus otros desatinos, el capitán Kirke admitió a una pasajera a bordo en aquel lugar. No era una mujer joven, ni mucho menos, sino la vieja viuda de un colono rico. ¿Es necesario que diga que inmediatamente se interesó muchísimo por Frank y sus desgracias? ¿Es necesario que te cuente lo que siguió? Repasa la carrera de mi hijo y verás que lo que siguió estaba de acuerdo con lo que había ocurrido antes. Frank no merecía el

interés de tu pobre padre en él, y lo tuvo. No merecía tu cariño, y lo tuvo. No merecía el mejor puesto en una de las mejores oficinas de Londres, y lo tuvo; no merecía una oportunidad igualmente buena en una de las mejores casas mercantiles de la China; no merecía comida, ropa, compasión y un pasaje gratuito de vuelta a casa, y todo ello lo obtuvo. Por último, pero no menos importante, ni siquiera merecía casarse con una mujer lo bastante vieja para ser su abuela, ¡y lo ha hecho! No hace ni cinco minutos que he mandado tirar sus participaciones de boda al pozo ciego y he arrojado al fuego la carta que las acompañaba. La última información que contiene la carta es que su mujer y él están buscando una finca que les convenga. ¡Fíjate bien en lo que te digo! Frank conseguirá una de las mejores propiedades de Inglaterra; naturalmente le seguirá un escaño en la Cámara de los Comunes y, a continuación, uno de los legisladores de este país gobernado por asnos será ¡el señor patán en persona!

Si eres la muchacha sensata que siempre he creído que eras, hace tiempo que habrás aprendido a valorar a Frank en su justa medida, y las noticias que te envió sólo servirán para confirmar el desprecio que sientes por él. ¡Ojalá tu pobre padre viviera para ver este día! Muy a menudo he echado de menos a mi viejo charlatán, pero jamás había sentido su pérdida con tanta intensidad como cuando llegaron las participaciones de boda y la carta de Frank a esta casa.

Tu amigo, si alguna vez necesitas uno,

FRANCIS CLARE, PADRE

Magdalen leyó la carta de cabo a rabo, momentáneamente perturbada su tranquilidad por la aparición del nombre de Kirke en el singular relato del señor Clare. Los días en que podía haberle causado dolor habían quedado atrás; hacía mucho tiempo que se le había caído la venda de los ojos. El propio señor Clare se hubiera sentido satisfecho de ver el tranquilo desprecio con que Magdalen dejó a un lado su carta. El único pensamiento serio que le dedicó concernía a Kirke. La indiferencia con que el capitán se había referido, en su presencia, a los pasajeros de su barco sin mencionar a ninguno por su nombre le demostraba que Frank debía de haber guardado silencio sobre el compromiso que una vez existiera entre ellos. Tendría que ser ella quien hiciera la confesión de aquella ilusión desvanecida como parte de la historia del pasado que se había comprometido a revelar.

Escribió a la señorita Garth y envió la carta al correo inmediatamente.

A la mañana siguiente recibió unas líneas de respuesta. La señorita Garth había escrito para alquilar la casita de campo de Shanklin y el señor Merrick había autorizado que Magdalen se trasladara al día siguiente. Norah sería la primera en llegar a la casa y la seguiría la señorita Garth con un cómodo carruaje en el que transportar a la enferma hasta el ferrocarril. Se habían previsto cuantas disposiciones

le fueran útiles: ella sólo tendría que realizar el esfuerzo de moverse.

Magdalen leyó la carta con agradecimiento, pero sus pensamientos terminaron por alejarse y seguir a Kirke en su regreso a la City. ¿Cuál era ese asunto que le había llevado hasta allí ya por la mañana? ¿Y por qué la promesa que habían intercambiado le obligaba a volver a la City por segunda vez en un día?

¿Sería por casualidad algún asunto relacionado con el mar? ¿Le habían tentado los armadores para que volviera a su barco?

CAPÍTULO IV

La primera emoción del encuentro entre las hermanas había pasado; las primeras impresiones vividas, entre placenteras y dolorosas, se habían apaciguado; Norah y Magdalen estaban sentadas, cogidas de la mano, extasiadas ambas en la silenciosa plenitud de su dicha. Magdalen fue la primera en hablar.

—¿Tienes algo que decirme, Norah?

—Tengo mil cosas que decirte, cariño, y tú tienes diez mil que contarme a mí. ¿Te refieres a esa segunda sorpresa de la que te hablaba en mi carta?

—Sí. Supongo que debe de incumbirme muy de cerca, de lo contrario no hubieras pensado en mencionarlo en tu primera carta.

—Sí, te concierne muy de cerca. ¿Has oído hablar de la casa de George en Essex? Te resultará familiar al menos el nombre de St. Crux... ¿A qué viene ese sobresalto, querida? Me temo que aún no estás lo bastante fuerte para recibir más sorpresas.

—Más que fuerte, Norah. Pero tengo algo que decirte sobre St. Crux. También yo tengo una sorpresa para ti.

—¿Quieres decírmela ahora?

—Ahora no. La sabrás cuando estemos a orillas del mar. La sabrás antes de que acepte la amabilidad con la que he sido invitada a la casa de tu marido.

—¿Qué puede ser? ¿Por qué no me lo dices ahora mismo?

—Tú solías darme ejemplo de paciencia, Norah, en los viejos tiempos. ¿Querrás darme ejemplo ahora?

—De todo corazón. ¿Vuelvo entonces a mi propia historia? ¿Sí? Entonces volvamos a ella ahora mismo. Te decía que St. Crux es la casa de George en Essex, la casa que heredó de su tío. Sabiendo que la señorita Garth tenía curiosidad por ver el lugar, George dejó instrucciones (antes de irse al extranjero tras la muerte del almirante) de que ella y cualquier amigo que la acompañara fueran admitidos en la casa si por casualidad se hallaba en las cercanías durante su ausencia. La señorita Garth y yo y un numeroso grupo de amigos del señor Tyrrel nos hallábamos en las cercanías poco después de la marcha de George. Nos habían invitado a todos a presenciar la botadura del nuevo yate del señor Tyrrel desde el astillero donde se había construido, en Wivenhoe, Essex. Cuando terminó la botadura, todos los demás volvieron a Colchester para comer. La señorita Garth y yo conseguimos meternos en el mismo carruaje sin otra compañía que la de mis dos pequeñas pupilas. Dimos instrucciones al cochero y pasamos por St. Crux. Nos dejaron pasar en cuanto la señorita Garth mencionó su nombre y nos mostraron toda la casa. No sé cómo describirtela; es el lugar más desconcertante que he visto en mi vida...

—No intentes describirla, Norah. Sigue con la historia.

—Muy bien. Mi historia me lleva directamente a una de las estancias de St. Crux,

una habitación casi tan larga como la calle en la que estamos, tan triste, sucia y terriblemente fría que tiemblo sólo de pensarlo. La señorita Garth se disponía a salir de allí con la mayor velocidad posible, igual que yo. Pero el ama de llaves se negó a dejarnos marchar sin antes contemplar un singular mueble, el único que había en aquel inhóspito lugar. Lo llamó trípode, creo. (No hay nada de que alarmarse, Magdalen. ¡Te aseguro que no hay nada de que alarmarse!) En cualquier caso, era una cosa extraña con tres patas que sostenía un gran recipiente lleno de cenizas de carbón. Según los entendidos (y las explicaciones del ama de llaves), estaba considerada como una extraordinaria muestra de metal cincelado; ella resaltó especialmente la belleza de unas volutas que cubrían el perímetro interior del recipiente con lemas latinos que significaban... lo he olvidado. Yo no tenía el menor interés en aquella cosa, pero examiné de cerca las volutas para contentar al ama de llaves. Para serte sincera, su lección sobre el fino cincelado, aprendida de memoria, resultaba bastante aburrida, y mientras hablaba yo me entretuve en remover las suaves cenizas blancas con la mano, fingiendo escuchar, pero con el pensamiento a kilómetros de distancia. No sé cuánto tiempo llevaba jugando con las cenizas, cuando de repente mis dedos tropezaron con un trozo de papel arrugado oculto a bastante profundidad. Lo saqué a la superficie y resultó ser una carta, una larga carta escrita con letra apretada. ¡Has adivinado mi historia antes de que pueda terminarla, Magdalen! Sabes tan bien como yo que la carta que encontraron mis dedos ociosos era el fideicomiso secreto. Extiende la mano, querida. Tengo permiso de George para mostrártelo, ¡y aquí está!

Norah depositó el fideicomiso en la mano de su hermana. Magdalen lo cogió maquinalmente.

—¡Tú! —dijo, mirando a su hermana con el recuerdo de todo lo que había arriesgado y sufrido en vano en St. Crux—. ¡Tú lo has encontrado!

—Sí —replicó Norah alegremente—. El fideicomiso ha demostrado no ser una excepción a la terquedad de los objetos perdidos. Búscalos, y seguirán invisibles. ¡Déjalos, y se descubrirán a sí mismos! Tanto tú como tu abogado, Magdalen, teníais razón al suponer que el hallazgo del fideicomiso era de un extraordinario interés para ti. Te ahorraré todos los detalles de nuestras consultas cuando saqué el papel arrugado de las cenizas. Todo terminó en una carta al abogado de George y en que George tuvo que volver del Continente. La señorita Garth y yo lo vimos inmediatamente después de su regreso, e hizo lo que nosotras no podíamos hacer: resolvió el misterio del fideicomiso oculto en las cenizas de carbón. Debes saber que el almirante Bartram estuvo sujeto toda su vida a ataques de sonambulismo. Lo habían encontrado caminando en sueños poco antes de su muerte, justo en la época en la que se hallaba gravemente preocupado por causa de esa misma carta que tienes en la mano. La idea de George es que el almirante debió de imaginar que hacía en sueños lo que despierto

no hubiera hecho ni muerto: destruir el fideicomiso. No hacía mucho que se había encendido el fuego en el brasero, y sin duda él lo veía ardiendo aún en sus sueños. Ésta fue la explicación que dio George sobre la extraña ubicación de la carta cuando yo la descubrí. A continuación se planteó la cuestión de qué debía hacerse con la carta en sí, cosa difícil de entender para una mujer. Pero resolví dominarla y la dominé, puesto que se relacionaba contigo.

—Permíteme que yo intente dominarla a mi vez —dijo Magdalen—. Tengo una razón especial para desear saber tanto sobre la carta como tú misma. ¿Qué ha hecho por los demás?, ¿qué hará por mí?

—Mi querida Magdalen, ¡qué modo más extraño de mirarla!, ¡qué modo más extraño de hablar de ella! Por despreciable que parezca, este pedazo de papel te da una fortuna.

—¿No tengo más derecho a esa fortuna que el que me da esta carta?

—Sí, sólo la carta te da ese derecho. ¿Quieres que intente explicártelo en pocas palabras? En opinión del abogado, la carta en sí podría haberse convertido en objeto de litigio, aunque estoy convencida de que George no lo hubiera autorizado. Considerada, empero, junto con la postdata que le añadió el almirante Bartram (la verás si miras bajo la firma en la tercera página), vincula a los ejecutores testamentarios del almirante tanto moral como legalmente. He agotado mi pequeña reserva de tecnicismos legales y tendré que continuar con mis propias palabras. El resultado se resume como sigue: Todo el dinero volvió a la heredad del señor Noel Vanstone (¡otro tecnicismo! Mi vocabulario es más rico de lo que yo creía) por la sencilla razón de que no se había utilizado como indicaba el señor Noel Vanstone. Si la señora Girdlestone viviera, o si George se hubiera casado conmigo unos meses antes, el resultado habría sido el contrario. Dadas las circunstancias, la mitad del dinero ha sido dividida entre los parientes más cercanos del señor Noel Vanstone, lo que significa en términos corrientes: entre mi marido y su pobre hermana inválida, quien aceptó el dinero formalmente un día para contentar al abogado y lo devolvió generosamente al siguiente para contentarse a sí misma. Esto en cuanto a la mitad del legado. La otra mitad, querida, es toda tuya. ¡De qué manera tan extraña se desarrollan los acontecimientos, Magdalen! Sólo hace dos años que tú y yo nos convertimos en unas huérfanas desheredadas ¡y ahora nos repartimos la fortuna de nuestro padre después de todo!

—Espera un poco, Norah. A cada una su parte le llega de un modo diferente.

—¿Eso crees? La mía me llega a través de mi marido. La tuya... —se interrumpió, confusa y avergonzada—. ¡Perdóname, cariño! —dijo, llevándose la mano de Magdalen a los labios—. He olvidado lo que debería haber recordado. ¡Te he afligido irreflexivamente!

—¡No! —dijo Magdalen—. Me has dado valor.

—¿Valor?

—Ahora lo verás.

Con estas palabras, se levantó tranquilamente del sofá y se dirigió a la ventana abierta. Antes de que Norah pudiera seguirla, había roto el fideicomiso en pedazos y había arrojado los fragmentos a la calle.

Magdalen volvió al sofá y apoyó la cabeza en el pecho de Norah con un hondo suspiro de alivio.

—No le deberé nada a mi vida pasada —dijo—. Me he despedido de ella como de esos trozos de papel rotos. ¡Todos los pensamientos, todas las esperanzas que puse en ella, los aparto de mí para siempre!

—¡Magdalen! Mi marido no te lo permitirá; yo no te lo permitiré...

—¡Calla, calla! Lo que tu marido considere correcto, Norah, tú y yo también lo consideraremos correcto. Aceptaré de ti lo que jamás habría aceptado si me lo hubiera dado esa carta. El final con el que soñaba ha llegado. Nada cambia, salvo la posición que en otro tiempo pensé que podríamos tener la una respecto de la otra. Mucho mejor así, cariño, ¡muchísimo mejor así!

Así fue como Magdalen realizó el último sacrificio de su antigua obstinación y su antiguo orgullo. Así fue cómo Magdalen entró en una nueva vida más noble.

Había transcurrido un mes. El sol otoñal brillaba incluso en las más lóbregas calles y los relojes de la vecindad daban las dos cuando Magdalen regresó sola a la casa de Aaron's Buildings.

—¿Me está esperando? —preguntó ansiosamente cuando le abrió la patrona.

La esperaba en la salita del primer piso. Magdalen subió por las escaleras sigilosamente y llamó a la puerta. Él le dijo que entrara con tono indiferente y distraído, sin duda convencido de que era la criada pidiendo permiso para entrar en la habitación.

—¿No me esperaba tan pronto? —dijo Magdalen desde el umbral de la puerta, deteniéndose allí para disfrutar de la expresión de sorpresa con que él se puso en pie y la miró.

Las únicas huellas de la enfermedad que aún eran visibles en el rostro de Magdalen habían suavizado su perfil añadiendo refinamiento a su belleza. Llevaba un sencillo vestido de muselina. Su vulgar sombrero de paja no llevaba más adorno que una cinta blanca. Ni siquiera en los mejores tiempos había estado tan encantadora como cuando avanzó hacia la mesa junto a la que él había estado sentado, llevando un cesto de flores que había recogido en la campiña, y le ofreció la mano.

Él, visto de cerca, parecía agobiado e inquieto. Magdalen interrumpió sus primeras felicitaciones y muestras de interés para preguntarle si se había quedado en Londres desde su despedida, si ni siquiera se había marchado unos cuantos días para

ver a sus parientes de Suffolk. No, había permanecido en Londres desde entonces. Kirke no le dijo que la bonita rectoría de Suffolk carecía de todos aquellos recuerdos de los que las míseras cuatro paredes de Aaron's Buildings estaban, en cambio, tan llenas. Sólo dijo que no se había movido de Londres.

—Me pregunto —dijo Magdalen, observando su cara con detenimiento— si está usted tan feliz de verme como yo de verlo a usted.

—Quizá más incluso, a mi modo peculiar —respondió él con una sonrisa.

Magdalen se quitó el sombrero y el pañuelo y se sentó una vez más en su sillón.

—Supongo que la calle es horriblemente fea —dijo—, y estoy segura de que nadie puede negar que la casa es muy pequeña. Sin embargo... sin embargo, me siento como si hubiera vuelto a casa. Siéntese aquí, donde solía sentarse. Hábleme de usted. Quiero saber todo lo que ha hecho, incluso lo que ha pensado mientras yo estaba lejos. —Magdalen intentaba resumir la interminable retahíla de preguntas con la que estaba acostumbraba a convencerle de que hablara de sí mismo. Pero las formuló con mucha menos espontaneidad y destreza que de costumbre. Desde que entró en la habitación, una única preocupación absorbía sus pensamientos. Tras un cuarto de hora desperdiciado en preguntas turbadas por una parte y respuestas reticentes por la otra, Magdalen se arriesgó por fin a abordar el tema más peligroso.

—¿Ha recibido las cartas que le envié desde la costa? —preguntó, apartando la vista de él repentinamente y por primera vez.

—Sí —dijo él—. Todas.

—¿Las ha leído?

—Todas y cada una de ellas, varias veces.

El corazón de Magdalen latía con tanta velocidad que le pareció que estaba a punto de ahogarse. Había mantenido su promesa valientemente. Toda la historia de su vida, desde la época del desastre familiar en Combe-Raven hasta el momento en que había destruido el fideicomiso secreto en presencia de su hermana, todo se lo había expuesto. No le había ocultado nada que hubiera hecho ni nada que hubiera pensado. Del mismo modo que él habría cumplido una promesa que le hubiese hecho a ella, así había cumplido Magdalen su promesa hacia él. No le había fallado la voluntad para hacerlo, pero le fallaba entonces para hacer la pregunta decisiva por la que se encontraba allí. Aunque su deseo de saber si lo había ganado o lo había perdido era muy fuerte, más fuerte aún era por el momento el miedo de saberlo. Aguardó temblorosa sin decir nada más.

—¿Puedo hablarle de sus cartas? —preguntó él—. ¿Puedo decirle...?

Si Magdalen le hubiera mirado mientras él pronunciaba esas pocas palabras, habría visto en su expresión lo que pensaba de ella. Habría visto que, pese a la inocencia de Kirke en los asuntos mundanos, conocía el valor inestimable y la virtud ennoblecedora de una mujer que decía la verdad. Pero Magdalen no tuvo valor para

mirarle, para alzar los ojos del regazo.

—Todavía no —dijo débilmente—. No tan pronto, cuando hace tan poco que nos hemos vuelto a ver.

Magdalen se levantó bruscamente y se acercó a la ventana, volvió de nuevo y se acercó a donde él estaba sentado, junto a la mesa. El recado de escribir, esparcido sobre ésta, le dio un pretexto para cambiar de asunto y Magdalen lo aprovechó al instante.

—¿Estaba escribiendo una carta cuando he llegado? —preguntó.

—Estaba pensando en ello —respondió él—. No era una carta que pudiera escribirse sin reflexionar. —Se levantó mientras contestaba para recoger el recado de escribir y guardarlo.

—¿Por qué habría de interrumpirle? —dijo Magdalen—. ¿Por qué no me deja que intente ayudarle? ¿Es un secreto?

—No, no es un secreto.

Kirke vaciló al responderle. Inmediatamente, Magdalen adivinó la verdad.

—¿Es sobre su barco?

Poco adivinaba Kirke cuánto había pensado Magdalen durante su separación en el asunto que él creía haberle ocultado. Poco adivinaba que Magdalen había aprendido ya a ponerse celosa de su barco.

—¿Quieren que regrese a su antigua vida? —prosiguió Magdalen—. ¿Quieren que vuelva a hacerse a la mar? ¿Tiene que contestar sí o no de inmediato?

—De inmediato.

—Si no hubiera entrado en el momento en que lo he hecho, ¿habría dicho que sí?

Sin darse cuenta, Magdalen posó una mano sobre el brazo del marino, olvidando toda consideración menor en su deseo de oír sus siguientes palabras. La confesión de su amor estuvo en un tris de escapársele, pero Kirke se reprimió aún. «Me da igual por mí —pensó—. Pero ¿cómo sé que no la molestaré?»

—¿Habría dicho que sí? —repitió ella.

—Dudaba —respondió él—. Dudaba entre el sí y el no.

La mano de Magdalen se cerró sobre el brazo del marino; un súbito temblor se adueñó de todos sus miembros; ya no podía soportarlo más. El corazón se le escapó por la boca cuando pronunció sus siguientes palabras:

—¿Dudaba por mi causa?

—Sí —dijo él—. Acepte mi confesión a cambio de la suya. Dudaba por su causa.

Magdalen no dijo nada más, sólo le miró. La verdad alcanzó por fin a Kirke con aquella mirada. En un momento, Magdalen estaba rodeada por sus brazos y derramaba exquisitas lágrimas de alegría con el rostro oculto sobre el pecho del marino.

—¿Acaso merezco tanta felicidad? —musitó Magdalen, haciendo por fin la

pregunta—. Oh, sé lo que contestarían las pobres gentes de miras estrechas, que jamás han sentido ni han sufrido, si les preguntara lo que te pregunto a ti. Si esas personas conocieran mi historia, olvidarían la provocación y recordarían sólo la falta; se cebarían en mi pecado y pasarían por alto todos mis sufrimientos. Pero tú no eres uno de ellos, ¿verdad? ¡Dime si te queda alguna sombra de duda! ¡Dime si dudas de que el sincero propósito de mi vida futura es hacerme digna de ti! Te pedí que esperaras a verme; te pedí que, si había alguna dura verdad que decir, me la dijeras aquí de tus propios labios. ¡Dímelo, amor mío, mi marido! ¡Dímelo ahora!

Magdalen alzó la vista, aferrada a él como a la esperanza de una vida mejor.

—¡Dime la verdad! —repitió Magdalen.

—¿De mis propios labios?

—¡Sí! —respondió ella con vehemencia—. Dime lo que piensas de mí con tus propios labios.

Él se inclinó y la besó.



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico "*Antonina o la caída de Roma*" (1850) su primera novela, continuada por "*Basil*" (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. "*La dama de blanco*" (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como "*Sin nombre*" (1862), "*Armada*" (1866), "*La piedra lunar*" (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. "*Doble engaño*" (1873), "*La ley y la dama*" (1875), "*El Hotel encantado*" (1878), "*El Hombre de negro*" (1881), "*El legado de Caín*" (1889), o la novela póstuma "*Blind Will*" (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una

relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.

NOTAS

[1] Se refiere a *La dama de blanco* (The Woman in White, 1860), que tuvo un éxito inmediato y multitudinario. (N. de la T.) <<

[2] El tren mixto. Tren con vagones de pasajeros de distintas clases. (*N. de la T.*) <<

[3] Cuerpo que no pertenece al ejército regular, en el que se entrena a los hombres como soldados para servir únicamente en su propio país en tiempo de guerra. (*N. de la T.*) <<

[4] Escuela de segunda enseñanza financiada mediante donativos privados. (*N. de la T.*) <<

[5] *Los rivales* (The Rivals, 1775), comedia de enredo de Richard Sheridan (1751-1816). En ella se oponen el carácter y vicisitudes de dos jóvenes heroínas, Julia Nelville, juiciosa y sentimental, y Lydia Languish, apasionada y novelesca. La primera soporta estoicamente los terribles celos y desmanes de su enamorado Falkland; en cambio la segunda, deseosa de grandes lances y aventuras, pretende ser amada en secreto, raptada incluso, por un hombre que renuncie a su dote. El capitán Absolute finge, pues, para conquistarla, ser el pobre y desgraciado alférez Beverley, y como tal es rechazado por la tía de Lydia, la señora Malaprop, con gran felicidad de la joven, que ve así su amor magníficamente obstaculizado. No obstante, el padre del capitán, sir Anthony Absolute, planea la boda de su hijo con Lydia, a lo que se aviene la señora Malaprop, pero con la condición de que el joven se encargue antes de ahuyentar a su «rival» Beverley. Las cosas se complican de tal modo que el pobre capitán ha de llegar al extremo de desafiarse en duelo a sí mismo; pero al final el enredo se aclara y la obra tiene un final feliz. (N. de la T.) <<

[6] *Humphry Clinker*, de T. G. Smollett, es una novela de tintes realistas y aire satírico contrapuestos al tono de *The Tears of Sensibility*, traducción de una novela sentimental francesa. (N. de la T.) <<

[7] Tren lento y barato. Una ley del Parlamento obligaba a todas las compañías de ferrocarriles a poner en servicio uno de tales trenes diariamente. (*N. de la T.*) <<

[8] Restaurantes especializados en servir chuletas y filetes. (*N. de la T.*) <<

[9] Paso marítimo del océano Atlántico al océano Pacífico (estrecho de Bering) a través del océano Glacial Ártico, recorrido por primera vez por Roald Amundsen de 1903 a 1906. No se había hallado aún, por tanto, en la época en que se escribió la novela. (*N. de la T.*) <<

[10] En 1846 se produjo un auge espectacular en las inversiones ferroviarias. Cuando cayeron las acciones, muchos inversores quedaron arruinados. (*N. de la T.*) <<

[11] Téngase en cuenta que en Inglaterra también se llama té a la cena ligera que se sirve al final de la tarde, con la que puede, efectivamente, tomarse un té. (*N. de la T.*)

<<

[12] Profesionales que investigaban la veracidad de las declaraciones de pobreza alegadas para recibir subsidios. Los contrataba la Sociedad para la Supresión de Mendicidad que se fundó en 1818. (*N. de la T.*) <<

[13] Charles Matthews (1776-1835), famoso por su versatilidad en la interpretación de distintos papeles en una misma función. (*N. de la T.*) <<

[14] Carbonato de amonio. Las sales aromáticas eran un compuesto de carbonato de amonio, amoníaco y perfume y se utilizaban como estimulante. (*N. de la T.*) <<

[15] La muerte de Baltasar, rey de Babilonia e hijo de Nabucodonosor, fue profetizada por una misteriosa inscripción en los muros de su palacio (Daniel, 5). *(N. de la T.)* <<

[16] John Wesley (1703-1791). Reformador inglés que fundó el metodismo, doctrina religiosa que surgió de sus predicaciones y con la que pretendía reformar la Iglesia anglicana. (*N. de la T.*) <<

[17] Semiesferas de goma o corcho coronadas de plumas que se utilizan para jugar al badminton, también llamado juego del volante. (*N. de la T.*) <<

[18] Medicamento que se utilizaba antiguamente como supurativo, cuyo componente básico era la colofonia. (*N. de la T.*) <<

[19] *Diálogos científicos* de Joyce. Publicado en 1807, este manual de divulgación científica fue muy conocido y leído en la época. (N. de la T.) <<

[20] Abreviatura de la expresión latina *Verbum satis sapiente*: «Una palabra basta para un hombre sabio». (N. de la T.) <<

[21] Expresión latina «Que dure para siempre». (*N. de la T.*) <<

[22] Ahora llamado mar del Norte. (*N. de la T.*) <<

[23] George Crabbe. Poeta inglés (1754-1832). Pastor anglicano, autor de obras satíricas y realistas, aunque con tintes románticos. (*N. de la T.*) <<

[24] «El arte es eterno, la vida breve.» (*N. de la T.*) <<

[25] La cita completa es de Shakespeare: «All the world's stage, And all the men and women merely players» («El mundo entero es un teatro, y todos los hombres y mujeres meros actores»), de su obra *Como gustéis*, acto II, escena VII. (N. de la T.)

<<

[26] *Suaviter in modo, fortiter in re*: «Dulce en las maneras, firme en los hechos». (N. de la T.) <<

[27] Cualquier artista europeo de importancia del período comprendido entre el siglo XVI y principios del XVIII, sobre todo uno de los grandes pintores. (*N. de la T.*) <<

[28] En las antiguas iglesias inglesas los bancos podían tener puertas y las familias los alquilaban o los tenían en propiedad. (*N. de la T.*) <<

[29] Diccionario o índice geográfico. (*N. de la T.*) <<

[30] El norte en este caso se refiere a Escocia, donde se encuentra Dumfries. (*N. de la T.*) <<

[31] Wilkie Collins reproduce con este personaje la forma de hablar y las variantes dialectales del inglés que usan los escoceses, imposibles de reproducir en la versión castellana. (*N. de la T.*) <<

[32] «Tenía un bello cuerpo masculino, tenía un corazón de oro; abajo Tom cumplía con su deber lealmente, pero ahora ha subido a la arboladura —¡pero ahora ha subido a la arboladura!» <<

[33] La cirugía ha entrado a formar parte de los estudios médicos en tiempos modernos. Antiguamente, la cirugía carecía de prestigio y los médicos consideraban que era una tarea baja, propia de barberos. (*N. de la T.*) <<

[34] La Anunciación de la Virgen se celebra el día 25 de marzo, que coincide con uno de los días en los que se solían efectuar pagos trimestrales, como los alquileres. (*N. de la T.*) <<

[35] Se refiere a las de diversos árboles que se usan para curtir pieles. (*N. de la T.*) <<

[36] «En tanto que vivimos, vivamos.» (*N. de la T.*) <<

[37] Nombres de plantas. Tanto el jugo resinoso del áloe, como la gomorresina de la escamonea y de la gutagamba se utilizaban como purgantes. (*N. de la T.*) <<

[38] Se refiere a Eduardo, príncipe de Gales, y a su hermano el duque de York, que fueron asesinados por orden de su tío, Ricardo III. (*N. de la T.*) <<